

EUGENIO AGUIRRE

ISABEL MOCTEZUMA

¿QUIERES EL TESORO DE MOCTEZUMA? ¡TÓMALO!
¿QUIERES EL SEXO DE SU HIJA PREDILECTA? ¡TÓMALO!
PERO NO TE CONFUNDAS, CORTÉS; QUE OROS Y PLATA
NO SON MÁS QUE UN ESPEJISMO.

Lectulandia

Las fiestas en honor de la Diosa de la Sal inundan de entusiasmo la capital tenochca mientras Moctezuma recibe jubiloso la noticia del nacimiento de su hija Tecuichpo. La joven princesa vive tiempos felices hasta que los funestos presagios avistados en sueños por su padre se hacen realidad: el monarca reconoce en el ejército dirigido por Hernán Cortés a los dioses dispuestos a aniquilar su imperio para dar paso a una nueva era. El destino obliga a Tecuichpo a convertirse en protagonista de la defensa de su pueblo y atestiguar la destrucción de su mundo. La que fuera esposa de Cuitláhuac y Cuauhtémoc, los dos últimos gobernantes aztecas, es tratada como botín de guerra y obligada a contraer matrimonio, en tres ocasiones, con lugartenientes de Cortés. Ahora llamada Isabel, lucha por mantener sus derechos como noble indígena y llega a ser una mujer poderosa e influyente en la recién nacida Nueva España.

En Isabel Moctezuma Eugenio Aguirre ha dado voz a Tecuichpo, hija predilecta de Moctezuma, para recrear con la fidelidad de un experimentado cronista los pormenores de la vida cotidiana azteca antes de la llegada de los españoles y los avatares de un encuentro que daría origen al mestizaje.

Lectulandia

Eugenio Aguirre

Isabel Moctezuma

ePub r1.0
Himali 15.11.14

Título original: *Isabel Moctezuma*
Eugenio Aguirre, 2008

Editor digital: HIMALI
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A José Rogelio Álvarez, querido y admirado amigo.
Para todas las mujeres; en especial, para María.
A mis pequeñitos Oliver, Emiliano y Julieta con todo mi amor.*

Estando yo descuidado y sin ningún pensamiento de escribir semejante cosa que ésta, la obediencia me mandó que escribiese algunas cosas notables de estos naturales.

FRAY TORIBIO DE BENAVENTE O MOTOLINIA



I

Con el ojo izquierdo, con el ojo derecho

Tuve que verlo con mis propios ojos. La espada certera de Pedro de Alvarado, *Tonatiuh*, cayó sobre el antebrazo del tañedor de atabales y se lo cercenó. Un chorro de sangre brotó por entre sus dedos crispados mientras volteaba a ver a su agresor con un gesto de espanto y los ojos desorbitados en un estallido de asombro. El siguiente tajo lo decapitó y segó su existencia.

Fue tan inesperado, que los señores, sacerdotes, guerreros y doncellas que bailaban el *toxcachocholoa*, en plena celebración de la fiesta de Toxcatl, continuaron por unos instantes enfrascados en la danza que ejecutaban en honor de Tezcatlipoca, alma del mundo, creador del Cielo y de la Tierra, hasta que a sus pies comenzaron a rodar las cabezas que aún sostenían en sus labios trémulos las flautas de carrizo y las caracolas, las manos que sujetaban las sonajas, los brazos adornados con joyas todavía palpitantes, y un alarido de muerte vino a instalarse entre los seiscientos nobles, *pipiltin*, que saturaban el espacio del patio del Templo Mayor.

El sonido, sordo, áspero y cruel de las espadas al hender los cráneos, de las lanzas al desgarrar los vientres, de las puntas aceradas de los pasadores que surgían de las ballestas para incrustarse en los ojos, en las gargantas y en los pechos de las señoras, los ancianos y los niños que danzaban en otras partes del patio, trabados de las manos y culebreando, se confundió con los quejidos, los gritos de dolor, los estertores de los príncipes y los grandes guerreros que iban cayendo ensangrentados sobre el suelo, igual que las mazorcas de maíz ante el embate de un viento de navajas de obsidiana.

No hubo estampidos de los arcabuces de los españoles, ni por las bocas de sus cañones asesinos surgieron alardes de fuego ese día veinticinco del mes *toxcatl*, mayo lo llaman los *teteu* o dioses —palabra que nos sirvió para designar a los españoles y que éstos corrompieron con la voz *teule*—, del año 1520. Sólo hubo llanto, exclamaciones de sorpresa frente a la traición que nos hacían, imprecaciones a los dioses a los que suplicábamos que no nos abandonasen, bramidos de impotencia de nuestros guerreros que no contaban siquiera con un palo, una piedra, para defenderse. Los hombres de Alvarado, en cambio, rugían como bestias delirantes y de sus bocas surgía un olor fétido y nauseabundo que superaba incluso al de la sangre que formaba ríos, charcos en el suelo profanado.

El horror fue llegando en oleadas hasta los aposentos donde estábamos reunidas las mujeres del *huey tlatoani* Motecuhzoma, sus esposas Tayhualcan, hija del *tlatoani* de Tlacopan, Totoquihuatzin II, y Miauaxóchitl, Turquesa-Flor de maíz, mi madre,

así como algunas de sus hijas. Postradas de hinojos, las mayores Xocotzin y Macuil, nietas del príncipe *cihuacóatl* Tlilpotonqui, se tiraban de los cabellos y chillaban como cachorras de *ocelotl* frente a un brasero donde se consumía el copal que los *calpixqui* habían depositado para sahumar a los dioses. Hundidas en la miseria de su llanto, Ilancueitl y Acatlxouhqui golpeaban sus cabezas contra uno de los muros del recinto y maldecían la sevicia de los soldados del capitán Alvarado, quienes se portaban igual que aves carroñeras y perseguían a los moribundos para rematarlos, mientras otros alanceaban los cadáveres para que nadie que se hubiese escondido entre los cuerpos yacentes o que conservara un suspiro de vida, escapase a la saña que traían desatada y que no lograban satisfacer.

Yo me mantuve aferrada del brazo de Papatzin Oxomoc, la esposa principal de mi señor Cuitláhuac —prisionero de Cortés en uno de los enormes salones del palacio de mi padre Motecuhzoma, junto con mis hermanos Ihuitlemoc, Acamapichtli, Señor de Tenayuca; Tlachahuepan, principal de Tollan; mi tío Cacamatzin, *huey tlatoani* de Tetzcuco; Tzotzomatzin, Señor de Coyohuacan; Itzcuahtzin, gobernante de Tlatelolco; y otros más de los que no puedo precisar sus nombres— sin saber qué hacer, porque, en esos momentos, creí que había perdido la razón y que mis sentidos se habían vuelto hilachas sin cordura que se entrelazaban para hacerme vivir escenas escapadas del Mictlan, de ese maldito infierno por todos tan temido.

Mi ojo izquierdo vio a la flor de los guerreros mexicas, todos ricamente ataviados y tan lucidos que era contento verlos. Estaban los pobres muy descuidados, desarmados y sin recelo de guerra, cuando los españoles movidos por no sé qué antojo o por codicia de las riquezas de los atavíos, tomaron las salidas, los pasos, las entradas (la del Águila en el palacio menor; la de Acatl Iyacapan, Punta de la caña; la de Tezcacóac, Serpiente de espejos); y luego que hubieron cerrado, en todas ellas se apostaron y ya nadie pudo salir del patio donde bailaban los desdichados mexicanos y entrando los otros al mismo patio, comenzaron a alancear y herir cruelmente a aquella pobre gente, y lo primero que hicieron fue cortar las manos y las cabezas de los tañedores, y luego comenzaron a cortar sin ninguna piedad, en aquella pobre gente, cabezas, piernas y brazos, y a desbarrigar. Unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados; unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando mientras huían hasta caer; a los que acudían a las puertas para salir de allí, los mataban los que guardaban las puertas; algunos saltaron las paredes del patio, y otros se subieron al templo, y otros no hallando otro remedio echábanse entre los cuerpos muertos y se fingían ya difuntos, y desta manera escaparon algunos. Fue tan grande el derramamiento de sangre que corrían arroyos por el patio. Y no contentos con esto los españoles buscaban a los que se subieron al templo y los que se habían escondido entre los muertos, matando a cuantos tuviesen a la mano. Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver tratar así a la flor de la nobleza mexicana que allí falleció casi toda; y mi descontrol se tornó tal, que estuve a punto de

desfallecer. Tuve, entonces, que asirme a los recuerdos de lo que había sucedido hacía unos días, unas horas, a fin de comprender qué era lo que acontecía y no caer en ese pozo negro que no tiene final, donde si se extravía la *tonalli* ya no hay retorno posible.

—Ya los mataron a todos, Tecuichpotzin —escuché entre brumas la voz temblorosa de Papatzin Oxomoc—. Ahora despojan a los cuerpos de todas las joyas que llevan encima. Alvarado se ha metido al *cu* de Huitzilopochtli para apoderarse del oro de los que ahí fueron a morir. ¡Es como la Tlaelquani, un comedor de inmundicias...!

Ya no escuché más. Un velo de luz se sobrepuso al manto de luto que aplastaba mi conciencia. Vi, esta vez con el ojo derecho, caminar a Pedro de Alvarado, en compañía de Rodrigo de Castañeda y otros hidalgos que se habían aposentado en el palacio de mi abuelo Axayácatl, mientras Hernán Cortés estaba ausente de Temixtitan —nombre que él siempre dio a la ciudad de Tenochtitlan— para dirigirse a los aposentos de mi padre a fin de solicitarle que permitiese a los nobles mexicanos celebrar la fiesta del Toxcatl, pues tanto él como sus capitanes y soldados deseaban ver sus atuendos y las danzas que se hacían en honor de Tezcatlipoca, en especial la llamada *mazehualiztli* que sus amigos tlaxcaltecas mucho le habían ponderado.

—¡Ya cuentan con mi venia, Motecuhzoma! ¡Pero, escúchame bien, es importante que les ordenes que lo hagan desarmados y que están terminantemente prohibidos los sacrificios humanos que acostumbran hacer durante la fiesta! —le dijo con un ademán altanero que no dejó de molestarlo y que hizo que los demás señores aztecas cerraran los puños y mascullaran por lo bajo.

Mi padre guardó silencio. Su cabeza estaba muy lejos de ese lugar, quizá tras la búsqueda de una cueva en la cual esconderse para no enfrentar la ignominia en la que había caído.

—¡Nunca vamos armados a esa fiesta, Tonatiuh! —tronó la voz de mi tío Cacamatzin, Señor de Tetzcuco—. Lo que no puedes pedirnos es que no hagamos sacrificios a nuestros dioses... Ello es sustancial para nuestra vida. Para que el Sol siga su marcha y no nos envuelvan las tinieblas, es necesario alimentarlo cada día con el agua preciosa, *chalchihuatl*, nuestra sangre... Todo nace, todo dura, gracias a la sangre de los sacrificados —añadió en un tono pausado para que el español lo comprendiera y para contener la cólera y el desprecio que su actitud había despertado. Luego, antes de que Alvarado respondiese, le espetó—: Ya bastante es el insulto que tu capitán Cortés ha hecho a nuestros dioses, al colocar en el *cu*, al lado de Huitzilopochtli, la cruz y la virgen que ustedes veneran...

—¡Una vergüenza! —gritó Cuitláhuac con los ojos puestos en mi padre, quien escondió en su pecho la cobardía que lo poseía, como si fuese el huevo podrido de una lechuga convertida en *yautequihua*, ese búho que era enviado al dios de los muertos.

—¡No vamos a permitir que ofendan a la Virgen María...! —comenzó a gritar

Castañeda, pero Alvarado lo contuvo, creo que para no descubrir las asechanzas que ya tenía predispuestas en su miserable corazón.

—Mira, Motecuhzoma —dijo con zalamería—, te lo suplicamos por nuestra amistad. Estoy seguro de que nuestro capitán general, don Hernán Cortés, estará muy complacido si accedes a lo que te pedimos. Nuestro rey y emperador Carlos V verá tu buena disposición con mucho agrado.

Tanto Cuitláhuac como Itzcuahtzin fueron a enfrentarle el pecho, mas mi padre, que no supo o no quiso descifrar las verdaderas intenciones que escondía el malvado, accedió a sus exigencias.

—Haré lo que me pides —dijo con un susurro apenas comprensible y a mí se me desgarró el corazón.

Nadie de los ahí presentes osó contradecirlo. Motecuhzoma Xocoyotzin, hasta ese momento y a pesar de encontrarse prisionero de Hernán Cortés, era el emperador de los mexicas, el sacerdote supremo «la encarnación del Mago colibrí, el terrible dios Huitzilopochtli», el *tlacatecuhtli* o «jefe de los guerreros», por tanto su poder era omnímodo y su palabra un mandato indiscutible. Vaya, ni siquiera se atrevieron a mirar su rostro. Sólo mi esposo Cuitláhuac, su hermano, podía darse tal licencia.

Sin embargo, yo sabía, porque lo había aprendido en el *calmecac* y había oficiado como mujer sacerdote, *cihuatlamacazqui*, antes de contraer matrimonio con Cuitláhuac, que lo que mi padre había concedido a los españoles no sólo era un desacato a nuestras costumbres más queridas sino una profanación que ofendería gravemente a nuestros dioses y que las consecuencias podrían ser terribles, como en efecto lo fueron.

¿Será posible que mi padre haya olvidado que el acto más significativo del ritual religioso de la festividad es, precisamente, el sacrificio del mancebo que representa a Tezcatlipoca?, me pregunté mientras me dirigía a una esquina del salón para reunirme con las demás mujeres que aún reflejaban en sus rostros el disgusto que les causaba la debilidad del *huey tlatoani* ante las demandas de los hombres blancos y barbados.

—Motecuhzoma ha perdido su poder y su virilidad —alcancé a escuchar la voz aguda de una de sus tantas esposas que ya no le tenían respeto y yo no pude hacer más que asumir la vergüenza que imprimió su rubor en mi rostro.

Las palabras con las que el gran sacerdote Quetzalcóatl Totec tlamacazqui, serpiente de plumas sacerdote de nuestro señor Huitzilopochtli, había informado a mi padre que todo estaba dispuesto para la celebración del Toxcatl habían entrado por mi ojo derecho. Yo, así, había entendido que el mancebo escogido por los *calpixqui*, entre los más gentiles hombres, había sido criado durante un año en deleites. Se le había enseñado a tañer bien la flauta y traer las cañas de humo y flores, así como toda buena crianza, en hablar y en saludar y en todas las otras cosas de buenas costumbres, porque como ya era señalado para morir en la fiesta del dios Tezcatlipoca, por espacio de aquel año en que se sabía de su muerte, todos los que le veían le tenían en gran reverencia y le hacían grande acatamiento, y le adoraban besando la tierra.

Habiendo sido publicado este mancebo para ser sacrificado, luego el señor le había ataviado, con vestiduras curiosas y preciosas porque ya le tenía como en lugar de dios, y le había entintado todo el cuerpo y la cara, y emplumado la cabeza con plumas blancas de gallina pegadas con resina. Después, se le había puesto una guirnalda de flores llamadas *izquixóchitl* y un sartal largo de las mismas colgado desde el hombro hasta el sobaco; en las orejas unos zarcillos de oro y en el cuello un sartal de piedras preciosas. Le habían colgado también un joyel de una piedra preciosa blanca al pecho; y un barbote largo hecho de caracol marisco.

En las espaldas le habían colocado una bolsa de lienzo blanco, con sus borlas y flocadura; en los brazos, encima de los codos, en los morcillos de los brazos unas ajorcas de oro; en las muñecas unos sartales de piedras preciosas llamados *macuextli*, que se las cubrían todas hasta el codo... En las piernas, unos cascabeles de oro, que sonaban por dondequiera que iba. Además, lo habían cubierto con una manta rica, hecha a manera de red con una flocadura muy curiosa por las orillas, y un *máxtlatl* de gran preciosura para cubrir sus partes bajas.

Todo eso y más habían hecho los sacerdotes con el mancebo para regocijo de nuestros dioses. Ya lo habían casado con cuatro doncellas para que se regalase y conversara con ellas durante el tiempo que le quedaba de vida. Las cuatro doncellas también habían sido criadas con mucho regalo. Les habían asignado nombres de diosas; a la una llamaban Xochiquétzal; a la otra, Xilonen; a la tercera, Atlatonan; y a la cuarta, Uixtocíhuatl. A los cinco se les habían ofrecido solemnes banquetes y areitos con muy ricos atavíos. En los cuatro barrios de Tenochtitlan les hicieron fiestas y homenajes. Acabada la cuarta fiesta, lo habían puesto en una canoa, cubierta con un toldo, para que en su paseo fuese consolado por sus cuatro mujeres. Después, en compañía de sus ocho pajes, mismos que lo habían acompañado durante todo el año, lo llevarían a un pequeño *cu* para iniciar la ceremonia del sacrificio... Mas, debido al capricho de los españoles y a la flaqueza de nuestro *huey tlatoani*, esta solemnidad se iba a desbaratar igual que si fuese una imagen reflejada sobre el agua al ser lacerada con los golpes de un centenar de puñales.

—Hemos cumplido con todo lo que exigen nuestros dioses, señor Motecuhzoma —escuché la voz de mi esposo Cuitláhuac como si hablase desde el fondo de la Tierra—. Los nobles reunidos en el Templo Mayor van a demandar que se cumpla con el sacrificio ritual. No debes...

—¡Ya hicimos el cuerpo de nuestro dios Huitzilopochtli, como está mandado que se haga! —lo interrumpió el *cihuacóatl* Tlilpotonqui con un tono de voz que desfiguró su rostro—. Nuestros jóvenes guerreros y las doncellas escogidas desde hace un año prepararon con sus manos la masa de *tzoalli* para hacer su efigie...

Y entonces, yo me vi, siempre con el ojo derecho, junto con mis hermanas Xocotzin e Ilancueitl y otras muchas de las hijas de mi padre, concentrada en la tarea de amasar la carne con la que habíamos cubierto el cuerpo de Huitzilopochtli; sus extremidades que estaban hechas de maderos de *mízquitl* labrados a manera de

culebras, de suerte que por los cuatro lados surgieran sus colas y sus cabezas. Me vi cubriendo la imagen del tamaño de un hombre de gran estatura, con una jaqueta de tela labrada de bezos de hombres con una manta de *(he)nequén*. Le habíamos colocado encima una corona labrada de pluma, de la que salía un mástil también labrado de pluma que remataba un cuchillo de pedernal, a manera de hierro de lanzón, ensangrentado hasta el medio. Luego, le pusimos encima una manta ricamente labrada de pluma que lleva en medio una plancha de oro redonda.

La imagen nos había quedado imponente. Más cuando los guerreros le agregaron unos huesos hechos de la misma masa, que a su vez fueron cubiertos con una manta llamada *tlacuacuallo* sobre la que están labrados los huesos y miembros de una persona despedazada.

—Lo han llevado en procesión los capitanes y hombres de guerra, Motecuhzoma —insistió Cuitláhuac—. Allá se fueron por los cuatro barrios para que los *macehualtin* vean a nuestro dios precedido por el papelón de veinte brazas de largo y una de ancho y un dedo de grueso que cargaron muchos mancebos recios. Luego, como está prescrito, han cantado y bailado delante de él con gran areito, lo han elevado hasta el *cu*, sentado en su silla y dejado a buen resguardo con los sacerdotes, para que éstos reciban las ofrendas de tamales y sangre de codorniz.

La voz de mi esposo se quebró e hizo muchos guijarros. La mirada ausente de mi padre opacó la vibración de su lengua. Cuitláhuac se dio cuenta de que era inútil continuar con sus argumentos. Motecuhzoma ni siquiera había sido capaz de ver a sus hijos e hijas que a su alderredor nos mostrábamos dispuestos con las caras afeitadas y los brazos y piernas adornados con plumas coloradas. No había advertido nuestros papeles hendidos en las cañas que llamamos *tetéuitl*, ni nuestras mantas delgadas pintadas de negro, las *canaoac* que, como él mismo había dispuesto, nos señalaban como pertenecientes a la nobleza de su casa...

Para entonces supe, con esa claridad que tiene la pupila de mi ojo izquierdo para mirar las desgracias, que había decidido abandonarnos a nuestra suerte, que éramos huérfanos de padre y madre, y que cuando, en medio del incienso que subía de los braseros, yo bailaba el *toxcatcholoa*, que quiere decir saltar o bailar de la fiesta de Toxcatl, junto con los sacerdotes que llevaban emplumadas las cabezas con pluma blanca de gallina y los labios y parte de las caras enmeladas, y con los escuderos que traían la cara teñida con tinta, yo, Tecuichpotzin, su hija predilecta, había dejado de importarle, al menos lo suficiente como para defenderme con su vida.

Ahí, en el ambiente agrio de ese enorme salón llamado *tecpicalli*, cuyos muros ricamente adornados comenzaban a desfigurarse, Motecuhzoma dejaba en suspenso el sacrificio del mancebo, a quien los sacerdotes deberían de echar sobre un tajón de piedra y sosteniéndolo por los pies y por las manos y por la cabeza, echarlo de espaldas sobre el tajón, para que el que tenía el cuchillo de piedra se lo metiese por los pechos con un gran golpe, y después de sacarlo, metiera la mano por la cortadura que había hecho el cuchillo y arrancarle el corazón, para ofrecerlo luego al Sol. Así,

impedía que los sacerdotes lo cargaran y lo hiciesen descender al patio para cortarle la cabeza y ensartarla en el palo llamado *tzonpantli*. Sí, dejaba en suspenso ese sacrificio; mas con su cobardía, sacrificaba a los hombres y mujeres más nobles y valerosos de su propia estirpe.

Pronto, sin que los *teteu* pudiesen evitarlo, un clamor de muerte saltaría el *coatepantli*, el muro de serpientes labradas en la piedra que rodeaba el atrio del Templo Mayor, y se propagaría entre la gente que celebraba en sus casas y, con sus lengüetas de desesperación y deseo de revancha, incendiaría los corazones de todos los habitantes de la gran Tenochtitlan con alardes de guerra y de exterminio.



II

***Ichcaxóchitl* - Flor de algodón**

Me dicen que fui hermosa desde mi nacimiento. Desde el momento en que mi madre Miauaxóchitl Tezalco, con la ayuda de la partera que atendía a las esposas del *huey tlatoani*, una mujer de edad indescifrable llamada Quiauhxóchitl, que quiere decir Flor de lluvia, pero a la que todos en palacio conocían con el apodo de *Cuetzpalin*, debido a que sus movimientos imitaban la forma cautelosa con que se desplazan las lagartijas, me expulsó de su vientre, mientras nuestro pueblo celebraba la fiesta en honor de la diosa de la sal Uixtocíhuatl, durante las calendas del séptimo mes, que llamamos Tecuilhuitontli, julio para los cristianos.

—Has echado al mundo una piedra preciosa, un atado de plumaje rico —dijo Cuetzpalin a mi madre, una vez que ésta logró sobrepasar la secuela de los dolores del parto y regresó del baño ritual en el *temazcalli*, donde un par de ancianas la sahumaron con incienso, le frotaron el cuerpo con un menjunje hecho con las hierbas *matlaliztic* y *zoapalli* para prevenir cualquier sangrado y amainar la inflamación de su entraña y le hicieron beber un brebaje de raíz de *izatzayanalquíltic* para purificar la leche con la que habría de alimentarme—. Esta niña va a ser codiciada por los hombres y muchos conocerán la ternura de su carne, pero ella siempre estará casada con la desolación y la tristeza —añadió con un tono que no dejó de suscitar consternación en mi madre.

—Te estás adelantando al *tonalpouhqui*, al adivino, Cuetzpalin —le reclamó Miauaxóchitl con acritud—. Es él quien deberá leer su *tonalamatl* para determinar su signo y el día que ordenará su destino. No te apresures ni hagas augurios que nos causen desconsuelo.

Cuetzpalin, mañosa como lo fue hasta su muerte, prefirió no discutir lo que ella había visto en el remolino de cabello formado en mi coronilla y se concretó a tomarme en vilo y a recitar la fórmula que se usa para dar la bienvenida a las recién nacidas.

—Hija mía y señora mía, ya has venido a este mundo; te ha enviado nuestro señor, el cual está en todo lugar; has venido al lugar de cansancios y trabajos y congojas donde hace frío y viento. Nota, hija mía, que del medio de tu cuerpo, corto y tomo tu ombligo, porque así lo mandó y ordenó tu padre y tu madre Yoaltecutli, que es señor de la noche, y Yoaltícitl, que es la diosa de los baños... Has venido a este mundo donde nuestros parientes viven en trabajos y fatigas, donde hay calor destemplado y fríos y aires... no sabemos si vivirás mucho en este mundo... No

sabemos la ventura o fortuna que te ha cabido —luego, tomó el cordón umbilical y lo enterró bajo el fogón de la casa, a la vez que musitaba la conseja «porque la vida de la mujer es criarse, estar y vivir en ella», que imperaba tanto entre los *macehualtin*, la gente común y corriente, como entre los *pipiltin* que éramos miembros de la elite que gobernaba a los aztecas. Enseguida, recitó la misma advertencia que se hacía con todas las niñas—: «Habrán de estar dentro de casa como el corazón dentro del cuerpo, habrán de ser la ceniza con que se cubre el fuego en el hogar; habrán de ser las trébedes, donde se pone la olla; en este lugar les entierra nuestro señor, aquí habrán de trabajar, allí habrán de sudar, cabe la ceniza y cabe el hogar».

—Déjame tomarla, Cuetzpalin —le pidió mi madre—. Quiero poner mis dedos en su piel clara. Quiero que sus labios se prendan de mi pecho.

—Todavía no es tiempo, mujer —exclamó enojada la partera—. Sabes que debo lavarla y rezarle a la diosa del agua, Chalchiuhtlicue, para que esté limpia por fuera y por dentro, y pueda ponerle nombre.

—Pero... —quiso insistir la joven parturienta.

—¡No me interrumpas! —fue la respuesta determinante—. Escucha con atención, mujer de Motecuhzoma, si no deseas provocar la cólera de los dioses. Luego, endulzó sus facciones y rezó a la diosa del agua. «Ten por bien, señora, que sea purificado y limpiado su corazón, y su vida, para que viva pacíficamente y sosegadamente en este mundo; lleve el agua toda la suciedad que en ella está, porque esta criatura se deja en tus manos, que eres Chalchiuhcihuatl y Chalchiuhtlicue y Chalchiuhtlatonac, que eres madre y hermana de los dioses».

A continuación, Cuetzpalin roció con agua mi cabeza y mi cuerpo; puso unas gotas en mi boca para que catara su sabor. Luego, se dirigió a mí para decirme: Hija mía muy amada, ve hacia tu madre y padre la señora Chalchiuhtlicue, porque ella te ha de llevar a cutas y en los brazos de este mundo. Despacio, con mucho cuidado, mientras mis berridos provocaban cólicos en los oídos de los habitantes del palacio, me sumergió en el agua depositada en una enorme fuente de plata, labrada con preciosura, y me dijo: Entra hija mía en el agua que se llama *metlálac* y *tuxpálac*, lávate en ellas, te limpiará él que está en todo lugar, y tenga por bien de apartar de ti todo el mal que traes desde antes del principio del mundo. Váyase fuera, apártese de ti lo malo que te han pegado vuestra madre y vuestro padre.

Todavía, Miauaxóchitl tuvo que esperar a que Cuetzpalin me envolviera en una finísima tela de algodón bordada con flores y pájaros de mil colores y recitara una oración ancestral que habla de la creación del universo y que, entre otras cosas, refiere a nuestra dualidad sagrada que, según sé por haber convivido con ellos, nunca han podido comprender los españoles; porque ellos, pobrecitos, sólo veneran a un dios único y su religión está hecha para privilegiar a los varones en demérito de las mujeres: «¡Oh piedra preciosa, oh pluma rica, oh esmeralda, oh zafiro! —cantó con voz dulcísima la comadrona—, fuiste formada en un lugar donde están el gran dios y la gran diosa, que es sobre los cielos, te formó y crió tu madre y tu padre que se

llaman Ometecuhtli y Omecíhuatl, mujer celestial y hombre celestial...»; y se extendió por un buen rato, hasta que terminó sollozando, como lo hacía con frecuencia para impresionar a las mujeres que, con respeto y sigilo, se habían reunido en el interior de la recámara.

Al fin, la partera terminó con los rezos dedicados a mi persona y yo fui depositada en el regazo de mi madre. Sin embargo, no pudimos quedarnos a solas y en paz como Miauaxóchitl deseaba. El ceremonial mexica es muy estricto y por momentos, la verdad sea dicha, abigarrado y retórico, sobre todo para una mujer que, como era el caso de mi madre, ya había parido a su primer hijo, mi hermano Axayácatl. Empero, no le quedó más que resignarse y poner cara de orgullo y felicidad cuando Cuetzpalin pronunció un exordio que, aunque parece una apología exagerada, a mí en lo personal me agrada: «Hija mía muy amada, mujer valiente y esforzada, has sido hecha como águila y como tigre, esforzadamente has usado en tu batalla de la rodela, valerosamente has imitado a tu madre Cihuacóatl Quilaztli, por lo cual nuestro señor te ha puesto en los estrados y sillas de los valientes soldados...»

La pieza del palacio donde yacía mi madre comenzó a llenarse con la presencia de sus familiares, con los parientes más cercanos de mi padre y muchos de los cientos de servidores que mantenía a su servicio. Las ancianas de la familia dieron las gracias a la partera con especial solemnidad y se extendieron en largos y elocuentes discursos. Todos me compararon con las gemas incrustadas en las joyas que usaban los principales. No faltó quien hiciese alusión a la diadema sagrada, *copilli*, hecha con esmeraldas y turquesas, que usaba mi padre en la frente como símbolo de su poder. Mi abuela Xochicuéyetl, hija del afamado rey poeta de Tetzcuco, Netzahualcóyotl, me comparó con la diosa Cihuacóatl Quilaztli, deidad femenina también reconocida como «Mujer serpiente», célebre por su hermosura. Fue, sin embargo, hasta que se presentó mi padre, el *huey tlatoani* Motecuhzoma, ataviado con su túnica, *xicolli*, de color verde esmeralda —que sólo él podía usar—, que los elogios subieron de tono y se hicieron superlativos.

—¡Señor, es tu imagen y tu retrato, has brotado, has florecido! —dijo, exultante, el señor Cacamatzin de Tetzcuco.

Otro, puede haber sido Itzcuahtzin, regente militar de Tlatelolco, me comparó con Xochiquétzal, Flor preciosa, diosa de la fertilidad y la vegetación; y otro más me llamó Xochipalli, Girasol, aludiendo a la alegría que proporcionan los rayos solares, y dispuso a Motecuhzoma para que, en el momento del bautizo, agregara a mi nombre principal, Tecuichpotzin, el apelativo *Ichcaxóchitl* para vincularme, en sus ojos y en su corazón, con la belleza de la flor del algodón que es considerada un tesoro por los habitantes del Anáhuac.

Mi padre, hombre adusto, de pocas palabras, se limitó a esbozar un gesto que fue interpretado, por quienes así lo consideraron conveniente, como una aprobación, y, a través del *cihuacóatl* Tlilpotonqui, uno de los pocos que podían hablar en su nombre, agradeció los elogios. Después, con un ademán, mandó traer al adivino Xochicahua,

«el que tiene flores o sabe de encantamientos», de Tenayuca, hombre versado en la lectura del *tonalamatl*, para saber cuál era el signo del día de mi nacimiento y la tercena a la cual pertenecía.

Para mi fortuna no me tocó un día aciago. Mi signo es *Ce Acatl*, que designa al número trece de los primeros días del *tonalamatl*, y que es propicio por estar orientado hacia el Levante e impregnado de sus características: fertilidad y abundancia, dos cualidades que nunca me han faltado, a pesar de todas las desgracias que me han tocado vivir.

—En buen signo nació tu hija, señor Motecuhzoma —anunció Xochicahua y todos los presentes, sobre todo mi madre, lanzaron un suspiro de alivio—. Esta princesa vivirá muchos años y tendrá muchos hijos. Será muy hermosa y su fama perdurará por muchísimos años, tantos que no alcanzo a contar los atados de los mismos, ni cuántas veces su nombre estará vivo en las ceremonias del Fuego nuevo. Luego, como es costumbre, se congratuló de que no hubiese nacido el día Uno-Venado, porque hubiese sido espantadiza y pusilánime; o el día Dos-Conejo, porque tendría mala suerte y, seguramente, sería una gran borracha; esta última palabra sonó como si se le hubiesen quebrado las muelas e hizo que los ahí reunidos se taparan los oídos.

Todos los asistentes, entonces, hicieron entrega de sus regalos. Los *pochteca*, comerciantes, entregaron hasta cuarenta mantas y vestidos, cada uno, y no faltó quien agregara, para congratularse con mi padre, joyas de oro, piezas enormes de *chalchihuitl*, jade verde; otras conocidas como esmeraldas portentosas *quetzalitzli*; innumerables cucuruchos que contenían plumas de las aves más bellas y exóticas; en fin, un inmenso caudal de regalos que a todos dejaron satisfechos. No diré nada de aquellos obsequios que trajeron los embajadores de otros pueblos que, desde los confines de nuestro mundo, rendían pleitesía al emperador de los aztecas, porque sería afrentoso enumerarlos.

Xochicahua anunció al *huey tlatoani* Motecuhzoma, a las abuelas Xochicuéyetl, Tiyacapatl, Eloxóchitl (Flor de magnolia, madre de mi madre), a los señores principales de Tetzcuco y Tlacopan que, junto con mi padre, gobernaban la Triple Alianza fundada por el abuelo de los abuelos Motecuhzoma Ilhuicamina, y a los demás señores y embajadores, que mi bautizo podría celebrarse al día siguiente.

Mi padre dio su venia y Xochicahua recibió las mantas, gallinas y algunas joyas con las que fue recompensado. Después, se retiró hacia las cocinas del palacio, donde fue agasajado con una comilona y algunos jarros con *octli*, esa bebida fermentada de maguey que tanto gusta a la gente y tantos estragos les causa.

Pasé la noche acurrucada en el seno de mi madre. En algún momento, Motecuhzoma, cosa inusitada en él, llegó para alegrar a mi madre y echarme un vistazo. Me tomó en sus brazos y me contempló durante un par de minutos. Sus labios delgados se posaron en mi frente.

—He orado por ella en el gran *teocalli*, Miauaxóchitl —dijo en un susurro—. He

pedido a los dioses que la protejan y le den larga vida. En especial, he rogado al dios Quetzalcóatl que la dote con sabiduría y prudencia para que se comporte con la dignidad que se espera de quienes llevan mi sangre en sus venas. ¡Es tan hermosa que...! —y no terminó la frase.

El día siguiente despertó entre las sombras tenues de un colchón de nubes que celaban los rayos solares, con la promesa de abrirse más tarde. En medio del patio que formaban los edificios que utilizaba mi padre para su servicio personal, ardía un enorme hachón de teas, grande y grueso, cuya luz penetraba hasta los rincones más oscuros. En los pasillos laterales, los sirvientes habían colocado las viandas del banquete. Las ollas que contenían una variedad suculenta de *molli* se mantenían calientes sobre los braseros dispuestos para ello, al igual que las jarras que contenían *atolli* de diferentes sabores y aquellas que expelían el aroma del cacao endulzado con miel perfumada con vainilla. El olor que despedían era delicioso y se dispersaba por todos lados para competir con el que surgía de los platones que contenían frijoles y maíz tostado, así como indescritibles manjares compuestos con carne de pavo, perdiz, pato, liebre y conejo que se aglomeraban junto con tamales rellenos de caracoles, ranas, renacuajos de agua dulce llamados *axolotl*, pescados de nuestros lagos o de los lejanos mares e infinidad de *meocuilin* o gusanos de maguey, y verduras, todo sazonado con salsas de una gran diversidad de chiles, y, asimismo, dispuesto con la elegancia y decoro que exigía el protocolo especial que se dispensaba al *huey tlatoani* Motecuhzoma Xocoyotzin.

En una estera colocada al centro del patio, mis abuelas Xochicuéyetl y Eloxóchitl habían aparejado todas las alhajas femeninas, que eran aderezos para tejer y para hilar, como era el huso y la rueca y la lanzadera, y la petaquilla y vaso para hilar, y también varios huipilejos y naguas pequeñas, así como un cofrecito con algunas joyas seleccionadas por mi madre a manera de regalo personal.

—¿Ya está todo dispuesto? —preguntó la partera Quiauhóchitl, con el gesto adusto de quien se sabe importante, porque a ella correspondía bautizarme.

—Así es —le contestó mi abuela Xochicuéyetl con un tono seco y cortante. Creo que Cuetzpalin nunca fue de su agrado porque no era especialmente pulcra, sólo se bañaba una vez al día. Además, en alguna ocasión había sido sorprendida con un trozo considerable de chicle entre las muelas, la resina que usan las mujeres livianas para refrescar su aliento y que está terminantemente prohibida para las mujeres de los principales y las que las sirven en sus palacios.

Cuetzpalin sonrió aquiescente. De sobra conocía la ira de mi abuela, madre de Motecuhzoma y de Cuitláhuac, y se concretó a solicitar, con voz más que dulce, que se le entregase un lebrillo flamante, lleno de agua, para proceder al bautizo.

Los efectos femeninos fueron colocados cerca del *apaztli* nuevo, la escudilla de oro labrada con las serpientes emplumadas que simbolizan al dios Quetzalcóatl que la partera debía utilizar para echarme el agua encima.

Cuetzpalin me levantó hacia el cielo y dijo:

—Hija, recibe a tu madre Chalchiuhtlicue —luego, me dio a gustar el agua y pronunció—: Recíbela en la boca; ésta es con la que has de vivir sobre la tierra. —A continuación, dejó caer unas gotas sobre mis pechos y largó—: Ve aquí con qué has de crecer y reverdecer, la cual despertará y purificará y hará crecer tu corazón y tus hígados. —Por último, hizo caer un pequeño chorro sobre mi cabeza y ordenó—: Cata aquí el frescor y la verdura de Chalchiuhtlicue, que siempre está viva y despierta, que nunca duerme ni dormita; deseo que esté contigo y te abrace, y te tenga en tu regazo, y te tenga entre sus brazos, porque seas despierta y diligente sobre la Tierra.

Hechas estas invocaciones, Cuetzpalin me llevó hasta donde estaba una pequeña cuna, cubierta con una tela blanca de algodón, y, antes de colocarme en ella, la llamó Yoaltícitl, madre de todos, y me encomendó en sus manos «porque tienes regazo y tú la has de criar» y, enseguida, a voces, con un tono imperativo, le exigió que me recibiese en su seno: «Mira que no empecas a esta niña, que desde ahora se llama Tecuichpotzin, tenla en blandura», y me depositó y envolvió con la tela.

El bautizo estaba hecho y yo nombrada de acuerdo con los deseos de mi madre y con el beneplácito de mis abuelas. Sin embargo, los ademanes de la gente que rodeaba a mi padre y un murmullo que fue creciendo la obligaron a hacerse a un lado y, con la cabeza humillada y los párpados cerrados, esperar a que Motecuhzoma llegara hasta la cuna, donde se detuvo un instante.

—¡Quiero que mi hija lleve el nombre de Ichcaxóchitl! —dijo con voz tonante—. ¡Flor de algodón que festine su blancura y su singular belleza!

Así quedé nombrada Tecuichpotzin Ichcaxóchitl y ese nombre fue heraldo de mi hermosura y de la mayoría de mis desgracias.



III

«¡Cállate, indio perro!»

Quedamos atónitos, consternados por la cobarde matanza que Pedro de Alvarado y sus soldados hicieron entre nuestra gente. Muñecos de trapo, nuestros cuerpos se movían desarticulados entre los muros donde nos tenían prisioneros. Mi padre, que no podía moverse por los grillos de hierro que aprisionaban sus piernas, había perdido la luz de sus ojos y sólo lograba balbucir palabras inconexas y lamentaciones con las que se inculpaba de lo que había sucedido.

—¡Les ruego que me maten! —pidió, desesperado, a los soldados españoles que lo vigilaban—. Los mexicas creerán que yo los traicioné para salvar mi propia vida, que la matanza ha sido cometida por mi consejo. —En seguida, su voz bajó de tono y, sin dirigirse a alguien en particular, agregó—: Ya no soy el *huey tlatoani* de mi pueblo. No lo merezco. Mis temores, oh dioses, me han hecho perder el valor. La fatalidad se apoderó de mí. Soy un cobarde. Malinche traicionó mi amor y mi confianza. Me dejó desamparado frente a la rapacidad de Tonatiuh. Luego se escondió en un mutismo afrentoso que ocasionó la desesperación de su hermano Cuitláhuac y de su sobrino Cacamatzin, y que provocó que el Señor de Tlatelolco, Itzcuahtzin, también cargado de grillos, llorase igual que una mujer que ha perdido a sus hijos.

Un vaho espeso impregnado por un profundo desprecio hacia Motecuhzoma nos envolvió a todos los que lo rodeábamos y compartíamos con él su cautiverio. Un escudo con serpientes entrelazadas se levantó con sus escamas y sus crócalos para envenenar, pudrir e interrumpir los vínculos que unían al emperador de los mexicas con sus propios hijos. Mis hermanos Tetzpanquetzal y Yohualicáhuatl lo miraban con odio. Cuitláhuac, por su lado, semejaba una fiera enjaulada y sus ojos flameaban con un rencor incontenible. Él había insistido en combatir a las huestes de Cortés para expulsarlos de nuestras tierras cuando estaban detenidos en Calhchihuecan y aún era tiempo y hubiese sido fácil hacerlo, mas mi padre ni siquiera se había dignado escucharlo. Su encono en esos momentos lo hizo maldecir la sangre que ambos compartían y que lo llenaba de vergüenza. Cacamatzin, a su vez, arrojaba su furia en contra de su tío Motecuhzoma, del mismo que había influido para que él fuese elevado al rango de *huey tlatoani* de los tetzucucanos y no cejaba en insultar a Ixtlilxóchitl, «Rosa entintada», el rival a quien había desplazado del cargo por su carácter vengativo, vanidoso y poco religioso, y de quien sabía que ya andaba en componendas con los españoles para traicionarnos en el momento que le fuera

oportuno.

Nosotras, las mujeres e hijas de Motecuhzoma, estábamos desconsoladas. No entendíamos bien lo que sucedía a nuestro alrededor y menos imaginar lo que podía sucedernos. Tayhualcan, su primera esposa, y Miauaxóchitl, mi madre, se jalaban del cabello y arañaban su rostro con desesperación. Ellas sabían que su destino estaba ligado a la suerte de su señor y que si él moría, ellas quedarían en el más absoluto desamparo. Creo... No, estoy segura por lo que después acaeció, que a mi padre ya no le importaban ni ellas ni sus decenas de concubinas. Sólo se preocuparía más tarde por dos de mis hermanas y por mí, aunque de eso hablaré en su momento.

Si nuestro temor era terrible luego de la masacre de la flor de la nobleza azteca, éste se incrementó cuando Pedro de Alvarado y la infame ralea de sus soldados, en medio de la gritería espantosa de los guerreros aztecas que ya los combatían, se presentaron con los jadeos en la boca, los cueros de la cara lívidos y con una máscara de miedo que movía a horror, y nos obligaron a seguirlos al palacio de Axayácatl, donde se hicieron fuertes y se encerraron a cal y canto.

Mi padre, Itzcuahtzin y el *cihuacóatl* Tlilpotonqui fueron arrastrados de los brazos y de los cabellos por unos escopeteros que se escudaron con sus cuerpos para evitar ser flechados. Mi hermano Axayácatl fue arrojado con violencia contra un muro y su cara se empañó de sangre. Todos los prisioneros fuimos confinados en varios de los enormes salones del palacio de mi abuelo, desde cuyas ventanas podíamos observar lo que sucedía en los patios y escalinatas del Templo Mayor, en la plaza y en muchas de las calles y canales adyacentes.

Afuera, tanto los principales que habían sobrevivido, como los guerreros e infinidad de *macehualtin* aprestados para dar ayuda, recorrían el templo para buscar a sus muertos, retirarlos y darles sepultura de acuerdo con nuestra religión y costumbres.

Desde nuestra prisión, vimos cómo la gente buscaba con desesperación los cuerpos de sus padres, hermanos, esposos e hijos y, cuando lograban encontrarlos, los tocaban con respeto y veneración, después se los llevaban sobre las esteras y tablas improvisadas por sus parientes o, de plano, los colocaban encima de sus hombros para trasladarlos a sus palacios y casas, donde se les rendiría homenaje.

Y los padres y las madres de familia alzaban el llanto. Fueron llorados, se hizo lamentación de los muertos. A cada uno lo llevaron a su casa, pero después los trajeron al Patio sagrado: allí reunieron a los muertos; allí los quemaron, en un sitio definido, el que se nombra Cuauhxicalco, Urna del Águila. Pero a otros los quemaron en la Casa de los Jóvenes. El humo de las piras funerarias se elevó en nuestra ciudad como si fuesen dos columnas para sostener la tristeza que el mismo cielo no podía soportar.

De forma simultánea, una muchedumbre dirigida por algunos jóvenes guerreros de la nobleza que habían sobrevivido al exterminio inició el asalto del palacio de Axayácatl con desesperada furia. Los sentimientos de hostilidad y rencor acallados

durante siete meses —de noviembre de 1519 a mayo de 1520—, se convirtieron en un grito de venganza.

—Capitanes mexicanos..., vengan acá. ¡Que todos armados vengan: sus insignias, escudos, dardos...! ¡Vengan acá de prisa, corran: muertos son los capitanes, han muerto nuestros guerreros...! Han sido aniquilados, oh capitanes mexicanos — escuchamos el clamor que llamaba a las armas. Y a continuación oímos el estruendo, los gritos y el ulular de la gente que se golpeaba los labios. En un momento se agruparon todos los capitanes, cual si hubiesen sido citados: traen sus dardos, sus escudos.

La primera impresión del ataque fue sobrecogedora. Desde el sitio donde nos encontrábamos pude ver las andanadas de venablos, saetas y aun de jabalinas con arpones para cazar aves y piedras que los aztecas lanzaban desde la plaza principal, los patios del Templo Mayor, las azoteas de los edificios circundantes —sobre todo desde la explanada del *teocalli* donde estaban los *cu* de nuestros dioses Tezcatlipoca y Huitzilopochtli—, y las casas de los señores principales. Eran como nubes de serpientes vengativas que revoloteaban en el cielo para enseguida caer encima del palacio de Axayácatl, cual si fuera una capa amarilla, y morder la carne de nuestros enemigos. Muchos tlaxcaltecas, que abarrotaban los patios porque los españoles no les habían permitido refugiarse en los salones y piezas interiores, cayeron atravesados por las flechas o por el golpe certero de las piedras. Algunos *teteu* fueron heridos a pesar de las armaduras y cotas de hierro o de algodón con que se protegían; después supe, cuando llegó Hernán Cortés, que habían muerto siete.

Los gritos de nuestros guerreros, un alarido permanente que confundía los sentidos de nuestros enemigos, pero que a los aztecas infundía valor y determinación, se escucharon desde que se inició el asalto a todas las puertas y murallas del palacio: Ningún extranjero, ningún tlaxcalteca o huexotzinca quedará. Sus corazones alimentarán al feroz Huitzilopochtli. Daremos sus cuerpos a las culebras y a las víboras. Miren el bien que les hizo el oro de los tesoros. «¡Morirán!» fue una conseja que se repitió durante horas.

Algunos guerreros intentaron escalar, sin éxito, las murallas. Otros excavaron las paredes y prendieron fuego en las oquedades, pero no lograron más que producir humaderas y chisporroteos que no prosperaron. Sólo algunos hachones encendidos lanzados desde el exterior y que cayeron sobre unos techos de madera produjeron daño y distrajeron a varios españoles en la tarea de apagarlos. Sin embargo, el palacio, construido con piedra, resultó inexpugnable.

Los españoles se defendían con los tiros de pólvora y ballestas y escopetas, y hacían gran daño a nuestros guerreros que recibían las postas de frente y con el pecho descubierto. Los disparos sobre la multitud hacían estragos dolorosos, pues muchos, a veces diez o doce, caían con un solo disparo de escopeta.

Cuitláhuac rondaba desesperado. Él sabía que los asaltos eran infructuosos gracias a las condiciones del palacio y a que se trataba de una lucha cobarde y

desigual debido a la superioridad de las armas de los españoles. De vez en vez se asomaba a un ventanuco que daba a la plaza y gritaba instrucciones a los jóvenes guerreros para que sus ataques fueran eficaces. Sin embargo, nadie de afuera podía escucharlo, pues la gritería, aunada al sonido de los atabales y el golpetear de las macanas *macuáhuítl*, con sus filos de obsidiana contra los escudos, hacía un ruido ensordecedor.

Su ceño era terrible y no permitía que nadie le hablase. Él quería participar en la guerra y no ser distraído por la cháchara insustancial de los hombres y mujeres rehenes de los caprichos impuestos por el carácter temerario, rapaz y cruel del capitán Pedro de Alvarado, por el que sentíamos un odio desmesurado.

Otro tanto sucedía con Cacamatzin; Tzotzomatzin, Señor de Coyohuacan; mi hermano Tettlepanquetzal, Señor de Tlacopan; y todos los varones ahí reunidos, incluyendo al gran sacerdote Teotecuhtli, quienes discutían entre sí acaloradamente y trataban de paliar su ansiedad mediante el trazo de algunas estrategias para derrotar a los españoles y a nuestros enemigos ancestrales, los malditos tlaxcaltecas.

Motecuhzoma e Itzcuahtzin estaban encadenados en una pieza contigua, bajo la severa vigilancia de dos escopeteros al servicio de Gonzalo de Sandoval —quien se había ausentado días atrás junto con Hernán Cortés—, que los había «prestado» a Tonatiuh para que contase con un contingente de soldados experimentados, en prevención de cualquier alzamiento de los mexicanos. Mi padre era atendido en sus necesidades por el *cihuacóatl* Tlilpotonqui, así como por sus esposas principales y algunas de mi hermanas. Yo me encontraba junto con Papatzin Oxomoc y mis hermanas Xocotzin y Macuil para satisfacer lo que pidiese nuestro esposo y cuidar a mi hermano Axayácatl, que se encontraba muy mal herido.

—¿Qué nos va a suceder? —se atrevió a preguntar Xocotzin, mientras colocaba un paño húmedo en la frente de Axayácatl.

—Nos van a matar unos u otros —contestó Macuil con una resignación que me dejó pasmada.

—¡No, por supuesto que saldremos con bien de esta situación! —intervine con aplomo—. Mi señor Cuitláhuac y los demás príncipes nos defenderán de estos *tequanime*, salvajes, y sabrán protegernos de cualquier intento de revancha por parte de quienes quieran arrasar con la estirpe de Motecuhzoma. Además, mi padre...

—Tu padre ya no tiene voluntad, Tecuichpotzin —oí que me decía mi madre en el momento en que se nos unía—. Está perdido en la Cueva de Cicalco. Huémac, dios de los infiernos, lo tiene atrapado con sus fauces y le hace pagar todo el daño que, con su soberbia y su flaqueza, ha hecho a los suyos.

Los gritos insolentes de Pedro de Alvarado para amedrentar a mi padre y obligarlo a hablar con el pueblo para que depusiese las armas nos hicieron callar y prestar atención a lo que sucedía.

—¡Debes salir y ordenarles que se sosieguen y depongan las armas, Motecuhzoma! —aulló el descastado. Luego, le acercó la jeta a un palmo de

distancia, esbozó una sonrisa y con una voz que imitaba el silbido de una sierpe, quiso convencerlo—. ¡Diles que somos dioses y que no podrán hacernos daño! ¡Que si persisten, vamos a matarlos a todos y no dejaremos de esta ciudad piedra sobre piedra!

Motecuhzoma no le hizo el menor caso y guardó silencio. Pedro de Alvarado, entonces, comenzó a insultarlo con palabras que nosotros desconocíamos, pero cuyo tono evidenciaba su cólera y el deseo de humillarlo.

Tlilpotonqui tomó por el hombro a Tonatiuh, el Sol, y lo apartó de mi padre. Alvarado se revolvió furioso y le lanzó una bofetada que enrojeció la cara del *cihuacóatl* y le hizo sangrar los labios. Empero, Tlilpotonqui se repuso y le dijo con voz tonante:

—¿Que no has aprendido aún que nuestro señor es sagrado y que nadie puede dirigirse a él directamente?

Pedro de Alvarado se quedó cortado. No supo qué hacer ni cómo reaccionar frente a la determinación del príncipe azteca. Dio un par de zancadas hacia donde estábamos los demás, expectantes. Por unos instantes vi su cara blanca y hermosa transformada en las fauces de un *cipactli* o cocodrilo dispuesto a infectarnos con la espuma de su rabia. Sentí miedo y mis piernas flaquearon.

Alvarado se golpeó los puños. Se dirigió hasta donde estaba el gobernador de Tlatelolco, Itzcuahtzin, y le gritó:

—¡Si él no quiere ayudarme, entonces serás tú el que deberá convencer a los indios amotinados que no nos hagan la guerra y se vayan a sus casas!

Itzcuahtzin empalideció ante nuestras miradas. Todavía se volteó hacia donde estaba mi padre para suplicarle con los ojos que lo sacara del atolladero. Sin embargo, Motecuhzoma se mantuvo en su mutismo.

Dos soldados españoles lo tomaron por los antebrazos y lo levantaron en vilo. Otro tanto hicieron con Motecuhzoma. Nuestras lenguas intentaron protestar, pero los *teteu* las despreciaron. A empujones los sacaron a una de las azoteas de la casa real de Axayácatl. Oímos la voz del Señor de Tlatelolco como si nos llegara de ultratumba.

—¡Ah, mexicanos! ¡Ah, tlatelolcas! Miren que el señor Motecuhzoma, nuestro rey, les ruega que dejen de pelear y abandonen las armas porque estos hombres son muy fuertes, más que nosotros, y si no dejan de darles guerra, recibirá gran daño todo el pueblo porque ya han atado con hierro a nuestro rey.

Y mientras esto decía con voz suplicante, yo, como si estuviese bajo la influencia del dios Tezcatlipoca, el que todo lo ve en su espejo mágico, escuché con el corazón y no con los oídos, aquello que era más adecuado para las entendederas de una jovencita que deseaba que su padre reaccionara y se hiciera cargo de lo que más afectaba a su gente.

—Mexicanos, tenochcas, tlatelolcas, les habla el rey suyo, el señor Motecuhzoma, les manda decir que lo oigan los mexicanos: «Pues no somos competentes para

igualarlos, que no luchen los mexicanos. Que se deje en paz el escudo y la flecha. Los que sufren son los viejos, las viejas dignas de lástima. Y el pueblo de clase humilde. Y los que no tienen discreción aún: los que apenas intentan ponerse en pie, los que andan a gatas, los que están en la cuna y en su camita de palo, los que aún de nada se dan cuenta». Por esta razón dice su rey: «Pues no somos competentes para hacerles frente, que se deje de luchar». A él lo han cargado de hierros, le han puesto grillos a los pies.

No pude contener el llanto. ¿Cómo era posible que mi padre se humillara y nos afrentara a todos con esa petición vacilante que no hacía más que resaltar su cobardía?

No tuve tiempo, en ese momento, de reflexionar con la profundidad debida. Ya lo haría más tarde. La gritería surgió con el mismo estruendo que hace un volcán al arrojar la lava.

—¿Qué es lo que dice ese ruin de Motecuhzoma? ¡Ya no somos sus vasallos! —nos llegó el rugido de un Caballero Tigre, furioso con lo que Itzcuahtzin les pedía.

—¿Qué dice el puto de Motecuhzoma y tú bellaco con él? ¡No cesaremos la guerra! —era el insulto de un *iyac*, un joven guerrero que ya había hecho algún prisionero para su ulterior sacrificio, trastornado al ver lo que sucedía y que jamás imaginó como posible—. ¡No cesaremos la guerra!

Las saetas, los dardos y las lanzas volaron por encima de la azotea. Los españoles entendieron rápido que la respuesta de nuestros guerreros era su exterminio. De inmediato cubrieron a Motecuhzoma y a Itzcuahtzin con sus escudos para evitar que fuesen heridos y recularon hasta quedar a resguardo en el interior del palacio.

El ataque de los aztecas se volvió feroz, aunque sus armas poco podían hacer contra los muros de piedra que protegían a sus enemigos. Fueron los tlaxcaltecas y sus otros aliados, al estar desamparados en medio de los patios o trepados en las azoteas para repeler el ataque, los que más pérdidas sufrieron. Los españoles no desperdiciaron el tiempo. Pronto quedó montado uno de sus cañones, que comenzó a disparar de inmediato. Sus escopeteros y ballesteros se guarecieron donde les parecía más seguro y, desde ahí, dispararon en contra de los nuestros.

El estruendo de la guerra se volvió insoportable. La lucha sin cuartel, despiadada. Desde el lugar que ocupábamos, vimos caer a muchos de los mexicanos con el cuerpo destrozado por los fragmentos de metal y el cascajo que vomitaba el cañón y que los hería a quemarropa. Sus hermosos atuendos de pluma, sus brazaletes de cuero, las rodela —que eran de una belleza excepcional— y los cascos en forma de cabeza de águila, de tigre, así como sus penachos, saltaban entre el humo y el fuego para caer ensangrentados sobre las baldosas del suelo o estrellarse contra las paredes de las casas y formar rosetas y flores que conformaban señales de muerte.

Sin embargo, nada los arredraba y si unos caían, otros venían a cubrir los huecos para continuar con la batalla. Los españoles estaban desesperados. Muchos de ellos presentaban heridas en los brazos, las manos y las piernas. Sus caras estaban

cubiertas de hollín y, dentro de sus armaduras, sudaban a mares. Su olor era nauseabundo. Sus bocas, mazorcas de maíz podrido, infectadas por las *cuitlaazcatl*, las hormigas de la suciedad, exhalaban ladridos de pólvora.

—¡Son unas bestias! —gritaba Pedro de Alvarado a sus soldados entre disparo y disparo—. ¡Nos quieren sacrificar a los engendros que adoran y arrancar nuestros corazones para comerlos! ¡Bestias! ¡Acábenlos!

—¡Tú no nos entiendes porque eres un asesino! —le gritó Cuitláhuac desde donde estaba aherrojado e impotente—. Tú nos matas para robarnos el oro y los *chalchihuites*...

Alvarado se le acercó desafiante:

—¿Qué dices, indio?

—Que para nosotros, a diferencia de ustedes, morir en el combate es un honor, Tonatiuh —respondió, con altivez, mi esposo—. Nosotros luchamos para defender lo nuestro, lo que nos queréis arrebat. A nuestros guerreros no les importa morir, porque tienen asegurado su lugar entre los «compañeros del águila», los *quauhteca*, que acompañan al Sol desde su salida hasta el cenit. Después, reencarnarán en un colibrí y vivirán por siempre jamás entre las flores. Por eso, de nada te servirán tus artimañas ni los canutos que escupen fuego.

El capitán español enrojeció hasta la grana. Llevó su mano derecha a la empuñadura de su daga. Por un momento, pensé que iba a apuñalar a mi esposo y que a nosotras nos iba a degollar. Sin embargo, nos salvó una flecha que pegó en la rejilla de su yelmo y lo distrajo, así como las voces que daba uno de sus hombres para avisarle que ya estaban listos los caballos para hacer una salida.

Respiré con alivio y llevé una vasija con agua a mi esposo, que él bebió con avidez. Luego me acerqué al lugar donde estaba mi padre. Ahí, mis hermanos Ttlepanquetzal, Tlachahuepan y Yohualicáhuatl, el gran sacerdote Teotecuhtli y varios señores trataban de animarlo y le decían que debía estar orgulloso del valor de nuestro pueblo que combatía a los españoles y a los tlaxcaltecas con el mismo empeño que ponían durante la guerra sagrada que mentábamos *xochiyáotl*, la Guerra Florida, que se celebraba año con año para hacer acopio de prisioneros que, después, eran sacrificados en los altares de nuestros dioses.

Motecuhzoma, empero, continuaba ausente. Nada ni nadie le hacía cambiar el *semblante ceñudo* que llevaba inscrito en su nombre. Creo que su *tonalli* estaba en medio de un cerco de lobos que le lanzaban dentelladas sin que él pudiera defenderse. De vez en vez, hacía unas muecas horribles y chillaba con un tono mujeril que nos tenía consternados. Sólo su madre, Xochicuéyetl, lograba calmarlo con algunos versos de su padre Netzahualcáyotl:

*Yo, el poeta, el señor del canto,
Yo, el cantor, hago resonar mi tambor.
¡Ojalá mi canto despierte*

las almas de mis compañeros muertos!

Le recordaba también algunos pasajes de su vida que compartió con mi tío Netzahualpilli, uno de los pocos hombres a quien mi padre había abierto su corazón cuando los presagios comenzaron a carcomer su espíritu.

Verlo en ese estado me hizo llorar, a pesar de que, para entonces, le había perdido el afecto y en mi corazón había incubado un rencor que nunca he logrado borrar. *Choquiztli moteca, ixayotl pixahui*, el llanto se difunde, las lágrimas gotean.

Los españoles regresaron a las casas reales derrotados y con los rostros descompuestos. No habían podido avanzar gran cosa por la calzada que, pensaron, podría llevarlos al tianguis de Tlatelolco, donde querían hacerse de alimentos, cuando se toparon con una encrucijada de canales donde los aztecas los atacaron por agua y tierra, y los hicieron retroceder. Ahí quedaron tendidos muchos tlaxcaltecas, pero lo que más los tenía encorajinados era que dos de sus compañeros y un caballo hubieran caído prisioneros y que, por más esfuerzo que hicieron, no habían conseguido liberarlos. Daban por seguro que los iban a sacrificar y ello los traía de mal talante; amén de que la comida y el agua en el palacio habían comenzado a escasear.

Esta situación, que se volvería desesperada, llegó al conocimiento de los capitanes que mandaban a los guerreros aztecas. Éstos decidieron poner sitio al palacio de Axayácatl y a nadie dejaban entrar ni salir ni meter ningún bastimento para que los españoles y sus aliados muriesen de hambre. Así, estrecharon el cerco de tal forma que no pudiese entrar ni una brizna de tortilla seca ni un ejote o un pedazo de *camotli*.

Alvarado y sus soldados se olvidaron, durante los días que duró el sitio, del oro y las gemas que habían atesorado. Además de hacer esporádicos disparos de sus armas de fuego, más que nada para amedrentar a los de afuera, se dedicaron en cuerpo y alma a vaciar las despensas de las casas reales, en especial aquellas destinadas para alimentar a mi padre y a los nobles aztecas prisioneros y pronto dieron cuenta de todas las vituallas.

Auh in ye yuhqui, «así las cosas», las mujeres que formábamos el séquito de Motecuhzoma nos vimos precisadas a resolver el problema de la alimentación del *huey tlatoani* y de los demás señores, y, sin preverlo, cometimos un error terrible al enviar a nuestros sirvientes a las casas circundantes para que consiguieran comida.

Supieron los de afuera que algunos mexicanos entraban al palacio de Axayácatl y metían saetas y comida secretamente y pusieron gran diligencia en guardar que nadie entrase ni por tierra, ni por agua, y a los que hallaron culpados los mataron, en especial a los pajes de mi padre que traían bezotes de cristal que era la señal de la familia de Motecuhzoma, y también a los que traían *áyatl*, la librea de los pajes de mi padre; mataron a todos aquellos que fueron sorprendidos.

Uno de estos sirvientes que escapó milagrosamente nos contó cómo habían inmolado a unos trabajadores enviados por los mayordomos de los de Ayotzintépec y

Chinantlan que llevaban unas pieles de conejo:

—¡En una acequia los acogotaron con horquillas de palo! —dijo aterrorizado.

La desconfianza envenenó los ánimos de los mexicas. Se acusaban unos a otros, sobre todo de que habían entrado a dar comida a Motecuhzoma y a informar a los españoles de lo que pasaba afuera. Sin mayor averiguación, mataban a todo aquel que no tuviese una respuesta satisfactoria. De allí en adelante hubo gran vigilancia para que nadie entrase, y así todos los de nuestra casa huyeron y se escondieron porque no los matasen.

El hambre comenzó a acosarnos. Nosotros, y sobre todo mi padre, acostumbrados a la abundancia y al derroche de alimentos exóticos y succulentos —para mi padre se preparaban, cada día, más de trescientos platos y mil más para la gente del palacio— extrañamos, desde el inicio del sitio, las viandas deliciosas a las que estábamos acostumbrados. Yo, mi madre y mis hermanas, en los momentos en que por la noche cesaban los ataques, dedicábamos algunas horas a recordar nuestros platillos predilectos, entre los que repetíamos invariablemente los tamales rellenos de carne de faisán, pato, venado, jabalí y *uexólotl* (pavo o guajolote); los caracoles de mar; las ranas con salsa de chile; el pescado de agua dulce servido con una salsa de pepitas de calabaza molidas; los guisos de *quahcuetzpalin*, la sabrosísima iguana, y otros muchos que nos hacían babear y que, dadas las circunstancias, suplíamos con tortillas secas, unos pocillos con frijoles y chile, y un tazón de *atolli*, ya fuese dulce o condimentado con polvo de chile colorado.

Recuerdo aún, como si la tuviese frente a mí, a mi hermana Tlilxóchitl-Flor negra de vainilla, debido al color moreno de su tez, que ya estaba preñada por Hernán Cortés, suplicando que alguien le consiguiese un poco de *ahuauhtli*, huevos de la mosca *axayacatl* que pulula en el lago, del que tenía un antojo inexplicable, y que tuvimos que disfrazar con *pinolli* tostado para que no nos diese tanta lata.

Durante siete días, los aztecas atacaron las casas reales con furia, aunque con poca eficacia. También aprovecharon que se podían mover con libertad para ensanchar y ahondar las acequias, poner obstáculos dentro de ellas, atajar los caminos con paredes y hacer grandes baluartes para que los españoles no pudiesen salir por ninguna parte. Asimismo, los Caballeros Águila y los Caballeros Tigre que capitaneaban al ejército mexica y que tenían por subalternos a los guerreros que habían alcanzado el grado de *tequihua* (guerreros que, gracias a su valor y destreza, habían hecho más de dos cautivos en alguna batalla), distribuyeron a sus hombres alderredor del palacio de Axayácatl y en las partes altas de los edificios más cercanos para evitar cualquier sorpresa y eliminar de tajo las acciones que quisieran efectuar los extranjeros o sus aliados tlaxcaltecas y huexotzincas.

Los aztecas no estuvieron ociosos. Uno de esos días quemaron los cuatro bergantines que Hernán Cortés había construido, con la venia de mi padre y con la intención de que fueran usados para que los capitanes españoles y sus soldados, una vez saciada su curiosidad y avaricia, se largaran de nuestras tierras y no volviesen

jamás a importunarnos.

Pedro de Alvarado se supo atrapado, pero no flaqueó. Hizo poner guardias en las azoteas del palacio y ordenó a sus capitanes Alonso Pérez de Arteaga y Juan Velázquez de León que colocaran los cañones en aquellos lugares desde donde podían disparar con holgura y causar más daño a sus atacantes. Sus hombres, que sabían que su vida dependía de la pericia que pusiesen en la defensa del palacio y de que Hernán Cortés llegara a rescatarlos, alistaron sus armas y se dispusieron a cobrar caras sus muertes.

El sitio se prolongó durante otros veintitrés días. Alvarado, fuera de sí, no tuvo reparo alguno para insultar y humillar a mi padre cuantas veces le vino en gana. Nos prohibió que lo atendiésemos como correspondía a su categoría de *huey tlatoani* de los tenochcas y restringió sus alimentos a unos cuantos *totopoxtli* y unos tragos de agua salobre que sacaban de un pozo que tenía filtraciones del agua salada de uno de nuestros lagos. Sin embargo, creo que lo que más lastimó a Motecuhzoma fue la prohibición de que se lavara el cuerpo las dos veces que acostumbraba por día y que se aseara las manos antes y después de comer la magra ración que recibía.

Cuitláhuac, Cacamatzin, el *cihuacóatl* Tlilpotonqui y el gran sacerdote Teotecuhtli dejaron de atender sus reclamos y optaron por ignorar su presencia, a pesar de que Tonatiuh hacía todo lo posible por causarles vergüenza e irritación, quizá para tener el pretexto de asesinarlos mientras estaban indefensos.

A las mujeres no nos fue mejor. Mis abuelas y las esposas de Motecuhzoma fueron tratadas como sirvientas y obligadas a cumplir con sus caprichos, que afortunadamente no pasaron de ser bagatelas, tales como mantener los braseros prendidos y darles a comer los mejores trozos de la bazofia que aún nos quedaba. Muy diferente fue el trato que recibimos de los soldados, quienes se llegaban a nuestros aposentos con absoluto desparpajo y en toda ocasión, y, con el pretexto de que no ocultásemos armas, metían sus manos asquerosas en el interior de nuestros huipiles y apachurraban, que no tocaban y mucho menos acariciaban, nuestras partes íntimas. Sin embargo, Miauaxóchitl y Tiyacapatl muy pronto les enseñaron que si insistían en su actitud corrían el riesgo de ver mutiladas sus caras con mordidas y arañazos, o perder su varonía.

Los días se nos hacían eternos. Cada cual trataba de distraer su angustia y el coraje que tenía clavado en el corazón con actividades que, bajo otras circunstancias, hubiese relegado hasta que cayesen en el socavón del olvido. Pienso que lo que más nos dolía era la ausencia total del espíritu de mi padre y las lamentaciones que constantemente hacía Itzcuahtzin, a quien los grillos de hierro habían lacerado las piernas de las que brotaba una pus hedionda.

Un día supimos que venía Hernán Cortés. Que regresaba a Tenochtitlan acompañado de un ejército imponente formado por noventa y seis caballos, mil doscientos cincuenta soldados perfectamente bien guarnecidos, entre los que había muchos alabarderos, escopeteros y ballesteros, y unos ocho mil tlaxcaltecas y

cempoaltecas, dispuestos todos a recuperar la ciudad y a aniquilar a los ejércitos mexica y tlazololca que se habían organizado durante su ausencia. Supimos, asimismo, que Cortés venía envalentonado por la fuerza que le significaban sus huestes, mas también porque había derrotado a su oponente Pánfilo de Narváez —a quien, después me contaron, Gonzalo de Sandoval había sacado un ojo con el filo de su espada— y lo había dejado preso en Veracruz, junto con el veedor Pedro Salvatierra, al cuidado del capitán Rodrigo Rangel y los doscientos hombres que éste comandaba.

Esa noche, mientras digeríamos la infausta noticia, Cuitláhuac me llamó a su lado, no para servirse de mí como mujer, sino para pedirme que hablara con mi padre y lo convenciese de que enfrentara a Cortés con el valor que siempre había demostrado desde que era *tlacatecuhtli*, jefe de los guerreros, y le ordenase que se fuera de nuestro territorio.

—¡Pídele que no se deje engañar de nuevo por las argucias y zalamerías de Malinche ni por las intrigas de su lengua y compañera Malinalli! —me dijo con vehemencia. Que los obligue a...

No lo dejé terminar. Puse un dedo en sus labios.

—Motecuhzoma ya no existe, Cuitláhuac. Es sólo una sombra, un espectro que vaga a la deriva y no creo que entienda nada de lo que pasa.

Cuitláhuac me miró con una tristeza que jamás podré olvidar y yo me eché a temblar.

—Pienso que tú debes enviar un mensaje al Consejo para que declare incompetente a mi padre y designe a un nuevo *huey tlatoani* que reine sobre los aztecas —le dije una vez repuesta—. Tú, los señores... y también los sacerdotes prisioneros.

Cuitláhuac me pidió, entonces, que me hincara frente a sus rodillas. Tomó mi barbilla con su mano y levantó mi cara para besarme en los labios, cosa que nunca antes había hecho. Volví a temblar y huí de su lado espantada. Todavía era una chiquilla y poco sabía de los retortijones que provoca el amor.

Hernán Cortés entró en la gran Tenochtitlan el 24 de junio de 1520, con alardes de grandeza que ningún mexica o tlazololca se dignó contemplar. Todos los guerreros, por instrucciones de sus capitanes, se guardaron y escondieron donde ningún enemigo pudiera verlos. Llegó al palacio de mi abuelo y, sin dilación alguna, mandó disparar los cañones e hizo que sus arcabuceros y escopeteros dispararan sus armas para contener, en alguna forma, el asedio que los tenochcas mantenían sobre los españoles sitiados. Luego, por medio de Malinalli, que era su intérprete, una india que sabía la lengua castellana y la mexicana, llamó a voces a los *Achcauhtles* o *tecutes* y *piles* mexicanos para que viniesen a dar a los españoles lo necesario para comer. Empero, los proveedores del palacio de Motecuhzoma no respondieron al llamado y eso motivó la ira de Cortés.

Después, se encerró con Pedro de Alvarado para que éste lo pusiera al tanto de lo

que había sucedido y cuál era la situación en ese instante.

Todos oímos sus gritos cuando le reclamó lo que había hecho en el Templo Mayor.

—¡Os dejé en Temixtitan —así llamaba él a Tenochtitlan— para que mantuvieses las cosas tal y como estaban, Alvarado! ¡No para que provocaras la ira de los aztecas y echaras a perder todo lo que con tanto trabajo había conseguido! ¡Mira que matar a esa gente que, a pesar del daño que le hemos causado, nos tenía confianza! ¿Que no supisteis catar que ya eran nuestros aliados y que el resto de la empresa nos iba a ser muy fácil? ¡Mentecato, sois un sandio, Alvarado! ¡No te hago ahorcar ahora, porque...!

Tonatiuh se mantuvo en silencio por un buen rato. Él sabía muy bien que había cometido un desacato y que el costo de la guerra debería caer sobre sus espaldas; sin embargo, tenía suficiente cara dura para calmar a Malinche. Su boca, que tenía fama de hermosa, habló con mesura, me atrevo a decir que hasta con esa dulzura servil de que, a veces, hacía gala antes de clavar el puñal por la espalda.

—Capitán General, os aseguro que no fue mi culpa. Ellos provocaron la matanza. Los indios me querían matar. Ellos quitaron del *cu* de Huitzilopochtli la imagen de Nuestra Señora que vos habíais puesto. A luego, subieron en andas un monigote del engendro y yo fui a reclamarles. Nos atacaron de inmediato, a mí me hirieron y mataron a Pedro de Saucedo, el Romo, y se trabó la pelea.

Cortés lanzó un bufido para darle a entender que él no se tragaba ese *atepocatl*, ese renacuajo hinchado con sus mentiras, y agregó una carcajada que, al menos a mí, me hizo saber que su cólera amenazaba con causar estragos.

Alvarado, listo y sagaz, usó de otro argumento.

—Mira Hernán —dijo con un tono confianzudo—, también es cierto que varios tlaxcaltecas, tú ya sabes lo que odian a nuestros enemigos, me dijeron que, a pesar de que se los había prohibido, los príncipes aztecas iban a realizar sacrificios humanos en la fiesta y que preparaban un levantamiento para dar con nosotros en la piedra donde abren los pechos de sus cautivos... que sus sátrapas les habían pedido nuestros corazones para darlos a comer a sus dioses... ¡Y lo puedes ver y catar en carne propia! ¡Ahora están decididos a matarnos de hambre y a hacernos la guerra hasta exterminarnos...!

Malinche, aparentemente convencido, lo regañó en otro tono:

—Habéis hecho mal, Pedro. No habéis correspondido a la confianza que deposité en vos; vuestra conducta ha sido la de un hombre sin juicio.

Las mentiras de Tonatiuh nos dejaron trastornados.

—¡Es una *chiáuitl*! —bramó Cuitláhuac, aludiendo a esa culebra de color pardilla, manchada de unas pintas prietas, espantable, que escupe ponzoña y pica, y mata a los que pasan a su lado desprevenidos.

—¡Peor! —intervino Cacamatzin—. ¡Es una maldita *maquitzcóatl*!

Y todos los presentes comprendimos que se refería a la serpiente que tiene dos

cabezas, más bien pequeña, pintada con cuatro rayas negras en el lomo y otras cuatro coloradas en un lado y otras cuatro amarillas en el otro. Que anda hacia ambas partes, a las veces guía la una cabeza, y a las veces la otra; y se le llama espantosa.

—¡Tiene razón Cacamatzin! —se apresuró a confirmar mi abuela Xochicuéyetl—. Es el nombre que se les da a los chimeros y Tonatiuh también tiene dos lenguas y dos cabezas. Todos sabemos que fue él quien sin motivo alguno, perpetró la matanza por pura avaricia.

Los demás no sólo estuvimos conformes con la aseveración, sino que cada uno hizo comentarios que no lo dejaron mejor parado. Fue entonces cuando mi padre pareció resurgir de su letargo y expresó su deseo de hablar con Malinche.

Sin hacer caso de lo que decían los guardias, Cacamatzin y mi hermano Yohualicáhuatl lo ayudaron a incorporarse y lo encaminaron hacia donde estaba el capitán español rodeado de algunos de sus soldados. Nada más verlo en el umbral de la puerta, Cortés se dirigió a Malinalli —que ya había sido bautizada con el nombre de Marina— y dijo: «¡No deseo ver a ese perro!», para que ella se lo hiciese entender así a Motecuhzoma.

Hernán Cortés estaba irascible y se comportaba con una petulancia que no había enseñado antes. Quizá por ello mi padre no comprendió qué era lo que decía y, sin insistir, se retiró a sus aposentos. Una vez instalado de nuevo en su *icpalli*, hizo llamar al *cihuacóatl* Tlilpotonqui y le pidió que él y Cacamatzin fuesen a pedir una entrevista a Malinche para que le quitase los hierros y abandonara la ciudad de Tenochtitlan antes de que fuese demasiado tarde.

Tlilpotonqui y Cacamatzin cumplieron con la encomienda, sólo que la respuesta que recibieron de Hernán Cortés fue todavía más insolente.

—¡Vaya para perro, que a un tianguis no quiere, ni de comer no nos manda dar!

Los enviados de mi padre quedaron pasmados. No comprendían cómo era posible que Malinche, quien sólo había recibido de Motecuhzoma favores y regalos, que se había adueñado de nuestra ciudad gracias a su condescendencia, se comportase de esa manera ruin y despreciable.

La conducta de Cortés fue tan desatinada que sus propios capitanes, entre ellos Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo le recordaron:

—Señor, temple su ira y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey de estas tierras, que es tan bueno que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, y mire que hasta las hijas le ha dado.

Empero, Cortés viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aún de comer no les daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traía, y muy triste, y mohíno, encolerizó aún más y se soltó, igual que si fuese uno de los mastines que lo flanqueaban, con gritos destemplados.

—¿No nos traicionó el perro cuando quiso ponerse de acuerdo con Narváez? ¿Y no sufre ahora que sus mercados están cerrados para dejarnos morir de hambre?

Luego, sin limpiarse las babas de rabia que escurrían por los pelos sarnosos de su barba, exigió a Malinalli que dijera a nuestros príncipes:

—Id a decir a vuestro amo y a su pueblo, que abran los mercados, o que lo haremos nosotros a su costa.

Motecuhzoma escuchó el mensaje con la rigidez de un condenado a muerte. Se supo perdido y comprendió que él ya nada podía hacer para recuperar su reino y la estimación de su gente. Su rostro cobró un color cetrino y por un par de días se abstuvo de probar alimento.

Fueron dos días de desaliento para todos. No obstante, Cuitláhuac al fin me hizo caso y, nunca supe cómo, envió una petición al Consejo Supremo para que declararan incompetente a mi padre y designasen a un nuevo *huey tlatoani* de los aztecas que tuviese la claridad y los arrestos para organizar a los guerreros que combatían a los españoles con una estrategia asaz desordenada y sin concierto, basada en la superioridad numérica, que propiciaba considerables pérdidas y no daba los resultados que deseaban. El Tlatocan —Consejo Supremo conformado por el *tecuhtlamacazqui* que representaba a los sacerdotes; el *tlacochcácatl*, jefe de todos los guerreros; el *huey calpixque*, responsable de la recaudación de impuestos en todo el imperio; y el *petlacácatl*, encargado del abasto de alimentos y pertrechos para la guerra; quienes también opinaban como Cuitláhuac que era urgente exterminar a los intrusos—, reunido bajo condiciones de emergencia, accedió y designó a mi esposo y señor para suplir a quien hacía mucho estaba derrotado.

El *cihuacóatl* Tlilpotonqui tuvo que asumir la responsabilidad de transmitir a Motecuhzoma la decisión del Tlatocan. Éste lo escuchó sin quitar los ojos de los labios de Itzcuahtzin, quien, con toda razón, se preguntaba:

—¿Pero cómo, si tu hermano está cautivo al igual que nosotros?

Los ojos de Motecuhzoma brillaron por unos instantes.

—Sé cómo lograrlo —enunció apenas con un murmullo—. Ve y dile a Malinche que los mexicas me han hecho saber que si quiere comida y la oportunidad de salir vivo de Tenochtitlan, deberá liberar a Cuitláhuac, Señor de Iztapalapan, para que éste apacigüe la rebelión y aplaque al pueblo; al *huey tlatoani* de Tetzcuco, mi sobrino Cacamatzin; al gran sacerdote Teotecuhtli y a las mujeres que los acompañan... —ordenó a Tlilpotonqui.

—¿Y a mí? —preguntó el *cihuacóatl*.

—¡Tú correrás la suerte de tu Señor! —fue la respuesta tajante que escuché y que, en cierta forma, me gustó porque en ella había rescoldos del carácter de mi padre que se había eclipsado en la vorágine.

Cortés cayó en la trampa y su respuesta no se hizo esperar. Malinalli dijo que Malinche estaba de acuerdo en liberar a Cuitláhuac y al Teotecuhtli... No a Cacamatzin, pues a él achacaba la rebelión de los tenochcas para liberar de su prisión a Motecuhzoma y quería tenerlo a mano como salvoconducto. Las últimas palabras de Malinche fueron: Juro bajo mi Cruz que, si me permiten salir de Temixtitan, me

iré para siempre.

Motecuhzoma comprendió la artimaña de Cortés al retener a Cacamatzin, pues le era indispensable contar con varios rehenes de importancia para escudarse durante su salida. Tuvo que sacrificar a su sobrino y, consciente de que no tenía otra salida, dejó que Malinche obrara a su capricho.

Fuimos liberados por la noche. Nuestro pueblo nos recibió con banderas blancas de papel y muestras de alegría que colmaron nuestros corazones. Mi hermano Chimalpopoca, el príncipe tecpaneca Tlatecatzin y el príncipe tlatelolca Cuauhtemotzin mantenían en estricta formación a sus ejércitos para que rindieran honores a su *huey tlatoani* Cuitláhuac. Ahí, vi a los Caballeros Águila y a los Caballeros Tigre ataviados con su túnica forrada de algodón, *ichcahuipilli*; sus cascos hechos de madera, de plumas, de papel, y sus hermosísimos penachos. Los jefes de otros escuadrones con los emblemas y banderas de los señoríos a los que pertenecían, preciosas cañas de plumas, pedrería y oro, fijados a sus espaldas. Los soldados armados con sus *chimalli*, escudos de madera o de cañas cubiertos de plumas y de adornos en mosaico o en metal precioso; blandiendo sus *macquahuitl*, macanas de madera en cuyos bordes brillaban cuchillos de obsidiana; o sus *tlauitolli*, arcos tensos y vibrantes, y sus célebres *atlAtl* con los que lanzaban flechas, *mitl*, o dardos, *tlacochtli*, ambos letales y muy temidos por nuestros enemigos.

Mientras Cuitláhuac pasaba revista a los escuadrones de los valientes guerreros, éstos, como si estuviesen a punto de comenzar un ataque, lanzaron gritos atronadores que acompañaron con el ulular de las caracolas y silbos, trompetillas, atambores y el sonido agudo de cientos de pitos de hueso. A mí se me enchinó la piel y sentí que una estela de fuego me atravesaba el cuerpo y me llenaba de sudores. Comprendí de inmediato que ahí estaba nuestra única esperanza de sobrevivir a la implacable presencia de quienes querían avasallarnos y aniquilar nuestra cultura.

Papatzin Oxomoc me tomó por un brazo y me atrajo hacia la tibieza de su cuerpo.

—No temas, Tecuichpo —dijo con la voz melosa que siempre usaba conmigo—, ya estamos libres de las garras de Malinche y de sus asechanzas. Nuestro señor Cuitláhuac y los príncipes que nos rodean le harán pagar todas las afrentas que nos ha hecho. Pronto Huitzilopochtli y Tezcatlipoca recibirán su sangre y comerán su corazón. No te aflijas, niña.

—¿Pero, mi padre y mi madre... mis hermanas y hermanos... todos los que quedaron prisioneros...? —aventuré.

—Haremos todo lo posible para rescatarlos, Tecuichpotzin —tronó mi señor Cuitláhuac, quien me había escuchado y se aproximaba en compañía de Cuauhtemotzin, cuya juventud y prestancia no dejaron de impresionarme.

Luego, ambos se alejaron unos pasos y comenzaron a tratar asuntos de la guerra. Se les unieron otros príncipes y capitanes. Las mujeres quedamos excluidas, hasta que un *quaquachictin*, ataviado con un penacho de plumas de quetzal primoroso, nos indicó que siguiéramos a la comitiva de mi esposo.

Un grupo nutrido de guerreros nos escoltó hasta el palacio de mi señor Cuitláhuac en Iztapalapan, donde fuimos recibidos por el *huey calpixque*, el mayordomo mayor, e innumerables *pipiltin* —hijos de nobles que, de acuerdo con el protocolo impuesto por mi padre, servían a los altos dignatarios—, quienes vitorearon a mi esposo y lo llevaron a sus aposentos para agasajarlo no sólo como su señor sino como el héroe en que se había convertido.

—Seas bienvenida de nuevo a tu casa, princesa Tecuichpotzin —escuché la voz de mi querida ama Xuchipapalozin-Flor de Mariposa, mujer de toda la confianza de Papatzin Oxomoc que se me había asignado desde el día de mi boda—. Te hemos preparado el *temazcalli* para que purifiques tu cuerpo y descanses. Después de todo por lo que has pasado...

La seguí por los amplios corredores del palacio sin detenerme, como casi siempre lo hacía, a contemplar las hermosas pinturas que los decoraban. Atravesamos los apartamentos de Cuitláhuac, las habitaciones destinadas a sus concubinas y a los hijos que había procreado con éstas, los salones destinados a los señores de Tenochtitlan, Tetzcuco y Tlacopan, y por fin llegamos a mis aposentos, que lindaban con un enorme jardín adornado con numerosas fuentes de agua, estanques y acequias enmarcadas por cientos de sabinos y arriates con decenas de flores de las más diversas variedades, y de las que daré cuenta en otra ocasión, porque en ese momento lo que más deseaba era meterme en el agua y dejar que me bañaran con el fruto del *copalxocotl*, que los españoles llaman árbol del jabón y que suelta una espuma translúcida y tiene un olor fresco y delicioso.

Xuchipapalozin, con ayuda de la pequeña Ícpitl —nunca supimos su nombre y la llamamos luciérnaga porque sus ojos brillaban en la oscuridad y se movía con etérea ligereza—, me despojó tanto del *huipilli*, como de la *cueitl* que cubría mis piernas. Ambas prendas estaban rotas, sucias y olían casi igual que los sobacos de los españoles —y digo casi, porque el hedor carroñero de éstos es prácticamente insuperable—, y me hizo penetrar al *temazcalli* que había preparado con hierbas aromáticas y relajantes. Entré en el vapor y me sumergí lentamente en el agua cristalina y confortante. Xuchipapalozin me dio una pócima de *izeleua*, buena para las angustias del corazón, mezclada con una brizna de *péyotl*, para que mi mente se abriera y pudiese tener visiones, y comenzó a frotar mi espalda con un manojo de hojas de *tlalpoyomatli*, cuyo olor me produjo una agradable somnolencia, pero que al asociarla con el aroma que exhalaba el cuerpo de mi madre Miauaxóchitl, permitió que mi *tonalli*, mi espíritu, se liberase a voluntad y, gracias a esta disposición, pudiera trasladarme a otros espacios donde los hechos se sucedían y las imágenes se armaban para que yo contemplara el sufrimiento de mi padre Motecuhzoma y lo que sucedía con los *teteu* en el palacio de Axayácatl.

Hernán Cortés creyó que al liberar a Cuitláhuac, éste iba a calmar la ira de nuestro pueblo y a proveerlo de alimentos. Muy pronto pudo constatar que Motecuhzoma lo había engañado y que, por lo contrario, los ataques de los tenochcas

se habían intensificado. Yo vi cómo Malinche se enfureció y, sin dilación, se dirigió con Malinalli a ver a mi padre, que se encontraba postrado sobre una estera de petate.

—¡Dile a este perro bastardo que los calme! ¡Qué exija a su hermano Cuitláhuac que suspenda los ataques y nos deje salir de la ciudad...! —gritó Malinche aun antes de llegar a su vera.

Motecuhzoma volteó la cara y miró directamente a Malinalli, mientras con un gesto de su mano indicaba a mi madre y a su esposa Tayhualcan que abandonaran el aposento.

—¿Qué quiere Malinche de mí, esclava? Que yo no deseo vivir ni oírle, pues por su causa mi ventura me ha traído a tal estado —inquirió sin ocultar el desprecio que sentía por Malinalli.

Ésta, que conocía muy bien las exigencias de mi padre para con sus vasallos, humilló el rostro, compuso sus bellas facciones y, sin verlo directamente a los ojos, expresó:

—¡Oh, gran señor! Cortés desea que subas, por favor, a la azotea y ordenes a tu pueblo que deje el asedio, pues desea salir de Tenochtitlan. Que pidas a Cuitláhuac...

Motecuhzoma no la dejó continuar. Se incorporó levemente y dijo:

—No deseo vivir. Menos aún escuchar a Malinche. Por su culpa me encuentro en este estado. ¿Qué no mira la suerte que me trajo? ¿El odio que me tienen mis hijos e hijas, mis hermanos, tíos y sobrinos, los príncipes aztecas; el pueblo que siempre me amó y que, ahora, me aborrece?

—¡Dile que si no me hace caso, acabaré con todos los prisioneros, que nadie saldrá con vida de este palacio! —replicó Cortés después de escuchar lo que Malinalli le traducía—. ¡Qué su pueblo sufrirá en carne propia las consecuencias y que destruiré sus palacios y sus templos, y que sus dioses serán borrados de la faz de la Tierra!

Mi padre tembló visiblemente. Escenas aterradoras pasaron frente a sus ojos. Vomitó el poco alimento que había conseguido tragar.

—No creo que mis palabras sirvan de nada. Por su culpa he perdido la veneración de mi pueblo y el agrado de Huitzilopochtli. El Tlatocan y el consejo de ancianos ya han nombrado *huey tlatoani* a Cuitláhuac para que me suceda —pronunció con la voz entrecortada por el llanto que afloró sin que él pudiese reprimirlo—. Di a Malinche que es gracias a las acciones de sus hombres, las de Tonatiuh sobre todo, que con sus excesos y avaricia han provocado la venganza que nadie podrá aplacar. Dile, esclava, que sé que no les permitirán salir con vida de mi ciudad. ¡Todos ustedes han de morir!

Así, mientras yo sufría una terrible congoja al ver a los míos amenazados con la tortura y con una muerte inminente, mi esposo Cuitláhuac, junto con Cuauhtemotzin, mi hermano Chimalpopoca y otros príncipes, recorrió los lugares donde los aztecas y los de Tlatelolco se habían atrincherado para combatir a los españoles y sus aliados. Ahí los dividió en escuadrones bajo las órdenes de los

Caballeros Águila y los Caballeros Tigre que más se habían distinguido, y los instruyó para que no afrontaran a pecho abierto los disparos de las armas de fuego de los sitiados.

—Deben *culebrear* para escapar de los tiros y andar de lado para que el fuego no los mate y las saetas no los hieran en lugares vitales... Ésta no es una guerra como las que acostumbramos tener, año con año, con los tlaxcaltecas —escuché que les decía—. Nuestros enemigos tienen armas superiores a las nuestras y el valor y el arrojo que hemos demostrado no es suficiente. Debemos obrar con cautela y atacarlos desde los lugares que nos ofrezcan ventaja. Quiero que las canoas cubran todos los canales y que en ellas vayan grupos de *otomíes* que saben bien cómo combatir desde el agua. De ser posible —sugirió a Cuauhtémoc—, envía a algunos *quimichti*-ratones para que se mezclen entre las filas de los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas, y espíen sus movimientos y nos digan qué es lo que planean.

Cuitláhuac lucía esplendoroso con su penacho de plumas tornasoladas de quetzal, el *tecpillotl*, símbolo de nobleza, atado a su barbilla con una correa colorada, y su recién estrenada manta de turquesa, de color azul-verde, que sólo podía vestir el *huey tlatoani*, misma que cubría su torso moreno, reluciente, y dejaba libres sus brazos delgados mas nervudos, cubiertos de plumas rojas y brazaletes de oro con esmeraldas incrustadas. Sus piernas, que surgían de un hermoso *máxtlatl* bordado con plumas amarillas y que cubría sus partes masculinas, eran dos robustas columnas de caoba clara, con la fuerza suficiente para sostener un imperio. Como nunca antes, sentí el orgullo de ser su esposa y tuve el presentimiento —no lo puedo ocultar— de que si sobrevivíamos a la guerra, sería una mujer afortunada en los placeres que se prodigan entre sí las parejas que se aman apasionadamente.

La visión se hizo borrosa y luego se fragmentó. Por un lado, vi escenas de guerra. Las azoteas de los edificios colindantes a las casas reales cubiertas por guerreros aztecas y tlatelolcas que lanzaban flechas, piedras y otros objetos sobre los soldados españoles, mientras varios escuadrones intentaban horadar las murallas del palacio de Axayácatl o trepar por sus contrafuertes para combatir a los sitiados. Vi, también, cómo los españoles disparaban sus cañones, arcabuces y escopetas, así como el terrible daño que hacían entre las filas de los sitiadores, quienes caían por puñados y salpicaban con su sangre el aire transparente que los envolvía. Después vi salir a Diego de Ordaz y otros capitanes montados en sus caballos, con las lanzas en ristre y sus yelmos y armaduras refulgentes, seguidos de su infantería y de los aliados que lanzaban alaridos y se trababan en lucha cuerpo a cuerpo con los nuestros. Vi caer a unos y a otros con los rostros descompuestos, los ojos en blanco, la espuma en los labios. Recibir o dar en el pecho, en el vientre, en plena cara, la puñalada, el golpe de hacha o de *macquahuitl*, y caer al suelo para ser pisoteados, aplastados contra la tierra que mugía de dolor y no sabía cómo mitigar su espanto. Vi regresar a los españoles derrotados. A pesar de la masacre que habían perpetrado, los nuestros mataron en las primeras arremetidas dieciocho soldados, y a todos los más hirieron, y al mismo

Diego de Ordaz le dieron heridas. Vi, también, a muchos de sus aliados apresados por nuestros guerreros, quienes de inmediato los hicieron comparecer ante nuestros dioses para morir sacrificados. Cuauhtémoc no se daba abasto con el puñal de obsidiana. Nuestros *tecuhtli*, sacerdotes, cuyas túnicas negras flotaban como si fuesen alas de zopilote, estaban impregnados de sangre desde la coronilla a los pies, por tantos corazones, aún palpitantes, que ofrecían a los dioses, y por mancharse con los cuerpos de las víctimas que arrojaban por las escalinatas de los templos.

Escenas horrorosas que me hicieron cerrar los párpados para poder escuchar cómo algunos de nuestros capitanes gritaban: «Por fin los han puesto los dioses en nuestras manos, mujeres temerosas, bellacos fementidos; mucho tiempo hace que Huitzilopochtli ha clamado por sus víctimas. Pronta está la piedra del sacrificio y los cuchillos afilados. Los tigres, leones, víboras y culebras que tenemos cautivos en palacio rugen y silban por su presa; y las cárceles —agregaban burlándose del hambre que sufrían los tlaxcaltecas— están esperando a los falsos hijos del Anáhuac, que han de ser engordados para que comamos sus piernas y sus brazos y nos hartemos en las fiestas cuando celebremos la victoria».

No quise evitar la sonrisa que afloró en los labios de mi *tonalli*. La dejé estar por un rato, hasta que me vi obligada a mirar hacia el otro lado. Ahí estaba mi padre flanqueado por Cristóbal de Olid, el padre de la Merced y la lengua Malinalli.

—Si no accedes, Motecuhzoma, la matanza continuará. Cada vez va a ser peor... —escuché cómo Marina traducía las palabras dichas con la voz tipluda del capitán Olid.

—Hazlo por tus hijas, tus hijos y para que Dios, nuestro Señor, os perdone el pecado de idolatría en que has vivido, Motecuhzoma. Sabes bien lo yo os amo... Os he dado muchas muestras y he rezado por vos... —ésas fueron las palabras del padre de la Merced, expresadas con vehemencia para convencerlo.

—¡Es inútil —sentenció mi padre—; no me creerán a mí, ni las falsas palabras de Malinche! No saldréis vivos de estos muros... —respondió con un titubeo que me dejó expectante y con un rescoldo de esperanza en el pecho. ¿Sería capaz mi padre de mantenerse en lo dicho y morir con dignidad o, en cambio, volvería a claudicar y a dejarse usar por Malinche?, pensé, en el tiempo que tarda un colibrí para pasar de una flor a otra.

Su reacción me ocasionó desaliento. Vi a Motecuhzoma incorporarse del lecho y ordenar al *cihuacóatl* Tlilpotonqui y a sus esposas que lo vistieran con las ropas imperiales para presentarse ante su pueblo.

Miauaxóchitl le lavó la cara y el torso. Peinó las crenchas de su cabello hasta que estuvo reluciente. Tayhualcan le echó encima el *tilmatli* y se lo ató con un broche de oro que tenía incrustados tres *chalchihuites* del color verde más puro jamás visto. Toda su vestimenta, el *tilmatli*, así como su *máxtlatl* y sus sandalias de oro estaban cubiertas con esmeraldas de un tamaño extraordinario. En su frente, mis hermanas Tlilxóchitl y Macuil le colocaron el *copilli*, la diadema que sólo él usaba y que lo

hacía brillar como si fuese la primera estrella del ocaso.

Rodeado por Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Francisco Pizarro, Gonzalo de Sandoval y los soldados de la guardia que le había impuesto Malinche, mi padre fue conducido hasta la azotea del palacio que daba a la plaza principal. Los alaridos de los guerreros tenochcas que desde ahí combatían se fueron calmando en la medida en que se propagaba la noticia de la presencia del *huey tlatoani*. Al fin, todos callaron. Un silencio sepulcral cubrió el espacio de la plaza y de las explanadas y azoteas circundantes. Sin embargo, esta vez nadie se hincó, nadie doblegó la cabeza ni desvió la mirada del rostro de Motecuhzoma. Todos clavaron sus ojos en un rostro que hacía tiempo habían aprendido a odiar. El aborrecimiento de miles de súbditos, de varias generaciones de habitantes del Anáhuac, brotó como una flor pestilente y se sostuvo sobre la conciencia colectiva que respiraba con los jadeos de una fiera herida.

El *cihuacóatl* Tlilpotonqui, como lo establecía el protocolo, habló en su nombre:

—¿Por qué veo aquí a mi pueblo armado contra el palacio de mis padres? ¿Es porque piensan que su soberano se halla preso y quieren liberarlo? Si es así, han obrado bien; pero están engañados. Yo no soy prisionero. Los extranjeros son mis huéspedes. Permanezco con ellos por mi voluntad, y puedo dejarlos cuando quiera. ¿Vienen a arrojarlos de la ciudad? Pues no es necesario, porque ellos partirán de grado, si les abren camino. Vuelvan pues a sus hogares y depongan las armas, muéstrense obedientes hacia mí que tengo derecho a ello. Los hombres blancos regresarán a su país y todo volverá a estar bien dentro de los muros de Tenochtitlan.

Quedé pasmada al igual que todos los habitantes a quienes su emperador vejaba en la forma más infame e insolente. Ese títere no puede ser mi padre, pensé. Y luego comencé a gritar: «¡Cobarde, pusilánime, traidor!»; mas inmediatamente me superaron los denuestos que se le lanzaban desde todos lados.

—¡Abajo, azteca afeminado y cobarde, los hombres blancos te han convertido en mujer, apto sólo para hilar y tejer! —gritaron varios desde una azotea.

—¿Qué es lo que dice este bellaco de Motecuhzoma? —clamó Cuauhtémoc con su voz viril—. Mujer de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto a todos en este trabajo. No le queremos obedecer porque ya no es nuestro rey, y como a vil hombre le hemos de dar castigo y pago.

Las flechas y las piedras comenzaron a volar en dirección al lugar donde estaban Motecuhzoma y sus guardianes españoles. Éstos trataron de cubrirlo con sus escudos mientras retrocedían para protegerse. Sin embargo, dos piedras golpearon la cabeza de mi padre, y yo perdí la visión y me sumergí en un cieno lechoso.

Volví en mí poco después, acuciada por las voces que me decían: «Eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía. Las flechas y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos que casi no podíamos andar». Me llené de espanto. Sentí la necesidad apremiante de ir hasta donde estaba mi padre. Mi *tonalli* llegó en el momento en que

Motecuhzoma era arrojado al suelo por los capitanes de Malinche, donde rodó presa de convulsiones. Cacamatzin, sus dos esposas y mi hermano Axayácatl acudieron en su auxilio. Mi madre le limpió la cara por la que surcaban hilillos de sangre y lágrimas turbias, y Axayácatl lo sostuvo para que Cacamatzin pudiese vendarle la cabeza y detener el sangrado. Motecuhzoma cerró los ojos.

—No soy nada, estoy extraviado en el laberinto que conduce al último nivel del Mictlan. Puedo escuchar los bramidos del dios Huémac... —dijo, mas no terminó la frase porque sufrió un desmayo que lo dejó aletargado. Tayhualcan lanzó un plañido que me provocó un escalofrío. Al igual que ella, yo pensé que había expirado. Sin embargo, pronto volvió a dar señales de vida.

Regresé al lado de Cuitláhuac. La batalla se había recrudecido. Los españoles arrojaban sus venablos y disparaban los cañones con certera puntería. Mucha gente fue arcabuceada, mucha gente fue cañoneada. Los ballesteros sabían en dónde la flecha clavaban... Las armas de pólvora a la gente tenían en mira... le daban en lugar peligroso, ya sea la frente, ya en el pecho, o en su vientre, o en su cadera, o bien sobre sus hombros... Los nuestros, a pesar de su envidia, estaban descontrolados.

—¡Desbándense! —gritaba mi esposo para que sus hombres no fuesen arrasados por la metralla.

—¡Cúbranse con las rodelas... protejan sus cuerpos detrás de los muros de las casas... no se expongan! —ordenaba Cuauhtémoc desesperado.

Los atabales y las flautas emitían las órdenes de Chimalpococa, del príncipe tecpaneca Tlaltecatzin, de los Caballeros Águila que arrojaban sus lanzas desde las azoteas, pero era tanta la gente abarrotada en las calles, en las acequias, que no podían replegarse y no tenían más alternativa que luchar por encima de los cuerpos de los caídos.

La tristeza de mi *tonalli* comenzó a anudarme la garganta y a causarme asfixia. Salí del *temazcalli* empapada. El agua se deslizó sobre mi cuerpo desnudo, formó arroyos alderredor de mis pequeños pechos y fue a depositarse entre mis muslos. Mis manos recorrieron mi cintura y mis caderas y sentí el placer de estar viva. Por unos instantes pensé en Tlazoltéotl y sus compañeras, las *tlazolteteo*, diosas del amor y del deseo, creo que para reafirmar mi derecho a la vida en medio de tanta mortandad. Sin embargo, sentí vergüenza y la necesidad impostergable de retornar al lado de mi padre.

El padre de la Merced estaba arrodillado a su lado. Sostenía entre sus manos un crucifijo y le decía:

—Te ruego, Motecuhzoma, que abracés nuestra doctrina cristiana y aceptes a Jesucristo como tu único Dios y Salvador. Sólo Él, en su inmensa misericordia, tiene el poder de redimir tus pecados.

Mi padre negó con la cabeza varias veces; mas el sacerdote no le hizo el menor caso, hasta que le dijo:

—Pocos momentos me restan de vida y no abandonaré en este trance la fe de mis

padres ni a los dioses que han sido nuestro sustento. —Luego, subió el tono para encararlo y agregar—: ¡Ya dejen de importunarme con su dios verdadero! Su dios es insignificante ante los míos, los dioses creadores, los dioses guerreros, los dioses del aire y los vientos. Su mentada virgen no tiene nada que hacer ante mis diosas. ¡Entiéndalo bien, jamás renunciaré a mi religión!

El fraile lo miró con dureza y masculló un: «¡Hereje!», que se quedó vibrando como si fuese una cuerda desafinada. Me fue obvio que, en su interior, la intolerancia y la compasión luchaban a brazo partido. Nunca logré determinar cuál de las dos había ganado, porque el padre de la Merced fue llamado con urgencia para que diese la extremaunción a diez o doce soldados que acababan de ser mortalmente heridos por las flechas y las lanzas de los guerreros tenochcas.

Hernán Cortés se presentó al poco tiempo:

—Tus vasallos, Motecuhzoma, me han solicitado que libere a Teotecuhtli, el sumo sacerdote, y a otro de tus sátrapas para que me manden con ellos los términos de un acuerdo para poner fin a la guerra y poder salir de tu ciudad —dijo la lengua Malinalli de un tirón. Luego, fue el mismo Cortés quien gritó:

—¿Qué hago?

Mi padre comprendió la añagaza de los consejeros que formaban el Tlatocan. Sabía que la presencia del Teotecuhtli era indispensable para elevar al rango de *huey tlatoani* a Cuitláhuac. Además, Cacamatzin se le aproximó y le hizo un guiño que a los demás pasó inadvertido, para que apoyase la petición de los nuestros.

—Puedes confiar en ellos, Malinche —respondió con aplomo—. Déjalos ir, que aquí de nada te sirven y, en cambio, te pueden traer provecho.

Malinche volvió a caer en la trampa. Advertí que, en ocasiones, su soberbia y la certeza de que era lo suficientemente hábil como para engatusar a propios y extraños lo hacían tomar decisiones que, por no haberlas meditado, más tarde se volvían en su contra.

Cortés dio sus órdenes con voz tonante a Gonzalo de Sandoval y al capitán Francisco de Lugo. Estaba a punto de retirarse, cuando mi padre le rogó que se quedara unos minutos a su lado.

—Tengo que hablar contigo, Malinche —dijo y guardó silencio. Quienes lo rodeaban, comprendieron que quería hablarle a solas y salieron del lugar—: Sé que voy a morir muy pronto y por el amor que te tengo y los servicios que he prestado, a ti y al emperador Carlos V, quiero recomendar encarecidamente a tu cuidado a tres de mis hijas, como las joyas más preciosas que puedo dejar en el mundo. A las dos que están aquí conmigo y, por encima de todas, a Tecuichpotzin Ichcaxóchitl, mi favorita, quien, como sabes, está casada con Cuitláhuac, Señor de Iztapalapan. Mira por ellas, Malinche, hazlas bautizar y muéstrales tu doctrina; parte con ellas la riqueza que les he dado, los tesoros de mi reino que les he entregado a manos llenas. No las desampares. Te suplico que intereses en su favor a tu señor el emperador y procures que no se les deje abandonadas, sino que se respete y se les conceda su herencia

legítima. Tu soberano hará esto, aunque sea sólo por los oficios amistosos que he prestado a los españoles, y por el amor que les he mostrado, no obstante eso me ha reducido a tan triste situación, aunque no por esto les profeso mala voluntad.

Malinche lo escuchó con atención y con el rostro compungido. Mesó sus barbas y paseó la lengua sobre sus labios encarnados. Habló despacio a Malinalli para que ésta tradujese con claridad.

—Yo te prometo, Motecuhzoma, que me haré cargo de tus hijas y que serán tratadas con las consideraciones que se prodigan, entre ustedes, a las doncellas de noble linaje; porque yo bien sé que las infantas o las doncellas generosas tienen la crianza del palacio, bien acondicionada, y son dignas de ser amadas y bien tratadas de todos.

Mi padre lo miró con gratitud. Quiso decirle algo, pero Cortés se lo impidió con un ademán seco y cortante que hizo que sus palabras quedaran varadas entre carrizos espinosos. Luego, torció la boca y chasqueó la lengua —en ese instante, comprendí que su conciencia luchaba entre la atracción que sentía por la personalidad del *huey tlatoani*, que algunos de sus soldados como Bernal Díaz del Castillo confundían con amor, y la repugnancia que le provocaba la amarga conmiseración con que mi padre se había rodeado para eludir su responsabilidad en la catástrofe que él mismo había propiciado— para decirle, con la misma brutalidad de que antes había hecho gala:

—¡Pero no me haré cargo de lo que pase contigo, Motecuhzoma! ¡Ni lo pienses! ¡Tu dolor me es indiferente y tu muerte, desde este instante, ya no me concierne! —A continuación, se retiró con el tranco cojo y apresurado que adoptaba cuando sus nervios estaban alterados.

A mí, la solicitud de mi padre me llenó de ternura y me hizo sentir conmovida. Empero, la promesa de Hernán Cortés de cuidar de nosotras se me clavó en el paladar como un falso *chalchihuite*, pues me resultó evidente que se trataba de una artimaña para salir del paso y que sólo la cumpliría a su capricho y cuando le fuese conveniente hacerlo.

Mis ojos huyeron, disgustados, de los aposentos de Motecuhzoma. Fueron a posarse al lado de Cuitláhuac, quien había incrementado la fuerza de sus ataques al palacio de Axayácatl. Cuauhtémoc, por su lado, había ordenado a los guerreros que cavaran zanjas por la noche, que se ocultaran en ellas y las recubrieran con ramas o paja, para que pudiesen salir en el momento en que el enemigo, engañado por estas trampas, se expusiera sin desconfianza a sus ataques. Chimalpopoca y otros principales habían hecho construir, en las acequias y lagunas, unos mamparos para detener a los caballos y desmontar a los jinetes y habían dotado a sus guerreros con lanzas muy largas para acabar de matarlos.

Los españoles, por su parte, luchaban con denuedo y valentía. Intentaban, por todos los medios a su alcance, incendiar las casas colindantes a fin de moverse con libertad y contar con un terreno propicio en el que la caballería pudiese arremeter contra las huestes de los tenochcas y causarles gran mortandad. A pesar de sus

esfuerzos, nunca lograron quemar nuestras casas porque estaban construidas junto a los canales y para pasar de una a otra contábamos con puentes levadizos de madera que la gente empleaba para impedir el avance de los españoles. El nivel del agua era profundo y nuestros guerreros aprovechaban la situación para lanzarles desde las azoteas cantos y piedras y varas que ellos no podían sufrir y que, a muchos de ellos, maltrataban y herían, o los hacían caer en el agua y se ahogaban.

Sin embargo y a pesar de que los tenochcas planeaban bien sus estrategias, no lograban quebrantar las defensas de los sitiados. Desesperados, unos capitanes, de los muy escogidos, de los que tenían mucha experiencia, los envejecidos en la guerra, los veteranos, acompañados de unos cuatro mil mexicanos, subieron arriba del templo de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, provistos con dos tablas enormes que llevaban consigo y muchas mazas de encino, rollizas, que se llaman *palos divinos*, con la intención de lanzarlas desde arriba sobre las casas reales y hundirlas, a fin de entrar y aniquilar al enemigo.

Unos soldados que habían llegado con Pánfilo de Narváez y que se unieron a Cortés para recuperar Tenochtitlan, entre ellos Xohan Cano, dieron la alarma de lo que sucedía en la parte superior del *teocalli*. Hernán Cortés advirtió de inmediato el peligro y mandó formar a sus hombres para el asalto. Los españoles provistos de sus escopetas y ballestas comenzaron a subir la enorme escalinata muy despacio, al tiempo que tiraban con sus armas a los aztecas encaramados. En cada *rencla* iba un escopetero, un soldado con espada y rodela, y un alabardero. En los flancos, los lanceros y los espaderos. No reposaban sus arcabuces ni sus ballestas, sino que enviaban sus tiros, daban tiro contra la gente.

Así iban subiendo, mientras los mexicanos aun en vano se defendían: lanzaban gruesos maderos, maderos de encina sobre los españoles, que los paraban con sus escudos sin recibir daño alguno. Llegaron a lo alto del *cu* y comenzaron a herir y matar a los que estaban arriba y muchos de ellos se despeñaban por el *cu* abajo. Golpearon a la gente, la acuchillaron y apuñalaron.

La visión se volvió espantosa. Mi cuerpo aterido, de pie al borde del *temazcalli*, comenzó a temblar sin que yo pudiese controlarlo. Los guerreros aztecas, al ver que no podían defenderse de las armas españolas, se arrojaban hacia abajo por las terrazas del *teocalli* y se hacían pedazos en las baldosas del suelo. Y los que estaban en los terrados intermedios, al ver a los de abajo muertos y a los de arriba que los iban matando los españoles que habían subido, comenzaron a arrojar del *cu* abajo, desde lo alto, todos los cuales morían despeñados, quebrados brazos y piernas y hechos pedazos porque el *cu* era muy alto. Cual hormigas negras se despeñaban. Y los españoles echaban a rodar abajo a todos los que habían escalado el *cu*. A todos los precipitaron desde la altura del templo: ni uno solo pudo escapar. Finalmente, murieron todos los que habían subido al *cu*.

Fue durante esta terrible batalla que pude admirar el valor de Malinche, quien escapó de milagro a una muerte horripilante. Dos guerreros aztecas se apoderaron de

él y lo arrastraron hasta la orilla del *teocalli*, donde quedó a su merced. No obstante, Cortés se defendió como *ocelotl* boca arriba y, a pesar de la fuerza de sus contrincantes, pudo hincar su puñal en la garganta de uno de ellos y, en un santiamén, dominar al otro y arrojarlo al precipicio. Los gritos de ambos se confundieron en el aire. El del águila que caía para transformarse en colibrí y el del león que trepaba por las escaleras del *teocalli* para llegar hasta los adoratorios de nuestros dioses y, en el frenesí de la victoria, poner fuego a las imágenes y quemar un buen pedazo de la sala con los dioses Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, y, más tarde, solazarse con sus cenizas.

La mortandad fue espeluznante y el agravio a nuestros dioses imperdonable. Los españoles, que dejaron en la batalla la zalea de dieciséis de los suyos y los pellejos de muchos de sus aliados tlaxcaltecas, se retiraron precipitadamente a sus bastiones en las casas reales. Los príncipes tenochcas, en cambio, organizaron la incineración de los cadáveres de los guerreros caídos y la celebración de los ritos propiciatorios para que los compañeros del águila fuesen a disfrutar de la alegría luminosa y llena de bullicio de los palacios solares. Los cantos fúnebres se escucharon durante la tarde y la noche, mientras los cuerpos, ricamente ataviados, se consumían en las hogueras que cuidaban los ancianos.

Xuchipapalozin me encontró dando alaridos.

—¡Ay, niña Tecuichpotzin, has visto lo que no debías! —profirió mientras me arropaba con una manta de algodón y me llevaba hasta una estera para que pudiese tenderme y expulsar el resto de los humores que obnubilaban mi mente—. Creo que puse demasiado *péyotl* en la pócima —admitió consternada—. Te voy a dar un poquito de *nanácatl* mezclado con miel para que se suavice el efecto del peyote y se calmen tus ánimos y tu *tonalli* se mantenga serena ante las visiones que todavía vas a tener —dijo, sin darme ninguna explicación y sin prepararme para lo que había de venir.

Su boca entonó un poema del rey sabio Netzahualcóyotl, padre de mi abuela Xochicuéyetl, al tiempo que me ponía en los labios la miel mezclada con el polvo de los hongos diminutos e Ícpitl hacía sonar una flauta:

*De coral es mi lengua,
de esmeraldas mi pico:
yo me avaloro a mí misma, padres míos,
yo, Quetzalchictzin.
Abro mis alas,
ante ellos lloro:
¿cómo iremos al interior del Cielo?*

Y mi alma comenzó a serenarse y mis sentidos adquirieron una sensibilidad mórbida para que mi *tonalli* pudiera desprenderse y, a pesar de las escenas terribles que me esperaban, no flaqueara ante los juicios que, nunca lo hubiera deseado, me

había formado respecto de la degradación postrera de mi padre.

Sin advertencia previa, vi a Hernán Cortés entrar hecho una furia a los aposentos donde Motecuhzoma agonizaba. Lo rodeaban algunos de sus capitanes, entre ellos Tonatiuh, que iba con la espada desenvainada. Vociferaba insultos y tenía el rostro amoratado de cólera.

—¿Hasta cuando van a dejar de atacarnos, perro? ¡Maldito sea tu nombre que ya no sirve ni para apaciguar a las mujeres que te rodean! ¿Cómo es que no puedes detener a tu diabólico hermano, Cuitláhuac, y a sus secuaces? —gritaba desahogado.

Y mientras él clamaba, sus capitanes sacaban, a empujones y a punta de espada, a las mujeres, al *cihuacóatl* Tlilpotonqui, a Cacamatzin y a sus esposas, a mis hermanos y a los demás principales que todavía acompañaban al *huey tlatoani* caído en desgracia.

Motecuhzoma, para mi sorpresa, reaccionó con hombría y, enderezándose, le dijo:

—Quieran los dioses que mi sucesor defienda lo que yo no supe guardar.

—¡Cállate indio, perro! —lo interrumpió Malinche con los ojos llenos de fuego y fuera de sus órbitas; y fue lo último que dijo.

Pedro de Alvarado, sin consideración alguna para quien había sido el emperador de los mexicas, hizo rodar a mi padre boca abajo. Cristóbal de Olid le desprendió el *máxtlatl* y dos arcabuceros le abrieron las piernas. Tonatiuh, con una sonrisa perversa, que expresaba la maldad de un demente, le introdujo su espada por las partes bajas, dos, tres, cuatro veces e hizo brotar su sangre con una violencia insospechada. Motecuhzoma no profirió ni un solo lamento...

Al pobre Señor de Tlatelolco, Itzcuahtzin, lo cosieron a puñaladas sin que pudiera oponer resistencia ni expresar sus sentimientos. El horror que le había causado el asesinato del *huey tlatoani* lo había dejado mudo.

Revuelo hicieron los capitanes españoles esa noche del Siete-Cuetzpalin del año Dos-Técpatl, 30 de junio de 1520, cuando asesinaron a Motecuhzoma Xocoyotzin y arrojaron su cadáver y el de Itzcuahtzin a la orilla del agua en un sitio denominado Teoyoc, por estar ahí una imagen labrada en piedra de una tortuga.

Yo sentí en mis entrañas el filo cortante de la espada de Alvarado y lancé un aullido que erizó el cuero cabelludo de Xuchipapalozin y desató los berridos de Ícpitl. El desprendimiento de la *tonalli* de Motecuhzoma fue desgarrador, al grado de que me produjo una tristeza que me dejó anonadada. Su espíritu se detuvo indeciso entre las brumas del viento furioso y helado, el viento de obsidiana, sin saber a dónde dirigirse. De pronto, surgió la terrible figura de un animal fabuloso, el *ahuitzotl* y éste, de inmediato, se arrojó sobre el espectro de mi padre y, con una saña insufrible, le devoró los ojos, las uñas y los dientes. Así, quedó indefenso, en un perpetuo extravío. Motecuhzoma no se transformaría en colibrí para pervivir en los jardines de abundancia y descanso del Tlalocan, ni disfrutar de una alegría tranquila e interminable. Él iría a pagar sus desvaríos y a sufrir su eterno castigo en el reino de Mictlantecuhtli y de su mujer Mictecacihuatl, en el noveno infierno, el último círculo

de Mictlan, donde jamás será perdonado.

Las tres lloramos hasta quedar exhaustas. Xuchipapalozin tomó mi cabeza y me aplicó unos *chiqueadores* de *tlacoxóchitl* en las sienes.

—Esta hierba te ayudará para aliviar el desmayo de corazón que ahora padeces, Tecuichpotzin —dijo, mientras presionaba con sus dedos y el humor de la planta penetraba en mi cerebro.

Caí en una especie de ensoñación que me permitió flotar sobre las edificaciones construidas dentro del perímetro del Templo Mayor y ver cuando unos *macehualtin* descubrían los cuerpos destripados de Motecuhzoma e Itzcuahtzin y daban aviso a los sacerdotes de un *teocalli* cercano. Éstos, a su vez, localizaron a Cuauhtemotzin y le dieron la infausta noticia... Cuauhtémoc se dirigió con algunos de sus hombres hasta Teoyoc y dispuso que el cuerpo de mi padre fuese llevado en brazos, sin ceremonia alguna, hasta Calpulco para que fuese incinerado. Allí, lo colocaron sobre una pira de madera y le prendieron fuego. Comenzó a restallar el fuego, crepitaba como chisporroteando. Cual lenguas se alzaban las llamas, era un haz de espigas de fuego.

Del cuerpo de Motecuhzoma se desprendió un hedor nauseabundo. Olía a carne chamuscada. El humo formó una columna ancha que ocultó las figuras de los hombres que, cada cual con su tono de voz peculiar, con ira y sin afecto, lo zaherían al decir: «Este infeliz en todo el mundo infundía miedo y causaba espanto. En todo el mundo era venerado hasta el exceso, le acataban todos los estremecidos. Ése es el que al que en lo más pequeño lo había ofendido, lo aniquilaba inmediatamente. Muchos fingidos cargos a otros atribuía, y nada era verdad, sino invenciones suyas». Y otros, los más, clamaban contra él entre dientes y mascullaban: «Ése que tan mal huele, fue el más cobarde; ése que ahora arde entre espigas de fuego, regaló su imperio a unos poquitos extranjeros». «Ese mal defensor de los niños y las mujeres así está acabando, castigado por los dadores de vida». Y mis oídos se llenaron de una cera salivosa compuesta con el rencor y la indignación de los tenochcas que habían sido traicionados.

¡Cuán diferentes, en cambio, las exequias que se hicieron a Itzcuahtzin! Éste fue transportado en una barca hasta Tlatelolco, donde mucho se entristecieron, mucho sufrían sus corazones; sus lágrimas escurrían. Desde ahí, por órdenes de Cuauhtemotzin, fue llevado en andas y acompañado del tañido de las flautas, hasta el patio sagrado de Cuauhxiccalco. Ahí, ya lo esperaban las esposas, las concubinas y los sirvientes dispuestos a morir para acompañarlo al más allá. También, el perro que le ayudaría a vencer las duras pruebas a que debería enfrentarse en su tránsito por el Mictlan.

Itzcuahtzin fue vestido con el *tilmatli*, el *máxtlatl* y los *huaraches* más vistosos, los que correspondían a su dignidad de *tlacohcácatl*. Se le adornó con plumas y papeles y se le colocó una máscara con espejuelos y turquesas y los atavíos divinos del dios Huitzilopochtli. Después, todos, él y sus acompañantes, fueron depositados

encima de una enorme pira funeraria, propia de un príncipe, con adornos y aditamentos de papel.

Mientras los cuerpos ardían, pude constatar que nadie lo censuraba, nadie sentía desprecio por él, sino que decían: «Fatigas pasó el *tlacohcácatl* Itzcuahtzin. Pasó angustias, fue desdichado en unión de Motecuhzoma. ¡Cuántas tribulaciones soportó por nosotros...!» Lo recordarían con cariño, como el buen padre y la buena madre de los tlatelolcas y sus cenizas se conservarían en el templo de Huitzilopochtli.

El contraste, ni siquiera Xuchipapalozin pudo evitarlo con sus hierbas y pócimas, se me entripó en el cuerpo y en la *tonalli* con un encono insufrible. Pero más se me iba a entripar el sartal de mentiras que, a través de los papeles del tiempo, me llegarían en hojas impresas, como fue el caso de un testimonio en el que su autor afirma que, a la muerte de mi padre, «Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fue, como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillarlo, viendo que tan bueno era»; o ese otro, falsedad de un tal Solís, que no sólo es vergonzoso sino de una ignorancia supina: «Empleó sus últimas horas en respirar venganza y proferir maldiciones contra su pueblo, hasta que entregó su alma a Satán con quien se había comunicado frecuentemente en vida».

No recuerdo más de estas visiones que tuve en el *temazcalli* del palacio de mi esposo Cuitláhuac. Sólo que Xuchipapalozin me dio a beber un brebaje de *teonanacatl*, el hongo divino, y las palabras:

—Para que te sustraigas de lo que está sucediendo, Tecuichpotzin, y puedas viajar a los días felices de tu pasado y revivir aquello que te dio alegría.



IV

De espejismos y presagios

La certeza de nuestra existencia se quebró el martes 8 de noviembre de 1519. El espejo donde se reflejaban nuestros rostros se fragmentó y se hizo añicos. A partir de entonces, la vida de los habitantes del Anáhuac quedó marcada por la desgracia, la desazón y el desaliento. *Mixtitlan ayauhtitlan*, «en las nubes, en la bruma», en el misterio de un destino que se nos hizo incomprendible. La cultura que nos arropaba y nos daba sentido de pertenencia fue sepultada debajo de los escombros de nuestra grandeza. Nuestros dioses dejaron de hablar. Ya no supieron inspirar nuestras victorias. Sus efigies fueron destruidas, aplastadas por la fuerza de una religión ajena e intolerante que nos fue impuesta, y que tuvimos que aprender a conocer para poder asimilarla. Quedamos enceguecidos por la sangre acumulada encima de nuestras cabezas, sin saber para dónde tirar, envueltos por voces extranjeras que nos engañaban y obligaban a satisfacer sus antojos. Fuimos botín de guerra, sin otra esperanza que la de sobrevivir al caos y a la rebatinga que de nuestros cuerpos hicieron los vencedores. Mi vida, en particular, se volvió un torbellino... Sin embargo antes, siempre hay un antes, recuerdo que fuimos felices, que vivimos inmersos en el orden y en el devenir de muchos sucesos afortunados, cuya historia fue preservada por nuestros mayores en la sabiduría de los cantos, *in xochitl in cuicatl*, en la flor y canto de nuestra poesía.

Yo, desde que era muy pequeña, supe hacer con mis días pequeños y grandes *chalchihuites* para conformar un calidoscopio que fuese modelando mi carácter. Recuerdo aún el primero del que tengo conciencia. Estoy en los brazos de mi madre Miauaxóchitl. Motecuhzoma Xocoyotzin —que a la sazón ostentaba el rango de Caballero Águila dentro de los ejércitos aztecas y el título de *tlacohcácatl*, encargado de los arsenales, uno de los cargos más importantes del imperio, que le había otorgado el *huey tlatoani* Ahuizotl— se aproxima, me toma en sus brazos fuertes, aunque delgados y nervudos, y me levanta para verme con sus grandes ojos negros. ¡Eres hermosa, Ichcaxóchitl!, dice con un susurro que tiene el olor fresco de la hierbabuena.

Luego, se queda pensativo. Mira a mi madre y le dice:

—Esta niña, Miauaxóchitl, lleva el brillo de la inteligencia en sus ojos garzos. ¡Creo que con el tiempo se va a volver mi preferida! Tan pronto lo creas prudente, envíala al *calmecac* para que la eduquen las *ichpochtlatoque* y aprenda a hablar bien y saludar y hacer reverencia.

Me devuelve al regazo de mi madre. Da un par de pasos y se detiene. Voltea y exclama:

—¡Quiero consagrarla al templo de Quetzalcóatl para que sirva en él hasta que decidamos casarla! Bueno, ya sé que todavía es muy pequeña, pero...

El tiempo se comporta, en mi caso, como si fuese un *papalomichin*, un pez mariposa, que revolotea frente a mi memoria y, cada vez que intento atraparlo, se me escurre entre los dedos. Alrededor de los cinco años ya estoy en el *calmecac*, ocupada en el aprendizaje de los versos de los cantos divinos, algunos rudimentos sobre astrología y el mito de Cipactónal y Oxomoco, quienes inventaron la cuenta de los días y su influencia en nuestras vidas. Por las mañanas, mi madre o una de mis hermanas mayores —Xocotzin siempre está dispuesta— me acompañan hasta el *teocalli* de Quetzalcóatl y me dejan al cuidado de una sacerdotisa llamada Mapilxóchitl-Flor de dedos, para que aprenda a bordar las telas de algodón, los ritos que debemos celebrar en honor de nuestros dioses y ofrecer incienso a las divinidades.

Mapilxóchitl es una mujer hermosa. Me encanta su cabello negro, que cuelga hasta donde se estrecha su cintura, y sus labios encarnados, abultados y sensuales. Sonríe siempre y sabe todas las cosas que le pregunto. Es un cofre repleto de secretos, algunos importantes; lo mejor es que a veces habla sin que nadie se lo pida y dice cosas que me dejan sorprendida. Es gracias a esta cualidad... o será defecto, que me entero que Motecuhzoma, el del *semblante ceñudo*, ha sido electo como uno de los doce gobernantes del Tecuhtlatoque, el Consejo Supremo de nuestro pueblo, y que todos lo alaban y se expresan de él con palabras floridas. Estas novedades están reservadas a los varones y las mujeres siempre nos enteramos por casualidad. Para mí, es impensable que mi hermano Axayácatl me cuente lo que pasa fuera de los muros de nuestro palacio.

Mapilxóchitl me quiere bien y me hace pequeños regalos que, a pesar de ser insignificantes, colman mi alegría. Unos pendientes con forma de gotas de oro para las orejas, una turquesa diminuta para reponer el ojo de una guacamaya que se desprendió del broche que llevo en el pecho. También me enseña adivinanzas y me cuenta lo que ha visto hacer a algunos magos que, de vez en vez, visitan el caserío de donde procede, allá por Toltenco, que quiere decir «a la orilla de los tules».

—Fíjate bien, Tecuichpotzin —me dice con los ojos agrandados y los labios en punta para que yo capte la importancia de lo que me va a contar—. El mago que hace dar vuelta al agua entra en nuestra casa, ata con cordeles una cazuela ancha y llana, allí pone agua, la llena bien hasta el borde: luego la hace dar vueltas de modo que no escurra, ni siquiera gotea un poquito.

Yo me quedo con la boca abierta.

—¿No se cae ni una gotita? —pregunto asombrada.

—Ni una, niña —responde como si me confesara un portento. Luego, lanza una carcajada y agrega—: ¡Pero eso no es nada, Tecuichpo! Habías de ver al Tostador de

maíz en su manto. Ése es mucho mejor.

—¿No? —digo arrobada.

—El que se dice Tostador de maíz en su manto extiende el manto, en él pone maíz desgranado. Al momento se revientan los granos, chisporrotean, se abren por la acción del fuego, se ven como si en realidad fueran granos de maíz tostados al fuego en el comal.

—¿Se hacen palomillas? —inquiero con la boca llena de saliva.

—Se parecen —dice ella sin darle importancia.

—¿Y se comen? —pregunto con cierta ansiedad.

—¡No, Tecuichpo! —responde con una chispa de risa en sus ojos—. Si las metes en tu boca, echan a volar y desaparecen...

—¡Es una lástima! —concluyo decepcionada.

Mapilxóchitl me da un beso en la nariz y pasa a otra cosa. Yo me siento feliz con ella. En cambio, en el *calmecac*, la *ichpochtlatoque* Tozpalatl-Agua amarilla, es muy estricta y me vigila con una severidad implacable. Tan pronto como me presento en el patio interior donde nos enseñan, me hace sentar en un *icpalli* hecho a mi tamaño y me amarra los pies para que me esté quieta y me concentre. Después, me entrega una tela de color blanco que tiene las siluetas de unas figuras estampadas y unos hilos de muchos colores, para que yo borde encima de ellas, sin salirme de las líneas. Así, me paso gran parte del día en hacer hilados, tejidos y labrando cuanto pieza se le ocurre. A veces, me hace barrer el salón y la terraza exterior, o me hace recitar muchas palabras para que aprenda a pronunciarlas con propiedad y que todos me entiendan. ¡No se dice así, niña; se dice asá!, me corrige todo el tiempo.

¡Uf, qué flojera me da esta señora a la que muchos principales hacen reverencias porque tiene la piel mucho más blanca que la nuestra, pero que a mí me parece la corteza de un *amate*, un árbol del color de la cera amarilla que crece por encima de las rocas! Cuando no está con su cantaleta de ¡tienes que hablar como princesa!, se enterca en que yo aprenda a caminar derecha, a mantener la vista baja y a saludar con humildad. ¡Es una pesada! Si mi blusa está arrugada o mi huipil manchado con *molli*, no sólo me llama malcriada o perezosa, sino que me pincha las orejas o los brazos con una púa de maguey y me saca sangre. Yo grito como desesperada y pataleo, pero de nada me sirve. ¡Tienes que aprender, Tecuichpo! ¡Recuerda que eres hija de Motecuhzoma! ¿Y a mí qué me importa?, reclamo, mas de nada sirve. Ella es la grande, la fuerte y, por supuesto, me domina.

El *calmecac*, si me olvido de que tengo que velar, trabajar y madrugar todos los días, también tiene sus cosas buenas. Por ejemplo, me puedo bañar hasta tres veces al día y jugar con la espuma y con los atados de hierbas con que perfuman el agua. Además, en la medida en que aprendo a hacer las cosas comienzo a disfrutarlas, como cuando se me pide que dibuje flores o las figuras de los números que sirven para contar y para entender el calendario. ¡Eso me encanta!

A veces, Miauaxóchitl me lleva ante la presencia de mi padre. Debemos esperar

en el umbral del salón, con la cabeza humillada, hasta que él nos indique que podemos acercarnos. Cada vez le llevo un pequeño bordado de algún animal, que mi madre le entrega. Sé que le gustan los animales y yo me esmero para complacerlo con una garza, un monito, la cabeza de un tigre o de una lagartija. Siempre los alaba y me da las gracias.

Motecuhzoma es un hombre de natural sabio, astrólogo y filósofo, astuto y general en todas las artes, serio e introvertido. No le gusta hablar más de lo necesario. Sin embargo, a mí me concede un trato diferente, incluso al que dispensa a mis hermanos y hermanas. Por eso cada vez que voy a verlo hace salir a quienes lo acompañan para que nos dejen solos.

Una vez que estoy a su lado me hace preguntas sobre lo que he aprendido tanto en el *calmecac* como en el *teocalli*, cuestiones que yo debo contestar con monosílabos, a menos que él me pida que me explaye en la descripción de alguno de nuestros dioses o en la forma en que debo interpretar el calendario y las festividades que se celebran en un mes específico.

Una vez satisfecho con mis respuestas, me acaricia el cabello y me da las gracias por el presente que le he llevado y por el trabajo y cuidado que he puesto al hacer el bordado.

Yo siento un gozo muy particular y espero sus palabras con emoción.

—Tú, hija mía, preciosa cuenta de oro y como pluma rica, salida de mis entrañas, a quien yo engendré y que eres mi sangre y mi imagen, que estás aquí presente, oye con atención lo que te quiero decir, porque ya tienes edad de discreción: el dios creador te ha dado uso de razón y de habilidad para entender y pues es así que ya entiendes, y tienes uso de razón para saber y entender cómo son las cosas del mundo y que en este mundo no hay verdadero placer, ni verdadero descanso, mas antes hay trabajos y aflicciones y cansancios extremados, y abundancia de miserias y pobreza —me dice con su voz grave, como si estuviese recitando un largo poema y sus palabras me arrullan, se convierten en el eco de las voces de miles de padres que, desde que el tiempo es tiempo, hablan a sus hijas para inculcarles los valores de nuestra cultura mexicana. Me dejo llevar por el caudal cristalino de su verbo y sólo reacciono cuando su vehemencia me hace plantar los pies en la tierra, para que jamás me olvide de quién soy y de dónde vengo—. Hay un refrán que dice que no hay placer sin que no esté junto con mucha tristeza, que no hay descanso que no esté junto con mucha aflicción; éste es dicho de los antiguos, que nos dejaron para que nadie se aflija con demasiados llores y con demasiada tristeza... —continúa con un ritmo sereno que semeja el vuelo del *ayoquan* cuando extiende sus alas verdes y, al igual que un príncipe, guía su bandada sobre las aguas del lago, sin que su cuerpo de plumas bermejas sufra sobresalto alguno, y yo me lleno de admiración por su persona.

Luego, hace venir a Miauaxóchitl a su lado. Ésta se sienta en cuclillas a una distancia de tres pasos y mantiene fija la mirada sobre las sandalias de oro de su

esposo. Él mueve una mano para captar mi atención.

—Pues nota ahora y oye con sosiego —me dice—, que aquí está tu madre y señora, de cuyo vientre saliste, como una piedra que se corta de otra, y te engendró como una yerba que engendra a otra, así tú brotaste y naciste de tu madre; has estado hasta aquí como dormida, ahora ya has despertado; mira y oye, y sábetete que el negocio de este mundo es como tengo dicho... —hace una pausa para que los suspiros emocionados de mi madre se expandan como el humo dulce del copal y desaparezcan poco a poco, y enseguida exclama—: Ten entendido, hija mía, que vienes de gente noble y generosa; eres sangre de grandes señores que murieron hace muchos años, que reinaron y poseyeron el trono y estrado del reino, que dejaron fama y honra de sus dignidades y engrandecieron su nobleza —frente a mí veo desfilar las figuras de Motecuhzoma Ilhuicamina, el Viejo, Netzahualcóyotl, Axayácatl y otros antepasados de los que me han hablado casi desde que nací, y mi padre lo advierte y sonrío con cierto orgullo—. Sábetete que eres noble y generosa —repite—; aunque eres doncellita eres preciosa como un *chalchihuite* y como un zafiro, y fuiste labrada y esculpida de noble sangre, de generosos parientes; vienes de parientes muy principales e ilustres y esto que te digo, hija mía, bien lo entiendes, porque ya no andas amontonando la tierra y burlando con las tejuelas y con la tierra con otras niñas —esto es lo que recuerdo de la primera vez que Motecuhzoma me habló; lo que se quedó grabado en mi memoria como si fuese una marca, fina y sutil, pintada en mi conciencia por un *tlacuilo*.

Tozpalatl escuchó con seriedad el relato que le hice de ese encuentro con mi padre. Me di cuenta, por sus gestos y ademanes, que hizo un gran esfuerzo para no aplaudir en mi presencia, algo que jamás hubiera hecho. Pero sí cambió de actitud para conmigo y, en lugar de ponerme a hilar o bordar o pincharme en la piel por hacerla perder el tiempo con mi cháchara, dedicó ese día y muchos de los siguientes a explicarme la historia de nuestro pueblo, los cambios que había hecho en nuestra organización política y en nuestra religión el anciano *cihuacóatl* Tlacaélel, padre de Tlilpotonqui; así como la fundación, por mi tatarabuelo, *Hueue*, Motecuhzoma Ilhuicamina-El que flecha el cielo, de la Triple Alianza entre Tenochtitlan, Tetzcuco y Tlacopan, para agrandar y dar más poderío al imperio de los mexicas.

Se volvió una mentora interesante y, con el paso del tiempo y gracias al empeño que yo puse para aprender, una mujer agradable que me ayudó a interpretar algunos aspectos complejos de nuestra cultura. Gracias a ella pude entender la importancia de nuestras constantes guerras con otros pueblos y el sistema de tributos que permitía a nuestros gobernantes engrandecer nuestras ciudades y templos. Ella me explicó por qué el *huey tlatoani* Tizocicatzin o Tizoc Chachuiltona-El agujereado con esmeraldas, séptimo Señor de Tenochtitlan, un hombre débil y con inclinación hacia la paz, había sido envenenado, por instrucciones de Tlacaélel, por cobarde y por no escuchar sus consejos de atacar a otros pueblos para agrandar el imperio; también, por qué a pesar de que se le hicieron las exequias que demandaba su cargo, había sido

prácticamente borrado de los anales de los aztecas.

Por su parte, al saber de la conversación con mi padre, Mapilxóchitl me llevó a un lugar apartado del *cu* de Quetzacóatl y, sin esconder su entusiasmo, me hizo muchas preguntas sobre si mi padre me había hablado de mis obligaciones como mujer; si me había dicho cómo comportarme una vez que estuviese casada; y sobre otras cosas, como la castidad, la honestidad y los peligros de la carne y el sexo, que, francamente, no entendí en ese momento.

Mapilxóchitl pronto se dio cuenta de que su parloteo era en vano. Entonces, puso sus manos sobre mis cachetes, me atrajo hacia sí y me plantó un beso en la frente.

—Pequeña mía —me llamó con ternura—, perdóname, soy una tonta. ¡Qué vas tú a saber de estas cosas! —Y, sin otra explicación, me llevó hasta donde estaban otras chicas y se puso a explicarnos, creo que por séptima vez, el mito de Quetzalcóatl para que... «¡Se les meta bien en la mollera y nunca se olviden del significado que tiene la doctrina de nuestro dios ni de sus símbolos!»

Llevaba un par de años estudiando en el *teocalli* y ya para esas fechas yo podía recitar que Quetzalcóatl era la divinidad del autosacrificio y de la penitencia. Que era el dios que protegía a los *tlacuiloani* y a las pinturas y escrituras que ellos plasmaban en las tiras de amate con las que se hacían los libros. Que, asimismo, era la deidad que propiciaba la elaboración del calendario y el protector de las artes. Símbolo de abnegación y de cultura. Aunque no entendía lo que significaba... Bueno, lo del autosacrificio y la penitencia, me quedaba más claro. No en balde, muchas noches había tenido que levantarme para ir a darme un baño en el agua fría de la laguna o salir al campo abierto para ofrecer incienso a los dioses... Cuántas veces no me había sacado sangre de las orejas y de las piernas con espinas de maguey y cuántas no me había mordido los labios para que mi llanto no delatara mi flaqueza frente a los demás... ¡Uh, si me pusiera a contarlas, no me alcanzarían los dedos! Mucho tiempo iba a pasar para que yo comprendiera a cabalidad aquello de la abnegación y la cultura.

Entre tanto asistí, como parte de mi educación, al mecatlan, donde participé en los ensayos de los *tlapizque*, músicos que tocaban la flauta, los pitos y otros silbatos en las ceremonias. Ahí me enseñaron a tocar una flauta de carrizo que me regaló mi hermano Chimalpopoca y que aún conservo entre las pocas cosas que no se perdieron durante la devastación de nuestro pueblo. También aprendí algunos bailes y danzas y me volví diestra, al grado de llamar la atención en la fiesta del mes Ochpaniztli, cuando se celebraba a la madre de los dioses Teteo innan o Toci, que quiere decir «nuestra abuela».

Fue una época plena de actividades. Participé como *cihuaquacuilli* o servidora en la fiesta de la diosa Toci y ayudé a hacer las guirnaldas con flores de *cempoalxóchitl*. Recuerdo esta fiesta con cierta aprensión, porque fue durante sus festejos que, por primera vez presencié los sacrificios humanos que practicaban nuestros sacerdotes para gratificar a los dioses. En esa fiesta, en gran silencio, sacrificaban a una mujer,

vestida con los ornamentos que pintaban a esta diosa. Venida la noche y mientras danzábamos en silencio, ataviaban a la mujer ricamente y le hacían entender que la llevaban para que durmiese con ella algún gran señor; y la llevaban con gran silencio al *cu* donde había de morir. «Subida arriba, la tomaba uno a cutas, espalda con espalda, y presto le cortaban la cabeza. Luego la desollaban y un mancebo robusto se vestía con el pellejo...»

Así, cuando en medio de los giros de la danza y sin haber sido prevenida, vi pasar al mancebo que vestía la piel de la señora Xochcaatl-Agua de flores, una de las concubinas de mi tío Cacamatzin, quedé horrorizada. Salí de la fila de danzantes y corrí con la intención de detener al mancebo que ya se dirigía rumbo al *cu* de Huitzilopochtli para hacer las ofrendas. Sólo alcancé a tocarlo y mis manos quedaron impregnadas de sangre. Sentí tanto miedo que salí huyendo entre la gente, causando confusión. Tal irreverencia provocó ira entre los nobles.

Por mi culpa, Mapilxóchitl recibió una severa reprimenda y se salvó de morir gracias a la intervención de mi madre.

—¡Debes explicar a Tecuichpotzin el origen y la razón de ser de los sacrificios humanos que practicamos! —fue la consigna que recibió del *mexicatl teohuatzin*, el venerable mexicano responsable de los dioses, quien intervino en consideración a mi linaje y a la fama que tenía mi padre de ser un hombre profundamente religioso.

Mapilxóchitl, quien unas semanas antes había alcanzado el título de *cihuatlamacazqui*-mujer sacerdote, atendió la recomendación con un empeño ejemplar que terminó por dejarme exhausta.

—¡Escucha y atiende, Tecuichpo! —era la frase que, de inicio, me causaba calambres—. ¡En el principio del universo fueron Ometecuhtli, el Señor de la Dualidad, y Omecíhuatl, la Señora de la Dualidad, habitantes del décimotercer cielo, donde los aires son muy fríos, delicados y helados, quienes procrearon a todos los dioses y a todos los hombres...!

Yo repasaba lo mismo diez veces, hasta que ella quedaba satisfecha.

—¡Ahora repite conmigo! —machacaba—. Sus hijos, los dioses, crearon el mundo que conocemos. El ser más importante de la creación es el Sol y este Sol ha nacido del sacrificio y de la sangre. ¿Y cómo fue que nació? —me ponía a prueba.

—Los dioses se juntaron en medio de las tinieblas de Teotihuacán al lado de una hoguera enorme —le contestaba con el corazón palpitante— y dijeron: «Esta hoguera no sirve. No podemos ver con claridad y siempre tenemos frío. Debemos crear un astro que, desde el firmamento, nos ilumine y nos caliente. Alguno de nosotros tiene que sacrificarse para que nazca el Sol». Pero nadie quería hacerlo.

—¿Entonces?

—Un dios menor, chiquito, corcovado, leproso y cubierto de úlceras... —y yo bajaba el tono de voz para decir «Más feo que mi primo Tlacuelpacholli-Quesadilla»— se ofreció para arrojarse dentro de la hoguera, de donde surgió transformado en astro.

—¿Sólo que...?

—No sabía moverse. No tenía movimiento y comenzó a quemar las espaldas de los dioses. Así no les servía de nada.

—¿Y qué hicieron?

—Decidieron que el astro necesitaba sangre para entrar en movimiento. Se sacrificaron unos a otros y con su sangre el Sol sacó vida de su muerte y comenzó su curso en el cielo.

—¡Muy bien, Tecuichpo! ¿Cómo se llama ese movimiento del Sol?

—¡*Nahui ollín*, Mapilxóchitl! —respondía con la celeridad de una flecha. Y, antes de que me lo preguntara, le aseguraba—. Para que el *nahui ollín* no se detenga nunca y el Sol esté vivo todos los días, los hombres y mujeres debemos aceptar el sacrificio, ya sea el propio o de nuestros enemigos. Es necesario darle cada día su alimento, el líquido precioso, el *chalchihuatl*, la sangre humana. Porque nada nace, nada vive si no es por la sangre de los sacrificados.

—¡Bravo, Tecuichpotzin! —fue mi recompensa después de muchas semanas de estar en la brega. También, fue la suya el día en que me aceptaron como *ichpochtli*, novicia, y dejé a todos asombrados por los adelantos que había hecho.

Sí, a pesar de que mi aceptación pueda ser calificada —muchas veces lo ha sido por los españoles con los que he convivido— como una aberración herética y bárbara, me habitué a los sacrificios humanos e incluso a comer la carne, como lo hacía mi padre, de los niños que se ofrecían al dios Tláloc y a otras deidades de menor importancia. Lo que nunca hice, fue comer la carne de los despreciables tlaxcaltecas, huexotzincas u otros enemigos que nuestros sacerdotes sacrificaban en honor de Huitzilopochtli, Tezcatlipoca o el dios Xipe Totec.

Los años que pasé en el *calmecac* y en el *teocalli* de Quetzalcóatl, de alguna forma, me separaron del seno de mi familia, mas no impidieron que me enterara de los sucesos importantes que pasaban.

Varios de los hijos mayores de mi padre, Ihuitlemoc, Chimalpopoca y Acamapichtli se habían distinguido en las guerras que el *huey tlatoani* Ahuizotl hacía constantemente en contra los pueblos de Xuiquiplco, Cuauencahcan y Xocotitlan, y habían alcanzado grados importantes en el ejército. Una de sus hijas, Xicanaxóchitl, se había casado con el Señor de Coyohuacan. Mi abuela Xochicuéyetl enfermó de hinchazones en la garganta y estuvo varias semanas postrada, hasta que la curandera se la untó con *cocoxíhuatl*, mezclada con cisco de olla, y le dio a beber el agua de la hierba *ahacaxílotic*. Afortunadamente sanó porque con sus achaques y su mal humor traía de cabeza a todas las esposas de mi padre y nadie quería visitarla en el palacio de Axayácatl, donde había vivido desde que quedó viuda.

Los acontecimientos importantes, como la muerte del *cihuacóatl* Tlacaélel a sus cien años de edad, y sus portentosas exequias; el terrible terremoto que destruyó muchos templos y dejó sin hogar a grandes grupos de la población; la inundación de la ciudad en la que murieron ahogados cientos de personas; y otras calamidades pude

sobrevivirlos al lado de mi madre Miauaxóchitl y en la seguridad del palacio de mi padre.

Aunque nunca llegué a ser una mujer alta, mi cuerpo se desarrolló con una proporción que, aún antes de que tuviese mi primera sangre, comenzó a atraer las miradas de los hombres y comentarios que me resultaban extraños, más que nada porque hacían alusión a una belleza que yo no podía percibir en mí misma. Sí, es cierto que desde que nací me consideraron una niña hermosa y me adjudicaron algunas gracias que una puede atribuir al cariño de la madre y de los parientes adultos que quieren congraciarse con un padre poderoso, dotado con una personalidad arrolladora, como fue el caso de Motecuhzoma Xocoyotzin.

Sin embargo, estos «encantos» que supuestamente destacan mi belleza, como el hoyuelo que parte en dos mi barbilla o mis ojos azulados en forma de almendra y las pestañas negras y rizadas que los ensombrecen, para no hablar de mi cuerpo, a esa edad, eran más bien motivo de chunga para mis compañeritas y, por supuesto, para mi hermano Axayácatl, quien me comparaba, cada vez que nos reunían, con un *acocilli*, un cangrejillo del lago, o con un *axolotl*-renacuajo o, en el mejor de los casos, con una *tzánatl*-urraca larguirucha y desgarrada, cuyas bandadas llegaron a nuestras tierras durante los años en que gobernó Ahuítzotl, y a las que por su rareza, se les consideró preciosas.

No sé si fue porque mi figura comenzaba a despertar el deseo de los hombres o porque mis padres habían contemplado mi matrimonio, no puedo asegurarlo, pero el caso es que mi padre ordenó a Miauaxóchitl que me llevase con él, pues quería hablar conmigo.

Esta vez, la entrevista se dio en uno de esos jardines, localizados en el gran palacio de Motecuhzoma llamado Casas Nuevas, que él cuidaba con esmero y que, cuando los conocieron, causaron asombro y estupor a los españoles por la elegancia de sus trazos, las fuentes y canaletas para conducir el agua, y la prodigalidad de los árboles, plantas y flores que ahí cultivaba.

Al principio sus palabras me causaron cierta zozobra. No entendí por qué me las decía, a mí que no era más que una chiquilla.

—Mira que no te deshonres a ti misma, mira que no te avergüences y afrentes a nuestros antepasados, mira que no hagas alguna vileza, pues que eres noble y generosa —se soltó, después de recibirme con el gesto adusto y esa su solemnidad suya que para nada me gustaba.

No me atreví a abrir la boca. Fui educada para escuchar y no hablar a menos que se me diera licencia. Sólo agrandé mis ojos y creo que él me entendió, pues suavizó su tono y articuló su discurso como podría hacerlo un *tlamacazqui*, el sacerdote y maestro del *calmecac*.

—Ve aquí la regla que has de guardar para vivir bien en este mundo, mira que eres mujer, nota lo que has de hacer de noche y de día, debes orar muchas veces y suspirar al dios invisible e impalpable, que se llama Yoalli Ehécatl; demándale con

clamores y puesta en cruz en el secreto de tu cama y de tu recogimiento —continuó, mientras con un gesto me daba licencia para acuclillarme a sus pies y posaba su mano sobre mi cabeza.

—No seas dormidora, despierta y levántate a la medianoche, y póstrate de rodillas y codos delante de él...; lávate la cara, lávate las manos, lávate la boca, toma de presto la escoba para barrer, barre con diligencia, no te estés de perezosa en la cama; levántate a lavar las bocas a los dioses y a ofrecerles incienso —insistió con facundia para ser persuasivo.

Para mi padre la limpieza corporal era importantísima. No toleraba la menor falta al respecto. Era capaz de condenar a muerte a quien infringiera sus reglas. Fue, quizás, una de las afrentas más graves que le hicieron los españoles que lo rondaban con un aspecto lamentable, más sucios que los cerdos que después trajeron consigo. Andaban con unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y verde, y unos de color mugriento como el de nuestras *tilmas* burdas hechas con fibra de maguey, tan feo; en las cabezas traían puestos unos paños colorados, y eran bonetes de grana, otros muy grandes y redondos a manera de comales pequeños... y las carnes de ellos muy blancas..., excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da; todo acompañado de un hedor insufrible que sale por sus pellejos, sus bocas y sus entrepiernas, igual que si fuesen sacos de mierda. Y no digo más porque no quiero describir ahora el asco que siempre me han provocado y cuya descripción me reservo para cuando sea pertinente.

Motecuhzoma me habló largo, como lo hacían y todavía lo hacen los padres, sobre cuestiones domésticas que, en ese momento, me sorprendieron porque consideré que no venían al caso.

—Debes preparar el cacao, o moler el maíz, o hilar, o tejer; mira que aprendas muy bien cómo se hace la comida y bebida para que esté bien hecha, que por eso se llama *tetónal tlatocatlacualli tlatlcóatl*-comida y bebida delicada, que sólo a los señores y generosos conviene —una de sus exigencias más marcadas, ya que a él se le servían diariamente alderredor de trescientos platillos—; que por esta vía serás honrada y amada y enriquecida, dondequiera que dios te diere la suerte de tu casamiento.

¿Mi qué?, quise preguntar cuando escuché la última palabra. ¿Sería posible que, a mi corta edad, hubiese pensado en casarme? Empero, me quedé callada. Comencé a masticar sus palabras y éstas cobraron sentido cuando pude verlas como un espejismo que reverberaba en la distancia. ¿Mi casamiento?

—Mira que no dejes de saber esto por negligencia o por pereza, porque ahora que eres mozuela tienes buen tiempo para entender en esto, porque tu corazón está simple y hábil y es como *chalchihuite* fino y como zafiro, y tiene habilidad porque aún no está mancillado por algún pecado —dijo y me hizo volver a la realidad.

¿Conque de eso se trata?, pensé. Me está preparando para que entienda que, tarde o temprano, habré de casarme con quien él decida. Y sobre los lomos de sus frases

comencé a sentir la presencia de algunos hombres, la mayoría mancebos, sin un rostro definido, cuyas siluetas me causaban, al mismo tiempo, curiosidad y miedo. Un temor que me puso la piel chinita y que se incrementó cuando escuché que él decía:

—De dos cosas sólo los dioses saben cuál te ha de caber, y para cuál de ellas te tienen. Siendo diligente y sabia en tu oficio serás amada y temida; siendo perezosa, negligente y boba serás maltratada y aborrecida. No deshonres a tus padres, ni siembres estiércol y polvo encima de tus pinturas, que significan las buenas obras y fama: mira que no los infames; mira que no te des al deleite carnal; mira que no te arrojes sobre el estiércol y hediondez de la lujuria, y si has de venir a esto, más valdría que te murieras luego.

Mi estómago se encogió y mis rodillas temblaron. Violé una de nuestras normas de cortesía y voltee a mirarlo. Afortunadamente, él no se dio cuenta. Me hubiese costado una reprimenda feroz. ¿Deleite carnal? ¿Hediondez de la lujuria? ¿Qué quería decir con eso? Quedé atontada y extrañé, con desesperación, la presencia de mi madre.

Creo que mi mente se conectó con la suya, porque en ese momento llegó Miauaxóchitl y se colocó a un lado de Motecuhzoma. Me miró con ternura y yo me sentí mejor. Luego, mi padre le tomó una mano y la colocó sobre su hombro para indicarme que lo que iba a decir era compartido por su esposa.

—Mira que no escojas entre los hombres el que mejor te parezca, como hacen las que van a comprar las mantas al *tiánquez*; recibe al que te demanda, y mira que no hagas como se hace cuando se crían las mazorcas verdes, que se buscan las mejores y más sabrosas; mira que no deseas algún hombre por ser mejor dispuesto; mira que no te enamores de él apasionadamente. No te juntes con otro, sino con sólo aquel que te demandó, preserva con él hasta que muera, no le dejes, porque poderoso es nuestro señor Ometecuhtli-Omecíhuatl de honrarte...

Motecuhzoma dejó que su aliento saliese huero de palabras por unos instantes. Escuché su respiración y la de mi madre anudadas en un lazo de amor que no hubiesen mostrado a nadie que no fueran sus hijos.

—Esto que te he dicho, hija mía, te doy para tu doctrina, para que te sepas valer. Yo ya hice mi deber. ¡Oh, Ichcaxóchitl, hija mía muy amada, Flor de algodón, palomita, seas bienaventurada! —escuché como si sus palabras fuesen el eco de las voces del padre y la madre de la Dualidad.

Tuvieron que pasar muchos días para que yo juntase el valor necesario para interrogar a mi madre acerca de aquellos conceptos sexuales que no había comprendido.

Miauaxóchitl se sonrojó un poco, pero luego compuso sus facciones.

—Eso es algo que preocupa mucho a tu padre, Tecuichpo —expresó con una chispa de alarma en sus pupilas—. ¿Alguien te ha hablado acerca de tu tía Chalchiunenet o te ha comentado lo mucho que te le pareces?

—No, madre. Nadie.

—Lo imaginaba —musitó para sí—. Bien, hija, pues es tiempo de que te enteres. Chalchiunenet fue la última hija de tu abuelo Axayácatl y hermana carnal de tu padre. Siendo muy niña, creo que apenas tenía seis años, Axayácatl la envió, en unión de las hijas de algunos *tecuhtli*, a Netzahualpilzintli, *huey tlatoani* de Tetzcuco, para que escogiera entre ellas a la que debería ser su esposa legítima y destinase a las demás para que le sirvieran como concubinas.

Netzahualpilli, nada más verla, no tuvo dudas. Los ojos de Chalchiunenet tenían brillos de *xiuitl*-turquesa escondidos entre el celaje de sus pestañas oscuras, y la piel de su torso y de sus muslos tenía el color del oro fundido, como si nuestro dios Quetzalcóatl la hubiese creado para ser bella entre las bellas...

—¿Más hermosa que tú, madre? —interrumpí celosa, pues para mí no había mujer más linda que Miauaxóchitl.

—¡Más, Tecuichpo! Tú me ves así porque me quieres y el amor produce espejismos que nos engañan. Chalchiunenet era realmente hermosa. Cuando las mujeres se la topaban en el palacio de su esposo o la veían bailar, igual que una diosa, en alguna de nuestras festividades, humillaban la cabeza no en reconocimiento a su dignidad sino a su hermosura. Miauaxóchitl me miró a los ojos y sonrió al ver que me había convencido.

—Como era muy pequeña, Netzahualpilli la mandó a uno de sus palacios para que fuese educada por unas sacerdotisas y puso a su servicio un gran número de criados —continuó mi madre—. Sin embargo, la niña, que era astuta y algunos dicen que hasta diabólica, creció aislada y en compañía de mujeres de vida equívoca y aun de hechiceras que la enseñaron a hacer bebedizos para provocar lujuria en los hombres, hechizos para hacerlos sus esclavos y pócimas para matarlos; cuando creció y se convirtió en mujer, sus artes para el engaño y la simulación eran las de una maestra consumada y su gente le temía y respetaba por la gravedad de su persona. Comenzó a tener trato con otros hombres, al extremo de que cualquier mancebo galán y gentil acomodado a su gusto y afición, daba orden en secreto de aprovecharse de él y habiendo cumplido su deseo lo hacía matar. Se transformó así en una *tetzauhcióhuatl*, una mujer maligna, adúltera, deshonesta, traidora y lujuriosa.

Yo imaginé, entonces, a un ser monstruoso cubierto de escamas, con ojos de fuego abrasador y con los cabellos en forma de serpientes, que mostraba sus garras y abría sus fauces para tragarse a los niños, a mis hermanos, a los hombres que servían a mi padre, y sentí que me invadía un escalofrío.

—¿Y Netzahualpilli lo sabía? —pregunté para evitar el horror que amenazaba con cortarme el aliento.

—No durante mucho tiempo. Él estaba ocupado con el gobierno de Tetzcuco y sólo la visitaba de vez en cuando. Además, ella era muy taimada y sabía engatusar a los hombres y convencerlos de satisfacer sus caprichos. Netzahualpilli la mimaba y no hacía muchas preguntas, porque jamás imaginó lo que sucedía a sus espaldas. Se

dice, Tecuichpo, que ella tuvo cerca de dos mil amantes y cuando uno la cansaba, lo hacía ejecutar; luego mandaba hacer una estatua de su figura o retrato, y después de muy bien adornada de ricas vestimentas y joyas de oro y pedrería lo ponía en la sala en donde ella asistía; y fueron tantas las estatuas de los que así mató, que abarcaban toda la sala; y a Netzahualpilli cuando la iba a visitar y le preguntaba por aquellas estatuas, le respondía que eran sus dioses y el rey le daba crédito. Pero...

—¿Qué sucedió? —indagué intrigada.

—Cometió un grave error, hija. Se enamoró por primera vez de Chicoucoatl, Señor de Tenayuca y, sin meditarlo, le entregó un brazalete de oro, adornado con esmeraldas y zafiros que le había dado su esposo como regalo el día que cumplió veintitrés años.

—¿Y?

—El joven Señor de Tenayuca, hombre engreído, fatuo y vanidoso, no tuvo otra ocurrencia que presentarse ante el *huey tlatoani* de Tetzcuco portando el brazalete en una de sus muñecas, y éste, al advertir la joya, comprendió lo que pasaba.

—La descubrieron —dije con voz mustia— y seguramente le clavaron espinas de maguey por todo el cuerpo para que con su sangre lavara sus faltas.

Miauaxóchitl soltó un risita ante mi comentario, por demás inocente. Mas luego, recompuso el semblante y, con voz grave, me aclaró:

—Chalchiunenet fue condenada a muerte, de acuerdo con nuestras leyes, Tecuichpo. A pesar de ser una mujer noble, se había comportado como una mujerzuela y había deshonrado a su esposo e insultado a los dioses. El castigo que se le impuso, así como a los tres elegantes de alto linaje con los que se revolcaba en el momento en que la aprehendieron y a las hechiceras que la ayudaron en sus crímenes, fue terrible. Los ataron de pies y manos en la plaza pública de Tetzcuco, los mantuvieron tendidos y les machacaron las cabezas hasta hacérselas pedazos. Esto sucedió el día Cuatro-Viento en presencia de una gran multitud, para dar una lección a todas las mujeres y doncellas de la corte.

La escena descrita por mi madre me dejó pasmada. Por unos instantes, mi imaginación jugó conmigo y me hizo verme en una situación semejante. Comencé a jadear hasta que pude articular un berrido y arrojarme a los brazos de Miauaxóchitl.

Ella me sostuvo en su regazo y acarició mi cabeza.

—¡Fue un escándalo, hija! —dijo con un tono lastimoso, que me indicó que ella había sufrido mucho con el incidente—. Tu padre la quería mucho e incluso estuvo presente durante el bautizo del único hijo que Netzahualpilli engendró con ella, tu tío Cacamatzin. Tu padre se portó como tío fiel y se hizo cargo del niño, hasta que logró encumbrarlo a la categoría de *huey tlatoani* de Tetzcuco, a pesar de que sabía que se iba a ganar el rencor de Ixtlilxóchitl, otro de los pretendientes al trono a la muerte de Netzahualpilli.

Cuando Chalchiunenet confesó que estaba enamorada de Chicoucoatl, pero que no era una asesina, que lo de los dos mil amantes era un infundio que le habían

inventado sus enemigos, Motecuhzoma estuvo varios días encerrado en sus aposentos sin permitir que nadie lo viera, mantuvo un estricto ayuno, dejó de jugar al *patolli*, una de sus distracciones favoritas, y se apartó de todas sus mujeres...

—¿De ti también, madre?

—Sí, Tecuichpo. Durante dos semanas no quiso verme. Nadie supo qué era lo que hacía. Algunos sirvientes nos decían que no paraba de orar, otros que no hacía otra cosa que llorar; mas la verdad nunca nos fue revelada.

—¿Nunca?

—No. El único indicio que yo tuve sobre lo que sucedía en su cabeza, fue cuando me llamó y me dijo: «Mujer, vela atentamente la educación de nuestra hija Ichcaxóchitl, tan parecida físicamente a su tía, procura enderezar su carácter si da muestras de malas inclinaciones».

—¿Eso te dijo?

—Sí. Él te adora y, como comprenderás, no quiere que su hija predilecta corra la suerte de esa hermana por la que tanto sufrió.

No hice comentario alguno. Me separé del cuerpo cálido y amable de mi madre. Di un par de pasos y sacudí mi cabeza con vehemencia para arrojar de mi mente la suciedad que conllevaban los temores de mi padre.

—¡Yo nunca seré como esa mujerzuela! ¡Seré mujer de un solo hombre y le guardaré fidelidad hasta la muerte! —dije con convicción, porque en ese momento no podía prever lo que me deparaba el destino.

Miauaxóchitl sonrió y me dio un beso en la frente.

—Tu padre se va a sentir muy feliz cuando escuche tus palabras, hija.

—¿Y qué sucedió con Chicoucóatl? —le interrumpí sin cortesía porque, de pronto, vi pasar la sombra del amante imprudente.

—Sé que quiso escapar, Tecuichpo. Que se refugió entre su gente en Tenayuca. Pero que no le sirvió de nada. Netzahualpilli lo estranguló con sus propias manos y luego lo entregó a su pueblo para que lo hicieran pedazos.

Quedé impresionada durante varios meses. Mi sueño se vio plagado de escenas que, dada mi edad, apenas prefiguraban los desatinos de la obscenidad. Los términos «deleite carnal» y «hediondez de la lujuria» pasaron por muchos matices, hasta que pude calibrar su cabal significado y crear defensas que me impidiesen caer en sus garras.

En esto estaba enfrascada mi cabecita, cuando sucedió el primer presagio funesto, de una serie catastrófica, que vendría a trastornar el carácter de mi padre y a conmover a los mexicas en lo más profundo de su ser y de las creencias que nos servían de cimiento.

Sucedió diez años antes de la llegada de los *teteu*. Si no me equivoco, en el segundo mes, Tlacaxipehualiztli, del año Doce-Casa. Ese día había transcurrido sin mayores contratiempos, como muchos otros. Tozpalatl me había hecho repasar las lecciones del día anterior en el *calmecac* y luego me había ordenado que terminara el

bordado de un jaguar que sería cosido sobre la túnica de mi hermano Acamapichtli, quien había logrado capturar a su primer prisionero y se le otorgaría el título de *iyac*, lo que le permitiría cortar su mechón de cabello llamado *piochtli* y ostentarse como soldado de Tezcatlipoca. Por ello, tuve que quedarme en vela hasta la madrugada sentada sobre un petate colocado en una de las azoteas. En esto estaba cuando al levantar mi cabeza y dirigir mi vista hacia el oriente para atisbar los primeros rayos del sol, vi una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora que se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando en el cielo.

Me quedé de una pieza. Pensé que mis ojos habían llegado al límite del cansancio y froté mis párpados. Sin embargo, la imagen sobrecogedora seguía plantada frente a mí, sólo que ahora se había hecho ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando; una columna de luz que lo sostenía con la fuerza que irradiaba de su eje.

Sentí miedo, mas no pude dejar de mirarla. Quedé en una especie de trance con la mente en blanco y una sensación de náusea en mis entrañas. Así se estuvo hasta que amaneció y el resplandor de los rayos solares pudieron vencerla con su potencia y alegría.

El prodigio se repitió durante todo el año. Aparecía desde el medio día y se prolongaba más allá del amanecer. La gente, que al principio lo miró con una mezcla de agrado y reverencia, con el tiempo comenzó a manifestar grandes extremos de dolor, daba gritos, voces y alaridos en señal de espanto, y dándose palmadas en las bocas, como lo suelen hacer. Se dieron a lloriquear y andaban cabizbajos.

A sus llantos y tristeza se sumaron los sacrificios humanos que nuestros sacerdotes ordenaron se practicasen para aplacar la ira de Huitzilopochtli y de Tláloc, así como el enfado de Mictlantecuhtli, con su cara cubierta por una máscara esquelética, rodeado de gatos maulladores y de arañas, y de su mujer Mictecacíhuatl, que tanto horror nos provocaban.

Decían los *tonalpouhque*, los únicos sacerdotes que habían sido educados para la adivinación, que la columna de luz, que se había transformado en una pirámide cada vez más densa, impedía que los *quauhteca*, los compañeros del águila, se juntasen con el Sol para acompañarlo desde su salida por el oriente hasta el cenit, en un cortejo deslumbrante de luz y resplandeciente de alegría, que ello los tenía furiosos y por ende, podían augurar que se nos vendrían encima enormes calamidades.

Miauaxóchitl no supo qué contestarme cuando la interrogué sobre lo que sucedía. Tanto ella como Mapilxóchitl me dijeron que Motecuhzoma se había encerrado en la Casa de lo Negro, un pequeño edificio un poco apartado de los demás que componían su palacio y que él destinaba para el estudio de la magia, donde recibía a los *tonalpouhque* y a otros magos y adivinos llegados de muchos lugares, en especial de Iztapalapan, cuna de los nigromantes y los hechiceros.

Motecuhzoma interrogó a unos y a otros y escuchó sus múltiples interpretaciones. Empero, ninguna le satisfizo. A varios los hizo azotar, a otros los confinó en jaulas y

ordenó que los diesen a comer a las fieras que mantenía en su palacio.

En medio de su enojo y del temor terrible que todavía lograba ocultar, hizo cosas horripilantes como mandar desollar vivo a un adivino de Cholula que se había atrevido a insinuar que la columna caería sobre Tenochtitlan y aplastaría tanto a mexicas como a tlatelolcas. Su carácter se volvió taciturno y su altivez adquirió matices de insolencia que a todos desconcertaron.

Los prodigios se sucedieron uno detrás del otro e incluso algunos llegaron empalmados, de tal forma que la confusión se hizo tremenda. El segundo acaeció durante el cuarto mes, después de haber celebrado la fiesta Uey tozotli en honor del dios de las mieses Cintéotl, en la que yo aporté la sangre de mis orejas y participé en la recolección de cañas de maíz y unas yerbas llamadas *mecóatl* para hacer una enramada en honor del dios. Apenas había llegado al *calmecac* para reunirme con mi hermana Acatlxouhqui y con mi preceptora Tozpalatl, cuando escuchamos unas voces estridentes que clamaban «¡Ea, mexicanos! Vengan con gran prisa y presteza con cántaros de agua a apagar el fuego». No tardamos en ver la columna de humo negro que se levantaba por encima del templo de Huitzilopochtli. Más tarde supimos que el fuego se había iniciado en forma espontánea en el Tlacateccan o Casa de mando y que no pudieron apagarlo por más que muchas personas gritaban ¡Mexicanos, vengan de prisa: se apagará! ¡Traigan sus cántaros! Sin embargo, el agua que arrojaban no hacía más que avivar las flamas. El templo se abrasó en un instante y, para consternación de todos los habitantes de Tenochtitlan, quedó deshecho.

No habían trascurrido ni diez días, cuando, sin que se escuchase el trueno que siempre los anuncia, un rayo cayó sobre el techo de paja del templo llamado Xacal, dedicado al dios Xiuhtecuhtli, y lo convirtió en cenizas. Los sacerdotes a su servicio alegaron que «Fue un golpe de sol» y, todavía temerosos, obligaron a la gente que se diera prisa para levantarlo de nuevo.

Mi padre, a todo esto, sufría severas crispaciones y malestares de estómago que no lograba aliviar el *ticitl* Tezozomoctli —mal nombre para un doctor, pues quiere decir «el atormentador de la gente»— por más que le aplicaba sobre la cabeza paños impregnados con el jugo de las hierbas *ecuxo* y *pícitl* y le daba a oler polvos de *zozoyátic*. Los curanderos también fracasaron en su intento de aliviarle las constantes diarreas. Ni las hojas de una mata llamada *cihuapatli*, revueltas con cisco y clara de huevo ni el agua de uso hecha con la raíz *amáxtlalt*, le sirvieron de consuelo. Fue mi abuela Xochicuéyetl quien le quitó la muina y lo ayudó a arrojar las cámaras de materia blanca revuelta con sangre, primero con una fuerte azotaina con varas de *oyámetl* y después mediante una dieta estricta de calabacitas, tunas taponeras y muslos de codorniz hervidas en un caldo de cola de *tláquatl*, que tuvo que comer durante quince días.

Motecuhzoma, acostumbrado a deleitarse con los manjares más exquisitos y extravagantes que alguien pueda imaginar, se puso de un humor negro y acusó a su madre de ser una bruja desconsiderada. Ella, ni tarda ni perezosa, le dio un fuerte

bofetón y le gritó «¡No se te olvide, muchacho, que fui yo quien te arrojó al mundo! ¡A mí no me vengas con tus desplantes de *tlatoani*!» Cómo es que no la hizo sacrificar, es para mí un misterio insondable, dado su carácter irascible.

Pasaron muchos meses sin mayores aspavientos y nuestra vida volvió a transcurrir en una calma aparente. Digo aparente porque, aunque a mí no me tocó padecerla, sí supe que durante el cuarto año del reinado de mi padre hubo una sequía tan grande que muchos mexicanos perecieron de hambre. La hambruna fue espantosa y, después de vaciar las bodegas de su palacio que contenían los granos y otros alimentos, mi padre se vio precisado a dar permiso para que el que quisiese se alejara de Tenochtitlan a buscar su sustento.

Mi madre se solidarizó con el pueblo. Repartió entre las decenas de sirvientas a su servicio los alimentos que se nos tenían destinados y vigiló que ellas, a su vez, lo distribuyeran entre los miembros de sus respectivas familias. A mí me dio, cada día, una ración generosa; mas a mi hermano Axayácatl, que andaba sobrado de peso, lo puso a una dieta rigurosa.

La cuarta señal —que comenzó a verse en la cuenta de los años que se dice *chicome técpatl*, y cesó en la cuenta de *matlactlionce técpatl*— fue que de día haciendo sol cayó una cometa, parecían tres estrellas juntas que corrían a la par muy encendidas y llevaban muy grandes colas: partieron de occidente, y corrieron hacia el oriente, iban echando centellas y llevaban tan grandes colas, que su largor y grandeza tomaban gran distancia.

Yo me encontraba jugando a las adivinanzas con Macuil y Xocotzin, cuando escuchamos los gritos angustiados de los servidores de mi padre —alrededor de doscientos— que clamaban a voz en cuello: «¡*Citlalin popoca! ¡Citlalin popoca!*», que quiere decir «estrella que humea».

Dejamos de jugar y nos asomamos por un ventanuco que daba a uno de los inmensos patios. Ahí, en torno al *petlacácatl*, el mayordomo mayor, se habían congregado algunos funcionarios responsables del buen funcionamiento de las dependencias del palacio —cuatro o cinco señores principales a quienes distinguían sus hermosas túnicas y las diademas que llevaban colocadas en las frentes—, varios guerreros de alta jerarquía y una muchedumbre de jóvenes mancebos, todos nobles y bellos, de la estatura que Motecuhzoma había exigido al príncipe *cihuacóatl* —quien había medido a uno por uno con una vara cortada ex profeso— que tuviesen, desde que fuera entronizado, en Cuatro-Quiahuitl, por los señores de Tetzcuco, su primo Netzahualpilli, y el Señor de Tlacopan, Totoquihuatzin.

Todos miraban en dirección al cielo con los rostros demudados. Creían, a pie juntillas, que las estrellas que humean eran pronóstico de la muerte de algún príncipe o rey, o de guerra, o de hambre y estoy segura de que muchos estarían pensando «¿Será, acaso, mi turno?»

Mi padre llegó acompañado por Tlilpotonqui y una pléyade de sacerdotes y fue a colocarse en medio de los ahí reunidos.

—¿Qué sucede? —inquirió el *cihuacóatl*, en nombre del *huey tlatoani*.

—Una *citlalin popoca* surca en estos momentos el velo azul del cielo del Anáhuac y nos ha llenado de temor —contestó con amargura el *petlacácatl*—. Aún no sabemos qué es lo que augura, pero debe ser algo siniestro.

Motecuhzoma le lanzó una mirada severa. El alto funcionario humilló la cabeza y se arrodilló, tal y como estaba prescrito.

—¿Y tú qué crees? —preguntó Tlilpotonqui a uno de los sacerdotes que tenía el semblante demacrado que tomado por sorpresa, dio un respingo.

—Hambre no será porque la acabamos de padecer, señor *cihuacóatl* —respondió con gravedad—. Nuestras guerras son costumbre...

—¡Calla! —gimió Motecuhzoma en un tono que todos escuchamos y que no dejó de asombrarnos. Él jamás hablaba en público, siempre lo hacía por conducto de Tlilpotonqui. Pocos de sus servidores conocían su voz. Sin embargo, esta vez se explayó para decir—: ¡Quiero que los que saben de estas cosas se reúnan conmigo en la Casa de lo Negro! ¡Hagan venir de dondequiera que estén a los adivinos y astrólogos más sabios! —Luego, al advertir que nosotras, sus hijas, espiábamos desde arriba, hizo un ademán con la mano y ordenó—: ¡Más vale que se pongan a cubierto porque si las toca una saeta de la *citlalin tlamina* de seguro morirán!

Motecuhzoma se retiró con su séquito y los jóvenes *pilli* se dispersaron cada cual por su lado para cumplir con sus respectivos deberes. Nosotras atendimos de inmediato la orden de nuestro padre y fuimos a buscar a Miauaxóchitl para contarle lo que había sucedido.

—La *citlalin tlamina* es la cola del cometa, niñas —nos dijo con cierta alarma. Significa que la estrella tira saetas y se cree que si una saeta cae sobre alguna cosa viva, liebre o conejo, u otro animal y lo hiere, se le cría un gusano por dentro, se pudre y muere. A las personas nos puede pasar lo mismo, de ahí la advertencia de vuestro padre.

Macuil hizo un puchero y, a continuación, lanzó un berrido lleno de púas de nopal. Xocotzin me abrazó para protegerme con su cuerpo. Miauaxóchitl hizo el intento de calmar nuestra zozobra.

—A las estrellas que están en la boca de la cabeza del cometa se les llama *citlaxonecuilli*. Los *tlacuilos* las pintan con la forma de una S —su voz, ya más tranquila, apaciguó nuestros ánimos y no tardamos en huir de su lado para retomar el juego que habíamos dejado pendiente.

—¿Qué es lo que está por dentro lleno de rodela? —soltó Xocotzin.

—¡Es el chile! —respondimos al unísono Macuil y yo. Luego, agregué—: El chile está por dentro lleno de semillas de hechura de rodelitas. —Las tres aplaudimos muertas de la risa.

La situación en la casa destinada al estudio de la magia, en cambio, era muy diferente, de acuerdo con lo que más tarde me contó mi hermano Axayácatl. Ahí, Motecuhzoma exigía a sus adivinos y a los astrólogos que fueron llegando desde los

confines del imperio que le hicieran un pronóstico de lo que anunciaba el cometa. Los *tonalpouhque* o adivinos hacían sus vaticinios con una vaguedad exasperante. La paciencia de Motecuhzoma era demasiado flaca. Se desesperaba con una facilidad asombrosa. De nada les servía desparramar por el suelo las tripas de los monos, *ozomatli*, o abrir las barrigas de los perros, *itzcuintli*, y hurgar en ellas para desentrañar los secretos escondidos. De nada, escarbar entre las plumas de los tecolotes o en las entrañas de serpientes u otras sabandijas para explicar sus agüeros. Él no quedaba satisfecho ni con sus palabras ni con sus razones.

Desconsolado, los despidió sin consideración alguna para con su edad o su prestigio. ¡No quiero verlos, menos escucharlos! ¡Son un atado de imbéciles!, dijo a Tlilpotonqui. Se encerró en un mutismo impenetrable por un par de días y, más adelante, en el *teocalli* de Huitzilopochtli, donde se entregó a rezar sus oraciones y a realizar muchos sacrificios, los más con su propia sangre.

Una tarde lo vimos caminar por los jardines de su palacio sin otra compañía que Xiuquecho, el esclavo contrahecho que sabía alegrarlo en sus festines. Motecuhzoma, contrariando sus costumbres, iba ataviado con un *máxtlatl* y un *tilmati* blancos y sólo conservaba en la frente su célebre diadema y su nariguera de turquesa. De pronto se detuvo y con el puño derecho golpeó la cara del pequeño jorobado. Éste cayó al suelo y Motecuhzoma se alejó a grandes zancadas.

—Está angustiado por el paso del cometa —confesó Xiuquecho a Tayhualcan, la esposa que más quería Motecuhzoma y de quien era confidente—. Está convencido de que sufrirá grandes calamidades...

Tayhualcan se lo platicó a mi madre y todas las mujeres nos enteramos de la angustia que sufría.

Motecuhzoma, ya de por sí retraído y avaro para comunicar sus sentimientos, nos mantuvo apartadas durante mucho tiempo. Gracias a que teníamos innumerables escuchas entre sus servidores y a que Tlilpotonqui a veces se desahogaba ante nosotras, supimos que mi padre se había reunido con nuestro tío Netzahualpilli en la sala llamada *tecpicalli* del palacio de Motecuhzoma Ilhuicamina y la conversación que habían sostenido. Se encerraron sin admitir otro testigo que el *cihuacóatl*, y mi padre, desesperado porque ni sus adivinos ni los astrólogos le daban respuestas satisfactorias, le había externado sus cuitas, sin ocultarle que temía por su vida. Netzahualpilli, renuente en un principio, al fin le habló.

—Mi señor, mi querido primo, me temo que los augurios celestes pronostican calamidad. Desde el cielo vienen las señales indicadoras de la próxima destrucción de nuestros dioses y nuestros señoríos.

Motecuhzoma quedo jadeante y con la mandíbula desencajada.

—¿Pero cómo? —balbuceó.

—A mí no me tocará verla, siento que mi fin está cercano. Tú deberás tener valor para enfrentarla —añadió el Señor de Tetzcuco con un susurro apenas audible.

—¿Estás seguro, Netzahualpilli? —preguntó Motecuhzoma con la *tonalli* en la

lengua.

—Completamente seguro.

—¿Podremos hacer algo para obtener la protección divina?

—Eso te toca a ti, a tus sacerdotes. Tú eres la cabeza y el corazón del imperio, quien habla con los creadores.

—¿Yo?

—Tú. No he olvidado todavía cuando el Quetzalcóatl Totec y el Quetzalcóatl Tláloc afirmaron que eras tan religioso que habían escuchado a los dioses hablar contigo.

Mi padre quedó hundido en el caldo espeso del abatimiento. Los finos colmillos de la melancolía sujetaron sus sienes. Un hueco en el estómago, las manos y los pies congelados, la respiración entrecortada. Se sintió solo y abandonado por los dioses. Su plegarias dejaron de ser laudatorias para convertirse en un continuo lamento que, cuando transitaba cerca de nuestras habitaciones, llegábamos a escuchar:

—¿Padre —clamaba a Huitzilopochtli con tono lastimero—, a dónde se me fue el arrojo? ¿Por qué todo el día quiero llorar como si fuese una niña? ¿Dónde está la virilidad que me ha distinguido? ¿Son, acaso, verdaderas las predicciones de Netzahualpilli? —Luego, cambiaba el timbre de su voz para exigir—: ¡Guíame para defender el imperio que me fue encomendado por mis virtudes para gobernar y el don de mando que me diste! ¡Dame las armas de la sabiduría!

Sin embargo, el dios se mantenía mudo y él, para congraciarse, decidió aumentar los sacrificios y anegar su templo y su efigie con torrentes de sangre palpitante. Hizo traer, desde Coyohuacan, una piedra inmensa para celebrar los sacrificios y mandó levantar nuevos *tzonpantli* para ensartar los cráneos de las víctimas.

Vino a agravar la situación el fallecimiento de mi tío Netzahualpilli. La noticia de su muerte cayó con la fuerza de una lápida sobre la entereza de mi padre, quien estuvo a punto de desmoronarse. Se cumplían sus profecías y Motecuhzoma entraba en el sombrío reino del terror, sin saber qué hacer ni a dónde dirigir sus pasos.

No sólo nos ordenó asistir a sus exequias sino que nos obligó a guardar un luto riguroso y a repetir hasta el cansancio un verso del canto a Macuilxóchitl, que fascinaba a mi tío, para que lo recordáramos siempre con la alegría que nos había prodigado. Aún lo conservo en mi memoria:

Xon ahuiyacan

Ica xon ahuiyacan inhuinti xochitli...

Alegraos

Alegraos con las flores que embriagan,

Las que están en nuestras manos.

Que sean puestos ya

Los collares de flores.

Nuestras flores del tiempo de lluvia,

*Fragantes flores,
Abren sus corolas...*

El entierro fue solemne. La pira medía más de tres metros y el cadáver del rey poeta, del astrólogo sabio, ataviado con su más fino *máxtlatl*, su *coaxayacayo tilmatli*, «manta leonada con una cara de monstruo dentro de un círculo de plata, en un campo colorado», la diadema de jade, la nariguera de turquesa, unas ajorcas de oro en los brazos, un barbote de *chalchíhuatl* engastado en oro metido en la barba, y acompañado de cuarenta esclavos, veinte hombres y veinte mujeres y de su perro favorito, ardieron toda la noche, bajo el manto de miles de estrellas.

Sí, todavía tengo frescos en la memoria los días que sucedieron a la muerte de Netzahualpilli: las festividades en su honor, el sacrificio voluntario de sus esposas y varias de sus concubinas para acompañarlo en su tránsito hacia el paraíso, el Tlalocan, ese jardín de la abundancia y descanso donde los favorecidos disfrutaban de una alegría tranquila e interminable, así como los graves problemas que se suscitaron por su sucesión, hasta que Motecuhzoma logró imponer a mi primo Cacamatzin por encima de los demás pretendientes al cargo de *huey tlatoani* de Tetzcuco.

Fueron días aciagos, duros como un *chimalli* de pedernal. Yo comencé a sufrir de cólicos e indisposiciones que se sucedían con intermitencia y que no obedecían a enfermedad alguna, pues no padecía de fiebre y mi cuerpo estaba más que saludable. Empero, me llené de una inquietud que no comprendía y que me hacía ser retraída, parca y, en ocasiones y sin causa alguna, grosera con mis hermanas y mi madre. Pasaba de la alegría a la tristeza sin motivo aparente. Me sentía como chapulín encima de un comal caliente.

Mis hermanas Ilancueitl y Acatlxouhqui, mayores en edad y que ya habían pasado por lo mismo, se reían de mí cada vez que me veían enfurruñada y luego echaban a correr para compartir secretos sin quitarme la vista de encima. Yo me encolerizaba y les lanzaba insultos que inventaba con una lengua trastrabada. Ellas se carcajaban de lo lindo y me hacían gestos con los dedos y los labios que me ponían frenética, al grado de dar pataletas.

Cada vez que las acusaba con Miauaxóchitl, ellas alegaban que era mi culpa y decían a mi madre: «No nos regañes, Miauaxóchitl. Observa bien a tu hija y verás cómo Tecuichpo salta como granizo de albarda».

Mi madre se ponía colorada y, para mi desconsuelo, no las reprendía. El refrán me venía al pelo. Los *macehualtin* lo usan para referirse a aquellos que tocándolos un poco con alguna palabra áspera luego saltan en cólera y riñen y echan ponzoña por la boca.

Así estuve durante un par de meses. Me volví distraída y dejé de atender mis deberes en el templo de Quetzalcóatl con el esmero que siempre les había dedicado. Mapilxóchitl supo lo que me sucedía desde que me vio «rara» y, en lugar de obligarme a cumplir con los rituales, me pidió que bordara unos paliacates pequeños

hechos con retazos de una manta gruesa y especialmente suave.

—No, Tecuichpotzin —me dijo sin darle importancia al asunto. No son para tu padre... para nadie de tu familia... Ya lo sabrás a su tiempo.

El día nefasto llegó cuando menos lo esperaba. Me sucedió en el *calmecac*, mientras recitaba con Tozpalatl los veinte nombres del tonalpohualli-calendario adivinatorio. Ya había mencionado cipactli-cocodrilo, ehécatl-viento, calli-casa, *cuetzpalin*-iguana, cuando sentí que algo me escurría por entre los muslos. Vi la sangre, di un respingo, me levanté y salí corriendo como si en ello se me fuese la vida. No me detuve hasta llegar a nuestros aposentos en el palacio de Motecuhzoma, donde, postrada, me puse a llorar a moco tendido.

Miauaxóchitl y Xocotzin no tardaron en llegar, ambas con una mueca ambigua en la boca que yo no supe si interpretar como complacencia o, tal vez, resignación.

—Ya te llegó, mi niña —dijo mi madre. Luego, me atrajo hacia sí y me acarició la cabeza con ternura—. La sangre ha brotado de tu cuerpo para avisarte que, a partir de ahora, otras vidas podrán crecer en tu vientre. Ya podrás ser esposa y madre, y tener hijos, mi amada Tecuichpo.

—Creo que debes explicárselo con más detalle, Miauaxóchitl —sugirió Xocotzin al advertir el estupor en mi cara—. Tienes que contarle las cosas que pasan entre hombres y mujeres para que ella comprenda. ¡Mira nada más que carita de susto tiene! ¡Pobrecilla!

Yo no tenía la menor idea de lo que hablaban y me concreté a hacer un puchero y a meter los pliegues de mi huipil entre las piernas. Estaba avergonzada como nunca antes lo había estado.

Ellas, entonces, me llevaron a una pieza que estaba alejada de las demás. Un lugar discreto y bellamente adornado, muy a propósito para asearme con agua tibia y el vapor de unas hierbas olorosas, y para lo que iban a decirme. Me colocaron entre los muslos un pequeño paliacate, semejante a los que había bordado en el templo, y me dijeron que, mientras tuviese sangrado, debería cambiarlo por uno limpio cada vez que se ensuciara.

—Mira estas pinturas —dijo mi madre, al tiempo que desplegaba frente a mí unos amates donde estaban dibujadas muchas escenas de amor carnal que, al principio, no pude comprender—. Fíjate bien, Tecuichpo; este señor que ves aquí tiene entre las piernas...

La explicación duró varias horas. Unas veces era Miauaxóchitl la que hablaba y otras, sobre todo cuando se trataba de pormenores escabrosos, mi hermana. Yo permanecí prácticamente muda. Recuerdo que sólo atiné a preguntar si «eso» dolía mucho. Ellas rieron y, luego, se ruborizaron.

Esa noche, en la duermevela, presencié algunos espejismos que hicieron que mis pezones se pusieran duros y que un calor inexplicable invadiese mi cuerpo. Sudé y me revolví, hasta que atiné a meterme en una tinaja con agua y pude aplacar mis sobresaltos.

Días después, Miauaxóchitl me llamó a su lado. Para mi sorpresa, estaba acompañada por mi abuela Xochicuéyetl, quien lucía una sonrisa resplandeciente.

—¡Ah, pluma dorada, turquesa engarzada con los dientes de los dioses! —dijo la anciana tan pronto me vio e hizo que me sentara a su lado—. Por ahí me han dicho que la niña Ichcaxóchitl, nuestro capullo blanco de algodón, se ha convertido en una mujercita. ¿Es eso cierto? —Y me clavó la mirada.

—Así es, madre —contestó Miauaxóchitl para sacarme del apuro—. Debemos prepararla para que sepa lo que es y esté lista para lo que, tarde o temprano, le acaecerá.

Xochicuéyetl, con el rostro pintado de color amarillo, los cabellos teñidos con hierba de *xiuhquílitl* para hacerlos relucientes, los dientes y las uñas de color grana, adoptó la actitud de gran señora que siempre me encantó y, con un tono dulce, me dijo:

—La doncella buena es gentil mujer, Tecuichpotzin. Hermosa, bien dispuesta, avisada; presume de la honra para guardarla, no consiente que nadie se burle con ella. La doncella virtuosa es esquiva, escondida, celosa de sí misma, casta; guárdase y tiene mucho cuidado de su honra y de su fama... ¡Sobre todo, casta! —recalcó, al tiempo que su mano revoloteaba en el aire y yo sentí una punzada en medio de lo que yo llamaba mi barriga.

Miauaxóchitl, que sabía descifrar todos mis gestos, alivió la tensión al ofrecernos unos jarritos de *atolli* preparado con cacao. Las tres bebimos con deleite.

—La doncella delicada —tomó su turno mi madre— es de buen linaje y de buenos y honrados padres; la tal, si es de buena vida y de vergüenza, celosa de sí misma, considerada y discreta, siempre se arrima a los buenos y les sirve, humillándose y respetando a todos.

Mi abuela volteó a mirarla con un gesto de aprobación que a mí me llenó de orgullo. La madre de Motecuhzoma no era dada a demostraciones de esa clase, menos con las esposas de su hijo a las que trataba con la distancia propia de una señora principal.

Alentada por su actitud, mi madre continuó:

—Por donde vayas, hija, ve con mesura y honestidad, no apresurada ni riéndote, ni mirando de lado. No mires a los que vienen de frente ni a otro alguno a la cara, seguirás tu camino sin desviarte, mayormente en presencia de otros. De esta manera cobrarás estimación y buena fama. Si encuentras a alguien en el camino y se ríe contigo, tú no rías, pasa callando, no haciendo caso de lo que te diga, ni pienses, ni tengas en algo sus deshonestas palabras.

Mi aleccionamiento duró mucho tiempo, días, semanas. Fui educada en la más estricta conducta sexual, a fin de reprimir vigorosamente toda actitud que tuviera tintes eróticos o condujese a las delicias del placer.

Se me obligó a vestir con recato y a no usar adornos llamativos. Mi forma de caminar y de mover los brazos fueron pretexto para castigos dolorosos y reclamos

que me ponían las trenzas de punta. Y mientras todo esto pasaba, llegaron otros presagios funestos que trastornaron aún más a mi padre.

Una mañana, sin que nada lo anunciase, hirvió el agua de la laguna que está junto a Tenochtitlan. El viento la hizo alborotarse. Como si borboteara de furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Muchas casas fueron derruidas con su impulso, se anegaron en agua. Los *teocalli* de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca, y sobre todo el del dios Tláloc, se vieron salpicados continuamente con sangre, mientras los *alarifes* reparaban los daños.

No bien había terminado, cuando por las noches comenzamos a escuchar los gritos de una mujer que lloraba: «¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!» o «¿Hijitos míos, a dónde los podré llevar y esconder?» Gritos que a todos exasperaban y que no nos dejaban dormir.

Los lamentos, que fueron escuchados en toda la ciudad y que duraron mucho tiempo, no tardaron en exacerbar la imaginación popular y pronto se propagaron consejas que hablaban de la presencia macabra de las *cihuapipiltin*, o de un espectro, que llamaron Llorona, que se escurría por las callejuelas o que flotaba en los canales, y que, a su paso, provocaba enfermedades y desgracias. Muchas personas, temerosas de lo que pudiera pasarles, acudieron a los *tonalpouhque* o agoreros en búsqueda de consejo para salvar el pellejo. Éstos les indicaron que hicieran penitencia y que buscaran papel para aparejar la ofrenda que debían hacer. Las azoteas de las casas se llenaron con tiras de papel de muy diversos colores para señalar que las ofrendas estaban listas. Entonces, los adivinos acudieron casa por casa para preparar la ofrenda al dios del fuego, Xiuhtecuhtli, también llamado Cuezaltzin, encenderla y quemarla. Cientos de hilillos de humo brotaron y se confundieron en el aire. Los lamentos dejaron de escucharse. Sin embargo, en el corazón de Motecuhzoma el pavor seguía incrustado.

Estoy convencida de que este presagio, que coincidió con el año Uno-Xóchitl, fecha en la que deberíamos celebrar la fiesta del Fuego Nuevo, llamada *toxiuh molpilia*, que sucedía cada cincuenta y dos años y que significaba «la atadura de la gavilla de los años», vino a perturbar todavía más el carácter de mi padre, quien comenzó a manifestar, me duele decirlo, un decaimiento emocional que no sólo le cambió por completo su personalidad, sino que hizo de él un pelele y un cobarde.

—Motecuhzoma se comporta con si estuviese hechizado— fue un comentario que pesqué al azar en voz de uno de los sacerdotes que conversaba con otro en los corredores del *calmecac*—. Dicen que tuvo una visión que lo dejó perturbado...

Yo me quedé trabada y no quise escuchar más sus palabras. Esa tarde, aproveché que Miauaxóchitl se había quedado sola para contárselo y saber cuál era su reacción.

—¡Sí, Tecuichpo; estoy enterada!— me dijo con la voz enronquecida. Me han informado que tu padre, cuando estaba en la azotea del edificio de la Casa de lo Negro, vio una enorme nube blanca por el rumbo de Tetzcuco, que, de pronto, comenzó a sudar frío y se quejó de que su corazón latía con demasiada fuerza. Luego

entró en éxtasis y comenzó a decir que en el cielo volaba un águila que llevaba prendido en su pico el cuerpo de un *macehual* y que lo transportaba a sus aposentos.

»Tu padre, entonces, echó a correr y se encerró en la habitación que ocupaba. Después dijo que le había entrado una especie de embriaguez y que el águila había obligado al *macehual* a que lo hiriera en una pierna y le avisase que su fin estaba próximo.

»Cuando por fin salió de su habitación, estaba aterrado y se quejaba de un dolor agudo en el muslo izquierdo. Tlilpotonqui quiso darle consuelo, pero él lo rechazó con furia.

»—¡Representame! —le gritó—. Me voy a Actipac donde nací. Que me acompañen Tayhualcan, Miauaxóchitl y mi médico Achcauhtli.

»Achcauhtli lo convenció de que no fuese a Actipac, que se quedara en palacio donde se le cuidaría de cualquier peligro. Tu padre accedió a regañadientes, pero desde entonces no ha comido nada y sufre y llora todo el tiempo. Te juro que no lo reconozco. Los ungüentos hechos con hojas de *huixochi*, corteza de *quauhtepuztli* y hierbas de *xiuhquilitl* para curar los males del seso no le hacen efecto. Anda desgredado, él que siempre ha sido muy limpio y que se baña hasta dos veces al día; con la mirada perdida y el habla ausente».

La descripción que de él hizo mi madre me dolió en lo más profundo de mi *tonalli*. Motecuhzoma, a quien le gustaba tanto solazarse con sus mujeres —por esas fechas algunos envidiosos decían que eran tres mil y que de éstas tenía preñadas a ciento cincuenta—, entretenerse con el juego de *tlachtli* y bailar la danza *netotetzitli* del regocijo y el placer, cargaba una loza de tristeza que acabaría por aplastarlo.

La celebración se dejó en suspenso, dado el estado de postración del *huey tlatoani*, por consejo de los dos grandes sacerdotes, el Quetzalcóatl Totec tlamacazqui encargado del culto de Huitzilopochtli, y el Quetzalcóatl Tláloc tlamacazqui, encargado del templo de Tláloc. Ellos convencieron a Tlilpotonqui y éste a Motecuhzoma para que la fiesta se hiciera el año siguiente. Alegaron algo sobre la posición en el cielo de las Cabrillas y sobre un ajuste en el tiempo que hiciera coincidir los ciclos solares en halago de los dioses.

Sin embargo, y esto sólo es de mi incumbencia, los sacerdotes ya habían escogido a un joven y bello guerrero tlatelolca llamado Itzcuin, para ser sacrificado en la fiesta. La desventura de mi signo o quizá los artilugios de que se vale la diosa Xochiquétzal para encender el amor, me hicieron verlo y enterarme de su nombre.

Un par de meses antes de la celebración del *toxiuh molpilia*, los *tlamacazqui* o sacerdotes hacían llegar de todas las regiones del imperio a los *tequihua*, jóvenes guerreros que se habían distinguido por su arrojo y que habían hecho prisioneros o matado en combate a cuatro enemigos. Los reunían en el *teocalli* del dios Xiuhtecuhtli y allí los mantenían bajo una observación rigurosa por espacio de diez días. Transcurrido este lapso, escogían de entre ellos al que reuniese los atributos de virilidad y hermosura que, según su criterio, halagarían al dios Xiuhtecuhtli y al dios

Huitzilopochtli, y lo preparaban para ser presentado al *huey tlatoani*, que debía dar su venia.

El día que los sacerdotes llevaron a Itzcuin ante Motecuhzoma para cumplir con la ceremonia de su aprobación —debía corroborar que no tuviese los ojos torcidos o que le faltasen dientes, entre otros detalles físicos—, yo me encontraba con mi madre en un *xochithualli-patio* florido adyacente a sus aposentos, en espera de que nos recibiese para entregarle un penacho de plumas que yo había elaborado con el fin de proporcionarle un poco de alegría, y, de paso, enterarnos de su estado de salud.

De pronto, escuchamos las voces de unas personas que se aproximaban. Mi madre me tomó por un brazo y atrajo hacia sí. Yo, entonces, sentí cómo un vientecillo fresco y excitante me rodeaba y acariciaba mi cuerpo. Ambas volteamos al mismo tiempo y vimos a un mancebo de gran hermosura rodeado de varios *tlamacazqui* que avanzaban en dirección a donde estaba mi padre.

La prudencia y observancia de las normas con que habíamos sido educadas nos hizo ocultarnos detrás de unos setos de *acocoxóchitl*, que los españoles llaman dalias, y desde ahí pude mirarlo a mis anchas. Mi corazón dio un vuelco cuando mis ojos se posaron en los suyos y, no sé como explicarlo, escuché que sus labios pronunciaban ¿*Campa nicuiz yectli ahuiacaxóchitl*? ¿Dónde tomaré hermosas, fragantes flores?

Las rodillas comenzaron a temblarme. Más cuando él desapareció de mi vista y tuve que disimular ante mi madre. Jamás volví a verlo en persona, aunque la noche del Fuego Nuevo en que se desató la gavilla de los años, en medio de una oscuridad total —se apagaban todos los fuegos de todas las provincias, pueblos y casas del imperio—, allá en el cerro llamado Uixachtécatl, en el señorío de Iztapalapan que gobernaba Cuitláhuac, yo desde la terraza de palacio tuve un espejismo emocionante.

Frente a mí, como si estuviesen al alcance de mis manos, vi a los sacerdotes subir a la cima del cerro y a sus mensajeros esperar en las faldas. Entonces vi a Itzcuin recostado sobre la piedra de los sacrificios. Luego, a pesar de que mis ojos estaban arrasados en lágrimas, vi cómo el sacerdote le abría el pecho con su puñal de obsidiana, le metía por la herida el bastón sagrado, el *tlequauitl*, y lo meneaba hasta hacer brotar el fuego para mostrarlo a los pueblos del Anáhuac y anunciarles que el Sol volvería a salir por el oriente y nuestra vida se prolongaría durante otros cincuenta y dos años.

La gritería de la gente, los alardes de júbilo de los nobles que nos rodeaban, rompió el encanto y yo, aún trastornada por la visión, me uní a la alegría de mi pueblo. Otras antorchas se encendieron, las fogatas volvieron a calentar los hogares... ¡Seguíamos vivos! Motecuhzoma pareció despertar por un momento de su melancolía y oró: «Señores del Junco y del Cerro, padres, les juro que siempre se les rendirá culto, siempre estarán sus *teocalli* esplendorosos, jamás faltarán corazones para su alimento».

La vida volvió a su cauce. Sin embargo, yo había sido tocada por el aliento de la diosa Xochiquétzal. Me había enamorado —aunque esto que jamás he confesado lo

entendí mucho más tarde— del Hombre de Fuego. Todo a mi alrededor cambió de repente. Los colores y la luz se volvieron más brillantes. Su intensidad, deslumbrante. Las texturas y los sabores tomaron el cariz mórbido de los devaneos propios de nuestros bailes y danzas. Constantemente me empalagaba con dulces y con palabras que robaba de los cantos al Dador de la vida: «*Xochitica tontlatacuiloa in Ipalnemoani...* con flores pintas, Dador de la vida, con cantos das color a los que han de vivir en la Tierra».

Miauaxóchitl y todas mis hermanas me miraban con ternura y se hacían de la vista gorda frente a mis despropósitos y mis desatinos. Adoptaron una tolerancia solidaria para con esa «mujercita» llamada Tecuichpo que se comportaba, por momentos, igual que un *itzcuintli* sin dueño, o, en otros menos agradables, como un venado salvaje.

Mas no todo era amaranto tostado, dulce y delicioso. El aparente entusiasmo de mi padre por su dignidad y su grandeza, en las que cifraba su apego a la vida y la justificación de su existencia, no duró mucho. Un día abandonó el palacio y, sin dar explicación alguna, se encerró en el *teocalli* de Huitzilopochtli para hacer penitencia. Pasaron varios días sin que saliese del *cu* y sus servidores más cercanos y sus mujeres comenzaron a alarmarse.

—¡Debemos saber si está bien! —comentó Tlilpotonqui y dejó entrever que estaba muy preocupado.

—¡Sí! —se sumó Cacamatzin, quien había venido desde Tetzcuco—, no vaya a ser que... —y no terminó la frase para no perturbar más a mi abuela Xochicuéyetl ni a Tayhualcan, que estaba muy afligida.

El Quetzalcóatl Totec tlamacazaqui se ofreció para cumplir con la delicada embajada de averiguar qué era lo que le pasaba, y, sin perder más tiempo, se apersonó con mi padre. Más tarde les comunicó al *cihuacóatl* y a mi abuela los detalles de la entrevista:

—Cuando entré y lo vi tan decaído e invocando al dios de los infiernos, Huémac, le dije: «Señor mío, ¿no eres tú la cabeza del mundo? ¿Qué tienes? ¿Si tu primer pensamiento fue sojuzgar, a fuerza de tu corazón, hasta los límites del Cielo, si has agrandado tu imperio hasta los confines de la Tierra, ahora lo pones en la mayor poquedad y bajeza? ¿Por qué te quieres meter en los infiernos? Los dioses me mandan decirte que entiendas que lo que ha de venir vendrá y tú tienes que verlo; que te dejes de cobardes pensamientos. No cometas actos que avergüencen a los mexicas.

»Motecuhzoma con voz apenas audible, me contestó: “Mensajero del señor de tierras, montes, mares, ríos; del señor de lo negro, lo azul, lo blanco y lo naranja, tienes razón. Me he convertido en un extraño ante mí mismo. No sé lo que me ocurre, he perdido el apetito por las cosas del mundo, todo me es ajeno. El llanto anega mis ojos, tengo el corazón vestido de negrura, me enoja verme aniquilado, me avergüenzo de mis mujeriles temores, los presagios funestos me abruman. A ti, te puedo confiar que, a pesar de mis constantes sacrificios y retiros en el *tlilancamécatl*, el rincón de

los lamentos, ni mi dios Huitzilopochtli ni mi señor Tezcatlipoca responden a mis súplicas. Me he convertido en un cobarde, quisiera encerrarme vivo. Ya no tengo voluntad”».

La voz del sacerdote se quebró como si fuese la rama de un árbol seco, caído. Su cara se rajó en la frente y a los lados de sus mejillas. Tlilpotonqui se vio precisado a sostenerlo por los brazos para que no cayese envuelto en llanto. Mi abuela Xochicuéyetl masticó una maldición con sus encías carminadas, encaró al sacerdote y lo conminó a que terminase.

—¡Ya basta de aspavientos femeniles! —reconvino al sacerdote—. ¡Con un cobarde nos basta!

El Quetzalcóatl Totec tlamacazaqui hizo un gesto de disgusto, mas se contuvo. La madre de Motecuhzoma todavía era muy poderosa y no era prudente contradecirla.

—No cedí en mi empeño, Xochicuéyetl —dijo con un tono retobado—. Al contrario, insistí: Me envía Ometecuhtli, nuestro padre, para infundirte ánimo... Lo que vendrá, vendrá. Tú, mi gran señor, debes recibirlo de frente, rodela en mano y con la macana dispuesta a dar el golpe. Eres la cabeza del imperio, el ejemplo para tu pueblo, el sostén de los dioses. Goza tu tiempo, aspira el aroma de las flores, regójate con tus mujeres, sigue conquistando tierras y cautivos... Levanta los hombros, recobra tu majestad. Despeja ya la bruma que te envuelve.

Motecuhzoma prometió considerar sus palabras y reflexionar acerca de los temores que lo mantenían postrado. Dos días después, en efecto, apareció en la escalinata principal del Templo Mayor radiante y luminoso como un Sol enardecido. Todos nos alegramos. Sus mujeres y sus hijos fuimos a su encuentro y lo acompañamos hasta sus reales aposentos. Pidió a sus esposas que se quedaran con él y cuando éstas volvieron a reunirse con sus respectivos hijos, lucían una sonrisa de satisfacción y unos colores bermejos en el cuello y en los hombros que delataban el rescoldo de los placeres que nos regala la vida.

Su recuperación, aparente y engañosa, nos fue sumamente grata. Por algunos meses, vivimos de nuevo el éxtasis que propicia el esplendor en todos los órdenes de la vida. Un sentimiento de plenitud que nos arrojaba desde que amanecía hasta que el sol se ponía en el ocaso. Sin embargo, su corazón palpitaba dentro de una jaula hecha con barrotes de zozobra y amargura. Él no podía olvidar que había nacido bajo un signo nefasto, Uno-Ocelotl, y que estaba predestinado a morir como prisionero de guerra; pero no sabía, ni siquiera imaginaba, quién podría vencerlo y someterlo. Supe, por indiscreciones de los servidores que lo rodeaban, que se había vuelto sumamente cruel con nuestros vecinos los tlaxcaltecas, que había convertido en una obsesión la idea de domeñarlos; que, incluso, durante el undécimo mes del año Ochpaniztli, había ofendido a sus propios capitanes, así como a los Caballeros Águila y Caballeros Tigre que comandaban los escuadrones tenochcas, por no haber podido derrotarlos. En lugar de concederles las recompensas y armas honoríficas que siempre les entregaba en persona, había ordenado que se les privase de las insignias y

ornamentos que su valor y entrega merecían. Esto provocó un descontento generalizado y fue la semilla del desprecio que florecería, rabioso, durante los momentos terribles en que ya no tendría voluntad para evitar que su señorío se rompiera en mil añicos.

Nosotras, las mujeres, no estuvimos exentas ni de sus caprichos ni de sus excesos. Nos sujetó a una vida muy austera y nos obligó a vivir en un cautiverio forzoso. Quedamos sujetas a la vigilancia de viejas y parientas o amas criadas en las Casas Nuevas, por ancianos detestables que de día nos guardaban y de noche con lumbres velaban el palacio. Se nos prohibió salir a los jardines y vergeles, a menos que fuésemos acompañadas. Si osábamos salir sin nuestros guardianes, como fue el caso de la pobrecita Ilancueitl, corríamos el riesgo de que nos punzaran los pies con unas espinas de maguey. Cuando salíamos al *calmecac*, al templo o a visitar a nuestras madres o abuelas, íbamos tan honestas que no alzábamos los ojos del suelo y si nos descuidábamos, luego las cuidadoras nos hacían señas para que nos recogiésemos la vista. ¡Újule si no les hacíamos caso!; con ortigas nos castigaban cruelmente o nos daban de pellizcos hasta dejarnos llenas de moretones.

Miauaxóchitl se convirtió en mi aliada. Ella me enseñó algunos artilugios para que yo pudiese sobrellevar la severa vigilancia de mi aya Tzilacayotl-Calabaza lisa, y me dio unas baratijas para que, en caso de necesidad, se las diera y la comprometiera a ser tolerante con mis distracciones.

La aparición de un nuevo presagio funesto vino a romper la monotonía en que mi padre había transformado nuestra existencia. Unos pescadores atraparon en sus redes un pájaro ceniciento como si fuera una grulla y se lo llevaron a Motecuhzoma, que estaba en una sala llamada Tlitlancalmécatl, en la Casa de lo Negro.

El pájaro tenía en la cabeza una diadema redonda con la forma de un espejo redondo muy diáfano, claro y transparente, una como rodaja de huso, en espiral y en rejuego, por la que se veía el cielo, y los mastelejos o *mamalhuaztli*. Cuando Motecuhzoma vio aquellos portentos, consideró que eran muy mal presagio.

Pero cuando atisbó por segunda vez a través de la diadema colocada en la cabeza del pájaro, vio un gran número de personas que venían marchando esparcidas y en escuadrones muy ordenados y aderezados; iban dispuestos para la guerra y peleaban unos contra otros, y los traían a cutas unos como venados.

Ante semejantes visiones tan disformes, mandó llamar a sus agoreros y adivinos que eran tenidos por sabios y les dijo:

—¿No sabéis qué es lo que he visto? Grandes y extrañas cosas a través de la diadema de un pájaro que me han traído por cosa nueva y extraña, jamás otra como ella se ha visto ni cazado, y por la misma diadema que es transparente como un espejo, he visto ¡unas personas que vienen en ordenanza, que están en pie agitándose!

Los adivinos quedaron impresionados con sus palabras. Uno de ellos, queriendo responder a Motecuhzoma pidió permiso para ver el ave. Empero, cuando Motecuhzoma quiso mostrárselas ya había desaparecido, así de improviso, y no

podieron dar ningún juicio ni pronóstico cierto y verdadero.

La reacción del *huey tlatoani* fue demencial. Primero, desesperó por encontrar el pájaro en todos los rincones del palacio y ordenó, a gritos, que se lo trajesen. Sus servidores se dispersaron por todos lados, treparon a los techos y terrazas, buscaron en los jardines y agujajes, escarbaron en las zanjas y en los canales, pero no encontraron nada. Tlilpotonqui y el *petlacácatl*, arriesgaron sus vidas al sumergirse en las aguas de la laguna y penetrar en las profundidades de la caverna de Huitzilopochco, donde brotaba una fuente llamada Huitzilatl y en algunas cuevas ribereñas peligrosas, mas su búsqueda resultó infructuosa.

—¡No puede ser que haya desaparecido! —reclamó encolerizado—. ¿Acaso fue un engaño del dios Huémac que me quiere castigar porque soy soberbio y cruel con mis prójimos? ¿O una artimaña de los adivinos para confundir mi seso y hacerme creer que estoy loco?

Después, ya con la idea fija en su cerebro de que era culpa de los adivinos y agoreros que había llamado para que examinaran el portento, se encarnizó con ellos. Los llamó *naualli*, brujos; los acusó de ser nigrománticos que tenían trato con el demonio y habían usado de maleficios y hechicerías para confundirlo. Luego, sin mayor trámite, los hizo sacrificar con saña y mandó que sus casas fueran arrasadas y sus familias exterminadas.

Cuando mis hermanas y yo lo supimos quedamos consternadas. Nuestro padre se ha vuelto loco, pensamos cada una por su parte, pero no nos atrevimos a decirlo en voz alta. Teníamos miedo y optamos por refugiarnos al amparo de nuestras madres, que tampoco las tenían todas consigo.

Miauaxóchitl, debido quizás a su sabiduría y posición privilegiada, tuvo el coraje para restar importancia al incidente y dirigir mi atención hacia otros menesteres.

Por primera vez, me habló de los cuidados que debería tener con mi aseo personal, de los baños en el *temazcalli*, y del uso de los espejos de obsidiana o de piritita cuidadosamente pulidos por nuestros lapidarios.

—Debes saber, Tecuichpotzin, que los embrean con un betún hecho de estiércol de murciélagos, y los pulen con unas cañas macizas que se llaman *quetzalótlatl*, para que no queden sombras en las orillas y puedas ver toda tu cara, incluyendo tus orejas —me dijo con un guiño de coquetería que nunca antes le había visto.

Luego, se dirigió hacia un cesto enorme, quitó la tapa que lo cubría y comenzó a sacar de su interior unos espejos de dos haces, pulidos por ambas partes; otros de una haz solamente y un par de espejos cóncavos. Todos muy buenos, algunos de piedra blanca y otros de piedra negra. A continuación, me explicó cómo debería usarlos, sobre todo los de piedra blanca que son muy buenos para escarmenar el cabello y ahuyentar los piojos.

—¿Los piojos? —pregunté alarmada para enseguida protestar—. ¡Yo no tengo, madre! Me baño dos o tres veces al día y Tzilacayotl-Calabaza lisa me enjabona el pelo con tanta fuerza que parece que me quiere dejar pelona.

La risa de mi madre se escuchó en el ala del palacio destinada a las esposas del *huey tlatoani* y atrajo la atención de Xocotzin. Ésta llegó a toda prisa. Pocas cosas gustaban tanto a mi hermana como las bromas, los juegos de palabras y reír hasta las lágrimas y con la boca abierta para mostrar a las demás señoras sus dientes pintados de negro o de rojo oscuro; costumbre de las mujeres huastecas y *otomíes* a la que se habían aficionado algunas de las concubinas que pululaban en los palacios de los señores tenochcas. Xocotzin traía en sus manos un pequeño pote de cristal de roca que contenía una sustancia amarilla.

—¡Ah! —exclamó Miauaxóchitl, al advertir el pote—. ¡Mira, pero qué oportuna te has vuelto! —Ambas rieron.

—Xocotzin nos ha traído el unguento llamado *axin* que se usa para tener un tinte amarillo claro, Tecuichpo —añadió para informarme. A continuación, metió su dedo índice en el unguento y comenzó a deslizarlo suavemente por encima de mi rostro. Xocotzin no se quedó quieta e hizo otro tanto. En unos minutos, mi cara quedó teñida y, cuando me miré en un espejo que me tendió mi madre, no pude contener un respingo de admiración. Frente a mí estaban las facciones de una mujer hermosa, tanto que me costó trabajo reconocerme.

—¿Qué me han hecho? —grité dando palmadas.

—Hemos sacado de tu rostro los encantos que enloquecen a los hombres, Tecuichpo —contestó Xocotzin, quien era más atrevida que mi madre.

Ambas suspiraron al unísono y crearon un pequeño interludio de silencio que aprovecharon para intercambiar miradas y decidir en consenso lo que, a continuación, deberían decirme.

—Sólo que, hija mía —intervino Miauaxóchitl—, este afeite, que también puedes hacer con una tierra amarilla que se llama *tecozáuitl*, sólo has de usarlo frente a tu marido o aquí en palacio con nosotras, pero jamás te atrevas a lucirlo en público.

Entre las esposas e hijas de Motecuhzoma el uso de afeites y otros artilugios femeninos forma parte de un juego para entretenernos, a menos que sea tu esposo quien te lo demande. En ese caso, él te dirá qué es lo que le gusta disfrutar en la intimidad.

—¿Pero mientras no me case...? —la interrumpí con curiosidad.

—Mientras te llega el momento, debes lavarte la cara, lavarte las manos, lavarte la boca... —dijo con seriedad—. Mira también, hija, que nunca te acontezca afeitarse la cara o poner colores en ella, por parecer bien, porque esto es señal de mujeres mundanas y carnales; los afeites y los colores son cosas que usan las *aiianime*, mujeres malas y desvergonzadas. Para que tu marido no te aborrezca vístete pulcra, lava tu cuerpo y tus ropas.

Así, mientras yo pensaba en mi desventurada tía Chalchiunenet, Xocotzin lanzó un risita y entrecerró los párpados. Sus ojitos cobraron un brillo avisado.

—Bueno, hermanita, no te tomes las palabras de Miauaxóchitl tan en serio —dijo con picardía.

Miauaxóchitl le propinó un pellizco en el brazo y ella dio un gruñido de satisfacción y levantó la cabeza para lanzar una carcajada.

—Ahora, vamos a peinarte, chiquilla —dijo, una vez que estuvo sosegada.

Dividieron mi cabello por en medio y cada cual tomó la porción que quedaba de su lado. Luego, ayudadas por los peines, lo levantaron sobre mi cabeza, lo trenzaron y formaron dos «capullos» semejantes a pequeños cuernos.

—Algo que nunca debes hacer, Tecuichpo —expresó mi madre mientras sostenía un ganchillo con los dientes—, es mascar *tzictli*, esa resina gomosa que las cortesanas usan para limpiarse los dientes y purificar su aliento.

—¡Es una vulgaridad afrentosa! —soltó Xocotzin sin dejar que terminase—. Esas *auianime*, que tanto gustan a nuestros jóvenes guerreros, lo mascan para llamar la atención. Por ahí las habrás escuchado, suenan las dentelladas como castañetas y mueven las caderas igual que las *pípidas* cuando están en celo.

Las dos se desternillaron de risa. Mi madre estuvo a punto de tragarse el ganchillo y tuvo que escupirlo. Yo me uní a su regocijo y, por un momento, pude olvidar los achaques de mi padre. Mas sólo por un momento.

Otro prodigio funesto, el octavo y último que se dio antes de la aparición de los españoles, vino a perturbar aún más el espíritu de Motecuhzoma y a predisponerlo fatalmente cuando, por fin, tuvo que catar sus engaños y resolver la confusión que él mismo se había creado respecto de su naturaleza.

Resulta que los *macehualtin*, primero, y más tarde algunos jóvenes *pipiltin* vieron deambulando por las riberas del lago y en los pueblos de Xochimilco y Tlahuac dos hombres unidos en un cuerpo, conocidos como Tlacantzolli-hombres estrechados. Y otros vieron dos cabezas procedentes de un solo cuerpo. Como sabían que Motecuhzoma tenía afición por los seres monstruosos o deformes, y que en una de sus muchas casas de placer mantenía varios fenómenos, como albinos, enanos, corcovados y otros seres contrahechos, los atraparon y se los llevaron al Palacio de la Sala Negra para que los viera. Sin embargo, tan pronto como llegaron a su presencia, los Tlacantzolli desaparecieron y se hicieron invisibles. Todas esas señales y otras que, según los adivinos y agoreros, pronosticaban nuestro fin.

Me contó mi madre, quien sorprendió a Tlilpotonqui y a Tayhualcan en un intercambio de confidencias, que éste había dicho que los adivinos, a quienes llamó brujos miserables, clamaban: «¡Ya ha salido Yoaltecutli, Yacauitzli! ¿Qué acontecerá esta noche? ¿Qué fin habrá la noche, próspero o adverso?»; que, luego de hacer una ofrenda de incienso, auguraron que habría de venir el fin y que todo el mundo se habría de acabar y consumir, que sería creada otra nueva gente y vendrían otros nuevos habitantes del mundo, y antes de que Motecuhzoma reaccionara y vengase en ellos el encono putrefacto de sus tribulaciones, habían echado a correr, tristes y despavoridos, para ocultarse en lugares a los que nadie tenía acceso.

Motecuhzoma escuchó a los adivinos con la gravedad de un ídolo de obsidiana. No pestañeó una sola vez. El único indicio de que aún estaba vivo fue el movimiento

de la nuez de su garganta. Luego hizo comparecer a los lapidarios, canteros y albañiles que servían en las Casas Nuevas y les ordenó que esculpiesen su figura, al igual que las de sus antecesores, en el cerro de Chapultepec.

—Si las predicciones son ciertas, quiero conservarme en la memoria de mis amados mexicas —fue la excusa que dio a Tlilpotonqui, para que éste la hiciera del conocimiento de todos los señores principales.

Después dedicó varios meses a la construcción de un nuevo Cuauhxicalli y del *teocalli* de Tlamatzinco. En este lugar, pidió a los dioses que cesaran los presagios e hizo tantos sacrificios que perdió el conocimiento y tuvo que ser recluido en sus aposentos.

Pasaron varias semanas sin que Tlilpotonqui nos permitiera verlo. Tengo la impresión de que el *cihuacóatl* avivaba sus temores para hacerse con las riendas del poder. Con cualesquier pretexto, impedía que mi tío Cuitláhuac hablase con él, y al Señor de Tetzcuco lo traía a vuelta y vuelta. Lo mismo hacía con sus esposas y a mí me echaba unas miradas que me daban pánico.

Cuando al fin pudimos verlo, Motecuhzoma estaba flaco y derregado. Sus ojos opacos y su rostro demacrado. Me dio mucha pena verlo en ese estado. Creo que había llegado a los linderos donde el terror se vuelve costumbre y que sus esperanzas de sobrevivir a los presagios funestos se habían desmoronado, igual que si fuesen cantaritos pisoteados.

Fue bajo esas circunstancias como habló con Miauaxóchitl de la celebración de mi matrimonio.



V

Primera boda

Las volteretas que da la vida pueden ser increíbles. ¿Quién decidió que yo debería casarme con Cuitláhuac? ¿Motecuhzoma con su poder omnímodo o, de acuerdo con nuestras tradiciones, el mismo pretendiente que, entre otras cosas era, ni más ni menos, mi tío carnal? Yo, por supuesto, jamás fui consultada.

El día que Miauaxóchitl me llamó aparte para decirme que ya estaba decidido mi matrimonio con el príncipe Cuitláhuac-Lama de agua, yo pensé que se trataba de una broma.

—¿Cuitláhuac? ¿Te refieres a mi tío o a algún joven *pipiltin* que no conozco, madre? —pregunté con un tono festivo y el candor que correspondía a mi edad, mas sin tomarlo en serio.

—¡Con el hermano de tu padre, Tecuichpo! ¡El Señor de Iztapalapan! —me respondió con una seriedad que no acostumbraba y que, en ese momento, usó a manera de escudo, para ocultar sus sentimientos, porque, eso me quedó claro, no estaba del todo convencida.

—Cuitláhuac... —me quedé refunfuñando y vi su figura larga y delgada, semejante al tronco recio de un ciprés, que destacaba, gracias a su estatura, por encima de los demás; pero, sobre todo, porque ostentaba una personalidad que no podía pasar inadvertida. Luego, qué extraño, llegó a mi olfato el olor de las flores amarillas que se llaman *cozauhqui* y *yexóchitl*, muy apreciadas por los señores principales, y comencé a ventear el aire como si fuese un *ocelotl* a la caza del rastro de un pajarillo.

—¿Qué haces, Tecuichpo? —inquirió Miauaxóchitl cuando, en lugar de que yo hiciese algún comentario, me comportaba con una bestezuela.

—Huelo el olor de mi tío Cuitláhuac, madre. Siempre me ha gustado mucho cómo huele. A limpio, a mañana fresca... Eso no está mal ¿no crees?

Miauaxóchitl esbozó una sonrisa.

—Sí, siempre que viene a visitar a tu padre causa regocijo en todos los que lo rodean. Es un hombre apreciado por todos. No es para menos, hija, su carácter firme y su fuerte voluntad transmiten un sentimiento de seguridad que conforta. Algo que —dijo con tristeza— ya no nos proporciona tu padre. ¡Ah!, y sí, su olor lo hace más atractivo —agregó ruborizándose.

Las últimas palabras de mi madre me provocaron un sacudimiento. Sentí calor en mis mejillas y me sudaron las palmas de las manos. Nunca, hasta ese momento, me

había fijado en la postura de mi tío. Todavía revoloteaba en mi cabeza la imagen de Itzcuin-Hombre de fuego, como única referencia del enamoramiento y el deseo, aunque estos sentimientos sólo se habían materializado en mi ser con un hormigueo que me recorría la espalda cada vez que lo recordaba, y cierta inquietud indefinida que iba de mi corazón a la entrepierna, y que yo resolvía echando a correr entre las flores que adornaban los jardines de mi padre.

Ahora mis emociones tenían que abrir la puerta para instalar en mi corazón una cara nueva, cuyos ojos brillaban con la inteligencia y sabiduría que nuestro dios Quetzacóatl había depositado en ellos, y el cuerpo recio de un hombre, seis años menor que mi padre, que yo había visto comportarse con la desenvoltura de un *achcauhtli*, un príncipe entre los guerreros, cuando se reunía con Motecuhzoma para tratar asuntos del reino; pero también con amabilidad, cariño y alegría en los convivios de nuestra familia.

Miauaxóchitl me miró en silencio. Ella entendía muy bien lo que pasaba en mi espíritu conmocionado que, asaltado por la incertidumbre, hacía el intento de ordenar los fragmentos de innumerables escenas para dar coherencia a los hechos. ¿Cómo conciliar la imagen de un hombre, hecho y derecho, que acaricia la cabecita o el mentón de una niña que le regala una muñeca preciosa de madera que representa a nuestra diosa Xochiquétzal, y le dice: «La mandé hacer para ti, querida sobrina Ichcaxóchitl, porque eres una niña preciosa, el capullo de algodón que a todos alegra», con la escena de esa mujercita, ya convertida en esposa, que intenta complacer —algo que ni siquiera sabía cómo— al mismo hombre que siempre la llamó sobrina?

La cabeza me dio vueltas y me llené de congoja. Cerré los párpados y, al abrirlos, me encontré de frente con mis hermanas Macuilxóchitl-Cinco flor, e Ilancueitl, quienes cuchicheaban con mi madre.

—No te apures *chichicuatzin tonantze*-lechucita, mamacita —dijo para confortarme Macuil, usando una expresión festiva que siempre nos causaba risa—; todas las mujeres tenemos que pasar por eso y creo que tú eres una suertuda. ¡Mira que Cuitláhuac...!

—¡Es un hombre excepcional! —la interrumpió Ilancueitl, con una vehemencia que dejó traslucir su simpatía—. Todo mundo lo quiere y lo respeta. Bravo con los enemigos, justo y buen amigo, dicen de él propios y extraños. Motecuhzoma le tiene un especial afecto y lo prefiere sobre todos sus demás hermanos y valora sus consejos tanto o más que los que le da Tlilpotonqui.

—Además —intervino mi madre— ha demostrado ser un esposo que sabe prodigar cariño y atenciones a su prole. Papatzin Oxomoc lo adora y sus hijos...

—¡Papatzin...! —reaccioné de improviso—. Ella... ¿Está de acuerdo?

—¡Sí! —respondió Miauaxóchitl con los ojos gachos, al reconocer que yo la había cogido en falta—. Tuve que hablar con ella, Tecuichpo, tan pronto como tu padre me comunicó su deseo. Papatzin Oxomoc es una mujer madura que a pesar de

ser texcocana acepta de buen grado nuestras costumbres y no hizo objeción alguna. Al contrario, me dijo que le complacía que fueses tú la elegida para ser la segunda esposa de Cuitláhuac. «Es una muchacha alegre, muy hermosa y, lo que más me agrada es que se entiende muy bien con mis hijas. Serán buenas amigas y, si yo faltó, sé que Tecuichpo no les hará daño», me dijo.

—¿Y él? —pronuncié con un susurro.

Mi pregunta cayó sobre las tres como un manto de neblina que, por unos momentos, las obligó a guardar silencio. Macuilxóchitl e Ilancueitl retrocedieron unos pasos para dejar espacio a mi madre. Ellas nada sabían al respecto y, al igual que yo, tenían una curiosidad irresistible.

—Cuitláhuac no hizo objeción alguna, Tecuichpotzin —contestó Miauaxóchitl—. Al saberlo, se mostró sumamente halagado. El hecho de que Motecuhzoma le haya asegurado que no podía encontrar mejor marido para su hija consentida, que su hermano predilecto, un hombre bueno, religioso y destacado guerrero, lo llenó de orgullo. Además, hija mía, para nadie es un secreto que te has convertido en una mujercita hermosa, muy bien educada, y que has demostrado tu inteligencia y talento cuantas veces ha sido necesario. Cuitláhuac no es ciego y mucho menos insensato. Es un hombre que sabe bien lo que quiere. Su matrimonio contigo le será, por muchas razones, conveniente.

—¡Se va a llevar la gema más bella de la diadema de Motecuhzoma! —exclamó Macuilxóchitl eufórica; lo que le valió un codazo de Ilancueitl en la barriga y el reclamo ante su banalidad—. Bueno —corrigió de inmediato— quise decir que Tecuichpo es modesta y sumisa, virtudes que no abundan y que son muy apreciadas...

—¡Sí, claro! —se entusiasmó Ilancueitl—. Yo he visto cómo se somete a los caprichos de Tzilacayotl-Calabaza lisa, esa ilamatótotl-pájara vieja que le sirve de aya y que la reprende a la menor falta... Además, la sacerdotisa Mapilxóchitl siempre alaba su recogimiento en el templo de Quetzalcóatl, y a nosotras nos consta que es muy hábil para bordar y su buena disposición para ayudar a Miauaxóchitl a mantener el orden y la limpieza de sus aposentos. Tecuichpotzin es, por mucho, una...

—¡Ya basta, querida hermana! —la interrumpí, porque me dio mucha vergüenza que se me alabara con tanta gordura—. Yo sólo soy una mujercita que no ata ni desata. Vaya, ni siquiera sé si podré cumplir con el papel de esposa. Me siento igual que una *xicalpapálotl-mariposa* pintada de diversos colores que apenas ha roto su crisálida y no sabe si podrá volar.

—En tu lugar, yo me sentiría como esos gusanitos blancos que se llaman *quauhocuilin*, que viven dentro de los maderos y que nunca se atreven a asomar la cabecita —bromeó Macuilxóchitl y cubrió su cara con las manos, con lo que nos hizo reír durante un buen rato.

Luego nos ocupamos de algunos preparativos para que el ritual en el que me uniría a Cuitláhuac se llevara a cabo de acuerdo con lo que mandan los dioses.

—Debo decirte, Tecuichpo, que la decisión que tomó tu padre me tomó por sorpresa —dijo mi madre, una vez que mis hermanas, todavía muertas de la risa, salieron de la habitación—. No es lo que yo hubiera deseado para ti, hija. Yo hubiese querido que fueras la primera esposa de un joven *pipiltin* que fuese de tu agrado y del cual estuvieses enamorada; pero, como tú bien sabes, el amor entre las personas de la nobleza es algo secundario, lo que importa es preservar el linaje o crear y fortalecer alianzas entre los señoríos que conforman el imperio. Nosotras somos, por así decirlo, los eslabones de una larga cadena que une los destinos de nuestros familiares y asegura la riqueza y el poder de los *huey tlatoani*, así como la estabilidad de nuestro pueblo.

—¿Quieres decir que mi padre ha ordenado que me case con Cuitláhuac para asegurar su unión, pase lo que pase? ¿Para que nuestra familia se vuelva más fuerte y poderosa? —pregunté con la intención de comprender una situación que estaba por encima de mis entendederas.

—Así lo creo, hija. Motecuhzoma se siente débil, perdido entre la maraña de terrores que los presagios dejaron en su mente. Quiere, a toda costa, contar con la lealtad del único hombre que, desde que eran niños, le ha demostrado admiración y un cariño a toda prueba. Todos sabemos que mientras Cuitláhuac se mantenga a su lado, Motecuhzoma será respetado. Tú, querida Tecuichpotzin, serás la responsable de que esa fidelidad nunca se resquebraje.

—¿Cómo segunda esposa, madre? —inquirí para dejarle ver un moscardón, que revoloteaba en mi cabeza—. No entiendo. Cuitláhuac podrá tomarme como esposa, pero no desposarme de acuerdo con nuestros ritos. Eso ya lo hizo con Papatzin Oxomoc. Ellos anudaron la manta de algodón de Cuitláhuac con la falda delantera del huipil de ella. Eso sólo puede hacerse con la esposa principal y sólo con ella. Yo deberé obedecer a Papatzin en lo que me ordene. Además —agregué con cierto resentimiento—, mis hijos, si es que los tengo, siempre estarán por debajo de los suyos.

Las lágrimas me impidieron continuar. Yo quería tener una boda esplendorosa, como muchas a las que había asistido. Quería ser tratada y admirada de acuerdo con mi rango de princesa. No comprendía que mi padre quisiera darme el rango de una segundona. Yo era su hija predilecta y...

—No te preocupes, Tecuichpo —dijo, entonces, Miauaxóchitl al leer en mi rostro el cúmulo de aflicciones—. Motecuhzoma ha ordenado a Cuitláhuac que tu boda se celebre con la grandeza que merece su hija. Él lo ha aceptado de mil amores...

—¿Y que dijo Papatzin Oxomoc?

—Nada, hija. Para eso me ocupé en hablar con ella; aunque yo ya sabía que lo iba aceptar sin chistar... Nuestra opinión no cuenta. Aquí se hace lo que los varones ordenan... Tendrás en ella una aliada. Cuentas con su afecto. ¡Vas a tener una boda como Xochiquétzal manda...!

—¿Con todo y ceremonia de pedimento?

—¡Sí, aunque será algo inusual! Tu abuela Xochicuéyatl y tu tío Cacamatzin serán los representantes de Cuitláhuac, una vez que las *cihuatlanque*, esas ancianas que sirven de intermediarias, nos visiten para pedirte como esposa del Señor de Iztapalapan...

Las palabras de Miauaxóchitl comenzaron a flotar en el aire. Yo abrí la boca para pronunciar *in imauian in inlauan*-sus tías, sus tíos, y recordar a los padrinos que representan a los contrayentes. Sin ser consciente, comencé a vivir un ensueño en el que las casamenteras, con mucha retórica y mucha palabra se presentaban ante Motecuhzoma y Miauaxóchitl para hacerles la proposición de matrimonio que les habían encomendado los familiares de Cuitláhuac. La escena cobró, en mi imaginación, un tinte grotesco. Las *cihuatlanque*, arrodilladas y sin levantar la vista, temblaban frente a la presencia imponente del *huey tlatoani* de los mexicas, Motecuhzoma Xocoyotzin. Con sus encías desdentadas apenas lograban pronunciar las frases prescritas por el ritual, se confundían y Motecuhzoma las escuchaba aburrido. Al fin, lograron salvar el escollo gracias a la bondad de mi madre, quien les dio el trato venerable que merecían, y a que Tlilpotonqui, que hablaba por mi padre, repitió lo que se acostumbraba y les dijo algo así como: «Creo que se han equivocado, señoras. Nuestra hija es apenas una niña bobalicona y además muy perezosa. No está lista aún para contraer matrimonio. Vengan por aquí otro día».

La escena se repitió cuatro días más tarde. Esta vez, Tlilpotonqui y Miauaxóchitl declamaron al unísono la respuesta prescrita por la fórmula ritual: «Señoras nuestras, esta mozuela las fatiga ya que la buscan inoportunamente para mujer del señor Cuitláhuac. No sabemos cómo se engaña ese señor que la demanda, porque ella no sirve para nada y es una bobilla; pero ya que es tanta la insistencia en este negocio, y como la muchacha tiene tíos y tías, parientes y parientas, será mejor que todos juntos vean lo que les parece, veamos lo que dirán; y también la muchacha debe entender lo que ocurre. Vengan mañana y tendrán la determinación y conclusión de este negocio».

Las casamenteras volvieron al día siguiente y actuaron frente a Motecuhzoma y mi madre con un dramatismo que resultó conmovedor. Una de ellas se tiró de los cabellos y con la mejilla pegada al suelo, clamó: «La noche se embriaga aquí. ¿Por qué te haces el desdeñoso?»; refiriéndose a la actitud ausente de mi padre y al dolor que su desprecio le causaba. Las otras, en cambio, hicieron un coro para recitar: «De donde las flores están enhiestas hemos venido...», para hacer hincapié en el hecho de que habían salido de los célebres jardines del palacio de Cuitláhuac con la encomienda de obtener la anuencia para que él pudiese desposar a Ichcaxóchitl, «ese Capullo de algodón, que vendría a darles realce». Motecuhzoma y Miauaxóchitl quedaron satisfechos con la representación y, mediante palmadas y algunas palabras corteses, les dieron a entender que su petición sería satisfecha. Las *cihuatlanque* fueron recompensadas generosamente por mi padre y partieron felices hacia Iztapalapan, para dar las buenas nuevas.

Luego que las viejas se retiraron acudieron al salón, donde se encontraban mis padres, mis hermanos Axayácatl, Acamapichtli y Tlachahuepan, así como su primera esposa Tayhualcan y todas mis hermanas, para que cada cual diese su opinión acerca de mi matrimonio con el príncipe Cuitláhuac. Por supuesto, ninguno se atrevió a poner en duda la sabia decisión de Motecuhzoma y todos dieron su beneplácito.

A continuación, los servidores del *huey tlatoani* distribuyeron entre los presentes unas vasijas labradas en plata que contenían un *atolli* preparado con granos de amaranto, mezclados con cacao, y mi hermano Axayácatl, rojo de vergüenza, cortado a más no poder, tuvo que recitar un poema dedicado a Omacatl, dios de los convites, para que éste bendijera mi boda y a todos los miembros de nuestro linaje que participarían en ella.

Poco más tarde, llegaron mi abuela Xochicuéyatl y mi tío Cacamatzin para escuchar, en voz de Tlilpotonqui, la decisión de mis padres.

—Señores, los dioses les den mucho descanso; el negocio está concluido, conciértese el día cuando se han de juntar nuestra hija Tecuichpotzin Ichcaxóchitl con nuestro hermano Cuitláhuac.

—Así concluirán las formalidades para concertar tu boda, Tecuichpo —dijo Miauaxóchitl sin ocultar que estaba emocionada y tomándome de las manos.

Yo despierto del ensueño en que estaba sumida. Un delicioso sabor de amaranto tostado, endulzado con miel, impregna mi garganta. Estiro mi cuerpo con satisfacción. Parpadeo. El tiempo juega conmigo. Me arrebató del lado de mi madre y hace con mi mente lo que le viene en gana.

Parpadeo y veo cómo Xochicuéyatl, Cacamatzin, Chimalpopoca y varios parientes ancianos se reúnen con los adivinos para pedirles que señalen uno de los días prósperos para la celebración de la boda. Los adivinos se enfrascan en el estudio del *tonalpohualli*. Recorren con sus ojos los trece números y los veinte nombres. Hacen sus cuentas y sus augurios. Descartan el día Dos-Tochtli porque el conejo es de mala suerte. Discuten si va bien el Cuatro-Cipactli o el Tres-Calli. No se les ve satisfechos. Por fin, seleccionan el Cuatro-Técpatl, Cuatro-Pedernal, porque el décimo signo Ce-Técpatl es feliz a todas luces.

—Los hombres que nacen en este signo son valientes y esforzados en la guerra, venturosos, tal como lo es nuestro señor Cuitláhuac —sentencia el hombre sabio que lleva la voz cantante—. Y las mujeres que en él nacen, son varoniles, hábiles para todo y muy dichosas en adquirir riquezas, tal y como esperamos suceda con Tecuichpotzin, hija de nuestro señor Motecuhzoma.

La fecha está señalada. No me gusta, la verdad sea dicha, que se me considere «varonil», pero no me quejo porque el signo es de muy buen augurio. Prefiero arrimarme a las cocinas del palacio de mi padre, para deambular entre los cientos de sirvientes que se afanan en aparejar las ollas para cocer el maíz y el cacao molido *cacauapinolli*; que comienzan a moler el maíz y lo colocan en los *apatztes*, que son vasijas de boca ancha; que palmean miles de tortillas, las ponen sobre los comales

ardientes, y, una vez cocidas, las colocan en unos cestos primorosos, *tompeates*, *chiquihuites*, hechos con bejuco, palma o corteza de los árboles más aromáticos y finos que pueden encontrarse en nuestras tierras.

Miro los platos que llamamos *molcáxítl* y la boca se me llena de saliva, porque sé que en ellos se van a servir frijoles deliciosos; frutas con caldo de aves; ranas con salsa de chile; pescado blanco, *iztac michi*, con chile y tomate; pescado servido con salsa de pepitas de calabaza molidas, ejotes, raíces de muchas especies como el *camotli*; así como los tamales, que se hacen durante toda una noche, y el día siguiente rellenos con carne de venado, puerco de monte, faisán, codorniz, de los patos que se llaman *canauhtli*, *xómotl*, con gallina de agua, flor de calabaza, con hongo *cuitlacoche*. ¡Los *mollí* que se preparan con la pasta de siete o nueve chiles diferentes mezclada con *octli*, pulque, y a los que se agrega caldo y carne de pavo, que llamamos *uexólotl*! Ya me veo metiendo el dedo en las ollas para, luego, llevarlo a mi boca y probar uno por uno. ¡Humm, las tripas me gruñen como si fuesen *itzcuintli*!

Ya están los vasos que se llaman *zoquitecómátl*, donde se servirá el *octli*, los *atolli* de sabores indescritibles, el cacao perfumado con vainilla, el agua de chía, de flores y hierbas aromáticas. También, no pueden faltar, las cañas de humo que se llaman *yetlali*, para que los señores fumen el tabaco; las pipas de barro cocido, ricamente adornadas, rellenas de una mezcla de tabaco, carbón de leña y liquidámbar. Y, por supuesto, los racimos de flores de mil colores, formas y texturas, traídas expresamente de los jardines de Motecuhzoma y de Cuitláhuac, y colocadas en ánforas o grandes vasijas hechas con metales preciosos, cristal de roca o barro cocido, y pintadas con un primor tal que me movió a recordar el poema que dice:

Yo jades perforo, yo oro moldeo al crisol:

¡Es mi canto!

Engasto esmeraldas...

¡Es mi canto!

Sí, los acontecimientos se suceden con tal rapidez que me traen de cabeza. No sé si voy o vengo. Hoy es el día esperado por todos. Los invitados llegan en pequeños grupos y, en la medida en que encuentran a sus parientes y amigos, ingresan en los salones de una de las alas del palacio de mi padre, donde forman corrillos animados, dispuestos a disfrutar en grande.

Se reparten los vasos que contienen cacao, se les sirve de comer de acuerdo con sus preferencias particulares, y a las señoras se les entregan flores y cañas de perfumes, mismas que reciben con alboroto y alegría. Los viejos y las viejas beben en unos vasos pequeños *octli* o pulque, que se les escancia hasta que su embriaguez es evidente y comienzan a dar voces impertinentes o traspíes mientras rondan alderredor de las mesas donde están servidos infinidad de manjares.

Yo estoy rodeada por Miauaxóchítl y algunas de mis hermanas, absorta en la

contemplación de las caras de los parientes que no conozco, de la riqueza de sus atuendos y de las joyas que cargan sobre sus personas. Nunca había visto juntos tantas *chalchihuites* o esmeraldas; tantas turquesas, perlas y piezas de ámbar o espuma de agua. Los engarces hechos con filigrana de oro y plata son magníficos. Los brazaletes que adornan las muñecas y los antebrazos de los orgullosos Caballeros Águila y Tigre, un alarde de furia convertida en arte.

¿Quién es éste? ¿Quién aquélla?, las preguntas más recurrentes en la punta de mi lengua. Macuilxóchitl reconoce a muchos de los grandes príncipes de los señoríos sujetos al imperio del *huey tlatoani* Motecuhzoma y los nombra con voz pausada para que me quede clara la dignidad de su rango y la importancia que se le da entre quienes tienen un linaje ilustre o controlan las madejas del poder. Mas, también, mi hermana sabe hacer mofa de quienes no le son simpáticos y sabe nombrarlos con apodos que a unas mujeres les causan rubor y a otras las hacen reír hasta perder las ternillas.

—¡Mira, Ilancueitl! —se dirige a nuestra hermana que le sigue la corriente—. Ahí está Chiltecpitl, que quiere decir chile enano o chilillo pequeño y muy acre —dice aflautando la voz, a la vez que señala a un hombre bajo y regordete que en el apodo lleva su fama.

—¡No te rogué que no invitaras a Chichihualxóchitl! —reclama a mi madre—. ¿Qué tiene que hacer Flor de teta en la boda de Tecuichpotzin? ¿No te parece un escándalo? ¡Mira nada más cómo la siguen los ojos de los varones, en especial los de Tlacopopotl-Popote de vara; quien no sabe qué hacer para esconder la largueza de su *tótotl*-virilidad, detrás de su taparrabo!

—¡Eres una *chichimeca*, una salvaje, una culebra *cincóatl*! —la regañan, en broma y riendo a carcajadas las demás mujeres—. Hablas igual que una alcahueta, como el ojo y la oreja del diablo. Además, fíjate en lo que dices delante de Tecuichpotzin. Los oídos de esta niña aún no están preparados para escuchar tus majaderías —la reconvención, entre bromas y veras, de mi madre.

La mañana se me pasa volando. Me doy cuenta de que la tarde ha caído porque me han llevado al *temazcalli*, donde Miauaxóchitl baña mi cuerpo con agua tibia y unos aceites de plantas aromáticas que me causan inquietud y hacen que mis ganas, todavía no sé de qué, queden a flor de piel. Luego, es mi aya, Calabaza lisa, la que se adueña de mi cabello, lo lava, alisa y pule hasta que adquiere un tono azulado. Cuando ya estoy seca, Ilancueitl, quien tiene manos de *amanteca*, de experta en el arte plumario, me coloca sobre una ligerísima capa de un pegamento hecho con hierbas, pequeñas plumas coloradas en los brazos y en las piernas, e infinidad de pétalos de margarita en la cara. A continuación, espolvorean mi pecho, espalda y vientre con un polvo amarillo llamado *tecozáhuil*, me enfundan en un huipil blanco, inmaculado, y me hacen sentar en un petate como estrado, para que todos los viejos que han venido de parte de Cuitláhuac me digan: «Hija mía. Que estás aquí, por ti son honrados los viejos y viejas y vuestros parientes; ya eres del número de las mujeres

ancianas: ya has dejado de ser moza y comienzas a ser vieja; ahora deja ya las mocedades y niñerías».

Su discurso, que obedece estrictamente al ritual, me resulta estrafalario y debo hacer un gran esfuerzo para atar la risa entre mis dientes y no dejarla salir a bocajarro. Miauaxóchitl advierte con el rabillo del ojo lo que me sucede. Se aproxima y me rodea con su brazo. Yo capto su mensaje y guardo compostura. Escucho: «Mira pobrecita, esfuérate, ya te has de apartar de tu padre y madre, mira que no se incline tu corazón más a ellos; ya los has de dejar del todo. Hija nuestra, deseamos que seas bienaventurada y próspera».

Los viejos terminaron con su cháchara y se retiraron unos pasos. En las arrugas de sus caras pude ver que estaban encantados y que esperaban mi respuesta. Quise hablar, tal y como me correspondía, pero un nudo en la garganta se interpuso y no pude más que boquear como un pez fuera del agua. Otra vez, mi madre vino en mi ayuda. Me dio un sopetón en la espalda y las palabras, enmarcadas por las lágrimas que bañaron mis mejillas, surgieron como un canto florido, entonado por un aprendiz o cantante: «Señores míos, personas de estima, me han hecho merced todos los que han venido; ha hecho su corazón benignidad por mi causa; las palabras que me han dicho son cosa preciosa; agradezco mucho el bien que se me ha hecho».

Los ancianos, entonces, me bendijeron y desearon parabienes, a la vez que se iban retirando para volver al convite.

El sol comenzó a ponerse. Las nubes se tiñeron con colores azul pálido y un rosa muy suave hacia el norte de Tenochtitlan, por el rumbo de Tlatelolco. En el poniente, en cambio, los naranjas, dorados y ocres semejaban el rescoldo de un inmenso brasero alderredor del cual hacían fiesta nuestros dioses. La laguna se pintó de azul cobalto. Bandadas de garzas y ánsares *monciños* la atravesaron para arribar a sus nidos dispuestos en los juncales o en las copas de los árboles. Cientos de patos disputaron con sus graznidos los rincones que les daban cobijo. Los canales se transformaron en venas de plata y los edificios de la gran ciudad en pilones de miel quemada coronados por los *teocalli* desde cuyos oratorios, se elevaban hilillos de humo perfumado con incienso.

Yo estaba ensimismada con la belleza del espectáculo. En alguna forma había logrado sustraerme al bullicio de las personas que me rodeaban, afanadas en cumplir al pie de la letra con los cánones que nos regían desde los tiempos del primer emperador azteca, Acamapichtli, y de su mujer legítima Ilancueitl, quien se había esmerado en trasplantar el linaje *tolteca* de Colhuacán para que sus descendientes formaran la estirpe de la nobleza tenochca, así como reclamar para su prole la ascendencia prestigiosa de Quetzacóatl, y establecer muchas de las normas de nuestra convivencia. Mi cuerpo estaba presente, pero mi *tonalli* se hallaba instalada en algún lugar etéreo donde reinaba la complacencia entre los vapores de un ensueño. Una felicidad que nunca había sentido formó una aura luminosa en mi contorno. Comencé a sentir que flotaba sobre un cúmulo de flores hasta que el ajetreo de la presencia de

un tumulto de personas me hizo volver a la Tierra.

—Pasen ustedes, señoras, a esta su casa —escuché que decía mi madre.

—Por ventura seremos causa de temor con nuestro tropel, y es que venimos por nuestra hija, queremos que se vaya con nosotros. —Era la voz de mi abuela Xochicuéyetl, que había llegado rodeada de muchas viejas honradas y matronas que eran parte de la corte del Señor de Iztapalapan.

Miauaxóchitl hizo una reverencia en señal de acatamiento. La secundaron mis hermanas y los demás parientes que nos acompañaban.

Una de mis tías, Huitzilatl-Agua de colibrí, desplegó ante mis ojos una hermosa manta que llamamos *tlilquémitl* y la tendió encima del suelo. Todas las mujeres exclamaron para ponderar la hermosura de las figuras que estaban bordadas en su superficie. Una orla de pájaros pequeñísimos, detallados con una minuciosidad pasmosa, servía de marco para la representación de la diosa Xochiquétzal en el momento de prodigar el amor de todas las flores al príncipe Cuitláhuac y a su joven esposa. «¡Ésa soy yo!», pensé y quedé maravillada.

No me dieron tiempo para más. Macuilxóchitl me tomó de una mano y me condujo al centro de la manta. Ahí, me hizo arrodillar. Después, Huitzilatl tomó las puntas de la manta, las unió y con una fuerza que yo no había sospechado, me levantó en vilo y cargó sobre sus hombros. Huitzilatl dio un par de vueltas por la habitación para significar que ella era la casamentera elegida para conducirme al palacio de Cuitláhuac, mas luego me depositó encima de una litera que ya estaba ahí disponible y que cargarían cuatro de los servidores de mi padre.

Encendieron hachones y salimos rumbo a Iztapalapan. Muchos señores principales, guiados por Tlilpotonqui, iban por delante de la comitiva para hacer saber a los *macehualtin* apiñados a lo largo de la calzada que unía a las dos ciudades, que la princesa Tecuichpotzin iba en camino de ser entregada a quien ya era su esposo. Los parientes rodeaban la litera y arrojaban flores a los que estaban en las calles. Éstos, padres y madres emocionados, decían a sus hijas: «¡Oh bienaventurada moza! ¡Mírala, mírala cual va, bien parece que ha sido obediente con sus padres y ha tomado sus consejos. Esta moza que ahora se casa con esta honra, parece que es bien criada y adoctrinada!», y aprovechaban para darles los consejos que yo me sabía de memoria.

No faltaron los gritos de los niños admirados ante el lujo deslumbrante que nos rodeaba, ni las alabanzas al *huey tlatoani* Motecuhzoma, cuyo nombre era sinónimo de esplendor y de poder entre más de veinte pueblos distintos, y a quien se tenía, entre otras cosas, como encarnación del dios Huitzilopochtli, Colibrí de la izquierda, nuestra deidad más venerada. Al grito de «¡El emperador!», la muchedumbre se aparta y, con los ojos bajos, le arrojan flores y tienden mantas a su paso. Él avanza rodeado de dignatarios, en un derroche de plumas verdes y de joyas de oro.

La comitiva siguió por la calzada que atravesaba el lago, donde había decenas de puestos con comida para recompensar la presencia de las personas de nuestro pueblo

que acudían a vitorearnos, hasta llegar a un punto desde donde pudimos contemplar la ciudad del señor Cuitláhuac. Allá, en lontananza, la residencia real de Iztapalapan, que contenía doce o quince mil casas, se extendía como si fuese un manto bordado con miles de gemas, ya que no había casa, por pequeña y humilde que fuera, donde no estuviera encendida una fogata o al menos un hachón en señal de buena ventura para quienes contraíamos matrimonio.

Llegamos al palacio de Cuitláhuac con gran algarabía, que aumentó con los gritos entusiastas de sus súbditos, preciosamente vestidos y con banderolas de papel de colores blanco y verde en las manos, que estaban diseminados en las plazas y callejuelas que bordeaban a los edificios imponentes de las dependencias donde se reunían los funcionarios al servicio de su pueblo —como el *achcauhcalli*, el *petlacalco*, donde se guardaba el tesoro público; y la sala de los *calpixqui*, que llevaban la cuenta de los tributos— hasta desembocar en el *tecalli* donde estaban los aposentos del *tecuhtli* y su familia.

Ahí me recibió Cuitláhuac y yo sentí que me temblaban las piernas. Acompañado de mi abuela Xochicuéyetl, de mis tíos Cacamatzin, Huitzilihuitl, Chimalpopoca y de algunas matronas distinguidas, abrió los brazos en señal de bienvenida. Luego, me miró fijamente a los ojos y declamó:

—¡Enhorabuena, has llegado a tu casa, Tecuichpotzin!

Una de las matronas llamada Xochicintli-Mazorca florida —la que, lo supe más tarde, se distinguía por tener un lunar bermejo en la cara, que era signo de buen agüero—, se separó del grupo y vino hacia nosotros. Nos tomó de la mano, nos condujo hasta donde crepitaba la leña en un hogar enorme improvisado en la esquina de un espacioso salón construido con piedra y adornado con espesos cortinajes de algodón muy fino de brillantes colores y nos hizo sentar en unos *icpalli* hechos, al igual que las enormes vigas que sostenían el techo del salón, con madera de oloroso cedro rojo. Yo quedé a la mano izquierda de Cuitláhuac, con la mirada clavada en las llamas que bailaban dentro del hogar. No me atreví a mirarlo ni siquiera con el rabillo del ojo. Estaba literalmente acalambrada por una oleada de emociones que quemaban y enfriaban mi cuerpo sin concierto.

La abuela Xochicuéyetl —quien a partir de ese momento también sería mi suegra— se desprendió, entonces, del grupo abigarrado de mujeres que nos rodeaban. Vino hacia mí y me entregó un cofrecillo de plata bruñida que contenía un pequeño tesoro de joyas primorosas. Luego, me hizo levantar y, con un gesto vigoroso que no admitía titubeos, me indicó que me despojase del *huipilli* blanco que llevaba puesto. Por un instante que se me hizo eterno y sumamente embarazoso, quedé desnuda. Empero, ella con la destreza que da la experiencia, no tardó en ceñirme las caderas y las piernas, hasta las pantorrillas, con la tela que usamos a manera de falda y que llamamos *cueitl*. Sin perder tiempo, ajustó la falda a mi cintura por medio de un ceñidor bordado, y me vistió con un hermosísimo *huipilli* de un color azul claro que se llama *texotli*, elaborado con el jugo de unas flores azules que nombramos *matlalli*,

y que, a manera de corpiño, me cubrió el torso y mis pequeños senos.

Un rumor de admiración se extendió por el salón. No era para menos. Mi abuela había escogido prendas hechas con *inichcatl intetechmonequi*, el algodón finísimo y vaporoso tejido por los huastecos con una habilidad insuperable. La falda, teñida de color verde oscuro que se llama *yapalli*, estaba decorada con dibujos que representaban corazones, sobre los que se habían bordado filigranas hechas con perlas sacadas de los mares de occidente. El ceñidor era de color grana, *nocheztli*, que quiere decir sangre de tunas, y se extrae de unos gusanillos llamados cochinillas, tenía enhebrados hilos de oro que destellaban al menor movimiento que hiciese con la cintura. El cuello de mi *huipilli*, alto y largo, no podía ser más hermoso. Xochicuéytl lo había bordado con unas espirales de humo fino llamado *tilliócotl* sobre un fondo amarillo de *xochipalli*, y me daba la apariencia de una garza en el momento de levantar el vuelo.

La admiración de las mujeres devino en entusiasmo. Muchas de ellas me compararon con un ramillete de flores, otras con las aves exóticas de las selvas tropicales y, las más alborotadas, entre ellas mis hermanas Macuilxóchitl y Xocotzin, con la diosa Xochiquétzal. Más aún, cuando mi abuela extrajo del cofre unas orejeras de jade, unos collares de caracolillos de oro y unos brazaletes para los brazos y los tobillos que tenían decenas de cascabeles de oro y plata, y comenzó a colocármelos, los comentarios subieron a un tono en el que la expresión «¡Nunca un *huey tlatoani* tuvo una hija tan hermosa!», puede servir como botón de muestra.

Tocó su turno a Cuitláhuac. Esta vez fue mi madre, quien de haber sido su cuñada trocó su papel en suegra, la encargada de entregar los dones a quien iba a ser mi esposo. Primero cubrió su torso con una túnica de mangas muy cortas que se llama *xicolli*, hecha con algodón teñido de color amarillo y rellena con plumas de pato recién nacido, y se la enlazó por el frente con unos cordones eslabonados con oro y *chalchihuites*. Después le anudó al cuello una hermosa *tilmatli* de color azul oscuro y decorada con figuras de rombos y cuadros elaborados con laminillas de oro y plata, y orlada con una cenefa de piel de tigre. Luego, le ofreció un precioso *maxtle* o taparrabos hecho con algodón de color grana y adornado con piedras preciosas y... ¡Yo cerré los ojos por instinto!

Las risas discretas de las mujeres me hicieron abrirlos. ¡Qué susto me dio en ese momento! Imaginé una escena que, uh, no me atrevo a describir; pero que, para mi alivio, se resolvió con decoro. Miauaxóchitl, conocedora del ritual, lo había dejado a los pies del Señor de Iztapalapan, quien, hasta entonces lo advertí, calzaba unas sandalias hechas con piel de venado y bordadas con hilo de oro y jades de color profundo.

De pronto, se creó un mutismo general entre los asistentes que me produjo un sentimiento de angustia hartamente desagradable. Habíamos llegado a un momento crucial de la ceremonia. De acuerdo con la tradición y nuestras normas, el acto donde se anudan la manta o *tilmatli* del novio con el *huipilli* de la novia, sólo puede hacerse

una sola vez en la vida y con la primera esposa. Yo tenía la certeza, creo que compartida por todos, de que en mi caso procedía obviar ese acto y pasar a lo siguiente. Sin embargo, a nadie se le ocurrió que mi padre, con los desajustes emocionales que padecía, iba a violentar el curso de los acontecimientos.

Cuando al son cavernoso de los caracoles, al ruido seco de los atabales y al estrépito ronco de las trompetas, de pronto apareció el emperador, Motecuhzoma Xocoyotzin, resplandeciente de oro, enhiesto bajo la diadema de oro y turquesas, rodeado por el esplendor de las plumas verdes que llevaba en su penacho, nadie pudo dejar de ver en él al elegido del dios Tezcatlipoca, al soberano del mundo y todos, sin excepción, entendimos que él ordenaba que su hija Tecuichpotzin, su adorada Ichcaxóchitl, y su hermano Cuitláhuac...

Fue tal el peso de su poder que, sin dudar, las casamenteras, se apresuraron a atar la manta de Cuitláhuac con una punta de mi *huipilli*. Un suspiro, el aleteo del Colibrí de la izquierda. Nadie movió un párpado o se atrevió a respirar. Conocíamos de sobra los arrebatos de cólera del emperador y sus funestas consecuencias. Me sonrió y se retiró rodeado por los *huey tlatoani* de Tetzcuco y Tlacopan, y otros muchos señores. Y mientras lo hacía, me pareció escuchar, procedente de los confines del palacio, un sollozo, breve mas significativo, de Papatzin Oxomoc. Nadie más lo percibió y quedó oculto entre los pliegues de una leve indiferencia.

Xochicuéyetl, como si nada hubiera sucedido, se aproximó y me lavó la boca. A continuación, puso junto a mí un plato de madera en el que estaban servidos unos tamales y un plato de *molli* compuesto con hierbas que tienen la virtud de conservar en calma los arrebatos del cuerpo. Me dio de comer cuatro bocados y, después, dio otros cuatro a Cuitláhuac. Fueron los primeros que compartimos ya como marido y mujer, y, la verdad, me parecieron sabrosísimos.

Terminé de masticar el último bocado y volteé mi cara hacia el rostro de Cuitláhuac, quien, sonriente, miraba cómo nuestros invitados se disponían para ejecutar los bailes alusivos al amor entre los cónyuges y el placer que deriva de las caricias que deben prodigarse. Nunca lo había visto con semejante apostura. Había rejuvenecido y sus ojos, negros como la obsidiana, brillaban con un tono azul cobalto que tenía el efecto de afilar la punta de su nariz y adelgazar sus labios. Su cara, para mí un regalo esculpido en bronce, tenía la majestad del relámpago que divide el horizonte, capaz de penetrar en mi ser para hacerse dueño de mi corazón.

Tronó el *teponaztli*, el tambor de madera de dos sonidos, y a su llamado las mujeres dieron un paso adelante hasta formar una columna larga, nerviosa, que semejava un conjunto de aves multicolores gracias a los atuendos y los adornos de plumas que no hacían más que resaltar la hermosura de las ejecutantes. Macuilxóchitl, Ilancueitl, Acatlxouhqui y mis otras hermanas levantaron los brazos y movieron las palmas de sus manos, mientras los sonidos de las flautas, los silbatos y las caracolas creaban un ritmo cadencioso y obsecuente para que sus pies se deslizaran sobre el suelo. Las demás mujeres formaron un coro. Sus dulces voces

cantaron:

*La rosa amarilla se ha abierto,
ella, nuestra madre, pintada en la cara con la
piel de muslo de la diosa,
vino de Tamoanchan...*

Las danzantes ondularon su cuerpo y circularon entre ellas. Se tocaron con los dedos al pasar. Se miraron con los ojos ardientes y sonrieron con los labios inflamados. Sentí cómo mi cuerpo estaba a punto de incendiarse.

Dos casamenteras llegaron hasta el sitio que ocupábamos. Nos tomaron por las manos, nos condujeron hasta una cámara provista con esteras e incensarios y, sin decir palabra, nos metieron, cerraron las puertas y nos dejaron solos.

Yo creí desfallecer. No sabía siquiera cómo llamar a mi marido, si por su nombre o por el de su dignidad. ¿Cuitláhuac o Señor de Iztapalapan? Él advirtió mi turbación, que, después me confesó, superaba a la suya, me tomó de una mano y me hizo recostarme sobre una de las esteras.

—He dejado de ser tu tío, Tecuichpo —dijo con una voz que sonaba igual que el agua rodada sobre un lecho de guijarros—, para convertirme en tu esposo. Pero no temas por mis arrebatos. Estoy consciente de que eres apenas una muchachita y que debo esperar a que tus humores maduren para enlazarme contigo. Ese día llegará. Tú misma lo sabrás y, entonces, me llamarás a tu lado para que suceda...

No terminó la frase. Dio por sentado que yo sabía de qué me hablaba, aunque si me lo hubiera preguntado en ese instante, yo me habría echado a llorar y a suplicar por el auxilio de mi madre. Afortunadamente, no sucedió así.

Cuitláhuac esperó un momento para que yo asimilara sus palabras y, después, me invitó a que oráramos a nuestros dioses para que bendijeran nuestra unión y la vida en pareja que recién comenzábamos.

Permanecimos en la cámara durante cuatro días sin consumir el matrimonio, tal y como lo prescribían nuestras tradiciones. Afuera, las viejas casamenteras llamadas *titici*, guardaban la puerta. Allí permanecían durante día y noche y sólo se movían para beber unos pocillos con *atolli* endulzado con cacao y vainilla o para comer los tamales que les hacían llegar Miauaxóchitl y Xochicuéyetl, junto con otros manjares. Sólo se nos permitía salir a mediodía y a medianoche para ofrendar incienso en el altar familiar que Cuitláhuac tenía dispuesto en una cámara contigua, de suerte que nadie pudiese vernos o hablar con nosotros. Desde la primera noche, decidimos dormir juntos en la misma estera o *pétatl*.

—Quiero que nuestros cuerpos se conozcan, Tecuichpo —me dijo con un tono en el que no había una doble intención—. La intimidad de una pareja como la nuestra, bajo circunstancias tan peculiares, debe construirse a partir de pequeños acercamientos donde impere el respeto, mas también la ternura. El apetito de nuestra

carne deberá florecer y ser satisfecho hasta que nuestras *tonalli* lo exijan. Además, nuestro *pétatl* deberá servir para fines rituales.

Yo apenas comprendía las cosas que decía mi esposo. Todo lo que me había enseñado mi madre se me había borrado de la mente como por ensalmo. Así que hice como él me ordenaba. Sí, ahora puedo revelarlo, esas noches a su lado, en las que respiraba su aliento y mi piel sentía su calor que se traducía en deseo, fueron para mí un tormento, sobre todo cuando sus piernas o sus brazos me cubrían y yo tenía que meter mis manos en la boca para que mis gemidos no salieran a flote y él no se percatara de lo que me sucedía.

Al fin, llegó el quinto día. Las viejas *titici* entraron a la cámara como un vendaval. Tomaron el *pétatl* entre sus manos y lo sacaron a un patio donde ya estaban reunidos de nueva cuenta todos nuestros invitados. Ahí, lo examinaron como si quisieran encontrar las huellas de alguna trasgresión a nuestras costumbres y, al no encontrar nada, lo sacudieron con cierta ceremonia.

Todos los presentes se veían contentos y satisfechos, tanto con la boda como con nuestro casto comportamiento. Algunos rieron y otros hicieron bromas entre sí, con un registro que sólo ellos pudiesen escuchar. Muchos se congratularon de lo que habían comido y bebido durante esos cuatro días y no dejaban de alabar a Motecuhzoma por la prodigalidad con que los había tratado, ya que les había obsequiado pipas y horquillas de oro; y no sólo eso, sino que mi padre abrió los graneros reales y había regalado maíz, el divino *centli*, y muchas cargas de frijol de todos colores a los cuatro barrios de Tenochtitlan. También ordenó que se colocaran puestos de comida a lo largo de la calzada que unía a ésta con Iztapalapan, así como que se construyeran arcos de flores sobre todos los canales.

Después, las casamenteras volvieron a colocar el *pétatl* en la cámara y lo juntaron con otro. En medio, desparramaron infinidad de plumas blancas y un trozo enorme de jade, «para significar que nos deseaban una vasta prole, ya que los hijos siempre eran considerados plumas ricas y piedras preciosas».

Más adelante, se nos condujo a un *temazcalli* para que nos bañáramos juntos. Un sacerdote vino a rociarnos con agua tomada del *teocalli* del dios de la lluvia Tláloc y nos dio su bendición. Ahí, entre el vapor perfumado que exhalaba el agua caliente — esto es un secreto nunca revelado—, vi por primera vez el *tótotl* de mi marido y supe que Xochiquétzal me había hecho una merced enorme.

Con mucha pena de mi parte, tuvimos que salir del baño para que las *cihuatlanque* engalanaran mi cabeza con las plumas blancas tomadas de la cola de un ave que se llama *ayoquan*, que vive en las montañas de Michuacan, y es sumamente rara y difícil de prender. Luego cubrieron mis piernas y brazos con plumas *tzinitzcan*, hermosas y resplandecientes, de pájaro *quezalli* y de otros como el *xochitenácal* y el *quetzaltótotl*, hasta que las ancianas estuvieron conformes con mi apariencia, que no debía desmerecer frente a mi primer atuendo.

Una vez que terminaron de acicalarme, Cuitláhuac y yo fuimos presentados ante

nuestros padres, para que éstos nos bendijeran cuatro veces con agua y cuatro veces con *octli*. Motecuhzoma lo hizo con doble orgullo, uno por ser mi padre y otro por ser el representante de Axayácatl, mi abuelo fallecido y padre de Cuitláhuac. Acto seguido, Motecuhzoma, a través de su voz Tlilpotonqui, ordenó que se entregasen *acayetes* o cañas de oro y jade llenas de tabaco a los señores principales y nuevos regalos a todos los invitados. Entonces, Xochicuéyetl los conminó a que continuaran disfrutando del festín. Muchos hombres y mujeres comenzaron a bailar en círculo con una cadencia lenta. Cada vez que completaban una vuelta, daban unas cuantas palmadas y reanudaban el baile, pero en sentido contrario. Así lo hicieron cinco veces, hasta que un golpe de *huehuetl* o tambor vertical los obligó a detenerse para dar paso a Motecuhzoma, quien se situó en el centro y, con un gesto, dio su autorización para que se iniciara el baile llamado *netotetiztli*, la danza del regocijo y el placer.

Hacía mucho tiempo que no se le veía tan contento. Sus piernas pisaban con firmeza el suelo y, de vez en vez, lo impulsaban para dar una voltereta en el aire que él acentuaba con el sonido de los cascabeles que pendían de sus tobillos. Todos los presentes alababan su destreza mediante exclamaciones de admiración y él sonreía, sonreía para transformarse en el Sol que todos añorábamos.

La boda llegó a su fin y los convidados comenzaron a retirarse hacia sus respectivas casas o palacios. Mientras ellos se marchaban, Xochicuéyetl y otras viejas parientas de Cuitláhuac me decían:

—Hija mía, tus madres que aquí estamos y tus padres te quieren consolar; esfuérzate hija, no te aflijas por la carga del casamiento que tomas a cutas; por ventura llegarás a la cumbre sin ningún impedimento ni fatigas. Toma estas cinco mantas que te da tu marido, para que con ellas trates en el mercado y con ellas compres el *chilli*, la sal las teas y la leña con que has de guisar la comida. Seas bienaventurada y próspera como deseamos.

A su vez, Miauaxóchitl, sólo para cumplir con el ritual, porque en su caso era ocioso, decía a Cuitláhuac:

—Aquí estás, hijo mío, que eres nuestro tigre y nuestra águila, nuestra pluma rica y nuestra piedra preciosa, ya eres nuestro hijo muy tiernamente amado. Otra manera de vivir has tomado diferente de la que has tenido hasta ahora; ya eres del estado de los casados, que es *tlapaliui*...

Y así estuvimos hasta que sus voces se extinguieron y comenzamos a quedarnos solos en un espacio que yo imaginé abierto, libre, exuberante, cuyos horizontes sólo podrían ser limitados por nuestra voluntad o nuestras respectivas carencias.

Cuitláhuac, entonces, me tomó de la mano y me condujo al interior de su palacio. Yo lo seguí alelada, con la esperanza de que sucediera eso que deseaba con todos mis sentidos. La sangre me hervía y el corazón me daba tumbos. Estaba igual que una *cacalotel*, una piedra de cuervo, lista para estallar tan pronto como él me envolviese con el fuego de su pasión. Sin embargo, él no hizo intento alguno para transportarme

a la cámara o insinuarse en la dirección que yo esperaba. Se estuvo quieto a mi lado en uno de sus inmensos salones.

—Espera, Tecuichpo —me dijo con un susurro.

Yo comencé a sufrir por la incertidumbre en que me encontraba y a hacerme una serie de preguntas para las que no tenía respuesta. ¿Qué es lo que espera? ¿Será que no le gusto? ¿Acaso le parezco poca cosa? ¿Me considera una obligación de Estado? ¿Soy tan niña que...?

El tiempo trascurrió con una cruel lentitud. Cuitláhuac apenas y me dirigía la mirada. Se veía preocupado y con la mente en otra parte.

Papatzin Oxomoc se aproximó a nosotros con tanta discreción que ni siquiera escuché sus pasos. La vi hasta que estuvo al lado de Cuitláhuac y mi corazón dio un vuelco. Estuve a punto de volver el estómago, de vomitar una protesta que se quedó atorada en mi garganta. Ella me sonrió y yo comprendí al instante lo que significaba la palabra «espera» que mi flamante esposo había balbuceado. Quedé transformada en una piedra, una roca de *xoxouhquitécpatl* o *tecélic*, como la llaman los lapidarios, de apariencia dura, pero blanda de labrar. Sí, recia en mi semblante, mas con la *tonalli* hecha pedazos.

—No penes. No te preocupes —dijo ella con una entonación sosegada, como si me hubiese leído la mente—. Debes esperar a que tu cuerpo esté listo, a que tus entrañas adquieran la elasticidad que necesitan para que puedas disfrutar del cuerpo de tu marido. No es recomendable que sufras dolor la primera vez, si puedes evitarlo. Yo te prepararé para recibirlo. Yo te enseñaré a gozar con plenitud, para que cuando él te solicite acudas con alegría y te entregues sin tapujos, sin miedo a su varonía.

Sus palabras penetraron en mi mente como si fuera un vapor perfumado. En la medida en que me hablaba, al tiempo que acariciaba mi rostro, mi cabello, yo fui adquiriendo la fuerza para soportar la espera, el tiempo que se me pidiese. Cuánta razón tuvo mi madre al hablar con ella antes de celebrarse la boda, pensé. Las dudas se disiparon. Papatzin Oxomoc sería mi amiga, más que eso, sería mi cómplice y consejera.

Cuitláhuac respiró con alivio al ver como se transformaba mi rostro, como adquiriría el brillo de una esmeralda dispuesta a ser labrada por las manos de una mujer más experta aún que esos artesanos de lujo que llamamos *toltecas*. Quedé, así, bajo la tutela de Papatzin Oxomoc, princesa de Tetzcuco y nieta de Netzahualcóyotl.

Como primera providencia para que me adaptara a mi nueva condición y me sintiera protegida, Papatzin me hospedó en los aposentos destinados a las esposas del Señor de Iztapalapan y me dotó con un petate de juncia blanca muy delicado y hermoso para que durmiese a su lado. Me proveyó de todo lo necesario para mi aseo en el *temazcalli* y ordenó a todas sus sirvientas que me atendieran con amor y diligencia, aun en mis caprichos más extravagantes, de suerte que no me faltase nada y mi existencia fuera tan feliz como la que ella disfrutaba desde que se había convertido en la primera esposa del *Cuauhtlocelotl*, Águila-tigre, servidor del Sol.

Aunque separada de Miauaxóchitl y mis hermanas, mi vida no cambió mucho al principio. Cuitláhuac era un señor sumamente ocupado y yo tenía pocas oportunidades de verlo y menos aún de hablar con él. Continué, por tanto, con mis ocupaciones habituales en el *calmecac* y en el *teocalli* de Quetzalcóatl, que sólo se veían alteradas cuando Papatzin me hacía algunas recomendaciones destinadas a dirigir a los *calpixqui* que servían en el palacio o me pedía que supervisara las compras que nuestros sirvientes habían hecho en el tianguis o la preparación de los alimentos que comía Cuitláhuac, quien, por cierto, no era menos sibarita que mi padre y tenía un gusto exquisito.

—Quiero rogarte que te hagas cargo de uno de los jardines de nuestro esposo, Tecuichpo —me dijo Papatzin, varios meses más tarde, con una voz cristalina que no podía esconder una sorpresa agradable—. Me lo ha pedido Cuitláhuac como un favor especial. Creo que te tiene reservado un obsequio para gratificar tu paciencia y el esmero que pones en sus cosas.

—¿Un patio florido? —pregunté un tanto cortada, porque yo sabía muy bien que los jardines y las sementeras donde se sembraban las semillas de las plantas que daban flores ornamentales sólo se cultivaban para el placer del *huey tlatoani*, como era el caso de mi padre, y únicamente por excepción y con su permiso para algunos príncipes de su familia.

—¡Un *xochichincalli*, Tecuichpo! —recalcó Papatzin con entusiasmo—. Nuestro esposo y señor es uno de los pocos príncipes que gozan de ese privilegio. ¡Sus jardines son famosos! En ellos solamente se cultivan flores y plantas medicinales... ¡Debes verlos de inmediato! —dijo con un tono perentorio que no admitía dilación y que me obligó a seguirla.

En un santiamén cruzamos las casas que conformaban los aposentos del Señor de Iztapalapan, así como muchos pasillos y corredores que atravesaban las dependencias oficiales del palacio y salimos al campo abierto. Los jardines cubrían una inmensa extensión de terreno: estaban divididos en cuadrados regulares y las sendas que los interceptaban tenían por ambos lados enrejados cubiertos de flores y aromáticos arbustos que impregnaban el aire con sus perfumes. Los jardines estaban adornados con árboles frutales, traídos de lugares distantes. Muchos acueductos y canales conducían el agua en todas direcciones. Los jardines estaban cortados por un canal que se comunicaba con el lago de Tetzcuco, y de un ancho suficiente para que pudieran entrar las canoas que venían de este último. Papatzin, que los conocía como la palma de su mano, tomó una vereda perfectamente trazada y cubierta con una capa gruesa de polvo de tezontle rojo y avanzó hasta una pequeña reja hecha con troncos de abeto que pasaba casi inadvertida entre la exuberancia del follaje.

—Éste es el jardín donde se cultivan las flores reservadas para los nobles y los guerreros destacados —apuntó una vez que cruzamos la verja—. Nadie que no sea señor o carezca del permiso de Cuitláhuac puede tocarlas, so pena de muerte, Tecuichpo —añadió.

Caminamos con mucho tiento entre los arriates bellamente contruidos por los *xochimanque*, los que manejan o manipulan la flor, procurando no pisar afuera del sendero y maltratar alguna planta. Papatzin miraba hacia ambos lados como si buscara una flor determinada. Al fin, se detuvo y señaló un *auaquáuitl* o roble añoso, sobre cuya arrugada corteza pendían unas plantas de un color verde esmeralda, que mostraban unas flores de pétalos carnosos y amarillos, manchados con gotas bermejas. En su centro había una protuberancia muy semejante a la mandíbula abierta de un pez, de la que colgaba una pequeña papada.

—¡Es de una belleza exquisita! —dije con admiración.

—Es una *coatzontecoxóchitl* o cabeza u ombligo de serpiente, Tecuichpo —me ilustró al momento—. Huélela desde un palmo de distancia; pero no la toques.

La flor olía igual que una azucena impregnada de rocío. Se lo comenté y ella me explicó que esa flor era muy buscada y apreciada por los príncipes a causa de su hermosura y elegancia.

A continuación, Papatzin me pidió que me abstudiese de oler el centro de las flores, ya que estaba reservado para el dios Tezcatlipoca.

—Lo puedes hacer después de que se hayan hecho las ofrendas con las primeras flores del año durante el tercer mes pero no antes porque te arriesgas a un castigo sumamente cruel que, te lo digo con amor de madre, no te deseo.

La advertencia de Papatzin me hizo saltar hacia atrás para alejarme de unas flores de *teotlaquilin* que teníamos por delante y que habían llamado mi atención debido a su color sangre quemada.

Papatzin rió con estruendo.

—No te lo tomes tan en serio, niña —acotó—. Ahora estamos solas y no corremos peligro.

La mañana estaba radiante. Los rayos del sol se colaban entre el follaje de la fronda de los árboles y se convertían en un polvillo alegre sobre el que volaban algunos insectos y pequeños abejorros que nos distraían con sus zumbidos.

Llegamos hasta donde cruzaba una acequia y nos detuvimos para tomar agua con las manos y beberla. Habíamos llegado a un jardín sembrado con magnolias, nardos y racimos de *yauhtli*. El aroma que se desprendía de las flores era como para provocar mareos. Papatzin me explicó cómo el *yauhtli* se esparcía pulverizado a los pies de los dioses o se ponía en el rostro de los sacrificados.

—Porque tú sabes que nuestras flores están relacionadas con tres dioses principales...

—¡Sí! —la interrumpí—: Lo aprendí en el *calmecac*. Están vinculadas con Macuilxóchitl, Xochipilli y Xochiquétzal —dije de corrido—; nuestras deidades de los juegos, la primavera, las flores, el amor, la música y la danza...

—¡Para, para! —gritó—. ¡Discúlpame, soy una tonta! Es que te ves tan pequeña, que se me olvida que ya eres una mujercita. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

Yo me puse colorada. Entre mi madre y mis hermanas no acostumbrábamos ser tan cariñosas. Pero se lo devolví enseguida.

Continuamos nuestra visita tomadas de la mano. Papatzin era una experta en flores y se sabía todos los nombres, sus cualidades y para qué servían.

—Todo esto lo aprendí de Cuitláhuac, Tecuichpo. Cuando nos casamos él tenía mucho tiempo y empleó gran parte de éste y una cantidad enorme de sus rentas en su cuidado. Yo lo acompañaba muchas veces, sobre todo antes de que nacieran mis hijos.

Yo sentí celos, no puedo ocultarlo, de lo que ella me contaba; pero hice un gran esfuerzo para que no lo notara y, más pronto de lo que podía prever, me vi recompensada.

—¡Ahí está! —dijo de pronto—. Ése es el jardín que llevará tu nombre. El jardín de Tecuichpotzin, cultivado con tus manos. Cuitláhuac te lo regala como una muestra del amor que te tiene.

Quedé boquiabierta y más que sorprendida. Dos pensamientos se trenzaron en mi mente antes de que pudiera discernir lo que me sucedía. Por un lado, pensé en la paradoja de que fuese Papatzin, la primera esposa, la encargada de darme ese magnífico regalo. Por el otro, me dije ¿*Campa nicultz tectli ahuiacaxochitl*? ¿Dónde tomaré hermosas, fragantes flores, para sembrar en este lugar, que debo transformar en un vergel? Y me solté llorando.

La felicidad, la alegría me acompañaron durante todos los meses subsiguientes. Cada día, desde el amanecer, acudía a mi jardín acompañada de varios *xochimanque* provistos de su *coa* y otras herramientas menudas, y nos enfrascábamos en la tarea de abrir los cepos para sembrar los árboles o preparábamos los arriates de las flores o abríamos uno que otro canal de riego, y así hasta que el ocaso nos hacía volver al palacio. Cada día bendije la suerte que me había deparado a Papatzin como amiga.

Una vez que el terreno estuvo dispuesto y perfectamente abonado con polvo de hojas de tabaco y jugo tomado de otras yerbas como la *tlalmizquitl*, que sirven para enriquecer la tierra y ahuyentar los insectos, procedimos a sembrar, en cada uno de los lados que formaban el cuadrado, una hilera con pencas de *nopalli*, que tiene la virtud de reproducirse con mucha facilidad y crear con sus hojas duras, vigorosas y espinadas, una valla impenetrable que impide la entrada de los animales que se comen los brotes de las plantas cultivadas. Después, trazamos en el centro del terreno un círculo de tamaño considerable, dentro del cual sembramos brotes de maguey como ofrenda especial a Mayahuel, diosa del pulque, para que nos fuese propicia y nos bendijese con abundancia y buenas cosechas. Sin embargo, esta planta sólo la sembramos para adornar el jardín, ya que todos sabíamos que consumir el zumo acumulado dentro de sus pencas, el aguamiel, estaba rigurosamente prohibido. Sólo se permitía beberlo a los ancianos y en circunstancias especiales.

—Ten cuidado con esa planta, Tecuichpo —me advirtió Papatzin cuando vio la magueyera—. Deja crecer el *quiote* para que éste se alimente del jugo sagrado y no

pueda ser fermentado. Cuando florezca quítale los capullos y envíalos a la cocina del palacio para que los cocinen. ¡Es un platillo delicioso y a Cuitláhuac le encanta!

De momento, no comprendí su consejo. Yo había visto en el palacio de Motecuhzoma unas vasijas que contenían *matlaloctli*, un pulque de color azul que se usaba en algunas ofrendas, y otras con *metzolli*, un pulque hecho con *mechal* molido que guardaban para los abuelos y las abuelas, y nadie, ni mi madre ni mis hermanas, me habían prevenido en su contra.

—No lo hicieron porque eras muy pequeña y no venía al caso, Tecuichpo. Sin embargo, yo sí he escuchado discursos de tu padre en los que, al dirigirse a nuestro pueblo, ha dicho: «Éste es el vino que se llama *octli*, que es raíz y principio de todo mal y de toda perdición; porque este *octli* y esta borrachería es causa de toda discordia y disensión, y de todas revueltas y desasosiegos de los pueblos y reinos; es como un torbellino que todo lo revuelve y desbarata; es como una tempestad infernal, que trae consigo todos los males juntos. De esta borrachera proceden todos los adulterios, estupro y corrupción de vírgenes y violencia de parientes y afines; de esta borrachería proceden los hurtos y robos, y latrocinios y violencias; también proceden las maldiciones y falsos testimonios, y murmuraciones y distracciones, y las vocerías, riñas y gritas; todas estas cosas causa el *octli* y la borrachería»; y por ello te prevengo. ¡Ni se te ocurra obtener el pulque!

Entendí perfectamente su mensaje. Me quedó muy claro que esa bebida es mucho peor que los demonios que deambulan en Chiconammictlan, el noveno recinto de los muertos. Más cuando agregó:

—La embriaguez se castiga con una muerte horrible, Tecuichpo. A los borrachos se les mata, ante todo el pueblo, golpeándoles la nuca con un bastón —temerosa, estuve a punto de hacer quitar las pencas. Empero, ella me detuvo con unas frases plenas de sensibilidad:

—¡Déjalas, niña, son tan hermosas! ¡No me imagino el paisaje del Anáhuac sin su presencia! —así lo hice.

A partir del círculo que contenía la magueyera, trazamos líneas hacia los cuatro puntos cardinales y dividimos los espacios, con el objeto de definir las parcelas que íbamos a sembrar con flores. En cada una de las divisiones plantamos flores de colores diferentes para crear un contraste que fuese, a la vez, armónico y atractivo. Junto a un seto de *cacaloxóchitl* o flor del cuervo, de color lila intenso, colocamos plantas de *xicamaxóchitl* o dalias de un anaranjado luminoso. A un lado de los arriates de *cempoalxóchitl* o flor de muerto, hicimos setos de *teocuitlaxóchitl*, flor de estiércol de dios, de colores oro y plata que contrastaban con el amarillo radiante de sus compañeras; y así, hasta que el jardín se transformó en un vergel y pudimos cantar *xochitica tontlatacuiloa in Ipalnemoani, cuicatica tocantlapalaqui in nenemiz tlalticpac*, con flores pintas, dador de la vida, con cantos das color a los que han de vivir en la Tierra.

Llegó, al fin, un día que esperaba con ansias. En el séptimo mes o Tecuilhuitontli,

en la pequeña fiesta de los señores, éstos no salían de sus casas o palacios, y no atendían ningún asunto. Se dedicaban sólo a estar sentados, rodeados de flores que ofrecían a sus amigos. Las mujeres, por nuestra parte, bailábamos con cuerdas adornadas con flores.

Desde muy temprano, acudí al salón predilecto de Cuitláhuac. Me presenté acompañada por los jardineros que, bajo mis órdenes, cultivaban mi jardín. Éstos cargaban en sus brazos o sobre sus espaldas, asidos de un *mecapal* que apoyaban en la frente, enormes ramilletes de flores de todas las formas y colores imaginables, mismos que entregaron a los *calpixqui* para que los colocaran en las tinajas o cubas de agua y en las enormes bateas de madera dispuestas para tal propósito.

Poco a poco, el salón se fue transformando con el brillo que surgía de las corolas y con la música que exhalaban los colores de los pétalos, hasta convertirse en un pequeño edén destinado a complacer los sentidos más exigentes, en especial los del Señor de Iztapalapan. Las flores de chapiz grande y cola de caballo, flor de tigre, jícama de monte, flor de mayo, nardo, dalia, y junco chico, que siempre han sido muy apreciadas por los señores principales, fueron enlazadas con mecates muy delgados para formar coronas y guirnaldas que serían ofrecidas, en señal de respeto y como expresión de grandeza, a los *tecuhtli*, así como a los *calpullec* o jefes de *calpulli* y a otros nobles que acudiesen a visitar a nuestro señor Cuitláhuac.

La colocación de las flores es un arte. Aquiztli, el *calpixque* encargado de dirigir esta tarea, me enseñó sobre la marcha cómo debe hacerse para que los colores no rivalicen entre sí, sino que unos hagan destacar a los otros para complacer la vista. También, algo muy importante, me explicó la manera de mezclarlas para que los olores no se confundan en un solo aroma, ya que si esto no se hace con cuidado, la confusión puede resultar nauseabunda y ofender gravemente el olfato de quienes lo huelen.

—Cada uno de los olores debe distinguirse con nitidez, señora Tecuichpotzin. Para ello, debemos vigilar las corrientes de aire y los humores de los muros del salón —dijo con el tono respetuoso que se acostumbra en palacio—. Por supuesto, nunca se deben encender incensarios o comales en los recintos dedicados a las flores, a menos que éstas sean usadas como ofrendas para nuestros dioses. El olor de cada flor es su canto, señora; es más generoso que un beso, porque no nos exige nada a cambio —remató y yo no pude hacer menos que admirar su sabiduría.

Cuitláhuac y su séquito, compuesto sólo con los varones nobles de palacio, habían acudido, mientras tanto, al *teocalli* de la diosa de la sal Uixtocíhuatl, a quien estaba consagrada la fiesta de ese mes, para honrarla y adorarla como lo prescribe el ritual, así como para preparar a la mujer bellamente ataviada que la representaba y a los cautivos que, en medio del sonido de muchas cornetas y caracoles, serían sacrificados por los sacerdotes en el *cu* del dios Tláloc.

Cuando, por fin, regresó para presidir la fiesta de Tecuilhuitontli, todo estaba listo. Sus esposas, hijas y todas las mujeres *pipiltin*, acudimos a recibirlo y darle la

bienvenida. Todas, sin excepción, cantamos en su honor los versos de Netzahualcóyotl, nuestro venerado ancestro, que él había escrito para, en el tiempo de su reinado en Tetzcuco, alegrar los corazones de sus súbditos:

*Xon ahuiyacan
Alegraos*

Así entonó Papatzin Oxomoc, con el sonido de un trino de rruiseñor para iniciar el canto. Las demás le hicimos coro:

*Alégrense con las flores que embriagan,
las que están en nuestras manos.
Que sean puestos ya
Los collares de flores.
Nuestras flores del tiempo de lluvia,
fragantes flores,
abren sus corolas...
Sólo con nuestras flores
nos alegramos...*

Cuitláhuac, aunque lo disimulaba, movía los labios para repetir los versos. Yo lo vi y me alegré, pero me abstuve de comentarlo con alguien.

Terminamos y, entonces, nos correspondió a sus esposas invitar a un grupo de mujeres que se dedicaban a elaborar la sal, entre las que había viejas, mozas y muchachas, y que esperaban bajo el dintel de la puerta principal, para que se nos unieran e iniciamos juntas el baile. Íbamos trabadas las unas de las otras con pequeñas cuerdas, y así íbamos bailando. Todas llevábamos guirnalda en las cabezas, hechas de aquella yerba que se llama *iztáuhuatl*, que es casi como ajeno de Castilla. Todas estas flores yo las cultivé, pensaba con orgullo, más que nada porque así agradecía a mi señor el amor que me había demostrado. El baile, tanto como el areito, duró diez días, al término de los cuales se hicieron los sacrificios y se dejó la parcela divina preparada para que no nos faltase sal durante el año siguiente.

Era costumbre entre nosotros que la primera esposa se encargase de adornar y acicalar lujosamente a la esposa secundaria o a la concubina señalada por su esposo para dormir con él, de tal modo que bastaba con que éste le manifestara su deseo de que la preparase para su recreación, para que ella, sin chistar, obedeciese.

Esa misma noche, una vez que Cuitláhuac regresó a palacio, se reunió con Papatzin Oxomoc para preguntarle si yo estaba lista para consumir, después de tantos meses, nuestro matrimonio.

—Su virginidad está intacta, mi señor. La joya que has de romper con tu miembro, lista para recibir tu embate. Ya le hemos enseñado todo lo que necesita saber para que la entrega sea placentera y que ambos disfruten, Cuitláhuacatzin —

informó la mujer con una voz en la que se mezclaban sentimientos contrapuestos. Por un lado, los celos naturales en toda mujer enamorada de su compañero; y, por el otro, el deseo de satisfacer, hasta donde fuese necesario, los caprichos del señor encumbrado en el poder con el que compartía el lecho.

—Deseo que la envíes a media mañana a la cámara que mira hacia los volcanes, Papatzin. Así tendrás tiempo de sobra para acicalarla.

—¿La que está junto al estanque de piedra, en medio de los jardines, Cuitláhuac? —precisó ella para evitar confusiones.

—¡Sí! Es un buen lugar para solazarse con libertad y, al mismo tiempo, contar con una intimidad adecuada.

Papatzin me hizo levantar de madrugada. Fui llevada directamente al *temazcalli*, donde se me bañó y perfumó con las yerbas aromáticas más sensuales que jamás hubiese olido. Después, unas *amanteca* del barrio de Amantla me colocaron pequeñas plumas blancas y rojas en los brazos y las piernas y se me tiñó el torso de color amarillo, tal y como lo habían hecho el día de mi boda. Luego, después de peinar y cepillar mi cabello hasta que quedó brillante como si fuese el ala azul de un cuervo, Papatzin me vistió con un manto ralo y transparente, adornado con plumas de papagayo en figura de aspas, que dejaba entrever la ondulación de mis formas.

Papatzin Oxomoc se alejó de mí unos pasos para contemplar el atuendo y mi figura.

—¡Estás preciosa, Tecuichpotzin! —Luego, me hizo dar una vuelta en redondo; se acercó para alisar una pequeña arruga del vestido y, satisfecha, se dispuso para guiarme al encuentro. Antes, sin embargo, me hizo beber un brebaje que me estrujó el vientre—. Para que te relajes y no pongas barreras a tu cuerpo —dijo con una entonación voluptuosa.

Llegamos hasta un paraje cercano al lugar donde debería unirme a Cuitláhuac, que, a esas horas, estaba envuelto en el canto de cientos de aves que se desperezaban al acusar en sus cuerpos el calorillo de los primeros rayos del sol. Sentí una inmensa alegría. La Casa de las Aves, donde estaban confinadas numerosas especies notables por la brillantez de su plumaje como por su canto, era uno de mis sitios favoritos.

—A partir de aquí —señaló Papatzin—, irás sola. Camina en línea recta y no tardarás en encontrar el estanque de los peces. Sube por la escalinata que está del lado derecho...

Seguí sus instrucciones al pie de la letra y, más pronto de lo que yo deseaba, pues los nervios no dejaban de hacerme triquiñuelas, llegué a la Cámara del Viento —una enorme palapa hecha con palmas tejidas entre sí y sostenida por cuatro enormes troncos de roble, con cintillos de oro, y hermosamente labrados— y me adentré en un espacio abierto por los cuatro costados. Lo primero que vi fue una estera inmensa colocada en el centro y cubierta con una manta muy delgada tejida con hebras de *nequén*, de color blanco, que sólo podían ser usadas por los señores principales; estaba flanqueada por cuatro pequeñas fuentes labradas en piedra jaspe

iztacchalchíhuatl, blanca y con vetas verdes y de color azul claro, de las que brotaban unos hilillos de agua cristalina.

Caminé unos pasos y me detuve para admirar el paisaje. A los lejos, hacia el oriente, se veían las cumbres nevadas de nuestros majestuosos volcanes. El Popocatepetl, con su perenne penacho de humo y el Iztaccíhuatl con el pecho y el vientre cubiertos de nieve. Hacia el occidente los lagos y los islotes donde estaban los templos y edificios de Tenochtitlan y Tlatelolco. Volteé la cara en dirección al sur...

—*Xóchitl noyollo*, flor es mi corazón... —escuché la voz de Cuitláhuac, quien se aproximaba a mis espaldas.

Me mantuve quieta hasta que sentí muy cerca el ligero jadeo de su aliento. Fue entonces cuando giré mi cuerpo y pude contemplarlo en toda su hermosura. Dijo mi nombre y me tomó en sus brazos. Me llamó *yoloxóchitl*-flor de su corazón, y con mano suave, y a la vez firme, me despojó de los velos que apenas disimulaban mis pequeños pechos. Caímos abrazados en una nube de trinos. Las plumas que cubrían mis brazos y piernas se convirtieron en cientos de vilanos que volaron al impulso de sus besos...



VI

***Icnopillotl omomelauh* - La desgracia vino derecha**

Después de nuestro primer encuentro, en el que la prueba de que yo le había hecho entrega del don más precioso que puede ofrecer una mujer quedó impresa con mi propia sangre sobre el hermoso lienzo de *nequén*, con lo cual todos quienes deberían dar testimonio de que había llegado virgen al matrimonio quedaron satisfechos, Cuitláhuac me requirió con frecuencia.

La Cámara del Viento se convirtió en nuestro refugio amatorio, mas también en la *tlacapillachivaloya*, el lugar donde se fabrican los niños. Cuitláhuac quería que yo me embarazara lo más pronto posible. Constantemente insistía en que deseaba formarme vientre; y después de las cópulas que consumamos durante las primeras semanas, siempre me preguntaba *iticmotlalía in pilzintli, iteía itetinemi*, para saber si yo ya tenía un niño en el vientre.

—No lo sé, mi señor —le contestaba muerta de pena. Todavía no siento nada en mi barriga. Mis *chiches* están igual que siempre. Tú sabrás...

Pero él no sabía nada de estos vericuetos mujeriles. Se me quedaba mirando, fruncía el ceño, y movía la cabeza de un lado a otro como si se recriminase su falta de pericia.

Él, como toda nuestra gente, creía que las mujeres se preñaban gracias al líquido viscoso, muy parecido al *octli* o pulque, aunque de un sabor semejante al del *pinolli*, que le salía por su *tótotl*. Cuitláhuac se empeñaba en acumular su líquido en mi vientre pues era necesario para nutrir con espermatozoides al escuincle que se estaba gestando y yo la verdad sea dicha, disfrutaba mucho con su sentido de responsabilidad.

Sin embargo, y esto sólo lo supe hasta unos años después, cuando en condiciones terribles quedé embarazada, el brebaje que me daba Papatzin Oxomoc a beber, cada vez que me acicalaba para acudir al encuentro de mi esposo, estaba elaborado con unas hierbas que se llaman *axoxoquilitl*, que hacen estéril a quien las ingiere. Su actitud, no exenta de infamia y que si se hubiese sabido en su momento le hubiera costado la vida, obedecía al temor que ella tenía de que mis hijos pudiesen desplazar a los suyos en la sucesión del *huey tlatoani*, cargo al que podrían aspirar por ser hijos legítimos de Cuitláhuacatzin, y que, por consiguiente, fuesen despojados de sus bienes. En su conciencia, se libraba una lucha sórdida entre sus deberes de fidelidad hacia sus hijos para la perpetuación en el poder y la riqueza, y el enorme cariño que su *tonalli* me había cobrado, debido a mi edad y a mi condición de segunda esposa. Empero, ella no podía sustraerse al hecho de que yo era la hija predilecta de

Motecuhzoma Xocoyotzin y que si él así lo deseaba, dado su carácter arbitrario, mi primogénito sería su sucesor en el *icpalli* real de los aztecas.

Cuitláhuac se desesperaba ante la ausencia de resultados y yo me sentía todo el tiempo culpable de algo que no alcanzaba a discernir. Me pasaba días enteros rezando a nuestros dioses Ometecuhtli y Omecíhuatl para que influyeran en la formación del niño que debería nacer de mi vientre. El temor a ser repudiada me perseguía durante la vigilia y el sueño. Nos ayuntábamos con frenesí, casi con locura, y no sucedía nada en mi entraña. Cual si fuera un dios, me daba a beber su semen, como si fuese «una partícula celeste», con la esperanza de que quedara embarazada; mas no tuvimos resultados. Comencé a vigilar, cada veintiocho lunas, los paños muy costosos que me había regalado mi madre, con una obsesión que me llenaba de vergüenza y que no me atrevía a compartir con nadie. ¡Ah, si lo hubiera hecho...!

Bueno, no todo fue tan confuso en mi nuevo estado. Mi condición en el palacio cambió para mi fortuna. Se me asignó un ala del mismo para que tuviese mis propios aposentos, los que fueron embellecidos por los mayordomos y sus *macehualtin* con artificios admirables. Tuve mis propias sirvientas y dos amas llegadas de Coyohuacan, el lugar donde vive el *coyotl* o lobo mexicano, a quienes llamé Xochipalli y Yacapatlahuac, la una por el color rosado de su piel y la otra por lo afilado de su nariz; ambas eran expertas en las artes del metate, el molcajete y el comal, y me enseñaron a cocinar con una sazón que se volvió legendaria, dotes que, con el tiempo, inclinaron a mi favor las preferencias y alabanzas de muchos señores de la nobleza, entre ellos mi marido y el emperador Motecuhzoma.

Tuve, para mi comodidad y especial placer, una caterva de *macehualtin* que entraban conmigo al *temazcalli* para lavar mi cuerpo y acicalarme. La mayoría eran enanos, jorobados y jorobadas que usaban las hojas de maíz para azotar todo mi cuerpo hasta ponerme la piel colorada y los sentidos más aguzados que los de las bestias del monte.

Nada me hacía falta. Al igual que las mujeres de mi condición, ocupé mucho de mi tiempo en hilar y tejer para confeccionar mantas labradas y pintadas, matizar los colores y ordenar bandas en las telas, así como hacer orillas en las mantas, «labor del confeccionar el pecho del huipil, así como mantas de tela rala, parecidas a las tocas», y otras preciosuras que requerían de mi talento e imaginación.

Las horas de la mañana, cuando no estaba en el *calmecac* o en el *teocalli* de Quetzalcóatl, o, lo mejor, en los brazos de Cuitláhuac, los dedicaba a cultivar mi jardín, cocinar y realizar otras tareas menudas, como vigilar que las sirvientas, bajo la mirada constante de Xochipalli y Yacapatlahuac, cumpliesen con sus deberes.

De vez en cuando venía a romper esta rutina la visita de Miauaxóchitl, quien se dedicaba a darme consejos para que jamás fuera sorprendida en falta o alguien tuviese quejas sobre mi conducta.

—No seas perezosa ni descuidada —decía con una voz maternal que a mí me causaba ternura—. Sé diligente y limpia, adereza tu casa, ten cuidado de hacer bien

las tortillas. Las cosas ponlas como conviene, apartadas cada cual en su lugar y no como quiera, mal puestas. Ten cuidado con la hilaza de la tela y la labor. —Luego, levantaba una ceja y sentenciaba—: ¡Guárdate de darte al sueño, a la cama o la pereza!

Yo la escuchaba con el respeto filial que se me había inculcado desde que era una chiquilla. Nunca discutía con ella o la contradecía, por más que no estuviese de acuerdo con sus palabras.

—Mira, Tecuichpo, aunque sé que Cuitláhuac te trata con una devoción especial y consiente tus caprichos, no le seas desacatada; si te manda algo, óyelo, obedece y hazlo con alegría. No te enojas con él, no le vuelvas el rostro, y si algo te es penoso no riñas por ello, mas después le dirás en paz y mansamente en qué te da pena.

Otras veces, mi madre, preocupada quizá por los chismes o rumores que propalaban las sirvientas o personas malintencionadas que se inclinaban, en mi perjuicio, a favor de Papatzin Oxomoc y que no entendían que entre nosotras había una amistad profunda e inquebrantable —gracias a mi inocencia y a mi falta de malicia en aquel entonces—, llegaba a verme, como dicen los españoles, «con la espada desenvainada,» y me soltaba de sopetón:

—¡Tecuichpo, no seas altiva, no seas soberbia, no menosprecies a Cuitláhuac! No des licencia a tu corazón para que se incline a otra parte. No te atrevas a ser infiel a tu marido.

Como yo me la quedaba viendo con las pestañas gachas, tal y como las pone el *motoyáuitl*-armadillo, cuando mastica la hierba, ella se engallaba y me gritaba:

—¡No te des a cosas malas ni a fornicación! No sigas tu corazón porque te harás viciosa, te engañarás y ensuciarás, pues el vicio, hija mía, es difícil de dejar.

Después, se ponía a jadear y terminaba envuelta en lágrimas. Siempre que esto sucedía, yo le daba a beber un cocimiento de palo llamado *chichicquáuitl* para que se le bajase la muina y no se le emponzoñase la panza. Ella me lo agradecía en medio de sus pucheros y, de súbito, como si no me hubiese dicho nada, se ponía a chacharear sobre las cosas que hacían mis hermanas o acerca de las insolencias de mi hermano Axayácatl.

Si bien los contratiempos a veces me alteraban, puedo afirmar que mi vida era placentera y divertida. Participaba en muchas festividades en las que podía bailar hasta que mi cuerpo quedaba no sólo satisfecho, sino francamente cansado, lo que me procuraba sueños placenteros. Me gustaba, por encima de muchas otras cosas, ser pintada para participar en las danzas. El día que había baile, por la mañana venían pintores y pintoras al palacio, con muchos colores y sus pinceles, y aderezaban con su arte los rostros y brazos y piernas de los que habíamos de bailar, tal como nosotros les decíamos o como la solemnidad y ceremonial de la fiesta lo requerían, y así embijados nos dirigíamos a los templos, a los patios o a las terrazas donde se hacían los areitos, que podían durar varios días. Mi fiesta preferida y en la que más me divertía era la de Tlaxochimaco, cuando se derramaban en todos los templos

verdaderas avalanchas de flores que caían sobre las escalinatas y, lo más gracioso, sobre las cabezas y los hombros de quienes bailábamos. Muchas de esas flores eran de mi jardín.

Sin embargo, todo esto comenzó a cambiar cuando menos me lo esperaba. El primer indicio fue la ausencia de Cuitláhuac por varios días, sin que nadie en palacio me pudiese dar razón de dónde estaba o cuál era la causa de su repentina desaparición.

A mí me extrañó que no me hubiera dicho nada y que no se hubiese despedido de mí como acostumbraba hacerlo cada vez que tenía que salir para cumplir con sus deberes de gobernante o de *tlacateccatl*, el que manda a los guerreros, ya fuera para establecer una nueva alianza con un señorío lejano o para someter algún pueblo que se hubiese negado a pagar el *tequitl*, tributo, o a mandar cautivos para ser sacrificados en los *cu* de nuestros dioses.

—No te apures, Tecuichpo —intentó calmarme Papatzin, cuando después de tres días me atreví a importunarla—; debe estar reunido con Motecuhzoma y los ancianos del consejo, para tratar asuntos del imperio. Creo que Cacamatzin ha tenido graves problemas con su hermano Ixtlilxóchitl, quien le disputa el cargo de *huey tlatoani* de Tetzcuco, y que Cuitláhuac, Tlilpotonqui y el Señor de Tlacopan están disgustados... No sé más, porque tampoco se despidió de mí.

Yo aparenté quedar satisfecha; pero, sin saber por qué, me quedé muy preocupada. Algo en mi fuero interno, que no podía precisar, hizo que mi corazón temblara y que en él comenzase a germinar la semilla agrídulce de la incertidumbre.

El segundo asomo lo tuve cuando Cuitláhuac se presentó de improviso en mis aposentos y, sin darme explicación alguna, me tomó con cierta brusquedad que nunca se había permitido conmigo. Sentí, por primera vez, que su piel estaba fría, que algo en su mente lo tenía perturbado y le impedía concentrarse en los espasmos de mi entrega, que quería deshacerse de sus malos humores al desfogarse en mi cuerpo. Sin que pudiese evitarlo, un par de lágrimas escurrieron por mi rostro. Él las notó y se dio cuenta del daño que me había ocasionado. Se separó de mí con lentitud y me miró con unos ojos en los que había destellos de fuego.

—Vengo de estar con Motecuhzoma, Tecuichpotzin —dijo con una voz preñada de cólera—. Otra vez está angustiado. Han llegado noticias sobre sucesos extraños que no alcanza a comprender y sin razón alguna los atribuye a presagios desgraciados que le envían nuestros dioses. No nos hace caso, ni siquiera quiere escucharnos. Ahora está necio con la idea de que nuestro dios Quetzalcóatl ha regresado y que nuestro fin se aproxima, como se lo vaticinó Netzahualpilli...

Cuitláhuac no paró de hablar hasta que mis ojos cegados por el sueño se extraviaron en una maraña de imágenes y quedé atorada entre las ramas de una pesadilla de la que no logré zafarme hasta que los primeros rayos del sol acariciaron mi cuerpo.

Por él supe que llegó al palacio de mi padre un pobre *macehual* de

Mictlancuauhtla, bosque de la región de los muertos, que no tenía orejas, tampoco dedos en los pies pues se los habían cortado. Este *macehual* informó a Motecuhzoma que vio desde las orillas de la mar grande, en medio de la mar, una sierra o cerro grande que navegaba de una parte a otra, sin llegar a las orillas.

Motecuhzoma, entonces, había ordenado al *petlacácatl* que pusiese al hombre en la cárcel de Cuauhcalco, también conocida como la Cárcel del Tablón, y que lo tuviese guardado. Luego hizo llamar a un *tecuhtlamacazqui-sacerdote* del *teocalli* de Huitzilopochtli, y le ordenó que fuera a averiguar si lo que había escuchado era cierto y qué era ese misterio que guardaba la mar del Cielo. El sacerdote había ido acompañado por Cuitlalpítoc, quien merecía la confianza de mi padre.

Ambos se fueron a las orillas de la mar. Ahí, con el auxilio de un *cuetlaxtécatl* llamado Pínotl, el *calpullec* del lugar, se encaramaron en las ramas de un árbol blanco, alto y copudo, y observaron la nao que semejaba un cerro flotante y lo que hacían los hombres que venían dentro de su enorme barriga.

Luego regresaron para decir al *huey tlatoani* que era verdad que había venido gente extraña. Que eran como quince. Le dijeron cómo estaban vestidos y cómo eran sus cabellos y sus carnes, muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello les da hasta la oreja.

—¿Y qué hizo Motecuhzoma? —me atreví a preguntar.

—Los escuchó y cuando terminaron quedó cabizbajo. Yo quise acercarme para decirle que no se alarmara, que nuestro dios Quetzalcóatl nunca nos haría daño; pero él me contuvo con un gesto y no me permitió hablar.

—¿No te dejó decir lo que piensas?

—No, Tecuichpo. Nos ordenó que lo dejáramos solo y que esperáramos en un salón contiguo. Yo aproveché, entonces, para hablar con Tlilpotonqui; para que me dijera qué es lo que le sucede a Motecuhzoma.

—¿Y?

—El *cihuacóatl* me informó que Motecuhzoma estaba temeroso de la furia divina de Quetzalcóatl, quien nunca había aceptado que se hiciesen sacrificios humanos. Que, como todos sabemos, Motecuhzoma ha puesto demasiado celo en sacrificar a muchísimos cautivos para alimentar al Sol con su sangre y está convencido de que Quetzalcóatl guarda un terrible rencor en contra de los mexicas, que volverá para exterminarlos porque, a su partida, adoptamos como dioses a Huitzilopochtli, el representante del Sol en su cenit, dios terrible de la guerra, y nos nombramos los hijos del Sol; a Tezcatlipoca, espejo humeante, mago multiforme que mira todo en su espejo, dios de la guerra, la noche y la juventud; a Tláloc, el de la máscara de serpientes, dios de la lluvia, venerado por los *macehualtin* que trabajan el campo; a Chalchiuhtlicue, la de las faldas de jade, diosa de las aguas dulces; al dios del fuego Xiuhtecuhtli, el señor turquesa, y a la diosa madre Cihuacóatl, mujer serpiente.

«El discurso de Tlilpotonqui fue largo y lleno de recovecos, Tecuichpo. Comprendí, sin dificultad, que mi hermano está totalmente confundido. Que, desde

que acaecieron los presagios, su mente está más ocupada en interpretar los designios de los dioses que en atender las nimiedades de los hombres».

—Ha cambiado mucho desde que aparecieron las señales que los adivinos interpretaron como presagios de desgracias, Cuitláhuac —dije, aprovechando una pausa de mi esposo—. Ni sus esposas ni sus hijos entendemos sus reacciones. Ya no procura el amor de las primeras. Mi madre, Miauaxóchitl, se queja de su abandono. Tayhualcan no sabe qué hacer para calmar a sus concubinas.

Al escuchar la última frase, Cuitláhuac puso una mano en mi pecho y me miró sin ocultar su extrañeza.

Yo me di cuenta de que había cometido una indiscreción imperdonable, pues las fruslerías de las mujeres no deben comentarse con los varones, y quise distraerlo simulando un puchero. Sin embargo, el desliz estaba hecho.

—Continúa, niña —ordenó sin que le importase mi apuro—. ¡Cuéntame cómo está eso!

—Tayhualcan le contó a mi madre que muchas de las concubinas de Motecuhzoma, que son tantas que no pueden contarse con los dedos de cien manos, usan la *tetlaxincaxóchitl*, flor del adulterio, que tiene forma de miembro viril para procurarse placer sexual... porque mi padre hace mucho que no las atiende. Que se esconden y cuchichean cosas sucias, y que, cuando no tienen la flor, se satisfacen entre ellas...

Los gestos de desprecio que hizo Cuitláhuac me hicieron callar de sopetón. Yo pensé que iba a tomar represalias en contra de las mujeres por mi culpa. Sin embargo, sus palabras me dejaron ver que lo que estaba en juego era la cordura del *huey tlatoani* y los efectos que sus trastornos iban a causar en el destino de los mexicas.

—No me extraña que esto suceda, Tecuichpo. Cuando Motecuhzoma nos hizo pasar de nuevo al salón, lo primero que nos dijo fue que había hablado con Huémac, el de grandes manos, dios del Mictlan, y que éste le había dicho «que había buscado su fin por soberbio y cruel con sus próximos», que Huémac había mandado decirle que hiciera penitencia ayunando y no teniendo contacto con sus mujeres, que sólo así no le sobrevendrían muchos males. Luego, mandó traer al *macehual* desorejado que estaba preso en la cárcel.

«El *petlacácatl* y sus *calpixqui* fueron por él y al rato regresaron con caras mustias para informarle que no lo habían encontrado. “Se esfumó” dijeron. Motecuhzoma quedó espantado y admirado. Empero, pronto se repuso. “En fin, es cosa natural, por que casi todos son nigrománticos”, dijo y los amenazó con que si no guardaban secreto de lo que habían visto, morirían junto con sus mujeres e hijos, y serían despojados de todos sus bienes y sus casas destruidas, hasta los postreros cimientos».

—¿Desapareció así como así? —lo interrumpí atemorizada.

Cuitláhuac prefirió ignorar mi miedo y no dar pauta para que yo lo apabullara con mis impertinencias.

—Después, Motecuhzoma exigió que le trajesen, con ocultamiento y sigilo para que nadie pudiera enterarse, dos plateros reconocidos por sus obras primorosas, y dos lapidarios de los que mejor trabajan las esmeraldas.

Yo abrí los ojos con desmesura. Adiviné que iba a comentarme algún desplante de los que acostumbraba mi padre. No me equivoqué.

—Motecuhzoma amedrentó a los orfebres con la misma violencia que había empleado antes con los *calpixqui*. Después, sin darles tiempo siquiera de respirar, les ordenó: Cada uno ha de hacer dos obras, y se han de hacer delante de mí. Aquí, secretamente, en este palacio adonde ahora estamos: han de hacer una cadena de oro de a cuatro dedos cada eslabón, y han de llevar estas piezas y medallas, en medio, unas esmeraldas ricas, y a los lados, como a manera de zarcillos, de dos en dos. Luego se harán unas muñequeras de oro de las que colgarán una cadena del mismo material. También, les mandó hacer dos mosqueadores grandes de rica plumería y en medio una media luna de oro, y de la otra parte un sol de oro muy bien bruñido y dos brazaletes de oro con muy rica plumería. Y a los lapidarios, muñequeras para las dos manos y para los dos pies, de oro, en medio engastadas ricas esmeraldas. Y mandó al *petlacácatl* que trajese luego mucho oro que estaba en cañutos, y mucha plumería rica de la menuda, de las más supremas de las aves *tlauhquechol*, de color rojo, y *tzinitzcan zacuan*, de vistoso plumaje de color amarillo dorado; y muchas esmeraldas y otras piedras ricas de muy gran valor.

»Tlilpotonqui, así como el *tlacochcácatl* Cuappiaztzin, el *tizociuhuácatl* Quetzalaztatzin, el *hiznahuatlailótlac* Hecateupatiltzin, también tu tío Cacamatzin y yo, entre otros príncipes ahí reunidos, tuvimos que esperar varios días a que las joyas estuviesen terminadas y a que Motecuhzoma las aprobara. Al fin Motecuhzoma les dijo que estaba muy bien hecho y a su contento y placer, y despidió a los orfebres, no sin antes regalarlos con mantas, pañetes, huipiles, naguas para sus mujeres, así como maíz, chile, pepita, algodón y frijol.

»Nadie, debes saberlo, osó preguntar para qué o para quién se habían hecho las alhajas. Nos conformamos con ver cómo el *petlacácatl* las llevaba consigo a algún lugar que tu padre le había indicado».

El relato de Cuitláhuac me dejó consternada. Volví a ver la imagen degradada de mi padre y a sentir su abatimiento en carne propia. Una losa enorme aplastó mi persona. Los picos de varios halcones penetraron en mi corazón para desangrarlo y dejar en mis venas la ponzoña de sus garras. Un velo de tristeza vino a nublar la alegría que había edificado gracias a mi matrimonio y a los dones recibidos.

Cuitláhuac, quizá más apesadumbrado por la debacle que, así lo presentía, se nos iba a venir encima, se despidió de mí con un beso y se retiró en silencio. Caminó unos pasos y se detuvo al borde de la escalinata que descendía de la Cámara del Viento. Volteó a mirarme y nuestros ojos se encontraron. Fue un instante, lo suficiente para trasmitirme la confianza que brotaba de su pecho y que se afirmaba con la prestancia, fuerte y decidida, de su robusto cuerpo.

No volví a oír hablar durante muchos días acerca de los seres que vivían dentro del cerro que flotaba en la mar. Ni Papatzin Oxomoc ni Miauaxóchitl y mis hermanas hicieron comentario alguno. Macuil y Xocotzin, que se movían como peces en el agua entre las cámaras y salones donde se reunían los señores principales que acudían al palacio de Motecuhzoma, y que mantenían una relación de amistad con Xiuquecho, el jorobado favorito de mi padre, a quien le gustaba mucho soltar la lengua para darse importancia, tampoco habían escuchado nada. Tlilpotonqui no había dado señales de inquietud, ni los *calpixqui* que atendían las necesidades personales del *huey tlatoani* se veían preocupados.

Nuestra vida volvió a inscribirse en la rutina a la que estábamos acostumbradas en el palacio de Iztapalapan. Papatzin fue solicitada por Cuitláhuac y su carácter mejoró notablemente. Reapareció en mis aposentos ligera, locuaz y más cariñosa aun que antes, para platicarme algunos chismes y encargarme los bordados de unas mantas que deberíamos regalar a mi abuela Xochicuéyatl con motivo de su aniversario.

Mi sirvienta Xochipalli parió un niño precioso que tenía la piel todavía más rosada que la de ella y me lo ofreció para que lo tuviese en los brazos y, como dijo Yacapatlahuac, sintiese su calorcito.

—Cate bien cómo huele el *chilpayate*, señora Tecuichpotzin —me invitó emocionada—. ¡Huele mejor que las flores coloradas de *omixóchitl*! ¡Aire puro del campo, señora! —añadió, mientras sus dedos ágiles *espulgaban* gorgojos y piedrecillas entre un montón de frijoles.

Yo tomé al niño y lo acerqué a mi pecho. Sus cachetes eran un par de jitomatitos. Su boca, una trompa pequeña que buscaba la leche de mis senos. Sentí un desamparo enorme y no pude evitar el llanto. Xochipalli entendió mi desconsuelo y lo tomó con ternura, al tiempo que me decía:

—Ya vendrán los suyos, mamacita Tecuichpotzin. No se apure, es una cosita de tiempo.

Regresé a mi jardín con mayores bríos. Sembré una huerta con árboles de tejocote para, en un par de años, poder cosechar los frutos y hacerle a Cuitláhuac su dulce favorito. Asimismo, mandé levantar un tendido con ramas gruesas y varas delgadas, y al pie de los troncos sembré unas chayoteras y unas plantas de chilacayote, cuyas almendras, blancas y con un sabor suave, delicado, todavía me fascinan.

Participé, no podía perdérmelo, en la fiesta de la diosa Xilonen, durante el mes *hueytecuilhuitontli*, que se celebró en un barrio del señorío de Tlacopan. Ahí me fui con mis sirvientas para recoger el maíz tierno. Me vistieron con un *huipilli* de color amarillo y me dejaron el cabello suelto, con el fin de que las mazorcas de maíz, al verme, soltasen muchos cabellos en los elotes y, por tanto, una mayor abundancia de granos.

Sin darme cuenta, crecí hasta rebasar la estatura de mi madre y de Papatzin, mujeres que eran consideradas altas entre las demás esposas de los príncipes. Mi coronilla llegó a topar con el mentón de Cuitláhuac, lo que le produjo gran contento.

Además, no sé si esté bien decirlo, mis pechos aumentaron su volumen, se hicieron más redondos y pesados, y mi señor no se cansaba de alabarlos y hacer comparaciones que —ésas sí que no me atrevo a mencionarlas— me hacían sonrojar y reírme como si fuese una tonta.

Mas esto no duró mucho. Un día supe que habían aparecido cuatro cerros en la mar. ¡No uno, sino cuatro! Que se habían acercado a la orilla y... Fue durante un sueño, malo y perverso, que me llegó la noticia. En él vi llegar al palacio de Motecuhzoma a un anciano sabio procedente de Xochimilco, llamado Quilazti, y postrarse a sus pies. Motecuhzoma le decía:

—¿Cómo sabremos qué gente vendrá a señorear estas partes? ¿Cómo son, cuál su catadura, su peso y tamaño? ¡Contéstame, padre!

Y el anciano le respondía:

—Hijo y señor nuestro, sólo diré la verdad que me dijeron los ancianos, mira la pintura que me dejaron. Dice que han de venir unos llamados *coayxeeques*, caras de culebras y de pescados, pies de gusanos, hombres con un pie, caballeros sobre águilas negras. Han de venir en unos ciervos grandes o en venados poderosos llamados *tonacamazatl*. Muchos llegarán en culebras que parecen cerros y vendrán por la mar, por el cielo y por partes del oriente. Luego arribarán otros que no tienen cabezas, sino la cara y la boca en los pechos, muy blancos de rostro y de cuerpo, de muy largas barbas, vestidos diferente de nosotros.

Mi padre estaba aterrorizado. Apenas podía respirar. Sentí su asfixia y desperté.

Cuando lo hice, advertí, no sin zozobra, que mis muslos estaban manchados con sangre. La luna me había llegado aquella noche. La luna e imágenes terribles. Comencé a gritar y a dar alaridos iguales a los que profieren las Cihuapipiltin, esas diosas que andan juntas por el aire y se aparecen para causar enfermedades y males.

Xochipalli y Yacapatlahuac no pudieron aplacar mi miedo. Ni siquiera la pobre Papatzin, a la que despertaron para que viniera a auxiliarme. Tuvo que presentarse Cuitláhuac para que yo me calmara.

Les conté el sueño que había tenido y las mujeres se echaron a temblar. Cuitláhuac, en cambio, se me quedó viendo con la boca abierta.

—¿Cómo supiste lo que sucedió en las Casas Nuevas, Tecuichpotzin?

—¿Qué? —reaccioné como si me hubiese pinchado en los lóbulos de las orejas con una espina de maguey.

—¿Nadie te lo dijo? —insistió.

—¡No, mi señor! Todo lo he soñado...

Cuitláhuac despidió a las otras mujeres. Se incorporó de mi lecho y paseó por la cámara sin poder contener su rabia. Sus puños golpearon los muros. Sus pies derribaron algunos objetos.

—Mira —me dijo con espuma en los labios—, han vuelto y han pisado nuestro suelo.

—¿Cómo?

—Hace quince días, Motecuhzoma subió al *teocalli* de Huitzilopochtli. Ahí se mantuvo en oración durante un par de horas. Después habló con los sacerdotes y les dijo que nuestro dios le había ordenado que enviara vigías a la costa, allá donde apareciera el cerro encima del agua. Éstos, que habían estado ajenos a lo sucedido y, por ende, no podían saber a qué se refería, le contestaron, sin embargo, que pusiese sus ojos en donde se llama Nautla, Tuztlan, Mictlancuauhla, y que ordenase a Pínotl, el de Cuetlaxtlan, que mantuviese una estricta vigilancia. Motecuhzoma los escuchó con temor y, tan pronto como regresó a su palacio, hizo acopio de mucha gente y la mandó a cumplir con lo prescrito.

Luego me hizo llamar para que, juntamente con los demás príncipes, escucháramos lo que había dispuesto; también como para advertirnos sobre las joyas que había mandado hacer y cuyo destino tanto nos había intrigado: «Hemos admirado las turquesas azules. Los tesoreros las guardarán bien. Si dejan que se pierda alguna, nuestras casas serán de ellos, también nuestros sus hijos, los que están dentro del seno materno».

Y esas palabras, en las que había una terrible amenaza soterrada, me dejaron un sabor de arena en el paladar y la certeza de que estaba cada vez más loco. Por supuesto, esto no lo he dicho a nadie que no seas tú, Tecuichpotzin, y espero que lo sepultes en tu pecho.

Su demanda me hizo reaccionar de una manera curiosa, extraña a nuestras costumbres. Puse mis manos en su cabeza y lo atraje hacia mí.

—¿Qué no me conoces? *Cuix nixiotl nechititzayanaz*, ¿acaso soy mazorca que desgranar? —le dije para que supiera de mi seriedad para guardar secreto, con una voz tan húmeda como mis ojos.

Fue suficiente. Él sonrió.

—Disculpa, Tecuichpo. Estoy tan confundido con el comportamiento de mi hermano, que siento que no lo conozco.

—Ya nadie lo conoce, Cuitláhuac —interrumpí y solté un gemido.

Mi señor se incorporó y se desplazó hasta quedar parado frente a un enorme ventanuco que miraba hacia el oriente. Así se estuvo hasta que el sol asomó su cabeza. Lo recibió con el pecho descubierto.

—Eso no es todo, Tecuichpo —exclamó con una voz ronca.

Yo me le acerqué en silencio y me situé a su lado. Una nube se interpuso y ocultó los rayos solares por unos instantes.

—Motecuhzoma se desesperó y envió al sacerdote del santuario de Yohualichan y a cuatro Caballeros Tigre de Tepoztlan, de Tizatlan, de Huehuetlan y de Mictlan grande, para que fueran a encontrarse con sus mensajeros. Pero antes les dijo: «Vengan acá, Caballeros Tigre, vengan acá. Otra vez se dice que ha salido a tierra nuestro señor Quetzalcóatl. Vayan a su encuentro, vayan a escucharlo; deben atender a lo que él les diga. Buena oreja deben de que guardar». Ellos, entonces, se aprestaron para ir; pero antes Tlilpotonqui se apersonó y dijo: «Éste es el tesoro que nuestro

señor ofrece a Quetzalcóatl», y les entregó una cantidad enorme de presentes, cada uno más rico y mejor acabado que el otro: collares de oro y *chalchihuites*, escudos con travesaños de concha nácar, máscaras hechas con gemas y turquesas, espejos guarnecidos con plumas de quetzal, ajorcas de jade y cascabelillos de oro, sandalias de obsidiana y oro, brazaletes, orejeras, mantas; tantos y tan hermosos que su relación sería interminable. Entonces, Cacamatzin, Chimalpopoca y yo intercambiamos miradas que reprobaban tan estúpido despilfarro, pero nos quedamos callados, no fuera a ser que lo irritáramos y nos hiciese sacrificar y colocar nuestros cráneos en las varas del *tzonpantli*. Basta decirte —jadeó Cuitláhuac— que les entregó las insignias divinas. Así como lo oyes: puso en sus manos la mariposa de plumas amarillas; el pájaro quetzal; el estandarte de plumas amarillas; el disco solar de plumas; y el adorno compuesto de cinco banderas. Algo que jamás se había visto, Tecuichpo.

Yo quedé más que impresionada. Puedo afirmar que vi desfilar ante mis ojos cada uno de los presentes del magnífico tesoro. ¡Era...! No, no tengo palabras para definirlo.

—Todavía, tu padre exigió: «Vayan con prisa y no se detengan; vayan y adoren en mi nombre al dios que viene, a Quetzalcóatl, y díganle: acá nos envía tu siervo Motecuhzoma, te envía estas cosas que aquí traemos, pues has venido a tu casa que es México».

Cuitláhuac comenzó a vomitar en mi presencia. No pudo detener la bilis que estrujaba sus entrañas, mientras se quejaba:

—Está convencido de que es un dios y ni siquiera lo ha visto —musitó consternado—. ¡*Campaxo in naualli!* ¡Se lo tragó el mago! —maldijo para demostrar su enojo.

Nunca lo había visto en ese estado. Su cara estaba empañada por una tormenta de granizos de obsidiana. Me aparté y le traje una escudilla con agua.

—Bebe —le dije con una firmeza que a mí misma me impresionó—. Bebe esta agua dejada por el rocío de la noche, para que tu *tonalli* se serene y puedas comprender lo que sucede como si lo leyeras en el lienzo pintado por uno de nuestros *tlacuilos*.

Cuitláhuac bebió el agua con lentitud. Algunas gotas mojaron su barbilla y las secó con el dorso de su mano. Poco a poco fue recobrando la calma hasta que sus facciones se volvieron armoniosas e, incluso, me sonrió como gesto de agradecimiento. Fue en ese momento cuando comprendí que nuestra unión estaba atada por una fuerza que trascendía nuestros lazos de parentesco, que él vendría a mí para contarme lo que sucediese y que iba a escuchar mis consejos.

Me sentí fuerte y muy segura de mí misma. Más cuando constaté que su arrogancia había sido contenida, que él volvía a mostrarse grave, sereno y hasta humilde. Cuitláhuac no hablaría frente a los demás príncipes con palabras banales, ni con fanfarronería, y menos groseramente, respecto del comportamiento titubeante de Motecuhzoma y sus decisiones arbitrarias. Como verdadero señor, sabría mostrarse

«muy humilde, obediente, no erguido ni presuntuoso, muy cuerdo y prudente, pacífico y reposado. Sus expresiones serían dictadas por su corazón y no por una lengua destemplada, de forma que nadie pudiese acusarlo de ser un hipócrita, o un hombre fingido, porque aquello que podía ocasionar su demérito y el de nuestro linaje, le sería ajeno».

Creo que salió fortalecido de mis aposentos, porque cuando volví a verlo pudo narrarme lo que había pasado sin que la pasión enturbiase sus palabras.

Varios días más tarde, no recuerdo con exactitud cuántos, Cuitláhuac me hizo comparecer en su Casa Florida, donde tenía un *temazcalli* muy hermoso rodeado por unos jardines que cuidaban unos *xochimanque* originarios de Xochitlan, famosos por su destreza y su gusto exquisito para cultivar *chichilticpetzacuxóchitl* sobre las paredes hechas con bloques de piedra traídos desde las cimas de los volcanes. Yo me presenté más que alborotada, porque creí que mi señor deseaba ayuntarse conmigo, pero muy pronto me hice cargo de que estaba confundida.

—Tengo noticias, Tecuichpotzin —me dijo apenas puse un pie en el interior de la Casa Florida—. Acomódate sobre esa estera y atiende...

—¿Se trata de mi padre? —orienté mi voz en dirección a una nube de vapor que cubría su cara.

—De lo que le informaron los mensajeros que envié en búsqueda de los hombres que llegaron en sus cerros flotantes, por encima del mar divino que limita nuestro imperio.

—¿Ya regresaron, Cuitláhuac?

—Hace dos días... —comenzó a hablarme con una voz que se confundía con las volutas de vapor que formaba su aliento—. Contaron que habían llegado a un lugar llamado Xicalanco y que desde ahí habían entrado en unas canoas a la mar y se habían acercado a los cerros, que ahora saben son navíos, y que se repegaron a dichos navíos y que los que ahí venían les preguntaron: «¿Quiénes son ustedes, de dónde han venido?» Y los de la canoa contestaron: «Venimos de México». Y dijeron los de la nao: «¿Por ventura no son de México, sino dices con falsedad que son de México y nos engañan?» Y así hablaron durante un tiempo hasta que su corazón quedó satisfecho. Luego pusieron un gancho en la proa de la nao, con ella juntaron la canoa con el navío y les echaron una escala para que subieran.

Cuitláhuac calló por unos instantes, que se me hicieron eternos, para salir del *temazcalli* y permitir que sus servidores jorobados le secaran el cuerpo con una manta, cuyos bordados reconocí enseguida como míos; lo cual me llenó de júbilo. Ya seco y de cuclillas a mi lado, continuó:

—Subieron los de la canoa cargando en sus manos los presentes que había enviado Motecuhzoma. Uno a uno hicieron la ceremonia de tocar la tierra con la boca delante del principal. Luego hablaron: «Sepa el dios a quien venimos a adorar en nombre de su siervo Motecuhzoma, el cual rige y gobierna la ciudad de México y dice que ha llegado el dios». Y después, Tecuichpo, sacaron los ornamentos que

llevaban y se los pusieron al capitán de ellos que se llama don Hernando Cortés.

—¿Hernando Cortés? —mascullé como si estuviera masticando un puñado de *meocuilli*, gusanos de maguey crudos—. ¿Y nuestro dios Quetzalcóatl? —grité espantada.

—No hay tal, Tecuichpo. Se trata, ya lo verás, de unos hombres, diferentes eso sí, que están muy lejos de ser los dioses que Motecuhzoma ve en sus delirios.

—¡Ay de mi padre! —exclamé con un dolor que me quebró la espalda. En seguida quise saber—: ¿Y cómo supieron su nombre? ¿Con qué razones se hablaron entre sí?

—Traen consigo a dos lenguas. Uno es como ellos, le nombran padre Jerónimo y habla maya como los *Tutul Xihues* oriundos del pueblo que se llama Haman Ha, que está en las tierras donde nuestros *pochtecas* comercian para traer sal, perlas, las fibras de *nequén* que usamos para nuestras mantas, y que adoran a sus dioses Itzamna, Ix Chel y a otro que es Kukulcán. Y la otra lengua es una *tlacotli*, una esclava mexicana que se llama Malintzin, aunque ellos le dicen Marina o María, es vecina del pueblo de Tetícpac que está a la orilla de la mar del Norte. Ésta es la que dice en lengua mexicana todo lo que el capitán Hernando Cortés le manda.

—No te entiendo, mi señor —dije confundida—. ¿Cómo es que se entiende con los nuestros?

Cuitláhuac sonrió, pues a él también le había sucedido lo mismo.

—Mira, Tecuichpo, la cosa es como sigue. Los nuestros le dicen palabras en náhuatl a Malintzin y ésta se las dice en maya al tal Jerónimo, porque ella también lo habla. Luego, éste se las dice a Hernán Cortés en su habla, que le nombran *castilan*, y don Cortés lo entiende... ¿Me sigues?

Asentí y él continuó:

—Bien, cuando es don Cortés o los que vienen con él los que hablan, se lo dicen a Jerónimo en *castilan* y, en seguida, éste lo dice en maya a Malintzin y ésta, sin esperar mucho, lo habla en náhuatl a los nuestros y éstos entienden... Y así es como pudieron hablar entre sí y hacerse cargo de los asuntos que trataron.

Yo, aunque al principio me confundí terriblemente, logré, por fin, entender la explicación de Cuitláhuac; sólo que antes tuve que usar una cuenta de jade, una turquesa y una esfera de obsidiana para hacerme un ejemplo de cómo le hacían para hablarse. Cuitláhuac se burló de mí con grandes carcajadas, mas tuvo que reconocer que yo era más lista que Cacamatzin y mi hermano Axayácatl, para quienes fue imposible comprender la situación. Después, hizo traer unas frutas y, mientras las masticaba con lentitud, continuó:

—Los mensajeros de Motecuhzoma, ya arriba del navío, fueron hacia Hernando Cortés y le pusieron con esmero la máscara de turquesas adornada con pluma de quetzal. Le pusieron luego el chalequillo y colocaron en su cuello un collar de petatillo de *chalchihuites* que, en medio, tenía un disco de oro.

«Después, en su cadera le ataron el espejo que cae hacia atrás y también le

revistieron la espalda con la manta *campanillante*. Y en sus pies le colocaron las grebas que usan los huastecos, consteladas de *chalchihuites*, con sus cascabeles de oro. Pusieron en su mano un *chimalli* con su travesaño de oro y concha nácar, con sus flecos y bandoleras de pluma de quetzal. Ante su vista pusieron las sandalias de obsidiana. Y, al final, colocaron frente a él los otros géneros de atavíos divinos».

—Habrás quedado más que satisfecho —comenté—. Sólo los señores de Tetzcuco y de Tlacopan o nuestros *tecutlatoques* o senadores, merecen esos regalos...

—¡No, qué va, Tecuichpo! Hernando Cortés se portó como un *nentlacatl*, un hombre vano, casi como un bárbaro *chichimeca*. Sin siquiera agradecer los presentes, reclamó a nuestros mensajeros «¿Acaso ésta es toda su ofrenda de bienvenida? ¿Aquello con que reciben a las personas? ¿Hay otra cosa más que esto?»

Decidí guardar silencio para que Cuitláhuac no advirtiera que, a pesar de ser mujer, yo también podía enojarme, al grado de proferir algunas palabras desagradables y ofensivas. «Ese sujeto no vale más que el perro que lame los pies de mi padre», pensé con amargura. «Ese sujeto no vale la pena», agregué para consolarme.

Creo que mi señor leyó en mi pensamiento, pues no tardó en describirme el disgusto que sufrieron los mensajeros, cuando con una actitud altanera y con voz rasposa, Malintzin les gritó las palabras que había vomitado Cortés: «A *icnopilpan nemitiliztli*-No vine a vivir entre infelices», para expresar su descontento por no haberse sentido bien atendido ni honrado como él cree que merece.

Cerré los puños con rabia. Estuve a punto de echar a correr. En mi mente se formaron unos remolinos amarillos y verdes que querían tragarse la fuerza de mis brazos dispuestos a golpear la faz desconocida de esos bellacos que se atrevían a desafiar el poder omnímodo de nuestro *huey tlatoani*, Motecuhzoma Xocoyotzin, el del semblante ceñudo, un dios en quien nadie podía posar su mirada, ni siquiera dirigirle la palabra...

Las palabras de Cuitláhuac me llegaron en sordina, como si atravesasen a tropezones por en medio de una caña de humo repleta con papeles.

—Los mandó atar, Tecuichpo. Puso hierros en los pies y en los cuellos de nuestros mensajeros. Luego, hizo disparar un enorme tubo que escupe fuego, y otros más delgados que ellos cargan sobre los hombros. Los nuestros, atados de manos y pies, como oyeron los truenos de las bombardas cayeron en el suelo como muertos, perdieron el juicio, quedaron desmayados. ¡*Tetzauitl*, Tecuichpo!, cosa funesta, espantosa...

—¿Un artilugio que escupe fuego y trueno igual que un relámpago, Cuitláhuac? ¿Es posible que exista algo semejante?

—Ya te haré la descripción que hicieron nuestros enviados. No corras prisa, Tecuichpotzin. Antes debo decirte que, para despertarlos de su miedo, les dieron a beber una poción que sabe dulce y, a la vez, atrapa la lengua, las encías, y las estruja, pero que sirve para recobrar el seso. También les dieron de comer de sus alimentos.

Después, los soltaron, les quitaron los grillos y los dejaron volver.

Los enviados no quisieron detenerse en ningún lugar a pesar de que algunos, como el Señor de Cuertlaxtlan, les ofrecieron alojamiento y comida. Ellos contestaron: «¡Pues no! Estamos de prisa: vamos a darle cuenta al señor rey Motecuhzoma. Le diremos lo que hemos visto: cosa muy digna de asombro. ¡Nunca algo así se vio! O, ¿acaso tú antes lo oíste?» Motecuhzoma los recibió en la Casa de la Serpiente. No quiso hacerlo en sus aposentos.

—¿Por qué, Cuitláhuac? —pregunté con cierta aprensión, pues ya podía adivinar los trastornos que iban a desatarse en el ánimo de mi padre.

—Porque mi hermano quiso, antes de escucharlos, sacrificar a dos cautivos y rociar con su sangre a los mensajeros, ya que éstos habían visto a los dioses; habían fijado sus ojos en sus caras y en sus cabezas.

—¡No! —dije con voz apenas audible y llevé las manos a mi rostro—. ¿Dioses? ¿Por qué insiste en que Quetzalcóatl ha vuelto?

Cuitláhuac no contestó mi pregunta. Pienso que para él la chifladura de mi padre ya no tenía remedio. «Hasta le hemos dado a comer las partes de la carne del *ocelotl* que dizque sirven para curar los desarreglos del seso, sin que haya mostrado ninguna mejoría», había escuchado decir a Papatzin Oxomoc alguna ocasión en que hablaban sobre su extraño comportamiento.

—En cambio —prosiguió Cuitláhuac con el relato del informe hecho por los enviados—, éstos habían dado una relación de lo que los hombres blancos comían: alimentos humanos, grandes, blancos, no pesados, cual si fueran paja. Su sabor es parecido al de los *olotes*, y a la médula de caña de maíz. Un poco dulces, un poco enmielados. Mi padre se había maravillado de que unos dioses comieran alimentos tan magros. También, y sobre todo, de oír el negocio de las armas de fuego, especialmente de los truenos que quiebran las orejas, y del hedor del humo que sale, que es muy pestilente y huele a lodo podrido, y penetra hasta el cerebro causando tantas molestias que parece cosa infernal; del fuego que echan por la boca, y del golpe de la bola que sale de sus entrañas y va lloviendo fuego que va destilando chispas y desmenuza un árbol o destroza un cerro de golpe; y de la relación que le dieron de las armas muy fuertes que usaban, así ofensivas como defensivas, como son coseletes, cotas, celadas, espadas, ballestas, arcabuces y lanzas. Sus aderezos de guerra son todos de hierro: de hierro se visten, hierro ponen como capacete a sus cabezas, de hierro son sus espadas, sus arcos, sus escudos y sus lanzas. Los soportan en sus lomos los venados, tan altos como los techos. Se suben en ellos los hombres armados. Por todas partes vienen envueltos sus cuerpos, solamente aparecen sus caras. Son blancas, como si fueran de cal. Tienen el cabello amarillo, aunque algunos lo tienen rojo. Larga es su barba, también amarilla. Y otros entre ellos son negros y tienen los cabellos crespos y prietos, un poco encarrujados. Sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego y echan chispas: sus ojos de un amarillo intenso. Sus panzas,

ahuecadas, alargadas como angarilla, acanaladas. Son muy fuertes y robustos, no están quietos, jadean y andan con la lengua colgando. Más feroces que los *nonotzali*que, esa gente asesina, osada y atrevida para matar. Manchados como tigres, como ocelotes.

Yo sentí que la piel se me ponía chinita, semejante al pellejo de los guajolotes cuando se les despluma con agua hirviente, y me arrimé a Cuitláhuac. Éste me rodeó con su brazo.

—Las cosas que contaron los mensajeros son extrañas y mueven a miedo, Tecuichpotzin —dijo con voz suave para aplacar mis temores—. Empero, a varios de nosotros, los señores principales, nos ha parecido que ni Hernando Cortés ni la mujer Malintzin ni los otros que lo acompañan son dioses; vaya, ni siquiera se asemejan a los que conocemos y veneramos; consideramos que tenemos la fuerza para enfrentarlos y echarlos de nuestras tierras. Cacamatzin, Tlatecatzin, el Señor de Coyohuacan, yo, y hasta el mismo Tlilpotonqui, pensamos que son hombres de carne y hueso, que sólo quieren hacerse de algún tesoro y luego irse por donde llegaron. ¡Yo no les temo y estoy dispuesto a pelear contra ellos, si es necesario! Sólo que...

La voz de Cuitláhuac se quebró por un instante. Yo lo miré y pronuncié muy quedo:

—¿*Quen nel?* ¿Qué pues...?

—Tu padre, mi hermano, nuestro *huey tlatoani* Motecuhzoma, se llenó de gran temor y como que se le amorteció el corazón, se le abatió con la angustia. No bien decían algo los mensajeros, cuando él los interrumpía con voz mujeril para decir: «¿Qué sucederá con nosotros? ¿Quién de veras queda en pie?» Y cuando terminaron, gimió, sí aunque no lo creas, gimió delante de los presentes: «¡Ah, en otro tiempo yo fui! ¡Vulnerado de muerte está mi corazón! ¡Cuál si estuviera sumergido en *chilli*! ¡Mucho se angustia, mucho arde...!»

Sentí que mi cara se ponía de color de la grana cenicienta, y tuve que apartarme de su lado para no golpearlo con mis puños.

—¡Cuitláhuac! —reaccioné alarmada—. No te atrevas ni a pensarlo. ¡Motecuhzoma es sagrado! Le debemos obediencia, así se comporte como un cobarde —dije con el alma en un hilo.

Él volteó hacia mí y dejó que sus ojos se clavaran en los míos. Pude ver su dolor y su amargura. El desaliento que los opacaba.

—Recuerda el principio que todos los nobles aprendemos en el *calmecac* —dije para prevenirlo—: «Resbalan y deslízanse muchos en presencia del trono, y del estrado y nadie escapa»; no olvides que el que cae en la ira del rey, no se puede escapar de sus manos.

Cuitláhuac, entonces, rozó su mejilla con la mía en señal de aprecio por lo que había dicho.

—Te prometo actuar con sensatez, Tecuichpo —ofreció. Luego, se incorporó y dio unos pasos con el puño derecho pegado a sus labios—. No podemos hacer nada

—exclamó sin alterarse—. Por ahora, debemos esperar hasta que regresen los *tepupuxacuauique*, hechiceros, encantadores y adivinos que él ha enviado para que procuren alimento a los supuestos dioses; para que sacrifiquen en su honor algunos cautivos, por si quieren beber su sangre; y, si lo creen oportuno, les hagan hechizos o maleficios, les soplen algún aire o les echen algunas llagas, y, tal vez, los enfermen o se mueran. También les pidió que vieran qué casta de gente es aquélla y que le trajeran pinturas donde se les pueda ver, así como a sus venados y sus perros.

Tuvimos que esperar varios días hasta que los mensajeros regresaron y se entrevistaron con Motecuhzoma, esta vez en la Ayauhcalli o Casa de la Niebla, donde Motecuhzoma se había recluso para hacer sacrificios a los dioses del agua.

Mientras tanto, aproveché que todo había quedado en suspenso para visitar a Miauaxóchitl. Mi madre me recibió en sus aposentos privados. Estaba acompañada de mis hermanas Macuilxóchitl e Ilancueitl. Las tres se alegraron al verme y, de inmediato, con una curiosidad casi infantil, se dedicaron a admirar mis atuendos y a catar las joyas que adornaban mi cuello, brazos y piernas.

—¡Tecuichpotzin! —exclamó Macuil—. ¡Te has puesto hermosa, niña! ¡Déjame que te vea! —agregó y me hizo dar varios giros sobre mis talones para poder pellizcar aquellas partes de mi cuerpo que le resultaban apetecibles.

Yo le seguí la corriente y todas reímos. Macuil me palpó y se sorprendió del tamaño que habían adquirido mis senos.

—Niña, te has convertido en un árbol de *totolcuitlatzápotl*, tus frutos son grandes, muy dulces y muy buenos de comer. Cuitláhuac debe estar fascinado —dijo, sin ocultar la doble intención que impregnaba sus palabras.

Nuestra Tecuichpotzin —habló Miauaxóchitl usando la terminación *tzin* para recalcar mi condición de señora, casada con un príncipe importante— se ha transformado en una mujer de gran hermosura. Sin embargo, como pueden apreciar, ha seguido mis consejos y no se acicala demasiado ni se ostenta como una *tapepetzon*, una perla de agua, lo que daría pie para que se burlasen de ella. Tecuichpotzin se viste y alhaja con discreción. Se comporta como una señora principal y es muy estimada, digna de honra y reverencia. Papatzin Oxomoc le tiene gran aprecio y todos los servidores, en especial sus ayas Yacapatlahuac y Xochipalli, se deshacen en elogios. Idéntica es la opinión de los *calpixqui* que sirven en el palacio de Cuitláhuac.

Mis hermanas, después de escucharla con el acatamiento que exigen nuestras normas de cortesía, esgrimieron una sonrisa bobalicona y humillaron la cabeza. Yo, la verdad sea dicha, sentí que estas reglas fuesen tan estrictas, porque me encantaba su frescura y la manera espontánea de manifestar sus sentimientos. No obstante, las palabras de mi madre, en esos momentos harto difíciles, compensaron con creces la angustia que me hacían sentir los despropósitos de mi padre, cuyo nombre no tardó en revolotear en nuestras lenguas.

—Estoy muy preocupada por él, hija —dijo Miauaxóchitl con un dejo de tristeza

—. Tayhualcan, la única de sus esposas cuya presencia admite y sólo cuando necesita que le preste algún servicio especial que no puede delegar en Tlilpotonqui, me contó hace dos días que Motecuhzoma está ido, que sus ojos segregan lágrimas quemadas como si su cabeza se hubiese transformado en un brasero, que constantemente repite: «¿*Campa mach patitiuitze?* ¿En dónde remediarán?», porque no encuentra alivio. Ha dejado de preocuparse por los asuntos del imperio y ya nada parece importarle, ni el sometimiento de otros pueblos ni la cacería. Come poco y duerme menos. Su cuerpo, antes fuerte y robusto, adelgaza sin remedio; sus músculos se le están haciendo flácidos. Su semblante refleja una angustia que entristece a todos los que lo rodean.

—La llegada de los hombres blancos lo ha trastornado, madre —dije para informarla de lo que yo sabía—. He escuchado que ni siquiera quiso recibir a mi tío Cacamatzin, cuando éste fue a verlo para que lo aconsejase respecto de los problemas que tiene con su hermano Ixtlilxóchitl, quien le disputa el señorío de Tetzcuco. Un asunto muy delicado madre, porque si Ixtlilxóchitl no queda satisfecho podrá traicionarnos en el momento menos pensado y causarnos daños irreparables.

—Tienes razón, Tecuichpo —intervino Ilancueitl, quizá porque era ella la más enterada de las intrigas en palacio, debido a la relación de complicidad que mantenía con Xiuquecho, el jorobado favorito de Motecuhzoma, dotado con unas orejas finas y afiladas y con una piel de *quauhcuetzpalin*, iguana-camaleón, que le permitía pasar inadvertido en todas partes—. La Triple Alianza es la base de nuestro poderío. Si falla uno de los *huey tlatoani* que gobierna cada reino, todos estaremos vulnerables frente a los ataques que provengan de cualquier otro señorío enemigo...

—¿Como cuál? —preguntó Macuil.

—Los señores de Tlaxcala, por ejemplo —respondió Ilancueitl sin titubear.

—Y otros muchos —agregó mi madre—. Nos hemos ganado el odio de muchos pueblos, hijas. Los señoríos de Cempoala, Huexotzinco y Michoacatlalli, a quienes nuestros guerreros han hecho la guerra, tomado cautivos, violado a sus mujeres y exigido tributos, jamás podrán perdonarnos. Tan pronto crean que la ocasión es propicia, caerán sobre nuestro pueblo y nos aplastarán.

Poco sabían mi madre y mis hermanas de lo que había acaecido con los extranjeros llegados por la mar y las idas y venidas de tantos mensajeros como había enviado mi padre. Pasamos toda la mañana enfrascadas en el tema y, al igual que había sucedido conmigo, las tres se horrorizaron al escuchar la descripción que hice de los perros.

Comimos en una terraza del palacio de Motecuhzoma y, con la tarde encima, Miauaxóchitl, que había escuchado maravillas sobre el jardín que yo cultivaba en los terrenos adyacentes al palacio de mi marido en Iztapalapan, me invitó a que diéramos una vuelta por uno de los jardines de mi padre.

—Te va a encantar por los arreglos que le han hecho.

No me vi defraudada. Lo habían convertido en una maravilla, digna de ser habitada por Xochipilli, el príncipe de la flores, dios de la juventud, de la música y de

los juegos. Le habían agregado ciertos miradores que sobresalían y los mármoles y losas eran de jaspe, muy bien obradas. También, en una de las construcciones delimitada por columnas hechas con maderas preciosas, habían hecho diez estanques de agua, donde tenía todos los linajes de aves de agua de los lagos y lagunas del valle del Anáhuac y, para aquellas que se crían en la mar, había unos estanques de agua salada. Ambas estaban perfectamente cuidadas de acuerdo con su naturaleza, de forma que a las que comían pescado se lo daban, y a otras las alimentaban con gusanos, maíz, u otras semillas dependiendo de sus necesidades. Trescientos *macehualtin* se encargaban de darles de comer. Nosotras caminamos sobre unos corredores y miradores muy gentilmente labrados, que mi propio padre usaba para recrearse con la contemplación de sus pájaros.

Después, bajamos hasta adentrarnos en un sendero flanqueado por unas hileras de sabinos que tenían las hojas tiernas, de color verde claro, más que el que llamamos *yapalli*, detrás de los cuales estaban unos campos inmensos cultivados con todas las flores imaginables y que formaban tapetes cuyo capricho podía rivalizar con los tonos del sol desde el amanecer hasta el ocaso, y nos dirigimos hasta unos pabellones donde Motecuhzoma conservaba, para su diversión, seres que nuestros sacerdotes llamaban «inhumanos», tales como albinos, enanos, corcovados y otros seres contrahechos; aves de rapiña domesticadas en jaulas, una parte de las cuales estaba cubierta para abrirlas de la lluvia y la otra abierta al aire y al sol; pumas, jaguares, coyotes, zorros, gatos salvajes; todos cuidados por centenares de servidores.

Miauaxóchitl estaba demudada. Era la primera vez que iba a esas casas y la impresión por lo que veía le resultaba estrujante. Yo, en cambio, estaba fascinada con esas escenas mórbidas que mantenían mi frente y mis mejillas perladas con gotitas de sudor. La concepción extravagante sobre los seres «inhumanos» que había heredado, indudablemente de mi padre, me hacía ver en mí algunas de las aberraciones que dominaban la imaginación de los aztecas, y que no me eran ajenas ni despreciables.

—Esta afición de Motecuhzoma por las deformidades es algo que no comprendo, Tecuichpo —murmuró mi madre, sin poder evitar el escalofrío que les daba un tono helado—. Yo, que alguna vez critiqué a Netzahualcóyotl por haber construido en sus jardines muchos laberintos en sus baños, y que utilizaba para castigar con una muerte espantosa a sus rivales y a los servidores que habían fallado en sus tareas, que calificué como una aberración cruel e impropia de un *huey tlatoani* que, entre otras virtudes, cultivaba la poesía, no puedo admitir que tu padre se solace y divierta con estos pobrecillos que mantiene en cautiverio como si fuesen animales. ¡Es más, lo repruebo, hija! —remató indignada.

Yo guardé silencio. Sabía que mi madre tenía razón en sus reproches, pero para mí esas «aberraciones» significaban mantener un contacto directo, estrecho, con Mictlantecuhtli, Señor de los Muertos, a fin de tener siempre presente que lo que mostraban los hombres y mujeres por fuera no necesariamente correspondía a su carácter ni a la naturaleza de su *tonalli*. Que el engaño, la falacia y la maldad estaban

agazapados detrás de la piel y que su verdad podía ser igual o mucho peor que lo que veíamos dentro de aquellas jaulas. Creo que para Motecuhzoma esos «inhumanos» eran un espejo en el que se reflejaban sus vicios, sus carencias y el ímpetu excesivo que ponía en la celebración de los sacrificios que hacía al Sol para mantenerlo vivo. Si no, no puedo explicarme la inclinación sanguinaria que alimentó con tantas crueldades mientras estuvo vivo. ¿Y yo...? Yo he tenido que domar los instintos heredados, para vencer esa maldita tendencia.

Huimos de ese lugar lo más rápido posible y fuimos a dar a otra casa donde había muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en la cola algo que suena como cascabel; éstas son las peores víboras de todas, estaban en tinajas y cántaros grandes, y en ellas mucha pluma. Allí ponían sus huevos y criaban sus viboreznos. Nos entretuvimos un rato en este sitio para satisfacer la curiosidad que Miauaxóchitl sentía por los dibujos y los colores de las pieles de las víboras, y que ella solía bordar en mantas, túnicas y huipiles con un primor deslumbrante. La manta con labores de cara de serpiente, que había bordado para Motecuhzoma, valió un comentario elogioso de mi abuela Xochicuéyetl, algo que no había sucedido en años y que corrió de boca en boca entre todas las señoras principales, tanto de Tenochtitlan, como de Tetzcuco y Tlacopan.

—Mira, Tecuichpo —llamó mi atención sobre un hermoso ejemplar de una culebra que llamamos *tecutlacozauiqui*, considerada el príncipe o la princesa de todas las culebras—, la forma como están dispuestas sus escamas gruesas de color amarillo, el mismo que tienen las flores de la calabaza, y la distribución de las manchas negras que le dan el aspecto de una piel de tigre... Creo que a Cuitláhuac podría gustarle mucho una túnica con dibujos similares.

Yo agradecí su sugerencia con una sonrisa. Iba a responderle, cuando, en la casa de junto comenzaron a bramar los tigres y los leones, aullaron los adives, coyotes y zorros, y las sierpes se contagiaron y comenzaron a silbar. Entonces tuvimos que salir corriendo porque aquello parecía un infierno.

No paramos hasta que entramos a sus aposentos. Nuestras bocas jadeaban y nuestros cuerpos estaban bañados en sudor. Las dos reíamos como si fuésemos unas niñas tontas. Las sirvientas de mi madre y Tzilacayotl, mi querida Calabacita lisa, nos llevaron al *temazcalli* donde nos dieron un baño que ayudó a calmar nuestros nervios y nos preparó para lo que debía ser un sueño confortable y reparador que, en mi caso, se convirtió en otra más de mis frecuentes pesadillas.

Esa noche, dormida a la vera de mi madre, soñé que los mensajeros de Motecuhzoma se presentaban ante los hombres blancos asentados a la orilla de la mar y les ofrecían tortillas rociadas con la sangre de los cautivos que se habían sacrificado en su honor, en la creencia de que eran dioses que venían del cielo —de los negros pensaron que también eran dioses y les llamaron «divinos sucios»— a los que debían venerar. Vi, con una claridad asombrosa, cómo al catar esa comida, los extraños tuvieron grande asco de ella, y comenzaron a escupir y abominarla porque hedía con

la sangre; la desechaban con náusea.

Luego, vi que todos se arrojaban al derredor de unos petates extendidos en el suelo y que los «divinos sucios» se atrevían a probar los frutos ahí dispuestos. Masticaron, primero con cautela y después con voracidad, los huevos, las gallinas, las tortillas blancas, y todos los zapotes, incluso el *totalcuitlatzapotl* o zapote caca de gallina. Los hombres blancos y barbados, al ver el gusto que recibían los negros y que no les hacía daño, metieron sus manos y saciaron sus bocas con camotes, jícamas, fruta del río, guayabas, aguacates, tejocotes, tunas rojas, tunas de agua, tunas de dulce, hasta que quedaron satisfechos. También, los «venados» recibieron su comida, que consistía en puntas de tule y recortes de hierba.

Después mi sueño se volvió confuso. Se plagó con seres que tenían rostros horripilantes y el odio clavado en el entrecejo. Vi a los brujos y a los hechiceros hacer sus conjuros a espaldas de los hombres blancos, siempre embozados en la noche, agazapados en el monte, ocultos detrás de las voces con las que convocaban a las criaturas del Mictlan para que les hicieran daño o para que sus sortilegios los obligaran a huir de nuestras costas y volver por donde habían venido, sin que sus negros artificios les diesen resultado. Llegaron, hasta mi espíritu dormido, los nigrománticos, los que tienen pacto con el demonio y se transfiguran en diversos animales, quienes usaron de sus encantamientos y ensalmos para causarles la muerte, para que se llenasen de pobreza y no les alcanzara el pan para comer en su casa, y, al fin, se les juntara toda la pobreza y miseria. Mas todo resultó inútil, porque los blancos andaban muy quitados de la pena y no se ocupaban más que en pepenar los alimentos que les habían llevado y en ir y venir de la playa a sus navíos y dar grandes voces y disparar sus cañas de humo a diestra y siniestra como si quisieran espantar no sólo a nuestros mensajeros sino a los mismos dioses que mi padre veneraba.

Desperté con el pecho oprimido y un sabor amargo en la garganta. Me incorporé y pude constatar que estaba sola. Miauaxóchitl y las demás mujeres ya se habían levantado e ido a cumplir con sus obligaciones. Aspiré con fuerza para despejar mi mollera y expulsar de mi cabeza todas las imágenes horrorosas que me habían visitado durante el sueño. Me levanté de la estera hecha con *petlatollin*, caminé un par de pasos todavía adormilada y, sin darme cuenta, fui a estrellarme con el pecho de un hombre que estaba ahí parado, como si fuese un centinela que velase mi tránsito a la vigilia.

—¡Ay! —lancé un grito que se ahogó entre los brazos del hombre, tan pronto como reconocí el aroma de su cuerpo—. ¿Cuitláhuac?

—He esperado a que despiertes, Tecuichpotzin —fue su respuesta.

—¿Qué haces aquí?

—Motecuhzoma me hizo llamar. Han regresado los enviados. Traen noticias y Cuitlalpítoc llegó con las pinturas que tu padre le encargó hacer a Teuhtlile. Quiere que las veamos y lo ayudemos a decidir qué es lo que debe hacerse.

—¿Él aún no las has visto, mi señor?

—Tlilpotonqui sólo me comentó que el sacerdote, el *mexicatl teohuatzin*, le había dicho a Motecuhzoma: «Mi gran señor, nuestro señor, ¡no somos sus contendientes iguales, somos como unas nadas! ¡Es gente muy fuerte, no pudimos hacerles nada!» Luego, con voz seca, rasposa como la sangre hecha costra entre sus dedos, continuó: «Observé detenidamente a los extraños, sobre todo al principal, al que llaman Hernando Cortés, y me parece que no son dioses. Sus modos son groseros, carecen de dignidad. Si acaso fuesen dioses, serían desconocidos. Estoy seguro de que ninguno es nuestro dios Quetzalcóatl».

—¿Qué dijo mi padre, Cuitláhuac?

—¡On *nen on catca!*, Tecuichpo. ¡Todo fue en vano!

—¿Fue todo?

—Sí. Y ahora debo irme porque me aguardan para descifrar las pinturas. Tú ve al palacio de Iztapalapan. Ahí te buscaré por la tarde para contarte lo que haya sucedido.

Miauaxóchitl y mis hermanas me acompañaron hasta el embarcadero donde me esperaba una de las canoas al servicio de mi padre que me conduciría a través de la laguna hasta el señorío de Xochimilco, para visitar a los chinamperos que surtían mi jardín de plantas y flores. Una vez que escogiera las plantas y viese los retoños de los sabinos y los sauces que les había encargado, me llevarían en una canoa de Cuitláhuac hasta el palacio de Iztapalapan.

—Ve con cuidado, hija —me pidió mi madre, quien nunca había confiado en el equilibrio de las canoas ni en la pericia de nuestros remeros—. Recuerda lo que te conté acerca de la vez en que caí al agua y el trabajo que me costó salir a salvo. Luego, me tomó del brazo y me apartó de mis hermanas—: ¿Qué debo esperar de tu padre, Tecuichpotzin? —me preguntó con aflicción.

—No lo sé, madre. Pero dadas las circunstancias, creo que no debemos hacernos ilusiones sobre la recuperación de su cordura —respondí mordiéndome la lengua.

Ella entendió. Una lágrima escurrió por su mejilla. La borró con un gesto que pasó inadvertido a los que nos rodeaban.

Cuitláhuac, tal como lo había prometido, me encontró en la Cámara del Viento. El sol estaba en el ocaso y Yacapatlahuac, auxiliada por dos *tlatlacotin* que suplían a Xochipalli, porque ella debía amamantar a su *chilpayate*, había colocado unas teas de *oyámetl* para que no nos faltase luz ni el aroma sedante que despiden para solazar nuestros sentidos.

Él llegó sudoroso y con los nervios visiblemente alterados. Me tomó de una mano y me condujo sin dilación hasta unas esteras color grana dispuestas en un rincón donde nadie podía escucharnos.

—Hemos visto los dibujos que hicieron los *tlacuilos* por órdenes de Teuhtlile —dijo de una tirada—. Motecuhzoma fue el primero. En ellos están los hombres extraños, Tecuichpo. Son como nosotros, pero diferentes. Ahí están sus venados, los cerros en los que llegaron...

—¿Y qué opinas de ellos, Cuitláhuac?

—Lo mismo que el *mexicatl tehuatzin*. Los grandes ciervos, que tienen pelos de color blanco y barbas en sus bocas, no son más que animales. No vimos seres sin pie ni hombres con cara de pescado. Sus cerros son como canoas gigantes de maderos, no de serpientes. Nada que nos indique que se trata de Quetzalcóatl o que su naturaleza sea semejante a la de nuestros dioses.

—¿Y qué decidieron hacer?

—Algunos señores, yo entre ellos, aconsejamos a Motecuhzoma que nos deje hacerles la guerra y matarlos ahí donde ahora se encuentran.

—¿Y él, cómo reaccionó?

—No quiso escucharnos. Comenzó a temblar de ira y a dar órdenes al *petlacácatl* para que reuniese a todos los *calpixqui* que estuvieran disponibles y que éstos, junto con otros embajadores principales o *teucnenenqui*, entre los que contó a Cuitlapítoc, el *cuauhnochtli* y el *tlacochcácatl*, bajo pena de muerte, fueran donde están los extraños y les procuraran todo lo que les fuera necesario, así como para la mar como para la tierra.

Después nos despidió con un gesto altivo, soberbio, para darnos a entender que él era el *huey tlatoani* y pobre de aquél que osase poner en tela de juicio sus órdenes.

—¿Y tú qué vas a hacer, mi señor? —expresé, aun a sabiendas de que no las tenía todas consigo.

—Esperar, Tecuichpotzin. No tengo otra alternativa.

«Esperar a que la desesperación te obligue a obrar por tu cuenta, desobedezcas a Motecuhzoma y cometas una tontería que pueda costarte la vida», pensé con recelo. En alguna forma dejé traslucir mi pensamiento, porque él me tomó por la barbilla, me besó en los labios y me dijo:

—No te preocupes, Tecuichpotzin; he decidido ser paciente hasta que las circunstancias me obliguen a actuar y acabar con esa gente.

El *petlacácatl* y los embajadores regresaron a los pocos días con noticias que aumentaron el terror que les tenía mi padre:

—Ya supimos que se llaman españoles, nuestro señor Motecuhzoma —dijeron frente a mi padre y un grupo numeroso de principales que lo rodeaban, entre los que se encontraba Cuitláhuac, quien no tardó en contármelo.

—La mujer que viene con ellos, que los viene acompañando, y que habla náhuatl como nosotros nos lo dijo. Ella se llama Malintzin; su casa, Tetícpac. Allá en la costa primeramente la cogieron. Luego, el *cuauhnochtli* enfatizó el hecho de que los españoles habían preguntado muchas cosas acerca del propio Motecuhzoma: cómo era, si acaso muchacho, si acaso hombre maduro, si acaso viejo. Si aún tenía vigor, o si ya tenía sentido de viejo, si acaso ya era un hombre anciano, si tenía cabeza blanca.

—¿Y ustedes qué contestaron? —inquirió Tlilpotonqui a petición del *huey tlatoani*.

—Que nuestro señor Motecuhzoma es hombre maduro; no gordo, sino delgado, un poco enjuto; de fino cuerpo —respondió el *teucnenenqui*.

—¿Y cómo se comportó mi padre, Cuitláhuac? —quise saber de inmediato.

—Me avergüenza decirlo, Tecuichpo —respondió con un susurro—. Mi hermano se llenó de espanto. Se echó hacia atrás y extendió los brazos como si quisiera defenderse de un ataque. «Los dioses mucho desean verme la cara», dijo con horror. En seguida, gritó frente a todos los que ahí le acompañábamos que tenía deseos de huir; anhelaba esconderse, se les quería escabullir a los dioses.

—¿Y ustedes no trataron de hacerlo entrar en razón? —pregunté francamente molesta.

Los ojos de Cuitláhuac destellaron con furia. Meneó la cabeza y lanzó una maldición con los dientes apretados.

—Nunca faltan personas abyectas que se pliegan a los caprichos de los poderosos, por muy descabellados que sean, con tal de quedar bien y salvar el pellejo —rugió—. Tlilpotonqui y el *mexicatl teohuatzin*, sin importarles lo que los demás pensáramos, se humillaron para sugerirle: «Se sabe de sitios donde jamás podrán encontrarte, señor nuestro: el lugar de los muertos, la Casa del Sol, la Tierra de Tláloc y la cueva que se llama Cincalco, que está cabe a Tlacuyoacan, que guarda grandes secretos detrás de Chapultepec y que es la Casa de Cintli, el templo de la diosa del maíz. Allí habrá que ir. En donde sea tu buena voluntad». Motecuhzoma no se permitió cavilar ni un instante, Tecuichpo. Decidió esconderse en la Cueva de Cincalco y así lo dijo; mas lo hizo con mucha fuerza, igual que si fuese una mujer en el momento de expulsar a su niño, y sus palabras fueron escuchadas en todos los rincones de su palacio. Ahora, en este momento deben andar de boca en boca. No habrá ningún *macehual* que no se haya enterado. Así se ha podido saber, así se ha divulgado entre la gente. ¿Te imaginas lo que esto significa?

—Que ha quebrantado su poder. Que ha mancillado la figura del *huey tlatoani*, mi señor —contesté, para luego quedar en silencio.

Cuitláhuac dio por terminado nuestro encuentro.

—Debo ver a Papatzin Oxomoc, Tecuichpo. Hace tiempo que no lo hago y me preocupa que se sienta ofendida.

Yo comprendí y lo dejé ir sin comentario alguno; aunque debo confesar que sentí unos celos terribles, que hube de tragarme para no hacer el ridículo.

Al día siguiente salí con Papatzin para acompañarla al *tiánquez* y tuve la mala fortuna de escuchar, en voz de un grupo de *pochtecas*, que: «Las palabras de los encantadores habían trastornado el corazón de Motecuhzoma, se lo habían desgarrado, se lo habían hecho girar, se lo habían dejado lacio y decaído, lo tenía totalmente incierto e inseguro por saber si podría ocultarse allá en la Casa de Cintli».

Cuando volvimos a palacio, me encerré en mis aposentos y chillé como si fuera una *tequanime*, una fiera que muerde y mata.

A partir de ese día, los acontecimientos se sucedieron con una rapidez incontrolable. Los españoles abandonaron sus navíos y se adentraron en Cempoallan, donde pronto trabaron amistad con el señor Chicomacatl, quien los proveyó con los

alimentos y las vituallas que ellos le solicitaron y, asimismo, les dio muchos guerreros para que los acompañaran en su camino hacia Tenochtitlan.

Todos los días llegaban mensajeros al palacio de Motecuhzoma para enterarlo de lo que iba sucediendo. Los mensajes se difundían entre los señores principales, los sacerdotes y los funcionarios del imperio e inmediatamente se propalaban entre los tres mil servidores de palacio, de suerte que el pueblo se enteraba al día siguiente. Las palabras atravesaban las paredes, los muros; después rebotaban en los *cu*, en las escalinatas de los adoratorios, daban giros en las plazas, se sumergían en los canales, saltaban igual que si fuesen ranas y así, dando brincos, llegaban a los huacales del *tiánquez*, donde los *pochtecas* las recogían y las llevaban a todos los confines que guardaban vasallaje al *huey tlatoani* de los mexicas. Todos sabían lo que acontecía y todos lloraban y se angustiaban, y andaban tristes y cabizbajos, hacían corrillos y hablaban con espanto de las nuevas que habían venido. Las madres, llorando, tomaban en brazos a sus hijos y les decían: «¡Oh, hijo mío, en mal tiempo has nacido, qué grandes cosas has de ver, en grandes trabajos te has de hallar!»

Cuitláhuac no se separaba de Motecuhzoma. Sólo acudía de forma esporádica al palacio de Iztapalapan para atender los asuntos de su señorío. A Papatzin Oxomoc y a sus demás esposas y concubinas las mantenía relegadas. Yo era la única que, de vez en cuando, tenía el privilegio de verlo y escuchar sus comentarios. Por él supe que mi padre había decidido abandonar las casas reales, que conocíamos como las Casas Nuevas, y que había vuelto a ocupar las casas que él tenía antes de que fuese elevado al cargo de *huey tlatoani*. Por él supe, también, que Motecuhzoma había enviado a un señor principal llamado Chalchiucuechecan para que dijera a Malinalli que esperaba al capitán Hernando de Cortés, lo que había despertado un malestar generalizado entre los príncipes que lo rodeaban.

—Le pedí que me dejara acudir al encuentro de los españoles al mando del ejército compuesto por los *achcautin*, nuestros más afamados guerreros, para apresarlos y traerlos cautivos, Tecuichpo. «¡Ofreceremos sus corazones en la primera fiesta al dios Huitzilopochtli!», grité para animarlo y que actuase con la determinación viril que todos esperamos de él.

Yo vi el dolor pintado en las facciones de mi esposo y supe de antemano lo que iba a decirme, por lo que me anticipé a sus palabras:

—Y no quiso acceder, mi señor. No me sorprende.

—No, no quiso. Tiene la *tlapatlmixitl*, la locura incrustada en la cabeza. Parece hechizado. No reacciona. Está convencido de que son dioses y piensa esperar sin hacer nada para defender a su pueblo. Todos estamos desesperados.

Días más tarde supe, por unos *calpixqui* a nuestro servicio, que el Señor de Cempoallan había regalado un hombre principal a los españoles —que tenía el rango de *tlacohcácatl* y que era muy bueno para aprender y hablar otras lenguas— para que les sirviera como *tlayacanqui* y los guiara, para que les preparara el trayecto, les ayudase a cortar caminos, les mostrase la verdadera ruta y les explicase lo que

deberían hacer y decir frente a los habitantes de aquellos pueblos que eran nuestros vecinos y que nos consideraban sus enemigos.

—Hernán Cortés y sus soldados aprenden rápido, Tecuichpo —dijo Cuitláhuac cuando lo interrogué sobre las actividades de los españoles—. Han establecido una alianza con los de Cempoallan y casi puedo afirmar que no tardarán en hacer lo mismo con los de Tlaxcala. Hace unos días, Cortés envió a Motecuhzoma dos *calpixqui* que apresó cuando recaudaban tributos en las cercanías de Quiahuiztlan, con un mensaje que éstos transmitieron en mi presencia. Díganle a su emperador que, para probarle mis buenas intenciones y mi amistad, los ayudé a escapar de Cempoallan. A cambio, sólo le ruego que me permita ir hasta él para rendirle honores de parte de mi rey, don Carlos I de España.

—¿Sus buenas intenciones? —dije con sorna; e iba a agregar algo, pero Cuitláhuac me interrumpió.

—Por supuesto que no. Cortés inventó un ardid para que, al interrogarlos, supiésemos cuántos hombres son, cómo son sus armas y qué tan poderoso es él. Sólo corroboramos lo que ya sabíamos y te puedo asegurar —clamó con coraje— que me arden los pies, porque lo único que quiero es ir a matar a ese Cortés o hacerlo cautivo para que mi hermano pueda abrirle el pecho y sacarle el corazón.

Sus últimas palabras me dieron miedo. Cuitláhuac estaba a punto de perder el respeto a su *tiachcauh*, su hermano mayor, y gritarle: «¿Qué esperas? ¡Eres un cobarde! ¡Recuerda tu juramento al convertirte en *huey tlatoani* de los aztecas!»

Quise insistir en que tuviera prudencia, pero él no me dio tiempo. Se levantó del *icpalli* donde estaba sentado y salió de prisa para no escucharme.

Tuve que tragar mi congoja. Ese día y los que siguieron, Cuitláhuac no se dejó ver. Supe por boca de Papatzin, quien tenía orejas e informantes de fiar entre la gente importante, que estaba muy atareado, que hacía intrigas, junto con Ixtlacuechauac, Señor de Tula —un hombre bajo, feo y astuto que había estado presente en nuestra boda— para convencer al joven príncipe Xicoténcatl de Tlaxcala de que no se uniera a los españoles. Sin embargo, estos planes se vieron deshechos cuando se supo de la derrota que los españoles habían inflingido a los *otomíes* y gente de guerra que guardaba la frontera de los tlaxcaltecas, en la provincia de Tecóac.

—Se enfrentaron a los españoles con valentía y arrojo, les salieron al encuentro en son de guerra; con escudos les dieron la bienvenida, como es su costumbre —me narró Papatzin—. Pero a los *otomíes* de Tecóac los arruinaron, los vencieron totalmente, los dividieron en bandas. Los cañonearon, los asediaron con la espada, los flecharon con sus arcos. Los que montan venados alancearon muchos, y los arcabuceros y ballesteros mataron también a cantidad. Y no unos pocos, sino que todos perecieron. Los españoles tomaron el pueblo y robaron lo que hallaron y así destruyeron aquellos pueblos. Al escuchar los pormenores de esta masacre, los tlaxcaltecas se espantaron y comenzaron a temer —sentenció Papatzin. Su informante, con ademanes y gestos elocuentes, le había contado que los tlaxcaltecas

se amedrentaron y sintieron ansias de muerte—. Entonces, se reunieron en asamblea los caudillos, los capitanes Piltecuhtli, Acxoxécatl, Tecpanécatl, Cocomitecuhtli y Textlipitl. Unos a otros se decían: «¿Cómo seremos? ¿Iremos a su encuentro? ¡Muy macho y muy guerrero es el *otomí*, pero en nada lo tuvieron, como nada lo miraron! ¡Todo con una mirada, con un volver de ojos acabaron con el infeliz *macehual*!» Así, los señores de Tlaxcala habían acordado recibirlos de paz y tomarlos por amigos.

Mientras estos hechos se sucedían y las noticias más que alarmantes llegaban a los oídos de mi padre, éste decidió enviar otra embajada a Quiahuiztlan —donde los españoles habían acampado para reponerse de la pérdida de dos «venados» y para que los soldados se recuperasen de las heridas que les habían inflingido los *otomíes*—, con grandes regalos. Sin embargo, los *chalchihuites* y las piezas de oro ricamente labrado sólo sirvieron para exacerbar la codicia de Cortés, quien no dudó en aceptar la alianza que le proponían los de Tlaxcala.

Tlilpotonqui le confió a mi abuela Xochicuéyetl la actitud servil con que los señores de Quauhtexcalla o la Ciudad del Águila habían recibido a los españoles. Y, gracias a ello, todas las mujeres nobles nos enteramos de esos acontecimientos.

—Los condujeron, los llevaron, los fueron guiando... y los hicieron entrar a su casa real. Mucho los honraron, les proporcionaron todo lo que les era menester, con ellos estuvieron en unión —había dicho mi abuela despacito para que Tayhualcan, y después Miauaxóchitl, mis hermanas y yo misma, sintiéramos el avance cansino de los pasos de los españoles. Después se quedó callada.

El silencio de mi abuela hizo que la curiosidad de Tayhualcan diese brincos igual que una chinche, una *texcan* en petate de *macehual*. Tronó sus nudillos con impaciencia, mientras la lengua de la anciana recorría sus encías desdentadas. Los ojos de esta última se hicieron pequeños. Apenas una rendija donde la travesura se balanceaba en la punta de las pestañas. Tayhualcan comenzó a suspirar enojada. Los agujeros de su nariz se ensancharon.

—¡Y también les dieron a sus hijas doncellas, muchas, y ellos las recibieron, y usaron de ellas como de sus mujeres! —soltó mi abuela su flecha envenenada y lanzó una carcajada.

—¿Qué? —gritó Tayhualcan.

—¿Qué? —gritamos cada una de nosotras conforme escuchamos el agravio.

—¡Les dieron a sus hijas como si fueran *ahuiani*, alegradoras, prostitutas! —había juzgado la primera esposa de Motecuhzoma.

—¡Cómo las mujeres inmundas que toman el camino aborrecible de las bestias! —mi madre Miauaxóchitl.

Y luego todas, sin excepción, exclamamos, no sin satisfacción por tratarse de las hijas de nuestros enemigos:

—¡Pobres doncellas, su vida ha sido en vano!

Mi abuela Xochicuéyetl disfrutó mucho con nuestros comentarios, tanto que palmeó con sus manos e hizo muecas harto graciosas. Ella, cuya lengua era temida

por propios y extraños, todavía se explayó en los detalles.

—¡Cinco mozas y hermosas doncellas, de buen parecer y bien ataviadas! ¡Cada una hija de un señor principal de Tlaxcala! —dijo relamiéndose los labios—. El mismo Xicotécatl el Viejo, que tiene los ojos anublados y está más ciego que un topo, se las entregó a Cortés con una sumisión oprobiosa. «Malinche —había dicho —, ésta es mi hija, y no ha sido casada; es doncella, tómala para ti». Luego la tomó de la mano y se la entregó; asimismo le sugirió que las demás las diese a sus capitanes.

—¿Y los españoles qué hicieron, madre? —la pregunta obligada de Tayhualcan.

—Cosas muy raras que no se han visto —fue su respuesta—. Me contó Tlilpotonqui que los españoles de Cortés, a quien han comenzado a llamar Malinche, dijeron que no las podían tomar hasta que estuvieran bautizadas en la forma en que lo piden su dios y la madre de éste, que llaman Nuestra Señora Santa María. Pusieron una cruz encima del *cu* de nuestro dios Tláloc y uno de ellos, que mentan padre de la Merced, tomó a las doncellas por las cabezas y les echó agua. Luego, dijo no sé que palabras y se arrodilló y se paró y levantó los brazos y le dijo a la hija de Xicotécatl el Viejo que ya se llamaba doña Luisa, y entonces Cortés la tomó de la mano y se la entregó a un capitán que tiene el pelo dorado y brillante como el sol, al que dicen Pedro de Alvarado, y éste se llevó a la princesa a unos matorrales que están detrás de un *teocalli* y se le echó encima y la tomó ahí sobre la tierra, como hacen los animales.

—¿Así de pronto, sin que la madre de la doncella y las *cihuatlanque* la prepararan, de acuerdo con nuestras costumbres? ¿Sin que los bañasen en el *temazcalli*? —inquirió Tayhualcan.

—Así como te lo dije —respondió, contrariada, mi abuela.

—¿Y a las otras, qué les hicieron?

—¡Lo mismo, hija! Cortés dijo a Xicotécatl el Viejo que se la había dado al de cabello dorado porque «era su hermano y su capitán, y que sería por el bien de ella, porque él la trataría muy bien». La hija o sobrina del señor *Maseescaci* se puso el nombre de doña Elvira. Es muy hermosa y parece que Cortés se la dio a un capitán que se llama Juan Velázquez de León. Las demás se pusieron sus nombres de pila y a todas las llamaban doña. Sus sirvientas las dio Cortés a los capitanes Gonzalo de Sandoval, a Cristóbal de Olid y a Alonso de Ávila. Todos estaban muy contentos.

—¿Y a todas les tomaron su *xiunenetl*, su vulva preciosa, ahí en el suelo, sin consideración alguna del linaje de sus padres? —pregunté entre indignada y condolida.

—¡A todas, Tecuichpo! —me respondió Miauaxóchitl, cuando llegó el momento de que fuese ella la que me transmitiera el chisme.

—¿Pero...? —quise hacerle saber mi indignación.

—¿*Cuix itleuh tetinemi in coyotl*? ¿El coyote acaso anda en su fuego, Tecuichpotzin? —me interrumpió mi madre para, con una frase proverbial, hacerme saber que a los españoles «Ya se les quemaban las habas»; que andaban más que

sobrados y que sus *tepolli* que ellos llaman «vergas» y de otras muchas formas, estaban muy calientes y los urgían para que les diesen la satisfacción debida—. Tú sabes bien que es costumbre regalar mujeres a los vencedores, ya sea de grado o por la fuerza. Nosotras, hija mía, no tenemos más valor que las cosas. Es bien sabido que entre la gente muy principal de señores y capitanes y hombres de valor y estima, se apuestan en el juego de pelota joyas, esclavos, aderezos de mujer y mancebas, muchas veces vírgenes. Me han dicho que tu padre, Motecuhzoma, ha violado a las hijas y mujeres de los servidores de palacio cuando éstos caen de su gracia, sin que nadie ose reclamárselo...

—¡Madre! —grité para callar su parloteo. Nunca la había visto tan ofuscada y menos que hablase en esos términos de Motecuhzoma. Sus palabras despertaron en mí el recuerdo de algunas escenas de nuestro pasado, que siempre me han llenado de coraje y vergüenza, cuando los tecpanecas exigían como pago de tributo a los mexicas una chinampa en la que fueran echados un pato, un *cuachili*, una serpiente; todo recubierto de *cempoaxóchitl*, sobre todo una garza debería estar posada en ella y los mexicas debían llevar a sus mujeres para que los tecpanecas se juntaran con ellas.

Miauaxóchitl comprendió mi reacción y se llegó a mi lado para abrazarme y prodigarme su ternura.

—Ay, hija, ¡qué nos espera! —susurró en mi oído—. Esos hombres van a matar a nuestros esposos, padres, hermanos, hijos... Van a destruir todo lo que nos rodea, y nosotras, las mujeres, deberemos sufrir las más terribles humillaciones —su llanto empapó mi cabello, mis nervios y mi *tonalli*.

Los triunfos, francamente inesperados, de Hernán Cortés y sus soldados causaron conmoción en la corte de mi padre; más cuando los mensajeros informaron que Malinche había preguntado dónde estaba México y qué tan lejos quedaba Tenochtitlan. Fue tal el alboroto, tanto el pavor, que Motecuhzoma despertó. Pudo escapar de la espesa niebla que tenía agarrotado su espíritu y reunió al consejo de ancianos, a los *tlatoani* de los señoríos aliados, a los senadores y a los señores principales. Ahí en la Casa de los Nobles, se reunieron Cacamatzin de Tetzcuco, Tetelepanquetzal de Tlacopan, Tzotzomatzin de Coyohuacan, Itzcuahtzin de Tlatelolco, así como los señores de Huitzilopochco, Mexicaltzingo, Ecatepec, Tenayuca, Azcapotzalco y Xochimilco. También, los hermanos y los hijos mayores de Motecuhzoma.

Cuitláhuac me contó que, en dicha reunión, él había tomado la palabra para que mi padre cobrase ánimos y se decidiera a combatir a los españoles.

—Mi señor y hermano, te suplico abras los ojos y veas a esos hombres como lo que son: hombres ambiciosos, enemigos de nuestros dioses, quebrantadores de tu imperio. Con respeto, te doy una prueba de su humanidad. ¿Acaso reconoció el tal Cortés el sagrado vestuario de nuestro padre Quetzalcóatl que le enviaste? ¿Siquiera se emocionó? Mi señor, ya no dudes más, impídeles llegar hasta Tenochtitlan, no traigas tú mismo el enemigo a casa. Estórbales para que ya no sigan levantando a los

pueblos sojuzgados por tu brazo, tu valentía y la de nuestros abuelos. Si no obedecen, ¡destrúyelos!

Yo lo escuché con atención, con la esperanza de que mi padre hubiese reaccionado con el vigor que había demostrado muchas veces en contra de nuestros enemigos. Que, por fin, se decidiese a hacerles la *cen yautl*, la guerra total. Sin embargo, cuando Cuitláhuac terminó de relatarme su parrafada advertí que el desaliento revoloteaba entre los labios de mi esposo y que su incitación no había sido atendida.

—¿No quiso hacerte caso, mi señor? —pregunté con voz entrecortada.

—¡No, Tecuichpo! Él prefirió acogerse a la sugerencia que le hizo su *machtli*, su sobrino Cacamatzin...

—¿Mi tío Cacamatzin?

—El mismo... Aún no lo entiendo. No puedo explicarme por qué lo aconsejó de esa manera.

Quedé callada. Esperé a que las palabras sueltas, quebradas por el rencor y por la ira volviesen a juntarse en la lengua de mi esposo. Al fin, él pudo arrojarlas fuera de su entraña, de su corazón herido con un *técpatl*, el mismo puñal de pedernal que se usa en los sacrificios de las víctimas.

—Cacamatzin le dijo: «*Tlatoani, tlatoani ce manahuac*, el que habla, que sabe hablar con sabiduría. Eres tú la cabeza de esta Triple Alianza, aquel en el que confían nuestros dioses. El que alimenta todos los días al Sol con la sangre de las víctimas sacrificadas por tu mano. En nuestros corazones viven tus dardos y tus flechas, tus hazañas, tu arrojo. Estos extraños insolentes no saben quiénes somos los mexicas, no conocen a nuestros dioses, menos su poder. Han venido sólo por avaricia del oro, no tienen intención alguna de marcharse. Tú, representante del Colibrí de la izquierda, de nuestro señor Huitzilopochtli, trátalos con magnificencia por dondequiera que pasen. Que sepan de tu grandeza. Escucha sus voces como haces con cualesquiera que se humille en tu presencia. Soy de la opinión de que si dejas que Cortés y sus soldados lleguen a Tenochtitlan, podrás, al verlos, darte cuenta de que son mortales, de que son *tlahuicatl*, tontos, apocados e ignorantes de lo nuestro. Y, si así te lo aconsejan los Dadores de la Vida, podrás acabar con ellos, aquí mismo, de la manera como se mata a los *tlalxiquipilli*, esos malditos gusanos ponzoñosos». Por su parte, Motecuhzoma lo escuchó sin quitarle los ojos de encima, Tecuichpo. Ahí los tuvo prendidos de su nariz aguileña, de sus pupilas cafés penetrantes, de sus cejas tupidas. Se bebió sus palabras elegantes, sus pensamientos adornados con metáforas brillantes y quedó convencido de que lo que el Señor de Tetzcuco le había dicho era lo más acertado para resolver los conflictos que acarrearía la presencia en nuestras tierras del tal Cortés y sus capitanes.

—Cacamatzin le dijo lo que él quería oír, Cuitláhuac. Le dio una salida airosa para disfrazar su miedo y la cobardía que lo aqueja —dije y me sentí muy mal porque, en alguna forma, volvía a traicionar la lealtad que debía a mi padre.

Cuitláhuac, en cambio, me miró con simpatía. Me hizo saber que agradecía mi solidaridad para con él con palabras afectuosas y, lo mejor que podía sucederme dadas las circunstancias, me trasladó a la Casa del Viento donde pasamos un día completo entregados a nuestro amor y a la delicia de jugar, en la intimidad, con nuestros cuerpos.

—Eres por fuera un *tinemaxoch*, un ramito de flores —me dijo en tono de guasa para burlarse del celo con que cuidaba mi limpieza y los adornos que usaba cada vez que lo veía, y que me daban el aspecto de una niña tímida e inexperta—. En cambio por dentro, mi amada Tecuichpotzin, eres un *tlexictli*, tienes un ombligo de fuego que incendia mi deseo y abrasa mi miembro con un calor voluptuoso y lo transporta a una ensoñación divina.

Yo me sentí sumamente halagada en medio del rubor que entintó mi cara. No era costumbre entre nuestros hombres hablar de la sexualidad con esa franqueza, al menos no con sus esposas. Empero, callé y no le dije nada. Tiempo después, cuando ya nos habían sucedido tantas desgracias que ni siquiera podía descifrar mi propio nombre, hube de lamentarlo. ¿Cómo no me atreví a confesarle el placer que me proporcionaba y que nunca más hombre alguno me ha hecho sentir? Fui una *tlahuicatl*, una tontuela.

Cuitláhuac volvió a desaparecer por varios días. Xochipalli se dedicó a distraerme con las minucias que prodigaba a su hijuelo y con una retahíla de rumores que pescaba por todos los rincones del palacio de mi señor, mientras multiplicaba sus afanes para que no me faltara nada. Yacapatlahuac, por su parte, consiguió unos paños finos y delicados de *nequén* para que yo pudiese bordar una manta con bordes de tigres rojos y un gran tigre en medio, que deseaba regalar a mi esposo con motivo de nuestro aniversario de bodas.

Papatzin Oxomoc —nunca me quedó claro si realmente le interesaba el bordado de los tigres que yo hacía o si lo usó como un pretexto— se presentó en mis aposentos para, con la tela en las manos pero con la mirada distraída, decirme que las noticias que había escuchado eran más que inquietantes.

—He oído, Tecuichpo, que los españoles, acompañados de muchos cempoaltecas y tlaxcaltecas, perpetraron una matanza terrible entre los habitantes de Cholula. Fue algo espantoso, según me relató el *quauhquauhnochtzin*, el embajador que vino a buscar a Cuitláhuac para enterarlo de lo sucedido.

Mientras Papatzin hablaba, yo sentí cómo la punta de una espina de maguey penetraba en mi carne, se hincaba en la parte media de mi espalda y me abría las entrañas con un dolor insufrible.

—Nada podrá pararlos. Nadie, detenerlos —murmuré.

—Nadie, Tecuichpo. Los cholultecas ni llevaban armas ofensivas ni defensivas: fueron desarmados al patio del gran *cu* de Quetzalcóatl, pensando que no se haría lo que se hizo. Los españoles los alancearon y acuchillaron y mataron a todos cuantos pudieron. Murieron de mala muerte, con perfidia, como ciegos murieron, no más sin

saberlo.

—¿Nuestros amigos estaban desarmados? —gemí.

—Así es —confirmó la primera esposa de Cuitláhuac—. ¿Quieres oírlo todo o ya es suficiente, Tecuichpo? —preguntó.

Mi ojos le dieron la respuesta.

—La culpa es de los tlaxcaltecas —continuó—. Fueron ellos los que incitaron a los españoles. Ellos dijeron al tal Cortés y sus soldados: «Es un gran perverso nuestro enemigo el de Cholula. Tan valiente como el mexicano. Es amigo del mexicano. Los que gobiernan, los dos señores que se llaman Tlaquiach y Tlalchiac, que quiere decir el Mayor de lo alto y el Mayor de lo bajo del suelo, nos insultaron. Afirmaron que su dios Quetzalcóatl nos hará pedazos, que los españoles están locos por confiar en nosotros. Nos llamaron sométicos, mujeriles, que nos habíamos rendido por miedo a ustedes, los hombres barbudos. Nos llamaron prostitutas alegando que nos vendíamos al mejor postor y que merecíamos castigo por apoyarnos en ustedes, a quienes llamaron gentes advenedizas, para defendernos del yugo mexicana». Eso y más dijeron para justificarse y luego asesinar a quienes estaban totalmente desprotegidos.

Las imágenes que me describía Papatzin Oxomoc eran horrendas. Mi cabeza comenzó a dar de vueltas y mis labios a gemir como si yo fuese la víctima del filo de las espadas de los españoles, de los perdigones que despedían sus arcabuces; igual que si mi corazón fuera el blanco de sus saetas y sus dardos. Fue tal el desquiciamiento que sufrí, que Papatzin se vio en la necesidad de llamar a Xochipalli y a otra sirvienta de su séquito para contenerme y evitar que lastimara mi cara con mis propias uñas.

Más tarde, cuando hube recobrado la serenidad y la compostura, Xochipalli me contó que mis ojos se habían volteado hacia dentro y enseñado lo blanco, como si estuviera ciega, y que mi voz no era mi voz, sino un sonido extraño que salía por entre mis labios y profería: «Después de sucedidas las matanzas de Cholula, ya se pusieron en marcha, ya vienen hacia México. Vienen en rueda, en son de conquista. Vienen alzando en torbellinos el polvo de los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, resplandecen. Sus espadas se mueven igual que ondas. Sus cotas de malla, sus cascos de hierro, hacen estruendo. Algunos llevan puesto hierro, están ataviados de hierro, relumbran. Se les ve con gran temor, infunden espanto en todo: son muy espantosos, son horrendos. Y sus perros, sus lebreles, van por delante, los preceden; llevan las narices en alto; traen las bocas abiertas, las lenguas sacadas, van carleando, de carrera, se les cae la saliva por los belfos...»

—Hablabas como si estuvieras loca, niña. Tus voces sonaban igual que las semillas dentro de un guaje. ¡Me dio mucho miedo, niña Tecuichpo!

Xochipalli calló y yo quedé boquiabierta. ¿Cómo es posible que haya dicho eso?, fue lo primero que se me vino a la mente. ¿De dónde he sacado esa información? ¿Se trata de un artilugio, un embrujo? La angustia comenzó a roer mi estómago. Mis lágrimas bajaron en torrente. Dos días estuve postrada, sin probar alimento, con la

cabeza perdida en un laberinto sobre cuyas paredes escurría la sangre de mi gente.

Cuitláhuac vino a verme tan pronto como lo supo y pudo desobligarse de las exigencias a que lo tenían sujeto las aprensiones de mi padre.

Con infinita paciencia escuchó la relación que le hice de mis desvaríos.

—Has visto lo que en realidad sucede, Tecuichpotzin —me dijo con un semblante seco, duro, en el que no había cabida para la ternura—. Tienes el don de ver lo que nos está pasando. Todos los caminos están llenos de mensajeros que cuentan lo que viste. Andan de acá para allá, y de allá para acá para contar a los que quieren escucharlos, lo que sucedió en Cholula. De cómo su dios Quetzalcóatl no les había ayudado en cosa alguna. Todas las comarcas andan muy alborotadas, desasosegadas, parece que la tierra se mueve por donde pasan los españoles. Todos andan espantados y atónitos.

—¿Y Motecuhzoma? —inquirí para saber a qué debíamos atenernos.

—Tu padre ha hecho caso a lo que le sugirió Cacamatzin. Ha enviado a Tzihuacpopocatzin —quien deberá hacerse pasar por Motecuhzoma Xocoyotzin—, también a otros señores principales, y a mucha gente más, para que se encuentren con Hernán Cortés en el Tajón del Águila y le hagan entrega de un presente compuesto, en su mayoría, por objetos de oro.

—¿Tajón del Águila, mi señor? —tuve que descubrir mi ignorancia.

—Es un pequeño valle que se encuentra entre el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, Tecuichpo —respondió con gesto altivo—. Deberán pasar por ese sitio. Ahí tenemos una guarnición de *quauhchichimecatl*, *chichimecas*-águila, escogidos entre los Caballeros Águila, para resguardar nuestras fronteras con los pueblos del oriente, y consideramos que es el lugar adecuado para impresionar a los españoles. Ahí se les verán las caras y la forma como reaccionan.

No tuve que esperar mucho tiempo para conocer —gracias a la descripción que me hizo el padre del hijo de Xochipalli, quien servía en palacio en calidad de *calpixque*— la forma como se había desarrollado la entrevista. Los enviados de mi padre se encontraron con los españoles y les entregaron el presente de oro que llevaban. Les dieron banderas de oro; soles de metal fino, uno amarillo y otro blanco; banderas de pluma de quetzal y collares de oro; un espejo, una gran bandeja de oro; un jarrón del mismo material, y escudos de concha nácar. Los españoles se holgaron y regocijaron con el oro, y dieron muestras de que lo tenían en mucho. Se les puso risueña la cara, se alegraron mucho, se deleitaron. Como si fueran monos levantaron el oro, como que se sentaron en ademán de gusto y se les iluminó el corazón. Como que cierto es que eso anhelan con gran sed, se les ensancha el cuerpo porque tienen hambre furiosa de eso. Como unos *pitzome*, puercos de la tierra, hambrientos ansían el oro. Las banderas de oro se las arrebataron ansiosos, las agitaron de un lado a otro. Estaban como quien habla lengua salvaje, gritando y disputando por ellas.

También, supe que los señores principales habían hecho sacrificios y dado de beber a Hernán Cortés la sangre de los cautivos en una cazoleta del Águila, y que éste

había maltratado al que le daba la sangre: le dio golpes en la espalda. Asimismo, me relataron que los españoles habían preguntado, en secreto, a sus aliados tlaxcaltecas y cempoaltecas si Tzihuacpopocatzin era Motecuhzoma; y que éstos les habían informado: «No es él, señores nuestros. Ése es Tzihuacpopoca. Está en representación de Motecuhzoma».

Hernán Cortés, entonces, había montado en cólera y, a través de sus lenguas Malintzin y el padre Aguilar, preguntó a Tzihuacpopocatzin:

—¿Acaso tú eres Motecuhzoma? —le espetó Malintzin.

—Sí; yo soy tu servidor. Yo soy Motecuhzoma —respondió con aplomo el principal.

No lo hubiera hecho. Cortés se encolerizó y Malintzin gritó:

—¡Fuera de aquí! ¿Por qué nos engañas? ¿Quién crees que somos? Tú no nos engañarás, no te burlarás de nosotros. Tú no nos amedrentarás, no nos cegarás los ojos. Tú no nos harás mal de ojo, no nos torcerás el rostro. Tú no nos echarás lodo a los ojos, no los llenarás de fango. Tú no eres. ¡Allá está Motecuhzoma! No se podrá ocultar, no podrá esconderse de nosotros. ¿A dónde podrá ir? ¿Será ave y volará? ¿O en la tierra pondrá su camino? Nosotros hemos de verlo. No habrá modo de no ver su rostro.

Los embajadores habían fracasado. Los habían largado con afrenta, con malas voces e injurias. Regresaron a Tenochtitlan para relatar el mal desenlace que tuvo la entrevista. Y todos, incluyendo a Motecuhzoma, los escucharon en silencio y callaron su vergüenza.

Cuitláhuac, al ver que los señores principales y los sacerdotes presentes quedaban con el rostro demudado, mas sin saber qué hacer o qué decir, había increpado a Motecuhzoma para que le permitiese marchar al frente de los batallones de Caballeros Tigre y Caballeros Águila, y acabar, de una vez por todas, con las huestes de Hernán Cortés. Motecuhzoma, sin embargo, se había negado.

—Estos nuestros dioses, nos han dejado a merced de los nuevos dioses. Es imposible frenarlos. ¡Vengan pues los que han venido! ¡En mí, Motecuhzoma Xocoyotzin, han de consumirse los tronos que nuestros antepasados gozaron! ¡Ya nada puedo hacer! —dijo con una voz que no era más que el reflejo de su ánimo acobardado.

Cuitláhuac todavía insistió.

—Mi señor, mi hermano, ¿por qué te das por vencido aun antes de luchar? ¿Por qué te das la muerte si aún respiras? ¿Y qué me dices de tus pueblos, de tus señoríos; así los desampararás?

—No comprendes —respondió Motecuhzoma con un desaliento cenizo y putrefacto—. Lo que será, ha de ser. Pobres de ustedes, pobres de mis pueblos... Voy a retirarme al *tillan calmecac* para ayunar y hacer sacrificios con mi carne.

Cuitláhuac no quiso oír más desatinos. Regresó furioso al palacio de Iztapalapan, donde se encerró a piedra y lodo en sus aposentos para maldecir la pusilanimidad de

su hermano.

Yo escuché sus gritos con el corazón en vilo y no me atreví a interrumpirlo. Busqué otra vía para enterarme de lo que acontecía. Hice llamar a Yacapatlahuac y le ordené que me consiguiera una hierba que se llama *péyotl*, buena para ver visiones, que la macerara y preparase un brebaje. Asimismo, le pedí que se estuviera a mi lado y guardara memoria de todo lo que yo dijese.

—Tienes que aguzar los oídos, Yacapatlahuac. No pierdas ni una sola de mis palabras para que puedas corregirme si acaso me equivoco.

Dos días más tarde, cuando desperté de la «borrachería», mandé a Xochipilli ante Cuitláhuac para que le rogara que acudiese a mi lado, pues tenía que confiarle algunas cosas que había visto en mis ensoñaciones.

Cuitláhuac mandó decirme que fuese a la Casa del Viento y ahí nos encontramos.

—Te escucho, Tecuichpotzin —fue lo único que dijo. Su irritación era patente.

Mi voz brotó igual que un torrente. Palabras de agua que se hicieron consistentes en la medida en que las pronunciaba:

—Motecuhzoma ha vuelto a enviar brujos, agoreros, encantadores y nigromantes para que hagan hechicerías y maleficien a los españoles. Empero, no han podido hacerles mal de ojo ni otros encantamientos. Ni siquiera han podido llegar a ellos. Se han quedado pasmados frente a sus barbas. Un borracho, que traía ceñido a los pechos ocho cabestros, o sogas hechas de heno como de esparto, se les cruzó en el camino y se plantó en medio. Con grande enojo, los riñó y les dijo: «¿Para qué insisten otra vez en venir acá? ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué piensa hacer Motecuhzoma? ¿Es que aún no ha recobrado el seso? ¿Es que aún es un infeliz miedoso? Ya ha errado, ya no tiene remedio porque ha hecho muchas muertes injustas, ha destruido a muchos, ha cometido muchos agravios y engaños y burlas».

»Los hechiceros se espantaron. Hicieron con sus manos un montón de tierra como altar, y echaron heno verde encima para que se sentase. Pero él se mostró más enojado aún. No quiso sentarse ni siquiera mirarlos. Continuó regañándolos: «¡Nunca más haré cuenta de México, para siempre los dejo! No tendré más cargo de ustedes, ni los cuidaré. ¡México no existirá más! ¡Con esto, se le acabó a Motecuhzoma para siempre! Apártense de mí. ¡Largo de aquí! ¡Lo que sucedió, ya sucedió! ¡No tiene remedio!»

»Los encantadores se desmayaron. Mientras así estaban, con los ojos de su *tonalli* pudieron ver cómo ardían los templos y las casas comunales y los colegios sacerdotales y todas las casas de Tenochtitlan. Luego, cuando despertaron, el borracho ya no estaba ahí. Se había esfumado. Entonces comprendieron que era el dios Tezcatlipoca, que no era persona humana, y se les fue el corazón quién sabe a dónde. Después, sus voces se me hicieron confusas, Cuitláhuac. No pude entender lo que decían y sus figuras se apachurraron hasta que sus caras se salieron por unas rendijas formadas en mi cabeza, a través de las cuales penetraba una luz ambarina».

Cuitláhuac no podía salir de su asombro. Todo cuanto dije, él lo había escuchado

en voz de los agoreros, encantadores y nigrománticos que, junto con los sacerdotes se presentaron ante Motecuhzoma para relatarle su terrible encuentro con Tezcatlipoca.

—Tu padre quedó cabizbajo, Tecuichpotzin —me dijo—. Fuera de sí, se negó a hablar durante un tiempo largo. Tuvimos que esperar, entre los sollozos de los sacerdotes y algunos principales que lo miraban como si hubiesen quedado huérfanos, a que nos hablase. Al fin, dijo: «¿Pues qué hemos de hacer varones nobles? Ya estamos para perdersnos, ya tenemos tragada la muerte, no hemos de subirnos a ninguna sierra... Somos mexicanos. ¿Acaso hemos de huir? Hemos de prepararnos para lo que venga, por la honra de la generación mexicana. Dignos de compasión son el pobre viejo, la pobre vieja, y los niñitos que aún no razonan. ¿Dónde podrán ser puestos a salvo? No hay remedio. ¿Qué hacer? Ya se nos dio el merecido. Como quiera que sea y lo que quiera que sea, ya tendremos que verlo con asombro».

Cuitláhuac calló. Los músculos de su cuello se tensaron en una forma impresionante. Pensé que iban a reventarse. En su cabeza revoloteaban muchas aves de rapiña con augurios de muerte. Tantas que yo podía verlas. Ahí andaban el *ehcachichinque*, el que chupa el viento; el *cenotzqui*, que llama las heladas; el *tletleton*, que aviva el fuego; y otras que tienen los pies amarillos, las uñas grandes, corvas y recias, los ojos resplandecientes como si fuesen brasas. La mirada de Cuitláhuac se tornó espantosa. A través de sus pestañas brotaron los graznidos, el canto siniestro que me decía que nuestra casa había de ser assolada y se volvería un muladar, un lugar donde se echasen las inmundicias del cuerpo humano, y que quedaría como refrán de la familia y de la casa el decir: «En este lugar vivió una persona de mucha estima y veneración y curiosidad, y ahora no están sino solas las paredes; no hay memoria de quien aquí vivió».

No pude contenerme. Mi cuerpo comenzó a temblar y mis dientes se golpearon unos contra los otros igual que si fuesen *chalchihuites* incrustados en la calavera nebulosa de un fantasma. Me aferré al pecho de mi esposo y hundí mi cabeza en su corazón.

Días más tarde, Papatzin Oxomoc me contó que, a despecho de Cuitláhuac, mi padre había enviado a mi tío Cacamatzin y a mis hermanos Tlachahuepan, Acamapichtli e Ihuitltemoc, así como a los dignatarios Tziapopoca y Tepehuatzin, para que se entrevistaran con Hernán Cortés en Ayotzinco y le entregasen tres enormes orejeras hechas con esmeraldas verdes, para disuadirlo de llegar a Tenochtitlan, o, en su caso, distraerlo para que los batallones de guerreros y *macehualtin*, a las órdenes de los *yaotequihua*, jefes de los batallones, cerraran los caminos que, desde el pueblo de Tlalmanalco, conducían a la ciudad.

—Han abierto zanjas en todos los caminos y dentro de ellas han colocado pencas de maguey, enormes hojas de *nopalli*, muchos árboles muy gruesos y grandes pinos, para que sus venados no las atraviesen ni puedan pasar adelante —dijo con un dejo de esperanza que a mí no me dejó convencida, quizá porque intuí que dicho ardid no

daría resultado.

Mi instinto no me falló. Al día siguiente, Papatzin me confirmó que la estratagema no sólo había fracasado, sino que, para nuestra mala fortuna, muchos tetzucanos al mando de Ixtlilxóchitl, hermano de Cacamatzin, se habían aliado con Cortés para luchar en contra de los mexicanos y los tlatelolcas.

—¿Ixtlilxóchitl, traidor? —insistí con la boca abierta—. ¿Pero cómo...?

—Odia a Cacamatzin desde que éste fue elegido *huey tlatoani* de Tetzcuco, Tecuichpo. Odia a Motecuhzoma por haberlo apoyado. El muy *tlahuicatl* recibió a Cortés en su palacio y dio de comer a todos sus capitanes y soldados. Mas eso no fue todo, Tecuichpo.

—¿Hay más?

—La madre de Ixtlilxóchitl, Yacotzin, sostuvo una entrevista con tu abuela Xochicuéyetl y, ya sabes, no acababa de escuchar los detalles cuando ya su lengua los repetía a todo el que quisiera oírlos. A mí me llegó el chisme en boca de tu hermana Macuilxóchitl a la que encontré en el tianguis.

Papatzin relamió sus labios.

—Algo sabroso que no vas a creer, princesa —dijo para gozar del cotilleo—. Dicen que Hernán Cortés, el muy ladino, después de solazarse con el gran recibimiento que le hizo el pérfido Ixtlilxóchitl, se dedicó a convencer a éste para que aceptase a su dios y se convirtiera a su religión. El tetzucano cayó redondo en sus redes y, antes de que terminara el día, aceptó ser «bautizado» y convertirse en «cristiano». ¿Te imaginas? ¡Qué ridículo!

Yo, que no entendía ni la o por lo redondo, puse los ojos como escudillas de barro. Papatzin, a quien se le había acumulado la saliva en las comisuras de los labios, no se detuvo ni para darme tiempo de respirar.

—Lo vistieron con unos ropones burdos, apestosos, y uno de los hombres de Cortés, a quien llaman padre de la Merced, le echó agua en la cabeza y le dijo que de ahí en adelante se iba a llamar Hernando porque Cortés era su «padrino». Luego, vistieron igual a Cohuanacotzin y le pusieron de nombre Pedro, porque el capitán rubio que se llama Pedro fue su padrino. Lo mismo hicieron con Tecocoltzin, al que llamaron Fernando. Pero lo peor, fue que Ixtlilxóchitl mandó traer a su madre Yacotzin para que la bautizaran. ¡Uh, no lo hubiera hecho! Ella, furiosa al ver la humillación a que se había sometido su hijo, le respondió que debía haber perdido el juicio, pues se había dejado vencer por unos pocos bárbaros como éstos que decían llamarse cristianos.

—¡Ay! —gemí. Luego, conoedora de la iracundia y soberbia de nuestros señores, pregunté—: ¿Y la mandó sacrificar por su desacato, Papatzin?

—¡No! —respondió con una sonrisa—. Ixtlilxóchitl, ya transformado en don Hernando, dijo a Yacotzin: «Si no fueras mi madre, te quitaría la cabeza de los hombros. Tienes que aceptar el bautismo y la religión de estos *teteu*, dioses, aunque no quieras, pues lo que importa es la vida de tu alma, nuestra *tonalli*». Yacotzin,

entonces, se puso lista. Con blandura, le pidió que le diese tiempo, que otro día pensaría en ello y tomaría una decisión sobre lo que debería hacer. Pero tú, Tecuichpo, imaginarás que el traidor no se iba a quedar así como así.

—¿Y qué le hizo? —inquirí con un hilo de voz.

—Ixtlilxóchitl se salió del palacio y mandó poner fuego a los cuartos donde ella se había metido. Estaba exasperado. No podía quedar en ridículo frente a los españoles. Su aspecto daba miedo. Tanto que a Yacotzin se le metió en el estómago la enfermedad de la *colicapasio* y echó pedos y arrojó cámaras aguadas de un color verdoso, y sus ayas tuvieron que darle hollín mezclado con *tequixquite*, *ulli* y chile. Entonces, aceptó ser bautizada...

Yo no pude reprimir la risa. Me imaginé a la pobre anciana en medio de sus retortijones y solté una carcajada.

—Le pusieron por nombre María y su padrino fue el mismo Hernán Cortés —logró decir Papatzin, a quien había contagiado la risa.

Papatzin Oxomoc rió hasta desgañitarse. Tuve la certeza de que mi hermana Macuilxóchitl se lo había contado a ella con el lenguaje que usan los *macehualtin*, plagado de majaderías, y con ademanes harto descriptivos. Luego, aún sacudida por la risa e hipando como si fuese un ratón de agua, se retiró con pasos apresurados.

Esa tarde me dirigí en una de las canoas de mi marido hacia Tenochtitlan para visitar a mi madre. Miauaxóchitl estaba entregada a la confección de unos cañutos muy pintados y dorados, que contenían liquidámbar revuelto con polvo de tabaco, para que Motecuhzoma los fumase al día siguiente. Estaba tan concentrada en rellenar los *acayetl*, que tardó un poco en advertir mi presencia.

—¡Tecuichpotzin, hija! —dijo con cariño al verme—. ¿Qué te trae por aquí?

Yo la abracé y la besé en las mejillas.

—Ya sé —aseguró sin darme tiempo de abrir la boca—. ¿La curiosidad...?

Sonreí y acepté con un movimiento de cabeza.

—Siéntate en ese *icpalli*, niña —ordenó. Luego, titubeó—: ¿Por dónde empezar? ¿Ya supiste de la traición de Ixtlilxóchitl? ¿Sí? Bueno, entonces debo contarte que tu tío Cacamatzin se entrevistó con los españoles, les hizo entrega de los regalos que envió tu padre y, tal y como se lo había ordenado, le dijo a Hernán Cortés: «Malinche, aquí hemos venido yo y estos señores a servirte y darte todo lo que necesites para ti y tus compañeros. Entren a su casa que es nuestra ciudad, porque así nos lo manda nuestro señor el gran Motecuhzoma, y dice que lo perdones porque él mismo no viene con nosotros ya que se encuentra indispuerto, y no por falta de buena voluntad». Después de escucharlo, hija, Cacamatzin explicó a tu padre que Cortés lo había abrazado y les demostró afecto a él y a todos los principales. También, le regaló a tu tío tres piedras que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas; y, a cada uno de los señores que lo acompañaban, unos diamantes azules; y pidió a Cacamatzin que agradeciera al señor Motecuhzoma por las mercedes que les había hecho.

Motecuhzoma se mostró complacido, según nos dijo el jorobado Xiuquecho. Hizo comparecer a tu esposo Cuitláhuac, y a otros señores para determinar si se debería recibir en Tenochtitlan a los españoles y bajo qué condiciones. Todos hablaron. Quiero que sepas, Tecuichpotzin, que Cuitláhuac se opuso a que los españoles entraran a nuestra ciudad. Él, con gran valor y una audacia que nadie se atrevió a expresar, dijo a tu padre: «Ruega a nuestros dioses que no metas en tu casa a quien te eche de ella y te quite el reino, y quizá cuando quieras remediarlo no sea ya tiempo».

No pude disimular el orgullo que sentí por la bizarría de mi esposo.

—¡Cuitláhuac es el único que tiene los arrestos para enfrentar a mi padre, Miauaxóchitl! Lástima que los demás sean tan sumisos con el *huey tlatoani* —dije e iba a lanzarme en improperios contra Motecuhzoma, pero me detuve al ver pintados en el rostro de mi madre, el dolor y la tristeza que le ocasionaban su pusilanimidad y cobardía.

—Sin embargo, Tecuichpo, tu padre se mantuvo en sus trece y no sólo resolvió que los quería recibir, hospedar y regalar en el palacio de su padre Axayácatl, sino que —esto te lo repetirá tu marido— exigió a Cuitláhuac que los reciba en su palacio de Iztapalapan.

—¿Qué? —grité.

—Como lo oyes, hija. Los españoles dormirán en el palacio de Cuitláhuac.

Ella vio la angustia reflejada en mi cara y me escuchó decir: «*Ayac matlacpa teca*. Nadie se pone a mano, no hay uno que me auxilie», y se apiadó de mí.

—No puedes hacer nada, mi niña. Debes obedecer a tu esposo en todo lo que él te ordene. Ahora que si algo se te ocurre, hay ciertas pócimas, algunos brebajes... Ay, pero qué digo, no me hagas caso. Nosotras las mujeres siempre inventando cosas.

«Nosotras las mujeres vamos a pagar con sangre las flaquezas de mi padre», pensé durante el trayecto de regreso a Iztapalapan. Entré al palacio cabizbaja, absorta en mis pensamientos. Xochipalli y Yacapatlahuac me esperaban, sin poder ocultar su nerviosismo, al pie de una escalinata.

—El señor Cuitláhuac desea verla de inmediato, señora. La espera en el adoratorio del dios Tezcatlipoca. ¡Corra!

Encontré a Cuitláhuac inmerso en sus oraciones. Lo flanqueaban varios braseros donde los sacerdotes habían colocado suficientes ramitas de copal para que el humo fuese espeso y propiciara una atmósfera que tenía mucho de siniestra.

—Motecuhzoma me ha ordenado que hospede a los españoles, Tecuichpo —pronunció con voz seca y sin voltear a verme—. Papatzin Oxomoc te dirá lo que debes hacer. Yo debo salir a recibirlos.

Mi corazón dio un vuelco, mas no me atreví a hacerle comentario alguno. Salí de ahí casi a hurtadillas. No quise molestarlo.

Papatzin me recibió de inmediato. Sus hijos la rodeaban. Estaban entretenidos con el juego de las adivinanzas. Ella les decía: «¿Qué es aquello que apunta al cielo con las manos?» Y los pequeños, después de pensarlo y discutirlo, le contestaban: «¡Es el

maguey que alza sus espinas!»

Tuve que esperar a que descifraran el enigma «¿Qué es lo que tiene naguas de una sola pierna y busca piojos?» Y a que una de las niñas respondiera «¡El peine, mamá!»; para que Papatzin por fin me guiara a otra habitación y me transmitiera las órdenes de nuestro esposo.

—Cuitláhuac quiere que nos mantengamos al margen, Tecuichpotzin. No quiere que salgamos de nuestros aposentos por ningún motivo. «Sé que en todos los sitios por donde han pasado, los han regalado con doncellas y otras mujeres. Aquí no les vamos a regalar otra cosa que no sea comida», me dijo. «No quiero confusiones ni que violenten a ninguna de nuestras hijas y menos a mis esposas. Cuiden que sus servidoras se estén ocultas».

—Más claro ni el agua, Papatzin —dije mordiéndome la lengua, porque de sobra sabía que mi curiosidad no me iba a permitir guardar el recato exigido. Ya me las ingeniaré, pensé mientras caminaba hacia mis aposentos.

Mi primera providencia fue llamar al esposo de Xochipalli y ordenarle que me mantuviese al tanto de lo que acontecía.

—¡Los españoles desplantaron los magueyes que pusimos en los caminos, señora! —me dijo a la mañana siguiente—. Despreciaron enteramente aquello; cogieron, los echaron lejos a los lados, con puntapiés hicieron mofa de los magueyes plantados. Durmieron en Amaquemecan. Ya vienen derecho, siguen camino recto.

—En la tarde me informó:

—Ahora están en Cuitláhuac. Allí, han pedido que se presenten los señores de los pueblos chinamperos: Xochimilco, Cuitláhuac, Mizquic. Van a dormir en ese lugar. Ya se escuchan sus ronquidos. Ya se huele la peste que los precede. Tienen el sueño tranquilo, dicen.

Yo, en cambio, tuve un sueño muy extraño que me mantuvo inquieta toda la noche. La sombra de uno de esos hombres barbudos se plantó a un lado de mi estera y se puso a recitar en una lengua ajena que, sin embargo, pude comprender: «Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha. Vamos camino de Iztapalapan —pronunció con una voz cavernosa—. Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas, en el agua y en la tierra firme, y aquella calzada tan derecha iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento, por grandes torres o *cu* y edificios que tenían dentro, en el agua, y todos de calicanto. Algunos de nuestros soldados juraban que nunca habían visto ni aun soñado cosas semejantes». La sombra comenzó a moverse de un lado a otro, hasta que atravesó un muro y desapareció de mi vista.

Desperté empapada en sudor. Ya están aquí, fue mi primer pensamiento. Llamé a Xochipalli y le ordené que buscara y trajera a su marido.

Xochipalli regresó al poco rato.

—No lo encontré, señora —dijo compungida—. Se ha ido con nuestro señor Cuitláhuac para reunirse con los hombres blancos. Dejé dicho que venga tan pronto

llegue a palacio.

El *calpixque* volvió pasado el mediodía. Fue a verme enseguida. Ni siquiera se dio tiempo para cambiar su *tilma* de fibra de maguey por una más decorosa.

—Fuimos a encontrarlos donde empieza la calzada, señora Tecuichpotzin. Mi señor Cuitláhuac descendió de su litera y se sentó en un *quechol icpalli* adornado con plumas finas, a una distancia prudente. Desde ahí le puso los ojos al que llaman Hernán Cortés. No le dijo nada, sólo abrió los brazos en señal de bienvenida. El Cortés parloteó con un hombre flaco y greñudo que viste como si fuese un *macehual*. Éste habló con la mujer que viene con ellos y que nombran Malinalli. Ella dijo que Cortés quería hablar con los principales de Iztapalapan, Mexicatzinco, Colhuacán y Huitzilopochco. Mi señor Cuitláhuac le aclaró que él era el *nauhtecutli* de Iztapalapan y ordenó que se apersonaran los otros. Cortés, entonces, dijo que venía en paz y calma. Habló largo de su dios y una diosa que llamó virgen María y nos pidió que dejásemos a nuestros dioses porque eran malos, los llamó «ídolos del demonio» — algo que nadie entendió—, y que nos volviésemos cristianos como lo habían hecho los de Tlaxcala y los traidores de Tetzcuco que siguen a Ixtlilxóchitl, y no sé qué otras sandeces. Luego, dijo que venía en representación de su rey Carlos, que era un gran señor muy poderoso, y que ese rey nos quería tener para sí y que todos los mexicanos podíamos ser sus súbditos... Puras tonterías, hasta que mi señor Cuitláhuac dijo en voz alta para que todos lo escucháramos: «*Much oquiac in nacel*, todo lo oyeron mis liendres», para dar a entender el fastidio que le causaban las palabras de Hernán Cortés.

«Yo vi cómo la señora Malinalli se ponía colorada, pero no le dijo a Cortés lo que había comentado mi señor Cuitláhuac. Se hizo la disimulada y con voz alegre invitó a los españoles a que comieran unas tortillas calientes recién hechas y a que bebieran *totonqui atolli* y *cacauapinolli* espumoso que habían traído los servidores del Señor de Mexicatzinco. Allá los dejamos. No tardarán en llegar».

Luego de escuchar el relato del *calpixque*, me llamó la atención que Cuitláhuac no los hubiese atacado y acabado con ellos, como era su deseo. Sin embargo, el *calpixque* me recordó que mi padre no había dado orden para que alguien se les enfrentara en son de guerra, al contrario, exigió que se procurara tenerlos atendidos, que todo se hiciera al gusto de los españoles.

Éstos no tardaron mucho en pisar nuestros terrenos. Lo supe por el tumulto que se formó a las puertas del palacio y por la actividad de nuestros servidores, quienes corrían de un salón a otro a fin de atender las instrucciones del *petlacácatl* y de los mayordomos a sus órdenes. Hubo mucho tronido de los *teponaztli* y los *huehuetl* en los patios. Los tamborileros golpearon los pellejos de venado con todas sus fuerzas y les sacaron estridencias que hacían vibrar las banderas de papel y de pluma que ondeaban en las ventanas de todos los edificios. El sonido de caracoles, flautas y trompetas, a veces dulce y otras demasiado agudo, sobre todo cuando intervenían los silbatos, llenaba el espacio como cuando celebrábamos la fiesta en las calendas del

decimoquinto mes, llamado *panquetzaliztli*, y los mancebos desnudos llevaban cañas verdes y espigas de maguey, e iban tañendo con su caracol y con su pito; un rato tañían la corneta y otro rato el pito y cantaban en honor de Huitzilopochtli.

No pude resistir mucho tiempo la curiosidad que me roía la barriga como si hubiese comido tamales de chapulín. Pedí a Yacapatlahuac que me proveyese de un *huipilli* tosco y pesado y me lo echara encima. Luego, hice que me embadurnara el rostro con ceniza, que me pintara unas ojeras con carbón y que cubriese mi cabeza con un paño sucio y maloliente, de manera que mi aspecto fuese el de una esclava vieja y repulsiva. Así, encubierta con esos trapos, me aventuré a salir de mis aposentos y me dirigí a un enorme patio donde estaban reunidos los españoles. Me agazapé detrás de un muro y me dispuse a observarlos.

Ahí, sin otra compañía que una caterva de esclavos que atendían sus necesidades, los *teteu*, como les llamaba Motecuhzoma, estaban entregados a satisfacer sus necesidades inmediatas. Unos se habían despojado de sus vestiduras de hierro y yacían tirados por el suelo, absortos en la contemplación de las enormes piedras labradas que decoraban los edificios. Otros limpiaban las costras de barro que se habían adherido a las ancas de sus venados o les daban de comer hierbas y pasto remojado. Muchos, los más, rodeaban a su capitán y le hablaban a gritos con palabras que para mí eran incomprensibles. Pude identificar a Hernán Cortés y a doña Malinalli, quienes estaban sentados en unos *icpalli* y se comportaban con la altivez propia de quienes mandan.

El color blanco de su piel y los pelos que cubrían sus cabezas, las barbas y el pecho, ya fuesen éstos dorados, rojos, cafés o negros, me causaron de inmediato una gran repulsión y estuve a punto de vomitar y delatar mi presencia. Hice un gran esfuerzo para contener el asco y dirigí mi atención a tratar de diferenciar sus facciones y algunos rasgos que los distinguían. La cabeza de Hernán Cortés semejaba un chayote enorme estaba cubierta de cabello negro en la testuz y por debajo de los labios que, por cierto, son de un color rojo como sangre de tunas. Sus ojos, enmarcados por unas cejas espesas, muy oscuras, tenían un brillo atigrado, aunque, en ese instante, me pareció un *tlalcóyotl*, uno de esos zorros que asolan la prole de las aves menudas.

Los movimientos nerviosos de un hombre fuerte, nervudo, aunque delgado en la cintura y las nalgas, me distrajeron. Su cabello dorado brilló de pronto como si estuviese bañado por los rayos del sol. Le caía por encima de los hombros en forma de guedejas, con gracia tal que me hizo recordar los trabajos que, en filigrana de oro, hacían nuestros *tecuitlahuaque*. Pensé en nuestro dios Tonatiuh, y, cosa notable, ése sería el mote con el que llamaríamos a Pedro de Alvarado todos los mexicas, incluyendo a Cuitláhuac y a mi padre. Volteó hacia donde estaba Cortés y pude verle los ojos. La crueldad de su carácter se filtró a través de sus pupilas azules. Yo, acostumbrada a vivir en una sociedad por demás sanguinaria, nunca había visto una saña, una sevicia arraigada con esa fuerza en un rostro de tamaña belleza... Porque

Alvarado —después tuve la oportunidad de tratarlo y sufrir su maldad en la carne de los míos—, era y es muy hermoso, pero más bestial aún que la *ulcóatl*, la culebra ponzoñosa que es capaz de devorar a sus hijuelos.

Pedro de Alvarado gruñó varias maldiciones y, sin consideración alguna, arrojó de su lado a la princesa hija de Xicoténcatl, ahora bautizada como doña Luisa, que lo seguía como si fuese una perrilla desamparada y lo importunaba al tirar de las mangas de la camisa que llevaba puesta.

Un soldado que estaba a su lado se apiadó de la muchacha, la hizo levantar y la cubrió con sus brazos, mientras ella se deshacía en llanto. El soldado giró la cabeza hacia donde yo estaba. Tuve un sobresalto terrible. ¡Era él! Era la sombra que había visto en sueños. Su mente se apoderó de la mía y, sin proferir palabra, me hizo una relación que me dejó boquiabierto: «Estoy muy impresionado pues, desde que llegamos cerca de Iztapalapan, vi la grandeza de otros caciques que nos salieron a recibir, como el Señor de Coadlabaca —se refería a mi señor Cuitláhuac—, y el Señor de Culuacán —confundía Coyohuacan—, que son deudos muy cercanos de Montezuma. Y después que entramos, he visto la hechura de los palacios donde nos han aposentado, cuán grandes y bien labrados son, de cantería muy primorosa, madera de cedro y otros buenos árboles olorosos, con grandes patios y cuartos dignos de ser admirados y entoldados con sus paramentos de algodón. Creo que todo es cosa de encantamiento, de brujos y nigrománticos...»

La sangre dejó de circular por mis venas, más cuando sentí que su mano tomaba la mía y me hacía llevarlo a visitar las huertas y mi jardín. Se admiró al verlos y pasear en ellos. No se hartaba de observar la diversidad de árboles y de olfatear sus olores, así como deleitarse con los andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce. Advirtió que podían entrar en el vergel sin saltar a la tierra grandes canoas desde la laguna por una abertura que teníamos hecha que todo estaba muy encalado y lucido. Había muchos tipos de piedras y pinturas que había que ponderar, como a las aves de muchas diversidades y raleas que entraban en el estanque.

Quise decir algo, pero no pude hablar. Yo seguía parada en el mismo sitio. Nunca me había movido. El soldado seguía abrazado a la princesa tlaxcalteca. Sentí la garganta seca y una sensación de náusea en la boca del estómago. Me retiré del lugar arrastrando mis pies y mi quebranto.

Los españoles fueron trasladados a unos aposentos situados en los linderos del conjunto de edificios que conforman nuestro palacio y, ahí, el *nauhtecutli* de Mexicatzinco les hizo entrega de los presentes de oro y pluma que les había enviado Motecuhzoma.

Esa noche, esperé a que todos estuviesen dormidos y, sin hacer el menor ruido, abandoné mi estera. Guiada por el esposo de Xochipalli, me dirigí a la Casa de los Jefes, donde suponíamos deberían estar los capitanes españoles. Nos arrimamos lentamente y pronto pudimos observar el vivaque que habían montado para pasar la

noche. Habían encendido una hoguera en medio del patio y unos guardias dormitaban a su lado. El esposo de Xochipalli me hizo una señal para que obrase con cautela y me condujo hasta donde estaba una celosía labrada en el muro de piedra, desde donde pudimos observar lo que sucedía en el interior de la pieza. Varios bultos yacían sobre unos petates, a cuyos lados estaban amontonadas diversas piezas de metal que, después lo supe, forman parte de lo que ellos llaman «armaduras», así como unas espadas gordas y unas cañas que escupen fuego y arrojan perdigones. Dos de los hombres hacinados en la habitación roncaban y se revolvían envueltos en sueños que, supuse, los traían azorrillados, y exhalaban un tufo acre, nauseabundo, que me obligó a tapar mis narices. Los otros aparentaban cierta placidez, y digo aparentaban, porque no tardé en constatar que no dormían sino que estaban echados sobre sus mancebas, a las que fornicaban sin más pudor que el que puede demostrar cualquiera de las bestias que mi padre mantiene confinadas.

El *calpixque* abrió los ojos azorado y se hizo a un lado para no ofender mi dignidad de señora. Yo, en cambio, agucé las pupilas para no perder los detalles. La cabellera de Malinalli era inconfundible y sus facciones, bañadas en sudor, más que elocuentes. La mujer sufría, entre los gemidos y babas que arrojaba Cortés, los embates de un sexo que más que prodigar amor y sensualidad se comportaba igual que un ariete que arremete contra un muro con la intención de hacerle un boquete. Junto a ellos, separados tan solo por un envoltorio de ropa, Luisa, la hija de Xicotécatl, importunaba más que complacía a Tonatiuh con arrumacos francamente vergonzosos, mientras éste le gruñía palabras que, cuando hablé su lengua, no pude pronunciar debido a su vulgaridad y a que eran más que profanas: «*Hostia, tía, mete la lengua más abajo. ¡Joder, que te digo más debajo!*»

Regresé a mis aposentos con el ánimo irritado. ¿Cómo podían revolcarse en una forma tan sucia?, ¿cómo aceptaban una violencia que si hubiese sido cometida por uno de los nuestros le hubiese costado la vida?, eran preguntas para las que no tenía respuesta, hasta que a mí me sucedió lo mismo.

La mañana nos llegó con cara de tristeza. Grises nubarrones surcaban el cielo y su reflejo sobre las aguas de la laguna adquiría un tinte de color obsidiana que no presagiaba nada bueno. Me acicalé y vestí con premura porque debía recibir a unos *xochimanque* que me traían unos bulbos de *coatzontecoxóchitl* o flor culebra, que quería plantar sobre las cortezas rugosas de unos sabinos, y bajé hasta uno de los embarcaderos. Mientras esperaba la canoa que venía de Xochimilco, escuché a unos vendedores de *tochomitl* y jícaras que hablaban con unos pescadores, comentar que los habitantes de Tenochtitlan se habían negado a ir a ver a los españoles, que no osaban salir de sus casas ni andar los caminos. La ciudad parecía abandonada, todos estaban amedrentados por lo que habían oído de las crueldades de los españoles. Como si fuese una honda noche, nadie osaba hablar o reunirse con otros habitantes. Estaban esperando la muerte y en voz baja decían: «¿Qué haremos? Ya ha venido el tiempo en que seremos destruidos, ya vamos a dejar de ser, ya vamos a ver con

nuestros ojos nuestra muerte».

Sus palabras calaron en mi *tonalli*. Si ellos, los *macehualtin*, se expresaban así, qué podía esperar de la conducta de mi padre. Miauaxóchitl llegó, inesperadamente, para sacarme de dudas.

—Motecuhzoma me envió para que le trasmita a Cuitláhuac su deseo de que lo acompañe a recibir a los españoles en son de paz. Que eso lo tienen decidido, él y los trece dignatarios supremos —dijo con una inflexión protocolaria que pocas veces le había escuchado. Luego, con su tono familiar, me relató que aquella noche Motecuhzoma se había reunido con ella y Tayhualcan, que se había recostado sobre el regazo de esta última y les había confiado: «Amadas mías, sé que muchos están sorprendidos de mi conducta, no se la explican. A ustedes puedo confiar que se me apareció el Tloque Nahuaque, el de la vecindad inmediata, aquel por el cual vivimos y me dijo que era inútil luchar contra los designios divinos. Por ello, decidí dejar nuestro destino en manos del Señor y la Señora de la Dualidad. Además, si he de ser sincero, debo confesarles que siento curiosidad por conocer a los españoles, palpar sus vestimentas y armas, tocar a sus animales desconocidos, escuchar su lengua, hablar con sus sacerdotes».

Yo la escuché en silencio. Dejé que vaciara su aflicción entre mis manos hechas de viento, ajenas, en esos momentos, a las vicisitudes de las necesidades de mi cuerpo.

—Me pidió que vigilara su atuendo, que su diadema de oro estuviese brillante, así como sus huaraches de oro y piedras preciosas, que los bordados de su manta turquesa y su *máxtlatl* se vean radiantes. «¡Quiero deslumbrar a los españoles! ¡Quiero que sepan que yo soy un dios y que así deben tratarme!», dijo con énfasis. Después, masculló que el guardián del tesoro ya le había mostrado los regalos que iba a hacer a los *teteu* y había enumerado seis mil vestidos de algodón, treinta escudos de pluma, treinta cadenas de oro para los capitanes y, para Cortés, dos anchos collares de oro con unos camaroncillos engarzados.

Cuando terminó su relato, Miauaxóchitl tenía el rostro descompuesto y sus manos temblaban. Yo la abracé y acaricié sus cabellos.

—Tengo miedo, hija. Mucho miedo —sollozó—. Tu padre está más que convencido de que es Quetzacóatl quien regresa y está en la disposición de entregarle todo lo que poseemos a fin de agradarle. No se da cuenta de que los españoles son hombres de carne y hueso, y que su vicio por el oro hará que nos destruyan.

—¡Yo los he visto, madre! —confesé en un arrebato—. Son salvajes, bárbaros... Se comportan igual que si fuesen animales. Si vieras cómo se ayuntan con las mujeres que les regalaron, te llenarías de coraje e indignación... Se comportan como aquel Señor de Tlatelolco, Moquihuix, que casó con la hermana de mi abuelo Axayácatl, la pobrecilla Chalchiunenezin, a la que hacía muchas maldades y que le metía por entre las piernas la tabla del brazo, del codo a la muñeca, y con la mano le tentaba algo dentro de sus partes.

—¡Ay, Tecuichpotzin! —exclamó mi madre con horror, y, en ese momento, advertí que me había extralimitado al traer a colación una vieja historia que todos preferían mantener soterrada.

—¿Ya viste a Cuitláhuac, madre? —pregunté para distraer nuestra atención de un tema por demás escabroso.

—Sí. Le he dado el mensaje de Motecuhzoma, pero tengo la impresión de que tu esposo prefiere abstenerse. No sé si vaya a acudir o no. Sólo masculló con desprecio: «¿*Cuix nonen nipatzactzintli*? ¿Acaso soy un apocado?», antes de despedirme.

La partida de Miauaxóchitl coincidió con la llegada de Papatzin Oxomoc, quien venía sumamente excitada.

—¡Ya se van los españoles, Tecuichpo! ¿Quieres venir a verlos desde la azotea de mis habitaciones? ¿Sí? Pero hagámoslo con cuidado porque si nuestro esposo nos sorprende, es capaz de matarnos —dijo de prisa, al tiempo que me jalaba de una mano.

Calladas, sin hacer borlote, varias mujeres, entre ellas mis ayas, nos agazapamos detrás de un muro que bordeaba la azotea y que tenía altura suficiente para ocultarnos de las miradas de quienes formaban un tumulto en el patio principal del palacio para asistir a la partida de Hernán Cortés y su soldadesca. Las escenas de esta marcha quedaron indelebles en mi memoria. Los *calpixqui* que nos servían la reseñaron con una nitidez que, pasados los años, no deja de asombrarme: «Se atavían, se ponen sus aderezos guerreros, se atan y ponen en su persona sus armas. En seguida sus caballos se ponen en fila, se disponen en grupos largos como surcos, se hacen escuadrones. Por delante van como guías cuatro de a caballo... Dan la vuelta y vuelven, no tienen dirección fija. Marchan siguiendo las calles; ven constantemente arriba, a las azoteas. Sus perros por delante olfatean por todas partes en pos de las huellas, jadean sin cesar. Viene al frente la bandera de tela, uno la lleva en el hombro, muy gallardo, echándoselas de muy macho, la hace tremolar. Otros lo rodean. Traen la espada desnuda. Al hombro llevan sus escudos de madera y de cuero. Enseguida vienen los hombres a caballo, con sus cotas de algodón, sus escudos de cuero, sus lanzas de hierro. Los caballos tienen colgados cascabeles que causan estrépito. Esos caballos, esos venados, bufan, relinchan, sudan a mares, y la espuma de sus hocicos cae al suelo goteando: es como agua enjabonada con amole. Hacen estruendo como si en el suelo cayeran piedras. Luego la tierra se agujera, se hace hoyos donde ellos pusieron su pata. Atrás vienen los ballesteros, los que portan arcos de hierro. En sus manos está la ballesta, y el carcaj de lado pende. Pleno y repleto va de flechas, flechas de hierro. Atrás están los arcabuceros con sus armas largas encima de sus hombros...»

Y mientras los *calpixqui* hablaban como loros y hacían uno y cien comentarios sobre aquello que llamaba su atención, y que nosotras veíamos como artilugios de otro mundo con las mandíbulas desencajadas, los arcabuceros de Cortés, tal vez para dejar constancia de su fuerza y del poder de sus armas, comenzaron a disparar los arcabuces e hicieron gran estruendo, tanto que todas las mujeres sin excepción nos

arrojamos sobre el suelo y nos cubrimos la cabeza con los brazos.

Papatzin y yo nos incorporamos sobre nuestras rodillas para no perder los detalles, pero los chispazos que surgían de las armas nos dieron un susto terrible y volvimos a aplastarnos igual que las *xicalcóatl*, culebras de jícara, cuando sienten el peligro.

El humo de la pólvora quemada comenzó a elevarse hasta alcanzar nuestro escondite. Se expandió por todos lados, cual hedor de ciénaga, entró por nuestras cabezas y comenzamos a sentir mareos y a padecer arcadas. Xochipalli fue la primera en vomitar y, luego, la siguieron otras. Sólo Papatzin y yo pudimos contener el asco que nos subía por el vientre y ver, al fin, a su capitán, que es como nuestro *tlacateccatl* cerrando la marcha. Sus capitanes vienen rodeándolo, se aprietan en torno de él. Visten como nuestros *cucacuachictin* u *otomíes*. Éstos son los hombres fuertes de Cortés, los que lo sostienen y hacen la fuerza de su mando.

—¡Mira cómo brilla el yelmo del capitán! —comentó Papatzin—. Su pecho está cubierto por esa plancha de metal. Con cuánta fuerza aprieta las piernas en los costados de su venado...

Yo no la secundé. Preferí guardar silencio y concentrar mi mirada en sus ojos fieros, en sus labios apretados que revelaban una voluntad inquebrantable, y no pude evitar un sentimiento de inquietud que, los hechos me darían la razón, devendría en la devastación de mi vida.

Una vez que se mostraron con tal impudicia, los españoles se adentraron sobre la calzada que unía a Iztapalapan con Tenochtitlan. Ahí los fueron siguiendo sus aliados, los moradores de Tepoztlan, Tlaxcala, Tliluhquetépec, Huexotzinco, todos bien dispuestos con sus armaduras de algodón, sus escudos, arcos y saetas emplumadas, unas afiladas en punta, otras gruesas y romas, las más con puntas de obsidiana. Iban tendidos en hileras y dando gritos de guerra. Se revolvían como si fueran gusanos. Algunos cargaban los fardos de su comida. Otros los llevaban en *mecapales*, unos en *cacastles*, en huacales o en *tompeates*... Unos arrastraban los grandes cañones que en ruedas de palo iban rodando.

Se fueron y nosotras regresamos al interior de nuestras habitaciones. El resto del día lo pasé sumergida en pensamientos que tenían el color cenizo de los huesos tatemados y escuchando el sonido de los baldazos de agua y el ruido de escobas con las que decenas de *tlatlacotin* hacían el intento de limpiar nuestro suelo de la suciedad y pestilencia dejadas por esos *teteu*.

Esa noche, seguramente por el cúmulo de imágenes que dislocaban mi cerebro, tuve otra de esas ensoñaciones que me mantenían horrorizada. Primero sentí que mi cuerpo se elevaba y era conducido por una corriente de aire hacia el exterior, donde flotaba por unos instantes. Luego, sin mediar embrujo alguno, mi cuerpo se cubrió de plumas pardas con las puntas rojas, hasta que me transformé en una *quapetláuac*, una de las garzas que viven en nuestra laguna, y comencé a volar sobre la calzada de Iztapalapan tras de las huellas y nubecillas de polvo que dejaban los españoles a su

paso. Llegamos juntos a un lugar llamado Xoloco, donde se bifurcaba la calzada y desde ahí se apartaba otra calzadilla que iba a Coyohuacan. Fui a posarme encima de la rama de un sauce y me apresté a observar los acontecimientos. Los españoles se veían nerviosos, en particular Hernán Cortés, quien hacía corcovear a su caballo en círculos y gritaba órdenes a sus subalternos. No tardaron en presentarse un gran número de señores principales, ataviados con ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas, quienes, en señal de paz, tocaban con la mano el suelo y besaban la tierra con la misma mano.

Ahí se estuvieron parados un buen rato, observándose los unos a los otros, hasta que el rumor de una multitud que se acercaba los puso en movimiento. Vi, entonces, con el corazón en vilo, cómo se adelantaban mi tío Cacamatzin, Cuitláhuac y lo señores de Coyohuacan, Tlacopan y muchos otros principales, así como sus servidores, para encontrarse con Motecuhzoma en un sitio llamado Huitzillan.

Los *calpixqui* ya habían colocado, en grandes bateas, flores de las finas —entre las que reconocí algunas de mi jardín—, la flor del escudo, la del corazón, y en medio se erguía la flor de buen aroma y la *tecomaxóchitl*, amarilla, fragante. Eran guirnaldas con travesaños para el pecho. También, con garbo y elegancia, unos jóvenes mancebos, que llevaban puestas unas *tilmatli* hechas con plumas blancas, portaban collares de oro, collares de cuentas colgantes gruesas, collares de tejido de petatillo, y esperaban inmóviles el arribo del *huey tlatoani* de los aztecas.

Motecuhzoma vino preciosamente ataviado. Semejaba un dios. Un ser misterioso que refulgía gracias a los destellos de las esmeraldas, zafiros y perlas engarzados con profusión en sus prendas. Llegaba acomodado sobre una litera cubierta con planchas delgadas de oro, el parasol formado con plumas hermosas, los cojines forrados con pieles de ocelotes. Cargaban la litera cuatro príncipes, a quienes no tardé en identificar: Itzcuahtzin de Tlatelolco, el *tlacateccatl* Atlixcatzin, el *tizacahuácatl* Quetzalaztatzin, y el *cihuacóatl* Tlilpotonqui. Los seguían más de mil *tecuhtli*, dignatarios, hijos de los señores principales, guerreros que han adquirido el rango de *tequihua* que significa hombre valiente o el de *cuachic*, «rapado», y sacerdotes que portaban sahumerios de los que surgían las volutas del humo sagrado del copal.

Ahí estaba mi padre, Motecuhzoma, investido con toda su majestad esplendorosa; el *huey tlatoani*, el que habla, el que tiene la verdad indiscutible en su lengua. Se creó a su alrededor un silencio reverencial, sobrecogedor. Nadie se movía. Todos miraban hacia el suelo, humillaban sus diademas, sus penachos, la grandeza de sus respectivos linajes. Los españoles los admiraban asombrados, en especial su capitán Hernán Cortés y el soldado que ya se me había aparecido en sueños. Las ancas de los caballos temblaban, sus hocicos tascaban los hierros que comían entre los dientes, los perros jadeaban y gruñían. Motecuhzoma descendió de su litera, se apoyó en los brazos de Cacamatzin y de Cuitláhuac. Sus huaraches de oro pisaron sobre un petate del *nequén* más fino. Caminó dos pasos y se detuvo. Lo protegía de los rayos del sol un palio riquísimo decorado con plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha

argentería y perlas y *chalchihuites* que colgaban de unas bordaduras. Hernán Cortés se apeó del caballo. Un pajecillo le sostuvo las riendas. Malinalli y el padre Aguilar lo flanquearon para que pudiese hablar, para que no se quedara mudo frente al emperador de los mexicas. Motecuhzoma frunció la nariz con desagrado. Cacamatzin ordenó a un siervo que abanicara el aire. Los hombres blancos hedían como si hubiesen comido las pieles crudas de los sacrificados.

Motecuhzoma, ante el desconcierto de nuestros nobles, hizo una reverencia y yo escuché el pensamiento de mi gente que le reprochaba: «¡Jamás el *huey tlatoani* había hecho una reverencia!» Sentí que el coraje corroía mis venas. Aleteé y atacué con el pico la rama del árbol donde estaba parada.

En seguida, Motecuhzoma, hizo dones a los españoles. Colocó un collar de oro y piedras preciosas en el cuello de Hernán Cortés. Puso encima de los hombros de sus capitanes y soldados collares de flores y sartales de flores para colocarse en el pecho y les puso en las cabezas guirnaldas de flores. Luego, ordenó que se dispusieran delante de sus miradas aviesas, los collares de oro y todo género de obsequios de bienvenida.

Hernán Cortés, entonces, sacó un collar que traía muy a mano, hecho con piedras de vidrio llamadas «margaritas» y que vienen ensartadas en unos cordones de oro con *almizque* para que diesen buen olor y quiso colocárselo en el cuello. Un murmullo hizo crepitar la tierra. ¿Cómo se atrevía? ¿Que no sabía que nadie puede tocar a Motecuhzoma en público? Cuitláhuac se interpuso y detuvo su brazo. Le gritó que no lo abrazara. Le hizo saber su menosprecio. Cortés reuló y, para sortear el mal trago, volteó su cara hacia Malinalli, sonrió y le dijo algo que nadie pudo comprender y que ni ella ni la otra lengua tradujeron.

Motecuhzoma y Cortés se sentaron uno frente al otro en unos *quechol icpalli*, adornados con plumas ricas y suaves, y Cortés preguntó a Motecuhzoma: «¿Acaso eres tú? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma?»

Malinalli y Aguilar tradujeron con celeridad. Malinalli pronunció: «¡Ca *cenca tlatatl!*», y Jerónimo de Aguilar dijo: «¡Es persona de importancia! ¡Sí, él es Motecuhzoma Xocoyotzin!»

Luego, Motecuhzoma se puso de pie, se acercó a Cortés y volvió a inclinarse lo más que pudo. Le dijo: «Señor nuestro, te has fatigado y cansado, ya has llegado a la tierra. Has arribado a tu ciudad, México. Allí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos. Los señores reyes Izcoatzin, Motecuhzomatzin el Viejo, Axayácatl, Tizoc, Ahuítzotl. ¡Oh!, que breve tiempo tan solo guardaron para ti. Dominaron la ciudad de México: bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo bajo. ¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, de sus postreros? ¡Ojalá uno de ellos viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí! Lo que veo ahora yo, el residuo, el superviviente de nuestros señores».

El discurso de mi padre estuvo a punto de tirarme del sauce. Sus frases,

enloquecidas, abyectas, dignas de un tonto apocado, de un comedor de *mixitl*, esa hierba que ocasiona la pérdida del juicio, eran el colmo del entreguismo. El rostro de Cuitláhuac se puso cenizo. Los músculos de su pecho temblaron al impulso de su sangre transformada en la furia del tigre. Cacamatzin, Tlilpotonqui, Chimalpopoca, mis hermanos, todos los grandes señores escuchaban aquello que los ofendía hasta lo más íntimo y, sin embargo, debieron controlarse y guardar la más estricta disciplina.

»No, no es que yo sueño —continuó Motecuhzoma, para mí ya convertido es escoria—, no me levanto del sueño adormilado, no estoy soñando... ¡Es que ya te he visto, es que ya he puesto mis ojos en tu rostro...! Hace cinco, o diez días yo estaba angustiado, tenía fija la mirada en la Región del Misterio. Y tú has venido entre nubes, entre nieblas. Como que esto era lo que nos transmitieron los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad: que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitial. Pues ahora se ha realizado. Ya tú llegaste con gran fatiga. Llega a la tierra, ven y descansa, toma posesión de tus casas reales, da refrigerio a tu cuerpo. ¡Lleguen a su tierra, señores nuestros!

Hernán Cortés escuchó con atención la traducción de Malintzin. En su cara pude ver la complacencia que le producía, aunque se cuidó muy bien de no demostrarla abiertamente. Disimuló lo más que pudo y luego relajó sus facciones.

—Tenga confianza Motecuhzoma —dijo con su lengua salvaje—. Nada tema. Nosotros mucho lo amamos. Bien satisfecho está hoy nuestro corazón. Le vemos la cara, lo oímos. Hace ya mucho tiempo que deseábamos verlo —hizo una pausa y volteó a mirar a los suyos para pulsar sus ánimos y el efecto que les causaba su respuesta. Luego, expresó—: Ya vimos, ya llegamos a su casa en México; de este modo, pues, ya podrá oír nuestras palabras con toda calma.

Después, él y sus capitanes se aproximaron a Motecuhzoma y le cogieron las manos y le palmearon el dorso. Mi padre se sonrió con una expresión que, más que lástima, me causó repugnancia.

—¡Cortés es un cara inflada, mucho promete pero no hará más que daño! —rugió Cuitláhuac para que los demás principales lo escucharan.

—¡Sí, se porta como *titlanxiqipile!* —lo secundó mi hermano Axayácatl, para dejar en claro que el capitán español estaba lleno de falsedad y que encubría sus verdaderos sentimientos hacia nuestro padre.

Motecuhzoma dio por terminada la reunión, subió a su litera y, rodeado de los dignatarios que lo habían acompañado, encaminó sus pasos hacia Tenochtitlan. Los españoles, felices por lo que había sucedido, lanzaron vítores a su capitán y dispararon sus arcabuces al aire. Uno de los disparos pegó justo en el árbol donde yo estaba posada, lo que me hizo levantar el vuelo, aletear con fuerza y regresar del sueño igual que si me hubiese visto arrollada por un torbellino. Cuando desperté mi paladar tenía el sabor irritante de la pólvora.

Volví a la vigilia, pero no pude moverme. Mi cuerpo estaba paralizado, los nervios tensos y los músculos agarrotados. Tuve que hacer un gran esfuerzo para

reaccionar frente a las voces de las mujeres que me rodeaban y me suplicaban que volviese en mí. Yacapatlahuac, sin dejar de sollozar, frotaba mis sienes con una sustancia pegajosa que tenía el olor intenso de la flor que llamamos *aquilotl*, y me pedía: ¡Vuelve de tu sueño, madrecita! Xochipalli, por su parte, ponía toda su atención para desprender de mi piel, sin lastimarme, las plumas pardas con las puntas rojas que cubrían mis extremidades.

—¿Cuitláhuac? —fue lo primero que dije—. ¿Dónde está mi señor? —reclamé porque, después de lo que había «visto», añoraba su presencia con desesperación.

—Nuestro señor Cuitláhuac se fue desde ayer para acompañar al *huey tlatoani* Motecuhzoma hasta el palacio de Axayácatl, en Tenochtitlan, donde, según dicen, se dará albergue a los hombres blancos, señora —me informó Xochipalli, sin distraer su atención de lo que hacía—. Mi esposo me contó, Tecuichpotzin, que detrás de la litera de Motecuhzoma se fueron juntos muchos de los señores principales.

—¿Quiénes? —pregunté a fin de poder unir las escenas de mi sueño con las imágenes que se formaban con las voces de quienes me rodeaban.

—Su tío Cacamatzin, señora; el Señor de Tlacopan, el rey de Tlatelolco; el tesorero de Motecuhzoma en Tlatelolco que se llama Topantemotzin, así como Atlixcatzin, Tepeoatzin, Quetzalaztatzin, Totomotzin, Hecatempatitzin, Cuapiaztin y otros más, muy galanos y muy bien servidos.

Sí, eran algunos de los que había reconocido desde la rama del sauce. Entonces, mi ensueño...

—Llegaron todos hasta la Casa Real, señora —me distrajo Xochipalli—. Los españoles entraron en tropel y se apoderaron del palacio. Se hicieron dueños como quien dice, y todavía más. Pusieron en vigilancia a Motecuhzoma y a Itzcuahtzin. Los rodearon y apretaron muy ceñidos a sus propios cuerpos, para que no se pudieran zafar de la sonrisa de sus capitanes. A los demás los echaron y ellos no más se escondieron, se ocultaron, dejaron en abandono a su señor con toda perfidia.

—¿Cuitláhuac? —susurré.

—¡Él, no! Nuestro señor se separó antes. Él se fue a las Casas Nuevas para prevenir a las mujeres y a los hijos de Motecuhzoma.

No quise saber más por boca de mis ayas. Me incorporé y les pedí que me llevaran al *temazcalli*. Necesitaba un baño con urgencia. Con tanto sobresalto, la sangre de mi vientre bajaba con apremio y el dolor, al igual que cada mes, me cercenaba la cintura.

Cuitláhuac me visitó durante la tarde de ese día nefasto marcado en nuestra cuenta del tiempo con el signo Ocho-Viento, del decimocuarto mes, que llamamos *quecholli*, y que corresponde al día 8 de noviembre de 1519 en el calendario de los españoles, sólo para comentar brevemente lo que había sucedido y para informarme acerca de la situación de mi madre y mis hermanas.

Cuando comenzó a narrarme los pormenores del encuentro, yo, sin poder contenerme, me atreví a colocar mi dedo índice en sus labios para que callara.

—Te ruego, señor, me dejes contarte lo que vi en mi sueño —dije rápidamente para evitar su enojo.

Él, que ya se había acostumbrado a las sorpresas de mis ensueños, se concretó a sonreír y darme su venia con un apretón amable de su mano. Se lo conté de cabo a rabo sin detenerme un momento. Cuando terminé, Cuitláhuac asombrado por la precisión de mi relato, me confirmó que todo lo que le había dicho era cierto. Luego me hizo saber que había hablado con Tayhualcan y Miauaxóchitl y les había ordenado que ni ellas ni mis hermanas dejaran, bajo ningún motivo, la zona del palacio de Motecuhzoma destinada a sus aposentos.

—Les pedí que fueran estrictas con las jóvenes y no les permitiesen desliz alguno, Tecuichpotzin; sobre todo con Macuilxóchitl, que es muy curiosa y con frecuencia tiene una conducta alocada. No quiero que los españoles las vean o se les acerquen. La mayoría de ellos andan sobrados. No han tenido mujer en mucho tiempo y no van a ser capaces de controlarse.

Cuitláhuac se despidió de mí con cierta prisa. Estaba sumamente nervioso y, antes de regresar a Tenochtitlan, quería visitar a Papatzin Oxomoc y a sus hijos. Me prometió que volvería al día siguiente.

Estaba dispuesta a acostarme cuando la presencia de unos ojos que me miraban desde la penumbra, y que no reconocí de inmediato, me llenó de horror y me hizo recular hasta caer de espaldas sobre una de las esteras colocadas en la habitación.

—¿Xochipalli? —grité muerta de miedo.

—¡No hermanita Tecuichpo! —fue la respuesta que, entre carcajadas, delató a mi hermana Macuilxóchitl, quien se adelantó y me hizo un ademán de burla.

—¿Qué haces aquí? —la pregunta brotó de mi boca mientras mi mente recordaba el juicio que de ella acababa de hacer Cuitláhuac.

—Me escapé de las Casas Nuevas, hermana. No soporto estar al lado de nuestro padre ni ser testigo de la forma como se humilla frente a los españoles. Vine para que te enteres de lo que sucede en Tenochtitlan. Ya sabes que yo soy igual que un *quimichin*, un ratoncito que se cuela por todos los rincones y que, hasta ahora, nadie ha logrado atrapar.

Yo la contemplé admirada. Macuilxóchitl tenía los arrestos suficientes para comportarse igual que un varón dispuesto a jugársela. Le pedí que se sentara a mi lado y que hablase en voz baja para no despertar la suspicacia de mis ayas o de alguna de las mujeres que nos servían.

—Los españoles quedaron dueños del palacio de nuestro abuelo Axayácatl. Aún no se habían acomodado en sus aposentos ni habían dispuesto lo que harían con Motecuhzoma e Itzcuahtzin, cuando el capitán Cortés hizo que se disparara un cañón. ¡Uh, todos nos cagamos de miedo, hermanita! El ruido y el humo apestoso que quedó flotando confundieron a los habitantes de la ciudad, al grado de que la gente corría sin rumbo. Se desbandaron como si los persiguieran. Haz de cuenta que hubieran comido hongos alucinógenos, como si hubieran visto algo espantoso. El

pavor se tendió sobre todos. Muchos andaban como borrachos y comenzaron a irse por diversas partes muy asustados. Nadie, en su sano juicio, pudo dormir esa noche.

—¿Y ustedes, Macuilxóchitl? ¿Mi madre, la abuela Xochicuéyetl, Xocotzin...? ¿Las mujeres e hijas de Motecuhzoma?

—Nosotras nos cobijamos bajo el amparo de la abuela Xochicuéyetl. Corrimos a sus aposentos y le suplicamos que nos protegiera. La abuela, que en ese momento bebía con deleite una jarra con *octli* que acababan de traerle, nos miró con dureza y no hizo mucho caso de nuestra alharaca. Luego, se dirigió a Tayhualcan y la regañó con encono: «¿Cómo es posible que la primera esposa de Motecuhzoma tiemble como si fuese una hembra de *tlaquatzin* a la que se le ha escurrido uno de sus hijuelos de la bolsa que tiene entre las mamas?» Tayhualcan acusó el insulto con el cuerpo encogido y masculló una disculpa. Fue tu madre, Miauaxóchitl, la que se enfrentó a la cólera de la anciana y la que la hizo reflexionar sobre el peligro que corríamos. «Madre Xochicuéyetl, sólo tú tienes ascendencia sobre Motecuhzoma. Sólo te escucharé a ti, en el caso de que los españoles quieran atentar contra nosotras. No permitas que nos entregue a ellos, como hizo el infeliz Xicoténcatl que les regaló a sus hijas».

La abuela, entonces, cambió de actitud. Abrió los brazos y nos aseguró que antes de que eso sucediera, Motecuhzoma tendría que matarla. Después, ordenó a los *calpixqui* que la sirven que nos acomodaran en unas habitaciones contiguas. Fue cuando yo aproveché para escabullirme y...

—¿Te fuiste a meter en la boca del *coyotl*?

—Escurrí mis huesos como hace la pequeña enana *cuitlapanton*, esa fantasma a la que todos temen, y no tuve dificultad alguna para atravesar el campamento que tienen los tlaxcaltecas y huexotzincas en el patio central del palacio de Axayácatl. Así llegué hasta los salones donde los españoles dormían.

—¿Y qué hiciste, Macuilxóchitl? —pregunté admirada de su audacia.

—Me escondí dentro de una cesta enorme que estaba por ahí arrumbada. Por la mañana —continuó sin darme tiempo de hablar—, los españoles exigieron a Motecuhzoma que los proveyese de comida, bebida y forraje para sus venados. Nuestro padre, igual que si fuese su criado, ordenó a los *piles* y a los *achcauhtes* que trajesen tortillas blancas, gallinas de la tierra fritas, huevos de gallina, agua limpia, leña rajada, carbón; así como cazoletas anchas, tersas y pulidas, jarritos, cántaros, tacitas y otros artefactos hechos con barro cocido y pintado. Al principio los servidores no le hicieron caso. Estaban muy enojados y no querían atender a los blancos. Refunfuñaban y decían cosas de Motecuhzoma que jamás se hubiesen atrevido a decir, so pena de ser sacrificados de inmediato. Tuvo que intervenir Tlilpotonqui para que, a regañadientes, les llevaran en unas bateas lo que el *huey tlatoani* les había ordenado.

—¿Motecuhzoma hizo eso? —dije indignada.

—Se comporta como si fuese una *auianime*, Tecuichpo, como una puta dispuesta

a dar su cuerpo de balde. Me dieron unas ganas enormes de gritarle —como hacemos en la fiesta del mes *huey tozotli*: «¡En verdad, he aquí a uno que tiene los cabellos largos y se atreve a hablar! ¿Pero en verdad hablas? ¡Mejor harías en procurar cortar tus largos cabellos, melenudo! ¿No serás mujer como nosotras?»

Macuilxóchitl golpeó sus muslos con los puños. Su exasperación llegó a los extremos del delirio. Tuve que esperar a que se calmara un poco para que se le destrabara la lengua.

—Después, hermanita —dijo con una voz que tenía el sabor de la saliva amarga —, vi cómo Hernán Cortés, acuciado por el capitán que mentan Tonatiuh y por otro que le dicen Juan Velázquez de León, comenzó a preguntar a Motecuhzoma por el tesoro real y por el oro que, ellos sabían, tenía acumulado en algunos lugares resguardados con absoluto secreto. Motecuhzoma, sin hacer el intento de engañarlos u oponer resistencia, no sólo consintió en mostrarles las riquezas, sino que se las entregó como si fueran de ellos, como si los tesoros de los mexicanos, reunidos durante tantos años, hubiesen estado esperando el contacto de sus manos sucias. Así, Tecuichpotzin, nuestro padre los fue guiando hasta la casa del tesoro Teuhcalco. Ahí, los *calpixqui* sacaron afuera travesaños de pluma de quetzal, escudos finos, discos de oro, los collares de nuestros dioses, los pendientes de oro para la nariz, las grebas de oro, las ajorcas de oro, las diademas de oro... ¿Y qué crees que hicieron esos brutos cuando los tuvieron en sus garras?

—¿Qué, Macuilxóchitl? —expresé conmovida por su encono.

—Desprendieron el oro de todas las insignias, de los escudos... Y luego hicieron una gran bola de oro y prendieron llama a todo lo que restaba, por valioso que fuera... ¿Puedes imaginar tanta barbarie?

No, no pude hacerlo en ese momento. Nunca antes había escuchado acerca de una salvajada de ese tamaño. Yo, que había pasado muchas horas admirando el trabajo de los tejedores de plumas, los *amanteca*, y que había visto cómo fijaban las plumas preciosas de las aves que surcaban los aires de todas las regiones de nuestro inmenso territorio sobre ligeras armaduras de caña y las ataban una por una con hilos de algodón, o bien las pegaban sobre tela, piel o papel de manera que formaran mosaicos, y que aprovechaban sus hermosísimos colores y su transparencia para producir efectos sorprendentes, no pude imaginar la destrucción que habían hecho.

—¿Y qué hicieron con el oro? —pregunté para despejar mi mente.

—¡Lo fundieron y formaron barretas, Tecuichpo! —afirmó enfadada.

—¿Y los *chalchihuites*?

—Las piedras preciosas que les gustaron las tomaron para sí. Las que no fueron de su gusto, así como algunos retazos tejidos con pluma que no pudieron destruir, se los dejaron a sus aliados, los miserables tlaxcaltecas y huexotzincas que jamás habían soñado con poseerlas.

Huelga decir que el relato de mi hermana aplastó mi *tonalli* como si me hubiesen echado carretadas de tierra encima. Harto trabajo me costó aspirar el aire para

recuperar el talante necesario y seguir escuchando sus palabras que caían igual que hachazos sobre mi espíritu.

—Una vez que hurgaron y rebuscaron en los almacenes del Teuhcalco y se adueñaron de todo aquello que les pareció hermoso, Hernán Cortés exigió a Motecuhzoma que los llevara a sus aposentos y les mostrara los tesoros pertenecientes al *huey tlatoani* de los aztecas...

Macuilxóchitl vio la pregunta en mis ojos horrorizados, misma que ni siquiera tuve necesidad de formular, y dijo:

—Motecuhzoma los llevó a su recámara, en la Casa de las Aves, sin chistar. Los españoles, como si fueran bestezuelas, se daban palmadas unos a otros: tan alegre estaba su corazón. Y cuando entraron a la estancia de los tesoros, parecía como si hubiesen llegado al extremo de la felicidad. Por todos lados metieron las narices, todo codiciaban.

—¿Y Motecuhzoma los dejó hacer lo que les vino en gana?

—Más que eso, Tecuichpotzin. Él mismo, aunque te parezca increíble, les entregó los objetos con sus propias manos. ¡Las cosas que eran de su propiedad exclusiva; lo que a él le pertenecía, su lote propio; toda cosa de valor y estima: collares de piedras gruesas, ajorcas de galana contextura, pulseras de oro y bandas para la muñeca, anillos con cascabeles de oro para atar al tobillo, y diademas reales, las cosas propias del rey y solamente reservadas a él! ¡Sus alhajas sin número!

La cabeza comenzó a darme vueltas mientras Macuilxóchitl hablaba. Sentí que mi garganta se cerraba y que empezaba a asfixiarme. Me levanté de la estera y corrí hacia un rincón donde logré escupir la bilis que atenazaba mi cuello. Apenas lo hice, pude pronunciar una frase que resumía la causa de mi malestar, del mío y creo que el de todos los mexicas que aún vivían al amparo de los designios de mi padre.

—¡On *tlacemichictia!* —grité—. ¡Allá fue robado todo!

Macuilxóchitl asintió con la cabeza.

—Todo lo cogieron, de todo se adueñaron como si fuera su suerte —resumió los hechos del terrible despojo que habían perpetrado.

Después, con el ánimo desgarrado, me contó que los señores principales, al saber lo que sucedía, cayeron en el abatimiento; que el miedo los avasallaba y que ya nadie se atrevía a ir a los aposentos de Motecuhzoma.

Ellos y los *macehualtin* se han llenado de miedo, Tecuichpotzin. Parece como si estuviera allí una fiera suelta, como si el peso de la noche cayera sobre todos nosotros. Nomás se acercan un poco y, aluego se escabullen de prisa, se van temblando.

—¡*ICNOPILLOTL OMOMELAUH!* —sentencié—. ¡La desgracia nos vino derecha! —para dejar grabado en mi memoria el epitafio impreso en la lápida que, a partir de entonces, señalaría nuestra tumba.



VII

«Vivimos con el alma desgarrada, hay sobre nosotros un estallar de rayos»

El asesinato de mi padre Motecuhzoma y de Itzcuahtzin, ocurrido la noche del Siete-Cuetzpalin del año Dos-Técpatl o Pedernal —esto es, el 30 de junio de 1520—, estuvo precedido por un sinnúmero de hechos afrentosos.

Gracias a las intrigas palaciegas del jorobado favorito de mi padre, Xiuquecho, mi madre pudo enterarse de algunos sucesos que nos conmocionaron por su trascendencia y porque ya apuntaban a un desenlace fatal.

—Supe —me dijo durante una visita que le hice a las Casas Nuevas— que el capitán Cortés se presentó ante tu padre acompañado de cuatro hombres, entre ellos fray Bartolomé de Olmedo, y de sus lenguas Malinalli y Aguilar, para hablarle de su religión y convencerlo de que adorase a su dios, y que, después de escuchar una sarta de sandeces, Motecuhzoma le había contestado que nuestros dioses son tan verdaderos como el suyo y que no pensaba dejar de adorarlos. Según pudo observar Xiuquecho, esto causó disgusto y contrariedad al español, quien, sin embargo, insistió en que los dejase colocar un altar a un lado del *cu* de Huitzilopochtli.

—¿Y mi padre accedió?

—No de inmediato, Tecuichpo. Le dijo que tendría que consultarlo con los sacerdotes, a sabiendas de que éstos se negarían rotundamente.

Miauaxóchitl no quiso confesarlo, pero yo me di cuenta de que en su fuero interno, ella sabía que Motecuhzoma iba a ceder, como lo había hecho con todas las demandas del capitán Cortés, ante quien no sólo se sometía sino que, aparentemente, le profesaba una admiración malsana que tenía ciertos tintes femeniles que contradecían la virilidad que había demostrado durante toda su vida, pues nunca había sido afecto a practicar, como muchos otros principales lo hacían, la sodomía con sus pares o con los hombres de su servidumbre.

Xiuquecho le había contado que, durante la misma entrevista, Motecuhzoma, muy regocijado y entre risas —él que era tan solemne y soberbio— le dijo a Cortés: «Malinche, bien sé lo que te han dicho esos de Tlaxcala, con quien tanta amistad has hecho: que yo soy como dios o *teteu*, y que cuanto hay en mis casa es todo oro y plata y piedras ricas. Me resulta claro que, como son listos, que no les creerás y lo tomarás por burla. Ahora, señor Malinche, ves mi cuerpo de hueso y de carne, como los suyos; mis casas y palacios de piedra, madera y cal. Gran rey sí soy y poseo las riquezas de mis antecesores, mas no soy todas las locuras y mentiras que de mí te han

dicho; así que también lo tomarás por burla, como yo sé que, con todo y sus truenos y relámpagos, ustedes son hombres como yo».

—Nunca imaginé, Tecuichpo, que algo así pudiera suceder.

No hice comentario alguno. Mi capacidad de asombro había terminado por agotarse.

Otro incidente que vino a agravar aún más la situación de Motecuhzoma frente a los españoles, fue la matanza que hizo el *tlatoani* de Nauhtla, llamado Cohualpopocatzin, de varios de los soldados que había dejado en la costa y de muchos de sus aliados totonaques.

Hernán Cortés se había presentado en los aposentos de Motecuhzoma, acompañado de cinco capitanes, sus lenguas y treinta soldados armados como si fuesen a la guerra, y sin respetar las maneras que debía guardar ante mi padre y sin cuidarse de la presencia de Cacamatzin y de Tlilpotonqui, le reclamó acremente que él hubiese ordenado al Señor de Nauhtla que atacase a sus hombres y los exterminara.

Tlilpotonqui, más que ofendido, había soltado la lengua delante de mi abuela y de Tayhualcan, y esta última se lo contó a mi madre.

—¡Tú mandaste matar a mis hombres, Motecuhzoma! —le dijo Cortés con tono airado—. He recibido un mensaje del capitán Pedro de Iricio, en el que me informa que tus guerreros atacaron a Juan de Escalante, a quien dejé como capitán y alguacil mayor en la Villa Rica de la Veracruz, y a sus soldados. Que a Juan de Escalante, «hombre muy bastante y de sangre en el ojo», lo hirieron muy malamente y le mataron seis soldados y un caballo, e incluso que los mexicanos decapitaron al soldado Argüello y que a ti te entregaron su cabeza.

Motecuhzoma había empalidecido, porque sabía que Cortés tenía razón, mas luego recompuso el gesto y reaccionó con dureza:

—¡Calla extranjero! —gritó—. ¡Te olvidas de quién soy! ¡No me hagas enojar!

Parece ser que su respuesta aplacó los ánimos de Cortés, porque cambió de actitud. Ya con otro tono, dijo a Motecuhzoma que le extrañaba que él, su amigo, hubiese mandado matar a sus soldados, que no lo creía capaz de una traición y que, seguramente, era inocente. Sin embargo, Hernán Cortés había exigido que se hiciera comparecer a Cohualpopocatzin, que Motecuhzoma se lo entregase y le permitiera castigarlo como merecía.

Tanto Cacamatzin como Tlilpotonqui esperaban que Motecuhzoma se negara a satisfacer dicha exigencia. Empero, para su consternación, mi padre hizo venir al Señor de Nauhtla y lo entregó a Cortés. Luego, los cinco capitanes de Cortés, todos a una, colocaron a Cohualpopocatzin en un pequeño patio adyacente y lo asaetaron.

Tlilpotonqui contó que el Señor de Nauhtla —que creía que Motecuhzoma iba a recompensarlo por haber cumplido sus órdenes—, al saberse traicionado por el *huey tlatoani* y sin posibilidad de defenderse, sólo apretó las mandíbulas y no profirió lamento alguno.

Los españoles, al ver la hombría con que este guerrero soportaba el suplicio, se

encolerizaron e hicieron traer un «brasero de los señores» que se usaba para asar a algunos cautivos y, vivo aún, lo quemaron hasta que la vida se le fue del cuerpo.

—Tlilpotonqui, con los ojos hechos de agua —recalcó Tayhualcan ante mi madre—, había expresado que si bien Hernán Cortés y sus capitanes, sobre todo el rubicundo Tonatiuh, se habían comportado con la maldad propia de un *tetlapanquetzalli*, «el que pone a alguien en el fuego», Motecuhzoma había actuado peor que un vil *itzcuintli*.

Las dos esposas principales de Motecuhzoma y muchas de sus concubinas estaban desesperadas. No podían comprender la transformación del hombre que respetaban y querían más que a sus propias vidas. Sabían que la mayoría de los señores principales, los sacerdotes y los guerreros lo aborrecían, y que los *macehualtin*, hartos del temor y la confusión en que vivían, estaban listos para rebelarse. Motecuhzoma ya no era el Padre y la Madre de los mexicas, su inclinación a conducirse como un *moyocoyatzin*, un tirano arbitrario, se había exacerbado hasta la locura. ¿*Quezan nel?* ¿Y ahora qué?, ¿cuál será su siguiente flaqueza?, eran las preguntas que todos nos hacíamos. No tardé mucho tiempo en saberlo. Al día siguiente del sacrificio de Cohualpopocatzin, fueron a verlo Cuitláhuac y mi hermano Tentecuenoc para pedirle que tomara una decisión respecto de los españoles: o expulsarlos del imperio o matarlos. Cacamatzin y Tlilpotonqui estaban presentes. Cuitláhuac le había dicho:

—Oh gran señor, mi señor, es el momento propicio para hacerles la guerra, la *yaoyotl*. Ya los batallones mexicanos retomaron el poder en la región totonaca, dando muerte a varios españoles y sometiendo a los rebeldes. Cortés, sus hombres y los tlaxcaltecas están en nuestras manos. El *tlacateccatl*, el que manda a los guerreros, y el *tlacochohcácatl*, el señor de la casa de los dardos, han aprestado a las órdenes militares superiores: a los Caballeros Tigre, soldados de nuestro dios Tezcatlipoca, y a los Caballeros Águila, soldados del Sol, y sólo esperan tus palabras para actuar...

La vehemencia de mi esposo, según dijo Tlilpotonqui, estaba preñada con todo su arrojo y con la determinación de proceder de inmediato. Parecía que estaba a punto de persuadir a Motecuhzoma. Sin embargo, su discurso se había visto interrumpido cuando irrumpieron en forma abrupta Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Francisco Lugo, Alonso de Ávila, Malinalli, Aguilar, y un soldado llamado Bernal Díaz del Castillo, todos muy armados, y Cortés, siempre con su lengua de serpiente, le pidió que se fuera a vivir con ellos en el palacio de Axayácatl, con el pretexto de que ahí sería servido y mirado muy bien como en su propia casa. «Y que si hacía alboroto o daba voces, que luego sería muerto por sus capitanes, a los que traía para tal efecto».

Cuitláhuac, Tentecuenoc y Cacamatzin, que estaban desarmados, hicieron el intento de arrojarse encima de los españoles, mas mi padre se los impidió al ordenarles con gritos preñados de miedo que lo dejaran a solas con Cortés.

—Hubo un momento de confusión —contó Tlilpotonqui—, pues nadie supo qué

hacer. Al fin, Cuitláhuac y Cacamatzin abandonaron furiosos el salón. Tentecuenoc, por su parte, se llevó las manos a la cara para ocultar las lágrimas de rabia que escurrían por sus mejillas y corrió tras de ellos. Cortés no necesitó de la traducción de Malinalli para comprender la animadversión que había suscitado con su violenta irrupción y, sin perder tiempo, ordenó a sus capitanes y soldados que le aguardasen afuera. Los *teteu* salieron refunfuñando. Nos quedamos Motecuhzoma, yo y Hernán Cortés con sus lenguas —continuó Tlilpotonqui—. De inmediato, Motecuhzoma dijo a Cortés que él, el *ce manahuac*, no estaba dispuesto a salir de sus palacios contra su voluntad; que no era persona la suya para que tal le mandase; y que no era su intención ir prisionero. «Tú, Malinche, te comportas como *titlanixiquipile*. Tú tienes abajo el morral», había agregado para indicarle que lo consideraba una persona falsa, que encubría sus intenciones. Cortés, sin cuidar de las formas pero ya con un tono menos áspero, replicó con argumentos tramposos y marrulleros para convencerlo. Sin embargo, no lograron ponerse de acuerdo. Más de una hora estuvieron discutiendo, hasta que el capitán Juan Velázquez de León hizo suya la impaciencia que alteraba los ánimos de los demás capitanes y, con grandes voces, conminó a Cortés para que dijese a Motecuhzoma que «lo llevamos preso, o le daremos estocadas». Malinalli, ducha en el arte de engañar, tradujo sus palabras de tal manera que no ofendiesen al *huey tlatoani*: «Señor Motecuhzoma, lo que yo le aconsejo es que vaya con ellos a su aposento sin ruido ninguno, yo sé que le harán los honores, como gran señor que es, y de otra manera aquí quedaría muerto...» Fue entonces cuando mi señor Motecuhzoma —gimió Tlilpotonqui— cayó en el oprobio de ofrecerle a uno de sus hijos y a dos de sus hijas, los tres legítimos, como rehenes para evitar ir prisionero y, según le dictó su mujeril flaqueza, salvar su dignidad de *huey tlatoani*. «¿Qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?»

Cortés no aceptó el canje e insistió en llevar a Motecuhzoma. Luego, con palabras entrecortadas por los gemidos y gruñidos semejantes a los que profieren las fieras heridas, Tlilpotonqui relató cómo Motecuhzoma se había prestado a vivir prisionero en el palacio de mi abuelo Axayácatl igual que si fuese un pelele al que, mientras se lo llevaban, le pedían que no hubiese enojo y que dijese a sus capitanes y a los de su guardia que iba por su voluntad.

Motecuhzoma se fue con ellos y, de inmediato, los rumores se soltaron con la velocidad que emplean los *calquimichtin*, esos ratoncillos que pululan en las milpas y las casas de los *macehualtin*, para meterse en las lenguas de la gente y, casi al instante, horadar nuestras orejas y ensuciarlas con hablillas que afirmaban que los capitanes de Cortés habían colocado grillos en los tobillos de nuestro *huey tlatoani* que le impedían moverse a su arbitrio; que lo mantenían sujeto a una cadena gorda, cuyos eslabones eran de hierro sucio por el orín que los cubría; que algunos soldados se habían atrevido a insultarlo con voces vergonzosas, como «perro vil y asqueroso». Algunos contradecían esos rumores, porque contaban que a Motecuhzoma ya le habían quitado los grillos y continuaba gobernando igual que antes; que el capitán

Cortés lo había obsequiado al regalarle un paje español, que se llamaba Orteguilla, para su servicio; o que el propio Hernán Cortés le había dicho: «No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como a mí mismo», con lo que mi padre se sentía a gusto y se mostraba más que contento.

Todo eso y más corría de boca en boca, y se esparcía por todos los confines de nuestro imperio igual que los humores apestosos de la sangre de las víctimas sacrificadas en los *cu* de nuestros dioses, para soliviantar el deseo de venganza de nuestro pueblo y el espíritu guerrero que ardía en nuestros corazones.

Nuestra vida en Iztapalapan se transformó en un desbarajuste. Cuitláhuac iba y venía igual que una ráfaga sin que ninguno de los *calpixqui* me pudiese dar noticia de dónde estaba metido. Las pocas veces que había logrado verlo, su cara furiosa me aconsejó que no me le acercara. Papatzin Oxomoc no salía de sus habitaciones más que para reprender a sus hijos cada vez que éstos hacían alguna trastada. Languidecía en el abandono en que nos tenía nuestro señor, y Xochipalli me había comentado que estaba desesperada porque intuía que Cuitláhuac exponía su vida sin guardar prudencia alguna... Y no, no estaba equivocada.

Un día decidí arriesgarme y me planté en los aposentos de mi esposo, sin más propósito que enterarme de lo que pasaba en el palacio de Axayácatl y de las intrigas en las que estaba metido Cuitláhuac. No tuve que esperar mucho tiempo. Cuitláhuac llegó esa noche envuelto en una nube de tormenta. Venía sudoroso y con el cabello revuelto. Sus facciones, a la luz que se desprendía de las antorchas, eran semejantes a las de las esculturas del terrible dios Xipe Totec aún inacabadas. No se dirigió a mí de inmediato, como solía hacerlo en cada uno de nuestros encuentros. Desvió la mirada y dio dos zancadas para apoderarse de una jarra que contenía agua. Bebió con avidez hasta que el líquido comenzó a escurrir por entre las comisuras de sus labios y a empapar su *tilmatli* de color rojo y ésta se pegó a su torso para dejarme ver la dureza de sus músculos y la hermosura de su pecho... No puedo negar que, a pesar de la zozobra que me consumía, el deseo incendió mi entrepierna; mas en ese momento era una imprudencia y me aguanté las ganas.

—¿Qué haces aquí, Tecuichpotzin? —murmuró con los labios todavía empapados.

—¡Mi señor, oh mi gran señor, quiero que me digas qué es lo que sucede! —dije con vehemencia—. Temo por tu vida y la de los señores inconformes.

Cuitláhuac lanzó un resoplido que me hizo callar. Luego se aproximó a mí y puso sus manos sobre mis hombros. Vi que sus ojos estaban enrojecidos y que la furia bailaba en sus pupilas.

—¡Motecuhzoma está derrotado y no le importa arrastrarnos con él hasta el Chiconammictlan, el noveno y final recinto de los muertos! —dijo con una voz espectral—. Malinche lo tiene en sus garras y le ha sorbido el seso. No nos escucha. Muchas veces hemos ido a verlo para pedirle que nos deje liberarlo y él insiste en que no está prisionero, que vive con los españoles de su grado y que se encuentra muy

contento con ellos. Cacamatzin, nuestro sobrino, se enteró de que los *popolocas* — como han dado en llamarlos la mayoría de nuestros príncipes, porque hablan un lenguaje bárbaro— descubrieron el tesoro escondido detrás de uno de los muros del salón del *tecpilcalli*, donde nos reunimos los nobles, del palacio de Axayácatl, y teme que se lo apropien y lo destruyan, como hacen con todas las joyas que caen en sus manos. Se lo ha hecho saber a Motecuhzoma y éste le ha respondido que los españoles pueden adueñarse de todas nuestras riquezas, porque son los dioses que han regresado para tomar posesión de lo que les pertenece...

La ira hizo retroceder a Cuitláhuac. Se separó de mí y fue a sentarse en su *tepotzoicpalli*, un asiento con respaldo de piel de tigre. Yo, conmocionada, no quise hacer comentario alguno. Muda, me dirigí hasta donde estaba un *acayete* de jade, lo rellené con tabaco y se lo ofrecí para que fumara. Él lo encendió con una brasa y le dio varias chupadas, hasta que un humillo azul formó un hálito alderredor de su cara.

—Ni Cacamatzin ni yo estamos dispuestos a perder más tiempo con las idioteces de Motecuhzoma, Tecuichpotzin —dijo con firmeza—. Hemos decidido liberarlo aunque él no lo quiera. Nos hemos reunido con nuestros primos, los señores de Coyohuacan, Tlacopan y Matlalcingo, para preparar una conjura que nos permita rescatarlo y, al mismo tiempo, aniquilar a los *popolocas*.

—¿Y han logrado ponerse de acuerdo, mi señor? —pregunté, al tiempo que le entregaba una vasija con agua de *chian*.

—¡Sí! —contestó con aplomo, mas yo vi que su rostro se ensombrecía—. Bueno, hemos tenido algunas dificultades porque tanto el Señor de Matlalcingo como Cacamatzin disputan el derecho a sucederlo en el señorío de México. Ambos arguyen que el reino y señorío de Tenochtitlan les viene de derecho, el primero porque dice que es pariente muy cercano y además es muy arrojado, como lo ha demostrado en muchas guerras, y el segundo porque es sobrino de Motecuhzoma y *huey tlatoani* de Tetzcuco, el segundo señorío en importancia en el valle del Anáhuac, y miembro de la Triple Alianza... Y yo temo, mi amada Tecuichpo, que estas desavenencias den al traste con nuestros planes.

Por lo pronto, Cacamatzin se ha adelantado y ha enviado un mensaje a Motecuhzoma que según recuerdo dice así: «Mi señor y tío, tus valientes y leales mexicas y tetcucanos estamos listos para liberarte de los españoles. Haznos saber, te suplicamos, si puedes ayudarnos desde tu prisión».

—¿Y tú, qué has resuelto? —pregunté antes de que se fuera, pues advertí que no tardaría en hacerlo.

—Yo tengo dispuestos mis ejércitos. He hablado con los *tequihua*, hombres valientes, y con los *cuachic*, hombres rapados, nuestros batallones más aguerridos, para que se preparen a luchar y defender con su vida la libertad de su señor Motecuhzoma Xocoyotzin y el honor de todos los mexicas.

Cuitláhuac se fue envuelto en el eco de sus últimas palabras y yo me quedé con un amargo sabor en la boca y dando vueltas en mi mente a una escena, varias veces

presenciada en la corte de mi padre, en la que las ancianas y las mujeres bien amadas vertían lágrimas vivas, su corazón se llenaba de pena y exclamaban: «He aquí a nuestros hijos muy amados, y si en cinco o seis días se pronuncia la palabra: ¡Agua e incendio!, es decir, la guerra, ¿regresarán jamás? ¿Encontrarán el camino de regreso? ¿En verdad, habrán partido para siempre?»

Papatzin Oxomoc me encontró sumida en la tristeza y se apiadó de mí. Me rodeó con sus brazos y me encaminó hacia mis aposentos. Ahí, Yacapatlahuac y Xochipalli me recibieron contritas y me prodigaron ternezas que no sólo fueron reconfortantes, sino que me arrullaron hasta caer exhausta en uno más de los ensueños que tanto pesar suelen darme.

Una nube de cenizas color *yapalli*, morado oscuro, atravesó por mi jardín y se detuvo en un claro desprovisto de flores. Yo, que en esos momentos sembraba unos camotes de *xicamaxóchitl*, levanté la cara y vi cómo la nube se abría para dejar en medio la imagen de uno de los salones del palacio de Axayácatl, donde mi padre y Hernán Cortés charlaban animadamente en secreto.

—¡Tienes que creerme *chalchihuepehua*, mis sobrinos y mi hermano han tramado atacarte, con el pretexto de sacarme de esta prisión! —le decía Motecuhzoma, a la vez que acariciaba la cabeza del paje Orteguilla sentado a sus pies.

—¿Cómo lo sabes, Montezuma?

—Me lo ha dicho el Señor de Matlalcingo. Además, mira el mensaje que me mandó Cacamatzin. Está muy encanijado contigo porque tus capitanes le ahorcaron a dos de sus príncipes, cuando le exigiste que pagara tributo a tu rey don Carlos y se negó.

Vi cómo el rostro de Cortés se teñía de color púrpura. Luego, sin consideración alguna, metió el puño entre sus piernas, le pepenó el *cincul* y la *tepolli* —la mazorca curvada y la bolota— y se los apretó hasta hacerle saltar las lágrimas de dolor.

—¡Dime más perro puto! —gritó, sin dejar de halarse las barbas.

Motecuhzoma, en medio de sus chillidos, le reiteró que era su *nomach*, su sobrino Cacamatzin, el que alebrestaba a la gente. Después, vi cómo Orteguilla le sobaba las partes blandas, mientras lo consolaba. Ambos desaparecieron.

Cortés no se quedó solo. Cacamatzin llegó y lo enfrentó con un gesto de desprecio. Entonces, el capitán le dijo con tono amenazador:

—¡Quítate de andar revolviendo guerra, pues será causa de tu perdición! —Mas como vio que Cacamatzin se le burlaba en la jeta, cambió el tono para decirle—: Yo quiero ser tu amigo y haré por ti todo lo que sea menester a tu persona.

—No quiero escuchar tus halagos, hasta verte de rodillas —le respondió el altivo Señor de Tetzcuco.

Cortés se mantuvo firme.

—Mira, Cacamatzin, no hagas deservicio a nuestro rey y señor don Carlos, porque lo pagarás con tu persona y te quitaré la vida —rugió con voz pastosa.

Cacamatzin le respondió que él ni conocía a su rey ni quería conocerlo; que Cortés era un truhán que con palabras blandas y mentiras había prendido a su tío.

El ensueño me dio un respiro y quedé rodeada por un halo luminoso que me hizo sentir, por un rato, las caricias de la almendra de un zafiro. Sin embargo, pronto retornó con mayor violencia.

Vi a Hernán Cortés pavonearse y hacer alarde de su facundia delante de mi padre. Estaban en una terraza del palacio de Axayácatl y Malinalli apenas y se daba tiempo para traducir los aspavientos de su amo, mismos que se hacían bolas en la boca de Jerónimo de Aguilar y no se diga en los dientes de Orteguilla, que comenzaba a balbucear nuestra lengua.

—¡Tienes que apaciguar a Cacamatzin y a todos los señores que están a tu deservicio y andan revolviendo todas las ciudades y caciques de la Tierra, Montezuma! —fueron las palabras que logré entender, al fin, entre tantos gritos y maldiciones—. Debes llamarlo para que podamos prenderlo y castigarlo como se merece. ¡Quítale su señorío y pon en su lugar al hermano ése que lo detesta y que nos serviría incondicionalmente!

Motecuhzoma lo escuchaba con el rostro ceñudo con el que se enmascaraba para atender los asuntos graves que le planteaban sus servidores.

—No creo que quiera venir, Malinche —respondió a través de la voz de Tlilpotonqui—. Mas no te preocupes, si no acata mis órdenes tendré concierto con sus capitanes y parientes para que lo prendan.

Después, entre las brumas del sueño, escuché la voz iracunda de Cacamatzin, para mí inconfundible, quien echaba bravatas en contra de los españoles y afirmaba que los habría de matar dentro de cuatro días y que mi padre era una gallina; que por no haberles hecho la guerra cuando se lo aconsejaron, los *popolocas* se habían metido en nuestra ciudad y adueñado de ella; que Motecuhzoma les había abierto la casa donde estaba el tesoro de nuestro abuelo Axayácatl y se había dejado apresar como si fuese una mujerzuela. Luego, arengaba a quienes lo rodeaban, y que yo no podía ver, para que se unieran y les hicieran la guerra.

—Porque les aseguro —decía con la elocuencia de quien sabe mandar y hacerse obedecer— que si ustedes me dan el señorío de México Tenochtitlan, yo los colmaré con muchas joyas de oro. ¡Ya tengo concertada la ayuda de los señores de Coyohuacan, Tacuba e Iztapalapan! ¡Muchos de nuestros parientes nos ayudarán y otros lucharán con nosotros en las calzadas, en sus canoas chicas y en sus piraguas desde los canales de la laguna! Recuerden que los extranjeros ya han sido derrotados una vez, que los nuestros mataron muchos *teteu* y un caballo. Los despacharemos en una hora y con sus cuerpos y su carne nuestros dioses tendrán buenas fiestas y nosotros hartazgo.

Cacamatzin terminó su arenga y, entonces, se alzaron las voces de sus deudos, ganosos de bullicios —entre las que pude distinguir la de mi señor Cuitláhuac—, que gritaban: «¡Nosotros te ayudaremos hasta morir! ¡Nosotros destruiremos a los

popolocas aun en contra de lo que ordene Motecuhzoma! ¡Los *popolocas* son hechiceros y con sus hechizos le han quitado su gran corazón y su fuerza! ¡Pero nosotros acabaremos con ellos!»

La siguiente escena vino a empalmarse sobre la precedente. En ella, Motecuhzoma, evidentemente disgustado, hablaba con seis de sus *yaotequihua* o capitanes de guerra, les hacía entrega de su sello personal y les decía:

—Entreguen secretamente este sello a los capitanes y parientes que están muy mal con Cacamatzin por la soberbia que ha demostrado. Pídanles que lo prendan y lo traigan a mi presencia —las palabras surgieron de su boca y formaron un torrente colorado que se hizo sólido para que por él pudiesen transitar los capitanes, llegar a Tetzcuco y transmitir las órdenes de mi padre a los enemigos de Cacamatzin.

En seguida, el Señor de Tetzcuco —que en esos momentos platicaba con los demás conjurados en uno de sus palacios— cayó prisionero, junto con cinco de los señores de las ciudades rebeldes, en manos de sus enemigos. Fueron trasladados a una gran piragua que flotaba en la laguna y que estaba cubierta con un enorme toldo y, con gran copia de remeros, llevados hasta México y, sin dilación alguna, entregados a Motecuhzoma.

La disputa entre Cacamatzin y mi padre fue tremenda. Motecuhzoma le reclamó que quisiera despojarlo de su reino y alzarse como *huey tlatoani* de Tenochtitlan. Cacamatzin lo llamó cobarde, apocado, y le dijo que para lo único que servía era para hacer reír a los extranjeros.

—Has perdido tu varonía y tu fuerza, Motecuhzoma. Te has convertido en un miserable *teuitzquitia*, que sólo sirve para provocar risotadas vulgares, propias de los *macehualtin*. Ya nadie te respeta.

Motecuhzoma no lo dejó continuar. Ordenó que fuese entregado a Cortés, para que sus soldados lo aherrojaran en la «cadena gorda». A los demás los largó con cajas destempladas, no sin dejar de amenazarlos con correr la misma suerte si insistían en atacar al capitán Malinche y a sus huestes.

Después, vi a Motecuhzoma —quien había hecho comparecer a un grupo nutrido de señores principales—, rodeado por Hernán Cortés, el fraile Olmedo y varios capitanes españoles, elevar a Cohuanacotzin, hermano de Cacamatzin, como séptimo Señor de Tetzcuco, y, lo más afrentoso, apadrinar el bautizo cristiano de éste con el nombre de don Carlos...

La sombra del soldado español que se metía en mis sueños con harta frecuencia y que más tarde pude identificar como Bernal Díaz del Castillo, se plantó a mi lado sobre la línea fronteriza entre las pesadillas y la locura. Entré en un estado de crispación y comencé a sacudirme, más cuando con el eco de su voz, me dijo: «Ya todo esto hecho, en fecha 21 de febrero de 1520, como los caciques y reyezuelos, sobrinos del gran Montezuma, que eran el Señor de Coyoacán, el Señor de Ixtapalapa, y el de Tacuba, vieron y oyeron la prisión de Cacamatzin y supieron que el gran Montezuma había sabido que ellos entraban en la conjuración para quitarle su

reino y dárselo a Cacamatzin, temieron, y no le venían a hacer la corte como solían. Y con acuerdo de Cortés, que convocó y atrajo a Montezuma para que los mandase prender, en ocho días todos estuvieron presos en la cadena gorda, por lo que se holgó mucho nuestro capitán y todos nosotros».

Lancé un alarido, resbalé sobre mi estera y caí al suelo. Grité con desesperación el nombre de Cuitláhuac, pero no obtuve respuesta. Nadie vino en mi auxilio. Supe, entonces, que la traición de Motecuhzoma estaba consumada.

No recuerdo con claridad lo que sucedió durante las horas siguientes que precedieron a la llegada del amanecer. Sí que deambulé por los corredores de nuestro palacio como si fuese una de esas fantasmas que llamamos *tlacanexquimilli*, que presagian la muerte en la guerra y que las pinturas de los muros se me venían encima y me apachurraban para que sintiese en mi carne el dolor que sufrían nuestros hombres prisioneros. No volví en mí hasta que Papatzin Oxomoc vino a mi encuentro y me sacudió con fuerza.

—¡Cuitláhuac, nuestro señor, nuestro esposo, ha caído cautivo, Tecuichpotzin! — me dijo a bocajarro. Luego, como vio que no me causaba sorpresa, añadió—: ¿Ya lo sabías?

—¡Sí! —respondí— en mi sueño...

—Estuviste dormida nueve días, Tecuichpo. Desde la última vez que hablaste con Cuitláhuac.

—¿Nueve días? ¿No es acaso el nueve, el número de las divinidades de la noche, de la enfermedad y de la muerte, propicio para las revelaciones? ¿Es mucho tiempo, no lo crees?

—Suficiente para que nuestro dios Nécoc Yáotl haya sembrado la discordia entre todos nosotros y en sus redes perezcamos.

—¿Tezcatlipoca bajó a la Tierra?

—Vino a mover guerras, enemistades y discordias entre Motecuhzoma y los suyos; entre Cacamatzin y sus hermanos; entre todos los señores que no han sabido mirar bien el rostro de los extranjeros... Pero, mi querida niña, no podemos perder tiempo. Nuestro hombre nos necesita a su lado...

—¡Vayamos a Tenochtitlan, Papatzin! —grité igual que una posesa—. Quizá mi padre me escuche, Cuitláhuac es su hermano más querido. Yo soy su hija predilecta, a la que llama su Ichcaxóchitl, su copo real de algodón.

Partimos sin dilación ese mismo día. Nos reunimos con mi abuela Xochicuéyetl, mi madre y mis hermanas Macuilxóchitl, Xocotzin e Ilancueitl en los aposentos destinados a Tayhualcan en el palacio de las Casas Nuevas. Me sorprendió no ver ahí a mi hermana Acatlxouhqui y pregunté por ella.

—Motecuhzoma la regaló al Malinche, se la dio por mujer —sollozó Tayhualcan—. En uno de sus arrebatos, le dijo: «Mira, Malinche, tanto te amo, que te quiero dar una hija mía muy hermosa para que te cases con ella y la tengas por tu legítima esposa».

—Sólo que Cortés le había respondido que era gran merced la que le hacía, mas que estaba casado y tenía mujer y que entre ellos no podían tener más que una esposa, pero trataría bien a Acatlxouhqui como la hija de un gran señor lo merece, aunque primero quería que se volviese cristiana, como son otras señoras, hijas de principales. Aseguró que no podía tomarla hasta que fuese bautizada dentro de su religión —contó mi abuela—; y así se hizo. Tu hermana ahora se llama Ana y —me han dicho— parece que está embarazada con la semilla de ese *atlacatl*, que no es más que un sujeto inhumano, bárbaro e inculto. ¡Una vergüenza para nuestro linaje!

Miauaxóchitl se desprendió del grupo y vino a mi lado. Me ofreció una vasija con *atolli* de cacao endulzado con miel. Lo llevé a mi boca y le di un trago. Luego, todavía con los labios impregnados de dulce, la besé en ambas mejillas. Ella me abrazó.

—¿Hija preciosa, qué vamos a hacer por nuestros hombres? —susurró en mi oído.

—¿Qué vamos a hacer por nosotras, las mujeres? —tronó Xochicuéyetl con una amargura que hizo cimbrar mis entrañas—. Ese *cuitlamiztli*, ese león bastardo en que se ha convertido mi hijo Motecuhzoma, me ha echado de mi palacio, de los aposentos que con tanto amor me construyó mi señor Axayácatl. Ya se le olvidó que su madre es una *cihuapilli*, una mujer noble, una reina que merece respeto y consideración, y se los ha entregado a esas fieras blancas y barbadas. Ahora no soy nada —y se soltó llorando.

Todas acudimos para consolarla.

—Eres nuestra madre —dijo Tayhualcan.

—¡Nuestra joya más preciada! —Ilancueitl.

—¡Mi amada *citli*, abuelita hermosa! —Macuilxóchitl—. Te queremos, oh gran señora, nuestra *cihuapilli* aun en la adversidad. A ti te amamos y respetamos.

—Nada te faltará mientras estemos vivas —mi madre.

La abuela, nuestra *teci*, se concretó a secar sus lágrimas y esbozar una sonrisa que me llenó de ternura. «¿Dónde está la *tonalli* de esta gran mujer, que siempre se distinguió por la fuerza de su carácter?», pensé. «Es muy probable que ya no esté con nosotros y se haya transformado en una *cihuateteo*, mujer dios, y su espíritu descanse, para su bien, entre las dulzuras del Tlalocan».

—¡Debes ir a hablar con nuestro padre, Tecuichpo! —soltó de improviso Macuilxóchitl con impertinencia—. Tú puedes convencerlo de liberar a nuestros señores. Usa tu influencia con el *cihuacóatl* Tlilpotonqui.

Las demás mujeres voltearon a verme sin ocultar la ansiedad que carcomía sus corazones. Yo les propuse que fuéramos en grupo para tener más influencia sobre el *huey tlatoani*. Decidimos, en consenso, que iríamos Tayhualcan, Miauaxóchitl, Papatzin Oxomoc y yo para solicitar a Motecuhzoma que exigiese a Hernán Cortés la libertad de nuestros señores, incluso la de Cacamatzin. Aunque no incluimos en la embajada a Macuilxóchitl, yo supe desde un principio que ella se nos pegaría y, sin

que pudiésemos evitarlo, haría de las suyas.

Entramos al palacio de Axayácatl custodiadas por algunos *calpixqui* que nos proporcionó el mayordomo mayor de las Casas Nuevas y un batallón de Caballeros Águila. Los capitanes y soldados de Hernán Cortés, apostados en los diversos accesos, así como las huestes de tlaxcaltecas y huexotzincas que abarrotaban los patios, nos miraron pasar con una curiosidad malsana, no exenta de cierta lascivia. Sin embargo, guardaron silencio y, para nuestro alivio, se abstuvieron de hacer cualquier comentario procaz, que hubiese sido lamentable dadas las circunstancias.

Llegamos hasta la puerta de ingreso a los aposentos donde estaba prisionero Motecuhzoma y nos detuvimos expectantes. Recuerdo que mi corazón latía con un ritmo doloroso y que mi boca estaba completamente seca. No tardó en aparecer Tlilpotonqui, quien nos rindió las cortesías adecuadas para nuestro rango y ordenó a nuestros custodios que volviesen por donde habían venido. Luego nos hizo pasar a un salón, ricamente decorado con canteras labradas por los mismos catorce escultores que habían tallado la estatua de Motecuhzoma en Chapultepec, muchas recubiertas con laminillas de oro y con gemas incrustadas. Llamaron mi atención algunos cofres tejidos, en los que se acostumbraba colocar joyas y objetos de gran valor, desperdigados por el suelo y aún con los rastros de violencia que deja la rapacidad de quienes, en su afán de posesión, destruyen aquello cuyo valor ignoran.

Tuvimos que aguardar un buen rato, hasta que —después lo supimos— mi padre y el capitán Cortés terminaran de jugar al *totoloque*, un juego de destreza que se hace con unos *bodoquillos* chicos, muy lisos, hechos de oro, al que ambos se habían aficionado y apostaban piezas y joyas ricas con una destemplanza inmoderada.

Yo, mientras tanto, me entretuve contando una caterva insólita de plumas de exquisitos colores y texturas que yacían abandonadas al desgaire y que mostraban el maltrato y el desprecio con que las habían desprendido los soldados invasores.

Al fin, los atabales y las caracolas sonaron para señalar la hora cuarta en el ocaso del sol y Tlilpotonqui apareció para hacernos comparecer ante Motecuhzoma. Nos descalzamos y entramos en el orden preestablecido de acuerdo con nuestra posición jerárquica. Por delante la primera esposa legítima, Tayhualcan, y después mi madre. Enseguida, yo, su hija legítima y predilecta, y a continuación Papatzin Oxomoc, primera esposa de Cuitláhuac, su hermano y Señor de Iztapalapan. Al último, entró Macuilxóchitl, nieta del *cihuacóatl* Tlacaélel. Nos tendimos sobre unos petates entretejidos con palma y algodón y, sin verlo a la cara, esperamos hasta que Tlilpotonqui nos dio la autorización para incorporarnos y tomar asiento en unas esteras dispuestas en un costado.

Motecuhzoma estaba reclinado en un *tepotzoicpalli* portentoso, recubierto con pieles de tigre y enriquecido con adornos de oro. Vestía su *xiuhtimatli* de color azul turquesa, llevaba en la nariz la nariguera de turquesa que sólo él podía usar y sus sandalias estaban muy adornadas de oro. Todo en él denotaba la grandeza que le conocíamos. Se veía resplandeciente y, a pesar de que en ese momento me dolió

reconocerlo, conforme con la situación humillante a que lo sujetaban los españoles.

Dos pasos detrás de él, Tlilpotonqui movía los labios nervioso. A su lado derecho, sentado en un *icpalli* cubierto con pieles de venado, Hernán Cortés nos miraba con extrañeza y con un leve gesto de burla en las comisuras de los labios. A su vera, Malintzin, esa mujer que le servía de lengua y, según yo misma había comprobado, le calentaba los cueros por las noches, se mostraba dura e impenetrable y miraba hacia delante como si nada existiera. Un poco más abajo, Jerónimo de Aguilar aguardaba atento las palabras de su dueño. Alderredor de este grupo, Tonatiuh y otros capitanes hablaban en voz baja y de vez en vez, como si fuesen los comensales de una taberna, lanzaban risotadas estruendosas.

Motecuhzoma nos saludó, una por una, con una naturalidad que nos dejó pasmadas. De pronto, caímos en la cuenta de que él daba por sentado que habíamos acudido para hacerle compañía y atender a sus necesidades, como lo habíamos hecho siempre. Nunca nos preguntó qué pensábamos sobre su traslado forzoso al palacio de Axayácatl ni nos dejó pronunciar palabra alguna. No quiso ver nuestra angustia y menos las lágrimas que resbalaban por nuestras mejillas. Le dijo a Malinche que amaba a Tayhualcan porque había nacido bajo el signo *Ce Xóchitl*, Uno-Flor, y que por ello era muy hábil tejedora y, al mismo tiempo, pródiga de sus favores. Todos los españoles rieron de buena gana, mientras la pobrecilla Tayhualcan se ruborizaba hasta convertirse en una tuna color grana.

Las palabras que utilizaba mi padre eran las que usábamos quienes pertenecíamos a la nobleza, los *pilli*, y tanto Malinalli como Aguilar tenían que meditarlas bien antes de traducirlas a Hernán Cortés y sus capitanes, a fin de evitar confusiones. Por ello, cuando Motecuhzoma, refiriéndose a mí, formuló la frase: «Tecuichpotzin Ichcaxóchitl es para mi corazón *in chalchihuitl in quetzalli*», que traducidas con simpleza refieren a los objetos hechos con jade y plumas, los españoles no entendieron que yo significaba para él la belleza, la riqueza en que se gozaba su *tonalli*, y me pidieron que me acercara para catar en mi cuerpo las joyas que, supusieron, yo llevaba encima.

No entendí, de pronto, qué era lo que deseaban y me quedé inmóvil. Malinalli insistió en que me aproximara a Cortés. Yo miré a Tlilpotonqui y comprendí su desconcierto. Nadie en su sano juicio hubiese pretendido tocar a una princesa de mi rango, y además casada con el Señor de Iztapalapan, so pena de ser condenado a muerte.

Fue Juan Velázquez de León quien tuvo la osadía de llegar a mi lado, tomarme por un brazo y conducirme hasta donde estaba Malinche. Hernán Cortés me recorrió de arriba abajo y dijo:

—¡Esta mujer es muy bella y podría competir con las damas más hermosas de la corte de nuestro rey Carlos! —cuando sus palabras nos fueron traducidas yo sentí cómo mi cuerpo se estremecía. En ese momento no supe si era por el placer que ocasiona la vanidad o a causa del terror de ser subyugada.

Malinche sonrió y entendí el peligro que corría. Motecuhzoma se mostraba impávido, ausente. Tuve que soportar la afrenta de ser tocada con el pretexto de arrebatarme unos cuantos *chalchihuites*. Tomó las ajorcas de esmeraldas engarzadas en filigrana de oro que llevaba en las muñecas, la mariposa de oro y jade que llevaba colgada de la ternilla de la nariz, y las orejeras de oro y ámbar, labradas en Xochimilco por los mejores lapidarios, que Cuitláhuac me había regalado.

Cerré los párpados en espera de que sus manos insultaran mi cuerpo. Sin embargo, no pasó a mayores. Satisfecho con el despojo, lo mostró a sus capitanes, quienes expresaron su admiración por la calidad de las joyas. Luego, se las entregó a Malintzin. Ésta las sostuvo en las palmas de sus manos y las miró con codicia. Me fue evidente que jamás había recibido un regalo de esa magnificencia. Pude observarla durante una partícula de tiempo. Era hermosa, siempre lo sería y, como después pude constatarlo, era una mujer inteligente que sabía muy bien a qué atenerse, dada su condición de concubina del garrido capitán Cortés.

Malinche, todavía, se solazó unos momentos en la contemplación lujuriosa de mi cuerpo. Éste ya me tiene puesto el ojo, pensé. Si se le presenta la oportunidad, va a aprovecharse de mi fragilidad femenina y va a poseerme como lo ha hecho con mi hermana Acatlxouhqui y las demás mujeres que le han regalado. ¿Seré parte del botín?

Motecuhzoma, quizá cansado, quizás avergonzado por habernos expuesto a tanto agravio, ordenó que nos retiráramos. Fuimos conducidas a unos aposentos del palacio e instaladas con la comodidad y boato que siempre habíamos disfrutado. Empero, esa noche no dormimos. Tayhualcan estaba indignada, ofendida hasta la médula por los comentarios que había hecho Motecuhzoma. Miauaxóchitl no sólo estaba preocupada por la decadencia de su esposo, también sufría por lo que pudiese sucederle a mi hermano Axayácatl y porque, como buena madre que era, intuía que, una vez que se desencadenaran los hechos, mi futuro estaría condenado a los caprichos de los hombres, quienes desde siempre se habían abrogado el derecho de disponer de la vida de las mujeres a su antojo.

Papatzin Oxomoc y yo, en cambio, estábamos desesperadas por saber dónde tenían recluidos a nuestro hombre y demás parientes, a fin de localizarlos y prestarles ayuda. No sabíamos nada de ellos, mas conocedoras del carácter de Cuitláhuac, temíamos que cometiese una imprudencia grave, que diese pauta a los españoles para someterlo a tortura y matarlo brutalmente.

—¡No podría soportarlo! —gemía Papatzin, quien lo imaginaba desmembrado con una *itztli*-navaja de obsidiana, o degollado con uno de los cordeles que los *teteu* traían alderredor de la cintura para sujetar la prenda con que cubrían sus vergüenzas.

Yo no estaba tan pesimista respecto de la suerte de Cuitláhuac, pues creía que mi padre lo protegería de cualquier atentado que fraguasen los *popolocas* en su contra. Más me preocupaba que, si intentaba escapar, cayese en manos de los capitanes tlaxcaltecas. Éstos no tendrían consideración alguna y lo matarían en el acto. Empero,

era preciso encontrarlo, darle nuestro apoyo y proporcionarle las atenciones que se merecía.

Fue pasada la media noche que Macuilxóchitl, cuya ausencia nadie había advertido —un descuido imperdonable— entró en nuestros aposentos y con una palmada llamó nuestra atención. Tenía el *huipilli* desgarrado, el cabello revuelto, y había perdido una de sus sandalias. Su cuello y sus hombros estaban magullados y tenía unos pequeños moretones que delataban la presión de unos dedos.

—¡Lo logré! —dijo con una carcajada—. Estuvo a punto de costarme la honra, pero me salí con la mía. ¡Ya sé dónde los tienen presos!

—¿Dónde? —clamó Papatzin, sin cuidar la solidaridad que debía a nuestra hermana; lo que a ésta dejó imperturbable.

—Los tienen encadenados en la *Malcalli*, la Casa de los Cautivos. Ahí están Cuitláhuac, Cacamatzin, el Señor de Coyohuacan, el tlatelolca Itzcuahtzin y los hijos de Motecuhzoma, Tetlepanquetzal, Tlachuepan, Yohualicáhuatl, y creo que, aunque no pude verlos con claridad, algunos hermanos y hermanas del *huey tlatoani* de Tetzcuco.

Luego nos relató cómo, al salir del salón donde nos había recibido Motecuhzoma, se le había acercado un español llamado Francisco de Lugo y le había dicho cosas que ella no comprendía, pero cuya intención era más que notoria. Ella había fingido asombro por la impertinencia del sujeto, pero no se escabulló; al contrario, se le había colgado de un brazo y dejado conducir hasta un rincón oscuro donde el tipo comenzó a meterle mano...

—Me puse más caliente que una tortilla encima del comal, pero me aguanté las ganas, lo paré en seco y, a señas, le di a entender que si quería hacerme suya antes tendría que mostrarme dónde estaban nuestros parientes.

—¿Y? —preguntó Miauaxóchitl, impresionada por la valentía de Macuilxóchitl.

—Pues me llevó a donde yo quería. Sólo que...

—¿Qué? —exclamamos todas.

—Tuve que luchar con el desgraciado. Le di un rodillazo con todas mis fuerzas en el *tótotl*, en el mero pájaro, y lo dejé gritando.

Muy temprano, apenas había asomado el sol su rostro, fuimos Papatzin, Macuilxóchitl y yo a la *Malcalli*. El guarda, un tipo mal encarado y lleno de pelos negros y grasoso, se impresionó con la riqueza de nuestros atuendos y no puso objeciones para dejarnos entrar. La Casa de los Cautivos estaba escasamente iluminada por un par de antorchas de *ocotl* y apestaba con un olor acre, amargoso, que dejaba saber a las claras que era el efluvio de la sangre putrefacta. Se trataba de un aposento propio para criaturas salvajes y no para seres humanos. En la semipenumbra, logramos vislumbrar los bultos de los hombres arracimados debajo de uno de los muros. Dormían a pierna suelta y no se habían percatado de nuestra presencia.

Papatzin Oxomoc se adelantó entre las sombras y pronunció el nombre de

Cuitláhuac. Uno de los bultos se movió y levantó la cabeza. Pude ver en su rostro demacrado el estupor que propicia un despertar abrupto.

—¿Papatzin? —inquirió con voz fangosa—. ¿Eres tú? —insistió, a la vez que intentaba incorporarse.

Corrimos a su lado para ayudarlo. Lo tomamos por los brazos, pero no pudimos moverlo de su sitio. Estaba encadenado junto con los otros. Llevaba prendido al cuello un herraje de metal por el que pasaba una cadena muy gruesa. Además, le habían puesto unos grilletes en los tobillos que le impedían caminar. Cayó de rodillas y nos arrastró con su peso.

—¿Oh, mi señor, qué te han hecho? —balbuceé y le acaricié la cabeza.

El resplandor de muchas antorchas iluminó, de pronto, el recinto. Macuilxóchitl, ni tarda ni perezosa, había convencido al guardia y a otros soldados que las trajesen y las colocaran en unas argollas dispuestas en las paredes.

Los demás hombres comenzaron a desperezarse. Cacamatzin nos alertó de su presencia con un grito sobrecogedor. Estaba tirado en un rincón y era el último eslabón de la cadena.

Macuilxóchitl se dirigió a su lado para prestarle auxilio, mientras con su voz alegre iba saludando a primos y hermanos.

Pronto, todos estuvieron de pie, aunque sujetos por el mismo ultraje, por esa maldita cadena gorda que impedía sus movimientos. Yo nunca había visto que se afrentara a un enemigo o incluso a un delincuente con un castigo tan humillante. Menos a los *huey tlatoani* de los señoríos circunvecinos. Su estado era desastroso. Sucios, igual que si se hubiesen revolcado en el cieno. Sus *tilmatli*, otrora deslumbrantes por su calidad y elegancia, desgarradas, convertidas en colgajos. Los *máxtlatl* hechos jirones, apenas cubrían sus *tamacazqui* y debían ocultar sus genitales con las manos. A varios, sobre todo a los más jóvenes, les habían arrancado las narigueras y las orejeras a punta de tirones, y los coágulos de sangre y las inflamaciones en sus rostros eran testigos de la brutalidad con la que habían sido tratados.

—¡*Zan noyacauh!* —gritó de improviso Cuitláhuac—. ¡No es más que mi nariz! —para indicar que habría de tomar venganza.

—¡*Zan noyacauh!* —aullaron todos al unísono, como si fuesen una manada de lobos enfurecidos por el terror de su presa—: ¡*Zan noyacauh!* —repetimos todos y, de pronto, me di cuenta de que a las mujeres las habían confinado en un cubículo adyacente, y que al unir nuestras voces femeninas, la venganza prometida cobraba una dimensión trascendente, que sobrepasaba al tiempo de los hombres porque nosotras seríamos capaces de arrebatar la sangre de nuestros verdugos e imprimir una conciencia permanente de lo sucedido en las venas de los vástagos que procreáramos con ellos.

El escándalo asustó a los guardias y éstos dieron la voz de alarma. La Casa de los Cautivos se llenó de soldados españoles armados hasta los dientes, mismos que nos

rodearon. Sin embargo, al ver que éramos sólo tres mujeres indefensas y los presos encadenados quienes hacíamos tal alboroto, decidieron esperar a que viniesen sus lenguas para que pudiesen comprender nuestras demandas.

—¡Exigimos que quiten la cadena y los grillos a nuestros señores y parientes! — dije con voz serena a Tlilpotonqui, quien había llegado junto con Malinalli y Aguilar—. Soy la hija más querida por Motecuhzoma, esposa del Señor de Iztapalapan, y les ordeno obediencia.

No sé si los impresionó el tono en que expresé mi demanda o si ya habían recibido órdenes de Hernán Cortés al respecto, pero el hecho es que liberaron de cadena y grillos a todos —menos a Cacamatzin y a sus hermanos—, con la condición de que, bajo ningún pretexto, abandonasen el palacio de Axayácatl, donde seguirían prisioneros.

A Papatzin y a mí se nos permitió acompañar a Cuitláhuac durante su cautiverio y fuimos liberadas junto con él poco antes de la muerte de mi padre. Macuilxóchitl volvió a reunirse con las esposas de Motecuhzoma y las acompañó hasta que éste fue asesinado. Después, nuestro dios Tezcatlipoca hizo girar nuestros destinos más fuerte y con mayor frenesí que el aleteo de los colibríes sagrados.



VIII

Oc no ce tonal - Aún es toda la suerte nuestra

Al cabo de siete días, después de haber sucedido grandes cosas —entre ellas el inicio de los ataques constantes de los guerreros aztecas acaudillados por Cuitláhuac, que amenazaban con aniquilar en pocos días a los *teteu* refugiados en el palacio de Axayácatl—, los españoles con sus amigos los tlaxcaltecas, huexotzincas y demás naciones, desampararon la ciudad y salieron huyendo por la calzada que va a Tlacopan, y antes de salir de la ciudad mataron al rey Cacamatzin, y a tres hermanas suyas —entre ellas una bautizada con el nombre Francisca y con la que Cortés se *echaba* con harta frecuencia—, y a dos hermanos más.

Esto sucedió de noche. Recuerdo que caía una lluvia menuda, las gotas caían ligeramente, iguales al rocío, como cuando se riega. Papatzin Oxomoc y yo habíamos sido conducidas, por órdenes de nuestro señor Cuitláhuac, desde nuestros aposentos en Iztapalapan hasta los que ocupaban las mujeres en las Casas Nuevas.

—Quiero que estén cerca de mí, ahora que yo conduciré la guerra para acabar con los españoles y sus aliados en el palacio de Axayácatl, o al menos expulsarlos de Tenochtitlan —nos dijo durante una de sus escasas visitas a Iztapalapan—. Las quiero cerca para que, con su presencia, infundan confianza en nuestros guerreros y, si es necesario, defenderlas de cualquier ataque que intenten nuestros enemigos.

Cuando llegamos, nadie sabía nada acerca de mi madre, ni de Tayhualcan. Se presumía que continuaban cautivas de Hernán Cortés, al igual que Tlilpotonqui, varios de mis hermanos, el Señor de Tetzcuco y sus parientes que no habían sido liberados, a los que mantenía como rehenes en tanto le resultaban útiles. Nada de mi abuela Xochicuéyatl ni de mi hermana Acatlxouhqui, de quien se decía que había sido preñada por Malinche, aunque yo me confundía con los nombres cristianos que les habían puesto a ella y a otras mujeres, y no podía saber si Ana, María e Inés eran la misma persona o diferentes mujeres violentadas por la lujuria de Cortés y de los capitanes a quienes las regalaba.

Eran días de caos y confusión. La mayoría de los hombres estaban inmersos en los combates que los batallones al mando de los *quaquachictin*, *otomíes* y *tequihuaque* que comandaba Cuitláhuac celebraban contra los españoles y los tlaxcaltecas en los muros y azoteas del palacio de Axayácatl o en las calles y canales aledaños. Los *calpixqui* y los mancebos de la servidumbre apenas y nos hacían caso. Su voluntad estaba animada por el deseo de cobrar venganza y distinguirse en las batallas y escaramuzas. Todos los días y bajo cualquier pretexto escuchábamos la

apología que cada cual hacía de su valor o de sus argucias para enfrentarse a enemigos que muchos de ellos aún consideraban *teteu*.

Creo que fue a causa de esta situación por demás caótica y desastrosa, que esa noche sufrí una exaltación exacerbada que me provocó una ensoñación más vívida que las anteriores. Así, pude presenciar, como si estuviese en los lugares donde sucedían, hechos que, más tarde, no sólo confirmé al escucharlos en los labios de mi esposo, sino en boca de muchos de los capitanes de los Caballeros Tigre y de los Caballeros Águila que participaron en ellos; y que, ya mucho tiempo después, pude precisar a través de las conversaciones de los soldados españoles que se reunían en la casa de Hernán Cortés en Coyohuacan, donde viví algunos años.

Me vi suspendida en el aire con el cuerpo empapado por la lluvia que caía. Algunas ráfagas de aire —quizá mi propia respiración— hacían que me balanceara como las banderas de papel que usaban nuestros guerreros para identificarse entre sí. Lo primero que escuché fue la voz de una mujer que sacaba agua de un pozo y que gritaba: «¡Ah mexicanos! ¡Vengan hacía acá, ya sus enemigos se van! ¡Ya van traspasando los canales! ¡Se van a escondidas!»

Los gritos se expandieron por encima de los palacios y de los templos de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca. Un sacerdote que en ese momento colocaba rajas de *ocotl* en los incensarios del *cu* de Huitzilopochtli se dirigió al borde de la explanada superior del templo y comenzó a dar voces: «¡Guerreros, capitanes, mexicanos, se van vuestros enemigos! ¡Vamos a perseguirlos! ¡Comiencen a pelear que se van! ¡Usen las barcas defendidas con escudos...!» Bien se difundió su grito sobre la gente. Todo mundo alcanzó a escucharlo.

Enseguida, dirigí mi vista hacia la calzada que unía Tenochtitlan con Tlacopan y me topé con un nutrido grupo de personas que avanzaban en tumulto y tropezaban unas contra otras en su intento por cruzar las acequias y canales de la manera más rápida. Precedidos por cuatrocientos tlaxcaltecas y cincuenta soldados dirigidos por Gonzalo de Sandoval, Francisco Acevedo, Antonio de Quiñones y Diego de Ordaz, que se afanaban por colocar tablones y puentes para cruzar los canales, iban confundidos en absoluto desorden, doscientos huexotzincas y cincuenta soldados que arrastraban los cañones, así como los capitanes Francisco de Saucedo y Francisco de Lugo y una capitanía de cien soldados mancebos, unos a caballo, otros a pie, armados hasta los dientes con lanzas, ballestas y arcabuces. En medio iban Hernán Cortés, Malinalli y Jerónimo de Aguilar —que no se le despegaban—, Alonso de Ávila y Cristóbal de Olid y otros capitanes a quienes no fui capaz de distinguir porque el miedo deformaba sus facciones y meneaban las cabezas de un lado a otro para precaverse de las flechas enemigas. En la retaguardia, reconocí a Tonatiuh y a Juan Velázquez de León, y entremetidos en medio de los capitanes y soldados que habían llegado con Cortés después de su ausencia, a los prisioneros, al fraile Olmedo, a Luisa —la concubina de Pedro de Alvarado—, a dos de mis hermanas, al paje Orteguilla y al jorobado Xiuquecho, a los que protegían trescientos tlaxcaltecas y

treinta soldados españoles. Por último, cargados con petacas y con los petos de sus armaduras y bombachos abultados de suerte que semejaban costales rellenos de verduras, como si fuesen cargadores del tianguis de Tlatelolco, iba una caterva de sujetos que no supe identificar si eran soldados o sirvientes de Malinche, y entre éstos y los guerreros tlaxcaltecas y huexotzincas que cerraban filas, varios caballos bien cargados con cestas y cajas de madera que, luego supe, contenían el oro fundido por un tal Benavides y convertido en barras; así como una multitud de mujeres y servidores del palacio de Axayácatl que corrían con pasos menudos y con rostros aterrorizados.

Llegaron, por fin, a un lugar que se llama Mictlantongo-Macuicuitlapico, paso estrecho cuyo nombre siempre me causó miedo por estar vinculado con la región de los muertos, y ahí los alcanzaron los guerreros mexicanos que remaban afanosos, que daban fuertes remos a sus barcas defendidas por escudos. Allí los atajaron, los mexicanos de una parte y los de Tlatelolco de otra. Primero, escuché las voces, las cornetas, gritas y silbos de los mexicanos y cómo decían a los de Tlatelolco: «¡Salgan presto con vuestras canoas, que se van los *teteu*, que no quede ninguno con vida!»; luego, vi cómo comenzaban a matarse unos a otros, cómo luchaban con furia y determinación, cómo resbalaban los caballos y caían al agua, cómo morían los de uno y otro bando.

Los mexicanos cantaban e igual hacían los de Tlatelolco. Las palabras de su *yaocuicatl* o canto guerrero, acentuadas por el ulular lúgubre de los caracoles, el sonido agudo de los pitos de hueso y los tañidos rítmicos del *teponaztli*, eran impresionantes. Sentía que mi corazón se inflamaba con ellas: «Yo soy Huitzilopochtli, el guerrero. Nadie es igual a mí. No en vano me he puesto el vestido de plumas amarillas, pues por mí ha salido el Sol». De un lado y de otro se escuchaban los cantos de los guerreros y con ellos se envalentonaban. No así los españoles ni sus aliados. Por esta vez, estaban callados, permanecían mudos de espanto.

Los mexicanos, entonces, comenzaron a lanzar sus dardos y sus varas desde las canoas. Los cuerpos de los guerreros de Tlaxcala y de los soldados españoles comenzaron a sangrar; vi flores rojas en sus petos de algodón, en sus brazos y cuellos. Los españoles reaccionaron de inmediato y arrojaron con sus ballestas los *tepúzmitl*, sus flechas de hierro, que desgarraron los pechos de muchos de los nuestros. Dispararon sus arcabuces. La batalla se tornó feroz, mas los *popolocas* no se detenían, continuaban avanzando, haciendo hasta lo imposible por escapar.

Llegaron a Tlaltecayohuacan y se toparon de frente con el Canal de los Toltecas, donde el puente había sido derribado por los guerreros de Tlatelolco que habían salido desde Nonoualco, para cortarles la retirada. Ahí se derrumbaron, como si bajaran de un cerro, se despeñaron. No pudieron pasar. Los tlaxcaltecas que iban por delante se hundieron en la acequia. Detrás de ellos, cayeron muchos de los españoles, tanto los que iban a pie como los que montaban sus caballos, y arrastraron consigo

los cañones, a los prisioneros y algunas mujeres...

La visión me dejó horrorizada. Entre las mujeres, vi como caía mi hermana Acatlxouhqui —doña Ana para la conciencia de Hernán Cortés—, incapaz de sostenerse. También, vi morir a la hija de uno de los principales de Tlaxcala, que habían regalado a Juan Velázquez de León —quien ahí perdió la yegua que cargaba el tesoro que mandarían a su rey Carlos, y quedó tendido, atravesado por la lanza de un Caballero Tigre—, y que fue bautizada con el nombre de Elvira, así como a muchas *naborías* que les habían regalado los señores aliados y mi propio padre para satisfacer su lujuria.

El canal quedó cegado con los cadáveres de los que habían caído en un revoltijo inmisericorde. Tantos cayeron que la acequia se hinchó de caballos muertos, con los cuerpos de hombres, mujeres, fardaje y petacas, y los que iban detrás pudieron pasar a la otra orilla por encima de los muertos.

Los tenochcas gritaban a los que habían logrado escapar: «¡Oh, *cuilones*, y aún vivos están!»; y éstos, al igual que si fuesen fieras acosadas, daban estocadas y cuchilladas a los que se ponían a su alcance. Una pesadilla infernal era lo que yo soñaba, tal y como si las fuerzas tenebrosas del Mictlan se hubiesen empeñado en mostrarme lo que acontecía en Mictlantonco-Macuicuitlapilco, en la cola de la región de los muertos. Mas todavía no había soñado lo peor.

El amanecer se insinuó con sus dedos dorados entre unas nubes glotonas. La lluvia comenzó a escampar. El viento, entonces, me llevó hasta la acequia de Petlacalco, donde continuaba el combate. Ahí se ahogaron muchos hombres, más de ochenta de los que Cortés le arrebató a Pánfilo de Narváez y que venían cargados con el oro y las joyas que habían pepenado antes de abandonar Tenochtitlan. Su avaricia los hizo perecer en el fondo de la laguna. De nada les sirvieron los tesoros robados a nuestra gente. Sin embargo, Hernán Cortés, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y otros de a caballo pudieron pasar. Allí tomaron reposo, y cobraron aliento, allí se sintieron hombres.

Después, siguieron hasta un pueblo llamado Popotla. El cielo se despejó y, por fin, amaneció. No tardaron los mexicanos en darles alcance. Llegaron dando alaridos y se arrojaron sobre los guerreros tlaxcaltecas para tomarlos como cautivos. Mataron a varios soldados españoles. Se hizo matazón de caballos. A algunos los vi correr con las panzas destripadas. También cayeron muchos guerreros mexicas y varios Caballeros Águila de Tlatelolco. Se trabaron unos con otros, muchas veces ensartados con sus lanzas, de suerte que me era difícil precisar quién era el vencedor y quién el vencido.

Mi garganta se inundó con la sangre de los contendientes y sentí como borboteaba entre mis senos. Debo haber escupido durante mi sueño, porque cuando desperté había rastros de esa sangre en el lugar donde había apoyado la cabeza.

Trenzados en feroz batalla, siguieron hasta un lugar que se llama Tlilyucan o Xoxocotla, ya muy cerca de Tlacopan, asediados por los nuestros al mando de

Cuauhtémoc, príncipe tlatelolca. De pronto, entre la turbamulta, advertí a Chimalpopoca, Señor de Tlacopan e hijo de Motecuhzoma —a quien yo presumía prisionero— batirse con la temeridad de la serpiente que se nombra *acóatl*. Ya había matado a varios enemigos y, en su arrojo, se desprendió del *chimalli*, de la rodela que lo protegía. Fue entonces, cuando —como si los movimientos se hubiesen vuelto muy lentos— vi salir de la ballesta que empuñaba un capitán español la flecha de hierro... ¡cómo surcaba el aire el *pasador* asesino hasta incrustarse en el pecho de mi hermano y traspasarlo! Chimalpopoca, el escudo que resplandece, que humea, cayó lentamente con una mano en los ojos y su hermoso penacho de plumas de quetzal echado para atrás. Murió sin proferir lamento, sabedor de que su lugar entre los compañeros del águila estaba asegurado, y que reencarnaría en un colibrí y viviría por siempre jamás entre las flores.

Los hijos de Motecuhzoma pagaban con su vida las debilidades de su padre. Yo, que pensaba que aborrecía su memoria hasta la abominación, tuve un acceso de furia todavía peor que estuvo a punto de desarticular las escenas de mi sueño. Sin embargo, pronto me distraje con el fragor de la batalla y vi caer, casi al mismo tiempo, a Tlaltecatzin, del señorío tecpaneca, y al tlaxcalteca Tepancaltecuhtli, que guiaba a los españoles en su huida.

Los invasores perdieron también a varios de sus capitanes. Ahí quedaron tendidos Francisco de Saucedo, muerto de una pedrada en el cráneo; Francisco de Morla, ensartado de lado a lado por la vara de Cuauhtémoc; un jinete llamado Lares, al que se llevó entre las patas su caballo, le dio de coces en las ternillas y acabó restregándolo con sus ancas mientras el animal expiraba, y un astrólogo de nombre Blas Botello, al que no sirvieron sus artes nigrománticas ni le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo.

Después de esta escaramuza, Hernán Cortés y los demás *popolocas*, así como sus cofrades, protegidos por los *otomíes* del pueblo de Teocalhueyacan, fueron a refugiarse en Tlaxcala, en el momento en que se alzó la aurora y el día se tornó claro. Entonces volví de mi ensoñación con el alma desgarrada.

—He pasado una noche terrible, Tecuichpotzin —me dijo Papatzin Oxomoc, cuyas ojeras tenían un tinte cenizo debido a la desvelada—. En cambio, tú dormiste como una bendita.

—¿Yo? —la interrumpí, al tiempo que esbozaba una sonrisa amarga que desmentía su opinión y le mostraba las huellas rojizas impresas en mi estera y las costras recién formadas que manchaban mi cabello.

—¡Ah! —exclamó—. Otro de tus sueños... ¿Y puedes decirme algo?

—¡Vencimos! —grité con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Cuitláhuac expulsó a los españoles de Tenochtitlan! ¡Los arrojó del valle del Anáhuac! ¡Como si fuesen perros sarnosos, fueron a refugiarse en Tlaxcala!

—¡Ay, y yo que creía que nos iban a matar a todos, que nuestros dioses nos habían desamparado!

—Muchos murieron, Papatzin. Podrás verlos con tus propios ojos —dije para que pusiese los pies en la tierra y para prevenirla del sufrimiento que iba a pesar sobre nuestros ánimos.

Las primeras horas de la mañana transcurrieron con lentitud. Desde nuestros aposentos donde padecíamos de incertidumbre, pues nadie había venido a darnos noticias, sólo podíamos escuchar el sonido melancólico de los caracoles, la estridencia de los silbatos hechos con hueso y, con una intermitencia irritante, el retumbar de los *huehuetl* y de los *teponaztli* que nuestros sacerdotes tocaban como si fuese un redoble luctuoso.

Yo, con la ayuda de Tzilacayotl, el aya de mi niñez que había reaparecido en mi vida desde que regresé a las Casas Nuevas —no la había visto desde que me casé con Cuitláhuac—, aproveché para darme un baño en el *temazcalli* situado en las habitaciones de mi madre y para vestirme con un *cueitl* de algodón teñido de negro que me cubría desde la cintura hasta por debajo de la pantorrilla, al cual agregué un *huipilli* blanco bordado con bandas grises que simulaban las ondinas del agua, entre las que nadaban unos peces de color grana, cuyos ojos estaban hechos con *chalchihuites* de jade verde claro. Me calcé con unas sandalias de piel de venado curtida, muy resistentes, y luego fui a reunirme con Papatzin para esperar algún mensajero de Cuitláhuac que nos trajese noticias de lo que sucedía en la ciudad de Tenochtitlan y en los barrios aledaños.

Esperamos con impaciencia mucho tiempo, hasta que por fin se presentó Xiuhtótotl, un *calpixque* que Cuitláhuac distinguía con su confianza, y nos pidió que lo acompañásemos para cumplir con una tarea por demás ingrata.

—Mi señor, mi gran señor Cuitláhuac ordenó que me acompañen para ver si reconocen, entre los muertos que están sacando del lodo de la laguna, a algún pariente o conocido —dijo con tono solemne, propio de un soldado, aunque con la voz quebrada—. Traje desde Iztapalapan una canoa cubierta con toldos para que nadie las vea y una dotación de guerreros que las protegerán de cualquier contingencia. La gente anda muy revuelta —nos previno del peligro al que estaríamos expuestas.

Bajamos juntos hasta el embarcadero y, en absoluto silencio, abordamos la canoa. Los remeros azotaron el agua con el brío potente de sus brazos. Surcamos la laguna con rapidez y nos aproximamos hasta el Canal de los Toltecas, en el punto conocido como Tlaltecayohuacan. Nos detuvimos a una distancia prudente. Una multitud de mexicanos, sumergidos hasta la cintura y en muchos casos hasta el pecho en las aguas turbias del canal, trajinaban con diligencia para extraer los cuerpos hacinados en el fango.

Papatzin lanzó un gemido desgarrador y yo tuve una arcaba que salpicó de vómito mi falda. Ambas estuvimos a punto de exigir que nos llevaran a otro lado, pero la necesidad de conocer la suerte de nuestros familiares nos obligó a guardar la compostura y la dignidad de nuestro rango.

Los guerreros mexicas tomaban los cadáveres y los echaban sobre unas barcas que flotaban a su vera. En ellas tiraban los cuerpos de los tlaxcaltecas y cempoaltecas ahogados en la acequia, luego de despojarlos de sus brazaletes, adornos y dignidades, hasta dejarlos desnudos. Una vez que las barcas estaban saturadas, los llevaban hasta donde están las espadañas y juncios, allá donde están los tules blancos, y los arrojaban para que allí los comiesen las aves y los perros.

Las escenas que presenciábamos eran escalofriantes, sobre todo porque pronto reparamos en que distribuían los cuerpos de una manera selectiva. Así, vimos cómo colocaban a los españoles y a sus caballos en unas balsas hechas con tablones y los llevaban a tierra; mientras que los cuerpos desnudos de nuestras mujeres y otras que les habían regalado eran apilados dentro de unas canoas, unos encima de otros sin consideración alguna.

Pedimos a Xiuhtótotl que nos acercara un poco para ver con claridad lo que hacían con las mujeres y los *popolocas*. Las mujeres, desnudas enteramente, estaban pintadas de amarillo, lo que nos hizo saber que se trataba de las *auianime* o cortesanas del serrallo de Motecuhzoma que los soldados españoles habían llevado consigo y que entre esos cuerpos no íbamos a encontrar ni a mis hermanas ni a las señoras que nos preocupaban. Sin embargo, la duda se nos clavaba en el corazón igual que el aguijón de una avispa.

Papatzin y yo nos miramos con angustia. Temíamos ser testigos de varias pérdidas irreparables. Más yo, que había visto caer, en el sueño, a mis hermanas.

Xiuhtótotl se dio cuenta de la agonía que nos quebraba los huesos y dio órdenes a los remeros para que nos acercaran al sitio donde colocaban en hileras los cuerpos de los españoles. A éstos los reconocían porque eran barbados y tenían los cuerpos muy blancos. Los pusieron en hileras. Como los blancos brotes de las cañas o los brotes del maguey así de blancos eran sus cuerpos. También sacaron a los caballos que se habían ahogado y todas las cargas que llevaban. Todo lo que llevaban encima y así como las petacas, los fardos y las cajas de madera, lo desbarataron y lo robaron todo. Si alguien en una cosa ponía los ojos, la hacía cosa propia, se la llevaba a cutas y la conducía a su casa.

El despojo se había vuelto desaseado, la rebatinga asquerosa. Cada cual buscaba entre el lodo, entre las axilas y los muslos de los muertos su pequeña recompensa. Los brazaletes y los collares labrados en oro y con *chalchihuites* incrustados eran sumamente codiciados. Fue en este desbarajuste, que para mi desgracia, vi aparecer, entre las uñas degradadas de un *macehual*, los brazaletes de mi hermana Acatlxouhqui.

Di un alarido que me salió de la boca del estómago e hizo que Papatzin y el propio Xiuhtótotl, acostumbrado a participar en los actos más horribles, se sobresaltasen.

—¿Qué viste, Tecuichpo? —preguntó Papatzin con la *tonalli* en un hilo.

Yo, completamente trastornada, dirigí mi brazo hacia donde estaba el hombre

sucio y con el cabello desgredado, que sostenía los brazaletes.

Xiuhtótotl no dudó ni un segundo. De inmediato envió a uno de los guerreros para que prendiera al *macehual* y lo trajera a la barca.

El hombre no opuso resistencia. Sabía que, de hacerlo, ahí mismo sería ejecutado. Vino lo más rápido que pudo y abordó la canoa. Xiuhtótotl lo obligó a que se hincara delante de nosotras, al mismo tiempo que le exigía que mostrara los brazaletes. Extendió las manos y Papatzin, a pesar del asco que le producía tocarlos, los tomó y me los mostró.

Sí, no había duda. Eran las pulseras que mi abuela Xochicuéyetl había regalado a mi hermana. Ambas perdimos el control y nos abrazamos para llorar igual que si fuésemos plañideras.

Xiuhtótotl no perdió el tiempo y obligó al fulano a que lo condujese, junto con tres de los guerreros que nos acompañaban, al lugar donde había sustraído las joyas. Hacinados en un sitio dispuesto con pulcritud para ello, los mexicas habían depositado los cadáveres de los señores y de las señoras principales que habían muerto en el Canal de los Toltecas; con la finalidad de entregarlos a sus deudos para que fuesen incinerados de acuerdo con nuestros ritos funerarios y se les hiciesen las exequias propias de su estirpe.

Cuando regresó a la barca, se sacudía y gemía igual que un niño que ha perdido a su madre. Entre los cuerpos destrozados había podido reconocer el de mi abuela Xochicuéyetl, el de Tayhualcan, primera esposa de Motecuhzoma, los restos de mis hermanas Acatlxouhqui y Xocotzin, así como los de dos nietas de Netzahualpilli: Huacalxóchitl y Omixóchitl —la primera fue bautizada con el nombre de Francisca, para que Malinche pudiera hacerla suya con la conciencia tranquila y sin cometer un pecado mortal; y la segunda, bautizada con el nombre de doña Juana, había sido amante del arcabucero Juan Rodríguez de Villafuerte, quien la obtuvo de trasmano—. También encontró los cuerpos de Tlachahuepan, Tettlepanquetzal y Yohualicáhuatl, los hijos de Motecuhzoma que habían permanecido prisioneros con él durante su cautiverio, y otros cuyos nombres no pude escuchar debido a que el extravío que me sobrevino cerró por un momento mis entendederas y me privó de la capacidad de asimilarlos.

—¿Desean ver a los difuntos, señora Papatzin Oxomoc? —preguntó Xiuhtótotl para cumplir con la consigna que le había dado Cuitláhuac.

Papatzin me interrogó con la mirada y yo tuve que asumir la responsabilidad de identificarlos.

—¡Vamos, Xiuhtótotl! —ordené con presteza, sin dar tiempo a cualesquier titubeo.

Los cuerpos de los yacentes no presentaban heridas, con excepción del cadáver de mi hermano Tlachahuepan que aún tenía clavado el rejón de una lanza en la nuca. Murieron asfixiados al ser aplastados por quienes, enloquecidos de terror, intentaron salvar el pellejo a costa de lo que fuera y los pisotearon al tratar de alcanzar la orilla

opuesta. La cara de mi abuela tenía rastros de fango que ocultaban sus ojos abiertos y deformaban sus facciones hasta hacerla casi irreconocible. Sus pequeños puños estaban crispados. No había tenido tiempo para defenderse. Quizá sólo para pensar, en el último instante, «Tengo miedo, tengo miedo... emplumado es mi corazón cautivo».

No nos detuvimos a tocarlos. Hacerlo hubiese sido igual que profanar su grandeza y manchar su recuerdo. Ya los prepararían los *tlamacazqui* en el *teocalli* de sus respectivos palacios para su viaje al Tlalocan. Sólo los fuimos nombrando como se hace con las deidades, en voz baja y con veneración y respeto. Terminamos rápido. Xiuhtótotl dejó en el lugar a dos Caballeros Águila para que vigilasen el rescate de los señores y señoras *pilli* que aún faltaban y para que condujesen los cuerpos hasta Tenochtitlan y Tetzcuco.

Volvimos a nuestra canoa. Mientras la barca se alejaba y nos dirigíamos al canal de Petlascalco, a la acequia de Mictlantongo rememoré unos versos del Canto de Tláloc: «Y yo le dije al príncipe de funestos presagios: Yo me iré para siempre: ¡es tiempo de su lloro!»

Ahí vimos un espectáculo semejante al que habíamos presenciado en el Canal de los Toltecas, con la diferencia de que los cadáveres eran, en su gran mayoría, de guerreros tlaxcaltecas y huexotzincas, y de algunos ballesteros y arcabuceros españoles que habían perecido en la refriega.

Xiuhtótotl hizo arrimar la canoa a tierra, para que viésemos cómo los mexicanos y los tlatelolcas, además de sacar los cuerpos de los caídos, hacían acopio de todas las armas que hallaban; los tiros de pólvora también los tomaban y derramaban toda la pólvora que había. Luego, los remeros nos llevaron a un lugar donde habían amontonado muchas escopetas, ballestas y espadas, empuñaduras de espadas, y muchas alabardas y capacetes, coseletes y cotas. También, a un costado, habían reunido muchas adargas, lanzas y rodela. Allí, precisamente donde fue la mortandad de nuestros enemigos, recogieron cañones, arcos de metal, saetas de hierro. Consiguieron cascos de hierro; cotas y corazas, petos y espaldares, gorgueras y escudos de cuero, metálicos y de madera; sillas de montar, trozos de armadura y testerías para caballo... Y allí se hicieron de oro en barras, en polvo y en vasijas. Elaborados con ese mismo material había discos, dijes montados en collares de *chalchihuites* y joyas que también estaban aderezadas con piedras preciosas. Todo esto era sacado de entre el agua, lo buscaban cuidadosamente unos con las manos, otros con los pies.

La enorme cantidad de objetos nos dejó anonadadas. Sobre todo la profusión de oro y joyas que los españoles habían reunido durante los doscientos treinta y cinco días que habían vivido entre nosotros —ochenta y cinco de ellos en paz en el palacio de Axayácatl gracias al apocamiento de Motecuhzoma—. Jamás hubiese imaginado que los tesoros reunidos a través de varias generaciones, muchos provenientes de los tributos que nos pagaban con gran esfuerzo los pueblos sometidos, irían a parar a las

manos de esos aventureros y, lo peor, a perderse entre el cieno de la laguna.

—Debemos regresar, Tecuichpo —expresó Papatzin con voz adolorida—. Debemos informar a nuestro señor Cuitláhuac sobre los horrores que hemos visto.

Yo accedí con un gesto, a pesar de que mi corazón se quebrantaba de congoja por no saber nada sobre el paradero de mi madre, Miauaxóchitl Tezalco, cuyo cadáver no había visto entre las mujeres inmoladas. ¿Se habrá salvado? ¿Habrá logrado escapar o aún sigue cautiva de Malinche y sufre las penurias de los *popolocas* derrotados?, pensé, mientras abordaba la canoa.

Xiuhtótotl nos devolvió a las Casas Nuevas, donde fuimos recibidas en el embarcadero por el *petlacácatl* de nuestro esposo, quien había venido desde Iztapalapan para hacerse cargo de las funciones de mayordomo mayor en las Casas Nuevas y organizar las exequias de los nobles muertos en los *teocalli* de Tezcatlipoca, Huitzilopochtli y otras deidades como Tláloc y Xipe Totec, así como atender las necesidades inmediatas de los familiares de Cuitláhuac.

—Nuestro señor Cuitláhuac fue a perseguir a los españoles hasta Acueco, donde se sabe que pasarán la noche. Allá les hará la guerra, antes de que pasen por Calacoayan —nos informó para que no nos asustáramos con su ausencia—. Regresará hasta mañana.

Papatzin Oxomoc se dirigió a sus aposentos para cuidar de sus hijos y acoger a los parientes que habían perdido sus casas en los incendios causados por los españoles antes de abandonar la ciudad. Yo, por mi parte, fui a refugiarme en la soledad de las habitaciones que había compartido con Miauaxóchitl y mis hermanas, y a padecer el inmenso dolor que me producía su muerte y, más que nada, la pérdida de mi madre.

Tzilacayotl hizo hasta lo imposible por consolarme. Me dio a beber un jarro de *cacauapinolli* y me colocó unos paños humeantes impregnados con el jugo de una hierba llamada *coztómatl* en la frente y en el pecho para templar la febrícula que me hacía tiritar. Me acurrucó entre sus pechos y así pasaron la horas, hasta que llegó Cuitláhuac para tomarme en sus brazos y, sin que yo lo esperara, cubrirme con su cuerpo.

—¡Los derrotamos y los expulsamos, Tecuichpotzin! —me dijo una vez que los dos estuvimos exhaustos—. Ahora debo ocuparme de las honras fúnebres de nuestros familiares, de la organización de nuestro señorío, de la restauración de nuestros templos y la reparación de todo lo que fue destruido... Nuestra gente está impaciente por recobrar la grandeza con que siempre hemos vivido. Creo que todavía estamos a tiempo para celebrar la fiesta del mes *tecuilhuitontli*...

—¿La fiesta del *huey Tecuilhuitl*? —pregunté.

—Sí, debemos desagraciar a nuestros dioses por los sacrilegios que cometieron los *popolocas*. Lo primero, quitar del *teocalli* de Huitzilopochtli las imágenes de su dios y de la mujer que llaman virgen María.

—También deberás cerciorarte de que haya suficiente maíz en los almacenes del

palacio. Recuerda que es tu obligación hacer convite a todos los pobres, no solamente de Tenochtitlan y sus barrios, sino a todos aquellos que sean nuestros súbditos —dije y él me miró con respeto.

—Veo que estás bien enterada, Tecuichpotzin —acotó—. No en balde eres descendiente de varios *huey tlatoani*.

Cuitláhuac se incorporó para vestirse e ir a sus aposentos. Advertí que le era conveniente un baño. En sus antebrazos y los músculos del estómago aún llevaba rastros de sangre. Olía a fragor de guerra. Sin embargo, no sentí asco. Al contrario, me consideré privilegiada y muy satisfecha de que hubiese llegado directamente a mi estera.

—¿Sabes algo de Miauaxóchitl? —alcancé a decirle mientras salía.

—No. Si no está entre los muertos, debe seguir atada a la cadena de Malinche. Tarde o temprano sabremos qué pasó con ella.

Mientras esto sucedía, varios batallones de guerreros mexicas perseguían a los españoles hasta un cerro llamado Tonan, que quiere decir «Nuestra madre», y los combatían con ferocidad. Creo que su temeridad era imprudente pues, según me contaron, los españoles mataron muchos mexicanos y tlatelolcas por que se expusieron demasiado, al grado de que, sin ningún ritual mortuario, allí tuvieron que quemar los cuerpos y recoger las cenizas: Reunieron la osamenta, hicieron un gran montón y luego enterraron aquellos huesos. Otros mexicas, con la participación de sus mujeres y de las viudas desamparadas, se dedicaron a reconstruir los *cu* de los *teocalli*, a levantar los muros derruidos de las casas y palacios de los señores principales, a limpiar los escombros y barrer las calles, hacer nuevos puentes donde se cruzaban los canales, desatascar acequias y canales. Los sacerdotes, con el fin de proporcionar al Sol la sangre preciosa para que nunca nos falte, celebraron innumerables sacrificios con los tlaxcaltecas y cempoaltecas capturados, así como con algunos soldados españoles que, al no poder escapar a tiempo del palacio de Axayácatl, se habían refugiado en el Tequihuiacalli o Casa de los Jefes, donde fueron prendidos. La otra finalidad de estos sacrificios era para que los dioses perdonaran los agravios sufridos a manos de los invasores, y propiciaran buenas cosechas en esa época del año en la que, generalmente, sufríamos y aún sufrimos de carestía.

Algunas personas que ya dábamos por muertas fueron apareciendo conforme se sucedieron los días, entre ellas mis hermanas Macuilxóchitl e Ilancueitl, y me proporcionaron una inmensa alegría. Macuilxóchitl se había escondido en una jaula vacía del sitio donde se guardaban las fieras dentro del Totocalli o Casa de las Aves del jardín zoológico de mi padre en Tenochtitlan.

—Dejé escapar una hembra de tigre que, al verse libre, se arrojó sobre el arcabucero que me perseguía y ahí mismo lo devoró. Mientras esto hacía, yo me metí en la jaula y cerré la reja con la misma cuerda que había desatado. Me oriné de miedo; pero luego, cuando el animal estuvo satisfecho, se largó quién sabe a dónde. Ahí esperé hasta que escuché los alaridos de nuestra gente que celebraba la victoria,

salí y vine a buscarlas.

Ilancueitl no fue tan arrojada. Ella se había refugiado, junto con mi madre, en una de las terrazas del palacio. Luego bajaron hasta el embarcadero para huir hacia Xochimilco a bordo de una trajinera. Sólo que a ella la golpearon y perdió el sentido.

—Cuando volví en mí —contó—, vi a Miauaxóchitl hacerme señas desesperada y, sé que no van a creérmelo, arrojarse al agua... Pero no se hundió...

—¿Cómo? —pregunté.

—¡La vi caminar por encima del agua, Tecuichpo! ¡Caminó hasta que la perdí de vista entre la llovizna y la niebla!

Las tres nos quedamos mudas. Yo con el corazón en la boca. ¿Está viva, entonces?, pensé. No, era imposible. Seguramente se había ahogado y la visión de mi hermana era sólo una alucinación. Decidí, en ese momento, aceptar su suerte y venerar su recuerdo como si se tratase de la diosa Itz'papálotl, la mariposa de obsidiana, que representábamos con los rasgos de una madre en cuyo regazo abarcaba tanto a los vivos como a los muertos.

Pasaron los días. Todos los habitantes de Tenochtitlan estábamos persuadidos de que la expulsión de los españoles había sido definitiva; que jamás regresarían, por más que los tlaxcaltecas los apoyaran. El escarmiento que habían recibido, brutal al extremo, debía ser suficiente para que comprendieran que nuestro poder era indestructible... Fuimos demasiado optimistas.

Llegaron las calendas del octavo mes, y nos dispusimos a celebrar la fiesta llamada *huey Tecuítluhuitl* como siempre se había hecho, aunque creo que esta vez Cuitláhuac, los cuatro senadores que acompañaban al *huey tlatoani* y los miembros del consejo de ancianos, estuvieron de acuerdo en que la fiesta serviría para reforzar la confianza del pueblo en sus gobernantes y en sus guerreros.

Cinco días antes, Cuitláhuac ordenó a los *calpixqui*, a los *calpullec* que mandaban en cada barrio y a los señores llamados *tecuhtli* que abriesen los silos donde se almacenaban los granos e hicieran convite a todos los pobres. «¡Todos, sin excepción, deben comer hasta saciarse!», fue la consigna.

Fuimos las mujeres *pilli*, las encargadas de preparar, en el interior de una canoa adobada con sal y el jugo de varias hierbas aromáticas, un brebaje llamado *chianpinolli* —una mezcla de harina de *chia* con agua, endulzada con miel de maguey—, para que los presentes la bebiesen en unas escudillas blancas que llamamos *tizapanqui*. Esto se hacía por la mañana y cada uno podía beber hasta saciarse, pero sólo por una vez y aquel que quisiera abusar recibía una tunda de «verdascazos». En nuestro palacio, tocó a Macuilxóchitl cumplir con tan ingrata tarea.

—Pero yo me hago guaje cuando se trata de los niños —decía—. ¡Pobrecillos, nada más ver sus caritas se me parte el corazón! Con los varones, sobre todo si me gustan, les arreó hasta hacerles sangrar el *tzoyotl*, el culo, como le dicen los españoles —y se desternillaba de risa.

Al mediodía, los niños y las niñas, acompañados de sus padres y madres, podían entrar al palacio. Allí se les hacía sentar en unas bancas largas. Yo me reunía con ellos y les ayudaba a atar una de las puntas de las mantas de algodón con que cubrían sus pequeños cuerpos a una cinta blanca que tenía unos loros bordados en hilo de color verde esmeralda —sostenida en los extremos por Xochipalli y Yacapatlahuac, quienes habían venido desde Iztapalapan para ponerse a mi servicio—, con el fin de que se conservase cierto orden. Además, ataba los cabellos de las niñas con una espadaña a manera de guirnalda para que no se les pusiesen delante de los ojos.

Enseguida, se les servían tamales que podían tomar con las manos. Había unos exquisitos, como los *tenextamalli*, *xocotamalli* y los *yacacoltamalli*, que eran mis favoritos; y otros más que, como en el caso de los *necutamalli*, se deshacían en las lenguas de los chiquillos y a mí se me hacía agua la boca. Ocho días duraban estas comilonas. Así se había establecido desde el reinado del rey Ahuítzotl, porque cada año, en este tiempo hay escasez y hay hambre, por lo que muchos solían morir de hambre.

Satisfechas las barriguitas, como solía decir Xochipalli, quien a pesar de la guerra y las desgracias que nos habían ocurrido, vivía embobada con su *cacamatl*, su «pequeña mazorca» —así llamábamos a su *chilpayate*—, todos nuestros convidados se retiraban a sus respectivas casas; y los señores y señoras iban a sus aposentos para ataviarse a fin de participar en la fiesta de los dignatarios que iniciaba al día siguiente.

El ritual para celebrar la fiesta del *huey Tecuílhuítl* siempre fue muy exigente. Macuilxóchitl, Ilancueitl y yo tuvimos que acudir a los aposentos de Papatzin Oxomoc para que fuese ella quien nos señalara cómo debíamos vestarnos y cómo comportarnos durante nuestra participación en la fiesta —incluidos los cantos, el baile y el sacrificio propiciatorio— que comenzaría al anoecer, y que ya el sonido de los caracoles, flautas y el *teponaztli* anunciaba.

—Queridas hermanas —dijo con voz grave al recibirnos, sentada en el *icpalli* que sólo podía ocupar la esposa principal del *huey tlatoani*—, hoy me toca a mí el deber de prepararlas. Debido a nuestras desgracias, a la muerte de nuestras madres Xochicuéyetl y Tayhualcan, y a la desaparición de Miauaxóchitl Tezalco, me corresponde desempeñar el papel de señora principal de nuestra casa y procurar el bienestar de quienes a ella pertenecen y se acogen, así como cuidar de nuestra fama y honra.

Nosotras la escuchamos en silencio y con la mejor disposición para acatar sus consejos. Las terribles circunstancias, sin que lo hubiésemos previsto, nos habían dejado huérfanas e íbamos a necesitar de una mujer, una de nuestro linaje y con quien tuviésemos una confianza absoluta, para que nos orientara y, en el caso de mis hermanas y otras doncellas, sirviera de interlocutora frente a Cuitláhuac y los grandes dignatarios tanto de Tenochtitlan, como de Tetzcuco, Tlacopan y Tlatelolco.

Papatzin comprendió nuestro silencio y relajó sus facciones. Hizo venir a nuestras

servidoras y les pidió que nos mostraran las prendas que había seleccionado para cada una de nosotras.

Xochipalli, cuya alegría contrastaba con la de mis otras ayas, Yacapatlahuac y Tzilacayotl, vino presurosa y me entregó una enagua de color grana que llamamos *camoliuhqui*, ricamente bordada con unas grecas de colores azul y blanco que se entrelazaban en las cortapisas para formar un hermoso mosaico. Luego, me echaron encima un huipil de color verde turquesa, para resaltar mi rango de esposa legítima del Señor de Iztapalapan, de los que llamamos *yapalpipílac*, en cuyo cuello llevaba unas labores muy anchas que me cubrían todo el pecho, pero que me dejaban mover con toda libertad el cuello y los brazos.

Así, una vez que estuve vestida y calzada con unas sandalias de piel de venado que llevaban prendidos unos pequeños cascabeles de oro en forma de caracol, todas las mujeres, sin excepción, mostraron su admiración y alabaron mi belleza.

—¡Tu hermosura dejará pasmados a propios y extraños! —dijo Macuilxóchitl con ese desparpajo que la distinguía, mientras rondaba alderredor de mi persona.

Papatzin se limitó a darme un beso en la mejilla y a colocarme unos brazaletes de oro con *chalchihuites* de zafiro incrustados, que extrajo de un pequeño arcón que le presentó Tzilacayotl.

Después, me peinaron con unas trenzas, atadas desde la frente al colodrillo, y me limpiaron la cara para que ésta estuviese libre de cualquier color de afeite o de mancha que pudiese afearla.

Ni Macuilxóchitl ni Ilancueitl desmerecieron en su atuendo. Ambas fueron vestidas con el mismo esmero y recuerdo aún que el huipil de la primera, que llamábamos *pocuipilli*, del mismo color que el ámbar y con unos pájaros de plata en la gorguera, era una pieza que haría empalidecer de envidia a las señoras principales entre los totonacas y los huastecas, famosas por la hermosura de sus tejidos y por la calidad de sus bordados. Ilancueitl fue vestida de blanco en punta, sólo que todas las flocaduras, anchas y vistosas, estaban hechas con laminillas de oro que tenían grabado el rostro de la diosa Xilonen, en cuya honra se sacrificaría una doncella.

El día se nos fue volando atareadas en estos y otros menesteres no menos importantes. Papatzin Oxomoc —conocedora del carácter alocado de mi hermana— tuvo que explicar a Macuilxóchitl que debía comportarse con estricto apego a las normas que regían para las hijas de buen linaje.

—¡Debes seguir la pisada de tus padres e imitarlos en sus virtudes y dar buen ejemplo, Macuilxóchitl! —soltó de entrada—. Tienes que comportarte con castidad y evitar lo malo. No puedes, aunque tu cuerpo lo reclame y las ganas se te escurran por la entrepierna, irte con ningún hombre durante el baile...

—¿Quieres decirme que no podré bailar? —replicó mi hermana con un mohín de disgusto.

—¿Bailar? ¡Claro que sí, niña! Lo que no podrás hacer es escaparte y pasar la noche en casa de algún guerrero que te resulte particularmente atractivo. Porque si lo

haces...

—¿Qué? —quiso saber Macuilxóchitl, acostumbrada a correr riesgos a los que ninguna otra mujer se atrevería.

Papatzin la miró con acritud antes de contestarle.

—Si lo haces y alguien los sorprende, a él se le castigará públicamente, le cortarán los cabellos que trae por señal de valiente, los llamados *tzotzocolli*, y le quitarán sus armas y los atavíos a que se ha hecho merecedor. Lo apalearán y le chamuscarán la cabeza; todo su cuerpo quedará lleno de ronchas. Luego, lo correrán y le dirán: «Anda vete, bellaco, aunque seas valiente y fuerte no te tenemos en nada...» Estas y otras palabras injuriosas le dirán y después lo echarán a empellones y nunca más podrá danzar ni bailar.

—Pobrecito —dijo Macuilxóchitl con sorna y unos pliegues pícaros en los párpados que dejaron entrever su mala leche—. ¿Pero y a mí, qué me espera?

—A ti, pilluela —respondió Papatzin—, deberemos expulsarte de nuestra compañía y nunca más podrás cantar ni danzar, y, sin bien te va, deberás casarte con el mancebo que te haya deshonrado... Tú decides, chiquilla.

—No, no creo que me convenga. Me conformaré con hacerme ilusiones —expresó la descarada, a la par que nos hizo reír a todas.

El sol se había puesto en el ocaso cuando salimos al patio central rodeado por los *cu* de nuestros dioses y fuimos a ocupar un sitio reservado para las mujeres de los dignatarios. En el patio habían colocado unos braseros inmensos, altos y tan gruesos que apenas los podían abrazar dos hombres. El calor que despedían era más que confortable y su luz se diseminaba por todos los rincones. Algunas sombras se escurrían sobre los muros de los templos igual que si fueran fieras al acecho.

El estruendo de varios *teponaztli* colocados en las esquinas y encima de las terrazas nos previno para que viésemos salir a los primeros danzantes. Los hombres venían ordenados de dos en dos. Los acompañaba una mujer colocada en medio de ellos, a la que asían de las manos. Todos cantaban y bailaban con brío y gallardía. Eran personas escogidas, capitanes y otros valientes hombres ejercitados en las cosas de la guerra. Nosotras, que no habíamos intervenido en batalla alguna, no podíamos participar en ese baile.

Dieron varias vueltas entre los braseros. Se movían con una cadencia elegante. Unos levantaban la pierna derecha y otros se inclinaban como si quisiesen besar el suelo. Sus cinturas se quebraban como cañas arrebatadas por el viento, mientras sacudían las caderas para acoplarse al ritmo de las flautas y las chirimías.

Fue Macuilxóchitl la que, con sus ojillos perspicaces, me hizo ver la galanura de los jóvenes danzantes y la elegancia con la que iban vestidos.

—Ya te fijaste en los muslos de ese *tequihua* —dijo relamiéndose los labios mientras señalaba a un guerrero de alta jerarquía, seguramente un Caballero Águila—. En la fuerza de sus pantorrillas.

Yo, que estaba distraída y que sólo alcancé a escuchar la segunda frase, la

reconvine de inmediato y le respondí:

—¡No comiences, Macuilxóchitl! ¡Concéntrate en el baile y no en los cuerpos de los hombres!

—Me refiero a sus atuendos, Tecuichpo —dijo, entonces, con una voz incapaz de romper un jarrito—. ¡Mira sus mantas bordadas con caracolitos blancos! ¿No son preciosas? Esas *nochpalcuechintli* sólo las pueden usar los más señalados. ¡Fíjate en sus adornos!

Mi hermana tenía razón. Los danzantes llevaban orejeras de cobre con pinjantes. Y los bezotes tenían diversas figuras: unos tenían la forma de lagartijillas, otros a manera de perrillos, otros cuadrados o de cuatro esquinas. Unos cuantos, los mejores, llevaban unos bezotes redondos hechos con conchas de ostras de la mar.

—¿No son hermosos? —insistió entusiasmada—. ¿Ya viste los collares de cuero que llevan sobre los pechos y las borlas a manera de flores grandes, de las que cuelgan infinidad de caracolillos blancos?

Yo la miré a los ojos para catar si sus palabras no escondían otra intención, mas ella se hizo la desentendida. Tosí, entonces, para responderle sin que me cogiese en falta, pero en ese momento pasaron frente a nosotros dos guerreros *cuachic*, los de cabeza rapada, y preferí seguirle la corriente.

—¡Mira esos barbotes hechos en forma de águila! —apunté a los labios del danzante—. Están hechos con la misma concha.

—Sí, pero los de su compañero están adornados con unas cuentas blancas de los mariscos que se llaman *teochipoli* y que usan los más valientes —me aclaró y luego lanzó un suspiro.

Macuilxóchitl quedó embelesada y decidió guardar silencio.

Volteé la cara hacia donde estaba Papatzin Oxomoc y advertí que estaba absorta en la contemplación de la danza. Ilancueitl, siempre discreta, miraba con arrobó hacia un grupo de capitanes que giraban sobre sí mismos para que los plumajes que llevaban atados sobre las espaldas volasen como si fuesen quetzales. Daban con fuerza en el suelo con el pie, donde llevaban atadas pezuñas de ciervo, y, una vez que se detenían, con sus plumajes semejabán árboles de los que salían unas ramas labradas en hilo y pluma, con unas flores en los remates que salían de unos vasitos de cuero de tigre.

Yo, sin poder evitarlo, sentí un escalofrío que me llenó de vergüenza. Llevé mis manos al rostro para que no fuese notorio. Sin embargo, la mirada astuta de Macuilxóchitl captó mi turbación y sonrió con malicia.

La variedad de estos plumajes vino en mi auxilio. Era imposible abstraerse de su belleza. Cada uno más bonito que el otro. Me perdí, por unos instantes, entre el follaje de sus colores radiantes.

El codo de Macuilxóchitl se incrustó en mis costillas.

—Te gustan mucho, Tecuichpo. No lo niegues. Eres una mujer muy joven y no tiene nada de malo —susurró sin siquiera respirar.

No me atreví a contestarle. Su comentario había sido certero, pero no iba a decírselo. Yo me debía a mi señor Cuitláhuac, a quien amaba y respetaba, y no estaba dispuesta a pasar por una mujer vil, galana, lujuriosa y desvergonzada.

Ella comprendió mi actitud y ambas guardamos silencio. Yo, entonces, concentré mi atención en los afeites harto curiosos que llevaban los danzantes. Iban con las caras embijadas de diversas maneras: unos con tinta negra hacían en los carrillos unas ruedas negras y en la frente una raya también de tinta negra, que iba de sien a sien; otros habían puesto una raya de tinta negra desde una oreja hasta la otra; unos más habían trazado una raya de tinta desde la punta de la oreja hasta la boca, con una margarita como remate. Sus cabellos estaban rapados a navaja en la frente y los que salían por la nuca los llevaban largos. Por todo el cogote llevaban colgados cabellos largos, que caían hasta las espaldas y se habían pintado las sienes de amarillo.

Se veían imponentes, sobre todo porque la luz que emanaba de los braseros y de unos hachones que portaban unos mancebos ejercitados en la guerra, a los que llamamos *telpochtequihuaque*, oscilaba de acuerdo con sus movimientos y dibujaba en sus caras máscaras que los transformaban ya en personajes agraciados o en ícubos espantosos.

Todas las mujeres estábamos aturdidas por el ritmo de la danza. Unos iban asidos por las manos; otros echaban los brazos a su compañero y le abrazaban la cintura. Todos llevaban un compás en el alzar del pie y en el echar del paso adelante, y en el volver atrás y en el hacer de las vueltas. La música, por momentos, alcanzaba registros estridentes, y luego se volvía monótona y nos machacaba los oídos.

Papatzin Oxomoc se inclinaba constantemente hacia mi hermana Ilancueitl y le decía cosas al oído. Ésta, sin quitar los ojos de los danzantes, sonreía o contestaba con monosílabos. De vez en vez, volteaban a mirar a Macuilxóchitl y se carcajeaban. Ésta les hacía señas para demostrarles que no se arredraba ante la amenaza de ser castigada por demostrar en público su preferencia por alguno de los hombres.

Llegaron otros danzantes y, mezclados con ellos, unos mancebos que portaban unas teas que se llaman *tlémaitl*. Macuilxóchitl quedó cautivada por su apostura y porque representaban un reto. Estos jóvenes, unos tenochcas y otros tlatelolcas, que habían hecho veinte días de penitencia en el *cu* de Tlazoltéotl, la diosa de la carnalidad, no bailaban, solamente iban alumbrando y miraban con diligencia si alguno hacía deshonestidad mirando o tocando a alguna mujer. El castigo para el infractor era muy cruel, ya que se le daban porrazos con tizones, tanto que le dejaban por muerto, y la advertencia de entrada intimidaba a los varones lo suficiente como para arriesgarse con cualquier galanteo.

—Vamos a ver si estos muchachitos son capaces de atraparme —espetó Macuilxóchitl con una confianza que me hizo saber que estaba decidida a arriesgarse más allá de lo prudente—. Ya me las apañaré para conseguirme uno de esos *tequihua* que no le tenga miedo a la muerte.

El areito llegó a su fin cuando dejaron de tañer los tambores y el *teponaztli*. Hubo

cierto revuelo mientras nos disponíamos a reunirnos con los *calpixqui* que nos escoltarían hasta nuestros aposentos. Vi a las mujeres que habían danzado reunirse para que los que las tenían a su cargo las llevaran a sus respectivas casas... Entre ellas, noté cómo mi querida hermana se escurría tras de uno de los inmensos braseros y desaparecía.

Nunca quiso decirme cómo se las ingenió y menos el nombre del mancebo que se la llevó consigo. El hecho es que esa noche durmió fuera del palacio y que, a la mañana siguiente, andaba muy quitada de la pena dando instrucciones a sus ayas para que la preparasen a fin de participar en el sacrificio en honor de la diosa Xilonen.

Las señoras principales, como siempre, sin necesidad de ponernos de acuerdo y sin palabras de por medio, guardamos el más absoluto secreto. Jamás se habló del asunto y sólo estuvimos alertas para reaccionar con agudeza si se descubría el enredo.

Ilanqueitl y Macuilxóchitl, todavía «doncellas», fueron, a semejanza de la mujer que iba a ser sacrificada, emplumadas en las piernas y los brazos con pluma colorada. Se les tiñó la cara con color amarillo desde la barba hasta la nariz, y la quijada y la frente con betún colorado. Asimismo, se les ajustaron guirnalda de flores amarillas de *cempoalxóchitl* en la cabeza y sartales de la misma flor en el cuello y en los hombros. Una vez que estuvieron listas, fueron conducidas al templo para encontrarse con la víctima en el *cu* de la diosa y cantar, bailar y velar toda la noche.

Papatzin Oxomoc y yo llegamos al *teocalli* hasta el día siguiente. El baile ya había comenzado. Las mujeres iban todas juntas y rodeaban a Xilonen, la mujer que, en representación de la diosa había de morir. A un costado, sin mezclarse, los hombres bailaban y agitaban en sus manos unas cañas de maíz que se llaman *totopánitl*, de tal forma que semejaban matojos de juncias arrastrados por la corriente del río.

La mujer que iba a ser sacrificada estaba vestida con los mismos ornamentos con que adornaban a la diosa, para que reprodujera, con fidelidad, su imagen. Así, llevaba la cara pintada de color amarillo y colorado. Sobre la cabeza, una corona de papel con cuatro esquinas y del medio de la corona salían muchos plumajes como penachos. En el cuello llevaba colgados unos sartales de piedras ricas, anchas, las cuales le cubrían los pechos. Sobre las piedras llevaba una medalla de oro redonda. Vestía un huipil labrado con imágenes de los dioses y encima cotaras pintadas con unas listas coloradas. En el brazo izquierdo, una rodela de plumas, y en la mano derecha un bastón teñido de color bermejo.

—Se ve tan hermosa y está tan contenta que es una lástima que vayan a quitarle la vida —comentó Papatzin, a quien desagradaba que se hicieran sacrificios con mujeres.

—Para ella es un privilegio, Papatzin —dije sin estar completamente convencida—. Su nombre será recordado con veneración por sus familiares y será honrada por muchas generaciones. Además —agregué, más que nada para evitar sentimientos contradictorios—, la diosa Xilonen le prodigará placeres que nosotras

desconocemos... Bueno, eso dicen los sacerdotes.

El sonido de los instrumentos subió en intensidad y los movimientos de los danzantes se volvieron un tanto frenéticos en el momento en el que los sacerdotes se incorporaron al baile. Éstos comenzaron a tañer sus cornetas y sus caracoles, y a colocar braseros con incienso en los lugares por donde habría de caminar la víctima. No tardaron en llegar todos los danzantes —entre ellos mis hermanas que se distinguían por su donaire— al *cu* del dios Cintéotl, para hacer entrega de la doncella a un sacerdote ataviado con unas plumas de águila de las que pendían las garras del ave.

El sacerdote, entonces, dispuso una tabla de sonajas que se llama *chicauaztli* delante de la doncella y comenzó a menearla para que su sonido la acompañase. Luego, otro de los sacerdotes tomó a la víctima por los brazos y se la echó encima de la espalda. En seguida le fue cercenada la cabeza y ofrendada para que le abriesen los pechos y le sacaran el corazón, mismo que depositaron en una jícara.

El sacrificio quedó consumado. Fue ejecutado con tanta rapidez que me tomó unos instantes asimilar lo que había sucedido. Estiré mi brazo para abrazar a Papatzin, pero ésta había caído sobre sus rodillas y lloraba a lágrima viva. No tardé en secundarla y así estuvimos un buen rato.

La fiesta de *huey Tecuítl* llegaba a su fin enmarcada por una algarabía general y, sin embargo, todas las mujeres congregadas alderredor de Papatzin Oxomoc padecíamos en nuestras entrañas un luto lacerante por la inmolación que habíamos presenciado. Todas a una rechazamos los *xilotes*, las tortillas y la cañas de maíz dulce que nos fueron ofrecidas para que comiéramos. Todas, sin excepción, arrojamos pétalos de *cempoalxóchitl* y de otra flor que se llama *yiexóchitl* sobre los cuerpos jóvenes y hermosos de los danzantes para que la diosa Xilonen recibiera nuestro óbolo.

La gente se retiró a sus hogares. Muchos dedicaron varios días para recomponer los *cu* de nuestros dioses y adornar a estos últimos con sus ropajes y sus plumas de quetzal. Sacaron sus esculturas y les pusieron sus collares, sus máscaras hechas con mosaicos de turquesas, y los revistieron con sus ropas divinas confeccionadas con pluma de quetzal, de papagayo amarillo y plumaje de águila.

Volvimos a las Casas Nuevas de Motecuhzoma para hacernos cargo de nuestras obligaciones habituales. Papatzin Oxomoc, como esposa principal de Cuitláhuac, dio instrucciones al *petlacácatl* para que los *calpixqui* cumplieran a cabalidad con el protocolo concerniente a los funcionarios y servidores del palacio, y luego se dedicó a cuidar de sus hijos. Macuilxóchitl e Ilancueitl fueron, a pesar de sus reparos, a continuar con sus estudios en el *calmecac* y proseguir con el aprendizaje de los cantos y las danzas que les enseñaban en el *telpochcalli*. Yo, por mi parte, tuve que dedicarme a consolar a las viudas y a los huérfanos de los guerreros caídos, a proveerlos de ropa y alimentos, y en mis ratos libres, siempre y cuando él me lo solicitase, a satisfacer los deseos de mi señor Cuitláhuac.

También, y más que nada para distraerme del inmenso dolor que me significaba la ausencia de mi madre, dediqué parte de mi tiempo para acudir a nuestro palacio en Iztapalapan y vigilar el desarrollo de los árboles y plantas de mi jardín, así como para preparar nuevos arriates de flores y trasladar a Tenochtitlan los enormes ramos que nos servían para adornar las habitaciones y los salones que ocupábamos. Siempre, en cada viaje entre los canales y la laguna, yo buscaba la figura de Miauaxóchitl sobre la superficie del agua y, en cada uno, sufría la decepción de no encontrarla. «¡Madre mía! ¿Dónde estás mamacita?», clamaba sin que mis lamentos encontrasen respuesta.

Los días se fueron sucediendo con cierta monotonía, hasta que fueron interrumpidos por un acontecimiento que nos llenó de alegría. El consejo de ancianos, los senadores, los sacerdotes de mayor jerarquía y los señores principales de Tetzcuco y Tlacopan, así como de otros señoríos importantes, habían decidido, dado que hacía más de veinte días que había muerto Motecuhzoma Xocoyotzin, que era llegado el tiempo de elevar a Cuitláhuac al rango de *huey tlatoani*.

El rebumbio en las Casas Nuevas y en el palacio de Axayácatl fue tremendo. Todos los servidores de mi señor sintieron —al menos, así me lo pareció— la necesidad de manifestar su alegría y el orgullo que les merecía el hecho de que fuese el *tlacateccatl* de los guerreros aztecas, el hombre que había expulsado a los españoles y a sus aliados de nuestras tierras, quien fuese elegido para conducir el destino de los habitantes del Anáhuac.

El esplendor surgió de nuevo. Volvimos a cantar: Ahora lo sabe mi corazón, escucho un canto, contemplo una flor, la maravilla que llamamos *teotlaquilin*. Cuitláhuac *azo tle nelli in tlaltipac*, «tal vez lo único verdadero en la Tierra»; y nuestras *tonalli* se inflamaron con una gran devoción. Los mexicas volvíamos a tener Padre y Madre. Ya no estábamos huérfanos. Un gran *chimalli*, un escudo de plumas de quetzal, nos protegería contra toda desgracia...

A fin de cumplir con las tradiciones de los tenochcas, Cuitláhuac fue conducido por los dos más altos dignatarios entre los sacerdotes, el Quetzalcóatl Totec tlamacazqui y el Quetzalcóatl Tláloc tlamacazqui, al *teocalli* de Huitzilopochtli, primero, y al templo de Tláloc, después, para que hiciera los sacrificios rituales y les pidiese valor para defender a su pueblo y sabiduría para gobernarlo; y en ello se mantuvo ausente durante varios días.

Mientras, Papatzin, así como todas las mujeres que dependían de nosotras —incluidas mis hermanas y muchas de nuestras primas— y yo nos enfrascamos en el tejido y bordado de la *xiuhtilmatl*, la manta de color turquesa que sólo podía vestir el *huey tlatoani*, y de otras que le serían necesarias para presentarse ante su pueblo y atender las funciones propias del gobierno. Yo, porque sabía que le encantaba, me aboqué a la confección de una *coaxayacayo tilmatl* —una manta con figuras de serpientes—. Era toda la manta leonada y tenía una cara de tigre dentro de un círculo plateado, en un campo colorado. Estaba toda ella llena de círculos y caras y tenía una franja con serpientes alderredor. La bordé con hilos de oro y usé *tochomitl* colorado

para que el fondo semejase una laguna de sangre.

Papatzin y Macuilxóchitl unieron sus esfuerzos para tejerle una *tilmatli* que tenía un cuadro que la cercaba toda de azul, la mitad oscuro y la mitad claro, y otro cuadro le seguía de plumas blancas y luego una franja con mariposas amarillas. Era verdaderamente hermosa y todas la envidiamos.

Ilancueitl, por su parte y para no desmerecer ante la mirada exigente de las tías ancianas que habían venido de Iztapalapan, Tlacopan y Tlatelolco, juntó a un grupo de jóvenes para que bordaran una infinitud de *máxtlatl* de primorosa factura, cuyas proporciones dieron pauta a bromas y chascarrillos respecto de los atributos de nuestro codiciado esposo.

—¡Ah, pero qué *tepulacayotl* más grande! —era lo menos que se atrevían a decir para ponderar el cuerpo entero del pene del varón que iba a ser entronizado.

Papatzin por su lado y yo por el mío nos cuidamos de intervenir en estas chanzas, pues no queríamos dar motivo para que alguien se atreviese a mancillar nuestra intimidad ni propiciar a rencillas que serían de pésimo gusto e impropias de mujeres de nuestro linaje. Sin embargo, no pudimos evitar ruborizarnos, y, en mi caso, reproducir mentalmente escenas que se me antojaban deliciosas.

—¡Espabílese —gritó Papatzin Oxomoc para que las jóvenes dejaran de hacer guasas—, que todavía tenemos que preparar las sandalias y bordar los *xicolli* de mi esposo!

Las muchachas murmuraron reproches por lo bajo, pues estaban sumamente divertidas; empero, varias de ellas se separaron del grupo, unas para alisar las pieles de jaguar y de venado con que se hacían las sandalias; otras para incrustarles pequeños adornos de oro, esmeraldas y jades de color oscuro; y las más duchas para bordar con preciosura los *xicolli* o camisas de mangas muy cortas que los señores principales colocaban por debajo de sus mantas.

Llegó, por fin, el día de la purificación de Cuitláhuac. Durante la noche, mientras la ciudad se impregnaba con el sonido de decenas de atabales, flautas y caracolas, un vientecillo fresco y constante se había llevado las nubes, de manera que tuvimos un amanecer radiante enmarcado por los volcanes nevados, el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl, y un cielo diáfano, cuya transparencia nos permitía ver todas las poblaciones asentadas alderredor del lago, las montañas y los bosques como si los tuviésemos en las palmas de las manos.

El pueblo atiborraba la plaza del recinto sagrado y las azoteas. Los canales de la ciudad estaban pletóricos de canoas procedentes de los señoríos más importantes y de otras que habían llegado desde Zumpango, Xaltocan, Cuauhtitlán o de los pueblos más remotos, como Mizquic y Chalco. Nadie que no estuviese impedido quería perderse la ceremonia.

El *petlacácatl* condujo a las señoras principales hasta una de las azoteas del palacio de Axayácatl, provista de esteras confeccionadas con *nequén* y varios *icpalli* para que estuviésemos cómodas y bien atendidas.

Papatzin Oxomoc, como primera esposa, ocupó un *quechol icpalli*, adornado con plumas amarillas de guacamaya, y yo, un *tepotzoicpalli*, cubierto con una piel de tigre. Las demás se acomodaron en círculo alderredor de un pequeño brasero que exhalaba el inquietante aroma del copal.

Un redoble de atabales nos puso sobre aviso. La figura recia y varonil de Cuitláhuac se recortó contra la puerta del *calmecac*. Dio unos pasos y pudimos ver que estaba completamente desnudo. Enseguida se le unieron varios sacerdotes del más alto rango, ataviados con sus mantas negras y portando los bastones dorados que simbolizaban su elevada jerarquía, que lo escoltaron hasta la primera plataforma del templo del dios Huitzilopochtli.

Cuitláhuac ascendió las gradas. Iba con la vista al frente, absorto en cumplir a pie juntillas con cada uno de los pormenores del ritual. Arriba, en la cúspide del *teocalli*, lo aguardaban los ancianos sacerdotes, todos vestidos de negro. Ahí, el gran sacerdote, el Quetzalcóatl Totec tlamacazqui, se adelantó y elevó los brazos para que todos, incluyendo a quienes entonaban cánticos y hacían sonar sus instrumentos, callasen. Su voz tonante surgió como un trueno para que todos lo oyésemos. Invocó al dios Tezcatlipoca, lo llamó *Teyocoyani*, *Teimatini*, primer proveedor de las cosas necesarias, e inició un largo discurso con las palabras sagradas: «Hoy, día bienaventurado, ha salido el Sol, nos ha alumbrado y comunicado su claridad y resplandor, será labrada una piedra preciosa, un precioso zafiro; ha aparecido una nueva lumbrera, nos ha llegado una nueva claridad, se nos ha dado un hacha muy resplandeciente que ha de regir y gobernar nuestro pueblo y ha de tomar a cutas los negocios y trabajos de nuestro señorío».

La oración del sacerdote fue larga, sabia y vehemente. Muchas de la imágenes creadas con las palabras que tiene nuestra lengua para resaltar los conceptos más profundos, dotadas de una belleza singular, nos hicieron lanzar exclamaciones de júbilo y, por momentos, suspirar con añoranza por lo que habíamos perdido y por la destrucción que habían causado los extranjeros.

Por unos momentos, extraviada entre las frases del discurso, pude evocar los tiempos felices que viví al lado de mi padre, antes de que se desmoronara, y al lado de Miauaxóchitl, mi amada madre, y me sorprendí bañada en lágrimas.

La mano de mi hermana Macuilxóchitl, posada igual que una paloma blanca sobre mi hombro, me hizo volver para escuchar con nitidez: «¡Oh señor humanísimo!, ten por bien que rija y gobierne tu señorío que ahora le has encomendado, con toda prudencia y sabiduría, que ninguna cosa haga que te ofenda, y ten por bien de andar con él y guiarle en todo».

La voz del sacerdote bajó de tono y ya no pude escucharlo. Todavía dijo algunas cosas para que Cuitláhuac se comportase como el *huey tlatoani* que el pueblo esperaba. Otro sacerdote se aproximó y empapó su cuerpo con una tintura negra que escurrió desde su cuello hasta los talones. Cuitláhuac se frotó el torso y los muslos. Desde donde yo lo veía semejaba una estatua de obsidiana. El mismo brillo, la misma

fuerza. El poder sobre la vida y la muerte. Mas también, la reciedumbre del amor que jamás se agosta.

Confieso que quedé aturdida. Que lo que siguió llegó a mi mente igual que me sucedía con las ensoñaciones. Entre nubes, vi cómo le colocaban una túnica de color verde esmeralda, bordada con huesos de muerto; luego le ponían a cutas, colgada de la espalda, una calabazuela llena de *picíetl*, tabaco, de la que colgaban unas borlas verde oscuras, también, le pusieron delante de la cara una manta verde oscura atada a la cabeza, bordada con huesos en color blanco. Lo calzaron con unas cotaras verdes sostenidas con finos lazos de oro. En la mano izquierda le pusieron una talega verde oscuro con cráneos pintados y en la derecha un incensario sacerdotal. A continuación, Cuitláhuac se dirigió al *cu* de Huitzilopochtli y balanceó el incensario hasta que el humo lo cubrió por completo. Sólo escuchamos su voz cuando dijo: «¡Oh dios, dame tu fuerza, dame tu sabiduría!», y lo perdimos de vista.

Los caracoles y la flautas volvieron a sonar. Debimos volver al palacio, mientras él, por espacio de cuatro días, debería ayunar, orar y hacer sacrificios con su propia sangre. Mas antes de abandonar la terraza, todavía nos tocó presenciar la investidura del nuevo *cihuacóatl*, así como del *huiznahuc tlailotlac*, el jefe de los refugiados del sur y gobernador de una región de Tlatelolco; del *tlacochalcatl* o jefe de la Casa de los Dardos, y del *tlillancalqui*, el guardián de la Casa Negra, recinto de estudio y meditación de los *tlatoani* de Tenochtitlan, quienes lo acompañarían en su gobierno, y a los que les colocaron unas mantas negras bordadas con las insignias de sus cargos.

Regresamos al palacio de las Casas Nuevas, pero no para descansar. Ahí, ya nos esperaban infinidad de tareas que debíamos atender para que nada faltase en una fiesta que siempre había sido fastuosa.

Papatzin e Ilancueitl decidieron supervisar los alimentos y bebidas que serían servidos a una multitud de comensales, entre los que se encontrarían los señores principales y las personas más distinguidas del Anáhuac. Para ello, se proveyeron de una gran cantidad de canoas y, acompañadas por varios *calpixqui* fueron al tianguis de Tlatelolco para proveerse de todo lo necesario.

Yo, entretanto, di instrucciones a Macuilxóchitl para que, auxiliada por mi aya Tzilacayotl, se dedicase en cuerpo y alma a vigilar la limpieza y adorno de todos los salones donde serían hospedados nuestros invitados, y le pedí que tuviese especial cuidado con las casas que ocuparían los señores de Tlacopan y Tetzcuco, a pesar de que yo sabía que esos palacetes se mantenían con una pulcritud impecable y con una elegancia soberbia desde la fundación de la Triple Alianza, para que fuesen ocupados por los *huey tlatoani* de dichos señoríos, en el momento que ellos lo desearan.

—¿Y tú qué vas a hacer, Tecuichpo? —me preguntó mi hermana, pendiente de que todas las mujeres, sin excepción, cumpliésemos con alguna tarea.

—¿Yo? Sólo voy a acicalarme para lucir como la señora más bella de Tenochtitlan —respondí con cara dura, con la intención de tomarle el pelo y hacerla

rabiar un rato.

Macuilxóchitl, le gustase o no, me debía obediencia a causa de mi categoría como esposa de Cuitláhuac, y aunque abrió los ojos con desmesura y la boca para protestar se concretó a exclamar un: ¡Ah, ah! agrio y descompasado que me hizo reír a carcajadas.

Entonces ella, con esa lengua viperina que todas temíamos, me espetó:

—¡Eres una *cuecuech*, hermana! —que lo mismo puede significar traviesa que mujer lasciva, sin que su rostro me dejase entrever a cuál se refería y me ganó la partida. Ya no me dio tiempo a replicarle. Tomó de la mano a Tzilacayotl y me dejó con un palmo de narices.

El sonido de las caracolas que anunciaban que el sol había llegado al cenit, hizo que me apresurara. Sin dilación, ordené a un *calpixque* que tuviese lista mi canoa y partí con rapidez rumbo a Iztapalapan.

Xochipalli y Yacapatlahuac me recibieron en el embarcadero de palacio. Ordené que llamaran a todos los *xochimanque* y *tamemes* disponibles, y, ya congregados a mi vera, nos fuimos a los jardines para recolectar cientos de flores, arracimarlas y trasladarlas a unas trajineras de Xochimilco que, a toda prisa, salieron rumbo a Tenochtitlan.

La zona del Templo Mayor, así como todos los palacios y las casas aledañas, se transformaron en un vergel con la llegada de mis flores, de suerte que cuando comenzó la fiesta en honor de Cuitláhuac uno de los *cuicani* o maestro cantor llamado Exocolotlaoyo, reconocido, además de por su gordura, por su talento y su voz, cantó frente a los invitados principales unos versos que exaltaban la alegría que dan las flores:

*Ximoquetza titocniuh,
xoconcui moxochiuh huehuetitlan.*

*Ma melel quiza
ca ximapana zan quetzalxochitli;
omaco mani
zan teocuitla cacahua xochitli.*

*Yérquete, tú, amigo nuestro,
toma tus flores en el lugar de los atabales.*

*Que salga tu amargura,
adórnate con ellas, las flores preciosas;
se están repartiendo
las flores de cacao, las de oro.*

Nuestras tías abuelas y otras señoras nobles alabaron la belleza de mis ramos y los adornos florales, y una de ellas me dijo:

—¡Haces honor a tu nombre, Ichcaxóchitl! —en alusión al nombre que me había

dado Motecuhzoma, hecho que me llenó de nostalgia.

Cuitláhuac reapareció al quinto día para ser entronizado. Después supe que por la tarde de su cuarto día de penitencia ante los dioses, fue interrumpido por un grupo de tetzucanos impertinentes que habían ido a solicitarle que se jurase como *huey tlatoani* de Tetzcuco al menor de los hijos legítimos de Netzahualpiltzintli, llamado Yoyotzin. Cuitláhuac, irritado por la interrupción, les había dicho que el señor juramentado de Tetzcuco era su primo Cohuanacotzin, que él debía gobernarlos y ellos acatar sus mandatos.

Este incidente, aparentemente trivial, no era tal, pues al Señor de Tetzcuco — como sucedió durante la ceremonia— correspondía el honor de colocar las insignias del poder al *huey tlatoani* de Tenochtitlan y conducirlo al *icpalli* que hacía las veces de trono.

Así, tocó a Cohuanacotzin colocar en la nariz de Cuitláhuac una nariguera hecha con una esmeralda que tenía en su interior un pequeño bosque prodigioso; también adornó sus brazos y tobillos con brazaletes y ajorcas de oro, y en su cabeza puso una maravillosa diadema de plata que tenía incrustadas unas águilas pequeñas hechas con turquesa y obsidiana, que todos los ahí presentes ensalzamos por ser algo nunca visto.

A continuación, Cohuanacotzin tomó por un brazo a mi esposo y lo llevó hasta el Icpalli del Águila, un trono decorado con plumas de águila y pieles de ocelote, donde lo hizo sentar y le entregó un bastón de mando y una rodela hecha con plumas coloradas que tenía, por un lado, un tigre rampante y, en el otro, un águila con las alas extendidas, y que juntos simbolizaban la reunión de las dos órdenes de caballeros más poderosas del Anáhuac.

Cuitláhuac se veía magnífico, más cuando esbozó una sonrisa que hizo resplandecer su rostro igual que si fuese el sol que nos alumbra por las mañanas. Macuilxóchitl tuvo que sujetarme para impedir que echara a correr y me lanzara a sus brazos.

De pronto, mi señor se levantó y los demás formamos un cortejo. Fuimos al templo llamado Yopicalco, aledaño al palacio de Axayácatl, para que los sacerdotes sacrificasen codornices, el señor derramara un poco de su sangre y, al mismo tiempo, fuese sahumado con copal sagrado. Ahí, un sacerdote pidió al dios Tezcatlipoca: «Provéelo de tu lumbre y resplandor para que sepa lo que ha de hacer, lo que ha de obrar y el camino que ha de llevar para no errar su oficio».

Llegamos al palacio de las Casas Nuevas con el sol en el poniente. Todos nos dirigimos a la Casa de los Dignatarios y ocupamos los asientos y esteras que teníamos asignados. Tocó al décimo Señor de Huexotla, Tzontemoctzin, quizá el dignatario más anciano de los ahí presentes, el privilegio de hablar el primero.

—¡Oh, señor —dijo con voz cascada, aunque audible—, tú eres el que has de llevar la pesadumbre de esta carga, de este reino, señorío o ciudad! En tus espaldas y en tu regazo, en tus brazos pone nuestro señor dios este oficio y dignidad, de regir y gobernar a la gente popular, que son muy antojadizas y muy enojadizas.

Todos reímos y yo entendí por qué se le había escogido para iniciar el convite. Tzontemoctzin tenía sentido del humor, algo que necesitábamos con desesperación dados los quebrantos por los que habíamos pasado.

—Tú, señor —continuó—, por algunos años los has de sustentar y regalar, como a niños que están en la cuna. Piensa, señor, que vas por una loma muy alta y de camino muy angosto, y a la mano izquierda y a la mano derecha hay gran profundidad. Sé templado en el rigor, en el ejercitar tu potencia, nunca muestres los dientes del todo, ni saques las uñas cuando puedas, regocija y alegra a la gente popular con juegos y pasatiempos convenientes, porque con esto obtendrás fama y serás amado. ¡Oh, señor! Cobija a tu pueblo y tu gente debajo de tu sombra, porque eres un árbol, un *ahuehuetl*, que tiene gran sombra y gran rueda, donde muchos están puestos a su sombra y amparo.

El discurso de Tzontemoctzin fue breve y sustancioso. Todos aplaudimos y silbamos para agradecer el giro paternal de su mensaje. Cuitláhuac lo recompensó con una pequeña figura de oro del dios Tláloc incrustada en un mosaico hecho con plumas de la cola del *quetzaltótotl*, muy apreciadas entre nosotros porque son verdes, resplandecientes y anchas como unas hojas de espadaña. El anciano, feliz con su regalo, hizo una reverencia y se retiró hasta el sitio que ocupaba.

Tocó, enseguida, el turno para hablar a Tetelepanquetzaltzin, Señor de Tlacopan. Éste, acostumbrado a mandar entre sus súbditos con mano dura, se irguió con aplomo y adoptó un aire solemne que auguraba un sartal de consejos expresados con tono autoritario.

—¡Escúchame bien, Señor de Tenochtitlan! —clamó y todos quedamos pendientes de su verbo—. No debes decir ni hacer cosa alguna arrebatadamente, escucha con sosiego y muy por entero las quejas e informaciones que delante de ti vinieren, no seas complaciente, ni castigues a nadie sin razón. Vigila, señor, que en los estrados y en los tronos de los señores y jueces no ha de haber arrebatamiento, o precipitamiento de obras, o de palabras, ni se ha de hacer alguna cosa con enojo. Y no hables a nadie con ira, ni espantes a ninguno con ferocidad. Conviene también, oh señor nuestro, que tengas mucho cuidado en no decir palabras de burla, o de donaires, porque esto causará menosprecio de tu persona. Ahora te conviene tomar corazón de viejo y de hombre grave y sereno. No te des a las mujeres. No pienses, señor, que el estado real, el trono y la dignidad, es deleitoso y placentero, pues no es sino de gran trabajo, aflicción y penitencia.

Mientras todos los presentes guardaban un silencio absoluto en señal de respeto, yo dirigí la mirada hacia el rostro de Cuitláhuac y, nada más verlo, comprendí que la prédica de Tetelepanquetzaltzin lo había conmovido. Éste, curtido en las intrigas palaciegas, había hecho una crítica implacable de la forma de gobernar de Motecuhzoma Xocoyotzin y llamaba a reconsiderar su desempeño y a volver a las prácticas de buen gobierno en que se había fincado la grandeza del imperio.

Cuitláhuac, el primero, y luego todos los grandes dignatarios se incorporaron y le

expresaron su beneplácito, unos con voces marciales y otros golpeando sus muslos con las manos.

La fiesta duró varios días. El *huey tlatoani* colmó a sus huéspedes con piezas de oro, finos plumajes, túnicas del más fino algodón y talegas repletas de cacao. Hubo danzas y cánticos en los palacios y en las plazas. Todos comieron hasta saciarse y algunos ancianos y ancianas, a quienes se les permitía esa licencia, se embriagaron con pulque hasta perder la cordura.

Macuilxóchitl, Ilancueitl y muchas de nuestras jóvenes parientas participaron en los bailes durante días y noches, y no pararon hasta caer desvencijadas. Papatzin y yo fuimos objeto de grandes alabanzas y recibimos infinidad de mantas bordadas en las provincias de oriente, Tochpan, Cuetlaxtlan y Tochtepec, cuya belleza era proverbial. Volvíamos a vivir dentro de la magnificencia en que habíamos sido criadas y, obnubiladas por el boato que nos rodeaba, pudimos olvidar por un rato las desgracias que nos habían sucedido... Aunque no por mucho tiempo, porque la bestia voraz anidada en el corazón de los *popolocas* y los males que llegaron con ellos estaban al acecho, dispuestos a clavarnos sus garras.

Pasados aquellos días plenos de satisfacciones y alegrías, mi señor Cuitláhuac dedicó todos sus esfuerzos en organizar el gobierno, reconstruir los *teocalli* que habían sido destrozados por los extranjeros y sus aliados, levantar puentes y albarradas, y fortalecer los batallones de nuestros guerreros, dotándolos de armas suficientes para poder repeler cualesquier ataque y derrotar a nuestros enemigos. Muchos jóvenes guerreros fueron elevados a los grados de *quauchichimecatl* o *chichimeca-águila*, *otomí* y *tequihuaque*, de acuerdo con su destreza y valor en las batallas y encuentros sostenidos, así como en el número de enemigos capturados para ser llevados a la piedra de los sacrificios. Los guerreros de las órdenes de Caballeros Tigre y Caballeros Águila recibieron de sus manos recompensas y armas honoríficas.

También hizo restaurar calles, casas y calzadas. Celebró sacrificios con los prisioneros españoles y tlaxcaltecas sorprendidos por nuestros batallones y los cráneos de las víctimas y de algunos caballos fueron ensartados en el gran *tzonpantli*, para que sirvieran de ejemplo.

Papatzin Oxomoc y yo, así como todas las mujeres, regresamos a nuestras rutinas habituales. A una de las hijas de Cuitláhuac y Papatzin, llamada Tinemaxóchitl o Ramito de flores, le bajó su primera sangre y tuvimos que explicarle su significado y enseñarle la forma de cubrirse y desenvolverse frente a los varones. La niña, pues todavía se comportaba como tal, no entendía por qué ya no podría jugar con su hermano Axayacatzin, un año menor que ella, y mucho menos con los servidores de su madre a quienes consideraba como sus parientes.

—No entregues en vano tu cuerpo —le dijo Papatzin con una seriedad que sobrecogió su espíritu y que la hizo refugiarse en mi regazo.

Yo la apreté contra mi cuerpo y acaricié su cabeza para que se sosegara. Una vez que su respiración se hizo pausada, la chiquilla preguntó qué era eso de entregar el

cuerpo, y tanto su madre como yo pasamos un momento embarazoso para poder explicárselo.

Tinemaxóchitl escuchó con gran atención los ejemplos que le dimos, tomados de las costumbres de los animales, y no hizo pregunta alguna. Luego, miró nuestros dibujos hechos con torpeza y rió de buena gana. Creyó que estábamos jugando y no tardó en hacer algunos trazos sobre la superficie del amate que confirmaron su absoluta inocencia.

—Creo que todavía no está lista, Tecuichpo —comentó Papatzin—. Nos hemos adelantado y no va a comprender nada de lo que digamos. Sin embargo...

—Debemos cumplir con nuestras tradiciones —la interrumpí—. Sigue con el ritual y ya después, con calma, le harás una explicación detallada.

Papatzin no me respondió de inmediato. Frunció el ceño y quedo pensativa. Su obligación como madre era aleccionar a su hija en el momento prescrito, aunque ésta no entendiera ni la o por lo redondo, pero dudaba sobre la conveniencia de hacerlo. Al fin, me hizo caso y habló como se si tratase de uno de esos loros que, ocasionalmente, nos traían de la Huasteca:

—No te entregues a cualquiera, porque si nada más así dejas de ser virgen, si te haces mujer, te pierdes, porque ya nunca irás bajo el amparo de alguien que de verdad te quiera.

Empero, la atención de Tinemaxóchitl ya estaba en otro lado. Repitió algunas palabras para no parecer grosera y, una vez que pudo zafarse, se fue a jugar con sus hermanos.

—Creo que Macuilxóchitl es la mujer adecuada para explicar estas cosas —dijo, para mi sorpresa, Papatzin.

—¿Macuilxóchitl? Pero si es una pícara desenfadada, que si aún no se ha perdido es gracias a nuestra diosa Xochiquétzal, que la protege de todos los males —expresé con conocimiento de causa y un tanto encolerizada.

Papatzin, a quien le placía engatusar a la gente, lanzó una risotada y yo caí en la cuenta de que, como decían las señoras de la costa, «me había agarrado comiendo camote».

Vivimos algunos meses en una paz aparente que nos dio la convicción de que los españoles habían sido definitivamente derrotados y que su amenaza había desaparecido. Sin embargo, en lo que concierne a las señoras principales, esta quimera se debía a la actitud de los hombres, quienes nos mantenían marginadas e ignorantes de lo que realmente pasaba.

Yo comencé a sospechar que las cosas no estaban tan bien como se suponía porque el carácter de Cuitláhuac y su relación conmigo habían cambiado. Se volvió irritable e intolerante. Cualquier minucia era suficiente para sacarlo de quicio y sus manos, algo que jamás le había visto, se soltaban, a la menor provocación, para lastimar, a veces de una manera brutal y salvaje, a los servidores que habían cometido un descuido.

Conmigo se había vuelto frío y se desesperaba si se lo hacía notar con alguna lágrima o con uno que otro lamento.

—¿Ya te hartaste de mí? —lo cuestionaba cuando se despegaba de mi vientre una vez que estaba satisfecho—. ¿Estás desilusionado porque no puedo darte hijos? ¿Mi charla se ha vuelto aburrida? —insistía. Y él, sin contestarme siquiera, se me escurría como el agua entre mis dedos.

Papatzin y algunas de sus concubinas se quejaban de algo parecido. «¡Se pasa todo el tiempo entre los guerreros o intrigando con los senadores! ¡Hace semanas que no me hace llamar a su lecho! ¡Me mira como si no existiese!», eran algunas de las expresiones recurrentes que escuchaba en los corredores de palacio o en los corrillos que se formaban para tejer y bordar las mantas de los dignatarios o cuando las ayas dejaban revolotear sus lenguas entre el vapor que surgía de los *temazcalli*.

Así, con la ansiedad que corroía la suave corteza de mis nervios, decidí estar alerta para escuchar los susurros que se filtraban a través de las paredes y ver los signos que escapaban de los rostros de los servidores que hacían colmena para satisfacer nuestros caprichos.

«¡Hubo una batalla terrible en Otumba!», escuché una tarde en voz de un *calpixque*, mientras me encaminaba para orar en el *cu* de Xilonen. Me detuve en seco y me dirigí a quien hablaba sin dejar de mover los brazos.

—¿Qué fue lo que dijiste? —pregunté con el tono imperativo al que tenía derecho.

El hombre humilló una cara que se cubrió de ceniza y se quedó callado. Volví a formular la pregunta, pero esta vez en un tono que, en ese instante descubrí, era más que eficaz para que los hombres aligeraran la lengua.

—En Otumba, señora Tecuichpotzin, nuestros guerreros sufrieron una terrible matanza por parte de los *teteu* —dijo con voz trémula. Poco a poco, el tipo me informó que Cuitláhuac había enviado varios batallones para que persiguieran a los españoles y tlaxcaltecas en su huida y acabaran de una buena vez con Malinche y sus compinches, de forma que no quedase de ellos «roso ni velloso».

—Nuestros batallones, al mando del *cihuacóatl*, acometieron a los españoles con tan gran alarido que parecía que rompían el cielo —dijo el *calpixque* con entusiasmo—. Eran tantos que daba la impresión de que había más aztecas que yerbas en el campo. La batalla se trabó con una ferocidad espantosa. Los nuestros empeñados en hacer cautivos y los enemigos dispuestos a vender caras sus vidas, lucharon cuerpo a cuerpo durante varias horas. Los españoles estaban cansados y casi todos heridos, no se diga de los tlaxcaltecas, cuyos cuerpos yacían tirados por montones sobre la tierra ensangrentada. Al mismo Malinche se le habían *chingado* dos dedos y los andaba enseñando a sus capitanes.

—¿Ganaban nuestros guerreros *tequihuaque*? ¿Nuestros guerreros del Sol? —pregunté.

—Estaban a punto, señora Tecuichpotzin —respondió el hombre con acritud—;

pero se descuidaron de los *teteu* que iban a caballo.

—¿Cómo?

—Allá, en una loma, se juntaron varios capitanes mexicanos vestidos con sus penachos de plumas. Se veían resplandecientes y Malinche les echó el ojo. Entonces, él y cuatro de sus capitanes treparon en sus caballos y se lanzaron contra ellos. Nadie pudo detenerlos. Pasaron a través de las filas aztecas y arremetieron con sus lanzas. Cortés derribó al *cihuacóatl* y otro lo mató con su lanza y le arrancó el penacho y la bandera. Ahí se perdió la batalla. Los nuestros, sin capitán y desconcertados por la audacia de Malinche y sus hombres, comenzaron a replegarse. Los *teteu* que iban a pie aprovecharon para hacer matanza con sus espadas, señora. Una mujer española, que antes no habíamos visto, no sólo mató a muchos con la lanza, sino que les arrojó encima a sus perros para que destriparan a los que lograban morder. ¡Con qué furia peleaban los perros!

Sus palabras me llenaron de asco y no quise escucharlo más. Me negué a conocer más detalles sobre ese desaguisado. Regresé a mis aposentos con el estómago descompuesto. No tuve trabajo alguno para comprender el mal humor de Cuitláhuac y el efecto de los sinsabores que lo perseguían.

Al día siguiente recibí su visita. Me tomó con una pasión que me dejó boquiabierta; más, cuando pasado un rato, volvió a echárame encima y me hizo gozar con caricias que nunca antes me había dado.

Quedé satisfecha y alelada. Por mi espalda bajó una columna de fuego que luego se derramó entre mis caderas. Creí que era imposible no quedar embarazada, pero no quise decirlo... E hice bien, porque no era cierto y porque a él le preocupaban asuntos muy ajenos a mis cuitas.

—Hemos matado o sacrificado sobre ochocientos sesenta soldados españoles y cuarenta y seis caballos y no los hemos aniquilado —exclamó entre dientes, arrellanado a mi lado.

Yo me hice la sorda para que él continuase sin que se sintiese cuestionado.

—Mis capitanes, y sus *otomitl* mataron a otros setenta y dos en el pueblo de Tultepec y a cinco mujeres españolas con ellos. Sobre mil doscientos tlaxcaltecas han perdido la vida y no consigo derrotarlos —bramó con desesperación—. Ya se metieron todos juntos en Tlaxcala y están tramando volver a Tenochtitlan. ¿Qué debo hacer, Tecuichpotzin?

Su pregunta, que no esperaba respuesta, sólo sirvió para que yo entendiese el grado de desesperación al que había llegado.

Días más tarde, supe que Cuitláhuac había enviado a seis emisarios con algodón, plumas y sal de regalo, y la promesa de más donativos si los tlaxcaltecas negaban su ayuda a Cortés. Sin embargo, los mensajeros habían fracasado a pesar de que Xicoténcatl el Mozo quería aliarse con los tenochcas para expulsar a los españoles, actitud que a la postre le costaría la vida.

—Maxixcatzin y Xicoténcatl el Ciego, que a la sazón gobernaban el señorío de

Tlaxcala, se opusieron a desamparar a los *teteu*, señora —me informó el mismo *calpixque* que antes había interrogado y cuyo nombre era Amimitl, que quiere decir Flecha de agua—. Los emisarios escucharon cuando Maxixcatzin dijo a los españoles que eran bienvenidos a Tlaxcala y que ya él les había dicho la verdad para que no se confiaran en los aztecas cuando habían partido hacia Tenochtitlan, mas ellos no les habían querido creer a pesar de que les insistieron cuando Xicoténcatl el Ciego dio su hija Tecuiloatzin a don Pedro de Alvarado para que hicieran generación y ésta fue bautizada con el nombre de Luisa; y también cuando Juan Velázquez de León tomó a la hermosa Zicuetzin, hija de Maxixcatzin, a quien pusieron por nombre Elvira. Maxixcatzin les decía que por no hacerle caso, ahora los dos estaban muertos. Luego concluyó: «A tu casa vienes, donde descansarás del trabajo pasado».

Los *tequipan titlantin* —añadió Amimitl—, habían estado presentes cuando el viejo señor discutía con Xicoténcatl el Mozo, y vieron cuando el primero empujó al segundo por las gradas del templo mayor de Tlaxcala, donde quedó tirado en un charco de sangre sin que nadie se atreviese a prestarle ayuda.

Obvio describir con largueza el efecto que este descalabro causó en nuestro señor Cuitláhuac. Cayó en un estado de pesadumbre que nos hizo temer por su vida. «¿Quezan nel? ¿Y ahora qué?», exclamaba a todas horas, mientras sus mujeres temblábamos asustadas.

No conforme con los resultados, Cuitláhuac todavía hizo el intento de conseguir el apoyo de los señoríos de occidente y, para ello, envió nuevos emisarios para que se entrevistasen con el *cazonci* de los *purépechas*, y le propusiesen una alianza.

Así, los vimos partir desde una de las terrazas del palacio, para hablar con el señor Zuangua. Iban cargados con *chalchihuites*, turquesas, plumas verdes, escudos redondos bordeados con filigranas de oro, mantas, cascabeles, espejos de obsidiana y, para él, una nariguera y unas orejeras, hechas con primor por nuestros tributarios totonacas, de las que pendían sortijones de oro con muchas turquesas.

Papatzin Oxomoc, que sufría de aflicciones comparables a las mías y había desarrollado sus propias estratagemas para estar informada, me confió lo que sabía:

—Me han dicho, Tecuichpo, que Zuangua escuchó con parsimonia las palabras de nuestros mensajeros, quienes le relataron cómo habían llegado a nuestras tierras los españoles y cómo habíamos luchado en su contra sin poder vencerlos. Tuvieron que decírselo en su lengua para que entendiera, y la traducción resultó muy graciosa: «Hemos luchado con ellos, y matamos de los que venían en venados caballeros doscientos, y aquellos venados traen cazados cotarros de hierro y traen una cosa que suena como nubes y da un gran tronido, y todos los que topa mata, que no quedan ningunos y nos desbaratan y hemos muerto muchos de nosotros y vienen los de Tlaxcala con ellos».

La imitación de Papatzin me hizo reír, mas luego compuse el talante y la escuché en silencio.

—Zuangua hizo llamar a sus consejeros y los consultó, Tecuichpo. Ellos le

sugirieron que hiciera otras indagaciones para que no se comprometiese a tontas y a locas. Le dijeron: «No te confíes, señor, porque de continuo andamos en guerras con la gente de México, y nos acercamos unos a otros y tenemos rencores entre nosotros... Mira que son muy astutos los mexicanos en hablar y que son arteros a la verdad».

El *cazonci* pidió a los *tequipan titlantín* de nuestro señor Cuitláhuac que esperasen. Los regaló con mantas, platos hechos con calabazas y unas chaquetillas de guerra de cuero, y los albergó en su palacio. Luego, mandó a su gente para que se informase bien de lo que sucedía. Sus emisarios le trajeron noticias de lo que había pasado en Tenochtitlan, pero exageraron al informarle que todo México hedía en cuerpos muertos.

Al oír aquello, Zuangua ya no dudó en dar una respuesta, la misma que recibió Cuitláhuac: «¿A qué habemos de ir a México? Muera cada uno de nosotros por su parte. No sabemos lo que dirán después de nosotros, y quizá nos venderán a esa gente que viene y nos harán matar... Mátenlos a los mexicanos, que muchos días ha que viven mal, que no traen leña para los *cu* mas oímos que con solo cantares honran a sus dioses. ¿Qué aprovecha los cantares solos?»

Papatzin Oxomoc lanzó un insulto. Llamó a Zuangua ¡*Tlatlaca naualtin*, hombre pérfido!, e hizo un gesto con las manos para dejar en claro que le faltaban *ahuacatl* para ser un hombre entero.

Mi juicio del *cazonci purépecha* fue menos severo. De sobra sabía que siempre habían sido nuestros enemigos. Que, a pesar de innumerables incursiones, mandadas por nuestros capitanes más esforzados, para someterlos y hacerlos nuestros vasallos, jamás lo habían conseguido. Creo que fue un error de Cuitláhuac el haber pretendido una alianza con ellos. Sin embargo, nunca se lo hice saber porque pensé que era una crueldad echarle más leña al fuego donde mi señor se consumía.

Llegó el mes que llamamos *Tepéilhuitl*, que corresponde a finales de septiembre, y con él una noticia nefasta que vino a socavar las menguadas esperanzas que aún nos quedaban de sobrevivir a tantos males.

No fue algo que nos cayó de improviso. Tardó algunas semanas para que le viésemos la cara, un rostro más espantoso y letal que el del dios Xipe Totec, «el desollado», y cuya imagen siempre me causó horror y me ha acompañado en muchos de mis peores sueños: un hombre desnudo que tiene un lado teñido de amarillo y el otro leonado; la cara labrada de ambas partes a manera de una tira angosta que le cae desde la frente hasta la quijada; y en la cabeza, a manera de cepillo de diversos colores, unas borlas de carne que cuelgan hacia sus espaldas.

Supe de ese mal —que al principio llamamos *tlacazolnanahuatl*, porque así llamamos a las pústulas o granos sucios que aparecen en las caras de las personas, pero que luego resultó ser la peste conocida como *hueyzáhuatl* o *hueycocoliztli*— por los comentarios que hacían a mis espaldas mis ayas Xochipalli y Yacapatlahuac, cuando yo estaba entretenida en el bordado de alguna manta o mientras me bañaba en

el *temazcalli*, y que fueron subiendo de tono hasta formar un clamor que ya no podía ocultarse.

—¡Dicen que ha matado a muchos en la costa, señora Tecuichpotzin! —exclamó llorosa Yacapatlahuac, mientras Xochipalli se aferraba a su huipil y escondía su carita—. Muchos totonacas, familias enteras, se han podrido con la pestilencia. ¡Tenemos miedo, madrecita!

—¿De qué hablas, Yacapatlahuac? —quise saber.

—¡Una enfermedad horrible! Dicen los *calpixqui* que la trajo un *ixtlilton*, un carinegrillo llamado Francisco de Eguía, que vino con los españoles para cargar sus bultos...

—¿Y?

—Pues dizque el negro se *petateó* en Cempoallan, señora. Luego, comenzaron a soplar los aires de enfermedad y éstos sembraron el contagio entre los habitantes de otras poblaciones y entre los *pochtecas* que comercian en esas regiones y que, en sus idas y venidas, la fueron desparramando, de suerte que toda la tierra está revuelta y nadie ha podido escaparse.

La relación de Yacapatlahuac no sólo aumentó mis pesares, sino me previno para proteger a los míos. Por prontas providencias, ordené que se hiciesen sacrificios en el *teocalli* del dios Tláloc, deidad a la que atribuíamos las enfermedades de la piel, las úlceras, la lepra, la *hueycocoliztli* y otras aberraciones, para calmar su ira y solicitarle clemencia. También, sugerí a Papatzin y a mi hermana Ilancueitl que fuésemos a visitar a la sacerdotisa del templo dedicado a la diosa Tzapotlatenan, venerada porque sanaba las úlceras, las erupciones del cuero cabelludo y las grietas de la piel, a fin de solicitarle que sacrificara unas codornices en su *cu* y nos sangrara en su presencia.

Todo eso hice y más, pero la enfermedad continuó extendiéndose. Gran destructora de gente, la viruela tapó todas las partes del cuerpo de muchos. A otros, les cubrió la cara, la cabeza toda, el pecho. Tenían todos los miembros tan llenos y lastimados de viruelas que no se podían bullir y menear de un lugar a otro. Nuestros curanderos, que habían tenido cierta experiencia con enfermedades parecidas y habían sanado los hoyos y asperezas del rostro que suelen proceder de las viruelas u otras enfermedades semejantes, aconsejaron que los enfermos bebiesen los orines calientes, se lavasen el rostro y lo untasen con chile amarillo molido. Asimismo, sobre todo cuando se supo que la enfermedad estaba matando a los tlaxcaltecas, entre ellos a su señor Maxixcatzin, se recomendó que la gente contagiada se lavase con el zumo de los inciensos de la tierra o con el zumo caliente de la hierba llamada *azpan* y que, enseguida, bebiera el zumo de la hierba nombrada *tlatlahuqui*, mezclada con agua, para que la enfermedad fuera expulsada con la orina, las heces o la pus que supuraban las llagas.

Sin embargo, nada de eso sirvió para curar a nuestra gente. Muchos *macehualtin* murieron de ella. Ya nadie podía andar, nomás estaban acostados, tendidos en sus petates. No podía nadie moverse, no podían volver el cuello, ni hacer movimientos

con sus cuerpos ni acostarse boca abajo o sobre la espalda. Cuando se movían algo, daban de gritos. A muchos dio la muerte la pegajosa, apelmazada dura enfermedad de granos.

La peste asoló nuestras ciudades y, peor, el campo donde se cultivaban los alimentos. Cuitláhuac y sus *calpixqui*, acompañados siempre por algunos batallones de guerreros, recorrían las zonas donde se sembraba el maíz, los pueblos chinamperos donde se cultivaban el amaranto y las hortalizas, los bosques de donde procedían los frutos para abastecer de comida a todos los barrios de la ciudad. Empero, lo único que encontraban era desolación y muerte. Muchos murieron solamente de hambre; ya nadie tenía cuidado de nadie, nadie de otro se preocupaba.

Tenochtitlan comenzó a heder. Nos vimos precisados a colocar braseros para quemar *copalli*, incienso vegetal, y tabaco en polvo, a fin de ahuyentar los humores de la calamidad y que éstos no se nos metieran a través de las narices.

—¡Rocién las terrazas y los corredores que dan a sus aposentos con zumo de *iztacpatli*, la hierba que usábamos contra las fiebres! —nos ordenó Cuitláhuac en una de sus apariciones—. ¡No olviden echar polvo de cal en las entradas y alrededor de las esteras!

Las señoras principales nos afanábamos al parejo que nuestras servidoras. Hacíamos faenas que en otras condiciones hubiesen sido impensables, tales como elaborar ungüentos con hollín mezclado con *octli* o pulque, para que los hechiceros untasen la piel de los enfermos y les diesen un poco de alivio.

Al fin, sucedió lo que yo más temía. Cuitláhuac contrajo la maldita enfermedad. Lo trajeron a palacio y lo encerraron, a cal y canto, en sus aposentos.

Papatzin y yo acudimos con el objeto prestarle ayuda, pero él había dado instrucciones de que nadie se le acercara, para evitar el contagio. Sin embargo, yo no quise retirarme y ordené que se colocara un *icpalli* junto a la puerta para que pudiese estar cerca de él, fuese cual fuera el desenlace.

Pronto, el salón que servía de antesala estuvo lleno de médicos y hechiceros que habían sido convocados para salvar la vida de su *huey tlatoani*. El máximo sacerdote, o *mexicatl teohuatzin*, el venerable responsable de los dioses, hizo presencia y, aun con riesgo de perder su vida, ingresó a los aposentos de Cuitláhuac acompañado de un curandero a quien jamás había visto y que iba provisto de una vasija con tabaco comprimido y macerado del que se decía que había sido golpeado nueve veces, y que era muy curativo.

—Es una medicina mágica muy eficaz —escuché decir a uno de los hechiceros. Se disuelve en agua de chíá y se echa sobre la cabeza del enfermo. Si ésta se hincha, se aplica el tabaco mezclado con una raíz llamada *chalalatli* y se dice un conjuro...

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, la voz grave del sacerdote atravesó las paredes para invocar la maldad de la viruela: «Yo, el sacerdote, Príncipe de los encantos, pregunto ¿dónde está lo que ya quiere destruir esta cabeza encantada...?» Luego, conjuró al tabaco para que actuase en beneficio del enfermo: «Ea, ven tú,

nueve veces golpeado, nueve veces estrujado, que hemos de aplacar esta cabeza conjurada, que la ha de sanar la colorada medicina, la raíz de *chalalatli*. Por ello aclamo, invoco al viento fresco para que aplaque esta encantada cabeza. A ustedes les hablo, vientos, ¿han traído lo que ha de sanar esta cabeza encantada?»

Un largo rato estuvieron adentro sin que nada sucediera. Yo presentía, mi corazón nunca me había engañado, que mi amado señor iba a morir. Que, al igual que como se había portado con miles de mexicanos, la *hueycocoliztli* sería implacable.

Otros curanderos entraron para aplicarle emplastos hechos con obsidiana finamente molida sobre los abscesos y las heridas, sin que Cuitláhuac sanase. Le dieron a beber un mejunje hecho con unas piedras que se llaman *estetl*-piedras de sangre, mas él agonizaba.

Mi paciencia y mi recato llegaron a su límite. Sin hacer caso de nadie y con violencia, me introduje en su habitación. Estaba saturada de humo y apenas se podía ver el cuerpo yacente de mi esposo. Me acerqué despacio hasta llegar a su lado. Sus ojos estaban vidriosos y sus labios temblaban a causa de la fiebre. Quise tomar su cabeza con mis manos, pero él me rechazó.

—¡No, no me toques Tecuichpotzin Ichcaxóchitl! —gimió con un gorgoteo que a duras penas pude escuchar. Luego, se incorporó apoyado en los codos y alcanzó a balbucear—: ¡Ay, mi niña amada, cuida de nuestro pueblo! —y expiró.

A mí se me rompió la *tonalli* y me quedé ahí desfallecida hasta que se llevaron su cuerpo.

Tocó a Papatzin Oxomoc, como primera esposa, hacerse cargo de sus exequias. Ella y varias concubinas lavaron el cuerpo y lo vistieron con sus ropajes más hermosos, con aquellos que habíamos tejido y bordado para que se sintiese orgulloso. Luego, lo ataron en cuclillas, con las rodillas dobladas cerca del mentón, y lo envolvieron varias veces con unas telas preciosas, hasta que tuvo la forma de un fardo. Una procesión formada por los grandes sacerdotes y los más altos dignatarios que aún sobrevivían, lo condujo hasta el *teocalli* de Quetzalcóatl donde, junto con tres de sus concubinas que habían manifestado su deseo de acompañarlo, se le incineró en una pira gigantesca.

La peste devastó Tenochtitlan y sus alrededores durante sesenta días funestos y luego se fue rumbo a Chalco, donde haría los mismos estragos. Empero, su recuerdo permaneció con nosotros para siempre porque muchas personas quedaron marcadas con sus cicatrices, quedaron cacarañados, cacarizos. Con las caras ahoyadas y los ojos quebrados. Quedaron ciegos...



IX

Y era nuestra herencia una red de agujeros

Durante muchos días estuve ciega. No porque mis ojos hubiesen quedado quebrantados a causa de la viruela, sino porque mi espíritu estaba confundido por el dolor acumulado. En todos los pasillos y rincones de nuestro palacio veía sombras que deambulaban y tropezaban unas contra otras. Sus gestos eran elocuentes, pero me parecían vacíos comparados con mi dolor. Algunas veces, sus voces se estrellaban contra el pabellón de mis oídos, pero su sonido no penetraba, se quedaba afuera. Las palabras se me convertían en zumbidos, formaban colmenas donde las avispas hacían un revuelo infernal que sólo me provocaba una comezón intolerable. En medio de esta sordera, sentía mareos y náuseas, y padecía de visiones espantables igual que si hubiese sido envenenada con un brebaje de *ololiuhqui*, la semilla que los hechiceros usaban para emborrachar y enloquecer a aquellos que aborrecían.

También, dejé de hablar porque cada vez que hacía el intento mi lengua formulaba frases que carecían de sentido y eran incomprensibles. Me había quedado trabada en un laberinto de imágenes horripilantes y perdí la capacidad para discernir cuáles pertenecían a la vigilia y cuáles a mis pesadillas. Constantemente, veía el rostro deformado de Cuitláhuac que se empequeñecía hasta caber en las palmas de mis manos y luego se agigantaba para rebasar los límites de mi habitación, mientras me gritaba que buscara su lanza y su escudo para repeler el ataque de unos gusanos blancos y barbados que venían a comerse el tesoro de su padre Axayácatl y a meterse por entre las piernas de las mujeres que habíamos quedado indefensas. Otras veces, era la imagen de mi madre que braceaba desde las profundidades del agua de la laguna hasta surgir erecta y caminar sobre las ondinas para llegar a mi lado y estrujarme con sus brazos empapados hasta que yo sentía que mis huesos se quebraban y luego se esparcían como si fuesen guijarros.

Así, aturdida y acobardada, me arrastraba de un lugar a otro, siempre perseguida por Xochipalli y Yacapatlahuac, mis pobres ayas, que no sabían qué hacer conmigo y cuyos remedios más recurrentes, dizque para aliviarme, eran mantenerme sumergida en las aguas perfumadas del *temazcalli* y darme friegas con una hierba llamada *ilacatzihqui*, que sirve para echar por la boca y por abajo todos los malos humores, sin que lograsen sacarme de ese estado de locura o, al menos, mantenerme tranquila.

Supe después que había sido Tzilacayotl, mi entrañable Calabaza lisa, quien me había salvado. Ella —que tuvo que padecer la indiferencia brutal demostrada por Papatzin Oxomoc ante el ofuscamiento de que fui víctima, con el pretexto de que ella

había sufrido lo mismo y ni se quejaba ni se comportaba como una despreciable viuda negra— me tomó en sus manos y no descansó hasta que mi mente volvió al redil y me conduje con la coherencia que, desde pequeña, había demostrado.

Tzilacayotl puso en prenda su pellejo y, con un valor inusitado, se atrevió a abandonar nuestros aposentos en palacio, uno de los contados sitios donde la viruela no había penetrado y que todavía era seguro frente a los asaltos de los *macehualtin* hambrientos que reclamaban sustento de aquellos que habían quedado a cargo del gobierno de la ciudad. Deslizándose por entre las estrechas callejuelas y los puentes que cruzaban los canales, fue a meterse al barrio llamado Cuecopan, «lugar donde se abren las flores», y ahí logró convencer a una curandera *teixocuilanque*, especializada en retirar los gusanos de los ojos, que la acompañara e hiciese por mí lo que creyera prudente.

La curandera, precedida por Tzilacayotl, penetró con pasos menudos en la habitación donde mis ayas me tenían confinada. Se detuvo frente a mis pies e hizo sonar unas sonajas hechas con pequeños huesos, mientras susurraba una oración en la que pedía a los *tlaloques* y a la diosa Xochipilli que intercedieran ante Tláloc y Tezcatlipoca para que éstos alejaran de mi cuerpo y mi *tonalli*, la enfermedad que me habían enviado.

Luego, ordenó a Xochipalli y a Yacapatlahuac que colocasen unos braseros en las cuatro esquinas del cuarto y pusiesen encima de las brasas incienso de *copalli* y unos polvos de pasiflora, para que el humo, al penetrar por mi narices, aplacara la aflicción que estaba consumiendo a mi *tonalli* y ésta, ya relajada, estuviese predispuesta para recibir los medicamentos que la curandera iba a proporcionarme.

—Estabas presa de convulsiones, señora —me contó Yacapatlahuac cuando ya estuve curada—. Tuvimos que sujetarte por los brazos y amarrar tu cuerpo con unos cordeles que trajo la curandera. Tzilacayotl, quien siempre ha demostrado una entereza fuera de lo común, fue la única que se atrevió a varezar tu espalda para que tu lengua se apaciguase y no dijera los despropósitos que nos tenían asustadas.

La curandera, a fin de saber si yo había perdido mi *tonalli* o si aún la conservaba, sostuvo por encima de mi cabeza un recipiente lleno con agua e invocó a la diosa del agua con las palabras *Tlacuel, tla xihuallauh, nonan chalchihuhe, chalchihutli ycue, chalchihutli ihuipil, xoxouhqui yecue, xoxouhqui ihuipil, iztaccíhuatl*, que quieren decir «escucha, ven acá, tú mi madre, la de las enaguas preciosas. Y tú, la mujer blanca», para ver si en el agua se reflejaba ésta y en qué regiones se encontraba extraviada.

—¡Fue cuando nos hizo ver el gusano, blanco y barbudo, que te estaba devorando, señora! —dijo Yacapatlahuac horrorizada—. Ahí lo vimos todas echado encima de ti. Cubriéndote con sus patas y desgarrando tus entrañas con sus fauces llenas de babas. Xochipalli cayó desmayada y tuve que reanimarla a patadas.

—La curandera no dudó ni por un instante. Supo qué hacer de inmediato —continuó mi aya—. Preparó un cocimiento con la raíz negra de la hierba *izeleua*,

pepitas de calabaza y granos de maíz, y te la dio a beber para matar al gusano y sacártelo por los ojos. Comenzaste a arrojar flemas y a parpadear sin control. El gusarapo brotó por uno de tus ojos al poco rato. Se retorció como si le hubiesen echado sal encima. La curandera lo pepenó por la cabeza y lo arrojó encima de un montón de polvo de piedra llamada *quiauhteocuitlatl*, oro de lluvia, donde acabó por desbaratarse. En ese momento, tu rostro se puso sereno y dejaste de sacudirte. Entonces la curandera dijo: «Esta mujer ya se alivió, ya se le quitó el espanto y se le aplacó la angustia que traía en su corazón». Luego, te quedaste dormida durante un par de días.

Creo que todo lo que me contó Yacapatlahuac fue cierto, porque yo, a resultas de la curación y mientras convalecía, caí en otro de mis ensueños y en él pude presenciar lo que se fraguaba para destruir Tenochtitlan. Soñé, en forma fragmentada y plena de sobresaltos, cómo una multitud de gusanos reptaban, se revolvían y trepaban por los muros del palacio de Xicoténcatl el Ciego, allá en Tlaxcala, e igual que si fuese cosa de magia o de hechicería, se iban transformando en los capitanes y soldados de Hernán Cortés, hasta quedar tal y como los había conocido. Los españoles habían vuelto a la protección de sus aliados y desde sus bastiones se reorganizaban y fortalecían.

Soñé que *teteu* y tlaxcaltecas se afanaban en montón alderredor de muchos maderos, tablones con formas raras, y que las labraban con figuras caprichosas, que a mí no me decían nada. Un hombre, al que mentaban Martín López, les decía cómo hacerlo. Luego, tomaban las piezas enormes de madera, las echaban sobre las espaldas de muchos *tamemes* y abandonaban Tlaxcala. Ocho mil cargadores y diez mil guerreros tlaxcaltecas como escoltas, junto a la hueste española de doscientos treinta y cinco hombres, conducían por tierra hasta la ciudad de Tetzcuco las maderas y demás herrajes de los doce «cerros» —después supe que se llamaban bergantines— que Cortés había encargado para atacar por agua las canoas de los mexicanos y las atalayas que nuestro pueblo había construido entre los canales para defender la ciudad. Así, los vi recorrer dieciocho leguas y, después de cuatro días, llegar a Tetzcuco donde construyeron un dique para ensamblarlos. Una vez armados, los colocaron en una zanja llena de agua y los empujaron hasta que los dejaron flotando en el lago...

Las imágenes en mi ensueño comenzaron a fragmentarse. Los bergantines se volvieron transparentes, mientras la figura de mi madre Miauaxóchitl surgía del agua y se aproximaba para indicarme, con un gesto de su rostro, que la siguiera. Yo me quedé perpleja un instante, mas luego eché a andar tras de sus pasos. Caminamos en silencio por entre muchas callejuelas, hasta llegar a la plaza donde estaban los palacios de los señores de Tetzcuco. Penetramos al salón del *Tequhinahuacacalli* o Casa de los Jefes del palacio que había pertenecido a Netzahualpilli. En ese lugar la situación era confusa. Ahí disputaban por el poder el *huey tlatoani* Cohuanacotzin, amigo y aliado de los mexicanos, contra Tecocoltzin, apoyado por sus hermanos Quiquizcatzin, Ixtlilxóchitl y Yoyotzin, quienes habían decidido aliarse con los

españoles y luchar a su lado. En mi sueño, Quiquizcatzin discutía airadamente con Cohuanacotzin, quien lo llamaba traidor y, en un acceso de furia, le clavaba un puñal en el pecho. La escena me causó horror y voltee a ver a mi madre, pero ésta había desaparecido.

Luego, imaginé a cuatro enviados de Cohuanacotzin en una entrevista con Hernán Cortés, en la que le hacían entrega de un pendón pequeño de oro y otras muchas joyas en señal de paz y cómo Cortés les contestaba enojado, por boca de sus lenguas Malinalli y Aguilar, que no quería tenerlos por amigos si no le daban primero lo que habían quitado a cuarenta y cinco españoles y trescientos tlaxcaltecas que los de Tetzcuco habían matado, cuando salieron huyendo de Tenochtitlan; algo que, por supuesto, no fue aceptado por los emisarios.

Después, vi a Cohuanacotzin salir hacia Tenochtitlan para unirse a los aztecas y enfrentar a los españoles. En Tetzcuco, mientras tanto, Tecocoltzin, a pesar de ser hijo natural de Netzahualpilli, era elevado al cargo de *huey tlatoani* de esa región, porque los legítimos no osaban dejarse ver hasta saber en qué paraban estas cosas, lo que dejó abierto el camino para que Ixtlilxóchitl y sus hermanos recibieran a Cortés y a sus huestes, y los aposentaran en las casas que habían pertenecido al rey Netzahualcóyotl, donde se les daba todo lo necesario. Entonces, miles de tetzcuicanos fieles a los mexicanos comenzaron a abandonar la ciudad y se dirigieron en sus canoas hacia Tenochtitlan.

En el sueño yo sentía una gran curiosidad por conocer el desenlace de estas intrigas que, debido a lo que ya sabía sobre la conducta de Ixtlilxóchitl, no me resultaban extrañas; sin embargo, mis visiones se vieron interrumpidas bruscamente porque escuché que unas voces reclamaban mi presencia en varios acontecimientos, cuya atención era urgente.

—¡Tecuichpotzin! —oí la voz seca de Papatzin Oxomoc como si fuese el eco de la salmodia de un sacerdote que llegase, a través del humo de los incensarios, desde el *teocalli* de Tezcatlipoca—. ¡Tecuichpotzin Ichcaxóchitl, despierta! —la misma voz, pero ahora mezclada con la de Tzilacayotl, más aguda y cariñosa.

Abrí los párpados y vi sus rostros intranquilos.

—¿Qué sucede? —pregunté y llevé mi mano a la boca para ocultar un bostezo.

—Cohuanacotzin, Señor de Tetzcuco, y Tettlepanquetzaltzin, Señor de Tlacopan, han enviado emisarios para hablar contigo, Tecuichpo —dijo Papatzin con un tono de contrariedad que no me pasó desapercibido.

—¿Hablar conmigo?

—¡Sí, mi niña! —intervino Tzilacayotl—. Vienen a pedirte que te cases con Cuauhtémoczin —se adelantó indiscreta.

—¿Con Cuauhtémoc? —me dirigí a Papatzin para darle su lugar y evitar que tomase represalias con mi aya.

—¡Así es! —respondió con acritud y me miró con crudeza.

La envidia que ensució su voz hizo que me quedase callada. Una sensación

desagradable se adueñó de mis entrañas. Papatzin siempre se había comportado como una mujer solidaria, tolerante y afectuosa, durante todo el tiempo que compartimos el lecho con Cuitláhuac. Nunca, al menos yo no me di cuenta, se había mostrado mezquina. ¿Por qué ahora?, pensé. ¿Qué le sucede?

—Te quieren porque eres aún muy joven, hermosa como ninguna mujer, Tecuichpo —oí que decía mi aya—. ¡Ah, y además porque no tienes hijos! —y entonces entendí lo que le pasaba a Papatzin.

Los emisarios de los dos señores fueron vehementes al expresar su encargo. Usaron, como era nuestra costumbre, de una retórica florida y exagerada, sobre todo el tetzucano, cuya lengua era más cortesana y pulida. Hicieron hincapié en los vínculos que unían nuestros respectivos orígenes en un linaje sin tachas, y ponderaron la alcurnia de los padres de Cuauhtémoc, así como sus propios méritos.

—Es hijo de Ahuítzotl, el octavo Señor de Tenochtitlan, y de Tiyacapantzin, también llamada Brisa de escarcha, nieta de Netzahualcóyotl, señora principal y heredera del señorío de Tlatelolco —se explayó uno de los *tequipan titlantin* del Señor de Tetzcuco para dejar bien afincada su nobleza, como si yo no supiese quién era el pariente con el que deseaban casarme.

—Cuauhtemoctzin Tlacatecuhtli Xocóyotl —comenzó su loa el mensajero del Señor de Tlacopan, agregando a su nombre, que significa «el sol en el ocaso» o «águila en el crepúsculo», el cargo de *tlacatecuhtli* o Señor de Tlatelolco y el término que deriva de la palabra *xocoyote* para indicar que era el hijo menor de Ahuítzotl— es un hombre resuelto, osado, valiente y animoso, que jamás se ha embriagado con *octli*; tiene prudencia y es sabio a pesar de ser aún mozo y se ha distinguido en la conquista de muchas de las regiones que conforman nuestro imperio y en la defensa de nuestro señorío.

El mensajero habló largo y tendido. Me hizo saber que Cuauhtémoc era un hombre sumamente religioso que cumplía con sus obligaciones frente a nuestros dioses y que se entregaba al sacrificio de su cuerpo y de los cuerpos de las víctimas con un arrebató excepcional. También, ponderó su aspecto y dijo que era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones: la cara algo larga y alegre, los ojos más parecía que miraban con gravedad que con halago, el color de su piel era algo más blanco que el color de los *macehualtin* morenos.

—Cuando habla, señora Tecuichpotzin, sus palabras se convierten en flores. Es recatado y modesto, a pesar de que se ha hecho temer de tal forma que quienes lo rodean tiemblan cuando se enfurece...

Llegó un momento en que la voz del *tequipan titlantin* comenzó a arrullarme. Los párpados me pesaban y hacía esfuerzos desesperados para disimular mis constantes bostezos. Volteé mi cara, entonces, hacia donde estaba sentada Papatzin Oxomoc, quien desde su *icpalli* presidía la ceremonia con el carácter de viuda principal de Cuitláhuac, en solicitud de auxilio. Ésta advirtió mi aflicción e intervino en mi ayuda.

Se incorporó y fue hasta donde estaba el mensajero del Señor de Tlacopan. Puso

las manos sobre sus hombros y esperó a que éste levantara el rostro.

—¡*Ipan nonixtlapaloa!* ¡Con su ayuda abro los ojos! —dijo en alabanza a Cuauhtemotzin y a los señores de Tetzcuco y Tlacopan que los habían enviado—. Agradecemos que los señores principales hayan puesto los ojos en nuestra *nohuezhui*, nuestra cuñada Tecuichpotzin, para que sea desposada por el señor Cuauhtémoc, pero su luto es muy reciente y ella aún no está preparada para recibir a un mancebo que tiene tantas cualidades. Veamos qué tenemos que hacer, quizá Tecuichpotzin no es para casar ni es digna del Señor de Tlatelolco —añadió para cumplir con las fórmulas rituales que usábamos para concertar los casamientos.

Al escuchar sus palabras, se me quitó la modorra como por encanto. Estábamos frente a una situación muy especial y todavía creo que, en esos momentos, nadie sabía qué hacer para resolverla decorosamente. Por un lado, dadas las condiciones que nos había impuesto la guerra contra los españoles y sus aliados, comprendí que mi boda con Cuauhtémoc era necesaria para legitimar su sucesión en el cargo de *huey tlatoani* de los mexicanos y que había que apresurarla para que él pudiese ser elevado a dicho rango. Por el otro, estaban nuestras costumbres ancestrales que obligaban a ciertas exigencias muy difíciles de obviar.

El silencio se hizo dueño del espacio donde nos encontrábamos reunidos. Cada cual se sumió en sus cavilaciones. Yo no podía resignarme a la muerte de Cuitláhuac. Lo extrañaba profundamente y ni siquiera se me había pasado por la cabeza contraer un nuevo matrimonio. Empero, él me había pedido que cuidase de nuestro pueblo. ¿No era, acaso, lo que se me proponía, una magnífica oportunidad?

—¡Sí! —grité y todos se volvieron a mirarme—. ¡Estoy dispuesta a casarme con el señor Cuauhtemotzin, tan pronto como los sacerdotes y los grandes dignatarios lo dispongan! —dije con tal emoción que ya nadie dudó y todos, creo que hasta Papatzin, se alegraron.

La boda se celebró en la Teotocalli Totocalco o Casa de las Aves, situada dentro del palacio de Motecuhzoma, con la sobriedad que demandaban las circunstancias. Sí, por supuesto, contamos con la presencia de los parientes que habían sobrevivido a las matanzas y a la viruela, así como la de los trece *tecuhtlatoque* o dignatarios supremos, entre ellos el *mexicatl achcauhtli*, jefe de los funcionarios de Tenochtitlan, y los *tlatoani* de los señoríos que aún nos eran leales.

Yo fui vestida con primor por mis hermanas Macuilxóchitl e Ilancueitl con un *huipilli* de algodón color leonado, teñida con el polvo de unas piedras llamadas *tecoxtli* que se mezcla con el zumo de las hierbas *tzacutli*. Llevaba bordados ramilletes de flores de color azul oscuro y resplandeciente, que se logra con el jugo de una hierba majada y cuajada que se llama *xiuhquílitl*.

—¡Pareces la diosa Xochiquétzal, mi niña! —recuerdo que me dijo Tzilacayotl, alabando el trabajo de mis hermanas—. El señor Cuauhtémoc va a ser envidiado hasta por los *popolocas* blancos y barbudos que viven con los de Tlaxcala —remató sin saber que sus palabras estaban preñadas de un presagio funesto.

Papatzin Oxomoc volvió de nuevo al redil. Con un encanto que no había mostrado desde la muerte de nuestro esposo, se encargó de colocarme los collares de esmeraldas, los brazaletes de oro con caracolillos hechos con *chalchihuites* de un color verde oscuro, las ajorcas de mis tobillos con filigranas de plata. En fin, algunas de las joyas heredadas de mi madre Miauaxóchitl y otras del tesoro personal de mi padre Motecuhzoma que —sin que yo lo supiera, porque las habría rechazado— habían aparecido entre los puños crispados de los *popolocas* muertos en el Canal de los Toltecas.

Cuauhtémoc asistió ataviado con una manta primorosa heredada de nuestro tío Netzahualpilli. Llevaba un *máxtlatl* largo y elaborado, hecho con tela de algodón color negro y bordado con figuras geométricas teñidas de color amarillo que, amén de cubrir sus partes, bajaba hasta sus pantorrillas donde le habían ceñido unas bandas color púrpura. Sobre los hombros, una *tilmatli* de color verde esmeralda, también bordada con grecas y pequeños rombos de color argento que destellaban con sus movimientos. Llevaba un tocado de plumas multicolores en la cabeza, orejeras de obsidiana, un bezote de jade de tonalidad verde oscuro, un collar de oro en forma de cadena de la que colgaban grandes gotas de ámbar y brazaletes de oro con perlas engarzadas. Además, como un detalle de caballerosidad que a todos los presentes halagó, llevaba en las manos un ramillete de flores escogidas de entre las más hermosas de mi jardín que esparcían un aroma delicioso y que me llenó de alegría.

Sin embargo, si he de ser honesta, lo que más atrajo mi atención fue la recia musculatura de su pecho y de sus brazos que le daban una prestancia impresionante.

Nuestra boda, la segunda en mi caso, estuvo marcada por la tristeza y por cierta intranquilidad patente en todos los participantes, debido más que nada a la ausencia de nuestros padres y madres, y a que quienes tuvieron que improvisar dichos roles no sabían, bien a bien, cómo desempeñarlos. Asimismo, nuestras *citli*, amadísimas abuelas, y las tías ancianas que podían actuar como *cihuatlanque* —que cumplían con el papel de intermediarias entre las familias de los contrayentes— habían perecido o estaban desaparecidas y, por tanto, esa parte del ritual no pudo llevarse a cabo. En cambio, los banquetes fueron abundantes, provistos con centenas de platillos exquisitos, y mis hermana Macuilxóchitl se encargó de satisfacer el apetito y el gusto de todos los comensales, aun de los señores más exigentes.

Llegó el momento en que las *cihuatlanque*, las célebres casamenteras, anudaron la manta de Cuauhtemotzin con mi *huipilli* y, por fin, quedamos casados. A continuación, Cuauhtémoc y yo compartimos un plato que contenía tamales deliciosos, hechos con los granos de maíz tierno de la cosecha que iniciaba. Fue la primera vez que nos tocamos, pues él puso una porción del manjar en mis labios, y yo hice lo propio. Su piel y la mía balbucearon sus primeras palabras. Una sensación, mezcla de vergüenza y de curiosidad, me recorrió el cuerpo. No me atreví a mirarlo a los ojos...

Un suspiro de alivio, más que elocuente, surgió de las bocas de los grandes

dignatarios y de nuestros parientes. La alegría de nuestros invitados se volcó en cantos y danzas que se prolongaron varios días.

Fuimos conducidos al aposento nupcial por las *cihuatlanque*. Nos dejaron solos en una habitación que me causó extrañeza. ¿Dónde estoy?, me pregunté. Y, entonces, caí en cuenta de que me encontraba en el palacio de Cuauhtémoc en Tlatelolco. ¿Cómo y cuándo había sido trasladada? No podía recordarlo. Me sentí un tanto perdida.

Cuauhtémoc me ofreció un incensario para que hiciese ofrendas a los dioses tutelares de su familia materna, de quien había heredado el señorío, y, en seguida, se retiró hasta un pequeño *cu*, donde se abstrajo en sus oraciones. Cuatro días permanecimos en esa cámara pendientes de que las ofrendas fueran gratas a los dioses y sumidos en una y mil reflexiones. Cumplimos con lo prescrito en nuestras costumbres y, durante ese lapso, no nos tocamos. Sólo nos mirábamos de vez en cuando y era entonces cuando mi espíritu flaqueaba y mis emociones se contradecían al grado de hacerme temblar de la cabeza a los pies. Para mí se convirtió en un suplicio saber que, una vez terminado el periodo de abstinencia carnal, debería entregarme a Cuauhtémoc. ¿Cómo debía responder a sus reclamos?, era la pregunta que más me inquietaba. ¿Con el recato de una mujer inexperta, todavía sujeta al imperio del pudor y de las recomendaciones maternas? ¿Con la indiferencia de una viuda que cumpliría con una obligación impuesta desde arriba por quienes conformaban el gobierno de nuestro señorío? ¿O con la pasión y desenfreno que debe mostrar una mujer con experiencia y plena de deseo? ¡Uf! La verdad es que, en aquellos momentos, no me sentía capaz de definir cómo iba a comportarme.

El cuchicheo nervioso de las *cihuatlanque* que se filtró a través de la puerta que sellaba la habitación, me hizo saber que había terminado el tiempo de los dioses y que estaba a punto de comenzar el tiempo de los desposados. Se nos condujo a otra habitación para que viésemos el lecho de esteras que nos habían preparado y diésemos nuestra opinión. A mí me pareció perfecto. El lecho de plumas se apreciaba muelle y confortable. El trozo de jade para que mi cuerpo se abriese a la fecundidad y tuviéramos hijos, debido a su forma y tamaño, me gustó por sugerente. Cuauhtémoc se concretó a bosquejar una sonrisa. De ahí, nos llevaron al *temazcalli*...

Entramos desnudos al mundo nebuloso de los vapores aromáticos y, después de que un sacerdote nos roció con agua perfumada con aceite de *eloxóchitl* o magnolia, nos dejaron solos. El vapor no estaba quieto. Subía y bajaba, y, por instantes, se desgajaba en finos velos para dejar al descubierto nuestros cuerpos. La mirada de Cuauhtémoc quemó las aureolas de mis pechos. Sentí que uno de sus muslos me rozaba y luego cómo su mano acariciaba el valle poblado con un vello crespo que se desvanecía entre mis piernas. Alargué una mano y ésta tropezó con su *acáyotl*, la caña que era dulce en su firmeza y que se prolongaba un par de cuartas como si fuese una flecha de jade fino y untuoso... ¡Jamás olvidaré ese baño! A partir de esa experiencia no volví a cucionar cómo debía desenvolverme frente a mi nuevo marido.

Después, tal y como se había hecho en mi primer desposorio, adornaron mi cabeza con plumas blancas, las piernas y los brazos con plumas multicolores y se nos dio la ocasión para regocijarnos, bailar, cantar y, sólo los ancianos y sus mujeres, beber muchas vasijas con *octli*. Al día siguiente, debido a la premura a que nos forzaba el ataque inminente de los españoles, Cuauhtémoc fue elevado al rango de *huey tlatoani* de los tenochcas y los tlatelolcas.

Corrían los días del primer mes de nuestro calendario que los mexicanos llamamos *atlcahualco* y los tlatelolcas *quauitleoa* —que comienza el segundo día de febrero y en el que hacíamos muchos sacrificios a los dioses del agua o Tlaloques, sobre todo de niños de teta que tuviesen dos remolinos en la cabeza, de los cuales se mataban muchos y después de muertos se cocían y comían—, cuando se acordó efectuar el ceremonial. Esta decisión no fue bien vista por todos los dignatarios y menos por los sacerdotes, porque la fecha coincidía con los días que llamamos *nemonteni*, que quiere decir baldíos, y los teníamos por aciagos y de mala fortuna.

El *mexicatl teohuatzin*, que cuidaba de todas las fiestas religiosas, estaba en desacuerdo porque, alegaba, el nuevo *tlatoani* se vería afectado por la mala suerte y no sería bien visto por los dioses, quienes, según él, se negarían a brindarle su bendición y su apoyo. El razonamiento, fundado en nuestras creencias, no era para nada descabellado, pues obedecía a la observación profunda hecha por nuestros ancestros de muchas experiencias nefastas acaecidas durante esos días. Por eso, fue secundado por el *epcoaquacuiltzin*, el venerable servidor del templo de la lluvia y responsable de llevar al día el calendario de fiestas y de respetar escrupulosamente el orden de las ceremonias; y a ellos se unieron otros *tlamacazqui*, que se mostraron francamente temerosos.

Sin embargo, los señores de Tetzcuco y Tlacopan, así como los miembros del consejo supremo y otros dignatarios importantes lograron convencer a los grandes sacerdotes, al Quetzalcóatl Totec *tlamacazqui* y al Quetzalcóatl Tláloc *tlamacazqui*, de que procedieran a la elevación de Cuauhtémoc, con el argumento de que, en realidad, éste había gobernado a los mexicanos desde la muerte de Cuitláhuac, acaecida en el mes de noviembre de 1520, hasta finales de enero de 1521, y, por lo tanto, no se vería afectado ni por la mala fortuna ni por la desgracia. ¡Ay, qué equivocados estaban!

Así, desnudo, expuesto sin dones o insignias, Cuauhtémoc fue conducido, en medio de los *macehualtin* congregados en plazas y calles, desde su palacio en Tlatelolco hasta el templo de Huitzilopochtli, por Cohuanacotzin y Tettlepanquetzaltzin, a fin de ser consagrado en el *teocalli* de los dioses.

Al pie del templo, los señores de Tetzcuco y Tlacopan colocaron sobre los hombros de Cuauhtémoc la *xiuhtilmatl*, la manta de color turquesa que sólo podía vestir el *huey tlatoani*, sólo que para esta ocasión se le habían bordado encima algunos cráneos y huesos humanos que simbolizaban su poder sobre la vida y la muerte de sus súbditos y el privilegio de sacrificar, por propia mano, a los enemigos

de Tenochtitlan. También se le ató un velo de color turquesa en la frente que cubría sus cejas y, parcialmente, sus ojos para que se mostrase humilde y nadie pudiese ver la altivez de su mirada. En la muñeca de la mano izquierda se le amarró una bolsa con copal y tabaco macerado, y en la mano derecha se le hizo sostener un incensario. El Señor de Tetzcuco fue distinguido para calzarlo con unas cotaras de piel de venado revestidas con oro y *chalchihuites*, cuyas suelas relucientes estaban hechas con laminillas de oro.

Cuauhtémoc subió las gradas del templo y se dirigió primero al *cu* de Huitzilopochtli donde formuló sus oraciones. Después de sahumarlo con profusión y escuchar los cantos de los sacerdotes, pasó al *cu* del dios Tezcatlipoca y se dedicó a venerarlo.

Yo todo lo veía desde una de las terrazas del palacio de Axayácatl, donde los *calpixqui* habían colocado algunos *icpalli* y muchos petates para las señoras principales. Estaba rodeada por Papatzin Oxomoc, mis hermanas y algunas parientas de Cuauhtémoc que habían venido desde Tlatelolco con el fin de acompañarlo en un suceso que les daba relevancia y las igualaba con los mexicanos.

La voz de Cuauhtémoc y de los sacerdotes apenas y llegaba a nuestros oídos. Eran fragmentos de discursos muchas veces repetidos los que escuchábamos con cierta nitidez. Retazos de rogativas y exhortaciones que sobresalían por entre los murmullos y vítores del pueblo arracimado en la plaza del Templo Mayor. «No permitas —recuerdo haber escuchado en el momento que terminaba su oración frente a Tezcatlipoca— que lleve al pueblo por caminos de conejos o de venados. No te apartes de mí. Visita mi pobre casa para que no yerre y para que mis vasallos no me den grita. Ya soy tu boca y tu cara y tus orejas y dientes y uñas, aunque soy pobre e infeliz hombre».

En algún momento, no puedo precisarlo con claridad, Cohuanacotzin, al referirse a los antepasados de Cuauhtémoc, hizo un recordatorio de Cuitláhuac que me tomó desprevenida e hizo que mis entrañas se retorrieran y mi corazón palpitase fuera de ritmo: «... el último que nos ha dejado huérfanos fue el fuerte y valeroso Cuitláhuac, el cual por algún tiempo o algunos días le tuvo prestado este pueblo, y fue como cosa de sueño, así se le marchó de entre las manos, pues fue llamado por los dioses para que acompañase al Sol...»

De pronto, asocié el nombre de Cuitláhuac con la frase «y fue como cosa de sueño» y los pronuncié en voz alta.

—¡Ay, hermana! —exclamó Macuilxóchitl, mientras Papatzin me echaba una mirada que reprobaba mi imprudencia—. ¡Tienes que olvidarte ya de ese hombre! No te confundas en tus sentimientos...

Cerré mis oídos a su recriminación, que consideré justa y honesta, y, por lo mismo, lacerante como un puñado de espinas clavadas en mi corazón. Empero, la palabra «sueño» quedó flotando en mi magín, hasta que Cuauhtémoc, al finalizar su respuesta al Señor de Tetzcuco, dijo: «Por ventura pasará sobre mí como un sueño, y

en breve se acabará mi vida; o por ventura pasarán algunos días y años, que llevaré a cutas esta carga que nuestros abuelos dejaron cuando murieron, grave y de muy gran fatiga, en que hay causa de humillación más que de soberbia y altivez». Entonces volvió a abrirse en mi ser, como la corola de la flor del algodón, esa gran incógnita que había estado presente durante toda mi existencia a través de mis ensueños: ¿Sería, acaso, la vida un sueño?

Después, Cuauhtemotzin, ya investido como *huey tlatoani*, se retiró al Tlaco Chalco o Casa de la Meditación. Ahí, pasaría cuatro días dedicado a la reflexión de lo que debería hacer para consolidar su gobierno y dar a los mexicanos y tlatelolcas la fuerza suficiente para repeler los ataques de un enemigo poderoso que se nos echaba encima.

Volví al palacio de Tlatelolco. Ahí, se me asignaron los aposentos destinados a la esposa del señor de los tenochcas. Éstos, a pesar de la sobriedad con que estaban decorados, eran espaciosos, estaban bien iluminados y mantenían en su interior una temperatura agradable, gracias al calor que irradiaba de las terrazas exteriores. La cámara principal, empero, era de una elegancia soberbia. Adosadas a los muros, pintados con frescos donde se habían plasmado las hazañas más destacadas de la vida del *huey tlatoani* Ahuízotl, tanto en la guerra como en la cacería, y escenas de la vida de la diosa Xochiquétzal en las que se la veía entregada a los goces del amor con diversos personajes y en medio de jardines exuberantes, estaban colocadas varias esteras o *pétlatl* hechas con hojas de palma entreteladas y cubiertas con telas de algodón muy fino, bordadas con decenas de aves multicolores que tenían la peculiaridad de que sus picos y las plumas de sus colas habían sido tejidas con hilo de *cozticteocuítlatl* u oro amarillo. Diseminados al desgaire, había varios *icpalli* hechos en Cuauhtitlán, con respaldo de madera o de juncos, mezclados con cofres y mesas bajas, todos profusamente adornados con laminillas de oro, plata y muchos *chalchihuites* engarzados. También, un par de mamparas hechas con la madera oscura y olorosa que tenían labradas las efigies de las diosas Coatlicue, la de falda de serpientes; Chalchiuhtlicue, deidad del agua; Chiconahui Itzcuintli, a quien se le atribuía la invención de los afeites que usábamos las mujeres; e Itzpapálotl, la mariposa de obsidiana; muy pintadas de oro, que se usaban para aislar parte de la habitación o para colocarlas frente a los braseros con los que se le calentaba durante la noche.

—¡Aquí podrás andar desnuda, Tecuichpo! —exclamó Macuilxóchitl, quien se había ofrecido para acompañarme a recorrer mis nuevas posesiones—. Nadie podrá verte desde el exterior y jamás padecerás de frío. ¿Te imaginas lo que tú y Cuauhtémoc...?

—¡Macuilxóchitl! —dije con severidad. Ya conocía de sobra sus inclinaciones y consideré imprudente dejar que se explayase. Papatzin Oxomoc e Ilancueitl rondaban por ahí cerca y hubiese sido una estupidez de mi parte dar pie a la primera para que me acusase de ser una mujer vana, como muchas cortesanas que se comportaban sin

recato y con harta liviandad.

—Bueno, Tecuichpo; sólo quise darte ideas... Nada más. No me lo tomes a mal —arguyó entre risas. Luego, se colgó de mi brazo y me propinó un beso en la mejilla para que la perdonase.

El ingreso de mis ayas provistas con unos ramilletes enormes de flores, vino a distraernos. Xochipalli avanzó dando pasitos de *chichicuilote*. Su carita apenas y asomaba entre el follaje y los pétalos. Cruzó la habitación y salió a una terraza orientada al sur. Detrás, Yacapatlahuac, agitada y sudorosa, batallaba para soportar en sus brazos una vasija repleta con flores de *cuetlaxóchitl*, que aún conservaban el intenso color rojo que siempre me ha complacido, y que, después de un gran esfuerzo, pudo colocar sobre una de las mesas.

Tzilacayotl, en cambio, se deshizo en un santiamén del ramo de *cempoalxóchitl* dorado que cargaba y, sin detenerse a tomar aire, se puso a inspeccionar las antorchas de madera resinosa de *ocotl* que colgaban de las paredes.

No tardaron en aparecer Papatzin y mi hermana Ilancueitl. Ambas habían terminado de revisar sus respectivas habitaciones y de dar instrucciones a los *calpixqui* para que las dejaran a su gusto.

—Cuauhtémoc es un hombre generoso —afirmó Papatzin con solemnidad—. La forma en que nos ha acogido, sobre todo a mí que, como viuda de Cuitláhuac, sólo esperaba ser relegada a un rincón de nuestro palacio en Iztapalapan, me ha sorprendido. Le estoy muy agradecida, Tecuichpo, y te ruego que se lo digas.

Yo me sentí conmovida y la abracé contra mi pecho.

—Mientras yo viva, tú y tus hijos estarán protegidos —dije con emoción—. Nada te faltará, Papatzin...

Tiempo después, cuando al fin constaté que los brebajes que me daba a beber todos los días, así como sus malas artes de nigromántica, me habían imposibilitado para procrear hijos con mis dos esposos mexicas, me arrepentí hasta las lágrimas de mi inexperiencia para descubrir su falsedad y la podredumbre que incubaban sus entrañas, y no haberla castigado como se lo merecía.

Ilancueitl estaba fascinada. A ella le había encantado el cambio de las Casas Nuevas de Motecuhzoma al palacio de Cuauhtémoc. Desde la desaparición de Miauaxóchitl en las aguas del lago, no se sentía tranquila en los aposentos que habían compartido. «Tengo miedo de que se me aparezca», decía constantemente con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sabes que mi habitación tiene una terraza que da al patio donde las mujeres preparan la comida —me dijo—. Desde ahí, podré mirar cómo las sirvientas avivan el fuego de los fogones con sus aventadores de palma para, después, arrodillarse ante el *metlatl* de piedra y comenzar a moler el maíz. Mañana en la madrugada, estoy segura, escucharé el palmoteo con que amasan las *tlaxcalli* y el olor de las tortillas recién hechas subirá hasta mi recámara y yo soñaré con nuestra abuela Xochicuéyetl y con Miauaxóchitl, y ellas me contarán cuentos y me cantarán; entonces sentiré que vuelvo

a ser la niña feliz, esa chiquilla que no sabía lo que eran las calamidades...

No pude soportar su llanto. Tuve que enjugar sus lágrimas con las palmas vacías de mis manos.

Los cuatro días se me fueron volando. Cuando Cuauhtémoc regresó de Tlacoachalco, me encontró nerviosa, ocupada en mil pequeños detalles para distraer la incertidumbre que me causaba la espera.

Se presentó de improviso, sin dar tiempo a que alguno de su servidores lo anunciase. Llegó ataviado con una sencillez que, amén de sorprenderme, eliminó los prejuicios que yo tenía respecto de su carácter. Ahí, frente a mí, estaba un hombre joven, que no desmentía sus veinticinco años de edad, sin más atributos que su virilidad y apostura. No el *huey tlatoani* de los tenochcas, sino el amante dulce y tierno que yo necesitaba para romper el cerco de espinas creado por esa lamentosa y triste suerte en la que habíamos vivido durante los últimos meses.

Me miró de arriba abajo con sus ojos de pedernal de fuego que tanta gallardía le daban y con un tono de voz en el que se entremezclaban el respeto y el deseo, me dijo:

—Tenemos poco tiempo, Tecuichpo Ichcaxóchitl. Pronto habré de ir al gran *teocalli* para dirigirme a nuestro pueblo.

No tuvo que decir más para que yo comprendiera. El *huipilli* resbaló por mis hombros y yo avancé a su encuentro igual a como hacen los colibríes insaciables con el cáliz de la *atzcalxóchitl*, flor del esplendor rojo que se prodiga entre las rocas.

Salimos hacia Tenochtitlan en la canoa de mi esposo que se llamaba *Cenyáutl*, misma que estaba cubierta por un amplio pabellón y que ostentaba las banderas de papel dorado y los bastones de plata maciza y fina pedrería señalados para su cargo. Ésta se deslizó sobre el agua de la laguna con rapidez, bajo el impulso de veinte remeros escogidos de entre los mancebos más destacados del *calmecac* de Tlatelolco.

Llegamos a la ciudad y fuimos recibidos por una turbamulta que gritaba y silbaba con tal emoción que opacaba el sonido de los atabales, flautas y caracolas.

Cuauhtémoc se dirigió al templete superior del gran *teocalli* del dios Huitzilopochtli. Desde ahí, habló con voz potente y arengó al pueblo y a los guerreros para despertar en ellos el orgullo y la entrega necesarios para combatir a cualesquier enemigo.

—Ustedes que tienen algún cargo y mando —dijo con entusiasmo—, han de ser como padre y madre de la gente; ustedes los que son valientes y esforzados como águilas y como tigres, deberán llevar en sus frentes una gran hacha de lumbre muy clara para alumbrar a todos; ustedes también, mujeres nobles, señoras generosas...

Y yo pude ver cómo sus palabras inflamaban el corazón de mis congéneres, pues era la primera vez que se nos tomaba en cuenta como guerreras y se nos reconocía valor para intervenir en las batallas.

Cuauhtémoc habló durante mucho tiempo. Sus palabras giraron una y otra vez sobre la delicada situación en que nos habían puesto nuestros enemigos y en su

determinación de vencerlos. Puso especial énfasis en la fuerza de los batallones compuestos por los Caballeros Águila y por los Caballeros Tigre y en la voluntad demostrada por éstos para triunfar sobre los *popolocas* y sus miserables aliados. Quienes lo escuchaban se mantenían en absoluto silencio. Podían escucharse los latidos de sus corazones. Sus ojos estaban concentrados en los labios de su *huey tlatoani*. Sus rostros se iluminaron cuando Cuauhtémoc, para recalcar la fuerza de su proclama, entonó algunos versos del Canto de Cihuacóatl, que dicen:

*¡El Águila, el Águila, Quilaztli,
con sangre tiene cercado el rostro,
adornada está de plumas!
¡Plumas de Águila vino,
vino a barrer los caminos!
Ya el Sol prosigue la guerra,
Ya el Sol prosigue la guerra:
Sean arrastrados los hombres:
¡acabará eternamente!
El Ciervo de Colhuacán...,
¡de plumas es su atavío!*

Entonces, al igual que el rumor que se desprende del cauce desmadrado de un río, los tenochcas estallaron en vítores y aclamaron su nombre.

La emoción se apoderó de nuestras *tonalli*. Ilancueitl y Macuilxóchitl fueron incapaces de reprimir el llanto. Muchas señoras principales las secundaron. Las ayas y servidoras acudieron a su lado para consolarlas y proporcionarles pequeños lienzos bordados para que secaran las lágrimas y limpiaran sus narices.

La ceremonia llegó a su término en el momento en que el sol comenzó a ponerse. Cada cual partió rumbo a su palacio y la gente del pueblo hacia sus casas y chinampas. Las señoras de los *tecuhtli* fuimos convocadas en la Achcauhcalli o Casa de los Primeros para asistir a la investidura de dos de los dignatarios más importantes del señorío. Ahí, frente a los miembros del Consejo y de los sacerdotes más insignes, Cuauhtémoc asignó el cargo de *cihuacóatl* al príncipe Tlacutzin —también llamado Tzihuacpopocatzin— de sangre tenochca, y el cargo de *tlacateccatl*, el que manda a los guerreros, al príncipe Temilotzin, de la nobleza tlatelolca.

Los señores de Tetzcuco y de Tlacopan manifestaron abiertamente su beneplácito.

—El Señor de Tenochtitlan ha demostrado su sensatez al formalizar una alianza indisoluble entre los dos señoríos que están bajo su gobierno —dijo Cohuanacotzin con ese aplomo capaz de subyugar a propios y extraños—. Es una medida sabia que no deja de satisfacernos, porque nos dará el empuje que necesitamos —expresó Tetelepanquetzaltzin con una voz cálida y armoniosa que no dejó lugar a dudas sobre su complacencia.

Cuauhtémoc sonrió. Era obvio que estaba satisfecho. Comenzaba su gobierno con el pie derecho. Por deferencia, se aproximó a ambos señores y les dijo:

—A mi siniestra, y debajo de mi sobaco los pondré —con esta metáfora les confirmaba que serían los más allegados a su dignidad, y que sus entes en conjunto formarían una sola persona.

Después, las mujeres y nuestros respectivos séquitos volvimos a Tlatelolco. Esa noche, Cuauhtémoc no vino a mi lecho; sin embargo, no me sentí ofendida y mucho menos perturbada. Era costumbre que los señores dedicaran muchas noches a la atención de los asuntos del gobierno, banquetes y danzas, y aún más, como lo había experimentado con mi padre y con Cuitláhuac, que visitaran a sus otras esposas y a las concubinas que mantenían en sus palacios. Cuauhtémoc no tenía por qué ser la excepción. Hice llamar a Macuilxóchitl, Ilancueitl y Tzilacayotl, y entre las cuatro nos entretuvimos jugando al *patolli*, hasta que los caracoles y los tambores marcaron la novena hora del día, esto es, un poco después de medianoche y un poco antes del alba. Los chismes que contó Macuilxóchitl, mientras se empeñaba en que sus frijoles marcados con cierto número de puntos le dieran un resultado contundente para ganar las partidas, nos mantuvieron animadas. Otro tanto sucedió con las observaciones que hizo Ilancueitl respecto de los atuendos estafalarios con que algunas señoras se habían ataviado para que su presencia en las ceremonias no pasara desapercibida. Al fin, quedamos dormidas sobre el tablero del *patolli* y gracias a la diligencia de Tzilacayotl, quien nos cubrió con unas mantas, no padecemos de frío.

Vi a mi señor Cuauhtémoc hasta pasado el mediodía. Estaba en uno de los salones y discutía acaloradamente con el príncipe Temilotzin y con el *tlacochcácatl*, responsable de los arsenales donde se guardaban las armas.

—¡Necesitamos reaccionar de inmediato! —decía en el momento en que entré—. Han llegado a Tenochtitlan más noticias de los españoles. Me dicen que han salido de Tlaxcala y asolan todos los pueblos y ciudades por donde pasan. Por lo pronto —se dirigió al *tlacochcácatl*—, quiero que reúnas todas las armas que puedas: dardos, lanzas, rodela, honda, flechas, arcos, y que repartas entre nuestros guerreros las espadas, lanzas, escudos y puñales que arrebatamos a los *teteu* en el *tolteca acaloco*. Quiero que hagan lanzas largas para inutilizar a los caballos...

—Debemos fortificar Tenochtitlan y hacer de la ciudad un reducto inexpugnable —opinó Temilotzin.

—Sí —coincidió Cuauhtémoc—. Debemos ahondar las acequias, cortar tajos, levantar murallas y cavar fosos para que no puedan pasar montados en sus corceles. Para eliminar sus caballos, quiero que hagan trampas con estacas para que al caer queden destripados.

—También, señor —dijo el *cihuacóatl*—, considero prudente que envíes mensajeros a los señoríos que todavía no nos han traicionado. Manda a tus *tequipan titlantin* a todos los rincones del Anáhuac y ofréceles alianzas para librarlos del yugo de los *teteu*.

Cuauhtémoc se quedó pensativo un momento. Después chasqueó la lengua y dijo en voz baja:

—Muchos nos han dado la espalda, Tlacutzin; sin embargo, creo que si quitamos los tributos a nuestros vasallos, y a nuestros enemigos les ofrecemos una paz inquebrantable, quizá podamos sumarlos a nuestra causa. Envía mensajeros a los señores tarascos de Tzintzuntzan. Pídeles que hablen con Caltzontzin.

—¿Con Zinzicha? —preguntó Tlacutzin para estar seguro de que Cuauhtémoc se refería al señor de los tarascos o purépechas, a quien nosotros llamábamos Caltzontzin.

—¡Sí, Tlacutzin! Es mi deseo que hablen con el señor que sucedió a Zuaungua en el trono, cuando murió de *puchonanauatl*, esos granos pequeños y dolorosos parecidos a los de la viruela. Quiero que nuestros mensajeros les hagan saber que los reconocemos como grandes flecheros, y que si los de Michuacan y nosotros atacamos al mismo tiempo a los españoles y sus aliados, los mataremos a todos.

Las últimas palabras de Cuauhtémoc se clavaron en mis oídos como puñales de obsidiana. Tuve un estremecimiento y él advirtió mi presencia. Con un gesto despidió al *cihuacóatl* y al príncipe Temilotzin, quienes se retiraron para cumplir con sus órdenes.

Yo me quedé inmóvil bajo el dintel de la puerta. Nuestras costumbres, aunque no lo prohibían expresamente, no alentaban la injerencia de las mujeres en los asuntos que atañían al gobierno del señorío. En alguna forma, me sentí como una intrusa que, por imprudencia, había caído en falta. Empero, bastó una sonrisa de mi esposo para saberme bienvenida. Caminé hasta quedar a su lado y me acomodé a sus pies dispuesta a escucharlo.

—Se avecina una época terrible, Tecuichpotzin —dijo una vez que estuvimos solos—. Si no logramos detenerlos, los *teteu...*, pero qué digo, Malinche y sus malditos *popolocas* no tardarán en caer sobre Tenochtitlan. Por ello, he ordenado evacuar la ciudad. Los ancianos, las mujeres con sus hijos, los niños huérfanos, los enfermos y los heridos deberán salir y dirigirse a Tlatilulco, donde se les deberá albergar hasta que acabe la guerra. Quiero —dijo al tiempo que me tomaba por la barbilla y levantaba mi cara para que nuestros ojos se encontraran— que tú me ayudes para que no les falte nada. Tu rango de señora principal, de mujer noble, muy estimada, digna de honra y reverencia, hará que debajo de tus alas se amparen los pobres, los desvalidos. Mereces que te obedezcan, te teman y te sirvan. Así es que no tengo dudas de que los *calpixqui* y las demás señoras principales harán lo que tú les exijas.

—Señor, mi señor —dije con voz trémula—, haré todo cuanto me pides, pero... ¿Qué ha sucedido que te hace tomar estas medidas? —inquirí a continuación, para hacerme una idea de la gravedad de los hechos.

—Malinche ya salió de Tlaxcala, Tecuichpotzin —respondió contrariado y con el entrecejo arrugado—. Él y sus huestes se fueron a meter a Tepeyácac. Llegó ahí

acompañado de cuarenta mil guerreros tlaxcaltecas, huexotzincas y de Cholula, dizque para vengar la muerte de unos españoles que habían sido cogidos por los nuestros con una carga de oro que robaron del palacio de Axayácatl. Me han dicho que la ciudad fue asaltada a sangre y fuego, entregada al saqueo. Sin embargo, eso no es lo peor. Malinche y sus capitanes capturaron a la gente de Quechólac, en el señorío de Tepeaca, y los hicieron herrar con marcas candentes. Les marcaron las caras, sin importar que fuesen hombres, mujeres o niños, sobre la boca o junto a los labios, con unos hierros que tienen en la punta un signo que ellos llaman G, para decir que fueron tomados como *tlatlacotin*-esclavos, durante la guerra.

Las escenas que pude imaginar llenaron mi espíritu de odio. Ante mis ojos, nublados por la repugnancia, vi a Pedro de Alvarado, a Cristóbal de Olid y a otros tantos capitanes que conocí durante el cautiverio de mi padre, gozar con la chamusquina y el dolor que se desprendía de los rostros deformados de tantos seres indefensos. Tuve que aferrarme al brazo de Cuauhtémoc para no derrumbarme y perder la conciencia.

—Malinche se apropió de Tepeyácac —continuó mi esposo—. Ahí robó y repartió todos los alimentos, entregó a las mujeres más bellas a sus soldados, y cambió de nombre a la ciudad. Ahora se llama Segura de la Frontera. Desde ahí, él y sus capitanes hacen sus correrías para asolar las ciudades y poblados que no aceptan ser sus vasallos y les oponen resistencia...

Cuauhtémoc interrumpió el flujo de sus palabras. Sin que yo percibiese sus pasos, un grupo compuesto por varios *tecuhtli* y algunos *pochteca* se presentó en el salón con el fin de proporcionarle la información que habían recabado en los caminos. Esperaron a que yo me retirara y, una vez que consideraron que podían hablar con libertad, dejaron que sus lenguas dibujaran lo que sabían en el *amatetehuítl* o «papel goteado» que semejaban sus voces.

Estuve a punto de retirarme, pero la voz sonora de un *teyahualouani*, como llamábamos a los mercaderes exploradores que espiaban a nuestros enemigos, detuvo mis pasos. Con sigilo, fui a colocarme detrás de una escultura que representaba al dios Tláloc, desde donde escuché la relación que hacía el *pochteca*.

—Malinche anda por toda la tierra causando estragos, mi señor Cuauhtémoc. Se le ve rodeado de miles de guerreros tlaxcaltecas, huexotzincas, chololtecas, tepeacanenses, quauhquechololtecas, chalcas y de otras partes. Tuvo algunas guerras contra los de Itzotcan y Quauhquecholan y desoló sus pueblos. Se vieron incendios en los palacios, en los *teocalli*, la tierra quedó ensangrentada, mató sin misericordia a niños y ancianos. Dicen que muchas de las mujeres más bellas fueron herradas en la cara con la G y que otras fueron entregadas a los capitanes y soldados para que hiciesen con ellas sus porquerías.

—Dicen que ya hizo pactos con Ixtlilxóchitl, el traidor de Tetzcuco —intervino otro mercader llamado Tetzauquimichin— para que ocupe el cargo de *huey tlatoani*. Están a la espera de que se muera Tecocoltzin, a quien han bautizado con el nombre

de Fernando... Ahora, vete tú a saber, ya no es el «vejador de gente», como significa su nombre, sino que se llama Fernando Tecocoltzin y dizque se siente muy ufano. También comentan que las cosas están muy revueltas en la ciudad desde que se salió el señor Cohuanacotzin y se vino a Tenochtitlan para guerrear contra los *teteu*. Hemos escuchado, señor —continuó después de hacer una pausa—, que pronto atacarán Iztapalapan.

La última frase del *pochteca* llegó hasta mi corazón y me dejó estupefacta. ¿Había oído bien? ¿Iztapalapan corría peligro? Salí disparada hacia mis aposentos.

—¡Xochipalli, Yacapatlahuac! —grité desahogada—. ¡Es necesario que venga tu marido! —exigí a la primera, tan pronto estuvo a mi lado—. ¡Hazlo venir de inmediato! ¡Vamos, dense prisa!

El esposo de Xochipalli llegó a la carrera y se inclinó en señal de reverencia. Su cabeza quedó postrada ante mis ojos y pude ver que se había cortado el mechón o *piochtli* que llevaba sobre la nuca y que, durante el tiempo en que no lo había visto, había alcanzado el grado militar de *tequihua* por haber capturado o matado en combate a más de cuatro enemigos. Supe, de inmediato, que no me había equivocado. Él era el hombre en quien podía depositar mi confianza.

—Quiero que vayas a Iztapalapan, Pilotl —lo llamé «sobrino» para que entendiese lo delicado de la misión que iba a encomendarle—. Sé que Malinche quiere ver si puede ganar Iztapalapan. Pronto va a lanzarse contra nuestra gente y quiero prevenirlos. Ve y habla con Tlachinoltzin, el hijo de Ahuítzotl que ocupa el cargo de *cihuacóatl* desde la muerte de mi señor Cuitláhuac, y dile que ponga sobre aviso a los Caballeros Águila y a los Caballeros Tigre; que arme bien a todos los guerreros y apreste todas las canoas para que éstos y los *macehualtin* puedan atacar desde el agua.

—¿Y si nos derrotan? —preguntó previsor el hombre.

—Si eso llegara a suceder, Pilotl, recuérdale a Tlachinoltzin que puede derribar el dique que separa las aguas más altas del lago salitroso de Tetzcuco de las aguas dulces de la laguna de México y ahogar a nuestros enemigos.

—¡Señora! —exclamó sorprendido el esposo de Xochipalli. Era la primera vez que él escuchaba a una mujer urdir una artimaña eficaz que sirviese para derrotar a los españoles—. Tiene usted agallas y la imaginación muy despierta. Me muero por ver qué cara pone Tlachinoltzin.

Todavía, antes de que el guerrero cruzase el umbral de mi habitación, alcancé a gritarle:

—¡Ah, y dile al *cihuacóatl* que si algún *popoloca* llega a poner un pie en mi jardín, se las verá conmigo!

Tiempo después, cuando ya habían sucedido muchas batallas y encuentros terribles entre los ejércitos contendientes, fue el propio Tlachinoltzin quien, sumamente agradecido, me contó cómo se habían dado los hechos.

—Hernán Cortés y el capitán Gonzalo de Sandoval, junto con quince de a caballo,

doscientos soldados españoles y seis mil aculhuas, tlaxcaltecas y de otras naciones amigas comandados por Ixtlilxóchitl, entraron en Iztapalapan, señora Tecuichpotzin —expresó con el tonillo oficioso que usaban los dignatarios—. Llegados a Iztapalapan, ya los mexicanos y los iztapalucas estaban apercebidos, les salieron al encuentro y tuvieron aquel día una reñida y cruel batalla; mas como los nuestros tenían sus casas en isletas y dentro del agua, no les pudieron sujetar ni hacerles ningún mal. La pelea fue encarnizada, Ixtlilxóchitl mató por su propia persona a muchos capitanes mexicanos. Las casas y los palacios fueron incendiados; los de a caballo alancearon a muchos de nuestros guerreros, y así, entre el humo y una gran polvareda, se nos vino la noche encima. ¡Ése fue el momento que aprovechamos para hacer lo que usted nos dijo, señora Tecuichpotzin! Rompimos el dique que contenía el agua represada. Las aguas corrieron desbordadas sobre Iztapalapan y la calzada. Con un rumor creciente, arrebatando piedras y árboles, corrió el agua hacia los españoles y tlaxcaltecas. Los nuestros huyeron a bordo de sus canoas, se les escaparon y se pusieron alderredor para ver qué les pasaba. Los españoles gritaban en la oscuridad: «¡Eh, los que vestís de hierro, huid, que el agua nos alcanza y circunda!» Apenas pudieron escapar de morir ahogados. Comenzaron a huir en medio de la burla, la grito y silba que les hacíamos. Ahí iban los *teteu* rodeados de sus amigos que les guardaban las espaldas. Matamos a muchos. Sólo un español murió, que se quiso aventajar más que los otros. Por supuesto, señora, ningún español entró en su jardín. No les dimos ocasión para que cortaran sus flores —remató con un sarcasmo que, francamente, no me esperaba.

Quedé satisfecha. La ratonera había dado resultado. Di al *cihuacóatl* una diadema de oro y varios brazaletes hechos con *chalchihuites* y perlas. Al que llamaban Pilotl le regalé un juego de *tozquemitl* —ropa de pluma amarilla de papagayo— y brazaletes de cuero; además, fue lo que más gusto le dio, lo autoricé a pasar una noche con Xochipalli y su hijito cada seis días.

La *cen yautl* o guerra total cobró una intensidad escalofriante. Todos los días y por todas partes ocurrían cosas terribles. Me resulta muy difícil ordenarlos en mi mente. Algunos me fueron relatados por sus protagonistas con pelos y señales; de otros me enteré a trasmano; muchos, sobre todo los del asedio a Tenochtitlan y la caída de Tlatelolco los viví en carne propia, y una cantidad imprecisa creo haberla soñado. Un verdadero galimatías.

Recuerdo, para no andarme por las ramas, la rabia terrible que atacó a Cuauhtémoc al enterarse de las hazañas de Ixtlilxóchitl y de la ayuda que daban los tetcucanos a los españoles, al grado que él y Cohuanacotzin ofrecieron grandes mercedes a quien lo matase.

No tardó en presentarse un Caballero Águila muy valeroso, que ostentaba el rango de *quaquachictin* en Iztapalapan, llamado Maquizcóatl-Serpiente de dos cabezas, quien dijo que lo mataría o lo traería vivo para que el señor Cuauhtémoc lo sacrificase en el *teocalli* de Huitzilopochtli.

Maquicóatl hizo pregonar su reto e Ixtlilxóchitl lo aceptó. Ambos se encontraron en los campos de Iztapalapan. Salieron a pelear los dos solos, sin que ninguno de los soldados de los ejércitos se entremetiese, y dióse tan buena maña Ixtlilxóchitl que venció a Maquicóatl; lo ató de pies y manos, y después mandó traer mucho carrizo seco, se lo echó encima y lo quemó vivo; luego dijo a los mexicanos que dijeran a su señor Cuauhtémoc y a su hermano Cohuanacotzin que ésa sería la suerte de quien intentara prenderlo.

El relato de lo sucedido enardeció a mi señor Cuauhtémoc.

—¡Pronto, mataré a ese *tlatlaca naualtin-perro* pérfido! ¡Traidor infame! —gritó a la cara de quien, en mi presencia, le dio la infausta noticia—. *Ueya noqueztepul uel tommitotia atlan tihuetzoz* —soltó con voz cáustica el agüero funesto que significa: «Tarde que temprano te prenderé con mis manos y te arrancaré el corazón».

El odio que se profesaban Cuauhtémoc e Ixtlilxóchitl se hizo proverbial. Me atrevo a afirmar que más que a los tlaxcaltecas y a los demás aliados de los españoles, a quienes mi señor odiaba con toda su fuerza era a los tetzucucanos que seguían a Ixtlilxóchitl. No sólo habían infamado sus compromisos con la Triple Alianza, sino que se habían envilecido para que su cabecilla usurpase el cargo de *huey tlatoani*, como al final logró hacerlo, que anteriormente ostentaba su hermano, el señor Cohuanacotzin, de manera legítima.

Pilotl se convirtió en mi confidente. Gracias a la afición carnal, prácticamente inagotable, que mantenía por Xochipalli, buscaba cualquier pretexto para meterse en mis aposentos y contarme lo que sabía de la guerra.

Así, supe con una rapidez abrumadora acerca de la deserción de la gente de Huexotla, Coatlinchán, Otumba y Chalco, quienes habían enviado a Malinche mensajeros para ofrecerle sumisión y suplicarle que no los atacase.

—¡Una vergüenza, señora Tecuichpo! No sólo se entregaron con ánimo mujerial, igual que si se les hubiesen caído los *ahuacatl* —dijo con clara alusión a la pérdida de las *bolos* de los varones—, sino que los *chalca* le recordaron al capitán Gonzalo de Sandoval que ellos los habían ayudado a llegar a Tlaxcala, después que salieron huyendo de Tenochtitlan. Están dispuestos a llevar al señor Cuauhtémoc un mensaje para que los mexicanos se sometan, pues de lo contrario los españoles acabarán con todos y destruirán la ciudad. Un recado que, con todo respeto señora Tecuichpotzin, el Malinche puede meterse por el *tzintli* —volvió a servirse del lenguaje florido y claridoso de los *macehualtin*—, porque para todos es obvio que estamos resueltos a morir sin rendirnos, como nunca hizo raza de hombres.

—¡No queremos vida sin libertad! —brotó la exclamación de mi pecho, igual que si fuese un borbotón de fuego y que dejó a Pilotl boquiabierto. Luego, sin poder controlarme y olvidando mi calidad de señora principal, lancé un exabrupto que me quemó la lengua—: Deseo que el *tzintli* de Malinche y de todos sus *popolocas* arda una eternidad en los comales del *mictlantongo cuitlapilco*, ahí en la cola de la región de la muerte.

Días más tarde, cuando en la intimidad comenté con mi señor Cuauhtémoc lo que había dicho al esposo de mi aya, éste soltó una carcajada que estuvo a punto de romperle las muelas.

—¡Ah, Tecuichpo, me alegra que a pesar de nuestras desgracias conserves el sentido del humor, aunque sea para zaherir a nuestros enemigos! —susurró, al mismo tiempo que me acariciaba—. Sin embargo, debes saber que los españoles cada vez se hacen más fuertes. Los hombres que aún le son fieles, han informado a Cohuanacotzin que Ixtlilxóchitl ayudó a la gente de Malinche a terminar de hacer los *acalles*, las casas para el agua que se trajeron parte de ellos de Tlaxcala, con hasta veinte mil hombres de guerra. También que, cuando los *popolocas* llegaron a Tetzcuco hallaron casi toda la zanja acabada de hacer.

—¡Una zanja, mi señor Cuauhtémoc! ¿Y cuál es su propósito? —pregunté sin ocultar mi ignorancia.

—Unir las aguas del lago de Tetzcuco con la laguna de Tenochtitlan para que sus *acalles* o bergantines —como nombran los españoles a esas enormes embarcaciones —, puedan navegar por los canales y atacar las fortificaciones que he mandado construir para nuestra defensa, Tecuichpotzin.

Yo meneé la cabeza de un lado a otro. Por un momento, me sentí incapaz de entender sus palabras. Cuauhtémoc, entonces, tomó una hoja de papel amate, la alisó con sus manos e hizo el dibujo de un bergantín para que yo pudiese ver en el interior de su casco a los soldados españoles empuñando sus espadas y arcabuces, así como los cañones que, según nuestros espías, iban colocados en la parte delantera. Tuve un escalofrío. Era un arma imponente, capaz de desbaratar las frágiles canoas que utilizaban nuestros guerreros y destruir con sus pelotas de fuego cualquier muro o albarrada que se les pusiese enfrente.

—Ixtlilxóchitl destinó cuarenta mil hombres para hacer la excavación, Tecuichpotzin. Tardaron en hacerla más de cincuenta días. Sé que Malinche cuenta con esos doce o trece bergantines, además de las canoas de los tetzucucanos, para arrasarse Tenochtitlan...

Trascurrieron varios días en los que estuve ocupada en proporcionar albergue a las personas que comenzaban a buscar refugio en Tlatelolco. Macuilxóchitl había logrado acondicionar las casas de los jóvenes de varios barrios, e incluso algunos de los *calmecac*, para hospedar a los niños en condiciones semejantes a las que tenían en casa de sus padres. Papatzin Oxomoc, amparada por el prestigio de señora principal que aún ostentaba, con las prebendas a que tenía derecho, había logrado que se le entregasen muchas casas pertenecientes a la ciudad para dar asilo a infinidad de familias, cuyos miembros no tardaron en buscar a sus parientes y amigos en Tlatelolco para que los ayudaran a reiniciar los oficios y ocupaciones que habían dejado pendientes al abandonar Tenochtitlan. Ilancueitl, por su lado, se había hecho responsable de dar alojamiento a un grupo nutrido de ancianos desvalidos y, para ello, había convencido a los *calpixqui* que servían a los señores *pilli* de la nobleza

tlatelolca, que los dejaran ocupar las tierras asignadas a sus palacios. Muchos *macehualtin* encontraron un sitio en el *tianquiztli* o plaza del mercado de Tlatelolco, donde los mercaderes colocaron gran número de petates para que durmiesen.

Cuauhtémoc había ordenado que a todos los refugiados se les proveyese de tamales y atole. Yo me hice responsable de cumplir con dicha tarea. También, pedí a los dignatarios encargados de los almacenes del palacio que me dieran el *centli*-maíz y el *etl*-frijol necesarios para que nadie sufriese de hambre a consecuencia de la guerra.

Todas las mujeres participamos. No estábamos dispuestas a quedarnos con los brazos cruzados mientras nuestros hombres morían en los campos de batalla en defensa de nuestra libertad. Muchas, sobre todo las jóvenes, nos reuníamos por las tardes en el Cihuateocalli o Templo de la Mujer para orar frente a la diosa Cihuateotl y, una vez que terminábamos, recibir instrucción militar.

Salíamos al patio del templo y nos congregábamos alderredor de la *ichpochtiacahcauh* o jefa de muchachas, quien nos repartía hondas, arcos, rodela, macanas y una cantidad considerable de flechas y piedras redondas. Pasado un rato, llegaban varios guerreros y nos dividían en grupos para enseñarnos a manejar cada una de las armas. Acabábamos molidas, con los músculos adoloridos y las manos llenas de ampollas y pequeñas heridas. Sin embargo, pronto adquirimos destreza y muy buena puntería. Macuilxóchitl mostró habilidades con el arco y la flecha que jamás hubiésemos imaginado, y yo no tardé en aprender a derribar a mi contrincante y a propinarle un tajo en el cuello que, si no fuese porque se trataba de un simulacro, le hubiese cercenado la cabeza... Nunca imaginé, vaya ni siquiera cruzó por mi mente, la posibilidad de que pasados unos meses los jefes de nuestros ejércitos nos iban a llamar para que combatiéramos a los malditos invasores, codo con codo, con nuestros guerreros.

Las muelas de la gran bestia en que se había convertido la guerra masticaban los cuerpos de nuestra gente con una avidez desconcertante. En todos los rincones del Anáhuac y sus alderredores, los encuentros entre los ejércitos enemigos dejaban la tierra enlutada, rezumando sangre y boqueando su dolor infame. Malinche no descansaba. Desde su real de Tetzcuco, él y sus capitanes hacían incursiones sobre muchas ciudades y ciudadelas circundantes para aniquilar a sus defensores y dismantelar, poco a poco y de manera sistemática, las defensas con que contaba Cuauhtémoc para mantener el poderío de los mexicanos e impedir a los españoles que dirigieran sus ataques desde todos los flancos. Los hechos heroicos de los pueblos que se enfrentaban con valor a los caballos de los *popolocas* y a las huestes de sus aliados se difundían de boca en boca y no dejaban de sorprendernos. Así, supe en palabras temblorosas de Pilotl, lo que había sucedido en Yecapixtla, una población aledaña a Huaxtepec, célebre por los baños de aguas termales y por los jardines que había construido mi padre Motecuhzoma.

—Los de Yecapixtla se defendieron de los soldados españoles comandados por

Gonzalo de Sandoval y miles de tetcucanos, toltecas y huexotzincas que mandaban los hermanos traidores de Ixtlilxóchitl, igual que si fuesen tigres atacados en su madriguera, señora Tecuichpotzin —relató con la boca fruncida—. Los nuestros, desde las alturas de un peñasco, cubrieron con piedras y flechas a los españoles durante un buen rato. Mas todo fue inútil. Éstos lograron vencer la resistencia y trepar, como si fuesen *cuitlaazcatl*, hormigas malolientes y ponzoñosas, por los acantilados... Entonces, al ver que ya no podían hacer nada, nuestros nobles guerreros se arrojaron despeñándose desde los altos cantiles del río, prefiriendo la muerte a la esclavitud.

—¿Se arrojaron al vacío? —pregunté incrédula y con las manos puestas sobre mis sienes.

—¡Sí, señora! Uno que pudo escapar, a pesar de que le habían atravesado una pierna con un pasador de hierro, contó que fue tanta la matanza a manos de los enemigos, y de los despeñados desde lo alto, que todos los que allí se hallaron vieron cómo un río pequeño que cercaba casi el pueblo, por más de una hora fue teñido de sangre.

Quise llorar, pero ya no pude. Mis ojos hacía tiempo que se habían secado. Pienso que, a fuerza de tanta tribulación, se habían agotado y aprendido a ver los acontecimientos con una indiferencia pasmosa. Mi corazón se hallaba extraviado, inmerso en una confusión tal que me era imposible discernir si lo que oía pertenecía a la realidad o a la imaginación que me hacía trampas.

—¡Han matado a muchos príncipes! —escuché los lamentos de Papatzin Oxomoc, un día del infausto año Tres-Casa—. ¡Han sacrificado al *cihuacóatl* Tzihuacpopocatzin, a Ciepatzin Tecuecuenotzin y a los hijos de Motecuhzoma Axayácatl y Xoxopehuáloc, por órdenes de unos *tamacazqui* del *teocalli* de Huitzilopochtli! —exclamó sobre la faz de Macuilxóchitl, quien se quedó atónita. Yo, que caminaba detrás, di un traspié y me agarré de sus hombros para no caer.

—¿Axayácatl, mi hermano? —pronuncié como si se me hubiese atorado la semilla amarga de un *xitomacapulín* en la garganta.

—¡Tu hermano! —reiteró Papatzin con voz dura—. Los mataron los sacerdotes, los capitanes, sus hermanos mayores, porque al parecer se acobardaron frente a la fuerza de nuestros enemigos y trataron de convencer al pueblo para juntar maíz blanco, gallinas, huevos y otros alimentos a fin de dar tributo a los españoles y, así, ganar su voluntad para hacer la paz.

No podía creer lo que había oído. Ahora resultaba que, además de las deserciones que todos los días sufríamos por quienes estaban comprometidos con nuestra causa, teníamos traidores en el seno de nuestra stirpe.

—Cuando los señores principales les reclamaron haber hecho justicia por propia mano, los asesinos arguyeron: «¿Es que nosotros hemos venido a hacer matanzas? Hace sesenta días que hubo muertos de nuestro lado. Nosotros, por mucho, hemos colgado unos veinte. Y además nos colgarán» —agregó Papatzin antes de que yo

saliese de mi estupor.

—¿Y Cuauhtémoc? ¿Qué dijo nuestro *huey tlatoani*? —expresó Macuilxóchitl como si hubiese leído en mi mente.

—No se sabe —contestó Papatzin—. Al parecer no dijo nada, pero todos vieron escrita en su rostro la sentencia de muerte que se aplicará a los asesinos.

Días más tarde, supe que durante un combate sostenido en Huitzilán, unos guerreros habían pretextado: «¿De dónde salen ustedes? No los hemos visto hacer acciones de varones para aprehender y matar a los asesinos. Mataron a Cuauhnochtli, capitán de Tlacatecco, a Cuapan, capitán de Huitznáhuac, al sacerdote de Amantlan y al sacerdote de Tlalocan, y con ello quedaron aplacados los sentimientos de venganza que tanto daño nos hacían».

Fue el día en que me bajó la sangre y tuve que recluirme en el *temazcalli* para que mi aya Tzilacayotl atendiese mis achaques, cuando Cortés —quien ya se había recuperado del susto que le dieran los xochimilcas, cuando su caballo cayó y estuvieron a punto de prenderlo y sacrificarlo— hizo alarde allá en Tetzcuco para iniciar el asedio a Tenochtitlan. Mis nervios estaban alterados y no lograba estarme quieta, así es que tan pronto como terminé de bañarme, fui a buscar a Cuauhtémoc a la Achcauhcalli, la Casa de los Primeros, donde lo encontré rodeado por sus capitanes, el *tlacateccatl* Zihuacohuatzin —gobernador y capitán general de los mexicanos— y el *cihuacóatl* Tlacotzin, en el momento en que le informaban:

—Ya se juntaron todos, señor, nuestro señor Cuauhtémoc. Malinche y el traidor Ixtlilxóchitl cuentan con ochenta y seis caballos, ciento dieciocho ballesteros y escopeteros, setecientos peones de espada y rodela, tres cañones grandes y quince pequeños y diez quintales del polvo que explota. Además, con doscientos mil hombres de guerra y cincuenta mil labradores para aderezar puentes y otras cosas necesarias. Cincuenta mil son de Chalco, Itzacan, Quauhnáhuac y Tepeyac. Otros cincuenta mil, sin tomar en cuenta los ocho mil capitanes vecinos y naturales de Tetzcuco, son de la misma ciudad; otros tantos son gente de las provincias de Otumba, Tolantzinco, Xilotépec, y, por último, cincuenta mil más son tziuhcolhuacas, tlalahuhquitepecas y de otras provincias que quedan al norte del señorío de Tetzcuco.

Los ojos de Cuauhtémoc recorrieron las caras de sus capitanes, sus labios de tanto apretarlos adquirieron un color cenizo, sus manos estrujaron sus rodillas, pero se mantuvo sereno.

—¿Qué hay de los tlaxcaltecas? —preguntó.

—Ellos también hicieron alarde —respondió Zihuacohuatzin con una voz que parecía surgir de las entrañas de una caverna—. Se cuentan más de trescientos mil guerreros entre tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas, mi señor —dijo e hizo una pausa para que los demás escucharan su bravata—. Pero su número no nos arredra, porque nosotros los mexicanos y los tlatelolcas somos más machos y ya antes los hemos vencido.

Las palabras de Zihuacohuatzin fueron recibidas con entusiasmo. Los ahí

reunidos, incluyendo a Cuauhtémoc, vociferaron, al unísono, los gritos de guerra: «¡Atlachinolli! ¡Agua y fuego!» y «¡Tiahui! ¡Adelante!», e hicieron sonar sus tambores y caracolas.

La euforia los mantuvo exaltados un buen rato, que yo aproveché para aproximarme al *icpalli* de mi esposo y sentarme a sus pies. Muchos señores principales y capitanes me miraron con reproche, mas yo tuve el coraje para ignorarlos. Quise dejar muy en claro que en esa guerra devastadora tenían que tomar en cuenta a las mujeres que nos habíamos preparado para ser *mocihuaqueztqueguerreros* en forma de mujer, y, en caso necesario, luchar a su lado.

Cuauhtémoc así lo entendió, porque dijo:

—¡Alguien deberá pintar nuestros rostros y cuerpos cuando hayamos caído! ¡Quiénes, si no nuestras mujeres, cuidarán de nuestras exequias!

Nadie se atrevió a objetarlo, aunque vi que algunos mascullaban sus reproches. Salvado el escollo, el *cihuacóatl* Tlacotzin intervino de nuevo para informar a Cuauhtémoc cómo había repartido Cortés a sus hombres y por dónde deberíamos esperar sus ataques.

—Mandó Cortés a Tonatiuh que vaya a Tlacopan con treinta de a caballo, ciento sesenta peones y cincuenta mil de Otumba, Tolantzinco y otras partes que comandará uno de los hermanos del traidor Ixtlilxóchitl, y así como todo el ejército de los tlaxcaltecas.

Cuauhtémoc no hizo comentario alguno. Se concretó con mirar a los ojos a Tletlepanquetzaltzin, Señor de Tlacopan. Éste, hombre valeroso y de una prestancia imponente, no necesitó de más para salir de inmediato hacia Tacuba y aprestarse para luchar contra los invasores.

—A otro de sus capitanes, que mentan Cristóbal de Olid, el Malinche le dio treinta y tres españoles de a caballo, ciento ochenta peones y dos tiros o cañones, mi señor —continuó el *cihuacóatl*—. Además, llevará consigo a cincuenta mil guerreros de Tziuhcóhuac, bajo las órdenes de otros capitanes tezcocanos traidores, y deberá hacernos la guerra desde Coyohuacan.

Cuauhtémoc, entonces, se levantó y fue hasta donde estaban unos *tlacuilos* que pintaban sobre unos amates la distribución de las tropas de Cortés y puso su dedo encima del pueblo mencionado. Luego, sin que yo pudiera escucharlo, dio instrucciones a uno de sus capitanes, quien se retiró a toda prisa.

—A otro de sus hombres que le dicen Gonzalo de Sandoval, ha dado veintitrés caballos, ciento sesenta peones y otros dos tiros, y a favor de ellos a los de Chalco, Quauhnáhuac, y por generales a sus mismos señores y a otros hermanos de Ixtlilxóchitl. Asimismo, les ha dado a los toltecas y huexotzincas para que vuelvan a Iztapalapan y la destruyan. Los cincuenta mil labradores para aderezar puentes, van con ellos.

—Quieren tomar la calzada y cortarnos una de nuestras principales salidas —rugió mi señor por lo bajo—. ¡Malditos *tetzucanos*; ellos se han convertido en la

fuerza principal de nuestros enemigos! Sin Ixtlilxóchitl, sus hermanos y sus guerreros, Malinche no es nada. Ellos que son nuestra gente, que se enfrentan a sus hermanos, padres e hijos. ¡Ellos! —bramó como una fiera herida—. ¡Ah, y los de Chalco! ¡Otros traidores! —gimió por el terrible descalabro que nuestros guerreros habían sufrido recientemente, al intentar someterlos.

—¡Son unas mujercitas, señor! —gritó un *tequihua* que estaba en las filas de atrás.

—¡Unos *atepocates* que aplastaremos de un manotazo! —exclamó un hombre de gran estatura que avanzó unos pasos y a quien todos vieron con temor y simpatía porque era uno de los guerreros más valientes.

—¡Cuánta razón llevas Tzilacatzin! —dijo Cuauhtémoc—. ¡Tú vales más que todos esos pobrecitos *chichimecas* del sur! —luego, mientras unos y otros se daban palmadas en los hombros para manifestar la fuerza que los unía, mi esposo inquirió:

—¿Y qué me dicen de Malinche, qué del desleal Ixtlilxóchitl?

—Cortés ha tomado para sí los *acalles*, mi señor. Él va como general de los bergantines y, en su compañía, Ixtlilxóchitl con las dieciséis mil canoas donde irán cincuenta mil tezcocanos y los ocho mil capitanes muy valerosos para destruir a los laguneros y a los del peñol —terminó el *cihuacóatl* Tlacotzin.

Cuauhtémoc se incorporó y adelantó el pecho. Con voz pausada, pidió a los principales y a sus capitanes que reunieran a todos los hombres de reconocido valor que estuviesen dispuestos a ofrendar su vida por la causa de los mexicanos y los tlatelolcas, y se aprestasen para la defensa de Tenochtitlan.

Mientras esto sucedía, yo puse mi atención en Cohuanacotzin, el señor destronado de Tetzcuco, quien dictaba un mensaje para su hermano Ixtlilxóchitl en el que le recriminaba que favoreciera a los *popolocas* en contra de su propia patria y de sus deudos.

—Te recuerdo que eres hijo de Netzahualpilli —decía, entre lágrimas, con una voz amarga y melancólica—, que nuestro señorío forma parte de la Triple Alianza y que siempre hemos actuado juntos —concluyó con una indignación que rayaba en el despecho; sus gestos y ademanes, aunque dignos y viriles, estaban marcados por el sentimiento que llamamos *teyolpachoani*, que abate el corazón de la gente.

Sin poder contenerme, me acerqué a él y tendí mis brazos con la intención de estrecharlo, mas su mirada de extrañeza me contuvo.

—Sólo quiero que sepas que te admiro mucho, querido tío —dije en voz baja para no comprometerlo, di la media vuelta y me retiré en un suspiro.

La guerra va a devorarnos, pensé mientras las ayas me desvestían y alisaban mi cabello. Esa noche caí en uno más de mis ensueños. Vi entre un manto de sombras la figura de mi madre Miauaxóchitl que surgía empapada de una de las fuentes del Ayauhcalli, la Casa de la Niebla. Llevaba en sus manos un espejo enorme de obsidiana. Quise abrazarla, pero una barrera de aire helado se interpuso.

—¡Asómate, Tecuichpotzin! —dijo con un tono imperativo—. Mira bien lo que

ha de suceder y que te hará morir mil veces.

Yo, entonces, me asomé y hubiese sido mejor no hacerlo. Las visiones, a pesar de estar fragmentadas, fueron implacables. Unas de una nitidez sobrecogedora, otras parecían apenas esbozadas por la mano temblorosa de un *tlacuilo* sobre un amate tejido con el humo de la mala fortuna. Vi a los españoles salir de la ciudad de Tetzcuco con todo su ejército, para venir sobre Tenochtitlan, al onceno día del tercer mes llamado Hueytozoztli, que quiere decir Vigilia mayor, y al deceno de la semana llamado Matlactliomomecalli, Doce-Casa, que comúnmente corresponde al 10 de mayo de los *popolocas*. Avanzaron hasta llegar a Tlacopan donde se les hizo muy poca resistencia. Luego, se separaron como lo habían acordado y Cristóbal de Olid y sus huestes se dirigieron hacia Chapultepec, donde quebraron los caños de la fuente y nos quitaron el agua.

En el sueño, la sed comenzó a estragar mi garganta. Una sed insoportable que, supe, iba a agrietar los labios de nuestro pueblo, a secarles las entrañas. Volteé hacia donde estaba mi madre y extendí uno de mis brazos para, con la mano, tomar las lágrimas que escurrían por sus mejillas. Las llevé a mis labios y quise beberlas, pero las rehusé porque estaban saladas.

—Así, como tú has querido saciar tu sed con mi llanto, nuestra gente se verá obligada a beber el agua del lago, agua amarga, salada y mala para beber, donde se crían muchos animales que están en continuo movimiento, Tecuichpotzin. Muchos enfermarán y morirán por ello —dijo Miauaxóchitl con aflicción y sus palabras formaron una oráculo sombrío.

Volví al espejo en el momento en que Malinche e Ixtlilxóchitl botaban al agua los bergantines en un desembarcadero llamado Acachinanco. Ahí, Malinche se metió en los bergantines y comenzó a sondear el agua para saber por dónde podían navegar. «No vaya a ser que encallen en algún lugar» dijo, con voz agria, a uno de sus soldados.

Metieron dos *acalles* en el agua y los hicieron pasar por el camino de Xoloco. Ya a bordo y con los cañones listos, Malinche y sus capitanes juraron que habían de destruir a los mexicanos y acabar con ellos, e izaron su gran estandarte de lienzo. No iban de prisa, no se alteraban. Tañían sus tambores, tocaban sus trompetas, sus flautas, chirimías y silbatos.

Los sonidos rechinaron en mis oídos igual que los gritos de las plañideras en los sepelios. Supe que era la música que precede a la muerte. ¿Quiénes caerán a los primeros embates?, me pregunté.

El primer encuentro se dio en el cenicero de Tlatelolco o en la Punta de los Ailes. Luego hay marcha y combate. De un lado y otro hay muertos, de un lado y otro hay cautivos. Los tenochcas habitantes de Zoquiapan emprendieron la fuga. No comprendían el estruendo de los cañones ni por qué envueltos en sus truenos, los guerreros caían desmembrados, agonizantes. Unos echan a correr llenos de miedo, los niños son llevados por el agua al lado de otras personas. Van por el agua sin rumbo ni

tino. Nada toman consigo. Por el miedo dejan todo abandonado, dejan que se pierda su pequeña hacienda. Nuestros enemigos se apoderan de las cosas... Toman y arrebatan las mantas, las capas y frazadas, las insignias de guerra, los tambores y los tamboriles.

Tanto españoles como sus aliados quisieron llenarse las alfardas y los morrales lo más pronto posible. La codicia campeaba por todos lados, igual que si fuese el mayor de los fantasmas que llamamos *tlacanexquimilli*. Nada les importaba la vida con tal de llevarse un puñado de oro.

Los españoles llegaron a Xoloco, donde hay un muro que por medio del camino cierra el paso. Lo derribaron a punta de cañonazos. Los bergantines se enfrentaron a las frágiles canoas defendidas por escudos de los mexicanos y tlatelolcas. Los tiros de los cañones masacraron a los nuestros. No sabían defenderse y se aglomeraban frente a los cañones que iban en la proa. Murió mucha gente y se hundió en el agua, quedaron en lo profundo violentamente. De igual forma, las víctimas de las flechas de hierro ya no podían escapar, al momento exhalaban su aliento final. Sin embargo, los mexicanos aprendieron pronto. Ya no se colocaron en línea recta ni se aglomeraron. Se apartaron y se guardaron de la artillería. Comenzaron a culebrear con las canoas, se agazaparon en el fondo y se retiraron hacia donde había casas o muros que podían resguardarlos. Se metían rápidamente en las casas y por los trechos que hay entre ellas. Se echaban por tierra, y se apretaban a ella. La matanza fue brutal. Fueron tantos los que murieron, que se tiñó toda la laguna grande de sangre, tanto que en verdad no parecía agua.

Llegaron a Huitzilan, donde hay otra gran muralla. Los mexicanos estaban agazapados detrás y se protegían con ella. Entraron en acción los cañones y pronto la derrumbaron. Los españoles desembarcaron y se enfrentaron a los Caballeros Águila, a los Caballeros Tigre. Los de a caballo alancearon a quienes los enfrentaban. Muchos de los tlatelolcas, que se habían refugiado en la casa de mi padre, en el palacio de Motecuhzoma, se toparon de improviso con ellos. Un capitán español alanceaba a los de Tlatelolco y atravesó a uno de nuestros guerreros que había alcanzado el grado de *cuachic*. Éste, resistiendo el dolor que le provocaba la herida, asió la lanza y la sostuvo. Luego llegaron sus compañeros a quitarle la lanza al soldado español. Lo hicieron caer de espaldas del caballo y, cuando cayó en tierra, le dieron de golpes y le cortaron la cabeza. Ahí quedó muerto y su cabeza rodó hasta los pies de mi madre. Ella la cogió por los cabellos rubios y la levantó para mirarla de frente. Escupió sobre el rostro lívido y la arrojó hacia una acequia. La cabeza boqueó y gritó, mas al fin se hundió. Se derritió encima de la luna de obsidiana.

No tuve tiempo para horrorizarme. De inmediato surgió una nueva imagen. Los españoles y miles de tetzucucanos estaban reunidos en un lugar llamado Cuauhquiyauc o Puerta del Águila, en el patio central del Templo Mayor de Tenochtitlan. En él había una águila hecha de piedra tajada, grande y alta como un estado de hombre y tenía como comparte y consorte un tigre; en la otra parte estaba

un oso mielero, también labrado en piedra. Los mexicanos estaban escondidos detrás de ocho columnas de piedra. También habían trepado a la azoteas de las casas adyacentes. Sus alaridos y gritos de guerra perturbaban a los españoles. Más aún la lluvia de flechas y piedras que les arrojaban. Los españoles dispararon sus cañones y arcabuces y todo se cubrió con un humo espeso. Entonces, los mexicanos huyeron. No querían mostrarles las caras y menos morir destripados. Los *popolocas* se metieron hasta donde estaba la piedra redonda del «sacrificio gladiatorio», junto al *teocalli* de Huitzilopochtli, y ahí colocaron uno de sus cañones. Mientras esto hacían, unos sacerdotes que estaban sentados sobre el *cu* de Huitzilopochtli tocaban el *teponaztli* y cantaban loas al dios para que protegiese a los tenochcas en la guerra. Con todo ímpetu tocaban sus atabales. Gonzalo de Sandoval no pudo soportarlo. Él y varios de sus hombres treparon por las escalinatas, los golpearon y los echaron por las gradas abajo del *cu*. Los tenochcas, enfurecidos por el cobarde asesinato, acudieron en tropel y los enfrentaron. El encuentro fue terrible. Los mexicanos peleaban reciamente. Hubo muchos muertos de ambos bandos. Los españoles huyeron y fueron a recogerse en la estancia de Acachinanco. Sin embargo, no pudieron llevarse el cañón, y éste quedó abandonado. Los guerreros mexicanos lo arrastraron furiosos y lo echaron a un agua profunda que llamábamos Tetamazolco o Sapo de Piedra, que estaba cabe el monte que se llama Tepetzinco, donde están los baños.

La reacción de los españoles no se hizo esperar. El espejo me mostró un ejército nutrido por miles de guerreros tetzucucanos, tlaxcaltecas, aculhuas, chalcas y de otras naciones enemigas, que penetraba en nuestra ciudad, masacraba a nuestros guerreros e incendiaba y arrasaba casas, palacios y templos sin la menor consideración. Vi arder entre las llamas el palacio de mi abuelo Axayácatl, el palacio de Motecuhzoma; a los tlaxcaltecas destruir con una saña indescriptible las Casas Nuevas, los jardines, la Casa de las Aves, sin que dejaran piedra sobre piedra. También, al padre Olmedo y a muchos españoles trepar sobre los *teocalli* de nuestros dioses y arrojar sus imágenes de piedra por las gradas y, después, incendiar todo lo que estaba a su alderredor. Así, conforme avanzaban, todo quedaba destruido: las casas de los *pipiltin*, las chozas de los *macehualtin*... Y entre toda esta vorágine, la figura de nuestro más terrible enemigo, Ixtlilxóchitl, armado con una espada española, cercenaba de una cuchillada los muslos de uno de nuestros capitanes; perseguía, después de haberlo herido, a otro capitán muy valeroso y deudo suyo hasta el palacio que había sido de su hermano Cacamatzin, y rabiaba por no poder matarlo debido a la resistencia que le hicieron los guerreros mexicanos, entre los que hacía gran matanza.

Mis ojos, atrapados por una somnolencia perversa, no pudieron apartarse de las imágenes que me mostraba Miauaxóchitl. Yo quería despertar, escapar de los colmillos que me enseñaba la muerte, pero ella con sus brazos de agua me llevó al lado de Hernán Cortés para ver cómo ordenaba a los bergantines y canoas de Tetzcuco que cercasen la ciudad por todas partes, que quemasen todas las casas que pudiesen y matasen o prendiesen toda la gente que tuviesen a mano. Luego, Cortés,

junto con Ixtlilxóchitl y su ejército entraron por la ciudad y ganaron la calzada de Tlacopan, lo que les permitió comunicarse con Pedro de Alvarado, quien, junto con Sandoval, también habían ganado una buena parte del terreno.

Fue cuando nuestra gente comenzó a huir hacia Tlatelolco. Hacia allá condujeron a Huitzilopochtli y lo fueron a depositar en la Casa de los Muchachos que está en Tlatelolco. Y nuestro *huey tlatoani* Cuauhtémoc fue a establecerse en Acacolco. El llanto era general, lloraban con grandes gritos. Lágrimas escurrían por los ojos femeniles. Muchos maridos buscaban a sus mujeres. Unos llevaban en los hombros a sus hijos pequeñitos. Tenochtitlan fue abandonada en un solo día.

Se había perdido después de ochenta largos días, en los que la sed, la hambruna y las enfermedades hicieron más estragos, quizá, que los perpetrados por nuestros enemigos. Unas voces que decían «Hemos comido palos de colorín, hemos masticado grama salitrosa, piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo, gusanos...» rajaron el espejo y éste se quebró entre las manos de mi madre. Se hizo añicos al igual que mi *tonalli* y yo desperté como, imagino, resucitan los muertos.

Unos gritos e imprecaciones llegaron a mis habitaciones desde el exterior como una barahúnda difícil de asimilar. Tuve que hacer un gran esfuerzo para comprender que estaba en el palacio de mi señor Cuauhtémoc, en Tlatelolco, y dominar la confusión de mis nervios. Desde una esquina, Xochipalli y Tzilacayotl me miraban consternadas.

—Ha caído Tenochtitlan, señora Tecuichpotzin —dijo la primera con voz de cantarito roto.

—Los tenochcas se han venido a refugiar aquí, señora —agregó Tzilacayotl en el tono que usaban los *calpixqui* para dar sus informes—. Han ocupado las casas y los terrenos que la señora Papatzin y sus hermanitas Ilancueitl y Macuilxóchitl alistaron para darles albergue. Sin embargo, muchos andan desbalagados por las calles, el mercado y los canales, y todavía no encuentran acomodo.

—Los tlatelolcas, hasta ahora, se han portado bien y hacen todo lo posible para organizar la situación, Tecuichpo —interrumpió Macuilxóchitl, quien se presentó de improviso—. Por lo pronto, han convocado a los tenochcas para que se reúnan con los jefes de los barrios de la ciudad y sigan sus indicaciones...

Unas voces, que parecían confirmar lo dicho por Macuilxóchitl, captaron mi atención e hicieron que corriese hasta una terraza para enterarme de lo que pasaba.

—Señores nuestros, mexicanos, tlatelolcas —clamaba un jefe de *calpulli* frente a un grupo de guerreros y de *macehualtin* que lo rodeaban—. Un poco nos queda. No hacemos más que guardar nuestras casas. Los enemigos no se han de adueñar de los almacenes del producto de nuestra tierra. Aquí está nuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz. Lo que para vosotros guardaba nuestro *huey tlatoani*: escudos, insignias de guerra, rodela ligeras, colgajos de plumas, orejeras de oro, piedras finas. Todo eso es nuestro. No se desanimen, no pierdan el espíritu de lucha. ¿A dónde, pues, hemos de ir? ¡Mexicanos somos, tlatelolcas somos!

Las palabras del *calpullec* tlatelolca me confortaron, sobre todo cuando vi a los guerreros aproximarse para recobrar sus insignias y los objetos de oro y de pluma de quetzal, lo que significaba que aún estaban dispuestos para continuar la batalla.

Volví a la estancia y abracé a mi hermana. Macuilxóchitl había adelgazado un poco y se había cortado el pelo. Parecía un mancebo y se lo dije.

—Me he preparado para participar en los combates, Tecuichpo —respondió con orgullo—. Lo mismo han hecho otras mujeres. Estamos a la espera de que Cuauhtémoc nos lo demande.

—¿Cuauhtémoc? —inquirí más que nada para volver a situarme en la realidad—. ¿Está en el palacio de Acacacolco?

—Así es, Tecuichpo —contestó sin darme tiempo siquiera para desenrollar la lengua—. Los combates continúan sin tregua y él tiene que dirigir a sus batallones desde dondequiera que se encuentre... No desesperes. Pronto vendrá a verte. Tengo el presentimiento.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar a mi hermana. Mi señor no sólo estaba vivo sino que vendría a verme, abrazarme, poseerme. ¡Qué alegría! Mi cuerpo se empañó en sudor, mientras las caricias imaginarias de Cuauhtémoc lo recorrían y lo hacían ondularse como si fuese un *acamapichtli*, un puñado de cañas mecidas por el viento.

Macuilxóchitl, entonces, me acarició el cabello.

—Y si él no viene pronto, tú puedes salir a buscarlo —me susurró al oído y, enseguida, se retiró con paso menudo, pero firme.

No necesité de mayores estímulos. Esa tarde decidí despojarme de mi calidad de señora principal y salir a recorrer las calles. Sentí la necesidad imperiosa de estar en los lugares donde mi señor Cuauhtémoc y sus capitanes enfrentaban a nuestros enemigos y ver con mis ojos los actos heroicos de los campeones del Anáhuac... Y si de pasada me topaba con él...

Ordené a mis ayas que me atildaran como si fuese un joven *tequihua*, que disimulasen mi cabello con una diadema hecha con piel de *ocelotl*, me tiznasen el rostro con unas franjas negras y me vistiesen con la cota de algodón y los *cacles* o sandalias cubiertos de oro y pedrería. Tomé una rodela que tenía pintado un tigre y me armé con la macana y la lanza que había utilizado durante mi aprendizaje.

Pedro de Alvarado, el maldito Tonatiuh, se había metido en una estancia llamada *Iliácac* o Punta de Alisos, para pelear en contra de los guerreros tlatelolcas. Para allá me fui guiada por Pilotl, quien, aunque de muy mala gana porque arriesgaba el pellejo si Cuauhtémoc se enteraba, se había prestado a servirme de guía.

Ahí llegamos muy machos, muy ufanos de que nadie había notado mi impostura; mas no tuvimos que participar. Los tlatelolcas eran hombres muy valientes y era como si los españoles se arrojaran contra una roca. Hubo batalla de ambos lados: en el campo seco de las calles y en el agua con las canoas que tenían sus escudos de defensa. Al final, Alvarado quedó rendido y se volvió. Fue a acampar en Tlacopan.

Cómo le gritaban los mexicanos y los tlatelolcas para humillarlo mientras huía.

«¿Qué te crees Tecuecucuechtli-truhán, payaso; que estás peleando contra otra Motecuhzoma?».

Dos días después, Pedro de Alvarado regresó para cobrar venganza de nuestros guerreros. Venía bravo y acompañado de miles de tlaxcaltecas. Decidido a derrotarnos, supongo que había pedido a Malinche que lo apoyara con los bergantines y algunos batallones de tetzucucanos. Dos bergantines llegaron hasta el barrio de Nonoalco: ojearon de por allí todas las canoas de guerra y saltaron a tierra. Comenzaron a entrar entre las casas, hasta que llegaron al centro del poblado.

Nadie se atrevía a enfrentarlos. No es que lesuviésemos miedo, sólo que no éramos *pinomes*, que en la lengua de los *teteu* quiere decir «pendejos». De pronto, llega Tzilacatzin, gran capitán, muy macho. Trae consigo bien sostenidas tres grandes piedras, redondas, de roca blanca. Una en la mano lleva, las otras dos en sus escudos. Luego con ellas ataca y a pedradas mata a algunos de los españoles. Los españoles y sus aliados se metieron al agua. Desesperaban por llegar hasta los bergantines, pero igual las pedradas de Tzilacatzin los mataron.

Yo no podía dar crédito a lo que sucedía. El miedo que provocaba ese hombre entre propios y extraños era extraordinario. Volteé a mirar a Pilotl. Éste esbozó una sonrisa.

—Tzilacatzin es un guerrero *otomí*, señora —dijo con admiración—. Por eso se trasquila el pelo a la manera de los *otomíes*. No tiene en cuenta a sus enemigos, sean quienes fueren. Con su ferocidad espanta no solamente a los tlaxcaltecas amigos de los españoles, sino también a los mismos españoles. En nada los estima, sino que a todos llena de pavor.

Más adelante y en muchas batallas tuve la oportunidad de ver pelear a este gran guerrero. Siempre, tan pronto como lo veían, nuestros enemigos se amedrentaban y procuraban con esfuerzo ver en qué forma lo mataban, ya fuera con espada, o con un tiro de arcabuz. Pero Tzilacatzin se disfrazaba para que no lo reconocieran. Tomaba, a veces, sus insignias: su bezote y sus orejeras de oro, también, se ponía un collar de cuentas de caracol. Solamente dejaba descubierta su cabeza, para mostrar que era *otomí*.

Otras veces sólo llevaba puesta su armadura de algodón y con un paño delgadito envolvía su cabeza, o se ponía un casco de plumas, con un rapacejo abajo y con su colgajo del águila que le colgaba del cogote. Era el mismo atavío con que se aderezaba el *tetlapanquetzalli*, el que iba a echar víctimas al fuego. Salía, pues, como un echador de víctimas al fuego: tenía sus ajorcas de oro en el brazo que relucían con intensidad. También llevaba en las piernas sus bandas de oro ceñidas, que no dejaban de brillar.

Otro día los españoles volvieron al ataque. Vinieron todos al barrio de Nonoalco, tanto los de Tlaxcala, como los *otomíes* de Tetzcuco. Llegaron hasta junto a la Casa de la Niebla, Ayauhcalco. Trabóse reciamente la batalla y peleamos todo el día y toda la noche. Había muertos de un bando y de otro. Los enemigos eran flechados todos y,

también, los mexicanos. Me vi envuelta en una escaramuza y tuve mi bautismo de fuego y sangre.

Sin que nos percatáramos, Pilotl y yo fuimos empujados por los hombres del batallón que mandaba un *chichimeca*-águila, llamado Temoctzin, hasta quedar frente a los arcabuceros de Gonzalo de Sandoval, quienes disparaban a mansalva con un desconcierto macabro. Muchos tlatelolcas y mexicanos caían con el pecho destrozado o los miembros desgarrados. La mayoría tenía las tripas por fuera y sus gritos de agonía me ponían la piel como pellejo de guajolote. De pronto, sentí un empujón y un golpe en mi brazo izquierdo que, en lugar de acobardarme, hicieron hervir mi sangre. Vi al español que me había disparado y, antes de que pudiese llenar de perdigón su arcabuz, le asesté un golpe de macana en medio de la cara. La sangre brotó con abundancia y lo encegueció. El *teteu* llevó sus manos al rostro. Pilotl, entonces, aprovechó su desconcierto y le propinó un tajo en el cuello. Ahí quedó muerto el infeliz, mientras nosotros reculábamos y nos mezclábamos con nuestros compañeros.

Salimos del lugar donde la lucha se había vuelto encarnizada y fuimos a colocarnos detrás de un murete para revisar mi herida. No era nada de importancia. Un simple rozón.

—Tuviste suerte, señora Tecuichpotzin —dijo mi guía—. Por un momento, creí que te perdía.

Yo respondí con una sonrisa bobalicona. Estaba contenta, feliz de haber actuado con valor y destreza.

—¡Ya soy un *iyac*! —grité y unos guerreros que pasaban me vieron con simpatía.

La batalla se prolongó hasta la noche, cuando los españoles se retiraron sin habernos derrotado. Durante las acciones pude observar a tres capitanes mexicas que, además de segar la vida de innumerables enemigos, nunca retrocedieron. Nada les importaban los enemigos; ningún precio tenían de sus propios cuerpos. Sus nombres eran Tzoyectzin, Temoctzin y Tzilacatzin.

A la mañana siguiente, Macuilxóchitl, que aprovechaba cualesquier oportunidad para meterse en las batallas y, según sus palabras, flechar a cuanto tetzucano o tlaxcalteca se le pusiera al alcance, me informó que los guerreros *chinampanecas* de Xochimilco, Cuitláhuac, Mizquic, Colhuacán, Mexicatzinco e Iztapalapan se habían presentado ante Cuauhtémoc para ayudar un poquito a la ciudad.

—¡Uy, hermana, hubieses visto la cara de satisfacción que puso tu marido, cuando los *chinampanecas* le dijeron: «Ésta es una embajada de los señores que aún mandan por allá. Han venido acá en barcas los Águilas y los Tigres. Aquí están los mejores soldados que entre nosotros hay, para que ayuden por agua y por tierra». Dizque de esta forma echarán fuera a nuestros enemigos!

—¿Y cuál fue la respuesta de mi esposo, Macuilxóchitl?

—Él, por conducto del *cihuacóatl*, les dijo que estaba bien, que nos hacían un gran favor, pues necesitaba la participación de sus hombres. Luego, les dieron armas y escudos. Les dieron a beber cacao, a cada uno un tazón. Ellos lo bebieron, hasta que

el *cihuacóatl* les dijo: «Perfectamente... Que siga la batalla, guerreros. Ya vienen nuestros enemigos».

Ambas sonreímos y nos abrazamos porque creímos que, con el incremento de nuestras fuerzas, aún nos quedaba un resquicio de esperanza. ¡Ay, cuán confundidas estábamos!

No habían pasado unas horas cuando escuchamos un gran alboroto y nos enteramos que los xochimilcas, en lugar de pelear al lado de nuestros guerreros, habían aprovechado que los hombres de muchos poblados estaban inmersos en la guerra, para arrebatar lo que podían a la gente; robar a las mujeres, a los niños y a las ancianas desprotegidas. A algunos pobladores inermes, tranquilamente los habían matado y a otros se los llevaron.

Su cobardía causó consternación y provocó un escarmiento ejemplar. Los capitanes mexicanos que los descubrieron dieron la alarma: «Mexicanos, ¿qué es lo que hacen estos pérfidos? ¡Vengan, vamos a seguirlos...!» Las canoas partieron veloces desde Nonoalco y los detuvieron. Los llevaron prisioneros a Yacacolco y Acacolco ante la presencia de Cuauhtemotzin y el Señor de Cuitláhuac, Mayehuatzin. Este último, ahí mismo mató en sacrificio a cuatro de sus vasallos. Cuauhtémoc hizo otro tanto. A los demás, los llevaron a los templos de los dioses donde fueron sacrificados. Poco después, los habitantes de Xochimilco y Cuitláhuac fueron castigados y diezmados sin consideración.

Confirmé, debido a ese incidente, que la guerra hacía aflorar los peores instintos de la gente. Presencié actos de una maldad que jamás había imaginado, ejecutados con una cobardía nauseabunda. Las traiciones, deslealtades, engaños y mentiras se habían vuelto muy comunes. No sin sentir un profundo coraje, había visto a algunos capitanes tenochcas, por suerte muy pocos, cortar sus cabellos y despojarse de los penachos que los distinguían como guerreros, porque se habían acobardado o ya no creían en nuestra causa; y a sus señores principales y a sus mujeres sufrir la burla que hacían los tlatelolcas de los desertores: «¡No más estánle allí parados! ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara por ustedes!» Y a las mujeres afrentadas, llorar y esconder la cara.

Nadie estaba a salvo. Incluso supimos que en los reales de Hernán Cortés, un grupo de españoles, encabezados por un tal Antonio de Villafaña, se habían sublevado, pretendido dar muerte a su capitán y largarse de nuestras tierras. Pero Malinche descubrió la conspiración y colgó a Villafaña de la rama de un árbol que estaba a su alcance.

Yo sabía que Macuilxóchitl iba de un lado a otro de la laguna metida en cuanta escaramuza le daba la oportunidad de deshacerse de algún enemigo, pero que lo hacía sin exponerse demasiado y eso me tenía tranquila. Era más bien Ilancueitl, de la que no sabía nada hacía varios días, la que me mantenía preocupada. Mas, para mi fortuna, por fin apareció.

—¿Dónde andabas? —le reocriminé tan pronto la vi llegar con las ropas

destrozadas y en un estado lamentable.

—¡Ay, Tecuichpo! Peleando contra los soldados de Malinche en Tlacopan, donde los tlacopaneca le tendieron una celada que le costó la pérdida de dos de sus mozos de espuela, uno de a caballo al que le decían Pedro Gallego y un arcabucero que se quiso hacer muy macho y que mentaban Francisco Martín, El Vendaval, que, la verdad, no sé que quiere decir.

—¿Y tú estabas ahí, Ilancueitl?

—¡Claro! ¿Por qué crees que ando en esta facha? Yo misma le eché mano al tal Pedro. Lo prendí de las crenchas y le arranqué un cachete de una mordida. También fui a llevar a los cautivos con nuestro señor Cuauhtémoc para que los sacrificara en el *teocalli* de Huitzilopochtli. Creo que tu esposo me reconoció debajo del disfraz que me puse, pero no dijo nada. Sólo me miró con ternura y creí ver una sonrisa en sus labios.

—¡Cuauhtémoc! —exclamé sin poder evitarlo.

—No descansa, Tecuichpo. Dirige la guerra y las fiestas en los templos. Todos los días ora en los *cu* con los *tlamacazqui* y las *cihuatlamacazqui* y sacrifica cautivos a los dioses. Allí donde la batalla es más cruenta y terrible, se presenta de improviso y ordena: «¡Mexicanos, combatan! ¡Honren a nuestros dioses!» Y todos se inflaman y combaten con una fiereza que da gusto verla.

—¡Ah, Cuauhtémoc! —volví a exclamar con el deseo de tocarlo.

Ilancueitl se retiró a sus aposentos. Mientras lo hacía, yo no dejaba de pensar en que, quién iba a imaginarlo, ella tan menudita y delgada, una chiquilla que aún no acababa de formarse, y ya metida en la lucha a la par que los hombres.

Pilotl, quien tomaba sus compromisos para conmigo como cosa de vida o muerte, pasó por mí en la madrugada. Xochipalli me había prevenido para que estuviese lista.

—¿A dónde vamos, Pilotl?

—¡A Yahutenco, señora! —dijo en voz baja—. Sabemos que los españoles, sin la compañía de sus aliados, quieren atacarnos por ese lado.

Llegamos en el momento en que disparaban sus cañones y sus ballesteros arrojaban pasadores de hierro. Fuimos a resguardarnos donde estaban los mexicanos. Yo me coloqué detrás de un muro y Pilotl, a unos cuantos pasos, detrás de una casa.

Nuestros capitanes gritaban: «¡Ea pues mexicanos! ¡Ahora es cuando!» Comenzaron a tocar sus flautas y caracolas, y a lanzar flechas y piedras. También golpeaban y blandían sus *chimalli*, de suerte que metían el miedo entre las piernas de los *popolocas*. Éstos, sin la compañía de los tetzucucanos y tlaxcaltecas, se zurraron en los calzones. Olimos su pestilencia y supimos que los íbamos a hacer pedazos. Echaron a correr hacia sus bergantines, pero nuestros guerreros capturaron a quince que chillaban peor que los cerdos que, tiempo después, trajeron a nuestras tierras.

Los españoles retiraron sus bergantines a unas cuantas brazadas de la orilla de la laguna. Desde ahí, vieron cómo los nuestros llevaban cautivos a sus compañeros hasta un *cu* que se llama Tlacochealco o Casa del Arsenal. Ahí, al momento, los

despojaron, les quitaron sus armaduras, sus cotas de algodón y todo cuanto tenían puesto. Del todo los dejaron desnudos. Luego, así, ya convertidos en víctimas, les sacaron los corazones delante del dios Macuiltotec, frente a los ojos aterrorizados y las exclamaciones de horror de unos que se creían invencibles.

Esta derrota y el sacrificio de sus compinches se convirtió, estoy segura, en una espina de maguey en el *tzintli* o culo, como ellos le nombran, de Malinche e Ixtlilxóchitl y de sus capitanes, porque no pararon de atacarnos con sus bergantines con una ferocidad inusitada.

La tarde de ese mismo día, Macuixóchitl me contó que habían llevado los bergantines al rumbo de Coyonacazco para darnos batalla y atacar. Los españoles, al mando del capitán Rodrigo de Castañeda, acompañado por Xicotécatl, echaron pie a tierra.

—Hubieras visto a Xicotécatl, Tecuichpo, se movía como el *uexólotl*, muy ufano, muy aguerrido, con su penacho de plumas de quetzal y dando voces, dizque para meternos miedo. Luego, nos miraron con desprecio y, al mismo tiempo, dispararon uno sus flechas y el otro sus pasadores de hierro. Castañeda hirió a uno de los nuestros en la frente y lo mató; mas no acababa de hacerlo, cuando nos arrojamos sobre de él y a pedradas lo abrumamos. Estuvimos a punto de matarlo o de ahogarlo, pero él se sujetó de una soga que colgaba del bergantín y pudo escapar. Sin embargo, sus gritos de pánico: «¡Ay, que me matan los salvajes!» y «¡Sálvame virgencita que me comen el corazón!», dichos con una voz mujeril y chillona, nos causaron gran regocijo.

Otro día, los españoles y sus arrimados se metieron por un camino que conduce a donde mercadeábamos la sal, allá por el poblado de Cuauecatitlan, y se pusieron a prepararlo para que pudiesen pasar los de a caballo. Echaron allí adobes, maderamiento de las casas: los dinteles, las jambas, pilares, columnas de madera y unas cercas hechas con cañas, hasta que cegaron el canal y el camino quedó franco.

Pilotl y yo nos habíamos unido a un batallón que mandaba el capitán tlapaneca, con grado de *otomí*, llamado Hecatzin y estábamos agazapados y al acecho para atacarlos en el momento oportuno. Vimos venir a los españoles con su bandera por delante, seguidos por los tlaxcaltecas, tetzucucanos y demás aliados, todos en orden de guerra. Los tlaxcaltecas se hacían muy valientes, movían altivos sus cabezas, se daban palmadas sobre el pecho, hacían sonar los tambores, los pífanos, y cantaban a voz en cuello los muy desgraciados, porque, estoy segura, creían que nos iban a dar una paliza.

Nosotros los dejamos llegar. Dejamos que pasaran los que llevaban los cañones y los de a caballo. De pronto, Hecatzin dio las voces: «¡Guerreros de Tlatelolco, ahora es cuando! ¿Quiénes son estos salvajes? ¡Que se dejen venir acá...!», y les caímos encima.

Hecatzin, quien tenía el grado de *cuachic* y fama de ser muralla de los suyos, furioso, rabioso contra sus enemigos, y señalado por su valentía, derribó a un español

de su caballo y lo azotó contra el suelo. El español se levantó como pudo y, a su vez, arrojó a Hecatzin contra un arbusto. Ahí se agarraron con furia, hasta que llegaron otros guerreros y capturaron al *popoloca*, que ya estaba más muerto que vivo.

Pilotl y yo nos lanzamos a la lucha con un furor incontenible. Mexicanos y tlatelolcas estábamos ese día como si cada uno hubiese bebido varias tinajas de *octli*. Peleábamos con el arrojo y la despreocupación propia de los borrachos. Sin cuidarnos, nos arrojamos contra nuestros enemigos y cautivamos muchos tlaxcaltecas, chalcas, xochimilcas y tetzcucanos. Matamos a muchos de ellos. Hicimos saltar a los españoles en las acequias y los perseguimos por el agua. El suelo se puso muy resbaloso, tanto por el agua como por la sangre, y nuestros enemigos no pudieron escapar. Pilotl y yo capturamos a un español sin hacer mayor esfuerzo. Simplemente lo pepenamos por los cabellos y lo golpeamos hasta que perdió el sentido. Los de Tlatelolco les arrebataron el pendón que portaba un caballero español y eso motivó la desbandada. Fue una batalla memorable.

Después, una vez que quienes habían perseguido a los españoles regresaron, pusimos a los prisioneros en procesión, todos maniatados. Los llevamos a rastras hasta Yacacolco y Acacolco. Unos iban llorando, otros, sobre todo los tlaxcaltecas y los tetzcucanos, se daban palmadas en la boca, como era costumbre en las guerras. Los pusieron en hilera delante del *cu* que se llamaba Mumuzco. Primero los españoles y en seguida, en pos de ellos, sus aliados. Uno a uno les sacaron los corazones. Acabados los sacrificios, ensartaron en picas las cabezas de los españoles, todas espetadas por las sienes. Los sacerdotes hicieron *tzonpantli* para escarmiento de nuestros enemigos. Colocaron las cabezas de los españoles arriba y las de sus caballos abajo. Las cabezas de sus aliados fueron despreciadas. Las arrojaron por las gradas del *teocalli* para que se alimentaran los perros. Murieron en esta batalla cincuenta y tres españoles y cuatro caballos.

El sol estaba en el ocaso cuando decidimos regresar a palacio. Yo iba aterida, el frío se me había metido a los huesos y me dolía la cabeza. En la refriega, alguien me había dado con su espada en un muslo y éste me dolía y hacía que renqueara. Pasamos junto a varios sitios donde todavía se peleaba. Algunas casas y edificios ardían, y el reflejo del fuego reverberaba en la laguna y en los canales. Encontramos muchos cadáveres tirados por doquier y me llamó la atención que algunos no presentaran señales de heridas.

—¡Han muerto de hambre o de enfermedad, señora Tecuichpotzin! —dijo Pilotl con tono fúnebre—. Nuestros enemigos han cortado toda posibilidad de abastecernos. Nuestro pueblo está plenamente angustiado. Padece de hambre, desfallece. No beben agua potable, agua limpia, sino agua de salitre. Muchos hombres han muerto a resultas de la disentería. Lo único que nos queda para comer son lagartijas, golondrinas, ratones, la envoltura de las mazorcas, la grama salitrosa. La gente anda masticando semillas de colorín, lirios acuáticos, relleno de las construcciones y cuero y piel de venado.

Guardé silencio y quise imaginar cómo lo hacían.

—Lo asan, señora —dijo Pilotl como si hubiese leído mis pensamientos—, lo requeman, lo tuestan, lo chamuscan y lo comen. También se alimentan con algunas yerbas ásperas y aun con barro.

—¡Nada hay como este tormento, Pilotl! —exclamé entonces—. Tremendo es estar sitiados...

Yacapatlahuac y Xochipalli se asustaron al vernos llegar, sobre todo al reparar en mi pierna ensangrentada y en la mueca de dolor que llevaba impresa en la boca.

—¡Señora! —exclamó la primera, y no pudo decir más porque Xochipalli, sin decir ¡agua va!, se había arrojado sobre Pilotl, lo matraqueaba a su gusto y lo regañaba como si fuera un inepto incapaz de cuidar de mi persona—: ¿No te dije que la cuidarás, *zacachichimeca*? —gritó—. ¿No te pedí que le sirvieras de escudo para que nadie la hiriera? ¿Qué eres *uiuillaxpol*, lento de movimiento? ¿O, acaso, mi pobre señora estuvo todo el tiempo acompañada por un ratón de milpa, que no supo dar su vida antes de que los *teteu* la hirieran?

Pilotl no atinaba qué contestarle o cómo defenderse, así es que optó por una retirada más o menos decorosa y echó a correr antes de que su mujer se pasara de tueste.

Ambas me condujeron hasta mis aposentos, me despojaron de los hilachos que cubrían mi cuerpo y me colocaron sobre una estera.

—Hay que curar esa herida antes de que se encone —escuché decir a Yacapatlahuac, a punto de que el cansancio y la febrícula me adormecieran.

Cuatro días estuve guardada en mis habitaciones. Tzilacayotl lavó con mucho cuidado la herida y después, aconsejada por Papatzin Oxomoc, hizo traer a una curandera para que ésta me diese a beber alguna pócima que detuviera la infección y para que me aplicase unos emplastos de *pozahuilzpahtli*, una medicina contra la hinchazón que se prepara con varias plantas, entre otras la llamada *tepeamalácotl*, que sólo ella sabía distinguir.

Mientras yo convalecía, la guerra continuaba. Todos los días y a toda hora, ya fuese porque Macuilxóchitl o Ilancueitl llegaban a visitarme o porque Pilotl se colaba a hurtadillas, recibía noticias de lo que afuera sucedía.

Así, supe que los españoles se habían metido en el mercado de Tlatelolco, habían alanceado a cuantos topaban, matado a muchos guerreros mexicanos y, lo más triste, incendiado el templo de Huitzilopochtli y asesinado a sus sacerdotes. Me contó Macuilxóchitl, sin ocultar la emoción que ello le ocasionaba, que la intensidad de las batallas se había incrementado, al grado de que parecían llover los dardos; cual serpientes iban pasando las flechas, deslizándose en tropel. Cuando de la lanzadera salen, son como un velo amarillo que se tiende sobre los enemigos.

—¡Ay, hermanita, nunca se había visto algo semejante! —me decía conmovida.

Malinche y sus capitanes estaban emperrados. Habían dado órdenes de que se

destruyesen e incendiasen todos los palacios y las casas conforme fueran avanzando dentro de nuestras ciudades. Fue en una de esas incursiones cuando Ixtlilxóchitl, quien había matado a varios capitanes mexicanos, prendió a su hermano Cohuanacotzin, que era entonces general de los mexicanos y se lo entregó a Cortés, el cual le mandó echar unos grillos y ponerlo en su real con muchas guardas.

—La noticia, ya de por sí adversa, ensombreció a nuestro señor Cuauhtemocztin no sólo por su pérdida, sino porque todos los vasallos *aculhuas* que estaban de su parte y habían estado a favor de los mexicanos, se pasaron a engrosar los ejércitos de Ixtlilxóchitl —fue la acotación de Ilancueitl que me dejó llena de amargura.

Otro día, Pilotl se presentó para contarme, con los ojos pelones por la impresión recibida:

—Los españoles hicieron un armatoste que llaman trabuco o catapulta para lanzar grandes piedras sobre los mexicanos que están en el barrio de Amáxac, señora Tecuichpotzin. —Luego, comenzó a describirlo y yo a abrir la boca como si fuese un zaguán, hasta que Pilotl soltó una carcajada y comentó—: Pero la honda de palo no les sirvió para nada, señora. La piedra que arrojaron fue a dar tan lejos que todos la vimos pasar como si se tratara de una *zoquiazolin*, una codorniz de lodo —la escena descrita por Pilotl, acentuada con ademanes harto graciosos, me hizo reír.

—Sabes, Pilotl —confesé—, tengo urgencia de volver a la guerra. Este encierro me resulta aburrido y doloroso. Sé que nuestros guerreros hacen hasta lo imposible por derrotar a los invasores y mírame, yo aquí hecha una inútil.

Pilotl no se atrevió a hacer comentario alguno. Eso estaba por encima de su condición y sólo se concretó a escucharme. Sin embargo, miró la herida que ya comenzaba a cicatrizar y me aseguró que al día siguiente, si yo así lo deseaba, podría volver al campo de batalla. Yo lo miré fijamente y le guiñé un ojo. Él comprendió.

La madrugada nos encontró, perfectamente armados y con los sentidos aguzados, corriendo hacia Yacacolco y Acacolco, para llegar al Copalnamacoyan, el sitio donde se vendía el incienso, a fin de enfrentarnos contra unos batallones de tlaxcaltecas.

Los de Tlaxcala, como era costumbre, se golpeaban el pecho, daban alaridos y hacían sonar sus atabales y flautas para infundirnos miedo. Nosotros los aguantamos a pie firme. Nos colocamos en hileras en pie de defensa. Muy fuertes nos sentimos, muy viriles nos mostramos. Ninguno se sentía tímido, nadie dio muestras de ser femenil. Nuestro *tlacateccatl*, con calma, sin alterar las facciones de su rostro, nos dijo: «Vengan hacia acá, guerreros». Luego, preguntó en voz alta para que todos lo escucháramos: «¿Quiénes son esos salvajillos?» Hizo una pausa y espetó en tono de burla: «¿Son sólo gentuza del sur del Anáhuac!» Entonces se lanzó a la contienda. La pelea duró casi todo el día. Logramos cercarlos e hicimos gran matanza de ellos. Murieron muchos pisados y apachurrados. En esta pelea las mujeres también lucharon. Cegaban a los contrarios con el agua sucia de las acequias que arrojaban con los remos de las canoas. Yo me sentí muy orgullosa del valor de nuestras mujeres y más de las señoras principales que habían acudido a apoyar a sus maridos.

Al día siguiente nos metimos por el camino que conduce al Tepeyácac hasta llegar al pueblo de Teteuhtitlan. Ahí, nuestros enemigos habían cegado, durante la noche, una alberca llamada Tlaixcuepan para que pudiesen pasar los caballos de los españoles, lo que ponía en peligro a los tlatelolcas. Ya, de pasada, habíamos visto consumirse por las llamas el Colegio de los Muchachos, en el lugar llamado Ayácac, e íbamos pesarosos y llenos de coraje. Por eso, cuando llegamos y vimos a los tetzucucanos haciendo gran gritería y alzando nubes de polvo para saquear a los pobladores indefensos del lugar, Pilotl y yo, en una forma por demás imprudente, nos arrojamos contra ellos y matamos a tres de nuestros contrincantes. Empero, no tardamos en vernos rodeados y con riesgo de caer cautivos.

—¡Corra, señora! ¡Sálvese y traiga refuerzos! —me gritó Pilotl al verme en peligro al tiempo que hundía su lanza en el pecho de un *tequihua* y me abría paso para que pudiese huir.

Mi primer impulso fue echar a correr, pero algo, creo que una lealtad instintiva, me obligó a detenerme y a girar sobre mí misma, de suerte que golpeé y desarmé al guerrero que sujetaba a mi compañero, quien, al verse libre, puso pies en polvorosa.

—Nos salvamos por un pelo —dijo, jadeando, Pilotl, una vez que estuvimos al amparo de los nuestros. Luego que se cercioró de que yo no estaba herida, comentó —: Qué raro que no nos persiguieron...

—¡Mira la respuesta! —exclamé y dirigí mi mano hacia una orilla de la laguna. Ahí, en efecto, los mexicanos flechaban a los tetzucucanos, a la vez que dos Caballeros Águila y dos Caballeros Tigre se ponían de pie, embarcaban en sendas canoas y remaban con fuerza para alcanzar y combatir a los cobardes que habían robado a los pobladores. Detrás de los caballeros salieron muchos en canoas que iban a todo remo, tanto que casi volteaban las barcas. Nuestros enemigos intentaron huir. Muchos murieron ahogados. A otros nomás los sacaron a tirones, como gente sin sentido; como desmayados, nomás como chapoteando, y otros sólo fueron a caer en las hendiduras de los palos que habían echado, de tal manera que quedaron ensartados de ellas y se hundieron del todo en el lago. En verdad muchos murieron allí. Volvimos a palacio, donde todo era conmoción y desorden, antes del anochecer. Los *calpixqui*, provistos con antorchas de oyamel, corrían de un lado a otro gritando sus órdenes y los sirvientes cargaban objetos de toda índole sin saber qué hacer con ellos. Corrimos hasta mis aposentos. Nos esperaban mis ayas y mis hermanas congregadas alderredor de Papatzin Oxomoc, quien, en mi ausencia, fungía como señora principal y se hacía cargo del desalojo que mi señor Cuauhtémoc había ordenado.

—Tenemos que salir de prisa, Tecuichpotzin —dijo Papatzin nomás verme entrar.

—¿Cómo? ¿Por qué? —indagué ignorante de lo que sucedía.

—Nuestro *huey tlatoani* así lo ha dispuesto, Tecuichpo —informó ella con un tonillo en el que se mezclaba la soberbia con la obsecuencia—. ¡Bástate con eso!

—Las cosas han empeorado, Tecuichpo —intervino Macuixóchitl, sin hacer caso de las muecas de reproche que hacía Papatzin—. Los *popolocas* han estrechado el

cerco. Nos han cercado y asediado de tal forma que ya nadie puede ir a parte alguna. Cuauhtémoc y los demás señores temen, no sin razón, que asalten el palacio, lo incendien y nos pasen a todos a degüello. Han ordenado que nos traslademos a otro lugar más seguro, que vayamos a la casa del *cihuacóatl* Temilotzin, en el barrio de Coatlan, nos acomodemos como mejor se pueda y esperemos a que él nos mande decir lo que debemos hacer.

No opuse reparo alguno. Di instrucciones a mis ayas y pedí a Pilotl que reuniera una guardia para que se nos escoltase hasta la casa de Temilotzin.

Nuestra comitiva, aunque discreta, no dejaba de ser impresionante tanto por los guerreros que nos precedían y rodeaban, como por la cantidad de servidores que cargaban nuestras cosas. Al fin llegamos sanas y salvas. Papatzin Oxomoc se recluyó en una habitación con todos los suyos, y mis hermanas y yo ocupamos un amplio salón bellamente decorado y con todas las comodidades para vivir con la fastuosidad que, como señora principal del *huey tlatoani*, me correspondía.

—¡La situación es desesperada, Tecuichpo! —reiteró Macuilxóchitl cuando nos quedamos solas—. Cuauhtémoc se ha visto en la necesidad de acudir a medidas extremas. Él y los capitanes Coyohuehuetzin, Temilotzin, Ahuelitocztzin y otros cuyos nombres no me aprendí, después de tomar agüero para saber si todavía nos queda lugar de escapar al gran peligro en que estamos, han decidido recurrir a las armas de Quetzalteculotl para tratar de vencer con ellas a los españoles.

—¿Quetzalteculotl? ¿Tecolote-Quetzal? ¿Qué es eso, hermanita?

Macuilxóchitl no me respondió en forma directa. Prefirió narrarme cómo se habían dado los hechos.

—Fue tu esposo quien propuso: «Hagamos experiencia a ver si podemos escapar de este peligro en que estamos: venga uno de los más valientes entre nosotros y vístase las armas y divisas que eran de mi padre Ahuizotzin».

»Enseguida, Tecuichpo, hicieron traer a un gran capitán tlatelolca de nombre Opochtzin, que en tiempos de paz se dedica a elaborar tinturas, y le pusieron delante el ropaje de Tecolote-Quetzal que había usado Ahuizotzin en muchas batallas. Cuauhtémoc, que conocía el valor y las hazañas de Opochtzin, estuvo de acuerdo y dijo: “Vístete y pelea con este atuendo. Con él espantarás y aniquilarás a nuestros enemigos. Sé que ellos quedarán asombrados. Matarás a muchos”. Los demás lo vistieron, se lo pusieron encima, y se veía espantoso, su atuendo era digno de asombro. También dispusieron que cuatro capitanes fueran en su compañía y le sirvieran de resguardo. Le dieron la insignia de mago.

—¿La insignia de mago, Macuil? ¿Cómo es? —quise saber.

—Es un largo dardo o saeta que tiene en la punta un pedernal y es de buen agüero, Tecuichpo. Le dieron también el arco de Huitzilopochtli para que pudiese dispararlo y siempre dar en el blanco.

Yo estaba espantada. Si mi señor Cuauhtémoc y los señores principales recurrían a la magia para derrotar a los invasores, ello no podía significar otra cosa que

estábamos perdidos.

—¡Opochtzin quedó ataviado como si fuese uno de nuestros príncipes! — continuó mi hermana, con entusiasmo desbordado—. Así, sin perder tiempo, el *cihuacóatl* Tlacotzin dijo a todos los ahí presentes: «Mexicanos, tlatelolcas... ¡Nada es aquello con que ha existido México! ¡Con que ha estado perdurando la nación mexicana! Se dice que en esta insignia está colocada la voluntad de Huitzilopochtli, pues es nada menos que la Serpiente de Fuego o Xiuhcóatl. ¡La ha venido arrojando contra nuestros enemigos!»

«De pronto, Cuauhtémoc arrebató la palabra al *cihuacóatl* e intervino: “Tomen mexicanos, la voluntad de Huitzilopochtli, la flecha. Inmediatamente la harán ver por el rumbo de nuestros enemigos. No la arrojen como quiera a la tierra, mucho la tendrán que lanzar contra nuestros enemigos. Y si acaso a uno, a dos, hiere este dardo, aún un poco de tiempo tendremos escapatoria. Ahora, ¡como sea la voluntad de nuestro señor!”»

—¿Y qué más sucedió, Macuil? —dije con impaciencia.

Ella se alejó de mí hasta donde estaba un taburete. Tomó un jarro que contenía agua fresca y dio un trago largo. Giró sobre sí misma y, sin mirarme, dijo:

—El Tecolote-Quetzal, en compañía de los otros cuatro capitanes, fue hasta donde estaban los batallones enemigos. Todos lo seguimos, Tecuichpo. Las plumas de quetzal parecía que se abrían, que aleteaban para infundir miedo. Cuando los enemigos lo vieron, fue como si se derrumbara un cerro. Mucho se espantaron los españoles, se llenaron de pavor, como si vieran cosa que no era humana, un espanto o una *centlapachton*, una de esas mujeres enanas que cuando se aparecen flotando presagian muerte o infortunio. El Quetzaltecúlotl se subió a una azotea. Los españoles se apresuraron a atacarlo, pero él los hizo retroceder y los persiguió. Luego, fue hasta donde los tlaxcaltecas habían guardado las plumas de quetzal y los objetos de oro que habían robado a nuestra gente, los tomó y saltó desde la azotea. No se hizo daño alguno, ni lo pudieron capturar. Al contrario, los nuestros capturaron a tres de Tlaxcala que fueron sacrificados. La batalla acabó de golpe, Tecuichpo. Fue como si sobre la Tierra se hubiese extendido el vaho del dios Tezcatlipoca y los hombres hubiesen quedado aturdidos sin saber para dónde jalar.

El relato de mi hermana me hizo saber que viviríamos unos días de calma antes de que se desatase la tempestad que nos aniquilaría. Todo se conjugaba para ese propósito, incluso la visita que me hizo Cuauhtémoc para disfrutar de unos momentos de intimidad que jamás volverían a repetirse.

Esa noche había caído una fuerte granizada que dejó los patios, terrazas y azoteas pintados de blanco. Yo me había dormido arrullada por el sonido de los cristales de hielo. No recuerdo si soñaba o estaba en un estado de duermevela. Su sombra se inclinó sobre mi cuerpo desnudo y lo besó con su aliento inconfundible.

—¿Cuauhtémoc? —dije aún con los párpados cerrados y lo atraje con fuerza.

Nos hicimos uno, nos mojamos entre torrentes que rugían su pasión. Después, él

lloró sobre mi pecho y, sin separar su mejilla, dijo:

—Arde, se calcina el corazón de México y su cuerpo está doliente. De igual modo a mí me arde y se calcina mi corazón. ¿Qué es lo poquito que yo tengo? De mi fardo, del hueso de mi manto, por doquiera cogen: me lo van quitando. Se hizo, se acabó el habitante de este pueblo.

No pude contener el llanto. Tampoco, decirle palabras de consuelo. La muerte nos tenía en su puño. El hedor de miles de cadáveres así lo atestiguaba. Nos quedamos yertos entre un brezal plagado de espinas que exprimían la sangre de nuestras *tonalli*. Desperté y él ya se había ido. El horror me subió desde la boca del estómago y no pude vomitarlo. Ahí se quedaría por mucho tiempo.

Al día siguiente, cerca de la medianoche, recibí la visita de mis hermanas. Afuera caía una llovizna menuda. Ilancueitl estaba vestida con los atuendos propios de un guerrero. No se los había querido quitar porque, según ella, la guerra se iba a reanudar de un momento a otro. Macuilxóchitl, en cambio y bajo el pretexto de que estaba molida, había optado por desnudarse y echarse encima un *huipilli* blanco de algodón vaporoso.

Tzilacayotl nos había traído unas jícaras con *atolli* de cacao y unos pocillos con *huauhquilitl* que es amaranto endulzado con miel, mientras charlábamos. De improviso, una luz muy intensa que llegaba desde afuera nos hizo salir a la terraza. Lo que vimos fue un portento. Un fuego como torbellino que echaba de sí brasas grandes y menores, y centellas, muchas remolineando y estallando. Era como un molino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Hacía un ruido infernal. Como si un tubo de metal estuviera al fuego. Rodeó la muralla cercana al agua y no paró hasta llegar a Coyonacazco. Luego, tiró derecho hacia el medio de la laguna y allí desapareció.

Quedamos mudas, expectantes. Esperábamos la gritería de la gente, sus lamentos, mas nadie hizo el menor aspaviento. Nadie chistó una palabra. Nos abrazamos temblando. No tardaron en unírse nos Papatzin Oxomoc y mis ayas. Formamos un ramillete de *eloxóchitl* o magnolias marchitas.

La guerra comenzó temprano. Muchas mujeres de Tlatelolco, por órdenes de Cuauhtémoc, habían salido a pelear. Suplían a los guerreros muertos o heridos. Lanzaban sus dardos y daban golpes a los invasores. Llevaban puestas insignias de guerra. Sus faldellines estaban arremangados, los habían alzado por arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos. Se habían acabado las diferencias entre hombres y mujeres, los privilegios ya no existían.

Malinche, sus capitanes e Ixtlilxóchitl y sus batallones se lanzaron a fondo sobre la calzada de Tlacopan. Derribaron y quemaron los palacios de Cuauhtémoc y otras muchas casas que, dada la sensatez de mi esposo, habíamos abandonado a tiempo. Después, penetraron en Tlatelolco y quemaron los dos templos mayores. Nuestros hombres ya no podían luchar. Era cosa admirable ver a los mexicanos. La gente de guerra estaba confusa y triste, arrimados a las paredes de las azoteas mirando su

perdición, y los niños, viejos y mujeres llorando. Los señores y la gente noble, en las canoas con su *huey tlatoani*, todos confusos, igual que nosotros.

Cuauhtémoc, en prevención de lo que se nos venía encima, había hecho preparar cincuenta canoas y en ellas distribuyó a las familias de los señores principales. Ilancueitl, Macuilxóchitl y yo ocupamos un sitio en su propia canoa, la llamada *Cenyáutl*.

Abordamos la canoa y Cuauhtémoc pidió a los remeros que la llevasen al lugar de la laguna donde los bergantines de los españoles y las canoas de los tetzucucanos embestían a las nuestras y hacían tremenda matanza. Una vez que estuvimos frente al bergantín que, pronto supimos, comandaba el capitán García de Olguín, Cuauhtémoc tomó su rodela y macana y quiso embestir. Los soldados españoles se arracimaron sobre la borda del barco que daba hacia donde estábamos y se dispusieron a disparar sus arcabuces y ballestas. Al ver que íbamos a ser masacrados sin remedio, Cuauhtémoc gritó a los del barco: «¡No nos tiren! Yo soy el señor de esta ciudad y me llamo Cuauhtémoc. Les ruego que no tomen lo que traigo, ni a mi mujer ni a mis parientes, sino llévenme con Malinche».

García Olguín nos hizo subir a bordo de su nave. Ahí, con gran cortesía y muchas monerías de admiración y regocijo, hizo que se nos sirviesen alimentos y repartiesen jarritos con agua fresca y pura. Varios de nuestros acompañantes que habían vivido durante el sitio en una terrible estrechez, se extasiaron con el agua y dieron muestras de agradecimiento.

Mientras esto sucedía, vimos cómo las canoas que mandaba Ixtlilxóchitl —quien hacía rabietas por no haber podido capturar a Cuauhtémoc por su mano y asesinarlo— alcanzaban a dos de las nuestras y hacían prisioneros a algunos príncipes y señores como eran Tettlepanquetzaltzin, heredero del señorío de Tlacopan, Tlachahuepantzin —uno de mis medios hermanos al que poco había tratado— y otros muchos; y en la otra, capturaban a Papatzin Oxomoc y a varias señoras *pilli*. Enseguida, Ixtlilxóchitl llevó consigo a los señores hacia donde estaba Cortés. A Papatzin y demás señoras las mandó llevar a Tetzcuco con mucha guardia para que allá las tuviesen. Fue la última vez que vi a Papatzin, su rostro hermoso aunque desfigurado por la angustia y la incertidumbre de lo que podría sucederle. Sentí dolor y ternura por ella. Al fin de cuentas, habíamos compartido un marido y muchísimas experiencias. Además, en esos momentos yo todavía no sabía que ella había sido la causante de mi infertilidad y de la frustración por no poder darles hijos ni a Cuitláhuac ni a Cuauhtémoc.

García Olguín y Gonzalo de Sandoval nos llevaron a donde Malinche nos aguardaba, en una azotea en el barrio de Amaxac. Mientras recorríamos las calles, la gente se lamentaba «¡Han aprendido a Cuauhtémoc! ¡Se extingue una estirpe de príncipes mexicanos! ¡Ya va el príncipe más joven, Cuauhtemoctzin, ya va a entregarse a los españoles! ¡Ya va a entregarse a los *teteu*!»

Fue en ese momento, en el signo del año Tres-Casa y día del calendario mágico Uno-Serpiente, 13 de agosto de 1521, cuando quedaron vencidos el mexica tenochca,

el mexica tlatelolca, el gran tigre, la gran águila, los grandes guerreros. Con esto dio su final la batalla.

Los capitanes de Cortés, entre ellos Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid, salieron a recibirnos. Nos tomaron de las manos e hicieron subir hasta la azotea donde Hernán Cortés, flanqueado por Malintzin, Jerónimo de Aguilar y Tonatiuh, estaba sentado en un *icpalli* debajo de un dosel de color carmesí. Cortés se levantó, fue hacia Cuauhtémoc y lo abrazó, le acarició el cabello y le mostró muchas señales de amor —igual que había hecho con mi padre Motecuhzoma, el muy hipócrita— y todos los españoles nos miraban con grande alegría —cómo no iban a hacerlo si nos habían derrotado y ya eran dueños de nuestras vidas, tierras y tesoros—, y luego dispararon todos sus cañones y arcabuces al aire, como signo de alegría ante la conclusión de la guerra.

Tuvimos que esperar a que el humo se disipara y el estruendo se calmase, para que Malinche, Hernán Cortés, nuestro *tepeoatzin*, conquistador de nuestros señoríos, se enfrentase cara a cara con Cuauhtémoc, *huey tlatoani* de los mexicas, Águila en el ocaso de nuestro imperio. Este último echó mano al puñal que Cortés llevaba al cinto y, con una dignidad que a todos los presentes dejó asombrados, le dijo: «¡Ah, capitán!, he agotado todo mi poder para defender mi reino y librarlo de tus manos, y pues no ha sido mi fortuna favorable, quítame la vida, que será muy justo, y con ello acabarás el señorío mexicano, pues a mi ciudad y vasallos tienes destruidos y muertos...»

El silencio que siguió a sus palabras fue más pesado que una lápida. Todos, sin excepción, llorábamos. En un abrir y cerrar de ojos, creí ver a mi madre Miauaxóchitl y a mi abuela Xochicuéyetl, quienes hacían esfuerzos desesperados por llegar hasta nosotros y unirse a un duelo que ya rebasaba los confines del espacio y las cuentas de nuestro tiempo.

Hernán Cortés, por boca de sus lenguas, respondió a Cuauhtémoc que le tenía gran estimación por haber sido tan valiente y haber defendido su ciudad, y que no tenía ninguna culpa, que descansaran su corazón y los de sus capitanes ya que él mandaría en México y en sus provincias como lo hacía antes. Mas le insistió que mandase a los suyos que se rindieran.

Cuauhtémoc cumplió con su palabra. Pidió a los sesenta mil guerreros tenochcas y tlatelolcas que habían sobrevivido a la guerra que depusieran las armas. Éstos acataron su mandato. Al grito: «¡Es bastante...! ¡Salgamos...! ¡Vamos a comer hierbas...!», los habitantes de las ciudades y poblados comenzaron la huida. Unos cruzaron la laguna y el lago a bordo de sus canoas. Otros se fueron por las calzadas. Los que habitaban en las casas de la ciudad fueron derecho hacia Amaxac, rectamente hasta la bifurcación del camino. Allí se desbandaron los pobres. Los pequeñitos eran llevados a cutas. Iban hambrientos, enfermos; la piel de sus cuerpos tenía un color amarillo. Caminaban sobre miles de cadáveres descompuestos. Más de doscientos cuarenta mil mexicas habían muerto, más de treinta mil tetzucucanos,

tlaxcaltecas y de otros pueblos. El hedor era nauseabundo. Todos iban tapando su nariz con pañuelos blancos: sentían náusea de los muertos porque hedían. No tengo palabras para describir las escenas espantosas que veíamos por doquier.

Cortés dio rienda suelta a sus soldados para que actuasen a su capricho. Éstos y sus aliados se pusieron en todos los caminos y robaron a los que pasaban. Nada les importaban los *chalchihuites*, las plumas de quetzal y las turquesas, ninguna otra cosa tomaban sino el oro y las mujeres mozas, hermosas, las mujeres blancas, las de piel trigueña. Muchas de ellas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas; por todos lados hacían rebusca los *popolocas*. Les abrían las faldas, por todos lados les pasaban la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos. Algunas de las mujeres por querer escaparse, se disfrazaban poniéndose lodo en la cara y vistiéndose de andrajos. Los españoles también tomaban mancebos y hombres recios para hacerlos esclavos, los llamaron cautivos de guerra y a muchos de ellos los herraron en la cara, los marcaron con fuego junto a la boca.

Se nos puso precio de inmediato. Precio al joven, al sacerdote, al niño y a la doncella. El precio de un pobre era sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco. ¡Ay, qué cara nos costó la derrota!

El mismo día que nos rendimos, los capitanes de Hernán Cortés se llevaron a Cuauhtémoc y a los señores principales a un lugar llamado Acachinanco, sin que decidiesen lo que iban a hacer con ellos. Vi partir a mi esposo vestido apenas con una manta de hilo de maguey de color verde, con bordados de color rojo, con fleco de pluma de colibrí como suelen usar los de Ocuila, mas toda sucia y desgarrada, y me abatió la tristeza. Yo traté de unirmeles, pero Tonatiuh me lo impidió. Malintzin intervino y me dijo que Cortés había ordenado que todas las mujeres principales fuéramos trasladadas a Coyohuacan, donde se nos guardaría en el palacio del señor, del cual se había apoderado.

Salimos rumbo a Coyohuacan escoltadas por un grupo de soldados que nos miraban con lascivia y hacían comentarios soeces que podíamos interpretar debido a sus gestos groseros. Fue durante el camino que escuché cantar a mi hermana Ilancueitl unos versos que resumían las desgracias de los mexicas y que jamás he podido olvidar:

*En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.*

*Rojas están las aguas,
están como teñidas, y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.*

*Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.*

*Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida
su soledad...*



X

Por cierto serás esclava, serás persona de otro...

Llegamos a Coyohuacan empapadas. La tormenta se desató apenas salimos de Amaxac. Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucha más agua que otras veces. Fuimos recibidas en el real de Cortés por unas sirvientas mal encaradas que nos condujeron hasta unas habitaciones estrechas, húmedas y malolientes. Macuilxóchitl protestó de inmediato.

—¿Cómo se atreven a alojar a la princesa Tecuichpotzin, esposa del *huey tlatoani* Cuauhtemotzin e hija de Motecuhzoma, en estas pocilgas? —gritó con altanería—. ¿Cómo a nosotras —señaló a Ilancueitl y a sí misma—, que somos señoras de la nobleza tenochca e hijas de Motecuhzoma? ¿Que no les han enseñado cómo comportarse con personas de nuestra estirpe?

Las servidoras quedaron desconcertadas. Me quedó claro que no sabían qué hacer con nosotras, pues nadie les había dado instrucciones. Se miraban unas a otras y no atinaban qué decir y menos qué hacer.

—Las han traído prisioneras —dijo, por fin, una de ellas, la más vieja y que parecía tener autoridad sobre las otras— y éstos son los cuartos que tenemos. Van a tener que esperar a que llegue doña Marina y nos diga dónde acomodarlas.

—¡Pero es que aquí ni siquiera hay esteras, ni unos petates donde podamos pasar la noche! —insistió Macuilxóchitl e iba a continuar protestando, pero desistió cuando Xochipalli le dijo que dejara el asunto en sus manos.

—Yo me hago cargo, señora Macuilxóchitl. Deje que yo me arregle con esta *coyohuehuetzin-coyota* vieja que dejaron aquí los tlaxcaltecas para servicio de Malinche y los *popolocas*. Los negocios de sirvientas se arreglan mejor entre pares. Acto seguido, Xochipalli tomó a la vieja por un brazo y se la llevó consigo en medio de una cháchara muy animada.

Mis hermanas y yo quedamos en compañía de Tzilacayotl, quien desató unas mantas de algodón que traía anudadas y nos las ofreció para que nos sentáramos. Lo hicimos con desgana. Nuestra situación era sumamente adversa. Éramos botín de guerra y no sabíamos cuál iba a ser nuestro destino: si regaladas a los capitanes de Malinche o a los señores aliados, vendidas como esclavas o, lo más afrentoso, a servir de *ahuilnemiliztli* o prostitutas en algún mercado público.

Macuilxóchitl observaba sus manos y con las uñas trataba de desprender unas costras de sangre que le habían quedado adheridas.

—Maldita sangre de nuestros opresores —musitaba con encono. Ilancueitl, por su

parte, tenía la mirada perdida y sus labios temblaban como si quisieran detener un aullido que le quemaba la lengua.

—¿Dónde está Yacapatlahuac? —inquirió con timidez Tzilacayotl—. ¿Venía con nosotras o iba en la canoa con la señora Papatzin Oxomoc?

Su pregunta me hizo constatar que la habíamos perdido. ¿Dónde o cómo?, no sabía decirlo. Callé y humillé la cara. Me sumí en una nueva tristeza. Sólo su rostro severo, siempre tranquilo, su andar acompasado, su amor incondicional por mí.

Xochipalli regresó sin que nos diésemos cuenta. Habíamos pasado un buen tiempo en la oscuridad de la noche y no lo habíamos advertido, hasta que la luz de las antorchas que portaba nos lo hizo notar.

—La señora Malintzin, doña Marina como le dicen los españoles, vino y se volvió a ir —nos informó de corrido—. Dijo a sus servidoras qué hacer con ustedes. ¡Vengan, sus aposentos están listos! —y, luego, dio un gritito de júbilo porque ahora sabía que Pilotl estaba vivo.

Quedamos instaladas con cierta comodidad. Nada de lujos o con la preciosura a que estábamos acostumbradas, pero sí de una manera amable. Caí sobre mi estera igual que un leño. Ni siquiera alcancé a desnudarme. Tuve un sueño espantoso, uno más en mi rosario:

Los ojos de Cuauhtémoc, dos cuentas de obsidiana sin bruñir, me traspasaban. Yo sentí un dolor intenso en la frente. Después, él volteó la cabeza y yo pude verlo vestido con los harapos que llevaba en el momento en que lo hicieron prisionero. A su lado está Cohuanacotzin, Señor de Tetzcuco, vestido con una manta tejida de fibra de maguey, con fleco y ribete de flores, muy sucia. Luego, Tetelepanquetzal, Señor de Tlacopan, quien no lleva otra cosa que una manta de hilo de maguey manchada, muy manchada. Junto a ellos, todos con grilletes en los pies y sosteniendo cadenas con sus manos, forman un círculo algunos señores con las ropas hechas jirones y sucias como piel de *tlacuache*, entre los que puedo reconocer al *cihuacóatl* Tlacotzin, al sumo sacerdote Coatzin y al tesorero Tlazolyáuhli.

Algunos soldados españoles los rodean y hacen befa de sus personas. Los pellizcan y catan sus pellejos, como si fueran las pieles de animales salvajes; los molestan un buen rato, hasta que su capitán Cristóbal de Olid dice que los tienen que llevar a donde está Hernán Cortés, quien los espera impaciente. Se van todos juntos hasta un corral que está en la casa del *tlacocheácatl* y suben a la azotea. Ahí están Cortés y Malintzin muy bien apoltronados debajo de un pabellón.

Cortés atrae a Malintzin a su lado y pone sus labios rojos en su oreja. Algo le susurra al oído, sin ocultar su disgusto.

—¿Dónde está el oro que se guardaba en México? —traduce ella con voz agria.

Los señores principales voltean a ver a Cuauhtémoc. Éste hace una señal con su mano. Tlacotzin y Tlazolyáuhli bajan al corral y ordenan a unos *tamemes* que traigan una barca y la suban a la azotea. No tardan en subirla. La colocan delante de Hernán Cortés. Sacan el oro: barras, diademas, ajorcas para los brazos, bandas para las

piernas, capacetes y discos. Lo ponen delante de Cortés. Gonzalo de Sandoval, Tonatiuh y un tal Francisco de Montejo se acercan, toman algunos objetos y sonríen.

Sin embargo, los labios de Cortés son dos puñales apretados. Él no sonrío. Grita a Malintzin. Ella se sonroja. En sus ojos hay fuego.

—¿Nomás ése es el oro que se guardaba en México? Tenéis que presentar aquí todo. ¡Busquen los principales! —exige.

Los señores guardan silencio. Tlacotzin espera la venia de Cuauhtémoc. Éste muestra sus manos vacías. Tlacotzin comprende y habla:

—Oiga, por favor, nuestro señor el dios: todo cuanto a nuestro palacio llegaba, nosotros lo encerrábamos bajo las paredes de los palacios de Axayácatl y Motecuhzoma. ¿No es acaso que todo se lo llevaron ustedes?

Malintzin traduce lo que le dice Cortés:

—Sí, es verdad, todo lo tomamos; todo se juntó en una masa y se marcó con sello, pero nos lo quitaron allá en el Canal de los Toltecas, lo tuvimos que dejar caer en el agua. Todo lo tenéis que presentar.

Tlacotzin se pone nervioso. Sus manos tiemblan. Tiene mucho miedo. Intenta echar la culpa a los tlatelolcas de la desaparición del oro. Arguye que fueron ellos los que atacaron a los españoles en canoas y que es posible que lo hayan sustraído.

Cuauhtémoc se enfada. Lo mira con desprecio.

—¿Qué es lo que dices, *cihuacóatl*? Bien pudiera ser que lo hubieran tomado los tlatelolcas. ¿Acaso no ya por esto han sido llevados presos los que lo hayan merecido? ¿No lo mostraron todo? ¿No se ha juntado el oro en Texopan? ¿Y lo que tomaron nuestros señores, no es esto que está aquí?

Hernán Cortés menea la cabeza con coraje.

—¿Nomás ése es? —insiste su lengua Malintzin.

La cara de Tlacotzin adquiere un tono verde. Está con la espalda contra la pared y ya no sabe qué argumentos usar.

—Puede ser que alguno del pueblo lo haya sacado... ¿Por qué no se ha de indagar? ¿No lo ha de hacer ver el capitán Cortés?

Cortés está emperrado. No está dispuesto a dar su brazo a torcer. Da órdenes a Malintzin con una voz llena de amenazas.

—¡Tenéis que presentar doscientas barras de oro de este tamaño! —apremia y con sus manos señala el volumen—. El señor capitán dice que busquéis doscientos tejuelos de oro, tan grandes como así —insiste.

Todavía, el *cihuacóatl* Tlacotzin trata de eludir la responsabilidad de Cuauhtémoc, la suya y la de los demás señores implicados, cuando alega:

—Puede ser que alguna mujercita se lo haya enredado en el faldellín. ¿No se ha de indagar? ¿No se ha de hacer ver?

Las carcajadas de Cortés, al escuchar la traducción de Malintzin, hacen que el templete se sacuda. Su mirada es torva y el tono de su voz siniestro, cuando al dirigirse a sus capitanes, exclama:

—¡Me cago en la madre que lo parió! ¿Qué se cree este perro, que puede engañarnos? Ya encontraré la forma de sacarle la verdad a su reyezuelo.

Después, a empellones, los soldados españoles hacen descender a nuestros señores de la azotea. Los atan y los traen a Coyohuacan.

Mi corazón daba tumbos cuando abrí los párpados. Estaba empapada en sudor y, por unos instantes, no pude definir dónde me encontraba. Todo a mi alderredor me era ajeno, de una extrañeza macabra. Los muros de mi habitación, que alguna vez habían estado pintados con escenas de caza y con flores, estaban escarapelados y los fragmentos que aún quedaban no sólo eran grotescos, sino francamente espectrales.

El rumor de muchas voces que llegaban desde el exterior me hizo correr hasta un ventanuco y asomar la cabeza. Debajo había un patio enorme. Ahí, alderredor de Hernán Cortés y de sus lenguas Malintzin y Jerónimo de Aguilar, estaban reunidos muchos de los señores de Tetzcuco, Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula, quienes se despedían de él con grandes muestras de cariño y respeto. Cientos de guerreros y los *macehualtin* que los servían cargaban sobre sus espaldas los fardos que contenían el fruto de sus rapiñas. Todos se iban ricos y contentos. Volverían a sus ciudades y poblados enriquecidos con las mantas, plumas y *chalchihuites* que los españoles habían desdeñado. Muchos, sobre todo los tlaxcaltecas, con suficiente provisión de carne humana, salada y secada al sol, como tasajo, para cebar sus barrigas y alimentar a su prole. Todos, más que nadie el traidor Ixtlilxóchitl, con la enorme satisfacción de haber derrotado a los mexicas, tenochcas y tlatelolcas.

Cortés se veía majestuoso, ahí en medio de sus capitanes y soldados ataviados con sus armaduras relucientes, sus yelmos empenachados con las plumas arrebatadas a los enemigos o con capas y gabanes de terciopelo y muchos oropeles que, metidos debajo de las barbas, enmarcaban sus rostros para darles un aspecto chocante.

En un momento me vi flanqueada por mis hermanas. Ambas se habían infiltrado en mi recámara sin que me diese cuenta. Ilancueitl observaba el espectáculo con discreción y recato. En cambio, Macuilxóchitl denostaba por igual a los *popolocas* y a sus aliados.

—Parecen ratas disputándose un trozo de carne putrefacta —dijo, mientras escupía sobre las cabezas desprevenidas—. Y esa *ahuiani* —dijo, llamando a Malintzin prostituta— es más peligrosa que la culebra *xicalcóatl* cuando engaña a los caminantes con su jícara y, una vez que los tiene encandilados, los ahoga. Debemos tener cuidado con ella.

De pronto, Ilancueitl me dio un codazo. Volteé hacia ella y vi que su rostro estaba pálido como la cera. Seguí su brazo extendido. En un rincón, apartados de quienes festejaban, vi a mi señor Cuauhtémoc y a otros señores custodiados férreamente por unos guardias españoles. Llevé mi puño a la boca y ahugué un grito.

—Malinche los mantiene prisioneros. No tardará en matarlos como hizo con Motecuhzoma, Cacamatzin y varios de nuestros parientes. ¡Maldito sea, mil veces maldito! —comentó Ilancueitl.

Unos chillidos, estridentes y espantosos, que jamás habíamos escuchado, penetraron nuestros oídos y nos obligaron a prestar atención. Por una de las entradas del patio vimos ingresar unos animales que nunca habíamos visto, conducidos por unos gañanes que los maldecían y les daban de varazos. Eran gordos, rechonchos, de color rosado, parecidos al *pezotli* o al jabalí que habitan nuestros bosques y que comen bellotas, maíz, frijoles y raíces y fruta, aunque sin las cerdas largas y ásperas, sino más bien pelones como algunos de los perros que comíamos.

—Se llaman puercos o cerdos —dijo Xochipalli al entrar a la recámara—. Yo estaba afuera cuando llegaron. Los cholultecas que venían con los mozos me dijeron que los habían traído desde la costa, desde un lugar que Malinche había llamado Villa Rica de la Vera Cruz; dicen que se comen y que su carne es muy sabrosa.

Macuilxóchitl, quien no les había quitado la vista de encima, murmuró:

—No cabe duda que los animales se parecen a sus dueños. ¡Miren si no!

Su comentario, ácido y certero, nos hizo reír. Yo se lo agradecí. Necesitaba salir de la congoja que me tenía prisionera. Empero, ésta no me iba a abandonar tan fácilmente. Cuauhtémoc y los señores habían desaparecido. Ya no estaban donde los habíamos visto. Mis piernas flaquearon y pedí a mis hermanas que me dejaran sola.

Hacia el mediodía, se presentó Malintzin. Venía vestida como si fuese una princesa, con un *huipilli* primoroso, una diadema de perlas y esmeraldas —que había pertenecido a alguna señora tenochca—, ajorcas de oro en los brazos y unas sandalias de madera con incrustaciones de concha nácar y caracolillos de oro. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue su belleza. Era una mujer singularmente hermosa. Su cabello era negro y sedoso. El color de su piel claro, trigueño lo llaman los españoles. Sus ojos garzos, con destellos verdes, algo muy raro entre nuestra gente. Además, pronto me lo demostró, sabía actuar y moverse con garbo y distinción. Hernán Cortés tenía buen gusto, no cabía duda al respecto.

—¡Señora Tecuichpotzin...! —expresó entre admirada y curiosa, con una voz melosa—. Espero que esté bien atendida, que no falte nada. He procurado que la servidumbre la trate con la cortesía y respeto que merece la esposa de Cuauhtemotzin. Le he pedido a Bárbola, la esclava que mi señor Hernán Cortés trajo de Cuba, que la sirva y proporcione todo lo que necesite.

—Te lo agradezco, señora Malintzin —dije en forma cortante.

—Doña Marina, señora. Llámeme doña Marina —replicó con altanería. Las mieles del protocolo, entendí, se habían consumido. En adelante sería otra nuestra relación—. Don Hernán exige su presencia en el convite que hará a sus capitanes y soldados esta noche. Le ruega que no falte —dijo en forma terminante, antes de retirarse con unos meneos que me hicieron darle la razón a Macuilxóchitl.

El salón del convite, iluminado con antorchas de *ocote* colgadas de los muros, me pareció una zahúrda, ni por atisbo semejante a los salones de los señores mexicas en los que acostumbraban celebrar a los principales y a los guerreros. Sobre un suelo apisonado de tierra habían colocado unas mesas largas de madera burda, flanqueadas

por unas bancas toscas hechas con tablones apenas devastados. Encima de las mesas había muchas botellas que contenían un líquido embriagante que ellos llaman *vino*, que habían traído junto con los cerdos, y muchas charolas enormes con carne chamuscada de pavos, faisanes, perdices, cornejas, patos salvajes, venado, jabalí, pichón, liebres y conejos; carne, mucha carne empapada de sangre y grasa, que ellos masticaban con una voracidad implacable.

Macuilxóchitl y yo nos sentamos en un rincón, cerca de unas columnas, a fin de pasar inadvertidas. No sabíamos qué iba a suceder y buscamos un lugar desde el cual poder huir si su actitud se tornaba salvaje, como al fin sucedió.

Unos músicos, sin que nadie les hiciese el menor caso, tocaban flautas, tamborcillos y pífanos. Música suave, dulce y melodiosa que no me desagradaba. Los hombres, empero, gritaban, bufaban, reñían por los pedazos de carne sin acuerdo ni concierto. Cada cual se rellenaba el buche lo más rápido que le era posible.

De pronto, todos lanzaron gruñidos de alegría. Unos pajes entraron al salón portando en unos trinchos los puercos asados, dorados, rezumantes de manteca, que despedían un olor —que me sorprendió— sumamente sabroso. También llegaron unos cestos enormes que contenía unas tortas que ellos llaman *pan* y que se hacen con la harina de unas semillas que se dicen *trigo*. Sin esperar convención alguna o a que su capitán Cortés diera su anuencia, todos a una se arrojaron sobre las viandas, de suerte que nosotras no pudimos distinguir quiénes eran los cerdos, si los que los comían o los que eran devorados.

En el ínterin, vi llegar a muchas de las jovencitas que habían sido capturadas como botín de guerra o que habían sido regaladas por los señores de Tlaxcala, Xochimilco y los demás pueblos chinamperos a los españoles, algunas muy hermosas, y cómo se acomodaban entre los huecos que dejaban los hombres y permitían que éstos metieran las manos en sus cuerpos, mientras no las tenían ocupadas con un pedazo de carne o sosteniendo una botella frente a sus bocas nauseabundas.

Nuestros ojos estaban desorbitados. Nunca habíamos presenciado algo semejante, vaya, ni siquiera imaginado que algo así pudiese suceder.

—Y pensar que durante muchos tiempo se les consideró como *teteu* —comentó Macuilxóchitl con amargura—. Ahora son nuestros amos y señores... ¡Ay, Tecuichpo, lo que nos espera!

El buen yantar, el vino traidor y las mujeres obligadas a satisfacer los reclamos de sus *tamacazqui*, se hicieron cómplices del escándalo: hombres hubo que después de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban a salir al patio para aliviarse del vientre o vomitar sus excesos. Otros iban por las gradas abajo, rodando, y eran pisoteados por sus compañeros que corrían en pos de una joven. Todos los que aún se conservaban medianamente lúcidos, ardieron con las mujeres; y con ellas yacieron al final del banquete los soldados, sobre la hojarasca y la húmeda tierra virgen de Coyohuacan.

Pudimos escapar indemnes gracias a la intervención de Bárbola, quien se impuso, brava e intransigente, al ataque de unos soldados que pretendían violentarnos. La *tlacotli* de Cortés los enfrentó armada con un par de botellas. En un descuido, quebró una de ellas sobre la cabeza de un *popoloca* y al otro le rajó la cara con el pedazo de cristal que le había sobrado. Afortunadamente, nadie más se dio cuenta y, en un santiamén, nos encontramos a resguardo en mi habitación. Bárbola se esfumó tal y como había venido, con la eficacia de Itzpapálotl, «la mariposa de obsidiana», una de nuestras diosas tutelares, a la que después adopté como mi ángel de la guarda.

Hernán Cortés había permitido que se desataran las pasiones de sus hombres de manera incontrolable. Capitanes y soldados se dedicaron a requisar los bienes de los vencidos y a exigir que se les entregase el oro que aún conservaban en su poder. Pilotl había reaparecido y me mantenía informada a través de Xochipalli, con quien me hacía llegar sus mensajes.

—Dice que los españoles andan desbocados, señora Tecuichpo —contaba mi doncella—, que cada cual hace lo que se le da la gana y que Malinche lo tolera. Se hace ojo de hormiga, el muy desgraciado. Detienen a las personas en los caminos o se meten a sus casas y les preguntan si acaso tienen un poco de oro, si lo rescataron en su escudo o en sus insignias de guerra, si allí lo tuvieron guardado, o si acaso su bezote, su colgajo del labio, o su luneta de la nariz, o tal vez su dije pendiente. En fin, exigen que les entreguen lo que tengan. Así, se ha rejuntado mucho oro y luego lo vienen a traer aquí a Coyohuacan. Se meten a hurtadillas por un postigo, cuya llave guarda con celo Malinche, y le dan el oro que han fundido en una casa de Azcapotzalco. El otro día, señora...

—¿Qué? ¿Qué pasó, Xochipalli?

—Yo los vi, señora. Vinieron unos señores de Tlapala, de Tecpanecapan y de Cuitlachcohuacan a hablar con el Malinche y le dijeron: «Capitán, nuestro amo. Te mandan suplicar los señores grandes de Tlatelolco que los oigas. Sus vasallos están afligidos porque los habitantes de los pueblos, donde están refugiados por los rincones y esquinas, se burlan de ellos, los matan a traición... Aquí está esto con que vienen a implorarte: es lo que estaba en las orejeras y en los escudos de los dioses de tus vasallos». Y le presentaron el oro que traían en unos cestones. ¿Pero qué cree, señora?

—¿Qué, Xochipalli?

—El Malinche y la dizque doña Marina se enojaron. Uy, se *amuinaron* como si estuvieran locos. La Marina dijo: «¿Es acaso lo que se anda buscando? ¡No! Lo que se busca es lo que dejaron caer en el Canal de los Toltecas. ¿Dónde está? ¡Se necesita!» Y luego, le echaron la culpa al señor Cuauhtemoctzin, los muy ladinos. Le dijeron que él sabe dónde está. «Que le pregunten a él, al *cihuacóatl* y al tesorero». Malinche se enojó aún más, señora. Mandó que le pusieran grillos a Cuauhtémoc y a los otros, que los encadenaran. Después, dijo a los de Tlatelolco que pueden volver a sus casas, a sus tierras, que allí se establezcan. Ah, pero que a nadie se le ocurra ir a

meterse en Tenochtitlan, pues es la conquista de los españoles, dicen que ésa es su casa.

El testimonio de Xochipalli me hizo cavilar sobre la suerte que correría mi marido. Cortés y sus capitanes estaban furiosos por la pérdida del oro que les había sido arrebatado durante su huida de Tenochtitlan. Lo que habían reunido después era insuficiente para satisfacer la codicia de cada uno de los ochocientos cincuenta y cuatro soldados españoles que habían sobrevivido, a los que —de acuerdo con las cuentas que Pilotl los había visto hacer— les tocarían menos de cien castellanos por cabeza.

—Éstos —me dijo Pilotl— habían comenzado a hacer suposiciones. Unos decían que el botín perdido durante la huida, recuperado por los aztecas, lo había echado Cuauhtémoc a la laguna; otros, que lo habían robado los tlaxcaltecas y los demás aliados, y otros, que los soldados que andaban en los bergantines habían robado su parte. El descontento entre los *popolocas* es enorme. Los ánimos están que arden contra Malinche y sus capitanes, señora Tecuichpotzin. Él no sabe bien a bien qué hacer y, como no les da una respuesta satisfactoria, no dudo que esa plebe se vaya en contra de nuestro señor Cuauhtemotzin. ¡Acuérdese que la cuerda siempre se rompe por lo más delgado!

¡Cuánta razón había tenido Pilotl! Poco después, me enteré que el tesorero de Cortés, un tal Julián de Alderete y sus paniaguados proclamaban, a voz en cuello, que Malinche debía llevar a Cuauhtémoc al potro del tormento, para que éste confesara dónde demonios habían escondido el oro.

Supe, entonces, que la vida de mi esposo estaba pendiente de un hilo y que, indefectiblemente, lo iban a torturar y, lo más doloroso, que yo no podría hacer nada para salvarlo. Caí en una postración desesperante. Comencé a escuchar las noticias nefandas como si llegasen del inframundo, contadas por fauces anónimas capaces de pronunciar los peores disparates: «Cortés mandó quemar vivo a un caballero criado del señor Cuauhtémoc porque los engañó y no encontraron nada donde él les había dicho, que ataron al infeliz en un palo, de pies y manos..., y le aplicaron fuego». «Supimos que van a torturar a Cuauhtémoc aquí mismo, en este palacio, junto con Tetelepanquetzaltzin, Señor de Tlacopan, que Alderete quiere que Malinche les queme los pies en una lumbre que tienen lista entre las piedras que forman el *tenamaztle*». Dicen que *Guatimuza* —así pronuncian el nombre de nuestro señor estos desgraciados— traía al cuello una cabeza de hombre de rica piedra verde, muy rica y, de la misma cuerda de donde pendía esta esmeralda, el dicho *Guatimuza* se colgó de un árbol para ahorcarse, que al tiempo de quitarlo para impedir que lo hiciera, dijo que lo había hecho porque pensaba que le querían asar en el brasero de los señores.

Muchos rumores llegaban a mis oídos y yo trataba, por todos los medios, de no hacerles caso. «Son tarugadas», decía y me cubría la cabeza con la manta que estaba bordando para no escucharlos. Pero un día... ya no fue un espejismo hecho con palabras, fueron gritos, aullidos de dolor, mezclados con los rugidos de los españoles

que se adueñaron de mi espacio y no pude evadirlos.

—¡Los están quemando! —proclamó Macuixóchitl a los cuatro vientos, desde el lugar donde presenciaba el martirio.

Corrí, enloquecida, hasta llegar a su lado. Los habían amarrado a unos palos que sujetaban sus brazos por la espalda, les habían untado los pies con aceite y los sentaron con las piernas extendidas sobre el fuego. Inmediatamente ardieron, crepitaron las carnes y un espantoso olor llenó el sórdido aposento donde Alderete actuaba como verdugo. «¿Dónde está el tesoro?», gritaba éste con una lengua llena de espuma. «¡Entreguen el oro, perros!», mientras atizaba el fuego.

Hernán Cortés y Malintzin todo lo miraban como si estuviesen presenciando un sainete. Con los párpados entrecerrados y unos paños perfumados encima de las narices. Cuauhtémoc se veía ausente, como si lo que le hacían se lo hicieran a otro. Tetlepanquetzal, en cambio, chillaba, se desmayaba y volvía en sí en medio de un dolor que rebasaba su aguante.

Algo dijo el Señor de Tlacopan. Seguro suplicó a Cuauhtémoc que les dijese dónde estaba el maldito tesoro antes de que fuera demasiado tarde. Mi esposo lo miró con esos sus ojos de fuego de obsidiana. Le gritó para que todos pudieran escucharlo: «¿Estoy yo en un deleite o baño?» El otro cayó de bruces sobre el fuego. Lo sacaron como si fuese un bulto.

Cortés perdió la paciencia. Acudió hasta donde estaba Alderete y lo tundió con un fuele. «¡Quita de aquí, carroña!» Luego, lo aventó hacia un lado. Tomó enseguida unos leños con los que atormentó y quemó los pies y las manos de Cuauhtémoc para que le dijese de los tesoros y riquezas de la ciudad.

Cuauhtémoc no pudo soportar más. Sus manos y sus pies, tiznados, eran una monstruosa llaga donde asomaban, calcinados, los huesos. Dijo a Malinche que había arrojado a una laguna que está cerca de Tlatelolco, diez días antes de su prisión, los cañones y arcabuces, el oro y la plata, las piedras preciosas, perlas y ricas joyas que tenía. Eso y la mentira que esgrimió Cortés de que tenía por cosa inhumana y avara tratar de esa manera a un *rei*, para lavarse la culpa, le salvaron la vida, aunque quedaría lisiado por el resto de sus días.

Hernán Cortés, Malintzin, Pedro de Alvarado y los demás capitanes abandonaron el lugar. Llevaban consigo a varios señores mexicas. Iba con ellos una mujer española, María de Estrada, quien sujetaba en sus manos las cuerdas de cuero con las que apenas y podía controlar la rabia de unos mastines, perros enormes y bravos, entrenados para atacar a los hombres. Pilotl, pude verlo, los seguía a unos pasos.

Ahí, dejaron tirados los cuerpos dolientes de mi marido y del Señor de Tlacopan. Bajamos por ellos. Con mucho cuidado, Macuixóchitl y yo desamarramos las tiras de cuero de venado que los sujetaban a los palos, mientras Tzilacayotl y Xochipalli los tomaban por las piernas y los retiraban de las brasas. Luego los envolvimos en unas mantas de algodón, de forma que sus extremidades quedasen sueltas... «¡Cuiden que la manta no se pegue a las heridas! —nos había advertido Tzilacayotl—.

¡Después, es muy doloroso desprenderla y se encona con mucha facilidad!»

Los trasladamos a mis aposentos y los acostamos encima de unas esteras. Sus lamentos y gemidos se hicieron desgarradores cuando lavamos sus llagas con agua y una enjabonadura que Ilancueitl había preparado con unas yerbas de *amolli*, mezcladas con hojas de *chapulxíhuatl*, que las curanderas usan para sanar las llagas y cortaduras que se han apostemado.

El dolor era tan intenso que Macuilxóchitl propuso que les diésemos de beber una pócima de *péyotl*, una hierba que mantiene el ánimo para pelear y no tener miedo ni sed ni hambre, a fin de mantenerlos borrachos, y que les diésemos un brebaje de tabaco para adormecerles los brazos y las piernas. Tzilacayotl, quien sabía mucho sobre hierbas medicinales, estuvo de acuerdo, preparó los remedios y se los dio a beber. Pronto, ambos heridos entraron en un sueño profundo y ello nos permitió colocarles unos emplastos de *matlaliztic*, hierba que detiene los sangrados, así como polvo de obsidiana finamente molida y un bálsamo que hizo Tzilacayotl con unas raíces de *iztacpatli* o zarzaparrilla.

Los dejamos descansar mucho tiempo, mismo que empleamos en hacer oraciones al dios Tláloc, muy cumplidor para curar las enfermedades de la piel, las úlceras, la lepra y la hidropesía; y a la diosa Tzapotlatenan, para sanar las grietas en la piel.

Dos días después, Cuauhtémoc y Tetzepanquetzal despertaron. Sus heridas habían comenzado a cicatrizar. Logré que mi esposo probase un caldo de *huexólotl* que le había cocinado Xochipalli, mas no pude hacerlo proferir palabra. Me aparté de su lado y refugié en un rincón para velar su sueño. Estaba preocupada por su mutismo y porque advertí que no le gustaba que lo viera en el estado en que se encontraba.

Tardé algún tiempo en darme cuenta de que mi señor sentía vergüenza, que este sentimiento surgía de lo más hondo de su entraña, como respuesta a la afrenta que había recibido en su dignidad y varonía al haber sido derrotado bajo circunstancias que jamás había imaginado, por unos seres que no le merecían el menor respeto. Así, me armé de paciencia y decidí aguardar a que se manifestaran sus reacciones.

Una tarde, se presentó en mis aposentos el médico de Cortés, el *ticitl* Cristóbal de Ojeda, acompañado por Malintzin.

—Me envía don Hernán Cortés para que cure al señor *Guatimuza* —dijo él con un acento terrible. A continuación, sin esperar a que yo dijese algo, revisó a los señores, les palpó las heridas y se mostró sorprendido—. ¿Quién ha hecho estas curaciones? Las llagas están cerradas y las cicatrices tienen un color excelente.

—Fue mi aya, Tzilacayotl —respondí—. Ella y todas las mujeres mexicas que los hemos cuidado.

—¡Bah, mujeres! —exclamó el galeno con un tono despectivo que hizo que Malintzin frunciera la boca con disgusto. Enseguida, extrajo un unguento de una faltriquera que llevaba consigo y lo aplicó sobre los muñones desfigurados en que se habían convertido los pies de los mártires—. ¡Bálsamo de castañas, lo mejor para estos casos! —masculló, a la vez que lo embarraba sobre las heridas—. Ya vendré a

verlos mañana, señora —agregó con un dejo de respeto, creo que para suavizar el maltrato de que me había hecho objeto.

Sí, efectivamente volvió al día siguiente. Sólo que esta vez lo hizo en compañía de Tonatiuh y la española María de Estrada —conquistadora de Hueyapan y Tetela—, quienes sin miramiento alguno obligaron a mi esposo y al Señor de Tlacopan a que se levantaran de las esteras donde yacían, para llevarlos a rastras hasta donde Hernán Cortés los esperaba.

—Malinche se los llevó consigo a Acatliyacapan, señora Tecuichpotzin —me informó más tarde Pilotl—. Ahí donde está la alberca sacaron un cañón y varias espadas de los españoles. Luego, fueron hasta Cuitláhuactonco y sacaron piezas de oro. «De allí sacamos un sol de oro y muchas piezas y joyas que eran del mismo *Guatemuz*», escuché decir a un oficial llamado Bernal Díaz del Castillo. Y que él y varios soldados, buenos nadadores, sacaron ánades, perrillos, pinjantes, collarejos y otras cosas de poco valor. Pero Malinche no quedó conforme, señora. Siguieron hasta Xaltocan, donde se apoderaron de los atavíos de Huitzilopochtli y, a manera de escarmiento, Tonatiuh y Sandoval ahorcaron a dos de los principales, en el camino de Mazatlán.

Cuauhtémoc fue devuelto solo a sus aposentos en Coyohuacan. Al Señor de Tlacopan lo enviaron con sus parientes para que éstos lo cuidaran. A mí no me permitieron verlo. Cortés lo quería aislado, pues todavía conservaba la esperanza de recuperar el tesoro. Por esa época, durante el año Cuatro-Conejo, la gente de Tlatelolco comenzó a regresar a su ciudad y a reconstruirla.

Fue una época sombría, lacerante. Pilotl nos traía noticias que nos hacían sufrir hasta la médula. Por él supimos que los mexicanos que habían escapado de la guerra de Tenochtitlan, al saber que su *huey tlatoani* Cuauhtemotzin había sido atormentado por el tesoro, se habían amotinado y alzado contra Cortés. La represión fue terrible.

—Aquí en Coyohuacan, ahorcaron al Señor de Huitzilopochco, y a Pizotzin. Al *tlacatéccatl* de Cuauhtitlán y al *calpixque* de la Casa Negra se los dieron de comer a los perros —nos contó Pilotl. Pude muy bien imaginar a los *tetlamin*, a los mastines de María Estrada, despedazando las carnes de éstos y de otros de Xochimilco. Los perros también se comieron a tres *tlacuilos*, sabios pintores de Echécatl, de Tetzcuco, por haberse atrevido a enseñarle sus códices a Cortés en presencia del padre Bartolomé de Olmedo. La escena tuvo lugar en medio de las carcajadas de su dueña, una mujer fea, peluda y contrahecha, que más parecía un ser sacado del Mictlan que gente de razón.

—Bueno, señora, hasta al mismo Cohuanacotzin, Señor de Tetzcuco, le echaron encima los perros —terminó Pilotl—, y se lo hubieran comido si no es porque Ixtlilxóchitl lo arrebató de sus dientes.

La carnicería duró todavía algún tiempo. Sin embargo, Hernán Cortés comenzó a buscar oro en otras partes, ya no en los palacios y casas de los señores sojuzgados

sino debajo de la tierra, y mandó a sus capitanes a buscarlo. También, hizo algunos cambios que, al principio, yo no comprendía. Repartió los pueblos entre sus hombres de confianza y les dio, asimismo, muchos hombres y mujeres que se convirtieron en esclavos. La gente decía que los había dado en *encomienda* y, la verdad sea dicha, nadie entendía qué era eso, sólo que ya no eran libres de determinar su vida. En adelante, sería un *popoloca* estanciero el que escribiría su destino y el de sus hijos. Estos estancieros, cuyas funciones en las minas eran semejantes a las que tenían nuestros *calpixqui*, se convirtieron muy pronto, dada su codicia, en verdugos, desalmados, inhumanos y crueles.

En ese tiempo también dieron por libres a los señores de Tenochtitlan, y los liberados fueron a Azcapotzalco. Allí llevaron a Cuauhtémoc, a quien Cortés nombró gobernador y le ordenó que se arreglasen los caños de agua potable que llegaba de Chapultepec, se limpiasen las calles, fuesen enterrados los cadáveres y se reparasen las calzadas y los puentes, las casas y los palacios.

Cuauhtémoc, mi esposo y señor, fue trasladado a toda prisa en una litera y no le permitieron despedirse. Yo me quedé sola en Coyohuacan. Muy sola y al arbitrio de los caprichos de nuestro *chalchiuhtephua*, «el conquistador precioso», don Hernán Cortés, para que hiciera de mí lo que le viniese en gana.



XI

¿Quién eres tú, que te sientas junto al capitán general? ¡Ah, doña Isabel, mi sobrinita!

Mi existencia cambió radicalmente. Al principio, el abandono de Cuauhtémoc se me hizo cuesta arriba y me pasé muchos días bañada en lágrimas, añorando sus visitas, el tono de su voz que me hacía temblar de los pies a la cabeza y, más que nada, el amor y las caricias que siempre me había prodigado. Sin embargo, poco a poco, tuve que acostumbrarme a su ausencia y a concentrar mi atención en todo lo que me rodeaba.

A pesar del riguroso cautiverio a que nos tenía sujetas Hernán Cortés en su palacio y a la mala fe que nos manifestaba Malintzin cuando estaba de mal humor o aquejada por las dolencias de una preñez que, aunque ella la ocultaba, a todas las mujeres nos era patente, mis hermanas y yo nos ingeniamos para tener una vida llevadera y movernos en nuestro entorno con relativa libertad.

Coyohuacan, que antes de la llegada de los *teteu* había sido el quinto señorío en importancia del Anáhuac, era un pueblo muy hermoso, cuyo clima se mantenía fresco durante todo el año y estaba dotado con muchas fuentes de agua cristalina que los habitantes aprovechaban para hermopear sus casas y palacios, de forma que cada patio era un delicioso remanso y cada jardín un vergel adornado con alamedas y profusión de flores. Asimismo, el pueblo estaba circundado por arroyos y riachuelos que bañaban infinidad de huertas. Éstas nos proveían de frutas y verduras que las cocineras transformaban en manjares exquisitos. No en balde, Hernán Cortés lo había escogido para sentar sus reales y vivir ahí mientras se edificaba la nueva ciudad de México, donde había quedado todo lo más y mejor completamente destruido.

Macuilxóchitl, siempre inquieta y rebelde, había descubierto en sus correrías un lugar próximo a Coyohuacan llamado Acuecuexatl-Agua traviesa, y puso todo su empeño para convencerme de que fuéramos a conocerlo.

—Es un sitio delicioso, Tecuichpo —dijo con entusiasmo—. Justo lo que necesitas para sacudirte esa tristeza que te trae azorrillada desde que no te visita Cuauhtémoc. Ahí podremos bañarnos en el manantial, disfrutar del campo y, lo mejor, alejarnos de esta madriguera llena de *popolocas* apestosos que, a la menor oportunidad, se nos quieren echar encima.

No tuvo que decirme más. Al día siguiente, acompañadas por Ilancueitl y Xochipalli, fuimos a bañarnos en las aguas de Acuecuexatl. Hacía tiempo que no disfrutaba de la paz que nos circundaba y que yo necesitaba para reflexionar acerca

de mi futuro y atender algunos trastornos de mi entraña. Los rayos del sol caían sobre mi cuerpo desnudo, todavía fuerte, duro y elástico, hermoso en una palabra. Pensé en la frialdad de Cuauhtémoc hacia mí antes de que se lo llevaran. Pensé que se debía a que Cortés se había adueñado de su voluntad y Cuauhtémoc se comportaba como si hubiese sido hechizado por algún *naualli* o le hubiesen dado a beber jugo de *ololiuhqui* y anduviese enloquecido. Luego, debido a un comentario que hizo Ilancueitl sobre la segunda esposa de Cuauhtémoc, una joven princesa tlattelolca llamada Xiuhmatlaliztli, Zafiro, que ya le había dado dos hijos, elucubré que quizá su indiferencia se debía al hecho de que yo no había sido capaz de darle un sucesor y estuviese decepcionado.

—¿Qué estás cavilando? —preguntó de improviso Macuilxóchitl, quien sabía interpretar muy bien mis gestos y los rasgos de mi rostro.

—Pensaba en por qué nunca he podido tener hijos —respondí, más que nada para no exponer mis pensamientos más íntimos.

—Yo también me lo he preguntado, hermana. No entiendo cómo una mujer joven, fuerte, sana a todas luces, no ha podido embarazarse. A menos que sus hombres...

—¡Imposible! —intervino Ilancueitl, y lanzó una carcajada—. Los dos maridos de Tecuichpo han engendrado tantos hijos que no se pueden contar con los dedos. Yo creo que el problema está en otra parte.

—Yo tengo por cierto que la culpa la tiene la señora Papatzin Oxomoc —soltó inopinadamente Xochipalli y las demás nos quedamos con la boca abierta.

—¿Cómo? —gritamos al unísono.

—La señora Papat... —titubeó mi aya— siempre, todos los días, ponía en las bebidas un chorrito de *cihuapatli*, la hierba que usan las curanderas para... Tzilacayotl y yo pensamos que lo hacía para ella, porque decía que ya estaba harta de tener hijos. Nunca nos imaginamos que...

Ya no escuché lo que decía mi aya. Comprendí de sopetón lo que me había sucedido y entendí por qué, desde que las circunstancias nos habían separado, mi sangre bajaba y se retiraba en una forma por demás caprichosa, sin que tuviese nada que ver con las lunas o con el ritmo de mi cuerpo... ¡Maldita, mil veces maldita Papatzin Oxomoc!

Comprendí, también, que sin el uso de la hierba mi cuerpo era muy vulnerable y que debía evitar a toda costa las asechanzas de nuestros captores. Mas, como decía el padre Olmedo: «El hombre propone, pero Dios dispone».

—No te preocupes, Tecuichpo —dijo Macuilxóchitl con las narices metidas en mi pensamiento—, yo conozco el remedio para mantener a raya a los españoles. Y nos mostró una pequeña *nuchtli* o tuna roja que en ese momento cortó de un *nucpal* y que colocó en un *tompeate*.

Ilancueitl y yo nos quedamos en ascuas. Entonces, Macuilxóchitl nos relató cómo había desalentado las pretensiones carnales de un grupo de españoles que, aprovechando la ausencia de Cortés y de Malintzin, y un tanto achispados por el vino,

se habían atrevido a requerirla de amores.

—Me arrinconaron en uno de los salones que usa Malinche para hablar con sus capitanes —contó con su habitual picardía—. Uno de ellos me echó los brazos encima y me sujetó con fuerza para que los otros tres pudieran meter sus manos en mi cuerpo y desnudarme. Yo, que me veía perdida, no tuve otra ocurrencia que, con señas y unas palabras que he aprendido, darles a entender que así como estaban no iban a poder usar sus «pájaros alicaídos», y que para darse fuerza deberían comer muchas *nuchtli* coloradas... Se me quedaron viendo con cara de idiotas y, antes de que lo pensarán dos veces, les di un *tecomate* que llevaba repleto hasta los topes. «¡Aquí los espero, *teteu* preciosos!», les dije y ellos se fueron a atragantarse con las tunas. Pasó un rato largo, suficiente para que éstas hicieran su efecto. Los vi pasar corriendo de un lado al otro como si les hubiesen metido un petardo en la cola. Luego, comenzaron a gritar: «¡Ay, madre mía que me desangro! ¡Qué me sale sangre por la verija! ¡Virgen santísima, que se me va la vida por el pichón!...» Y es que los imbéciles no sabían que esas frutas tiñen tanto, que hasta la orina parece poco menos que sangre. Tuvieron tanto temor que pensaron que yo les había dado alguna fruta ponzoñosa y que todos habían de ser muertos. Por supuesto, ya no volvieron para echármese encima. Ahora me tienen miedo y cada vez que los topo, me les insinúo y les digo: «¿Qué, quieres comer *nuchtli* para que se te pare bien el *tótotl*?» Además de maldecirme con majaderías que no entiendo, echan a correr.

Muchas veces volvimos al manantial para hablar de nuestros asuntos de mujeres. Los amoríos de Hernán Cortés —de quien se decía que «tenía más de gentílico que de cristiano», porque se echaba con cualquier mujer, sin distinguir si era de la tierra o proveniente de Castilla, si eran parientes entre ellas, o tomar en cuenta su clase social, el color de la piel o la edad— y sus escarceos con Malintzin, eran temas recurrentes.

Hernán Cortés había hecho de su casa en Coyohuacan una pequeña corte de amor, donde mantenía a todas sus amasias y naborías en una promiscuidad notoria, sujetas a una desenfrenada lascivia que él ejercitaba en cualesquier momento y lugar, lo que propició que, con el tiempo, degenerara en harén o, mejor dicho, lupanar, donde los escándalos alcanzaban proporciones mayúsculas. Sin embargo, Malintzin o doña Marina, como la habían bautizado los españoles, era en esa época la mujer que mandaba y a la que él distinguía por encima de las otras.

Malintzin era la responsable de controlar a los *calpixqui* para que nada faltase en palacio, la que dictaba las reglas que debían regirnos en nuestra vida cotidiana. Tenía el poder de decidir qué podíamos o no hacer, cuándo y dónde deberíamos dormir y comer, que atuendos vestir y, en fin, imponernos sus caprichos o simular que cumplía con los de su amo. Se había convertido en una espía muy eficiente, y, una vez que dominó la lengua de Castilla, en los oídos y la lengua del capitán general de la Nueva España y de la Mar del Sur.

Nosotras no queríamos a Malintzin. Detestábamos la forma altanera con que nos trataba, sus extravagancias para hacerse notar y los constantes berrinches que hacía

cuando se sentía desairada por Cortés o éste destinaba sus requiebros a una nueva manceba. Se había vuelto objeto favorito de nuestros chismes y nos encantaba ridiculizarla.

—Se puso como energúmeno —comentó Ilancueitl— porque Malinche no le quiso dar las joyas que arrebató a Caltzontzin, el Señor de Michuacan. Lo llamó *teuitzquitia*, el que hace reír a la gente, delante de varios de sus capitanes y de unos castellanos que acaban de llegar de la costa.

—¿Y él, qué hizo?

—De momento, nada. Se rió y dijo algún comentario en su lengua que hizo que los demás se carcajearan. Ella se largó con la cola entre las patas...

—Pero... —quisimos saber el desenlace.

—Una vez en sus aposentos —Ilancueitl era experta en escuchar a través de los postigos—, Cortés le dio de bofetadas, la llamó «puta desagradecida» y le gritó: «¡Te voy a regalar otra vez a Alonso Hernández Portocarrero para que le hagas a él tus pucheros! ¡Vamos a ver si te quiere de nuevo y si te da lo mismo que yo te doy en la cama!»

—¿Y?

—No, pues se soltó chillando y le pidió perdón de rodillas. Luego, se le prendió de la entrepierna y... No, no les puedo contar lo que hizo porque es demasiado vergonzoso —remató Ilancueitl con esa su desagradable costumbre de dejarnos picadas.

Casi todos los días Hernán Cortés nos daba motivo para que nuestras mejillas se pusiesen coloradas y nuestra entrepierna se inflamara. En algún momento, no puedo precisar, llegó a vivir al palacio de Coyohuacan una española adolescente llamada Marina de Triana, quien venía acompañada por su madre, doña Catalina González. No acababa de llegar la jovencita, vaya, ni siquiera la habíamos visto, cuando escuchamos sus risas, los requiebros de una y otra parte, y el portazo que significaba que el garañón se había encerrado en su recámara para *echarse* encima de la mujer y, entre zangoloteos y jadeos que todos oíamos, llenarle la pancita con los trinos de su *xiuhtótotl* o pájaro azul, como le decíamos para distinguirlo de los simples *tótotl* de los demás españoles.

Hasta ahí, la naturaleza obraba como le correspondía y no causó extrañeza y menos sobresaltos. Pero, unas semanas después, doña Catalina, que no se había quedado a vivir en palacio, fue a visitar a Cortés «para pedirle que le diese algunos *macehualtin* en calidad de sirvientes». Macuilxóchitl y yo la vimos llegar y algo, un pálpito mujeril sin duda, hizo que la siguiéramos. Cortés acababa de comer y dijo que se iba a echar una siesta, por lo que doña Catalina lo siguió hasta sus aposentos, a fin de insistir en su petición mientras él yacía en su cama. ¡Uf, no lo hubiera hecho! Cortés la escuchó en silencio. No le dijo nada. De pronto, se levantó de la cama y se abrazó con la madre de Mariana, y anduvo con ella a los brazos asido un gran rato y rogándole que se *echase* con él. La mujer resistió, a pesar de que gozaba con sus

achuchones, y al fin le dijo: «Cómo, ¿no sois cristiano? Habiéndoos echado vos con mi hija, ¿queréis echaros conmigo? Bien me podéis matar y hacer lo que quisiéredes, mas no haré yo tal cosa». La dama salió de prisa, hecha una furia. La casualidad quiso que topara con Malintzin y, sin agua va, le propinó una cachetada y le dijo que era una puerca. Ésta no esperó a que Cortés diese su anuencia. Se metió de sopetón en la recámara y armó un zafarrancho que nos dio carnaza para divertirnos muchos días.

Si bien la maledicencia, los chismorreos y las aventuras de alcoba de Hernán Cortés nos proporcionaban solaz y esparcimiento, a mí lo que realmente me preocupaba era saber qué sucedía en Tenochtitlan, porque había escuchado que sobre sus escombros se estaba construyendo una nueva ciudad. Así, hice que Xochipalli llamase a Pilotl para que éste, que había desarrollado una habilidad notable para meter las narices en los sitios y reuniones donde se trataban asuntos de importancia, me hiciese una relación sobre lo que los españoles hacían.

—Poco después que nos derrotaron, señora Tecuichpotzin, Malinche ordenó que se levantara una nueva ciudad sobre las ruinas de Tenochtitlan. La edificación avanza día con día a pasos agigantados —dijo con admiración—. El capitán Cortés encomendó a un tal Alonso García Bravo, que llegó con una expedición de Francisco de Garay, que hiciese la traza, con sus calles, sus solares y plazas.

—¿A un soldado, Pilotl?

—Bueno, señora —titubeó Pilotl—, a ese hombre lo llaman «jumétrico» y dicen que sabe hacer medidas y levantar edificios, como hizo en la Villa de la Vera Cruz, donde erigió una fortaleza. Tiene un ayudante, a quien nombran «alarife y maestro», llamado Bernardino Vázquez de Tapia, que, a pesar de ser muy gordo, anda de arriba abajo por todos los lugares para vigilar las obras. Es un tipo muy simpático. Hace unos días lo encontré trepado en un muro, desde donde cantaba unas «coplas» y hacía machincuepas que nos hicieron reír con ganas. Don Bernardino, a su vez, tiene a su servicio a dos maestros canteros mexicas, que tienen el grado de *tolteca*, entendidos y hábiles en labrar las piedras, desbastar, esquinar y hender con la cuña, hacer arcos, esculpir y labrar la piedra artificiosamente: trazar casas, poner esquinas, hacer buenos cimientos, portadas y ventanas y poner tabiques en su lugar.

—¿Y la gente que hace los trabajos? —quise saber.

—¡Uh, señora, no faltan los *macehualtin* que desde siempre han estado acostumbrados a prestar el *tequitl*, «el trabajo colectivo obligatorio» que les piden los señores principales!

Lo que contaba Pilotl me resultaba tan atractivo que quise verlo con mis propios ojos y le pedí que me llevase. Al día siguiente, muy de mañana, nos dirigimos en una canoa hasta Tenochtitlan. Descendimos y vi, no sin una tristeza profunda, cómo la ciudad que está en medio del lago de la luna había sido víctima de un vandalismo que jamás había imaginado. No quedaba ni un *calpulli* entero, ni una *chinancalli* o casa cercada en pie, y no se diga de los *tecpan* o palacios de los señores, de los *teocalli* de

los dioses, de los *calmecac* donde se nos había educado. Todo era ruinas y desolación. Un lugar hechizado por el infortunio.

Caminamos en silencio sobre una de sus calles, mitad de tierra dura, mitad ocupada por un canal, y nos adentramos hacia donde aún humeaban los templos de Tláloc y de Huitzilopochtli, y atravesamos el muro almenado con cabezas de serpiente, el *coatepantli*, para, desde ahí, atisbar lo que había sido el palacio de Axayácatl y las Casas Nuevas de mi padre Motecuhzoma. No pude controlar ni el llanto ni los espasmos de mi espalda cuando advertí que los jardines, las fuentes, el Totocalli o Casa de los Pájaros habían sido arrasados y confundidos en un lodazal infame. Todo, sin compasión ni respeto por los mosaicos de plumas, los ornamentos de oro y jade, las maderas de las jaulas de los jaguares, las flores más raras, las plantas medicinales, las pinturas de los muros, había sido destruido con una ferocidad implacable. Nada quedaba de los templos de Tezcatlipoca, «el espejo que humea», de las moradas de Yoalli Ehécatl, «viento nocturno», Yáotl, «el guerrero», Quetzalcóatl, «serpiente de plumas preciosas». Nada del conjunto sagrado que contenía cerca de ochenta templos, adoratorios, casas de sacerdotes, monasterios, escuelas, juegos de pelota, jardines, arsenales, edificios administrativos y para la impartición de justicia, sólo su postrera exhalación.

—Vayamos a donde se han hecho algunos trabajos, señora Tecuichpotzin — sugirió Pilotl.

Llegamos hasta donde estaban las Casas Nuevas y el palacio de Axayácatl que Hernán Cortés quería para sí, y ahí vi al famoso Alonso García Bravo dedicado, con una devoción que me admiró, a la construcción de unos portales, cuyas columnas habían sido labradas con preciosura por nuestros canteros. Luego se dirigió a un grupo de alarifes y les gritó: «Ya os he dicho que el gobernador Cortés quiere que el centro de Tenochtitlan se reserve para las casas de los españoles y que los indios — palabra extraña con la que nos llamaban los *popolocas*—, separados por un brazo de agua, vivan en otros barrios y en Tlatelulco».

—¡Ese es el *jumétrico*! —dijo Pilotl con entusiasmo—. Ese otro —dirigió su mano hacia la figura regordeta de un hombre que medía con unos cordeles unas vigas inmensas de caoba— es don Bernardino.

Toda la mañana la pasamos inmersos en la contemplación de las obras. Fuimos hasta donde nuestra gente hacía adobes, separaba bloques de *tezontle* para los muros ligeros, labraba maderos, esculpía canteras con los ojos ciegos de quienes han padecido el mayor desastre, con las manos callosas, a veces sangrantes, de aquellos que desbastan en la piedra su propia carne para extraer de ella la escultura perfecta, la huella perenne de su existencia anónima.

Era tanta la gente que andaba en las obras, o venían con materiales y a traer tributos a los españoles y a los que trabajaban en las obras, que apenas se podía caminar por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas. Algunos *macehualtin* morían aplastados por las vigas y otros caían de lo alto. Era costumbre de los mexicas

hacer las obras a su costa, buscando materiales, y pagando los pedreros o canteros y los carpinteros. Todos los materiales cargaban a cutas: las vigas y piedras grandes eran arrastradas con sogas, y como abundaba la gente, la piedra o viga que había menester cien hombres, la cargaban cuatrocientos que iban cantando y dando voces, y estas voces apenas cesaban de noche ni de día, por el grande esfuerzo con que edificaban la ciudad.

Regresamos a Coyohuacan al pardear la tarde, justo en el momento en que Hernán Cortés llegaba ataviado con un sencillo vestido negro, pero de seda, acompañado de numerosos servidores, tales como mayordomos, administradores, maestros de danza, camareros, porteros, peluqueros, despenseros, propios de un gran monarca.

Yo, que estaba acostumbrada al boato de nuestros *huey tlatoani* y al despliegue ostentoso de cientos de servidores, no me sentí extrañada. Sin embargo, Pilotl no pudo dejar de criticarlo.

—Malinche, dondequiera que va, lleva siempre cuatro caciques, a los que ha dado caballos, precedidos de alcaldes y funcionarios de justicia con sus varas. Cuando él pasa póstranse, a la usanza antigua, cuantos se hallan presentes.

—¡Sí! —afirmé—. Debes acostumbrarte, Pilotl, a los caprichos de nuestro nuevo señor por muy mal que te parezcan... —no pude terminar la frase, porque en ese momento Cortés volteó su cara hacia mí y metió sus ojos en mi cuerpo con un descaró tal que me dejó temblando.

El tiempo se sucedió sin contratiempos notables, hasta que durante el mes que se llama agosto del año 1522, Gonzalo de Sandoval previno a Hernán Cortés de la llegada de su mujer legítima, Catalina Xuárez la Marcaida. Ilancueitl y yo nos enteramos debido a una indiscreción de la esclava Bárbola, escuchada por Macuilxóchitl, quien aguzó sus oídos para espiar lo que decían los capitanes españoles que se habían acostumbrado a verla rondar y a quienes, de vez en vez, les permitía meter sus manos entre la turgencia de sus redondeces.

—Llegó en un barco desde la isla de Cuba —comentó—. Viene acompañada por su hermano Juan y otras muchas señoras e hijas y hasta una abuela.

—¿Y qué hizo Cortés, ahora que está más que ocupado entre las piernas de una prima de Malintzin? —inquirí con toda la malicia que había desarrollado.

—Se puso hecho un energúmeno. Maldijo y rompió un espejo de obsidiana. «¡Yo que me creía libre ya de ese esperpento!», gritó desahogado. Después se calmó. Se ve que la mujer es de armas tomar y le tiene miedo. Debe ser una fiera. Dio instrucciones para que se le reciba como si fuese una señora principal.

Estuvimos a la expectativa un par de días. Por fin llegó la Marcaida, como dimos en llamarla. Se le hicieron festejos en el camino y, a su llegada, hubo regocijo y juegos de cañas que ejecutaron varios de los capitanes, entre ellos Andrés de Tapia y Francisco de Montejo, quienes querían quedar bien con el ahora *gobernador*.

La Marcaida se instaló en Coyohuacan «como si fuese la reina de Castilla»,

decían en son de burla los guardias del palacio. Se apoderó del ala que miraba al oriente del palacio y aposentó a sus doncellas en sus habitaciones. A nosotras nos obligó a ocupar los salones que daban al sur. «¡Me niego a vivir mezclada con la runfla de indias que tiene mi marido a su servicio!», fueron las palabras con que justificó sus exigencias.

—¡Es una bruja! —la calificó Macuilxóchitl, quien se sintió vejada tanto por sus desplantes, como por la altanería con que la habían tratado sus doncellas—. Cada vez que paso junto a ellas, voltean la cara y levantan la nariz como si yo estuviese apestada. El otro día, una que se llama Ana Rodríguez le dijo a su hermana Violante: «¿Has visto lo descaradas que son estas indias? Andan semidesnudas y cada vez que se agachan enseñan las tetas al que quiera verlas. Son unas putas. Con razón nuestros capitanes y soldados andan como burros en Cuaresma...» ¡No las soporto, Tecuichpotzin! Son pretenciosas y muy brutas. Además, feas y malolientes. ¿Te has fijado en los pelos negros que tienen encima de los labios?

—¡Sí que me he fijado, Macuil! —respondí—. Sobre todo en los que la Marcaida trata de esconder debajo de los emplastos que se pone en los cachetes. Parece *chilacayote* en mole. ¿No crees?

El séquito de la Marcaida era nutrido. Estaba compuesto por seis mujeres españolas que, en su mayoría, habían huido de los padres, hermanos o maridos que las maltrataban y las explotaban, ya fuese en España o en Cuba, con la esperanza de encontrar condiciones de vida más amables y, si la suerte les sonreía, casarse con alguno de los hombres de Cortés que hubiese hecho fortuna.

Como era de esperarse, a nosotras nos daban mucha curiosidad sus costumbres y para satisfacerla pedimos a Xochipalli que les hiciera favores y se ganase su confianza. Así, supimos que Ana Rodríguez y su hermana Violante servían a la Marcaida como damas de compañía y se encargaban de peinarla y vestirla, tan pronto como se desperezaba y abandonaba la cama, que eran muy remilgosas y más bien flojas, que tenían las lenguas sueltas y les fascinaba el chisme, sobre todo cuando se trataba de hablar mal de Hernán Cortés, a quien, aparentemente, aborrecían.

—La señora Catalina nunca se baña, a menos que la visite la sangre —nos informó Xochipalli—. Todo el tiempo habla mal de su marido. Cosas horribles: «Es un gañán promiscuo y no tiene más conciencia que un perro». Y, bueno, lo que dice de ustedes y de Malintzin... No, no puedo repetirlo.

Elvira, Antonia y María, todas de apellido Hernández, dedicaban su tiempo a la limpieza meticulosa de las habitaciones que ocupaba su señora, ¡pues no tolera ni una pizca de polvo! También, la servían como cocineras, recaderas y para cumplir de inmediato con cualesquier capricho que se le ocurriera, como llevar dulces y cartitas a su hermano Juan, a la abuela o al padre Olmedo, de quien se había hecho confidente y con el que pasaba horas sumergida en pláticas y oraciones que Xochipalli no comprendía.

María de Vera, en cambio, cumplía con el deber más que ingrato de espiar a

Malinche, a sus capitanes y, con especial empeño, a Malintzin. La Marcaida era celosa de su marido porque sabía, como todo mundo, que éste festejaba a damas y mujeres que vivían en su palacio de Coyohuacan, y no se le ha escapado la deferencia que tiene para doña Marina porque seguido murmura: «Esa india despreciable que ya está preñada quien sabe por quién y no tolero su barriga, porque mucho me temo que...» —me contó muerta de risa Xochipalli— y nunca termina la frase, señora Tecuichpotzin. Aunque yo creo que sabe muy bien quién es el *tata* del *cacamatl* que va a parir la lengua de Malinche.

Malintzin parió un varoncito el día 20 de octubre de ese año. Nos enteramos porque Macuilxóchitl había visto llegar a la partera, en compañía de varias viejas que tenían el aspecto de curanderas y, sin dudarlo, se había acercado a la habitación donde estaba el *temazcalli* en el que iban a preparar a la parturienta.

—Parió rapidito, Tecuichpo —nos informó a Ilancueitl y a mí en cuanto todo terminó—. Un par de gritos, unos cuantos pujidos y se le salió el *chilpayate* por entre los muslos. Luego, lo lavaron y lo hicieron gritar para que se supiera que estaba sano. Al poco rato, llegó Malinche y lo tomó en sus brazos. ¡Hubieras visto! Lo levantó frente a su cara y lo besó en los cachetes. «¡Martín te vas a llamar, como mi padre, hijo de mi alma!», le decía. No dejó entrar al adivino para que leyera su destino al niño, pues «¡Ésas son patrañas de los indios idólatras e ignorantes!», e hizo traer a fray Bartolomé de Olmedo para que lo bautizara. Éste llegó más que corrido. Se veía que no sabía qué hacer, pero el capitán Cortés lo empujó y le ordenó que lo bautizara. Entonces, el sacerdote español se puso muy serio, rezó muchas cosas, le echó agua en la cabeza y, al final, le dijo al niño que ya se llamaba Martín Cortés.

—¿Cómo es el pequeño? —quise saber.

—Yo no lo he visto bien —respondió Macuilxóchitl—, pero de acuerdo con lo que ha dicho Malintzin a sus servidoras, tiene los ojos redondos y del color del tabaco, semejantes a los de su padre. Su carita redonda se parece a la luna llena. El pelo es negro como el de su madre y su piel color de almendra.

El nacimiento del hijo de Malintzin exacerbó los celos de la Marcaida, sobre todo por el entusiasmo amoroso de Cortés hacia su primer hijo varón. A partir de ese día, la vimos seguir a su marido por los pasillos del palacio y gritarle, a voz en cuello: «¡Tu hijo es un bastardo, Hernán! ¡Su madre, una india despreciable! ¿Cómo te atreviste, tú que te la das de noble? ¡Me ofendes porque yo no he podido darte hijos, desgraciado!»

Malinche se hizo el sordo al principio, mas la Marcaida no lo dejaba en paz, no le daba tregua ni cuando dormía. Así, llegamos al día primero del mes de noviembre. Ese día, Cortés había organizado un banquete y una fiesta para celebrar los avances que había hecho Alonso García Bravo en la construcción de la ciudad y para recibir a Juan de Burgos, Antonio de Carvajal y un grupo de personajes llegados de la Villa de la Vera Cruz que traían consigo varios toneles de vino y unas piezas de carne de cerdo salada —que ellos llaman tocinos y jamones— procedentes de España.

Ilancueitl y yo estábamos en nuestras habitaciones dedicadas a bordar unas *tlacacuachtli* —mantas para personas distinguidas— para enviárselas a Cuauhtémoc y a otros señores, a fin de que supieran que no nos habíamos olvidado de ellos, cuando escuchamos los sonidos de los pífanos, las flautas y los tamboriles que llegaban desde uno de los inmensos salones y decidimos acudir a hurtadillas para ver lo que sucedía. Nos ocultamos detrás de unas mantas que colgaban del techo y vimos cómo los comensales se atragantaban con los manjares dispuestos encima de una mesa enorme, bebían hasta el hartazgo, levantaban sus jarros en dirección a Hernán Cortés y le decían palabras con las que, según entendimos, querían congraciarse. La gente se veía contenta. Algunos de los hombres y sus mujeres españolas se habían embriagado un poquito, pero, a pesar de sus gritos destemplados y sus ademanes grotescos, todavía parecían guardar la compostura. Todo aparentaba marchar bien, de acuerdo con sus costumbres ruidosas y desaseadas, hasta que, de pronto, escuchamos la voz chillona de la Marcaida que increpaba e insultaba al capitán Cortés. Luego, vimos cómo Malinche se levantaba de su *icpalli*, la tomaba por los hombros y le daba una zarandeada que nos dejó estupefactas. A continuación, la Marcaida se puso a llorar, arrojó al suelo todo lo que estaba a su alcance y se retiró gritando picardías, que los demás corearon entre risotadas y burlas. Entonces Ilancueitl y yo nos escabullimos y volvimos a nuestros aposentos.

Fue durante la noche que escuchamos los gritos de Malinche clamando por auxilio: «¡Catalina se muere! ¡No puede respirar y se asfixia!» El palacio se convirtió, en el tiempo que tarda un suspiro, en un desbarajuste. Gritos, pasos apresurados, lamentos, ruidos inexplicables. Nos asomamos con sigilo, para no despertar suspicacias. Vimos grupos de soldados provistos con antorchas ir y venir de un lado a otro, como si celebrasen una danza macabra; corrillos de mujeres que chillaban y halaban de sus cabellos; a fray Bartolomé de Olmedo profiriendo jaculatorias a diestra y siniestra; a Ana Rodríguez, la camarera de doña Catalina, que aseguraba: «¡Yo la vi cuando salió de su oratorio y estaba bien, aunque algo pálida! ¡Ay, la pobrecita me dijo que quería que la llevase Dios de este mundo! ¡Ay, qué tragedia!»

Así las cosas, nos fuimos hasta las habitaciones de Malinche y nos escondimos tras de una pequeña balaustrada, donde Macuilxóchitl, quién si no, se había instalado para observar el sainete. Cortés, fuera de sus cabales, discutía con el padre Olmedo, quien insistía en examinar el cadáver.

—¡No la toque, se lo prohíbo! —gritaba parado entre el fraile y la muerta.

—Pero, hijo, déjame cerciorarme de la causa de su muerte... —reclamaba el padre.

—Ya se lo dije cien veces —exageraba Cortés—, Catalina nunca fue mujer industriosa ni diligente para atender su hacienda, granjearla ni multiplicarla ni en casa ni fuera de ella, antes era mujer muy delicada y enferma y que no se levantaba de un estrado... Siempre fue así, desde que era moza de María de Cuellar, con quien se

casó Diego Velázquez. Yo la tomé a pesar de que no aportó ninguna dote, porque era pobre, apenas tenía para vestirse... Se murió de asma... Nunca debió haber venido a estas tierras de por sí tan insalubres.

El fraile Olmedo nada más meneaba la cabeza como si quisiera decir: «¡Ya te conozco; Malinche! ¡Eres muy capaz de haberla asesinado! ¡Todos sabemos que te echas carnalmente con más de cuarenta indias y que ella te estorbaba!», pero no insistió más.

Luego, Cortés, a quien ya se le quemaban las *tlaxcalli* por deshacerse del cuerpo, mandó a su camarero, Alonso de Villanueva, para que llamase a María de Vera a fin de que ésta *amortajase* —en ese momento no imaginábamos de qué se trataba eso— a Catalina Xuárez.

María de Vera no se hizo esperar. Entró en la habitación y sin despegar los ojos de la cara de Cortés, al que odiaba sobre todas las cosas, se dirigió al tálamo mortuario. Ahí, con ayuda de una de las Hernández, desvistió a doña Catalina, la lavó, le untó unos aceites y la envolvió en una manta, que llaman «mortaja». Una vez que el cadáver estuvo envuelto, volteó hacia donde estaba Malinche y le gritó:

—¡Ya amortajé a su mujer, don Hernán Cortés! ¡Espero que vos quedéis contento!

Malinche no titubeó. Entrecerró los párpados y acarició su barba. Nadie pudo saber si tenía tristeza o la fingía. Yo creo que era fingimiento, pues cuando María de Vera pasó cerca de donde estábamos, la oímos decir a la otra doncella: «Sí, que yo la dejo amortajada, y este traidor de Hernán Cortés la mató, porque al tiempo que la amortajaba le vide las señales puestas en la garganta, en señal de que la ahogó con cordeles, lo cual me parece muy claro». La muerte de la Marcaida nunca quedó esclarecida por más que los miembros de la primera Audiencia, Nuño de Guzmán, Matienzo y Diego Delgadillo, enemigos acérrimos de Hernán Cortés, hicieron hasta lo imposible por que se le condenara.

Aunque no me gusta decirlo, la ausencia de la Marcaida provocó a algunos cambios que redundaron en nuestro beneficio. Las doncellas de doña Catalina fueron enviadas a vivir a la casa de su hermano Juan y de la abuela, donde permanecieron un tiempo y luego se dispersaron. Ello facilitó que recuperáramos las habitaciones del palacio de las cuales habíamos sido despojadas y que contásemos con mucho mayor espacio para vivir cómodamente. Malintzin reconquistó, por un tiempo, el rango privilegiado que Cortés le dispensaba y volvió a hacerse llamar doña Marina, aunque esta vez su conducta fue más amable y con menos ínfulas. Malinche, por su lado, entró en una etapa de trabajo infatigable que nos permitió vivir en paz mientras él estuvo ocupado y nosotras pasábamos desapercibidas. Fue una época en la que él dedicó toda su energía y la de sus hombres en sacar azufre del Popocatépetl para hacer pólvora; en traer trigo de España y otros cultivos, así como yeguas y vacas para contar con carne, leche, pieles y cabalgaduras y en la que se hizo acompañar de Cuauhtémoc y Tettlepanquetzal para examinar los trabajos de la construcción de la

ciudad de México-Tenochtitlan, así como para que lo orientasen acerca de la forma de organizar el trabajo de los mexicas, y enterarse del modo en que los *tlatoani* recababan los tributos y planear las exploraciones a los lugares donde se extraía el oro, la plata y las gemas que debía mandar a su emperador don Carlos V.

Estos cambios fueron importantes, es cierto, para la vida de mis hermanas y la mía. Pero hubo otros menos visibles, mucho más sutiles y complicados, que tenían que ver con nuestra vida espiritual, con nuestras deidades y, como después me dijeron, con la salvación de mi *tonalli*, que ellos llaman alma.

El día 30 de agosto de 1523 llegaron a nuestras tierras tres hombres que se hacían llamar a sí mismos «frailes franciscanos». Estos franciscanos no eran españoles, sino procedían de unos reinos que se llamaban Países Bajos o Flandes, que también pertenecían al imperio de don Carlos V, y nadie podía pronunciar bien sus nombres. Al parecer, según pude enterarme más tarde, se llamaban Johann Dekkers, Johann Van den Auwera y el tercero Peter van de Moere, o de Moor, y los *popolocas*, con su costumbre de meter en lengua de Castilla todo lo que oían, acabaron por decirles fray Juan Tecto, fray Juan de Ahora o Ayora —nunca me quedó en claro— y fray Pedro de Gante o de Mura.

Estos franciscanos se establecieron en Tetzcuco y comenzaron a predicar una nueva doctrina, que ellos llamaban «cristiana» y cuyos dioses principales, según comprendíamos, eran un Dios Todopoderoso, su hijo Jesucristo y la madre de éste, a quien mentaban Santísima Virgen María. Los frailes decían que nosotros adorábamos al «diablo», que nuestros dioses eran presencias engañosas que provocaba un tal señor Satanás para hacernos idólatras, que vivíamos en permanente «pecado», y que por ello «quedaba la desventurada ánima —nombre que daban a la *tonalli*—, pobre, fea y desnuda».

—Quieren meternos miedo —comentó Macuilxóchitl cuando hablamos del asunto—. Ni conocen ni quieren conocer a nuestros dioses. Nada les importan nuestras creencias. Confunden a la gente con su palabrería y todas esas telarañas del «amor» que dicen nos tiene su *teotl*, el Todopoderoso. No saben nada de Huitzilopochtli, Tezcatlipoca o Tláloc. Todo el tiempo hablan de bautizarnos, de que nos casemos de acuerdo con los ritos de su religión. Son latosos e insistentes... ¡Ah, pero todos aquellos que los conocen dicen que son personas muy buenas, cariñosas y caritativas!

—¿Y nuestra gente, qué opina? ¿Cómo ha reaccionado?

—Los *macehualtin* los ven como bichos raros. Oyen sus prédicas y, como apenas los entienden y no saben bien a bien qué es lo que quieren, se quedan mudos o se ríen y hacen como que están de acuerdo y les dan gallinas, tortillas, *atolli* y otros alimentos. ¡Ah, pero con los *pilli* es otro cantar! Los señores y señoras principales los tratan muy bien... Mira, Tecuichpotzin, te tengo un chisme que te va a encantar...

Macuilxóchitl dejó su lengua en suspenso. Sabía que yo no podía resistir una tentación de ese tamaño.

—¿Qué, qué? —dije sin poder controlar la curiosidad que sentía.

—¡Pues que el traidor Ixtlilxóchitl pidió a fray Juan Tecto que lo case con Papatzin Oxomoc, a quien mantiene cautiva en su palacio, junto con otras señoras principales!

—¿Papatzin? —inquirí sin poder ocultar una sonrisa.

—¡Sí, Tecuichpo, la misma mujer que tanto daño te hizo!

—La venganza que yo esperaba. Ahora sí que tendrá que vivir con quien tanto odia. Deberá obedecerlo y dejar que la posea cuantas veces quiera. Va a sentir un asco profundo cuando tenga encima de su pecho los músculos, los nervios, los jadeos del hombre que mató a tantos guerreros tenochcas, tlatelolcas, para usurpar un cargo que ni su propia madre le reconoce. *Cuix cana atl in timaltiz Papatzin*, con ninguna agua te podrás lavar —agregué para recalcar mi desprecio.

—Además, hermana —arremetió Macuilxóchitl—, le han cambiado de nombre. El fraile la bautizó para poder casarla. Ahora se llama Beatriz.

—¿Y ella no se resistió? ¿No se negó a aceptar tal afrenta? Al fin y al cabo, ella fue esposa principal de mi señor Cuitláhuac...

—Nadie la tomó en cuenta. Ni siquiera le preguntaron si quería o no casarse con Ixtlilxóchitl. Tú sabes, Tecuichpo, las mujeres, seamos grandes señoras o esclavas, estamos a merced de los hombres... Por más inteligentes, cultas, sensibles que seamos, debemos acatar la voluntad del hombre. Así ha sido siempre.

No contesté nada porque bien sabía que tenía razón. Las mujeres, fuésemos mexicas o españolas, o, más tarde, mezcla de todas las razas que se ayuntaron en estas tierras, seríamos medidas con un rasero diferente al que se aplica a los hombres.

Mi vida en Coyohuacan continuó su curso sin mayores sobresaltos. Pilotl me llevaba con cierta regularidad a visitar Tenochtitlan. Los progresos en la edificación de la ciudad eran notables y los cuatro barrios que yo había conocido con sus nombres en lengua mexica como Cuepopan, Atzacualco, Teopan o Zoquipan y Moyotlan, todavía no sufrían grandes transformaciones, sin embargo, ya se les empezaba a llamar Santa María, San Sebastián, San Pablo y San Juan, lo que no dejaba de causarme desazón pues además de modificar el aspecto de nuestra ciudad, los españoles estaban desplazando nuestra lengua con la suya.

Los cambios eran notables no sólo en Tenochtitlan sino en todo el valle del Anáhuac. Los invasores talaban grandes cantidades de árboles para utilizarlos en los edificios y para hacer muebles o, lo más terrible, leña para calentar sus alimentos, extraer oro y plata de las minas y hacer herrajes y otras chucherías de metal que necesitaban todo el tiempo, de suerte que los bosques que rodeaban la laguna fueron desapareciendo. Tiempo más tarde, me tocó vivirlo, trajeron de España «arados» que, al penetrar más profundamente en la tierra que los palos que usaban nuestros *macehualtin*, hicieron que ésta se agostara y perdiera el encanto que tenía cuando nosotros le guardábamos respeto y no la maltratábamos. Uf, y qué decir de los destrozos que hacían el ganado y las ovejas que, con su voracidad, dejaban desnudo

el terreno.

—¡Ya vienen otros franciscanos, señora Tecuichpotzin! —me informó Xochipalli una tarde de un día de mayo de 1524—. ¡Son doce y van causando revuelo! Todas las personas quieren verlos, tocar con sus manos las *tilmatli* con que vienen vestidos.

Me dijo Pilotl que habían pasado por Tlaxcala y que ahí uno de ellos, llamado fray Toribio de Benavente, se había cambiado el nombre por Motolinia, al enterarse que en nuestra lengua quiere decir pobre o humillado. Parece que los demás frailes festejaron su gesto, pero que los principales de Tlaxcala le tomaron a mal que quisiera cambiar su condición de *tecuhtli* por la de un *macehual*. ¡Ésos nunca dejarán de ser unos engreídos...!

—¿Y vienen para acá?

—Sí, señora. Yo creo que no tardan porque el capitán Malinche anda más nervioso que una comadreja y no para de dar órdenes. Envió a muchos capitanes y soldados para que se les reciba con «los honores que merecen».

Xochipalli no exageraba. En efecto, bastó con que me asomara al patio principal del palacio para escuchar, en voz de Andrés de Tapia, lo que decía el bando de Hernán Cortés en relación con la forma como debería recibirse a los frailes: «... que por donde viniesen les barriesen los caminos, y donde posasen les hiciesen ranchos... Cuando llegasen a los pueblos de *indios*, que les saliesen a recibir e hiciesen sonar sus caracoles y pitos... Que los naturales llevasen candelas de cera encendidas, y con las cruces que hubiese mayor humildad... Que los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos...» Todo adobado con frases en las que repetía su fervor por la fe cristiana y el amor que sentía por los frailes.

Los franciscanos llegaron a la ciudad de México-Tenochtitlan, después de detenerse unos días en Tetzcuco, el 18 de junio. Una brillante cabalgata compuesta de los principales caballeros y ciudadanos, al frente de los cuales iba Hernán Cortés, salió a recibirlos. Los seguían, unos en litera y otros por su propio pie, mi señor Cuauhtémoc y todos los dignatarios principales.

—¡Qué lástima que ustedes no pudieron ir, señora Tecuichpotzin! —lamentó Pilotl—. Malinche se apeó del caballo, y todos los españoles junto con él. El primero que se arrodilló delante de fray Martín de Valencia fue Cortés y le besó las manos y la manta, y luego besó a todos los demás frailes...

—¡Uf, cuántos besos, Pilotl! —dije en son de broma—. ¿Y Cuauhtemoctzin qué hizo? ¿Dijo algo?

—Mi señor y los demás principales se espantaron de gran manera por lo que hacían Malinche y sus capitanes. Los frailes venían descalzos y flacos, y con los hábitos rotos. No llevaban caballos sino que iban a pie y muy amarillos, parecían más muertos que vivos. Cuando Cuauhtémoc vio que Cortés los tenía por ídolos o cosa como de sus dioses, y el acato que les demostraba, creyó que esos frailes eran de naturaleza superior y, sin dejar de mostrar su admiración, bajó la mirada; yo creo que en señal de respeto.

La observación de Pilotl me dejó un sabor amargo en la boca. Pobre de mi señor Cuauhtémoc, pensé. Debe estar más que confundido con los cambios que se nos imponen. Ha de sufrir mucho al ver cómo se destruyen nuestras deidades y se les sustituyen por otras. Nuestro mundo se transforma y no hay mucho que podamos hacer.

Días después, confirmé mis presentimientos: al pasar frente a las habitaciones que ocupaba Malintzin, la escuché hablar con entusiasmo acerca de una ceremonia que se había celebrado en el sitio que ocupara el Templo Mayor de Tenochtitlan, y que los españoles llamaron Plaza Mayor. Malintzin hacía grandes esfuerzos para que las mujeres que la rodeaban comprendieran lo que había sucedido.

—El padre Martín de Valencia, en presencia de Hernán Cortés y de las autoridades que él ha nombrado, llamó a los demás frailes y les dijo que ellos formarían el primer «Capítulo de la Custodia del Santo Evangelio». Esto es, que ellos serían los encargados de enseñarnos su religión. Luego, los frailes le dijeron a fray Martín de Valencia que él ocuparía el cargo de custodio o *tlenamacac*, es decir, gran sacerdote. Después, dijeron que se habían de crear cuatro «monasterios», que, según entiendo, son como palacios para que vivan los frailes y, desde ahí, salgan a platicar con la gente de su religión y de sus dioses. Los cuatro monasterios se van a construir en México-Tenochtitlan, Tetzcuco, Tlaxcala y Huexotzinchellip; o. El padre Motolinia quedará como guardián del monasterio de México.

No pude escuchar más porque Malintzin y las mujeres salieron de la habitación. Sin embargo, lo que había oído fue suficiente para que yo me hiciera varias preguntas y, poco a poco, comenzara a vislumbrar lo que debería hacer para no quedarme al margen de las cosas que iban a suceder. Lo primero que me vino a la mente fue: ¿Cómo le van a hacer para hablar con la gente y enseñarle su doctrina? La respuesta me vino casi de inmediato. Tendrán que aprender nuestra lengua y enseñarnos la suya... ¿Aprender *castilla*? Por qué no... Sería maravilloso poder entender cómo es su mundo, cómo su forma de pensar y de apreciar todo lo que los rodea... ¡Sí, me dije, yo tengo que aprender *castilla* tan bien o mejor que ellos!

Mi entusiasmo no se vio defraudado. Los frailes o «padrecitos», como dimos en llamarlos, comenzaron a salir para difundir sus enseñanzas. Al principio, como mejor podían, instruían a los *macehualtin* que parecían hábiles y recogidos, para que, en su presencia, predicasen al pueblo. Más tarde, cuando los frailes aprendieron a hablar en náhuatl, fueron ellos los que tomaron la palabra para dirigirse a las multitudes que se reunían en las plazas con el propósito de escucharlos.

Los primeros pueblos donde los frailes transmitieron sus enseñanzas fueron Cuauhtitlán y Tepotzotlan, porque en esos pueblos vivían los hijos de algunos señores principales y varios sobrinos y nietos de mi padre Motecuhzoma, y por respeto de éstos allí comenzaron a enseñar y a bautizar a los niños. Después, fray Martín de Valencia visitó Coyohuacan y fue entonces cuando tuve la oportunidad de escucharlo.

Ese día, mis hermanas y yo, sin dilación alguna, acudimos al sitio donde ya estaba

reunida una muchedumbre que esperaba, en un silencio expectante, la presencia del padrecito. Éste —un hombre delgado, alto, blanco y barbado, que se distinguía por una enorme nariz ganchuda y por un rodete sin pelo que hacía brillar su coronilla— comenzó a predicar con voz pausada para que el *pilli* que lo acompañaba pudiese traducirnos lo que decía. Comenzó con una invocación a su dios, al que llamó Nuestro Señor, y a rogarle que su santa palabra hiciese fruto en nuestras ánimas, nos alumbrase y convirtiese a su santa fe. Su voz, aunque suave, no dejaba de ser impresionante. Comprendí que se trataba de un hombre con una fuerza interior sobrenatural. Quienes me rodeaban —estábamos sentadas en un lugar privilegiado y sólo ocupado por señores y señoras de la nobleza— comenzaron a vibrar y a repetir lo que el fraile decía y a destruir las figuras de barro o de piedra de nuestros dioses que llevaban escondidas entre los pliegues de sus *tilmatlí* o *huipillí*; a levantar unas cruces que habían hecho con madera o metal, y a pedir que se construyesen templos para el dios de los cristianos.

Ilancueitl y Macuilxóchitl estaban impresionadas. Mantenían la manos enlazadas y unos hilillos de sudor bajaban por sus mejillas. No despegaban sus ojos de los labios de fray Martín. Se comían sus palabras y se inflamaban con el brillo intenso de sus ojos azules.

—¿Les gustaría aprender *castilla*? —dije con un susurro.

Ambas me miraron como si hubiese enunciado un desvarío.

—¿Cómo? —inquirió Ilancueitl.

—¿Dónde? —completó Macuilxóchitl.

—Ya veremos —respondí en el momento en que el fraile comenzaba a bautizar a los niños con nombres españoles, tales como *Martín*, *Pedro*, *Juan*, *Diego* y otros, que les llegaban del cielo revueltos con las gotas de agua que el fraile esparcía sobre sus frentes, y que éstos recibían divertidos, más que con sumisión y recato.

Nuestra inquietud de aprender *castilla* se vio compensada a la vuelta de la esquina. Los frailes no tardaron en abrir escuelas para inculcar la alfabetización y los valores de los españoles, así como la doctrina cristiana. Fray Pedro de Gante fundó una escuela en Tenochtitlan y, poco más tarde, se creó un centro de educación humanística en el Colegio Franciscano de Santa Cruz, en el recién construido convento de Santiago Tlatelolco.

Gracias al interés de fray Toribio Motolinia, guardián del convento de San Francisco de México, se creó una pequeña escuela en Coyohuacan. Nosotras, ni tardas ni perezosas, asistimos de inmediato y así todas las mañanas para aprender a leer, escribir y cantar. No tuve problemas ni con el alfabeto ni con la ortografía, pero con los cánticos me fue de la patada. Siempre fui desentonada. Mi voz, un chorro grave y desafinado que ponía los pelos de punta de todo aquel que tuviese la mala fortuna de escucharme. Ah, pero eso sí, mi letra era tan buena que decían de mí: «No hay quien lo escriba si no es la mera Tecuichpotzin».

Una mañana, se presentó un fraile de nombre Pedro Melgarejo en nuestra escuela

dizque para tomarnos la lección. Tuvimos que mostrarle nuestros trabajos para que catase la caligrafía y recitarle algunos párrafos del *Pater Noster*, el Ave María, el Credo, los Mandamientos, los Siete Pecados Mortales y otros rezos que aprendíamos de memoria en un texto de Alonso de Molina. Luego, el padrecito nos dijo que estaba buscando mujeres castas y honradas para que fuesen a vivir en monasterios y congregaciones de mujeres para prepararlas a fin de servir como monjas y religiosas de la religión cristiana.

Yo le expliqué que era mujer casada y que, por lo mismo, no podía servir más que como *cihuatlamacazqui* o sacerdotisa en el templo de Xochiquétzal, donde había participado desde que era niña.

El fraile se puso de color morado, levantó los ojos al cielo, dijo algo así como perdónala, señor, que no sabe lo que dice, y se desentendió de mí de inmediato.

—¿Y ustedes? —preguntó a mis hermanas, sin apartar la mirada de los pechos de Ilancueitl.

—Yo no soy honesta y mucho menos casta, padrecito —respondió Macuilxóchitl con un desparpajo que calentó mis mejillas y las tiñó de *nocheztli*, igual que la sangre de las tunas.

—¡Ay! —chilló fray Pedro—. Dios mío a qué pruebas me sometes, dónde he venido a caer. Estas mujeres son discípulas del diablo. —Luego, llevó sus manos al pecho y las extendió hacia el frente, a la vez que gritaba—: ¡*Vade retro*, Satanás! ¡Retírate, Satanás!

Fray Pedro Melgarejo no perdió el tiempo con Ilancueitl. Hizo la señal de la cruz y echó a correr con toda la fuerza que le permitían sus piernas.

Este incidente, que a las tres nos pareció gracioso y que nos hacía reír cada vez que lo recordábamos, se repitió en muchos lados en la medida en que comenzaron a llegar frailes y sacerdotes de otras órdenes, y éstas a disputar entre sí para hacerse de feligreses y convertir primero a los *caciques* a fin de que sus hijos e hijas se preparasen para servir como sacerdotes y monjas. Los principales pueblos —Tenochtitlan, Tlatelolco, Tetzcuco, Tlalmanalco y Xochimilco— fueron ocupados por franciscanos. Los dominicos se establecieron en las comunidades dispersas de Chalco y en las dos villas del *marquesado* —Hernán Cortés ya ostentaba el título de Marqués del Valle—, Coyohuacan y Tacuba. Los agustinos llegaron más tarde y establecieron monasterios e iglesias en Acolman, Culhuacán y Mizquic.

Nosotras nos mantuvimos ajenas a todo ese ajeteo y continuamos con el aprendizaje de la lengua. Mi letra y los dibujos con que acompañaba cada vocal o consonante llamaron la atención de fray Diego Altamirano durante una visita que nos hizo.

—¿Quién hizo este amate tan precioso? —preguntó cuando lo tuvo en sus manos.

—Mío —respondí un tanto cohibida—. Me llamo Tecuichpo —añadí sin usar la partícula reverencial *tzin* para evitar suspicacias.

—¿Cómo aprendiste, Tecuichpo?

Le expliqué, entonces, las enseñanzas que había recibido de los *tlacuilos* que servían a mi padre —sin decirle el nombre, por supuesto— y algunas de las formas de preparar el *amatl* o papel y colorearlo.

Él quedó muy satisfecho.

—Veo que aprendes con facilidad, Tecuichpo. Ya sabes leer y escribir y considero conveniente que asistas al Colegio de San Francisco, en Tenochtitlan, para que se te enseñe la Gramática.

Sentí una llamada en mi pecho. Eso era lo que yo más quería en esos momentos. Días después, el propio fraile Altamirano nos condujo a Ilancueitl y a mí hasta el colegio, donde permanecimos varios meses.

La vida en el colegio era rígida y austera. Ahí dormíamos y comíamos todos los días, con excepción de aquellos que se llaman sábado y domingo, cuando se nos daba permiso para ir a Coyohuacan a visitar a nuestra familia. Las clases de Gramática, que vigilaba fray Pedro de Gante, me resultaron fascinantes. Aprendí a manejar la lengua de Castilla tan bien como la que me habían enseñado mis padres y mis tutores del *calmecac*. También, aprendí a hablar el latín, entenderlo y escribirlo, y aun a hacer versos heroicos.

Los frailes y muchos españoles que ocupaban cargos públicos en México disputaban constantemente sobre nuestro aprendizaje. Los aprendices podíamos asistir a los debates y yo no me perdía ninguno porque lo que en ellos se decía, además de ser importante, a mí me servía para comprender sus intenciones para con mi gente.

Fray Toribio Motolinia era uno de nuestros defensores más fervientes.

—Sí —argüía—, cierto es que se les ha enseñado con harta dificultad, mas con haber salido muy bien con ello se da el trabajo por bien empleado, porque hay muchos de ellos buenos gramáticos y que componen oraciones largas y bien autorizadas, y versos exámetros y pentámetros. Lo que más se debe procurar es el recogimiento de los estudiantes... Porque éstos tienen su colegio bien ordenado, adonde ellos solos se enseñan.

Otro «campeón» en la defensa de nuestra enseñanza, fray Bernardino de Sahagún, en la disertación que hizo el día que Ilancueitl y yo terminamos los estudios, explicó a la concurrencia: «Hemos recibido y aún recibimos en la plantación de la fe en estas partes grande ayuda y mucha lumbre de aquellos a quienes hemos enseñado la lengua latina. Esta gente no tenía letras, ni caracteres algunos, ni sabían leer ni escribir, comunicábanse por imágenes y pinturas que conservaban los Huaque —hombres que tenían libros, que entendían las pinturas con que se conservaba la memoria de los hechos—. Y todas las antiguallas suyas y libros que tenían de ellas estaban pintados con figuras e imágenes, de tal manera que sabían y tenían memoria de las cosas que sus antepasados habían dejado en sus anales, por más de mil años atrás, antes que llegásemos nosotros».

Estas discusiones, que demostraban la capacidad de observación de los frailes

sobre nuestras tradiciones y costumbres, estaban impregnadas de una gran sabiduría y a mí me daba mucho orgullo el enterarme de la grandeza de nuestro pasado. Mi cariño por ellos, que al principio estuvo supeditado a que pudiese superar la desconfianza que sentía por todos los españoles, se afincó en mi corazón y, con el tiempo, llegué no sólo a respetarlos sino a profesarles una devoción sincera. Siempre recordaré cómo se quejaba el padre Sahagún de que no se nos enseñasen conocimientos de lógica, filosofía natural y medicina que mucho nos hubiesen servido durante las epidemias de *hueyzáhuatl* —la gran lepra que mató a mi señor Cuitláhuac— y otras pestes conocidas como sarampión, influenza, tifus, paperas y tabardillo, que padecimos con frecuencia y que hicieron mermar considerablemente nuestra población.

Ilancueitl y yo terminamos nuestro aprendizaje a mediados del mes de julio del año 1524. Logramos hablar y escribir perfectamente en *castellano* y, así, pudimos comunicarnos con los españoles de igual a igual, sin que dependiésemos de las traducciones que algunos hacían y que, frecuentemente, eran balbuceos distorsionados que no nos servían para maldita la cosa.

La evangelización que hacían las órdenes propició grandes cambios en las poblaciones. En ellas, los frailes y las autoridades ayuntaban gente para destruir los templos del «demonio», así llamaban a nuestras deidades, y los convencían de adoptar los principios de la religión católica y las costumbres de los *popolocas*. Hernán Cortés, por su lado, apoyaba el trabajo de los frailes con bandos y pregones, y no tardó en difundir unas «ordenanzas» que regirían la vida comunitaria de las ciudades.

Aún puedo verlo trepado en una plataforma dispuesta en la Plaza Mayor de México-Tenochtitlan, frente a una multitud formada por militares, civiles y prelados, y decirles con gran convencimiento y enjundia: «... como a mí me conviene buscar todo el buen orden que sea posible para que estas tierras se pueblen, y los españoles y los naturales de ellas se conserven y perpetúen, y nuestra santa fe en todo se arraigue, hago pregón de las Ordenanzas de buen gobierno que todos, sin excepción, habrán de cumplir...»

Estas ordenanzas, entre otras cosas, disponían los deberes que los españoles deberían cumplir respecto de las encomiendas de indios y los cultivos que habrían de realizar; prohibían lo que ellos llamaban «idolatrías» y obligaban a los padres a enviar a sus hijos a adoctrinarse e instruirse con los frailes; mandaban que los casados trajesen a sus mujeres de Castilla en un plazo de un año y medio, y que los solteros se casasen en el mismo plazo, dizque para evitar los amancebamientos, la promiscuidad y los abusos sexuales que cometían con las «indias».

—¡Oye lo que dice Malinche, Tecuichpo! —no podía faltar el comentario de Macuilxóchitl sentada a mi vera—. ¡Es un hipócrita de quinta! Él, que se echa encima de cuanta mujer se le pone a tiro y que ha preñado a tantas que no se pueden contar con todos los dedos que tenemos. ¡Bah, es un *temacpalitotiqui*, un farsante que hace

bailar a la gente en la palma de su mano!

No me atreví a replicarle. Macuilxóchitl tenía razón. La fama de Cortés, al igual que la de sus capitanes y otros españoles que tenían encomiendas, no era para nada buena. Muchos frailes y personas de buena fe, como era el caso de fray Bartolomé de las Casas, opinaban a voz en cuello que todos los conquistadores habían sido robadores y raptos, los más eran calificados como malos y crueles.

Sin embargo, a Hernán Cortés estas opiniones le importaban un bledo. Él hacía y deshacía a su antojo. Por estas fechas, ocupó los nuevos edificios que se habían construido sobre el palacio de Axayácatl y las Casas Nuevas de Motecuhzoma, aunque sin desocupar el palacio de Coyohuacan que mantuvo convertido en una especie de serrallo particular, donde convivían sus amantes y todas las mujeres destinadas a su placer personal. Mis hermanas y yo, empero, todavía no llamábamos su atención y, no sé si porque éramos hijas de Motecuhzoma o porque yo aún era esposa de Cuauhtémoc, el hecho es que nos demostraba una indiferencia que resultaba muy cómoda. Podíamos hacer lo que nos viniese en gana y movernos con libertad a nuestro arbitrio.

Mi vida se volvió cada vez más interesante. Podía entender todo lo que hablaban los españoles entre sí, e ir y venir, a mi antojo, de Coyohuacan a México-Tenochtitlan, donde tenía unos aposentos muy confortables. Dedicaba parte de mi tiempo a visitar los barrios donde todavía se hacían trabajos de construcción y a platicar con las señoras principales que me encontraba en el tianguis de Tlatelolco, al que acudía con mis ayas para proveernos de mis alimentos predilectos.

Así, mientras satisfacía mi curiosidad por mil cosas, llegó el mes de octubre, fecha en la que Hernán Cortés manifestó su intención de salir de la ciudad rumbo a un lugar llamado las Hibueras, y con ello se creó un rebumbio que nos afectó.

Hernán Cortés dio como pretexto para esta expedición el hecho de que ya hacía mucho tiempo que su persona estaba ociosa y además arguyó que le era inaplazable imponer un castigo ejemplar a Cristóbal de Olid, quien lo había traicionado y estaba en componendas con Diego Velázquez para alzarse juntos con la tierra que él había conquistado. Así, creó un gobierno para que atendiera los asuntos mientras él estaba ausente y lo puso en manos del tesorero Alonso de Estrada, del contador Rodrigo de Albornoz, del licenciado Alonso Zuazo y del alguacil mayor Rodrigo de Paz, este último mayordomo de Cortés y hombre de toda su confianza.

El 12 de octubre, después de que fray Martín de Valencia oficiara una misa en el palacio, Malinche salió de la ciudad de Tenochtitlan con alguna gente de a caballo y de a pie, que no fueron más que los de su casa y algunos deudos y amigos suyos, y con ellos el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmíndez Chirinos, éstos, representantes del emperador don Carlos V, quienes lo acompañarían parte del trayecto.

La salida de Cortés a mí me tenía sin cuidado. Al contrario, me alegraba que se fuese y, de ser posible, que jamás volviera. Sin embargo, cuando supe que Malinche

había dispuesto que, porque quedase más pacífico y sin cabeceras de los mayores caciques, iba a llevar consigo a mi señor Cuauhtémoc, a Tettlepanquetzaltzin, a Cohuanacotzin, a un tal Juan Velázquez, capitán del mismo Cuauhtémoc, y a otros muchos principales, me sentí abatida y desesperada.

—Va a llevarse a Cuauhtémoc, Ilancueitl —dije, y mi voz sonó a presagio—. Presiento que no lo volveré a ver, que no regresará de ese viaje. ¡Ay, hermana, ni siquiera puedo despedirme de él o estrecharlo contra mi cuerpo y decirle que lo amo, que lo extraño!

—Muchas mujeres, Tecuichpo, al igual que tú, se quedarán sin sus esposos... De hecho ya son viudas desde que Malinche puso en prisión a los señores y los aherrojó a su persona. Es nuestro sino, hermanita. ¿*Campa mach patituitze*? ¿En dónde remediarán nuestras aflicciones?

Vimos salir el cortejo. Ahí iban Malintzin y su hijo Martín, Gonzalo de Sandoval y unos primos de Cortés que se llamaban Juan de Ávalos y Hernando de Sayavedra, Juan Jaramillo, Pedro de Solís al que decían «Casquete», los frailes Juan de Aora y Juan de Tecto, un tal Alonso de Grado, su camarero Salazar, Francisco de Montejo y muchos otros. También, no podían faltar tratándose de Malinche, dos pajes de lanza, ocho mozos de espuela, dos cazadores halconeros, cinco chirimías y sacabuches, dulzainas y un volteador. Iba con ellos uno que jugaba de manos y títeres. Llevaban acémilas con tres acemileros españoles y una gran manada de puercos para que no les faltase la carne. Viajarían también más de tres mil guerreros mexicanos con sus armas de guerra.

—¿A dónde cree que va este fatuo que se siente más importante que el emperador don Carlos V? —criticó, como siempre, Macuilxóchitl—. ¿Creerá que va a conquistar otro señorío como el nuestro?

—Va a encontrarse con sus propios demonios —sentenció Ilancueitl con una firmeza que me dejó atónita—. Ya volverá con el rabo entre las piernas..., dejando un rastro de sangre que lo perseguirá hasta la muerte.

Nos quedamos solas, solas y desamparadas. Coyohuacan quedó deshabitado, lo mismo Tenochtitlan. Parecía que habían quedado en México hasta cincuenta caballos y doscientos españoles infantes, pocos más o menos. No acababa de salir Cortés, cuando comenzaron las desavenencias entre los *popolocas* que habían quedado a cargo del gobierno. No podían estarse sin las riendas del amo. Nosotras sabíamos de sus traiciones y pleitos a través de lo que nos contaba Pilotl, quien se hacía responsable de nuestros pequeños asuntos.

—Ya comenzaron con sus cochinas, señora Tecuichpotzin —informaba el esposo de Xochipalli con rostro adusto—. Salazar y Chirinos regresaron a México y, sin agua va, apresaron a Estrada y Albornoz. Estrada, en el momento en que los alguaciles le echaron las manos encima, gritó: «¡Me cago en todas las hostias y en la madre que mal parió a Chirinos!»

Las blasfemias se pusieron a la orden del día, porque Estrada, Albornoz y Zuazo

no tardaron en prender a Rodrigo de Paz, y éste, que se sentía la oreja derecha de Cortés, los amenazó con meterlos en el potro de la tortura y mandarlos al infierno para que los diablos les quemasen el culo.

Las intrigas palaciegas se convirtieron, así, en la comidilla que alimentaba el ocio procaz de los españoles, quienes se reunían en las tertulias para hablar mal de quien estuviese ausente. No tardó en llegar Diego de Ordaz para propalar que Hernán Cortés había muerto en el viaje a las Hibueras y los encargados del gobierno dieron rienda suelta a sus pasiones.

Por si no fuera suficiente, hacia principios de 1525 ocurrió un conato de levantamiento tenochca y el licenciado Zuazo, como justicia, lo reprimió cruelmente sirviéndose de perros feroces. Volvimos a ver en acción a María de Estrada y a doña Francisca de Ordaz, quienes, a fin de hacer más cruel el *aperreamiento*, colocaban grillos en las piernas de los mexicanos, para, a continuación, azuzar a sus mastines y exigirles la muerte de los desgraciados.

—¡Esas mujeres son más salvajes que los *chichimecas*! —opinaba, indignada, Ilancueitl—. Gozan con el dolor de los nuestros. Disfrutan cada vez que uno de sus mastines les destroza un miembro. Entran en delirio cuando el cautivo agoniza. ¡Malditas, mil veces malditas!

Sí, eran sanguinarias, pero lo mismo hacían con los suyos cuando se atrevían a desafiarlas. Zuazo hizo alarde de la forma brutal como había reprimido la rebelión, se endilgó toda la gloria, y olvidó mencionarlas. Su «descuido» le resultó fatal. Una vez reprimido el levantamiento de los nuestros, fue apresado por sus compinches, aherrojado y enviado a la Villa de la Vera Cruz, para que, desde ahí, se le mandase a Cuba sujeto a un juicio de residencia.

El rumor de la muerte de Hernán Cortés fue un borrego mal adobado. Rodrigo de Paz volvió a hacerse del poder y se dedicó a jugar naipes y dados con Chirinos y Salazar, a quienes esquilmo veinte mil pesos de oro. Éstos le rogaron que les perdonara la deuda y él se negó.

—Se volvieron rabiosos, señora Tecuichpotzin —contó Pilotl—. Salazar y Chirinos dicen, a quien quiera oírlos, que la venganza será terrible.

Así fue, en efecto. Una noche, mientras dormíamos en el palacio de Cortés en Tenochtitlan, oímos gritos y el sonido de las espadas al chocar entre sí. Macuilxóchitl y yo corrimos hacia una ventana y, desde ahí, vimos cómo unos soldados echaban una caperuza sobre la cabeza de Rodrigo de Paz y se lo llevaban prisionero.

Un día después, Pilotl nos contó que lo habían llevado a la fortaleza de las Ataranzas, donde se guardaban los bergantines, y que lo habían atormentado con cordeles, agua, y le quemaron los pies con aceite para que les dijese dónde estaba el tesoro de Cortés, a quien daban por muerto. Finalmente, lo llevaron a ahorcar, desnudo, sobre la grupa de un asno.

—Se lo merece —fue el juicio lacónico de Ilancueitl—. Ese fulano se ha portado como un *moyocoyatzin*, peor que un tiranuelo con los nuestros.

Mientras Chirinos y Salazar se apoderaban de los bienes de Malinche y ponían nuevos tributos a los mexicanos, llegó procedente de las Hibueras un mensajero de Hernán Cortés llamado Martín Dorantes, quien fue recibido secretamente por los frailes del monasterio de San Francisco.

Dorantes, además de traer consigo unas cartas de Cortés, era portador de varias noticias que fue soltando sin darles la mayor importancia. Primero, habló del matrimonio de Malintzin con Juan Jaramillo, en el pueblo llamado Oztotipac. Al parecer, Malinche había hecho embriagar a Jaramillo y, una vez que estaba más borracho que una cuba, lo había convencido de casarse con Malintzin, por quien ya no sentía atracción alguna y a la que ofreció dotarla generosamente con mercedes en los pueblos de Olutla y Jaltipan, tan pronto regresasen a Tenochtitlan. La ceremonia del matrimonio fue celebrada por fray Juan de Tecto, ante testigos que, al igual que Jaramillo, apenas podían sostenerse de pie.

Luego, el mensajero había hecho una relación de todo lo que habían padecido en los pantanos y tierras inhóspitas, y, como quien quita una paja de su vestido, había hecho referencia a la muerte de Cuauhtemotzin y de algunos señores principales.

—Los señores Cuauhtemotzin, Tetelepanquetzal y Cohuanacotzin fueron asesinados, señora Tecuichpotzin —dijo Pilotl y yo sentí que mi corazón se hacía pedazos y que todo mi ser se incendiaba. Mis oídos zumbaron y los ojos se me volvieron de agua.

—¿Cómo? ¿Qué dices, Pilotl? —reclamó, airada, Macuixóchitl.

—Martín Dorantes dijo, delante de los frailes de San Francisco, que habían sido ahorcados —el martes de carnestolendas del año 1525— en un árbol de *pochote*, en Hueymollan, un sitio que pertenece a la provincia de Acallan —señora Macuixóchitl.

—¿Por qué los asesinó? —grité entre la bruma de dolor que me rodeaba—. ¿Qué pudieron haberle hecho, si iban prisioneros?

—Parece que habían decidido sublevarse y, aprovechando que eran muchos, acabar con los españoles. Dorantes dijo que viendo que andaban los españoles tan descuidados, descontentos y debilitados, sería fácil que cuando pasásemos algún río o ciénaga, dar en nosotros, porque eran los mexicanos sobre tres mil y traían sus armas y lanzas y algunos espadas, y que Cuauhtémoc había intentado convencerlos de que los atacaran. Alguien, un tal Coxtemexi, que servía de espía a Cortés, los delató, señora. Cortés, sin hacer más probanzas, mandó que los ahorcasen.

—¿Y, mi señor no se defendió?

—No pudo, señora. Dorantes dijo que él escuchó que Cuauhtemotzin reclamaba a Cortés: «¡Oh Malinche, días había que yo tenía entendido que esta muerte me habrías de dar y había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia! Los dioses te lo cobrarán, pues yo no me la di cuando te me entregaba en mi ciudad de México».

Pilotl, siempre discreto, al ver la amargura en mi rostro y que yo me desganzaba entre los brazos de Macuixóchitl hasta caer de hinojos, se retiró e hizo llamar a

Xochipalli y Tzilacayotl para que nos prestasen auxilio.

Mis horas se volvieron negras. Muchos ensueños se apoderaron de mi magín para hacerme ver escenas que me causaban terror. Al igual que en los amates, yo leía párrafos y veía pinturas que contenían diferentes versiones de lo que había sucedido a mi amado señor Cuauhtémoc: «Vi cómo fue asesinado Cuauhtémoc, en Izancanac, Tabasco, con el pretexto de que preparaba una rebelión. Lo martirizaron con fuego en la cabeza, le echaron perros bravos para que lo atacaran, lo colgaron desnudo de cabeza durante trece días y luego lo ahorcaron... Finalmente, fue decapitado. Igual suerte sufrió Tettlepanquetzal».

Veía, también, cómo lo bautizaba fray Juan de Tecto. Los nombres salían de la boca del fraile como si fuesen serpientes de fuego: «Hernando de Alvarado Cuauhtémoc... Don Juan... Don Fernando Cuauhtemoctzin... a éste le cortaron la cabeza, que fue clavada en una ceiba frente al templo del pueblo de Yaxzam...»

Sin embargo, no fue hasta que Hernán Cortés regresó de las Hibueras, el 19 de junio de 1526, que pude escuchar una reflexión de labios de uno de sus aliados de Tetzcuco que me pareció sensata y verdadera: «Cortés los mató sin culpa, sólo porque la tierra quedase sin señores naturales; el cual, si hubiese reconocido los favores que Dios le había hecho, debió en cambio, tener consideraciones y estimarlos como piedras preciosas. Pero él siempre procuró matar a los señores y aun a sus nietos, y oscurecer sus glorias, y dárselas a sí solo».

Llegó la hora de vivir mi duelo, tanto por la muerte de mi señor, como porque a partir de ese momento Tecuichpotzin Ichcaxóchitl había dejado de existir. ¿Quién era yo?, me preguntaba constantemente. Era, acaso, la persona a la que se refrían los versos:

¡Oh, hermano mío, hemos sido presos, hemos sido engrillados!

¿Quién eres tú, la que está sentada junto al capitán general?

*¡Ah, eres tú, ciertamente, oh, Isabelita, oh sobrinita mía:
en verdad son entregados los príncipes!*

*Por cierto serás esclava en un lugar cerrado,
Se harán joyeles, se tejerán plumas en Coyohuacan.*



XII

Isabel Motecuhzoma

Regresamos al palacio del Marqués del Valle en Coyohuacan. Ahí estuve convaleciente durante varias semanas. Me sentía débil y profundamente melancólica. Un frío persistente se instaló en mis huesos. No lograba calentarme ni con el sol del mediodía. Mis hermanas hacían hasta lo imposible por despertar mi alegría, pero ésta me había abandonado.

Hernán Cortés se aparecía con frecuencia para echarse sobre alguna de sus «barraganas», ya fuese española o mexicana, o para organizar francachelas escandalosas. Siempre llegaba con un séquito nutrido compuesto por soldados y por personajes de la Audiencia o del Cabildo, entre ellos Juan Jaramillo, a quien había nombrado alcalde ordinario de la ciudad de México, y con ellos algunas noticias que lograban atraer mi atención, a pesar de mi lamentable estado de ánimo.

Supe, así, que los frailes franciscanos, encabezados por fray Martín de Valencia y Motolinia, habían construido la primera iglesia mayor de la ciudad de México, una iglesia pequeña pero de significado trascendente; que a uno de los tantos hijos de mi padre Motecuhzoma, que era Señor de Tenayuca y que aparentemente estaba poseído por el demonio, lo habían sujetado a una ceremonia de exorcismo y, después, lo bautizaron con el infausto nombre de Rodrigo de Paz, a quien Malinche deseaba rendir un homenaje póstumo. Asimismo en Tetzcuco, el 14 de octubre de 1526, se había celebrado con gran solemnidad el primer matrimonio público de indios y uno de los contrayentes había sido un tal don Hernando que, al parecer, era hermano de Ixtlilxóchitl. También, escuché que los encomenderos y los frailes disputaban entre sí, más que nada porque los segundos defendían a los mexicas de la cruel explotación en que los mantenían los primeros.

—Dicen que andan agarrados de la greña y que los frailes los amonestan en las misas desde el púlpito —comentó Ilancueitl con la intención de sacudirme la modorra—. Creo que debemos ir a Tenochtitlan para escucharlos, Tecuichpo. ¿No te parece?

—Puede ser interesante, hermanita —asentí, aunque a regañadientes—. Dispón lo necesario para acudir este domingo. Ah, y pídele a Pilotl que nos acompañe.

La iglesia de San Francisco estaba repleta. Los españoles encumbrados y sus mujeres frente al altar, en las primeras bancas, y los mexicanos, todos revueltos, en los lugares que habían quedado vacantes. Los *macehualtin* afuera.

La encomienda se ha convertido en fuente de terror para los pueblos mexicas, quienes son sujetos de abuso generalizado y atrocidades singulares —escuché rugir a

fray Pedro de Gante, quien condenaba a los españoles desde el púlpito—. Los encomenderos usan a los indígenas para todas las formas de trabajo manual en la construcción de sus casas, la agricultura y la minería, y, como bestias de carga, para trasladar todos los productos que ellos cultivan con sus propias manos... Esos rufianes, por si fuera poco, les cobran tributos excesivos y los hacen trabajar hasta el límite de sus fuerzas y, si no lo hacen como ellos exigen, los encarcelan, los golpean y hasta los matan. Hemos sabido que los persiguen con sus perros cuando alguno de ellos intenta escapar... Son tan bestiales que, si se les antoja, se apoderan de sus mujeres indefensas y las hacen suyas delante de sus maridos o sus *chilpayates*...

La diatriba de fray Pedro de Gante era dura, implacable y parecía que nunca iba a terminar. Los españoles se movían molestos en sus asientos, hacían gestos de repudio, pero nadie se atrevía a chistar. Mis hermanas y yo estábamos asombradas de la valentía del fraile y más que satisfechas.

—Les está dando fuerte a los desgraciados —dijo Macuilxóchitl en voz baja—. Puros granos de maíz caliente les ha metido en los morros, en sus hocicos abultados por la morriña que ya traen en el alma.

—A ver si así aprenden a comportarse como les pide su religión. A ver si aprenden a tratar al prójimo como a sí mismos —señaló Ilancueitl—. Dicen que Malinche marca con la G a los *macehualtin* de Tetzcuco y luego los vende a trasmano como esclavos... ¡Hipócrita descastado!

Nos retiramos de la iglesia conmovidas. Fray Pedro de Gante, al igual que Motolinia y fray Bartolomé de las Casas y otros más daban, desde el púlpito y a través de sus sermones, la batalla por nosotros.

Salimos al atrio y nos entretuvimos un rato con la gente que paseaba o formaba corrillos para discutir el sermón del fraile. El sol estaba en lo alto y su calor me confortaba. La fachada de la iglesia había quedado hermosa, muy distinta del aspecto que tenían nuestros *teocalli*. Las mujeres españolas lucían sus mejores galas y sus vestidos; aunque nos causaban risa, no dejaban de ser atractivos. ¡Uh y sus peinados! Lástima que oliesen igual que las ratas muertas.

Todo nos parecía interesante y, hasta cierto punto, agradable, hasta que, al pasar junto a un grupo de españoles, altivos y presumidos, escuchamos que uno de ellos decía: «Estos frailes nos destruyen y procuran que no seamos ricos, y nos impiden hacer de los indios esclavos; éstos hacen abajar los tributos y defienden a los indios y los favorecen contra nosotros... ¡Son unos tales por cuales!»

Sí, efectivamente, los primeros frailes nos defendieron de los abusos de quienes nos habían conquistado, pero más tarde llegarían otros curas, como fray Juan Paredes, que harían uso del castigo y la fuerza para convertir a la gente. En 1530, la Iglesia ejecutó a un Señor de Tetzcuco por idolatría, condenó a otro a prisión perpetua en España y torturó a un tercero con agua y garrote. Además, nos atosigaron con los «diezmos», un tributo especial disfrazado de limosna.

Regresamos a Coyohuacan en una canoa. El agua de la laguna había recobrado su

transparencia y sus destellos cristalinos. Me sumergí en mis pensamientos, mientras mis hermanas se extasiaban con los colores del paisaje. Las palabras de fray Pedro de Gante me hicieron pensar en el carácter atrabiliario de Malinche. Hernán Cortés había regresado de las Hibueras convertido en un energúmeno. No descansaba nunca y siempre estaba metido en pleitos y reclamaciones. Su afición por las mujeres se había convertido en furor. Se decía que su *acáyotl* se mantenía enhiesto igual que un carrizo de caña, y que le habían crecido los *ahuacatl* para que no le faltase la leche de donde salían sus hijos.

En algún momento, no puedo precisar cuándo, Malinche puso su mirada sobre mi persona, recorrió mi cuerpo con lascivia, mas no se atrevió a tocarme.

—No te preocupes, niña —me dijo su esclava Bárbola, que se había escondido detrás de una cortina para intervenir por si fuese necesario—. No te va a fornicar hasta que no estés bautizada.

—¿Cómo, si él se echa sobre las mujeres sin pedirles permiso?

—Cierto, Tecuichpo, pero tú eres noble y puedes exigirle que se case contigo. Además, preciosa, te protegen las «Instrucciones» que don Diego Velázquez dio a los expedicionarios comandados por Cortés y que aún están vigentes.

—¿Instrucciones?

—Sí. Diego Velázquez, quien conoce muy bien de qué pie flaquea su cuñado y los desmanes que los conquistadores habían hecho con las mujeres de las islas, prohibió a Hernán Cortés y a los hombres que lo acompañaron, coito carnal con ninguna mujer que tuviese fuera de ley. Esto es, que para poder poseerlas deberán, al menos, estar bautizadas. ¿Por qué crees que el padre Olmedo bautiza a cuanta hembra le cuadra al Marqués del Valle?

Debo haber puesto cara de tonta, porque Bárbola lanzó una carcajada. La verdad es que el comportamiento de Malinche no cuadraba con las famosas «Instrucciones» y yo tenía mis serias dudas. Si Cortés no me había metido en su cama, seguramente se debía a una razón de peso y no a esas nimiedades.

—Bueno, si tú lo dices —balbuceé.

Tiempo después, Malinche me convocó a su palacio en México-Tenochtitlan para ordenarme que estuviese preparada a fin de ser bautizada. ¡Tú y tus hermanas, princesa! No usó mi nombre porque ni siquiera lo sabía. Supe, en ese momento, que recurría a una devota crueldad para satisfacer las ganas de probar mi carne y que ya afilaba los dientes.

Así que fuimos bautizadas por fray Juan de Tecto. Se nos reunió en uno de los salones del palacio y se nos colocó frente a una pila de cantera que contenía agua bendita. El fraile hizo unas oraciones y, una vez terminadas, nos echó agua encima de las cabezas y dijo con voz tonante: ¡Tú, Tecuichpotzin, ahora te llamas Isabel Motecuhzoma! ¡Tú, hija —dijo dirigiéndose a Macuilxóchitl—, te llamas Mariana! ¡Y a ti, Ilancueitl, te vamos a poner Leonor!

¡Ya estábamos bautizadas! Así, sin más, nuestros nombres habían sido borrados

de los anales, igual que los de Ixtlilxóchitl, que se llamaba Pedro, que el de Papatzin Oxomoc, que era Beatriz, y que el del *cihuacóatl* Tlacutzin, a quien habían nombrado Juan de Velázquez. ¡Qué ignominia!

Hernán Cortés había prometido a nuestro padre Motecuhzoma que nos protegería y nos dotaría con la herencia a la que teníamos derecho, y como, según hacía alarde en todas partes, «era hombre de palabra», decidió casarnos; creo que para que nadie pudiese reclamarle que había abusado de las hijas indefensas de Motecuhzoma, una razón más que de peso para postergar lo que, a fin de cuentas, haría conmigo.

Malinche ordenó que nos quedáramos a vivir en su palacio de México-Tenochtitlan. A mí y a Ilancueitl, o debo decir Leonor, nos daba lo mismo. No por trocar de jaula, cambiarían las condiciones de nuestro cautiverio. Empero, a Macuilxóchitl le dio un gusto tremendo.

—¡Así estaré más cerca de Alonso Baliente, hermanitas! —dijo sin ocultar su entusiasmo.

—¿Alonso Baliente? ¿Quién es ése? —preguntó Leonor.

—¡El secretario de Hernán Cortés, con quien tengo trato desde hace tiempo! —confesó emocionada.

¡Ay, pobre de mi hermanita Mariana! Alonso Baliente se había enamorado de ella, pero tenía el inconveniente de estar casado con una española de nombre Juana Mansilla, mujer bragada y de pelo en pecho que no iba a dejar que le quitaran, así como así, el marido.

El escándalo no tardó en producirse. Una tarde, Mariana desapareció. Había salido para reunirse con su amado, quien, vencido por un irresistible amor, había repudiado a su legítima esposa y, a punta de espada, había obligado a un padrecito a que los casara.

Apenas lo supo, Juana Mansilla movió mar y tierra, y obtuvo la nulidad de un matrimonio que era inconveniente a los españoles. Sin embargo, mi hermana estaba embarazada y, para cubrir el expediente, las autoridades de la Audiencia decidieron enviarla a un convento de monjas en España, donde viviría hasta su muerte.

Macuilxóchitl, jamás me acostumbré a llamarla Mariana, no pudo, siquiera, despedirse de nosotras. La encerraron en una celda y, tan pronto amaneció, la llevaron escoltada a la Villa de la Vera Cruz, desde donde la embarcaron a España. No volvimos a saber nada de ella, ni del hijo o hija que llevaba en su vientre, ni si la criaturita llegó a nacer.

—¿Y qué pasó con Alonso Baliente? —nos preguntamos alguna vez Leonor y yo.

—Pues, vive con Juana Mansilla muy quitado de la pena —nos informó Bárbola. Luego rectificó—: Aunque sé que su mujer le pone unas palizas de padre y señor mío cada vez que se acuerda de su trastada.

Pasaron los meses y llegaron las lluvias al valle del Anáhuac. El campo se cubrió con muchos tonos de color verde. Las hojas de los árboles brillaban igual que si fuesen *chalchihuites* y las flores lucían esplendorosas. Yo me encontraba más

sosegada y, por momentos, reconciliada con la vida.

—El gobernador Hernán Cortés, Marqués del Valle, manda decir que se vaya a Coyohuacan y se prepare porque la va a casar y le va a entregar la dote que le corresponde —me informó el alcalde Jaramillo con la prosapia que acostumbraban las autoridades del Cabildo.

—¿Casar? ¿Con quién? —inquirí con disgusto.

—Con don Alonso de Grado, señora Isabel.

¿Alonso de Grado? «¿Quién es ese quijotillo que anda en pos de doña Blanca?», jugué a las adivinanzas que tanto me gustaban de niña. El recuerdo vago y difuso de un hombre cargado con grillos y cadenas, a quien escoltaban los hombres del capitán Luis Marín, vino a mi memoria.

—¿Recuerdas a un tal Alonso de Grado? —pregunté a Leonor una vez que estuvimos instaladas de nuevo en Coyohuacan.

—¿Por qué, Tecuichpo?

—Porque voy a casarme con él.

—¡Ay, nanita! —fue su respuesta espontánea—. Sí, sé quién es porque su fama de hombre bullicioso, más que de hombre de guerra, ha sido comentada por algunas mujeres que no lo ven con malos ojos. A lo que sé, es un hombre guapo. Pero, la verdad, Tecuichpo, es que no sé más de él.

Tuve que recurrir a los buenos oficios de Pilotl para que averiguase quién era el fulano con el que, por capricho de Cortés, habría de casarme.

—Me han dicho que llegó el 6 de julio de 1519 a la Villa Rica de la Vera Cruz y que un mes más tarde ya era alcalde, señora Tecuichpotzin.

—Bien, ¿pero cómo es, Pilotl?

—Ah, pues algunos, no todos, lo consideran un hombre entendido, de buena plática, presencia, músico y gran escribano —respondió e hizo una pausa—. Mas, también, que si como hombre de buenas gracias fuese hombre de guerra, bien le ayudara todo junto.

Quedé pensativa un rato. «Un buen cortesano, pero mal soldado», pensé.

—¿Entonces, por qué Malinche le tiene tanto aprecio?

—Entiendo que vino de un pueblo llamado Alcántara, en la provincia de Extremadura, la misma donde nació Malinche, y que por ello le ha otorgado su confianza —dijo Pilotl en mi ayuda.

—¿Un hombre de la confianza de Hernán Cortés?

—Así parece... Sin embargo, me contaron que cuando el Señor de Nauhtlan mató a Juan de Escalante, Cortés lo nombró capitán de la Villa Rica de la Vera Cruz y Alonso se dedicó a jugar, maltratar y hacerse servir por los vecinos; tragar como cerdo y exigir que le entregaran joyas y mujeres hermosas en los pueblos colindantes y se olvidó de construir un fuerte que les urgía. Entonces Hernán Cortés se molestó mucho y lo hizo traer a Tenochtitlan a pie y con una soga al cuello.

—¿Y cómo le hizo para escapar a la cólera de Malinche, quien no dispensa nada

que le cause enojo, Pilotl?

—Pues, como Alonso es muy platicador y hombre de muchos medios se hizo perdonar.

—¿Un intrigante? ¿Un *cuecuetz*, travieso, lascivo y retozón?

—Así parece, señora. Por eso también Malinche le perdonó las intrigas que armó cuando se fue con la expedición de Luis Marín a Chiapa; y no sólo eso, sino que quiso que él fuera a España, junto con Juan Velázquez de León, a fines de 1524, para entregar al rey Carlos sesenta mil pesos de oro. Sólo que, junto con el oro, llevaron, escondidas, unas cartas que hablaban muy mal de Cortés.

—¿Traidor, el tipo?

—Sólo rumores, señora, infundios que nadie ha probado; si no el Cabildo no le hubiese mercedado unos terrenos que están próximos a la calzada de Iztapalapan.

El informe de Pilotl me sirvió para contar con una imagen, más o menos aproximada, del hombre que iba a ser mi marido.

El 27 de junio de 1526 se celebró nuestra boda. Una ceremonia austera, rígida, deslucida, que nada tenía que ver con la fastuosidad y encanto de las que había celebrado antes con mis señores Cuitláhuac y Cuauhtémoc. Hernán Cortés nos hizo comparecer en uno de los salones de su palacio que estaba cubierto en sus cuatro costados por amplios cortinajes, «gobelinos» que habían traído de los Países Bajos, ricamente bordados con figuras de damas y niños que jugaban, entre miles de flores, con unos animales que llaman «unicornios». En medio del salón habían colocado un altar que tenía unos cirios blancos e inmensos en los costados y en el centro un crucifijo hecho con oro y *chalchihuites*. Enfrente, estaba parado fray Juan de Tecto, el fraile predilecto de Malinche, flanqueado por dos jóvenes que se llaman «monaguillos». En el lado derecho del altar, estaban situados Hernán Cortés y Alonso de Grado, y en el lado izquierdo algunos de los miembros del Cabildo. Como yo hablaba y entendía *castilla*, la presencia de Malintzin fue innecesaria y, por lo tanto, no había ninguna mujer.

Alonso de Grado iba vestido con un jubón de color negro y una camisa blanca. Fue la primera vez que pude verlo de cerca. Era delgado y espigado. Las piernas, que llevaba embutidas en unos zaragüelles —que son calzones anchos y follados— de color azul oscuro, eran flacas y esmirriadas. Su cabeza, aguzada por una nariz prominente y unos labios trompudos y delgados. El cabello, de un color café claro, enmarcaba una tez blanca pringada con pecas y lunares. Sus ojos, azules y deslavados, miraban con una sospechosa inocencia...

El fraile pidió que Alonso y yo nos arrodilláramos y, a continuación, celebró una misa en latín de la que recuerdo poca cosa, porque yo estaba inmersa en pensamientos profanos, que más tenían que ver con mi condición de mujer que con la celebración de un matrimonio que yo sentía improvisado por Cortés para ocultar otros fines que, como tendría oportunidad de comprobar, eran de naturaleza abyecta.

«Los declaro marido y mujer», pronunció fray Juan de Tecto y, con esa simple

fórmula, quedé unida a un perfecto desconocido que exhalaba un tufillo pegajoso, muy semejante al de una planta que los españoles habían traído consigo y que se nombra «ajo».

No tuvimos música ni bailes; vaya, ni siquiera regalos. Los hombres se abrazaron entre sí y estrujaron sus cuerpos. Algo de mujeril había en sus gestos y ademanes que me resultó repulsivo. Hernán Cortés se mantuvo alejado, con una sonrisa equívoca en sus labios. Pude observarlo con detenimiento. Ya no era el mismo que había conocido cuando llegó a Tenochtitlan e hizo prisionero a Motecuhzoma: aquel hombre de buena estatura y cuerpo bien proporcionado y membrudo, que tenía el color de la cara algo ceniciento y no muy alegre, y sus ojos de mirada algo amorosa y, por otra parte, graves; las barbas algo prietas, pocas y ralas, y el cabello de la misma manera que las barbas. A los cuarenta y un años de edad, había perdido figura. Ya no mantenía el pecho alto y la espalda de buena manera, ni se conservaba cenceño de poca barriga y algo estevado, con las piernas y los muslos bien sentados. Lo cierto es que, a su regreso de las Hibueras, había engordado mucho y tenía una gran barriga, y se pintaba la barba de prieto, siendo de antes que blanqueaba. No, definitivamente, no entendía qué podían ver de atractivo en él las pobrecillas mancebas y naborías que, para su desgracia, caían bajo su peso. Aunque, pensé más tarde, lo cierto es que muchas se han enamorado.

La voz de Juan de Guzmán, regidor del Cabildo, atrajo mi atención en el momento en que informaba al Marqués del Valle que ya estaba lista el Acta del Cabildo para formalizar la donación que se me iba a hacer de la encomienda del pueblo de Tacuba y varias estancias, que me permitirían vivir como señora principal ahora que me había casado.

Todos los presentes, con excepción del sacerdote, seguimos a Juan de Guzmán hasta donde estaba, colocado sobre una mesa de madera rústica y desbastada, el Libro de Actas del Cabildo, en cuyo folio cuarenta y dos quedó anotado el «Privilegio de doña Isabel Montezuma, hija del gran Montezuma, último rey indio del gran reyno y cibdad de México, que bautizada y siendo christiana casó con Alonso Grado, natural de la villa de Alcántara, hidalgo y criado de Su Magestad, que había servido y servía en muchos oficios en aquel reyno. Otorgado por don Hernando Cortés, conquistador del dicho reyno, en nombre de Su Magestad, como su Capitán General y Governador de la Nueva España», que contenía, en calidad de «dote y arras», la donación que me competía, hecha de su patrimonio y del de muchos españoles.

A continuación, Juan de Guzmán hizo lectura del documento, por cierto harto tedioso, que no atendí del todo porque yo había quedado anonadada al enterarme del cambio de nombre que habían hecho a nuestros señoríos, ahora englobados con el nombre de Nueva España, y que me recordó aquellos sacrificios humanos donde se desollaba a la víctima y el victimario se vestía con la piel aún sangrante, a fin de suplantarla. Sin embargo, cuando comenzó a nombrar las propiedades, Alonso me dio un codazo y tuve que poner mi atención en ello: «Pueblo de Tacuba, que tiene ciento

veinte casas, Yeteve, que es estancia que tiene cuarenta casas, Izqui Luca, otra estancia, que tiene otras ciento y veinte casas, Chimalpan, Chapulma Loyan, Escapulcaltango, Xiloango, Ocolacaque, Castepeque y otra que se dice Talanco; también Goatrizco, Duotepeque y Tacala; que podrá haber en todo mil y docientas y quarenta casas...»

Y yo me quemaba el seso para adivinar los nombres reales de los lugares, mientras Zúñiga, como una tarabilla, seguía leyendo:

«... Para que lo haya y tenga y goce por juro de heredad, para agora y para siempre jamás con título de Señora de dicho Pueblo. Lo qual le doy en nombre de S. M. Por descargar su Real conciencia y la mía en su nombre...»

¿Su conciencia? ¿Cuál, si Cortés no la conocía?

«... Y mando a todas y cualesquier personas, vecinos y moradores desta Nueva España... tengan a la dicha Doña Isabel por Señora del dicho Pueblo de Tacuba con las dichas estancias, y que no le impidan ni estorben cosa alguna della, son pena de quinientos pesos de oro para la cámara y fino de S. Magestad. Fecho a veinte y siete días del mes de Junio de mil y quinientos y veinte y seis años».

Juan de Zúñiga, por fin, había terminado su lectura. Entonces, Hernán Cortés, sin quitarme los ojos de encima, pronunció:

—Cumpló así con la promesa que hice a tu padre, el gran Montezuma, Isabel. Te he casado para que estés protegida y te he dado casas y tierras suficientes para que jamás sufras penuria. Espero estés satisfecha y que no me guardes rencor por todo lo que has debido pasar.

Luego, él y Alonso Baliente, cuya presencia no dejó de afectarme, estamparon su firma en el documento. A continuación, escribí las dos palabras que componían mi nuevo nombre Isabel Motecuhzoma y no pude reprimir un gemido. Firmaron como testigos mi esposo Alonso de Grado y Juan de Zúñiga.

La donación estaba hecha. Con dicha encomienda me había convertido en «cacica» de Tacuba y en una señora muy rica. Me acerqué a Alonso de Grado con la intención de que nos marchásemos, pero Cortés nos detuvo.

—Espera, Alonso, que aún tengo algo para ti —dijo con el tono de una orden—. En este acto, voy a expedir una provisión por la que te designo Juez Visitador General de la Nueva España, cargo que en este momento creo para tu beneficio y el de tu esposa Isabel. ¡Juro en mi conciencia que así sea!

Alonso quiso agradecerle su bondad con un abrazo, pero Cortés se retiró dos pasos y dijo con una voz que denotaba su imperio:

—¡Callad y oíd, o id con Dios, y de aquí adelante tened más miramientos en lo que dijereis, porque os costará caro por ello!

Esas palabras dirigidas sólo a Alonso, fueron para mí un enigma. Un misterio que no tardaría en descifrar a costa de una terrible humillación.

Alonso y yo fuimos a ocupar el palacio que había sido del *huey tlatoani* de Tlacopan, donde llegamos ya muy avanzada la noche. Mi esposo pretextó una fuerte

jaqueca y aún sin desvestirse o quitarse las *alpargates*, que para mi sorpresa llevaba agujeradas en las suelas, se metió en uno de los aposentos y se tiró encima de un petate. No hubo noche de bodas, ni una caricia siquiera. Sólo sus ronquidos pestilentes y, en mi corazón, un nudo hecho con los pelos pardos y blanquecinos de un *ocotochtli*, bestia por demás desagradable.

Los demonios se instalaron en nuestro palacio antes de lo que yo había previsto. Alonso resultó ser «somético paciente», un ser abominable y detestable, digno de que le hiciesen burla y se rieran la gente, y el hedor y fealdad de su pecado nefando no se podía sufrir, por el asco que daba a los hombres y mujeres. En todo se mostraba mujeril o afeminado, en el andar o en el hablar, por todo lo cual merecía ser quemado, y en la intimidad, no hacía nada por disimularlo. Todas las noches se disfrazaba con una caperuza de color rojo y se meneaba, desnudo, como si fuera una *ahuiani*, una puta despreciable. Daba gritos y saltitos, y manipulaba su *cincul*, por cierto pequeño y esmirriado, hasta que le brotaba la leche e insistía en que yo la bebiera. Después, ante mi negativa rotunda, lanzaba majaderías en *castilla*, se vestía con un calzón cualquiera y salía a la calle para buscar a algún degenerado que le procurara placer por el *cuilchilli*.

Hernán Cortés, quien no ignoraba los hábitos depravados de Alonso, se hacía presente en nuestro palacio dizque para ver cómo marchan las cosas, y encomendarle algunos negocios que lo mantendrían alejado de Tacuba, para que él tuviese el campo libre.

—¡Ay, don Hernando, escucho y obedezco! —era la fórmula, reiterada, con la que Alonso acataba las órdenes de Malinche, para, luego, esfumarse con la velocidad de una perdiz de monte.

Quedábamos solos. Nunca hubo ni fingimientos ni arrumacos previos. Desde la primera vez que Alonso nos dejó uno frente al otro, Cortés se abalanzó sobre mí, desgarró mis vestidos, me puso boca arriba en el suelo y se echó encima de mi cuerpo. Fue asqueroso. No tuvo siquiera la gentileza de llevarme a una estera ni de quitarse las botas que llevaba embarradas de estiércol. Me introdujo su *tótotl* con violencia, agitó su vientre sobre mis caderas aplastadas y, entre gemidos insulsos, embarró mis muslos con la *xipincuayamancayotl*, caliente y espumosa, que arrojó en medio de convulsiones.

La única impresión que me quedó de esa primera vez, fue el olor de sus labios, de su lengua que intentaba meter dentro de mi boca y cuyo hedor no desmerecía frente al de las botas. La sensación más oprobiosa fue el saberme violada por un animal que me superaba en fuerza y que no deseaba otra cosa que enorgullecerse por haberme poseído.

Sin embargo, la peor afrenta la recibí cuando mi marido regresó a palacio y le comuniqué lo que había sucedido.

—Deberías estar orgullosa, Isabel —me dijo con el tono de una loca—. Hernán Cortés es uno de los garañones más deseados por las mujeres de la Nueva España.

Además, después de todo lo que nos ha dado, ¿qué esperabas, mujercita?

Respondí con una bofetada en pleno rostro.

—¡Eres un marica! —grité desahogada—. ¡Un cobarde, vil y despreciable! ¡No tienes *ahuacatl* para defender a tu mujer!

El insulto que recibí había sido brutal. Me sentí ultrajada en lo más profundo de mi ser. Se me trataba como un trofeo de guerra, a disposición del mejor postor. Me encerré en mis habitaciones y me negué a salir durante varios días. No quise verlo, por más que él porfiaba en que lo perdonase y me juraba que nunca más lo iba a permitir. Poco a poco dejé de maldecirlo y dediqué mi energía a fraguar la forma más cruel para matarlo, sin dejar huellas que me incriminaran. La solución me la dio Tzilacayotl.

—Debes matarlo alimentando su vicio, Tecuichpotzin —susurró en mis oídos.

—¿Pero, cómo? ¿Cortándole el *tótotl*, los *ahuacatl*? —pregunté sin entender lo que sugería mi fiel servidora.

—¡No, mi niña! ¡Fíjate bien! Hay una culebra que se llama *mazacóatl*, es pequeña, tiene cuernos, es prieta y no hace mal, ni tiene eslabones en la cola. Los que quieren tener potencia para tener cuenta con muchas mujeres, comen de su carne... Sólo que, quienes la usan mucho o toman demasiada cantidad, siempre tienen el miembro armado y siempre despiden simiente, y mueren de ello.

—¡Tzilacayotl, eres maravillosa! ¿Mas, cómo voy a conseguir la carne de esa culebra?

—No te preocupes, Tecuichpo. Para eso están Xochipalli y Pilotl. Tú deja que las cosas sigan su curso. No puedes oponerte al Malinche, es demasiado poderoso. Las mujeres siempre hemos estado desprotegidas. Dime si no... ¿te acuerdas de lo que pasó entre tu pariente Chimalpopoca y el gobernante tecpaneca Maxtla? ¿No? Pues ahí te va: Chimalpopoca tenía una concubina muy hermosa que le cuadraba mucho a Maxtla. Éste, para hacerla suya, envió a un grupo de mujeres para que la sacaran con engaños de Tenochtitlan. Se la pusieron en las manos y, sin poderlo resistir la reina, Maxtla se aprovechó de ella y la despidió. La reina, forzada y afrentada, se regresó confusa a Tenochtitlan y contó a su marido Chimalpopoca lo que le había pasado. Y como el caso «no era muy de honra», la oyó con la mayor paciencia que pudo.

—¿Y? —clamé.

—No hizo nada, mamacita. Nada de nada.

Yo abrí la boca como si fuese a tragarme un jabalí.

—¿Mas de qué te asombras, mi niña? Si hasta las mismas diosas fueron violadas...

¡Vaya consuelo, pero tuve que aceptarlo! Abandoné mi encierro. Puse mi empeño en arreglar los aposentos del palacio, los jardines que lo rodeaban y en atender, cuando me lo solicitaban, los asuntos de la gente que había quedado bajo mi gobierno. Pronto se me conoció como la cacica doña Isabel Motecuhzoma, muy cariñosa con los *macehualtin* y muy cumplidora de sus obligaciones.

Mientras tanto, las visitas de Malinche se hicieron frecuentes. Se había quedado caliente conmigo y así me lo decía con su parquedad acostumbrada. Quería que nuestros «amores» fueran más satisfactorios de ambos lados. Me convertí en su amante sin ningún recato. Sólo le pedí que se bañara conmigo en el *temazcalli* antes de que se me *echara* encima. Él accedió a regañadientes: «¿Pero para qué quieres que me bañe, mujer, si lo sabroso es el olor a bestia que me envuelve y el aroma de ostras que sale por tu coño?» Yo me hacía la desentendida y lo obligaba a cumplir con mis caprichos. ¡Faltaba más, si el semental quería revolcarse en el fango, que lo hiciera en otra parte!

Las veces subsecuentes a mi violación, Cortés cumplía con echarse encima un rato, hasta que se venía. Yo cerraba los ojos y ponía mis pensamientos y sensaciones en el *cu* de mi diosa Xochiquétzal que, aunque estaba casada con Tláloc, moraba en el Tollan y estaba tan bien guardada y encerrada que los hombres no la podían ver, se la hurtó Tezcatlipoca, se la llevó a los nueve cielos y la convirtió en la diosa del bien querer.

Así estuvimos unos meses, hasta que un buen día, primero Xochipalli y después Tzilacayotl advirtieron que yo estaba embarazada.

—¿Pero cómo, si yo no puedo tener hijos? —exclamé con la certeza de que era imposible.

—¡Hummm, creo que lo que sucede, mi niña, es que ya ha pasado mucho tiempo desde que estás alejada de Papatzin y han perdido su efecto las pócimas que te daba...!

—¿Entonces, Cortés me ha preñado? —reclé con angustia.

—A mí se me hace que sí, señora Tecuichpo —afirmó Xochipalli, más pálida que una veladora.

—¿Y debo tener a la criaturita?

—¡Sí, señora! Acuérdesse que entre nosotros, deshacerse del que ha de nacer es considerado un acto criminal gravísimo que se castiga con la pena de muerte, no sólo para quien lo pide, sino también para la partera o la curandera que lo provoca. ¡No nos pida eso, señora Tecuichpotzin!, rogaron las dos al unísono.

Sentí un odio tan descomunal que quise vengarme. Y quién mejor para recibir el castigo que el fementido Alonso de Grado. Entonces pregunté a mis damas:

—¿Ya consiguieron la carne de *mazacóatl*?

Se la fuimos dando de a poquito por un tiempo y mi *chicoyautl*, «medio enemigo» como le llamaban mis servidoras, andaba más que contento. Su miembro se había vigorizado y engordado, y él lo presumía en todos los lupanares y saraos de fementidos donde pasaba las noches, con tan buen éxito que nunca le faltaba compañía. Luego, cuando, yo ya tenía como tres meses de embarazo y las náuseas y los retortijones me traían por la calle de la amargura, pedí a Xochipalli que le diese la dosis fatal. Todavía recuerdo sus gritos: «¡Ya no puedo más, virgencita de la Caridad! ¡Perdóname San Turulato de Siena, te prometo que me voy a volver casto!» Así,

hasta que se murió el desgraciado en un charco de su propia esencia. Los alguaciles que recogieron su cadáver sentenciaron que se trataba de un *tlazolmiqui*, un muerto por pecado de sexualidad, y no hicieron mayores indagaciones. Malinche no metió las manos, mas simuló que su muerte le había sido dolorosa.

Hernán Cortés, con el pretexto de que una viuda no podía quedar desamparada, me llevó a vivir a la ciudad de México, donde me instaló en unos aposentos sobrios, fríos y muy mal decorados que estaban localizados a unos pasos de los suyos, con el argumento de que quería tenerme a la mano, aunque yo ya me había dado cuenta de que era un hombre sumamente celoso al que complacía mantener un control estricto sobre las mujeres que consideraba suyas.

Cada dos días, Malinche me requería para satisfacer su apetito en las horas más inopinadas. Para él daba lo mismo que fuese de día o de noche. Era un hombre desordenado, aunque, eso sí, tenía algunos hábitos rutinarios que a mí me causaban risa. Siempre que me hacía llamar o que él mismo venía a por mí y me llevaba, casi a rastras, a su habitación, antes de *echárseme* encima, se paraba frente a una tabla flamenca con pinturas de su rey, la reina, las infantas y el rey de Hungría que colgaba de uno de los muros, se descubría y les hacía una reverencia.

Mi embarazo, a pesar de que todavía no era notorio y, por ende, no hacía desmerecer mi belleza, creo que causaba cierta turbación en Cortés que desalentaba su apetito carnal. Así, comenzó a espaciar la frecuencia de sus requerimientos, hasta que un día me dijo:

—Tenemos que disimular tu embarazo, Isabel, y ya te tengo nuevo marido. Espero que éste no te salga marica y te cumpla como Dios manda. Yo ya no puedo satisfacer a tanta vieja... Ya cumplí los cuarenta y cinco años y tengo que dosificar mi potencia.

Comprendí, de inmediato, que se trataba de una mentira. Yo ya estaba enterada que Cortés, entre otras muchas mujeres, tenía amancebada en su palacio a mi hermana Ilancueitl —a la que en la intimidad de sus arrebatos llamaba «Leonor del alma mía»— por la que, en esas fechas, sentía una avidez erótica puramente animal, sin pasión, que consumía toda su energía; pero que él, como buen macho, no se atrevía a admitir y menos a confesar.

Opté por seguirle la corriente y, sin mayores trámites y mediante una ceremonia de lo más sencilla, que ofició el fraile Juan de Ayora, quedé casada con Pedro Gallego de Andrada, quien corría fama de hombre gracioso y decidor. Fueron nuestros testigos Pilotl y Bárbola —tan bajo había caído en la consideración de Malinche— y, gracias a la segunda, porque en esos momentos yo estaba, como se dice, en *babia*, me enteré de que mi flamante marido era natural de Burguillos, que pertenecía al duque de Béjar, hijo de Hernán García Xaramillo y de Mayor Gallega de Andrada, y que había llegado a nuestras tierras con la expedición de Pánfilo de Narváez.

Volví a mi palacio en Tacuba. Pedro Gallego estaba más que satisfecho, pues, por

artes del destino y sin que él tuviese mucho que ver, se había vuelto un hombre rico debido a mi patrimonio.

—Voy a dedicarme a cuidar de tus bienes y de algunos míos que tengo comprometidos en pleitos con Juan Ortiz de Matienzo y con el licenciado Diego Delgadillo, Isabel —fue lo primero que dijo, tan pronto nos instalamos. Luego, me miró con detenimiento y, a pesar de que era obvio que yo le resultaba sumamente atractiva y que ardía por tirarme sobre su petate y festejar a su *tótotl*, sin embargo se contuvo y arguyó—: Como estás próxima a parir —todavía me faltaban cinco meses—, no creo conveniente que consumemos nuestro *himeneo* hasta que estés en condiciones de hacerlo.

Yo entendí que Pedrito —se merecía el diminutivo a todas luces— había recibido órdenes de Hernán Cortés, a quien profesaba una lealtad perruna, además de un miedo cerval, y que, por lo pronto y en tanto no supiese cuáles eran las inclinaciones de éste, no iba a meterse en problemas a causa de sus calenturas.

—No te preocupes, Pedrito —respondí con una hipocresía que a mí misma me sorprendió—. Mira que la viudez aún me pesa y el embarazo me quita las ganas. Vete, anda a tus asuntos y resuélvelos en nuestro beneficio. Ya tendremos tiempo para cuciones de alcoba... Además, querido esposo, por ahí dicen los *macehualtin* que trabajan para los encomenderos, «que el miedo no anda en burro»; y tú sabrás qué haces con los apetitos de tu dueño.

El pobre hombre se quedó todo corrido, mas no expresó réplica alguna. Mi mensaje había sido más claro que un ojo de *chichicuilote*.

Me adueñé, esta vez en serio, de mis posesiones. Todos los días, Pilotl me acompañaba a visitar las casas y los campos estancieros que me pertenecían. Platicaba con los *calpulleque* y me enteraba sobre sus siembras y cosechas. Fijábamos los tributos y la forma en que debían pagarlos. También visitábamos las parcelas familiares de los barrios que trabajan los *teccalleque* y me informaba de los frutos que cultivaban en sus huertas y sobre los trabajos de cantería y de cerámica que hacían. En algunas ocasiones, por recomendación de los habitantes de las estancias, hacía distribución de pequeñas parcelas entre los *mayeque*, campesinos sin tierra a quienes se les cedía el derecho de cultivo en las tierras de los nobles, y, así, con estas pequeñas contribuciones al bienestar de la gente, me ganaba muchos adeptos y la fama de ser una *cacica* generosa.

Mi embarazo llegaba a su término. Yo tenía pánico por el nacimiento de la criatura que se hospedaba en mi vientre. Mis sentimientos eran contradictorios. Por un lado, la sentía como una imposición en mi vida y bastaba con que imaginara las facciones de Malinche, para odiarla con todas mis fuerzas. Por el otro, me invadía una profunda ternura y mis instintos maternos se volcaban para recibirla y amarla con toda mi fuerza. Me sentía igual que la víctima que debe agradecer a su verdugo el haberla sacrificado. Y todo ello en medio de contracciones espaciadas que me partían en dos el espinazo.

Hice llamar a mi hermana Ilancueitl, para que me acompañase en momentos tan difíciles. Oh, gran sorpresa, Malinche dio su permiso, seguramente porque ya tenía otra naboría sobre la cual *echarse*.

Leonor, voy a llamarla así porque ella también había sido despojada de su identidad, vino a residir en el palacio que yo compartía con Pedro Gallego de Andrada y se quedó con nosotros hasta que, un buen día, Hernán Cortés, al igual que hizo conmigo, la dotó, a manera de «arras», con la encomienda de Hecatepeque, y la casó con el conquistador Juan Páez, y, a la muerte de éste, con el cantabro Cristóbal de Valderrama.

—No sabes cómo te lo agradezco, Tecuichpo —profirió mi hermana en el momento en que se colgaba de mis brazos con los ojos arrasados en lágrimas—. Te extrañé tanto.

Malinche me tenía hasta las narices con sus exigencias y sus celos enfermizos. Ese hombre está formado por cualidades y aptitudes pero también monstruosidades. Le fascina dominar a los hombres y a las mujeres. Acepta, con la misma impavidez, el crimen y la crueldad. No conoce lo que es tener escrúpulos. Menos lo que significan la ternura y el amor...

—Dímelo a mí, Leonor —la interrumpí—. Mira en qué estado me tiene —agregué tocándome la barriga.

—¡Uy, hermana, ya estás como huevo batido para hacer merengues! —expresó con regocijo.

Leonor tomó el parto por su cuenta. Pidió a Xochipalli y a Tzilacayotl que trajesen a una partera y que estuviesen pendientes de los alimentos que yo debía comer. Asimismo, que tuviesen a punto el *temazcalli*.

La partera llegó al día siguiente. Nada más verme, puso sus manos sobre mi vientre y comenzó a darme un masaje.

—Para que el *chilpayate* se acomode, mamacita —dijo sin dejar traslucir sus sentimientos. Luego, me dio unas pócimas para facilitar la expulsión de la criaturita. Después se retiró hasta un rincón para invocar a las diosas protectoras de la mujeres preñadas: Cihuacóatl y Quilaztli.

—Ya te llegó «la hora de la muerte», Tecuichpo —dijo Leonor con el ceño fruncido—. Pórtate bien y puja lo más fuerte que puedas para que todo nos salga a pedir de boca.

—¡Ay, sí, mi señora! —chilló Xochipalli con imprudencia—. No queremos que se nos muera y se convierta en una *mocihuaqueztque*, en una mujer valiente.

Las contracciones se aceleraron y, entonces, me sumergieron por un rato en el *temazcalli*. Tzilacayotl y Leonor me ayudaron a salir y me colocaron sobre una estera que estaba cubierta con una manta. La partera separó con sus dedos hábiles los labios de mi vulva. Después, cuando consideró que estaba suficientemente abierta, hizo que me incorporara y descansara una rodilla sobre la estera. Yo lo hice con un gran esfuerzo. Ya en esa posición, la partera y Leonor, cada una de un lado, presionaron mi

vientre hasta que la criatura asomó la cabeza. No recuerdo muy bien lo que siguió, sólo que sentí que el corazón se me salía...

—¡Es una niña! —gritaron a coro las mujeres.

—¡Está completa y se parece a ti, Tecuichpo! —dijo Leonor.

—Descansa, mamacita —concluyó Tzilacayotl.

Permanecí dormitando un buen rato. Leonor me hizo despertar para entregarme a la chiquilla.

—Ponla sobre tu pecho, Tecuichpo —susurró con ternura—. Deja que chupe de tu pezón la leche de la vida. ¡Ay, está tan linda!

La criatura se prendió de mi teta con sus labios y comenzó a chupar con fuerza. Sentí que mi *tonalli* se partía en dos mitades. Ahí, entre mis senos, estaba el fruto de la violación a que me había sometido Malinche. La hija del conquistador que había destruido mi mundo, que había asesinado a las personas que yo más había querido, y que, sin embargo, era sangre de mi sangre, una niña que llevaba en sí el linaje de Axayácatl, Netzahualcóyotl, Cuitláhuac y Cuauhtemotzin, de los hombres que habían construido uno de los señoríos más asombrosos de que se tenía noticia. Que llevaba en su aliento, su cabeza y en su corazón el espíritu de mi abuela Xochicuéyetl, de mi madre Miauaxóchitl. ¿Que debía hacer con ella? ¿Amarla o repudiarla? ¿Qué?

Hubieron de transcurrir algunos meses para que, después de ponderarlo con mi hermana y con Pedrito —sin tomar en consideración la opinión de Hernán Cortés, quien, por cierto, nunca se tomó la molestia de conocer a su hija—, tomase una determinación. Bautizaríamos a la niña con el nombre de Leonor Cortés Motecuhzoma y sería Ilancueitl quien la criaría y le daría educación hasta que llegase a la edad adulta y fuese ella la que determinase el rumbo de su destino. Así lo hicimos. Leonor creció, se convirtió en una hermosísima mujer y, en su momento, contrajo matrimonio con uno de los conquistadores de una provincia llamada Zacatecas, el vizcaíno Juan de Tolosa, a quien apodaban «el Rico» por las muchas encomiendas a que se había hecho merecedor.

Pedrito y yo continuamos con nuestra rutina. Él dedicado a sus famosos pleitos, como les llamaba, en particular contra Alonso de Estrada, quien pretendía privarme de una de mis huertas, para lo cual tuvimos que donar al oidor Diego Delgadillo con plumaje que contenía más de treinta pesos de oro de minas y una maravillosa finca y, a fin de encubrir el cohecho, con unas cargas de ropa de escaso valor.

Fue por esas fechas que murió Malintzin, aún bastante joven, y que a Juan Jaramillo, su viudo, se le dio una de las huertas, colindante con el río Atlapulto, en Coyohuacan, que había sido de mi padre, y que motivó otro de los litigios que tanto encantaban a mi marido.

Una noche, por fin, Pedro Gallego de Andrada decidió celebrar el matrimonio que había dejado postergado durante varios meses, tantos que yo lo veía como un hermano o como un ser etéreo sin atributos sexuales.

Pedrito y yo habíamos cenado frugalmente —mi esposo padecía de cólicos y trastornos que le provocaban frecuentes flatulencias y se obligaba a una dieta rigurosa — y esperábamos a que Tzilacayotl nos sirviera las tacitas de chocolate que acostumbrábamos beber antes de irnos a dormir, cuando él se incorporó de su *icpalli*, vino hacia mí y me pidió que esa noche compartiéramos la cama.

Yo me quedé de una pieza. «Pedrito —pensé— ya se te alborotaron las ganas. ¡Ya era tiempo, mi querido esposo!»

Nos fuimos a su habitación. Pedrito se dirigió hacia un enorme armario que le habían traído de España y se enfrascó en la búsqueda de alguna cosa que yo no podía ver desde donde estaba parada. Comencé a desnudarme. No quería que se echara de improviso encima de mí y maltratase el *huipilli* que llevaba puesto. Pedrito refuló de espaldas y, sin voltear a verme, me tendió una manta que yo tomé sin saber de qué se trataba.

—¿Qué es esto, Pedrito? —pregunté con inocencia.

—¡Ah, mujer! —exclamó como si yo fuese una ignorante—. ¡Coño, pues es una «sábana santa» que debes ponerte encima para que yo no peque al verte encuerada! ¡A ver, a ver, échatela encima!

Sin hacerle más preguntas, hice lo que me ordenaba. Se trataba de una especie de *cicuilli* o camisa larga que me llegaba hasta los tobillos, sólo que, a la altura conveniente de mi cuerpo, tenía una abertura, un «ojal», ribeteado por unos encajes de filigrana, hecho a propósito para que él pudiese penetrarme sin solazarse con mis formas, obviamente pecaminosas.

No pude evitarlo, me desternillé de risa. Pienso que él creyó que mi risa era una manifestación de júbilo por el «regalito» que me había hecho, porque se alegró mucho, me arrojó sobre la cama y, como cualquier otro español, nada más se echó, hasta que su vientre quedó desfogado. Ésa fue la primera y última vez que gocé de la destreza amatoria de mi esposo. Cuenta en su abono el hecho de que Pedrito tuvo muy buena puntería, porque quedé embarazada.

Hacia mediados de abril de 1528, Hernán Cortés partió a España para, entre otras cosas, comparecer a un juicio de residencia que se le había fincado por las muchas denuncias que sus enemigos habían presentado ante el rey Carlos. Esta situación dio un respiro a Pedrito, quien se dedicó a aconsejar a mi hermana Leonor en una reclamación que había hecho frente a la Audiencia de México respecto de la restitución de las estancias de Acalhuacán, Cuauhtitlán y Tizayuca, que Cortés le había donado cuando le dio por arras Hecatepeque. El litigio tomó varios años, pero en 1536 fue ganado por Leonor, con lo cual sus dominios se vieron incrementados en una cuarta parte de su valor.

Durante el mes de diciembre de 1528, llegaron a México los oidores de la primera Audiencia y, lo más importante, el obispo electo, fray Juan de Zumárraga, a quien fuimos a recibir con toda la solemnidad y boato que un hecho de tal trascendencia merecía. El obispo Zumárraga, un hombre bajito y con el pelo entrecano, pero con

unos enormes ojos azules que denotaban su inteligencia y trasmitían su bondad, me trató con una deferencia especial. Él había sido informado por Motolinia, fray Pedro de Gante y otros franciscanos de las cuantiosas donaciones que yo había hecho a la iglesia católica —a través del pago de diezmos y de contribuciones caritativas— y estaba impresionado.

—Quiero, hija mía —me dijo con una voz clara y potente—, quiero agradecerte las donaciones de seis mil y siete mil pesos que hiciste a la gran Capilla de San José y al monasterio franciscano de Tenochtitlan. Sé que tu prodigalidad es tan grande que los frailes agustinos se han visto obligados a pedirte que desistas, pues tus donaciones han ocasionado envidia en las otras órdenes y, algo que nos está causando algunos conflictos, en los encomenderos españoles que para nada nos quieren... —Luego, puso sus manos sobre mi barriga y, bajando el tono de voz, dijo—: Veo que estás embarazada, Isabel Motecuhzoma. Quiero prevenirte que deseo bautizarlo.

Yo se lo agradecí sin alterar mis facciones, sin embargo, Pedrito quedó maravillado y tuve que pedirle que nos retiráramos porque sus aspavientos amenazaban con transformarse en escándalo y no podía permitirle que diera muestras de sus malas maneras.

En enero de 1529, en el palacio de Tacuba, nació mi hijo sin problema alguno, gracias —me dijo la hermana de mi esposo, doña Leonor de Andrada— a que me había encomendado al cordón de San Francisco, con el cual se han librado muchas mujeres preñadas de partos muy peligrosos. Tzilacayotl y Xochipalli me auxiliaron en el parto y, cuando lo tuvieron en sus manos, no dejaron de exclamar que era «¡Un *chilpayate* precioso! ¡Un *cacamatl* o mazorquita deliciosa, que es como mi primer nieto, Tecuichpotzin!», aseveró Tzilacayotl, con un regocijo que conmovió mi *tonalli*.

Pedrito, bueno, echó la casa por la ventana. Hizo que se tocaran las campanas de la capilla de San Lorenzo, adyacente a nuestro palacio, y mandó que se lanzaran tres cohetes que hicieron un ruido lamentable. Juan Andrada Motecuhzoma fue bautizado el 26 de febrero por el obispo fray Juan de Zumárraga, tal y como lo había prometido. Para mí, la ceremonia del bautizo fue algo ajeno y, en alguna forma, conflictivo, porque yo me sentí segregada de los míos y de nuestras hermosas costumbres. Pedrito me negó que fuese mi hermana Leonor la madrina del niño y, en su lugar, impuso a Catalina Cortés Pizarro, hija de Malinche y de quien yo no quería saber nada.

—¡Quiero que el padrino de mi hijo sea el licenciado Juan de Altamirano, primo del Marqués del Valle y mi socio en varios negocios, Isabel! —ordenó sin dar pauta a sugerencia alguna.

Yo acepté porque me daba lo mismo. ¡Ah, cómo me hubiese gustado que ese niño fuese hijo de Cuitláhuac y la ceremonia para nombrarlo la hubiese presidido mi abuela Xochicuéyetl o mi madre Miauaxóchitl!

Juan resultó un chiquillo adorable. Me aboqué a cuidarlo y protegerlo como si en ello se me fuese la vida. Xochipalli me sugirió que dedicara parte de mi tiempo para hacerle los bordados más hermosos que jamás se habían visto y así lo hice. Parecía

que por primera vez, en muchos años, la vida me ofrecía la oportunidad de ser feliz... Mas eso no era lo que estaba escrito en el *tonalamatl* ni en mi signo.

—Me siento muy mal, Isabel —me anunció Pedrito en la primera semana de marzo de 1531—. Creo que me contagié de una infección que está matando gente en las chinampas de Xochimilco, adonde fui con el licenciado Altamirano para verificar los linderos de un terreno que queremos adquirir.

Dos días después, Pedro Gallego de Andrada agonizaba. Las artes de los médicos españoles, quienes se las daban de *tomazichoa*, sabihondos, habían fracasado rotundamente. Ni siquiera pudieron determinar qué clase de peste lo aquejaba.

—Traigamos a una «sopladora» —me sugirió mi hermana Leonor, quien había venido a ayudarme con el enfermo.

—¡Sí, sí! —aplaudió Tzilacayotl.

No lo pensé dos veces. Hicimos traer a una sopladora del barrio de Santa María que pertenecía a un gremio que tenía fama de que con sus soplos aventaban las enfermedades, fortalecían las carnes y daban salud y fuerza a los enfermos, y que eran tan honrados, tan temidos y reverenciados que los tenían por santos.

La mujer, cuyo cabello era un greñero sucio y ensortijado, nos pidió que lleváramos a Pedrito hasta el *temazcalli*, donde lo introdujimos. La sopladora, entonces, sopló el fuego que calentaba el agua y, una vez que lo sacamos, lo azotó con unas varas de *pipitzáhuac* —muy buena para sacar el calor interior y para purgas y vómitos—, mientras pronunciaba un conjuro.

—Si no se alivia con esto, señora doña Isabel —me dijo—, no se va a curar con nada. Se va a morir el pobrecito.

Pedrito falleció al día siguiente. Sus últimas palabras fueron para nuestro hijo Juan, a quien idolatraba. El niño, que apenas rozaba los dos añicos, no entendía lo que pasaba y se desgañitaba con unos berridos espantosos. Tuvo que llevárselo Leonor a su casa por algunos días.

Otra vez viuda. Por cuarta vez y los maridos, para bien o para mal, me duraban menos que el tiempo que destinaba a hacerme guaje dizque rezando el Rosario. Empero, me llegó el quinto marido y como dice el proverbio: «No hay quinto malo».

Me desposé en mayo de 1532 con Juan Cano Saavedra, de treinta años de edad, encomendero de Macuilsuchilco, que había llegado con Pánfilo de Narváez. Este hidalgo de la ciudad de Cáceres, también de la provincia de Extremadura, me fue simpático desde que lo oí hablar con acritud acerca de la conducta de Hernán Cortés, en una tertulia a la que asistía Pedrito.

—¡Cortés, el muy ingrato, nos abandonó a nuestra suerte cuando, sin avisarnos, huyó del palacio de Axayácatl! —dijo con un odio seco parecido al que escurre por el tronco del sabino recién cercenado—. Quedamos ignorantes de que se había decidido la salida. Éramos doscientos setenta hombres, los cuales nos defendimos ciertos días peleando, hasta que de hambre muchos se entregaron a los indios, quienes los sacrificaron y comieron.

Sí, le cobré simpatía y, con el tiempo, respeto y gratitud, nada más. Por ello, cuando me requirió de amores y me dijo que quería casarse conmigo, no tuve duda alguna en aceptarlo como mi quinto marido.

—Me basta y sobra con el odio que profesas a Hernán Cortés para casarme contigo, Juan. Ese odio es para mí la garantía de que Malinche no se atreverá a echármeme encima y que, si lo hace, contaré con una espada viril para defender mi honra.

Juan no tuvo más que mirarme a los ojos para pronunciar lo que yo quería oír de sus labios.

Con este hombre, de costumbres metódicas, carácter apacible, honrado, conviví hasta mi muerte, acaecida el 11 de julio de 1550. Con él procreé cinco hijos: Isabel, Catalina, Pedro, Gonzalo y Juan, que llevaron los apellidos Cano Motecuhzoma. Y siempre se expresó de mí en los términos más elogiosos: «Doña Isabel, aunque se hubiera criado en nuestra España no estaría más enseñada y bien adoctrinada. Tiene tal conversación y arte, que os satisfaría sus maneras y buena gracia. Es útil y provechosa al sosiego y contentamiento de los naturales de la tierra. Porque como es señora en todas sus cosas y amiga de los cristianos, por su respeto y ejemplo, su quietud y reposo se imprime en los ánimos de los mexicanos».

Ahora soy Ichcaxóchitl, Flor de algodón, capullo blanco. En mis ensueños ya no hay dolor ni desamparo, tampoco fantasmas o sombras que me hablen de muerte y destrucción. Hoy mi *tonalli* disfruta de los jardines del Tlalocan, donde las flores siempre serán nuestra riqueza, *zan xochitl tonecuiltonol tlaticpac*. Aquí disfruto de la compañía de Xochicuéyetl y Miauaxóchitl, de todas mis hermanas y de los hijos del Sol del Anáhuac. Aquí, en compañía de Xochiquétzal:

*Yo canto mi canción perfumada,
semejante a una joya hermosa,
a una turquesa brillante,
a una esmeralda resplandeciente,
mi himno florecido en la primavera.*

Bibliografía

- Achache, Carole: *La india de Cortés*, traducción de Juan Goytisolo. Fondo de Cultura Económica. México, 2004.
- Aguirre, Eugenio: *Gonzalo Guerrero*. Alfaguara. México, 2003.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando: *Crónica mexicayotl*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1975.
- Anónimo: «Anales de Tlatelolco de 1528 o Relato de la conquista por un anónimo de Tlatelolco» en Sahagún, *Historia general*, tomo IV, traducción del náhuatl por Ángel María Garibay. Porrúa. México, 1956.
- Carrasco, Pedro: «Matrimonios hispano-indios en el primer siglo de la colonia», en *Cincuenta años de Historia en México*. El Colegio de México. México, 1991.
- Carrillo de Albornoz, José Miguel: *Memorias de doña Isabel de Moctezuma*. Patria, bajo el sello de Nueva Imagen. México, 1999.
- Caso, Alfonso: *El pueblo del sol*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.
- Clavijero, Francisco Javier: *Historia antigua de México*. Porrúa. México, 1945.
- Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Porrúa. México, 1976.
- Durán, fray Diego: *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*. Porrúa. México, 1967.
- Duverger, Christian: *La flor letal. Economía del sacrificio azteca*. Fondo de Cultura Económica. México, 2005.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia general y natural de las Indias*. Centro de Estudios de Historia de México, Condumex. México, 1979.
- Gallardo Muñoz, Juan: *Moctezuma*. Dastin. México, 2003.
- Gibson, Charles: *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, traducción de Julieta Campos. Siglo XXI. México, 2003.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar: *De huipil o terciopelo*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. España.
- : «Familias novohispanas, ilustración y despotismo» en *Cincuenta años de Historia en México*. El Colegio de México. México, 1991.
- González, Luis: *El entuerto de la conquista. Sesenta testimonios*. Consejo Nacional de Fomento Educativo, SEP. México, 1984.
- Herren, Ricardo: *La conquista erótica de las Indias*. Planeta. Buenos Aires, 1992.
- Las Casas, fray Bartolomé de: *Historia de las Indias (1527-1561)*. Fondo de Cultura Económica. México, 1951.
- : *Los indios de México y Nueva España. Antología*. Porrúa. México, 1987.
- León-Portilla, Miguel: «Las flores en la poesía náhuatl», en revista *Arqueología*, número 78. México, marzo-abril, 2006.
- : *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Fondo de Cultura

- Económica. México, 2004.
- : *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 2005.
- Linares, Edelmira y Bye, Robert: «Las plantas ornamentales en la obra de Francisco Hernández “el preguntador del rey”», en revista *Arqueología*, número 78. México, marzo-abril, 2006.
- López Austin, Alfredo: *Cuerpo humano e ideología: las concepciones de los antiguos nahuas*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1980.
- : «La sexualidad entre los antiguos nahuas» en *Familia y sexualidad en la Nueva España*. Fondo de Cultura Económica. México, 1982.
- López de Meneses, Amada: «Tecuichpochtzin, hija de Moctezuma (¿1510?-1550)», en *Revista de Indias*, año IX, núms. 31-32. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, España.
- Martín del Campo, Marisol: *Amor y conquista. La novela de Malinalli mal llamada la Malinche*. Planeta. México, 1999.
- : *Moctezuma Xocoyotzin*. Planeta. México, 2005.
- Martínez, José Luis: *Hernán Cortés*. Fondo de Cultura Económica y Universidad Nacional Autónoma de México. México, 2003.
- : *Moctezuma y Cuauhtémoc, los últimos emperadores aztecas*. Anaya. México, 1989.
- Matos Moctezuma, Eduardo: *Los aztecas*. Lunwerg. España, 1989.
- : *Muerte a filo de obsidiana*. Fondo de Cultura Económica. México, 1975.
- Moctezuma Barragán, Pablo: *Moctezuma y el Anáhuac, una visión mexicana*. Limusa Noriega. México, 2006.
- Montell, Jaime: *La caída de México-Tenochtitlán*. Joaquín Mortiz / Planeta. México, 2003.
- Motolinía, fray Toribio de Benavente: *Historia de los indios de la Nueva España*. Porrúa. México, 1990.
- Pérez Martínez, Héctor: *Cuauhtémoc*. SEP, Populibros La Prensa. México, 1957.
- Prescott, William H.: *Historia de la conquista de México*. Porrúa. México, 2000.
- Rodríguez-Shadow, María J.: *La mujer azteca*. Universidad Autónoma del Estado de México. México, 2000.
- Sahagún, fray Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*. Porrúa. México, 1989.
- Soustelle, Jaques: *El universo de los aztecas*. Fondo de Cultura Económica. México, 2004.
- : *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.
- Thomas, Hugh: *La conquista de México*. Planeta. México, 2000.
- Torquemada, fray Juan de: *Monarquía indiana: De los veintiún libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales*.

- Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1983.
- Toscano, Salvador: *Cuauhtémoc*. Fondo de Cultura Económica. México, 1953.
- Vaillant, George C.: *La civilización azteca*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.
- Velasco Lozano, Ana María y Nagao, Debra: «Mitología y simbolismo de las flores», en revista *Arqueología*, número 78. México, marzo-abril, 2006.
- Zorita, Alonso de: *Historia de la Nueva España*. Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán. México, 1999.

Nota del autor

Esta novela fue escrita con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores del Fonca, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.



EUGENIO AGUIRRE (México, D. F., 1944). Novelista, cuentista y ensayista. Ha sido maestro de la escuela para escritores de la SOGEM durante más de quince años. Coordinó la publicación de algunas destacadas colecciones literarias en el ámbito cultural nacional, tales como *Lecturas Mexicanas* (primera y segunda series) y *¿Ya Leíste?*

Entre sus obras destacan las novelas *El rumor que llegó del mar*, *Los niños de colores*, *Lotería del deseo*, *Gonzalo Guerrero* (Gran Medalla de Plata de la Academia Internacional de Lutèce en 1981), *Pasos de sangre* (Premio de Literatura José Fuentes Mares en 1986), *Victoria* y *La cruz maya*; también es autor de los volúmenes de cuento *Cosas de ángeles* y *Los perros de Angagua*. Varias de sus novelas y cuentos han sido traducidos al francés, portugués, inglés y alemán.